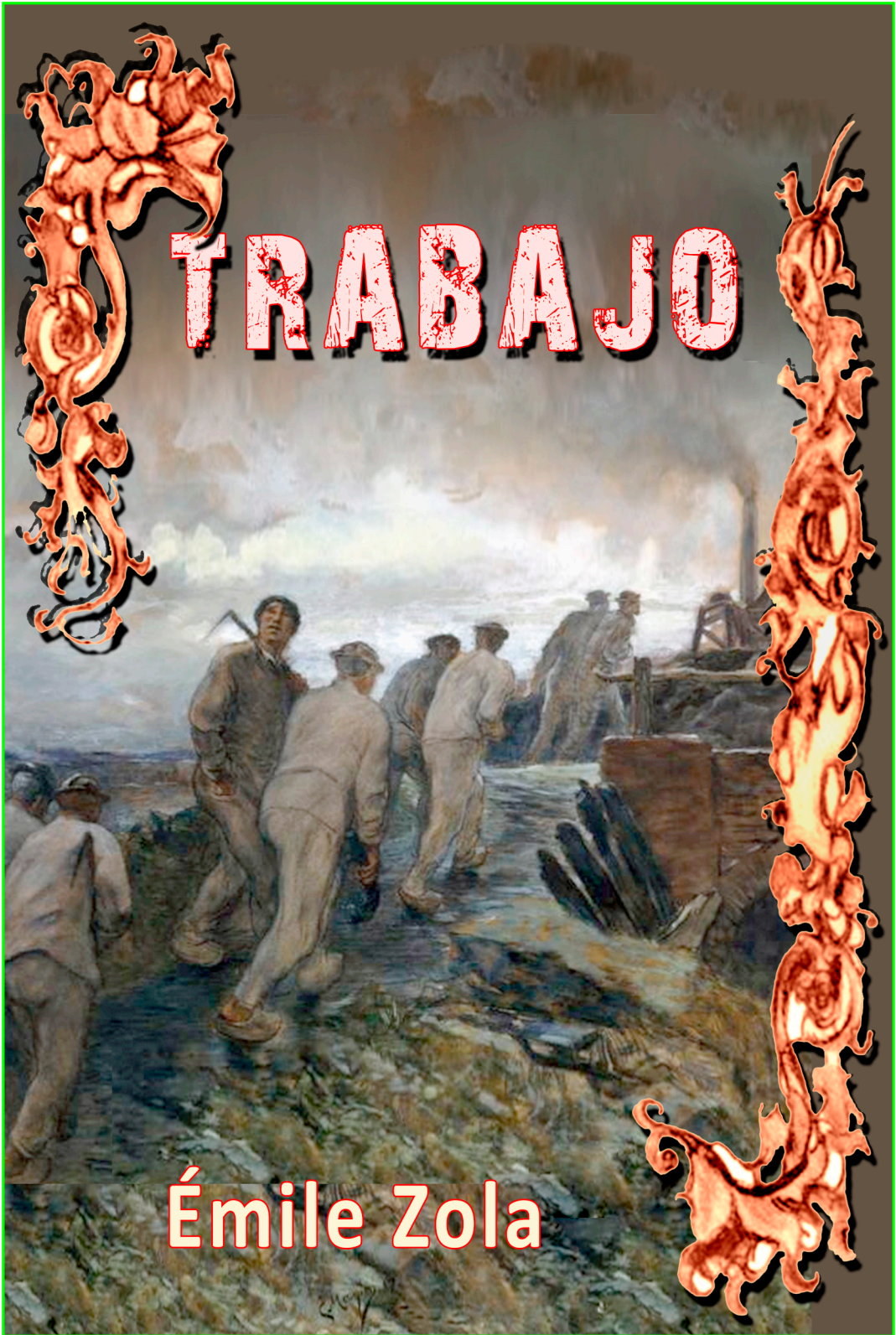


# TRABAJO

Émile Zola



Esta novela es un cuadro de la organización del trabajo, tal y como se elabora lentamente en nuestra vieja sociedad agonizante. Después de un estudio del trabajo de hoy en día, doloroso, miserable, deshonoroso, el escritor lo muestra con el honor recuperado, la única fuente de salud, de alegría y riqueza; y termina por una visión de la sociedad futura, en donde la comunión de los hombres y los pueblos se hará en el trabajo glorificado que se ha convertido en la misma ley de la vida, creador y regulador del mundo.

La novela expresa, dentro del naturalismo, la amarga lucha entre el capital y el trabajo, y muestra también una salida a ese enfrentamiento, bajo la realización de un experimento social fourierista que enlaza con el anarquismo, por lo que la narración puede ser también calificada como de la asunción de una utopía socialista anarquista.

Émile Zola

**TRABAJO**

Título original: *Travail*

Émile Zola, 1901

Traducción: Leopoldo Alas «Clarín»

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# ÍNDICE DE CONTENIDO

Prólogo del traductor

## LIBRO I

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

## LIBRO II

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

## LIBRO III

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Acerca del autor

## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Zola es el primer novelista de su país, a mi ver, entre los vivos; y acaso también del mundo entero. Tolstoi, espíritu más profundo, no es tan fuerte ni tan variado y abundante como Zola, con serlo mucho. Mi alma está más cerca de Tolstoi que de Zola, sin embargo; tal vez, principalmente, por las fórmulas dogmáticas en que Zola expresa sus aventuradas negaciones. Para una traducción española de *Resurrección*, de Tolstoi, escribí no hace mucho un prólogo, con un entusiasmo que no necesitaba distingos ni reservas. Sin admitir, ni con mucho, todas las ideas de Tolstoi, admito su manera de ser religioso. A Zola, en un libro como *TRABAJO*, sólo puedo traducirlo yo por espíritu de tolerancia. Zola, en la forma a lo menos, aparece aquí ateo; Zola es materialista, hedonista, y hasta fraterniza, por fin, con el colectivismo y el anarquismo.

Yo creo en Dios, en el espíritu, en el misterio; y las graves cuestiones sociales no creo que hoy se puedan resolver científicamente, porque el adelanto humano, a tanto, no ha

llegado todavía. Las rotundas afirmaciones de Zola sobre Dios, el alma, la evolución, el fin de la vida, la llamada cuestión social, las rechazo, aun más que por su contenido, por la inflexibilidad dogmática. Zola, como Augusto Comte, del cual es en *TRABAJO*, en lo esencial, fiel discípulo, es un católico al revés; y así como se ha probado que el organismo social positivista era una iglesia católica, con su papa a la cabeza, el mismo Comte; la utopía de *TRABAJO* es un catolicismo ateo y hedonista con su pontífice, Lucas. Y los fanáticos de la antigua cepa, los dogmáticos, me dirán:

–Y entonces, ¿por qué traduces a Zola?

Por tolerancia; porque mi religión, mi filosofía, son así. No me escandalizo. Yo creo en Dios, pero no creo que Dios sea una palabra. Creo en los deístas con el signo negativo. Con el gran respeto que Zola me inspira, creo que él no es ateo más que de nombre.

Todo su *TRABAJO*, con el amor necesario, la abnegación por la felicidad suprema, postula a Dios, como dicen los filósofos. Sólo que es contradictorio poner la mayor dicha en la dicha de los demás, y después darnos como contenido de la felicidad los placeres más ordinarios [aunque Zola no diga nunca sino *bonheur* (felicidad): donde en rigor debiera decir *plaisir* (placer)], Pero bendigo estas contradicciones de Zola, que son las que, según espero y, sobre todo, deseo, a fuerza de lógica, al alto espiritualismo, única morada digna de su alma fervorosa, tierna, poética, que ya no sabe más que

volar en torno del amor, de aquella caridad de que desconfiaba en *París*, y a que ahora vuelve, dándole otro nombre.

No es este lugar a propósito para examinar *TRABAJO*, señalando, como sus grandes bellezas, sus defectos, artísticos y de otro orden. Sin falacia, ni compromiso, puedo aquí exponer mi juicio relativo a lo que me parece excelente.

Creo que si Zola, prescindiendo de sus sistemáticas perífrasis, y hasta paráfrasis a las que da, sobre todo en estos sus singulares Evangelios, (*Fecundidad* y *TRABAJO*, por ahora) un valor simbólico, casi cabalístico, hubiera preferido atender buenamente a las eternas leyes del buen gusto en la proposición; *TRABAJO* hubiese sido lo que se llama una obra maestra, si no por el lenguaje, ni aún por el estilo, a veces sublime, pero desigual, por la composición, la grandeza del cuadro artístico; y, sobre todo, por la belleza inmensa de algunos de los caracteres y de muchas de las más solemnes escenas.

En este libro lo principal es el corazón; olvidemos las ideas metafísicas del autor (como él parece olvidarlas tantas veces), olvidemos sus preocupaciones antirreligiosas, en que de modo tan lamentable confunde la religión con determinadas formas históricas, interpretadas con estrecho criterio; y olvidando esto, y sin necesidad de olvidar su fourierismo redivivo y su anarquismo bonachón, porque ahí el peligro no es grande, sigámosle en las sublimes páginas



de puro amor –pero ideal, abnegado, amor que no *culbute* a nadie– en que va mostrándonos los principales caracteres de su poema. Sí, poema. *Le Reve* otra vez, por muy distintos senderos. Las tres mujeres evangélicas, como aquellas que Renan nos pinta volviendo a la oscuridad de la aldea, después de muerto Jesús; Josina, Soeurette y Susana, las divinas compañeras del apóstol Lucas, son tres figuras ideales (pero reales, verosímiles) del género santo de que tantos ejemplares nos dio el cristianismo, y también algunos el paganismo, que nos dio, v. gr., a Epicaris.

Jordan, el ingeniero electricista, el santo del trabajo, casi tan héroe del libro como Lucas (y como tipo, de mucho más color y dibujo); Morfain, el titán recocado, el Vulcano, como Zola dice, el obrero que hace de su deber un dios; figura que recuerda las mejores de Víctor Hugo, en su género son otros dos caracteres que pueden admirarse como algo de lo mejor que ha producido la milagrosa fecundidad creadora de este genio, que, llámese ateo o lo que quiera, tiene la más poderosa fantasía y la más profunda ternura... al lado de defectos que, seguramente, no se verían en una novela de Mr. Bruntetiére, si éste creyese servir mejor a Roma escribiendo novelas.

Zola nervioso, activo, no puede vivir sin una gran empresa sistemática (es uno de los espíritus más sistemáticos de las letras contemporáneas; y, si todos lo entendieran bien, podría añadirse más unilaterales). Necesita siempre su

*oeuvre*, como él dice. Primero fue el naturalismo, entendido de modo parcial, encerrado en dogmas sensualistas, era novelista, era crítico, era periodista, todo sin descanso y todo por su naturalismo, fuera del cual no había salvación. En España, tuve el honor de ser el primero, allá en mi juventud, casi adolescente, que defendió las novelas de Zola, de entonces (para mí las mejores de las suyas), y hasta su teoría naturalista, con reservas, como un oportunismo, pero sin admitir la supuesta solidaridad del naturalismo estético y del empirismo filosófico. En el Ateneo, en discusiones, en periódicos diarios y revistas (v. gr., *La Diana*, de Reina), expuse mis ideas antes que se publicara el libro de la señora Pardo Bazán, *La cuestión palpitante*, con un prólogo mío. Era yo entonces, sin embargo, tan idealista como ahora, así como soy ahora tan naturalista como entonces. El gran genio, la fuerza inmensa de Zola, en la primera mitad de los Rougon, era lo que yo defendía ya con entusiasmo, sin reserva.

Después, Zola también quiso llevar su sistema al teatro. Luchó con honra, pero no triunfó. En las últimas novelas de la serie Rougon–Macquart se le ve abrir cada vez más las alas, levantar el vuelo. Algo pierde, pero algo gana.

De otras literaturas llegaban a Francia ráfagas de un arte docente, de aspiraciones filosóficas, sobre todo de tendencias a los llamados problemas sociológicos. En *Lourdes*, *Roma* y *París*, Zola también es ya novelista franca y

directamente sociológico. *Lourdes* y *Roma* no ganan mucho con esto. *París* recuerda más la garra del león, más sociólogo cuando es más artista, no cuando expone más teorías.

Pero ahora Zola lleva su obra a la vida real; entra en el affaire con el papel principal que todos saben. Opíñese lo que se quiera respecto del asunto Dreyfus, la nobleza y la lealtad y la abnegación de Zola en todo este poema vívido, son innegables.

Zola ha vivido mucho cerca del pueblo. Ya su preocupación principal no es artística, es práctica. La llamada cuestión social le ocupa todo el alma. Si Flaubert resucitara no le reconocería. Inaugura sus Evangelios: el primero, el de Mateo, es *Fecundidad*, en que combate un gran vicio nacional en forma simbólica, en un cuadro que está, en rigor, fuera del espacio y fuera del tiempo; *Fecundidad* es grande y larga... Las voluntarias, intencionadas perífrasis, los paralelismos y repeticiones, impacientan al lector frívolo; pero el libro es grande. Romántico, ideal, por supuesto. Vendrán más adelante los evangelios de los otros dos hijos de Pedro Froment, Marcos y Juan, la justicia y la ciencia, o sea la verdad.

Ahora tenemos *TRABAJO*, el evangelio de Lucas. También en espacio ideal, como en un sueño; lo que es; con ese aislamiento del medio ambiente, que caracteriza el ensueño, y le distingue de la realidad, según psicólogos modernos. Se habla de París, de todo el mundo actual, pero

como en un aislamiento de pesadilla; la Rumaña, en verdad, no linda con nada; Beauclair está en una isla encantada, flotante, aunque es de tierra adentro. Es una atlántida, una Utopía, Ciudad del Sol. En los pormenores Zola sigue siendo naturalista, pero su plan general y sus principales personajes toman caracteres simbólicos, a veces abstractos; su grandeza es a ratos sublime, sin dejar de ser humana y bien artística; a veces, el esquema desnudo perjudica el arte.

El tiempo se va contando por años, pero los años del ensueño son a su manera. Si se le echara la cuenta a Zola, y no hay para qué, se vería que aquel mundo feliz que nos pinta al final, ha llegado demasiado pronto, a juzgar por los años de los personajes que ya asistieron al principio del libro y asisten a la apoteosis. No ha querido hacerlos tan viejos como los patriarcas bíblicos, ha preferido condensar en pocos años mucha vida.

En las ideas jurídicas, económicas, políticas, de Zola, en *TRABAJO*, no entro. A mí no me asustan; llego yo a algunas de ellas por caminos muy diferentes; pero no por propagarlas he emprendido esta traducción.

Si *TRABAJO* no lo hubiera traducido yo, lo hubiera traducido otro.

¿Por qué he admitido el encargo?

Por la tentación de servir modestamente a la lengua castellana.

Y ahora llego a lo que a mi me importa más en este Prólogo.

No traduzco a Zola por espíritu de propaganda; pues no participo de muchas de sus ideas, aunque siempre le venero y admiro. Mas, al proponerme el editor español esta versión española, que ha de publicarse al mismo tiempo que el original francés, no he podido menos de ver un noble ejemplo de amor a nuestra lengua y a la fidelidad del texto literario, en el sacrificio que para el señor Maucci suponía pagar una traducción mucho más que hubiera bastado, para una de esas versiones en que nadie aparece responsable ni del daño que se pueda inferir al autor ni del causado al idioma. Y he creído que debía yo imitar ese ejemplo, sacrificando también mis intereses por cariño y respeto al gran novelista, y por amor y respeto al idioma castellano. Porque hay que notar que si la remuneración que recibo por este trabajo es muy superior, a la ordinaria con que suelen contentarse los traductores anónimos, no llega ni con mucho a recompensar lo que pierdo abandonando mi trabajo de siempre en la prensa, casi por completo, para dar concluida la traducción dentro de un plazo angustioso.

En lo que acabo de decir es claro que ya habrá visto la malicia, vanidad y propia alabanza. Pero, sin prisa, voy a demostrar que no hay nada de eso. Que el editor pueda

equivocarse creyendo que yo debo de traducir algo mejor que quien le ofrece el mismo trabajo por treinta duros, no quita la generosidad de su propósito; y, con la intención, ya ha dado el buen ejemplo con que pudo edificarme. Que yo crea que puedo traducir mejor que suelen hacerlo esos pobres truchimanes, víctimas del *sweating-system*, no me parece gran vanidad, y antes pienso que sería falsa modestia no atreverme a decirlo. Todos sabemos qué horrores se cuentan, y se demuestran, de muchas traducciones que se han leído no poco. No me tengo por buen escritor, ni en lenguaje ni en estilo; pero tampoco creo ser la última palabra del credo, en estas cosas. Es claro que hubiera sido mucho mejor para Zola, para los lectores de la traducción y para el castellano, que de este trabajo se hubiera encargado un buen prosista que tuviera, además, elegante y vigoroso estilo; pero hay que contentarse con esta humilde medianía; superior, sin duda, a las nulidades anónimas que están convirtiendo en un escándalo esta parte del comercio literario.

Porque no se trata de los tremendos barbarismos y solecismos con que manchan sus traducciones, sino de otra cosa que arguye no ya ignorancia, sino malicia. Es el caso, que sin escrúpulo, se prescinde de la fidelidad en la versión, y se deja sin traducir gran parte del texto original. Libro reciente, y muy sonado, he visto, que en la edición española era poco más de la tercera parte del texto original. De esta mala fe es claro que puedo asegurar que estoy libre.

*TRABAJO*, en español, es todo el libro de Zola, tal como ha pasado por mis manos en los pliegos franceses, que guardo como prueba.

Muy lejos estoy de tener por buena la traducción. No sólo creo que otros la hubieran hecho mucho mejor, sino que estoy seguro de que yo mismo hubiera presentado algo menos indigno de Zola y de mi idioma si hubiese podido disponer de más tiempo, y con más salud de la que ahora tengo.

No será un arco de iglesia, pero tampoco es grano de anís una traducción, mediana a lo menos, de una novela de Zola, como *TRABAJO*, a una lengua como la española.

No es fácil siempre ser fiel al genio que anima el estilo de Zola y al genio del habla castellana. En la duda, he preferido seguir al autor, las más veces. No, no es éste un libro castizo, que firmara un purista, ¡qué ha de ser! Y no sólo por la ciencia y el arte que me falten, sino porque con deliberado propósito, y teniendo en cuenta que se trata de un libro popular, he atendido, más que a escrúpulos lingüísticos, que a veces tengo, al deber de dar al lector español que no lee en francés, la mayoría, lo más de Zola, que pudiera. Por seguirle, he hablado de un modo metafórico, a veces, que no es de corte muy castellano, ni yo empleo cuando escribo por mi cuenta. No pudiendo siempre conciliarlo todo, he huido más de parecer frío y pedante a la mayoría, que de las censuras de la minoría, muy escasa, de los puristas. Pero así

y todo creo que el lector ha de notar alguna diferencia entre mi prosa y la que suele ser corriente en folletines y traducciones de pacotilla anónimas.

Y ahora, vamos a hablar mal del *Diccionario de la Academia*, que bien lo merece.

Si no fuera un tormento, haría reír al verse, como yo me he visto muchas veces, decidido a ser ortodoxo de la Academia y fiel al texto francés, luchando entre nuestro léxico oficial y otros, de mucho renombre, pero que no citaré, en los que se pretende ofrecernos una justa correspondencia entre las palabras españolas y las palabras francesas.

El calvario que generalmente hay que recorrer es éste: Palabra francesa cuyo significado español exacto se busca: los diccionarios acreditados dan una descripción (que no necesitamos) de la cosa, pero no el equivalente español en otra palabra. Otras veces sí lo dan. Pero va usted a ver si la Academia admite aquel vocablo; y, en efecto, no lo admite. Ya decía un ilustre académico, muy reaccionario, que ateniéndose al diccionario de la casa, no se podía ni escribir una carta. ¡Pues qué será traducir una novela de Zola, cuya primera parte está cuajada de términos técnicos –no todos técnicos– de la metalurgia moderna!

Atrasada va la industria española, pero no tanto como la supone la última edición del diccionario académico.



Las deficiencias y faltas de lógica del léxico oficial, más que a ignorancia, hay que atribuir las muchas veces al capricho y a la desidia. Lo probarán algunos ejemplos. La academia admite hulla (no faltaba más), pero no derivado alguno de esta palabra. De modo que hullero, hullera, no son voces españolas. ¡Y la riqueza hullera hace millonarios en mi tierra! Millonarios con barbarismo.

Ahora la Academia ya admite pudelar, pudelación; pero no pudelador ni pudelaje. ¿Por qué? ¿Por qué se usan más que pudelación?... Dejemos ya a la Academia.

Para salir de los apuros técnicos preferí recurrir a muy doctos ingenieros y artilleros, que me facilitaron noticias y pusieron en mis manos obras como éstas: Sitjes, *Tecnología popular*; De la Llave, *Lecciones de artillería* (2 tomos. Atlas); Narinaga, *Curso de metalurgia especial*; Rodríguez Alonso, *Tratado de siderurgia*; etc. Según las indicaciones de mis asesores, y el modo de emplear el tecnicismo esos y otros autores, he convertido en español el francés de Zola, en toda esta parte en que la Academia me daba tan poca luz. En lo demás, hasta con una especie de amaneramiento y por luchar con la dificultad, he procurado atenerme a la Academia, siempre que no ha sido materialmente imposible.

He dicho antes que la traducción es fiel. En efecto, no falta ni una idea de Zola. Podría añadir que, si no literal, porque eso no sería literario, mi versión es casi exacta. Respetando

la retórica del autor, le he seguido hasta cuando buscar efectos en amplificaciones repetidas, y hasta, muchas veces, en el empleo de muchos de esos vocablos expletivos –a veces ni esto– que en Francia suelen condenar los preceptistas, como, v. gr., los condenaba hace poco Mr, Doumic en la *Revue des deux Mondes*, censurando al poeta Verlaine por el empleo de... chevilles: «en somme», «certes», «sans doute». De esto hay mucho en TRABAJO, y muchas veces yo lo he respetado; otras, no.

Zola no sólo fía a las repeticiones casi cabalísticas y como hieráticas ciertos misteriosos efectos (en *Fecundidad* y en *TRABAJO*, sobre todo), sino que parece, en cambio, desconfiar de la memoria del lector, en absoluto; y casi siempre, cuando recuerda algún episodio de atrás, lo reproduce; y a cada personaje lo acompaña, en cuanto vuelve a él, de su oficio, ya conocido, y de las señas personales. Por algo será todo esto; y yo lo respeto muchas veces; no todas.

Tampoco debe de creer Zola que la composición aconseja abreviar un poco razones, y sobre todo palabras, según el final se acerca. Las repeticiones más prolijas y menos necesarias las deja en esta obra para la última parte. Yo, en este punto, sin faltar a la ley principal, la fidelidad, sin dejar de repetir una idea repetida, he procurado reducir, en esta parte del libro principalmente, las perífrasis y las paráfrasis a las palabras sustanciales, sin omitir nada de lo que pueda

ser pensamiento, emoción, color, fuerza, dibujo. Pero al leer, v. gr., por tercera o cuarta vez, un resumen del fourierismo, me he atrevido a ser conciso por mi cuenta, sin mengua del programa de Fourier ni de las explicaciones de su nuevo apóstol.

Y ahora me entra el temor de que Zola, al repasar por última vez las pruebas, haya cortado o abreviado algo, que yo no he podido cortar o abreviar. Porque conviene saber que de Francia no llegan a poder del pobre traductor español pliegos absolutamente corregidos, *nec varietur*, como debiera ser, si se respetara nuestro modesto derecho de literatos, aunque humildes.

A disposición de quien lo dude, tengo los pliegos que se me han enviado como original, para traducir, y puedo afirmar que en francés tendrán que ser más corregidos.

Pruebas. Muchas veces la construcción del período resulta sin lógica ni gramática, por enlazar con una simple copulativa, lo que no puede ir así enlazado. No hay división racional de los párrafos. Hay palabras que no significan nada, renglones cambiados, y otra porción de adefesios que anuncian la falta de corrección definitiva de pruebas.

Un personaje, que en toda la novela se llama Antonieta, de repente, en algunas páginas, se llama Enriqueta. Zola no ha podido dar eso por corregido. Tampoco creo yo que Zola deje pasar *viejos precoces*, ni *casas y edificios*, ni *vegetales y*

*árboles*. Sé poco francés para asegurar que en la lengua de Voltaire no pueden pasar estas licencias, pero es claro que en castellano no las he admitido.

De lo que estoy seguro es de que Zola, a los cuatro renglones de haber dicho «se hicieron más casas», no querrá volver a decir «se hicieron más casas». Aquí no se trata de una de sus repeticiones voluntarias, sino de distracción no corregida. No cabe duda, al pobre traductor se le manda el original sin cepillar. Y yo, por mi parte, protesto. Y el editor español debiera quejarse.

Y basta de prólogo. Sin gran impaciencia, he hablado de estas que a muchos parecerán ridículas menudencias, porque doy por hecho que todas estas páginas más las habrán saltado los más de los lectores, sobre todo los que van a buscar en Beauclair el país del ensueño, el ideal, la «utopía de hoy, realidad de mañana».

Me lavo las manos. Feliz yo si evito que todas estas doctrinas anarquistas, materialistas, mezcladas con ideas de amor y justicia, grandes y hermosas, lleguen al pío lector con tantos galicismos como serían de temer, si el libro lo hubiera traducido, por treinta duros, algún hambriento de esos que tienen, en efecto, derecho a no creer en los fueros del lenguaje nacional.

Clarín

**TRABAJO**

## **LIBRO PRIMERO**

## CAPÍTULO I

En su paseo a la aventura, Lucas Froment, al salir de Beauclair, había subido por el camino de Brias, que sigue la garganta por donde se desliza la corriente del Mionna, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses. Al llegar delante del Abismo, nombre que dan en el país a la fábrica de aceros de Qurignon, distinguió en el puente de madera dos bultos negros, miserables, arrimados al pretil, medrosos. Se le oprimió el corazón. Eran, una mujer que parecía muy joven, pobremente vestida, con la cabeza medio oculta bajo una toquilla de lana en jirones, y un niño de unos seis años, de rostro pálido, medio desnudo, metido por las faldas de la muchacha. Ambos, con los ojos fijos en la puerta de la fábrica, aguardaban, inmóviles, con la paciencia sombría de los desesperados.

Lucas se había detenido, mirando también. Iban a dar las seis; la luz ya menguaba en aquella tarde húmeda, triste, de mitad de septiembre. Era sábado, y desde el jueves no había cesado la lluvia. Y no llovía; pero un viento impetuoso continuaba persiguiendo en el cielo a las nubes de hollín, harapos por donde se filtraba un crepúsculo sucio, amarillo, de mortal tristeza. El camino, surcado de raíles, de gruesos guijarros desunidos por los continuos acarreos, arrastraba un río de lodo negro, todo el polvo disuelto de las próximas minas de hulla de Brias, cuyos chirriones desfilaban sin cesar. Este polvo de carbón había ennegrecido con su luto la garganta entera, fluía en charcos y chorreaba sobre el montón, como leproso, de los edificios de la fábrica; y hasta parecía manchar las nubes sombrías que pasaban sin fin, cual si fueran humo. Una melancolía de desastre soplaba con el viento; se hubiera dicho que aquel crepúsculo agitado y oscuro traía consigo el fin de un mundo.

Al detenerse Lucas a los pocos pasos de la mujer y del niño, oyó que éste decía con aire despierto y resuelto, ya de hombrecillo.

–Oye, tú, ¿quieres que yo le hable, hermana? Puede que eso le ponga menos furioso.

Pero la mujer respondió:

–No, no; esto no es cosa de chiquillos.



Y siguieron esperando, silenciosos, con aquel aire de resignación inquieta.

Lucas miraba al Abismo. Lo había visitado, por curiosidad de hombre de oficio, cuando por primera vez había pasado por Beauclair, en la última primavera. Y en las pocas horas que llevaba allí, por la repentina llamada de su amigo Jordan, había sabido pormenores de la horrorosa crisis por que acababa de pasar el país: una terrible huelga de dos meses; ruinas acumuladas por ambas partes; la fábrica perdiendo con el trabajo parado, los obreros medio muertos de hambre, con más rabia ahora, por su impotencia. Hasta el jueves, la antevíspera, no había vuelto a empezar el trabajo, después de concesiones recíprocas, furiosamente debatidas y arrancadas con gran esfuerzo. Y los obreros habían vuelto, sin gusto, no apaciguados, como vencidos a quien exaspera su derrota, y que sólo guardan en el corazón el recuerdo de sus padecimientos y el ansia de vengarlos.

Bajo la fuga loca de las nubes enlutadas, el Abismo extendía el montón sombrío de sus edificios y cobertizos. Era el monstruo, que brotó allí, y poco a poco se había ensanchado como un pueblecillo. En el color de los tejados que se alzaban y prolongaban en todas direcciones, se adivinaban las edades sucesivas de los edificios. Llenaban ya varias hectáreas, y trabajaban allí un millar de obreros. Las altas pizarras azuladas de los grandes talleres, de vidrieras aparejadas, dominaban las antiguas tejas, ennegrecidas, de

las primeras construcciones, mucho más humildes. Por encima, desde el camino, se distinguía, en hilera, las colmenas gigantes de los hornos de cementar, y la torre de templar, de veinticuatro metros de altura, donde los grandes cañones derechos y de un golpe, eran sumergidos en un baño de petróleo. Más arriba todavía, humeaban las chimeneas de diversa altura, una selva, que mezclaba su aliento de hollín al hollín volante de las nubes, mientras que los delgados tubos de escape lanzaban a intervalos regulares los blancos penachos de su respiración estridente; parecía el aletear de un monstruo, en torno del cual el polvo y los vapores que de él se exhalaban eran como una nube continua del sudor de su faena. Sentíase también el latir de sus órganos, los choques y gruñidos que le costaba el esfuerzo, la trepidación de las máquinas, la clara cadencia de los martillos zingladores frontales, los golpazos acompasados de los martillos pilones resonando como campanadas, que hacían temblar la tierra. Y más cerca, junto al camino, en el fondo de un reducido edificio, una especie de cueva, donde el primer Qurignon había forjado el hierro, se oía el baile violento y empeñado de dos martinetes, que latían como pulso del coloso, todos cuyos hornos otra vez lanzaban llamaradas, devorando vidas.

En la bruma crepuscular, rojiza y como desesperada que invadía poco a poco el Abismo, ni una lámpara eléctrica alumbraba todavía los patios. Ninguna luz en las ventanas polvorientas. Una llama intensa, única que salía de uno de

los grandes talleres, por una ancha portada, atravesaba la sombra, con un largo chorro de astro en fusión. Sin duda, algún maestro pudelador acababa de abrir la puerta de su horno. Ninguna otra luz, ni siquiera una chispa perdida, denunciaba el imperio del fuego; el fuego que rugía en la ciudad tenebrosa del trabajo, el fuego interior que la abrasaba toda, el fuego domado, esclavo, que doblaba, y daba forma al hierro, como blanda cera, entregando al hombre el reino de la tierra desde los primeros Vulcanos que lo habían conquistado.

El reloj de la torrecilla, cuya armadura se levantaba sobre el edificio de la administración, dio las seis. Y Lucas oyó otra vez al niño miserable que decía:

–Oye hermana, ya van a salir.

–Sí, sí, ya lo sé –respondió la joven–. Estate quieto.

En el movimiento que había hecho para detenerle, la desgarrada toquilla se le había separado un poco del rostro, y quedó Lucas sorprendido de la delicadeza de sus facciones. Seguramente no tenía veinte años: rubios cabellos en desorden, un mísero rostro encendido que le pareció feo, con ojos azules maltratados por las lágrimas, una boca pálida de amargo sufrimiento. ¡Y qué cuerpo delicado de jovenzuela, bajo el vestido gastado, viejo! Con brazo tembloroso y débil, apretaba contra su falda al niño,

su hermano menor, sin duda, rubio como ella, muy mal peinado también, pero de aspecto más fuerte y resuelto.

Había Lucas sentido crecer su compasión, mientras aquellos tristes seres recelosos empezaban a inquietarse al ver a aquel caballero que se había parado y los examinaba con tanta insistencia. A ella, sobre todo, parecía molestarla aquella intención de un mozo de veinticinco años, tan alto, tan guapo, de hombros fornidos, manos anchas, con cara de salud y de alegría, cuyas facciones bien señaladas dominaban una frente recta, en forma de torre, la torre de los Froment. Miró la joven a otro lado, al ver fijos en ella los ojos negros del joven, francos, muy abiertos, mirándola de frente. Luego, aún arriesgó una mirada furtiva, y al ver que entonces él sonreía con bondad, retrocedió un poco la muchacha, con la turbación de su gran infortunio.

Sonó una campana, se notó movimiento en el Abismo, y empezó la salida de los relevos de día, que iban a reemplazar los de noche, pues jamás la vida devoradora del monstruo se detiene; arde y forja noche y día. Sin embargo, tardaron los obreros en aparecer; la mayor parte habían pedido un anticipo, aunque el trabajo sólo se había reanudado desde el jueves; pero a esto obligaba el hambre, que era mucha en los hogares, después de dos meses de terrible huelga. Al fin se les vio salir, desfilando, uno a uno, en pequeños grupos, la cabeza gacha, sombríos y con prisa, oprimiendo en el fondo del bolsillo las pocas monedas de plata ganadas con

tanta pena, que iban a llevar un poco de pan a los hijos y a la esposa. Y desaparecían por el negro camino.

–Ahí está, hermana –murmuró el niño–; mírale, está con Bourron.

–Sí, sí, cállate.

Dos obreros acababan de salir, dos compañeros pudeladores. El primero, el que estaba con Bourron, llevaba chaqueta de paño al hombro; tendría veintiséis años apenas, rojo de pelo y barba, más bajo que alto, de músculos sólidos, la nariz corva, bajo una frente prominente, duras las quijadas, salientes los pómulos, pero risueño, agradable, lo que hacía de él un conquistador. Bourron, con cinco años más, llevaba puesta la chaqueta ya vieja, de pana verdosa. Era un mocetón seco y delgado, con cara de caballo, largas mejillas, barba pequeña, ojos rasgados, todo lo cual expresaba el humor tranquilo de un hombre manso, siempre dominado por algún compinche.

De una mirada, Bourron, había distinguido a la pobre mujer y al niño, al otro lado del camino, al extremo del puente de madera. Y al verlos, dio un codazo a su compañero.

–Mira, Ragú, mira. La Josina y Nanet están allí. Ponte en guardia si no quieres que te fastidien.

Ragú, rabioso, apretó los puños.

–¡Maldita pécora! Ya me aburre; la he plantado en la calle... Vas a ver lo que es bueno, si se me cuelga otra vez del pescuezo.

Parecía un poco ebrio, como solía estarlo los días que pasaba de los tres litros, de que decía necesitar, para que la hoguera del horno no le secase la piel. Y en esta semiborrachera, le movía, sobre todo, el alarde cruel de hacer ver a un compañero cómo trataba él a las mujeres, cuando ya no las quería.

–Verás, la voy a pegar a la pared. ¡Me tiene harto!

Josina, con Nanet arrimado a las faldas, se había acercado suavemente, medrosa. Pero se detuvo al ver a otros dos obreros juntarse a Ragú y a Bourron.

Eran del relevo nocturno y venían de Beauclair. El de más edad, Fauchard, un mozo de treinta años, que parecían cuarenta, era un arrancador, ya una ruina por causa del trabajo voraz; el rostro curtido, quemados los ojos, el corpachón cocido y como lleno de nudos, gracias al calor de los hornos de crisol, de donde sacaba el metal en fusión. El otro, Fortunato, su cuñado, de diez y seis años, que apenas parecían doce, de tan míseras carnes era, flaco el rostro, el pelo descolorido, parecía no haber medrado, como si lo fuera consumiendo su maquinal tarea de peón, siempre

sentado junto a la palanca, que ponía en marcha un martillo zinglador, aturdido por el humo y el estrépito, que le cegaban y ensordecían.

Llevaba Fauchard al brazo una cesta vieja de mimbres, y se había detenido para preguntar a los otros dos con voz sorda:

–¿Habéis cobrado?

Ragú, sin responder, se golpeó el bolsillo, en que resonaron las monedas de cinco francos. Fauchard hizo un gesto de anhelo desesperado.

–¡Rayo de Dios! Y decir que tengo que apretarme la barriga hasta mañana por la mañana. Y esta noche vuelta a estallar la sed como mi mujer, cuanto antes, no haga el milagro de traerme la ración.

La ración de éste eran cuatro litros cada día o cada noche de trabajo; nada más lo suficiente, según él, para humedecerle el cuerpo; de tal modo los hornos le sacaban de la carne el agua y la sangre. Miró desesperado a su pobre cesta vacía, donde se zarandeaba un solitario pedazo de pan. Cuando le faltaban sus cuatro litros, era el *acabóse*, la negra agonía en el trabajo abrumador, que se hacía imposible.

–¡Bah! –dijo el afable Bourron–. No va tu mujer a dejarte; no la hay como ella para sacar al fiado los cuartos.

Los cuatro, parados sobre el lodo pegajoso del camino, callaron y saludaron. Vio Lucas venir por el andén, sentado en un cochecito, que empujaba un criado, a un señor de edad, de ancha cara, de grandes facciones regulares, a que servían de marco largos cabellos blancos. Había reconocido a Jerónimo Qurignon, el señor Jerónimo, como le llamaba toda la comarca, el hijo de Blas Qurignon, el obrero tirador, fundador del Abismo. Muy viejo, paralítico, se hacía pasear de aquel modo, en todo tiempo, sin una palabra. Aquella tarde, al pasar delante de la fábrica para volver a casa de su hija en la Guerdache, una quinta próxima, con una simple seña había dado orden al criado para ir despacio. Y con ojos aún claros, vivos y profundos, miraba detenidamente al monstruo que trabajaba, a los obreros de día que salían, y a los obreros de noche que entraban bajo el turbio crepúsculo que caía del cielo lívido, manchado por la fuga loca de las nubes. Después su mirada se detuvo sobre la casa del Director, un edificio cuadrado en medio de un jardín, que él mismo había hecho construir cuarenta años antes, y donde había reinado como rey conquistador, ganando millones.

–Al señor Jerónimo no le faltará el vino esta noche –dijo Bourron con zumba en voz más baja.

Ragú se encogió de hombros.

–Ya sabéis que mi bisabuelo era compañero del padre del señor Jerónimo. Dos obreros, ni más ni menos, que estiraban aquí el hierro juntos; y la fortuna lo mismo podía



venirle a un Ragú que a un Qurignon. Cosas de la suerte, cuando no del robo.

–Cállate –murmuró otra vez Bourron–, no te metas en líos.

Se le fue a Ragú la valentía, y al pasar el señor Jerónimo, delante del grupo, mirando a los cuatro, con aquellos ojos grandes, fijos y claros, le saludó otra vez, con el respeto medroso del obrero que desea gritar contra el patrono, pero que tiene la añeja esclavitud en la sangre, y tiembla delante del dios soberano, de quien todo lo espera. Siguió el criado empujando lentamente el cochecillo, y el señor Jerónimo desapareció por el negro camino, que bajaba a Beauclair.

–¡Bah! –concluyó filosóficamente Fauchard–. No es tan feliz en su butaca de rueda, y además, si todavía comprende las cosas, no le hará gracia todo lo que ha pasado. Cada cual tiene sus penas... ¡Ah, rayo de Dios! ¡Si Natalia me trajera el vino!

Y entró en la fábrica llevándose a Fortunato, que nada había dicho, siempre con aire estúpido. Sus hombros, ya cansados, se perdieron en la sombra que crecía, invadiendo los edificios. Ragú y Bourron echaron a andar, corruptor el uno del otro, en busca de cualquier taberna del pueblo. Bien se podía beber un trago y reír un poco después de tanta miseria.

Lucas, que se había detenido por compasiva curiosidad, arrimado al pretil del puente, vio a Josina moverse otra vez con marcha vacilante, para cerrar el paso a Ragú. Pudo creer primero que tomaría por el puente y se volvería a casa, pues éste era el camino recto del antiguo Beauclair, un sórdido montón de casuchas, en que habitaban la mayor parte de los obreros del Abismo. Pero cuando comprendió que bajaba hacia el barrio nuevo, tuvo de pronto la certidumbre de lo que iba a suceder, la taberna, la paga bebida, otra noche más de espera, muriendo de hambre con su hermano, sufriendo el viento sutil de la calle. Sus penas y un arranque de cólera le dieron tal valor, que se atrevió a plantarse delante de aquel hombre, ella tan débil y tan miserable.

–Augusto –dijo–, sé razonable; no has de dejarme en la calle.

El mozo no respondió; quiso seguir adelante.

–Si no vuelves a casa en seguida, por lo menos dame la llave... Desde esta mañana estamos en la calle y no hemos comido un bocado de pan.

De repente, estalló la ira de Ragú.

–Déjame en paz con mil rayos. Maldita lapa, ¿quieres soltarme?

–¿Por qué has llevado la llave esta mañana? No te pido más que la llave; tú volverás a casa cuando quieras. Mira, ya es de noche; no querrás que durmamos en la calle.

–¡La llave, la llave! Ni la tengo, ni te la daría aunque la tuviera. Pero ¿no comprendes que ya estoy harto?, ¿que ya no quiero nada contigo?, ¿que bastante ha sido morir de hambre dos meses de hambre juntos y que puedes irte con la música a otra parte?

Todo esto se lo arrojaba a gritos a la cara, violento, salvaje; la pobre niña toda temblaba por tanta injuria, pero se obstinaba suavemente, con la terquedad resignada de los miserables, que ven abrirse la tierra a tus pies.

–¡Oh!, ¡qué malo eres, qué malo eres! Esta noche cuando vuelvas a casa, hablaremos. Me iré mañana si es preciso. Pero hoy, hoy nada más, dame la llave.

La rabia se apoderó de Ragú, sacudido a la joven y la echó a un lado con brutal ademán.

–¡Rayo de dios! ¡La calle es libre! ¡Vete a mandar llover! ¡Te digo que esto se ha acabado!

El pobre Nanet, al ver a su hermana prorrumpir en sollozos se adelantó con aire resuelto, con su cabeza rubia y enmarañada.

–¡Toma! Ahora este galopín. Toda la familia sobre mí. Aguarda pillastre, verás que puntapié.

Rápida, Josina, apretó a Nanet contra sí. Y allí quedaron los dos, sobre el negro lodo, temblando ante el desastre, mientras los obreros continuaban su camino y desaparecían en la oscuridad, que había crecido por la parte de Beauclair, cuyas luces empezaban a brillar, una a una. Bourron, buen sujeto en el fondo, había tenido un impulso de intervenir, luego, por fanfarronada, bajo el ascendiente del camarada buen mozo y Tenorio, le había dejado hacer su gusto. Josina, después de vacilar un instante y de preguntarse de qué servía seguirlos, al verlos desaparecer, desesperada, insistió en su empeño. A paso lento se fue tras ellos, arrastrando a Nanet por la mano, deslizándose a lo largo de las paredes con toda clase de precauciones, como temiendo que pudiera verla, y maltratada para impedir que le siguiera los pasos.

Lucas, indignado, estuvo a punto de arrojarse sobre Ragú y castigarle. ¡Oh, mísero trabajo! El hombre, convertido en lobo, por la faena abrumadora, por el pan, tan malo de ganar, y disputado por el hambre. Durante los dos meses de huelga, se habían arrancado unos a otros las migajas, en la exasperación voraz de las disputas diarias; luego, el día de la primera paga, corría el obrero a aturdirse con el alcohol que volvía a encontrar, y dejaba en la calle a la compañera de fatigas, mujer legítima o seducida. Lucas volvía a ver ante sí

los cuatro años que acababa de pasar ya, en un arrabal de París, en uno de esos caserones emponzoñados, donde la miseria del jornalero solloza y se pelea en todos los pisos. ¡Qué de dramas había visto! ¡Qué de dolores había en vano intentado calmar! El formidable problema de las vergüenzas y torturas del salario se lo había planteado muchas veces; había podido sondar, hasta el fondo, la atroz iniquidad, el cáncer espantoso que está acabando de roer la sociedad actual. Había pasado horas de fiebre generosa, fantaseando el remedio, estrellándose siempre contra la muralla de bronce de las realidades existentes. Y ahora, la misma noche del día en que volvía a Beauclair, traído por un súbito incidente, volvía a dar con esta escena salvaje, esta triste y pálida criatura arrojada a la calle, muerta de hambre, por culpa del monstruo devorador, cuyo fuego oía gruñir y veía escaparse en humo de luto, bajo el trágico firmamento.

Sopló una ráfaga, algunas gotas de lluvia pasaron volando en el viento que se quejaba. Lucas había permanecido sobre el puente, vuelto el rostro hacia Beauclair, intentando reconocer el país a la luz mortecina que caía de las nubes de hollín. A la derecha tenía el Abismo, cuyos edificios se extendían al borde del camino de Brias; a sus pies corría el Mionna, y más arriba, sobre un terraplén, a la izquierda, pasaba el ferrocarril de Brias a Magnolles. Todo el fondo de la garganta estaba ocupado de este modo entre las últimas escarpaduras de los Montes Bleuses, en el sitio en que estos se ensanchaban, para dar sobre la inmensa llanura de la

Rumaña. En esta especie de estuario, al desembocar la quebrada en la llanura, Beauclair extendía sus edificios, un miserable lugarón de casuchas de obreros, cuya prolongación, ya en lo llano, era una población pequeña, señora, donde estaban la subprefectura, la alcaldía, el Tribunal y la cárcel. La iglesia, antigua, que amenazaba ruina, estaba como a caballo entre la población nueva y la vieja aldea. Esta capital de distrito tenía apenas seis mil almas, de las cuales cerca de cinco mil eran pobres espíritus oscuros, en cuerpos doloridos, machacados, encorvados por el mísero trabajo. Lucas acabó de saber dónde estaba al notar más allá del Abismo, el Horno alto de la Crécherie, a media ladera del promontorio de los Montes Bleuses y del cual todavía podía distinguir el perfil oscuro. ¡El trabajo, el trabajo! ¡Quién lo haría levantarse, reorganizarse, según la ley natural de verdad y de equidad, para devolverle su papel de omnipotencia noble y reguladora, en este mundo, y para que las riquezas de la tierra fuesen repartidas justamente, realizando al cabo la aventura de todos los hombres!

Aunque la lluvia había cesado, Lucas también volvió a bajar, al fin hacia Beauclair. Seguían saliendo obreros del Abismo, y caminó entre ellos. Habían vuelto al trabajo, airados, tras los desastres de la huelga. Sentía Lucas tal espíritu de rebeldía y de impotencia llenarle tristemente el ánimo, que de buen grado se hubiera vuelto a su casa aquella noche, en aquel instante, si no hubiera sido por el temor de disgustar a Jordan. Éste, el dueño de la Crécherie,

se veía en un gran apuro desde la muerte súbita del antiguo ingeniero que dirigía su horno alto; y había escrito a Lucas, llamándole para que examinara todo aquello y le diera un consejo. Ya acudía el joven, por puro afecto, cuando se encontró con otra carta en que Jordan le refería toda una catástrofe: el repentino fin trágico de un primo, en Cannes, que le obligaba a marchar al punto, ausentándose por tres días con su hermana. Le suplicaba que los esperase hasta el lunes por la noche y que se instalara en un pabellón dispuesto para él, donde estaría como en su casa. Tenía, pues, Lucas, dos días más por suyos; y, desocupado, metido de tal suerte en aquel pueblecillo, que conocía apenas, había salido a dar una vuelta aquella tarde, y hasta había dicho al criado encargado de servirle que no volvería a comer, proponiéndose hacerlo donde quiera, en alguna taberna, ansioso siempre de observar costumbres populares, queriendo ver, comprender e instruirse.

Nuevas reflexiones le dominaron mientras que, bajo un cielo tormentoso, caminaba sobre el negro lodo, entre el pesado pisotear de los obreros, abrumados de fatiga y silenciosos. Le dio vergüenza su debilidad sentimental. ¿Por qué había de marcharse, cuando allí encontraba, tan punzante, tan agudo, el problema que le acosaba pidiendo solución? No debía rehuir el combate; acumularía hechos, descubriría acaso, al fin, el camino seguro, en la oscura confusión en que todavía se sentía perdido. Hijo de Pedro y de María Froment, había aprendido, como sus tres

hermanos, Mateo, Marcos y Juan, un oficio manual, aparte de sus estudios especiales de ingeniero. Era cantero, arquitecto constructor, hacía casas, y, complaciéndose en trabajar en su oficio, pasaba días en los grandes talleres de cantería de París; no ignoraba nada de los dramas del trabajo actual y soñaba, con espíritu fraternal, con ayudar al triunfo, que traería la paz al trabajo de mañana. Pero ¿qué hacer, adónde lleva su esfuerzo; por qué forma comenzar, cómo echar al mundo la solución flotante, sin precisión, cuya preñez sentía? Más alto, más robusto que su hermano Mateo, con el mismo rostro expansivo de hombre de acción, con su frente en forma de torre, su alto pensamiento siempre de parto, hasta entonces sólo había abrazado el vacío, con aquellos dos grandes brazos impacientes por crear, por construir un mundo. Una brusca ráfaga, un viento huracanado, pasó y le llenó de un sagrado temblor. ¿Era que una fuerza ignorada le hacía dar, como un Mesías, en aquel país que padecía, trayendo la misión soñada de redención y dicha?

Cuando, levantando la cabeza, se libró Lucas de estas vagas reflexiones, notó que estaba otra vez en Beauclair. Cuatro grandes calles, que desembocaban en una plaza central, la de la Alcaldía, cortan el pueblo en cuatro partes casi iguales, y cada una de estas calles lleva el nombre del pueblo próximo a que conduce. La calle de Brias, al norte; la de Saint-Cron, al oeste; la de Magnolles, al este; la de Formerie, al sur. La más concurrida, de más tránsito, con sus



tiendas que rebosan, es la calle de Brias, donde se encontraba; todas las fábricas están allí, cerca una de otras, arrojando a cada hora de salida, la ola sombría de los trabajadores. Justamente, cuando Lucas llegaba, se abrió la gran puerta de la fábrica de calzado de Gourier, alcalde del pueblo, dejando salir el tropel de sus quinientos obreros, de los cuales más de doscientos eran niños y mujeres. En las calles próximas estaban la fábrica de Chodorge, que sólo producía clavos; la fábrica Hausser, una herrería que daba más de cien mil guadañas y podaderas al año; la fábrica Miranda, que construía especialmente máquinas agrícolas. Todas habían padecido con la huelga del Abismo, donde tomaban el hierro y el acero, la primera materia; la miseria, el hambre, había afligido a todas, y la muchedumbre, pálida y enflaquecida, de que inundaban el empedrado fangoso, conservaba ojos de rencor, en los labios la muda rebeldía, a pesar de la aparente resignación del rebaño que aceleraba el paso, pateando el lodo. Tanta gente oscurecía la calle, alumbrada por escasos mecheros de gas, cuyas llamas amarillas sacudía el viento. Lo que acababa de impedir la circulación eran las amas de casa, que al fin con algunos cuartos corrían a las tiendas, regalándose con un pan, de gran tamaño, o con un poco de carne.

Se le figuraba a Lucas estar en una ciudad sitiada, en la noche en que se levantaba el sitio. Iban y venían, entre la multitud, gendarmes, toda la fuerza armada, que vigilaba de cerca el pueblo, como si hubiera el temor de que volviesen

las hostilidades; de un furor súbito que renaciese de los sufrimientos, todavía acerbos, acabando de saquear la ciudad en la crisis postrera de destrucción. El patronato, la autoridad burguesa, podía haber vencido a los asalariados, pero los esclavos domados seguían tan amenazadores en su silencio pasivo, que una terrible inquietud envenenaba el aire y se sentía soplar el espanto de las venganzas, de las grandes matanzas posibles. Una sorda amenaza indistinta salía de aquel rebaño, que desfilaba abrumado, impotente, y el reflejo de un arma, los galones de un uniforme, aquí y allí, en los grupos, declaraban el miedo disimulado de los amos, a quien su victoria daba sudores, mientras observaban detrás de las espesas cortinillas de las casas, albergue de su ociosidad. La muchedumbre negra de los trabajadores, de los muertos de hambre, seguía pasando, atropellándose, callada, gacha la cabeza. Lucas, continuando su paseo, se mezclaba con los grupos, se detenía, escuchaba, estudiaba. Paróse delante de una gran carnicería abierta de par en par, al aire libre de la calle, y cuyos mecheros de gas brillaban entre las carnes sangrientas. Dacheux, el carnicero, un hombrachón apoplético, de ojazos saltones, cara pequeña y colorada, estaba a la puerta vigilando la mercancía, muy ocupado con las criadas de las casas acomodadas y con miedo de que entrase algún ama de su casa pobre. Hacía un rato que acechaba a una rubia alta y delgada de miserable aspecto, pálida y doliente, joven, lleno el rostro de granos, ajada ya, que arrastraba consigo a un niño hermoso, de cuatro o cinco

años, y que llevaba al brazo una pesada cesta por la que asomaban el cuello cuatro botellas de a litro. Dacheux reconoció a la Fauchard, a quien estaba cansado de desengañar con sus continuas peticiones de miserables ventas al fiado. Al decidirse ella a entrar, casi le cerró el paso.

–¿Qué busca usted aquí otra vez?

–Señor Dacheux –balbuceó Natalia–. Si fuera usted tan bueno que quisiera... Ya sabe usted que mi marido ha vuelto a la fábrica. Mañana cobrará un anticipo. Por eso el señor Caffiaux ha tenido la bondad de adelantarme los cuatro litros que llevo aquí; y si usted fuera tan bueno, señor Dacheux, que quisiera adelantarme un poco de carne, sólo un poco.

El carnicero se incomodó, echaba chispas entre la ola de sangre que le subía al rostro.

–¡No, ya he dicho que no! Vuestra huelga por poco me arruina. ¿Cómo he de ser tan bruto que me ponga de vuestra parte? Siempre ha de haber obreros holgazanes que basten para impedir a la gente honrada hacer su negocio. Cuando no se trabaja bastante para comer carne, no se come.

Dacheux se ocupaba en política; estaba por los ricos, por los fuertes, se le temía; era sanguinario y de pocos alcances. Esta palabra, carne, tomaba en sus labios una importancia

considerable, aristocrática; la carne sagrada, el alimento de lujo reservado a los afortunados, cuando debiera ser de todos.

–Ya me debe usted cuatro francos del verano último –añadió–. Yo lo que debo tengo que pagarlo.

Natalia se deshacía en súplicas, insistía, en voz baja, desolada, llorosa. Pero sobrevino un acontecimiento que acabó de desahuciarla. La señora Dacheux, una mujercita fea, negra e insignificante, que así y todo, según las malas lenguas, ponía a su marido abominables cuernos, se había adelantado con su hija Juliana, una niña de cuatro años, sana, gruesa, rubia, de expansiva alegría. Se habían visto los dos niños; Luisillo Fauchard, comenzó por reír, en su miseria, mientras que la opulenta Juliana, contenta, sin tener todavía, por lo visto, conciencia de las desigualdades sociales, se acercó y le cogió las manos. Estaba como si de repente le hubiesen dado un juguete, en la infantil alegría de la reconciliación futura.

–¡Maldita chiquilla! –gritó Dacheux fuera de sí–; siempre la tengo sobre las rodillas. ¿Quieres ir a sentarte?

Luego, volviéndose airado a su mujer, con malos modos la hizo volver al mostrador, diciéndole que mejor haría en vigilar la caja, para que no la robasen, como dos días antes. Y siguió hablando, dirigiéndose a cuantos encontraba en la

tienda, preocupado con aquel robo, de que se estaba quejando sin cesar hacía dos días, indignado.

–¡Así, como suena! No sé qué andrajo, que se metió en la tienda y cogió cinco francos de la caja, mientras que la señora Dacheux pensaba en las musarañas. La ladrona no pudo negar, tenía la moneda en la mano. ¡Pero a buen recaudo la tengo! En la cárcel esta... ¡Esto es horrible! Se nos robará, nos saquearán si no andamos listos, si no se pone orden en esto.

Y sus miradas recelosas vigilaban la carne, para asegurarse de que manos de hambrientas, de obreras sin trabajo, no robaban pedazos de ella, allí, en la tienda, como robarían el oro precioso, el oro divino, en la artesa de los cambistas.

Lucas vio que la Fauchaud se retiraba con miedo, con el vago temor de que el carnicero llamase a un gendarme. Por un momento quedó inmóvil, con su Luisillo, en medio de la calle, entre el tropel de gente, ante una hermosa panadería, adornada con espejos, alegre con su mucha luz, que estaba enfrente de la carnicería, y uno de cuyos escaparates, abierto, libre, ponía ante los ojos de los transeúntes doradas hogazas y tortas. Contemplábanlos estáticos la madre y el niño. Lucas, olvidando a éstos, atendió a lo que pasaba en la panadería.

Un carruaje acababa de detenerse a la puerta, y un aldeano había bajado de él con un niño de ocho años y una

niña de seis. Estaba tras el mostrador la panadera, la señora Mitaine, muy guapa; una buena moza rubia, muy bien conservada a los treinta y cinco años, de la cual habían estado enamorados todos los del país, sin que hubiera dejado ella de ser fiel a su marido, un hombre delgado, silencioso y pálido, a quien se veía raras veces, y siempre junto a la artesana o junto al horno. Cerca de la panadera, en la banqueta, estaba sentado su hijo Evaristo, un muchacho de diez años, ya alto, rubio como ella, de rostro amable, de suave mirada.

–Hola señor Lenfant. ¿Cómo está usted? Y también Arsenio y Olimpia. No hay que preguntar si están buenos.

El aldeano, de treinta y tantos años, era de ancha faz tranquila. No se daba prisa, pero al fin contestó con tono reflexivo:

–Sí, sí, salud no falta, de eso no andamos mal en Combettes. La tierra es la que está más enferma. No podré darle el salvado que le había prometido, señora Mitaine. Todo se ha perdido. Y como he venido a Beauclair esta tarde con el carro, he querido advertírselo a usted.

Siguió hablando; expuso todos sus resentimientos, la tierra ingrata que ya no alimentaba al trabajador, que no pagaba siquiera los gastos de abono y siembra. Y la hermosa panadera, compadecida, movía suavemente la cabeza. Verdad era. Se necesitaba ahora mucho trabajo para poco

provecho. Todo el mundo se quedaba con hambre. Nada quería ella con la política. ¡Pero, Señor, qué mal iban las cosas! Por eso durante la tal huelga le partía el corazón el saber que había desgraciados que se acostaban sin haber comido una mala corteza de pan, cuando su tienda estaba llena. Pero el comercio era el comercio. Eso es. No se podía regalar la mercancía, tanto menos cuanto que eso favorecía, alentaba la rebeldía.

Lenfant estaba conforme.

–Sí, sí, cada uno lo suyo. Eso es lo legítimo, ganar cada cual con sus cosas cuando le han costado a uno trabajo. Pero, con todo, hay quien quiere ganar demasiado.

Evaristo, movido por la presencia de Arsenio y de Olimpia, se había decidido a separarse del mostrador para hacer los honores de la tienda. Y en su calidad de mozo de diez años, sonreía complaciente a la chiquilla de seis, cuya cabeza, grande, redonda y alegre, debía de agradarle.

–Dales una torta a cada uno –dijo la hermosa señora Mitaine, que mimaba mucho a su hijo y le educaba con dulzura.

Y como Evaristo empezase por Arsenio, su madre exclamó en tono de broma:

–Hay que ser galante, hijo mío, primero se da a las damas.

Evaristo y Olimpia, entonces, uniéndose alegres, se hicieron en seguida amigos. ¡Ah, aquellos pequeñuelos queridos eran la flor de la existencia! Si eran prudentes más adelante, no se devorarían como la gente de ahora. Lenfant se marchó diciendo que de todas maneras, esperaba traer salvado, pero más tarde. La señora Mitaine, que le había acompañado hasta la puerta, le vio subir al carruaje y bajarse otra vez en la calle de Brias. En este momento fue cuando Lucas se fijó en la Fauchard, resuelta de pronto, arrastrando a su Luisillo y osando acercarse a la panadera. Balbució algunas palabras que no pudo Lucas oír, pedía otra vez al fiado sin duda, pues en seguida la señora Mitaine entró en la tienda con aire de consentir, y le entregó una hogaza, que la desgraciada se apresuró a llevarse oprimiéndola contra el flaco seno.

Dacheux, en su exasperación recelosa, estaba observando la escena desde la otra acera. Y gritó.

–Hará usted que la roben. Acaban de robar latas de sardinas en casa de Caffiaux. Se roba por todas partes.

–¡Bah! –respondió, plácida, la señora Mitaine, otra vez a la puerta de la tienda–. No se roba más que a los ricos.

Lucas continuó bajando con lentitud por la calle de Brias, entre el patear del rebaño, cada vez más grande. Ahora le parecía que pasaba el terror, que un soplo de violencia iba a arrastrar a esta multitud ceñuda y silenciosa. Al llegar a la



plaza de la Alcaldía volvió a encontrar el carruaje de Lenfant, parado en la esquina de la calle, delante de una quincallería, una especie de bazar, del matrimonio Laboque. Tras la puerta, que se abría en ancho hueco, oyó un violento regateo entre el aldeano y el quincallero.

–¡Ah, sangre de Cristo! A paso de oro vende usted los tales azadones... ¡Y todavía sube usted este dos francos!

–Diantre, señor Lenfant; como ha habido esa maldita huelga. No es culpa nuestra si las fábricas no han trabajado, y si todo ha encarecido. Yo pago el hierro más caro, y algo he de ganar.

–Que gane usted, bueno. Pero doblar el precio. Entienden ustedes el comercio de un modo... Dentro de poco no se podrán comprar útiles.

Era este Laboque un hombrecillo flaco y seco, con narices y hocico de hurón, muy activo; y tenía una mujer, de su estatura, viva, muy morena, de prodigiosa codicia para la ganancia. Ambos habían comenzado en las ferias, de ambulantes, arrastrando en un carro azadas, rastrillos y sierras.

Y a los diez años de haber abierto aquel tenducho, se veían al frente de un vasto comercio, que había crecido de año en año, y eran intermediarios entre las fábricas del país y los consumidores, revendiendo con grandes ganancias el hierro

que para el comercio producía el Abismo, los clavos de los Chodorge, las guadañas y las podaderas de los Hausser, las máquinas y aperos de los Miranda, todo un desperdicio de fuerza y de riqueza que se tragaban ellos, con la relativa honradez de comerciantes que robaban según la costumbre, con vivo placer, cuando cada noche consultaban la caja de dinero apañado, en perjuicio de las necesidades ajenas, ruedas inútiles, que comían energía y que hacían rechinar la máquina, próxima a descomponerse.

Mientras el aldeano y el quincallero debatían furiosos una rebaja de cien céntimos, Lucas reparó otra vez en los niños. En la tienda había dos; un muchacho de doce años. Augusto, de aire reflexivo, que estaba aprendiendo una lección, y una niña de cinco apenas. Eulalia, sentada con mucha formalidad en una silla pequeña, con aire grave y amable, como si estuviera juzgando a la gente que entraba. En cuanto le vio a la puerta, mostró afición por Arsenio Lenfant, encontrándole de su gusto sin duda y acogiéndole con aire de personilla bondadosa. Y ya no faltó nadie, cuando entró una mujer con otro niño, el quinto; era la mujer del pudelador Bourron, Bayette, redonda y fresca, siempre alegre contra viento y marea. Llevaba de la mano a Marta, su hija de cuatro años, gruesa también y contenta. En seguida, soltó la mano de su madre, y corrió hacia Augusto Laboque, a quien debía de conocer.

Puso Bavette fin al regateo del aldeano y el quincallero, que quedaron de acuerdo, partiendo la diferencia de los cien céntimos. Traía la buena mujer una cacerola, comprada la víspera.

–Se sale, señor Laboque. Lo he notado al ponerla al fuego. No he de quedarme con una cacerola que se sale.

Y mientras Laboque examinaba la cacerola maldiciendo, y por fin se decidía a cambiársela, la señora Laboque habló de los niños. No se movían en todo el día, quietos como postes, la una en su silla, el otro comiéndose los libros. Seguramente, falta hacía ganarles la vida, pues no se parecían a su madre ni a su padre; no llevaban trazas de hacer mucho dinero. Sin oír esto, Augusto Laboque sonreía a Marta Bourron; Eulalia Laboque tendía su mano menuda a Arsenio Lenfant, mientras que la otra Lenfant, Olimpia, daba fin con aire pensativo a la torta que el niño de las Mitaine le había dado. Había allí gracia, ternura, fresco y sano olor de esperanza en mañana; y esto entre el aliento de agudo rencor y de lucha que abrasaba la calle.

–¿Sabe usted que vamos a ganar mucho con lances como este? –dijo Laboque, dando otra cacerola a Bavette–. Ya no hay buenos obreros, todos son unos chapuceros. ¡Y las averías que hay en una casa como la nuestra! Entra y sale el que quiere, parece esto el puerto de arrebatá capas, con estos mostradores y escaparates en la calle. Esta tarde nos han vuelto a robar.

Lenfant, que pagaba lentamente el azadón, se asombró.

–Entonces ¿son ciertos esos robos de que se habla?

–Y tanto como lo son. No somos nosotros quien robamos, nos roban a nosotros... Han estado dos meses de huelga, y como no tienen con que comprar, roban lo que pueden. Ahí, en esa caja, hace dos horas, me han robado cuchillos y tranchetes. La cosa no es para tranquilizarse.

Hizo un ademán de súbita inquietud, pálido, temblando, y señaló a la calle amenazadora, llena con la sombría multitud, como si temiera una brusca acometida, una invasión que le despojase, barriendo mercancía y mercader.

–Cuchillos y tranchetes –repitió Bavette, con su reír continuo–; eso no se come. ¿Qué quiere usted que saquen de eso?.. Como Caffiaux, el de enfrente, que se queja de que le han robado una lata de sardinas. Algún pillastre goloso.

Siempre estaba contenta, segura siempre de que las cosas acabarían bien. ¡Aquel Caffiaux sí que merecía la maldición de las amas de casa! Acababa de ver entrar a allí a Bourron, su marido, con Ragú, y de seguro que iban a echar a perder allá dentro una moneda de cien céntimos. Pero ¿y qué? Era natural que un hombre gozase un poco después de penar tanto. Y cogiendo otra vez de la mano a Marta, su hija, se fue, contenta con su hermosa cacerola nueva.

–Vea usted –continuó Laboque, dirigiéndose al aldeano–. Haría falta tropa. Yo opino que debe darse una buena lección a todos estos revolucionarios. Necesitamos de un gobierno sólido, que pegue duro, para que se respete lo que es respetable.

Lenfant movía la cabeza. Su buen sentido receloso vacilaba en declararse por un partido. Se fue con Arsenio y Olimpia, diciendo:

–¡Que no acaben mal todos estos líos entre señores y obreros!

Lucas hacía un rato que examinaba la casa de Caffiaux, que ocupaba, enfrente, la otra esquina de la calle de Brias y de la plaza de la Alcaldía. Los Caffiaux no habían tenido allí, primero, más que una tienda de ultramarinos, muy próspera, hoy con su escaparate, y anaqueles, de sacos abiertos, cajas de conservas apiladas, toda clase de comestibles amontonados, protegidos con red contra las manos ágiles de los rateros. Después se les ocurrió la idea de añadir un comercio de vinos, y alquilaron la tienda contigua para establecer allí un «despacho de vino–restaurant», en que se hacían de oro. Las fábricas vecinas, el Abismo sobre todo, consumían una cantidad del alcohol espantosa. Un continuo desfile de obreros entraba y salía, sobre todo los sábados, en que se cobraba; muchos se detenían, comían allí y salían perdidos de borrachos. Era el veneno, el antro envenenador, donde los más fuertes

dejaban la cabeza y los brazos. Por lo mismo, Lucas quiso entrar al punto para ver lo que allí pasaba; cosa sencilla; comería allí pues ya no había de hacerlo en casa. ¡Cuántas veces, en París, en su afán de conocer al pueblo, de bajar al fondo de todos sus sufrimientos y miserias, le había hecho entrar, y pasar horas, en los peores cuchitriles! Tranquilamente, se sentó delante de una mesa cerca del ancho mostrador de estaño. La sala era grande; una docena de obreros hacían el gasto en pie, mientras que otros, sentados junto a las mesas, bebían, jugaban a la baraja entre el humo espeso de las pipas, en el cual los mecheros de gas no eran más que manchas rojas. A la primer mirada reconoció en una mesa próxima a Ragú y a Bourron, que hablaban metiéndose la cara por las narices. Habían debido de comenzar bebiendo un litro; después habían hecho servir una tortilla, salchichas y queso; de suerte que, botella tras botella, ya estaban muy borrachos. Fijóse Lucas sobre todo en Caffiaux, que hablaba en pie, cerca de la mesa. Él se había hecho servir un pedazo de carne asada, y comía y escuchaba.

Era Caffiaux un mocetón gordo y sonriente, de cara bonachona.

–¡Cuando os digo, que si hubieseis resistido tres días más, hubierais tenido a los patronos atados de pies y manos, a merced de los obreros!.. ¡Recristo, ya sabéis que soy de los

vuestros! ¡Ah, sí, cuanto antes me echéis a rodar a todos esos maricas de explotadores, mejor!

Ragú y Bourron, muy excitados, le dieron palmadas en el brazo. Sí, sí, le conocían; bien sabían que era de los buenos, un verdadero amigo. Pero de todas maneras la huelga es mala de aguantar; ello tiene que acabar por acabar ser.

–Los patronos siempre serán los patronos –balbució Ragú–. Entonces ¿qué? Hay que aceptarlos, dándoles lo menos posible por su dinero. Venga, otro litro, tío Caffiaux; va usted a beberlo con nosotros.

Caffiaux no dijo que no. Se sentó. Estaba por las ideas violentas, porque había notado que su establecimiento, después de cada huelga ganaba mucho. Nada causaba tanta sed como las disputas. El obrero exasperado se arrojaba al alcohol; la rabiosa ociosidad habituada a los trabajadores a la taberna. Además, en tiempo de crisis sabía ser compasivo, daba algo al fiado a las amas de casa, no negaba un vaso de vino a los obreros, seguro de que le pagarían, creándose una reputación de generoso, al empujarlos al abominable consumo del veneno que despachaba. Algunos, sin embargo, decían que Caffiaux, con sus camándulas, era un traidor, un soplón, espía de los patronos del Abismo, con quienes trabajaba en comandita, para saber lo que querían, de los obreros, al envenenarlos. Y aquello era la perdición fatal, la miseria del salario, sin placer ni alegría, que necesitaba la taberna, y la taberna que acababa de

corromper el salario. Un mal hombre, un mal paraje, una tienda de miseria, que había que arrasar y barrer.

Lucas se distrajo un instante de la conversación cercana al ver la puerta interior de la abacería abrirse y aparecer una niña de quince años, bonita. Era Honorina, la hija de los Caffiaux, pequeña, morena, fina, de hermosos ojos negros. Nunca estaba en el despacho de vinos; servía en la tienda. Se contentó con llamar a su madre, que estaba detrás del gran mostrador de estaño, gruesa, sonriente y de aire bonachón, como su marido. Todos aquellos comerciantes, tan avarientos, todos aquellos tenderos egoístas y duros, tenían hijos muy guapos. Estos hijos ¿habían de volverse eternamente codiciosos, también duros y egoístas? De pronto, Lucas tuvo como una visión deliciosa y triste. Entre aquella peste de olores, entre el humo espeso de las pipas, entre el estrépito de una reyerta que acababa de estallar, delante del mostrador, vio a Josina, de tal modo vaga y borrosa, que no la reconoció al principio. Debía de haber entrado furtivamente, dejando a Nanet a la puerta. Temblorosa, todavía vacilante, se había puesto detrás de Ragú, que no la veía, vuelto de espalda. Y Lucas pudo examinarla un instante, tan débil con su pobre vestido. El rostro tan suave, perdido en la sombra, bajo la toquilla en jirones. Pero un detalle que no había notado antes, allá delante del Abismo, le impresionó. La mano derecha se había separado de la falda, y vio que estaba envuelta en una venda, hasta la muñeca. Debía de ser una herida.



Josina, al fin, se armó de valor. Había tenido que bajar hasta la casa de los Caffiaux, mirar a través de las vidrieras, y distinguir a Ragú en su mesa. Y se acercó con paso menudo, cansado y le apoyó su mano de niña sobre el hombro. Pero él, que ardía de borracho, ni la sintió. Tuvo que sacudirle, hasta que se volvió.

–¡Rayo de Dios! ¿Otra vez tú? ¿Pero qué se te ha perdido aquí?

Había dado tal puñetazo sobre la mesa, que vasos y botellas bailaron.

–Tengo que venir porque tú no vuelves a casa –respondió ella, medio cerrando sus ojos asustados, ante la brutalidad que presentía.

Pero Ragú ni la oía, rabiando, vociferando, para hacer efecto entre los camaradas.

–Yo hago lo que quiero; y no consiento que una mujer me espíe. ¿Lo oyes?

Yo mando en mí. Y aquí me quedaré, hasta que se me antoje.

–Entonces –dijo ella aturdida–, a lo menos, dame la llave, para no pasar la noche en la calle.

–¡La llave, la llave! –aulló Ragú–. ¿La llave es lo que pides?

Y con movimiento furioso de salvaje se levantó, la sujetó por la mano herida, y la arrastró por la sala, para arrojarla fuera.

–¡Cuando te digo que esto se ha acabado, que ya nada quiero contigo!.. ¡Vete a ver si está en la calle la dichosa llave!

Josina, como loca, dando traspiés, lanzó un grito penetrante de dolor.

–¡Ay!, ¡que me has hecho daño!

Con toda aquella violencia, el apósito de la mano había sido arrancado; la blanca tela se enrojeció de pronto, con una gran mancha de sangre. Pero esto no impidió al bruto, ciego, loco por el alcohol, abrir de par en par la puerta y lanzar a la joven al arroyo; luego cuando se hubo sentado pesadamente ante su vaso otra vez, balbució con torpe risa.

–¡Bueno, bueno!, si se les hiciera caso, estaba uno divertido.

Fuera de sí, colérico a su vez, Lucas cerró los puños para lanzarse sobre Ragú. Pero vio la camorra, una batalla con todos aquellos animales. Y ahogándose en aquel lugar abominable, se apresuró a pagar; mientras Caffiaux, que había ocupado el sitio de su mujer junto al mostrador, procuraba arreglar las cosas diciendo con aire bonachón,

que la verdad era que había mujeres que no sabían tratar a la gente. ¿Qué quiere usted sacar de un hombre que ha bebido un vaso de más? Sin responder, Lucas se lanzó fuera, respirando con delicia el aire fresco de la calle, mirando a todas partes, rebuscando entre la multitud; pues, al salir con tanta prisa, no había tenido más idea que la de encontrar a Josina, socorrerla, no dejarla muriendo de hambre, sin pan, sin asilo, en aquella noche sombría de tempestad. Pero en vano se apresuró a subir de nuevo por la calle de Brias y volver a la plaza de la Alcaldía, corriendo entre los grupos. Josina y Nanet habían desaparecido. Sin duda, con el terror de ser perseguidos, se habían enterrado en cualquier parte y las tinieblas de agua y viento se los habían tragado.

¡Qué espantosa miseria! ¡Qué sufrimiento execrable en el trabajo echado a perder, convertido en el fermento vergonzoso de todas las degeneraciones! Y Lucas, sangrando el corazón, oscurecido el cerebro con los negros vaticinios, volvió a pasar en medio del tumulto siniestro y amenazador, que iba creciendo en la calle de Brias. Encontraba allí el soplo de terror indistinto que pasaba sobre las cabezas, que venía de la reciente lucha de clases, lucha jamás concluida, cuya próxima renovación se sentía en el aire. La vuelta al trabajo no era más que una paz embustera; la resignación de los trabajadores tenía un solo gruñido, un único anhelo de desquite, llamaradas próximas a brillar de nuevo. A los dos lados de la calle rebosan las tabernas, el alcohol devoraba el jornal, exhalaba su veneno

hasta el arroyo; mientras que las tiendas de los abastecedores no se desocupaban; sacando la menguada bolsa de las pobres mujeres de los obreros, la inicua y monstruosa ganancia del comercio. Donde quiera, los trabajadores, los muertos de hambre, eran explotados, devorados, triturados, bajo las ruedas de la máquina social que rechinaba, cuyos dientes eran más duros porque se desvencijaba.

Y en el lodo, bajo los mecheros de gas como azorados, Beauclair entero giraba allí, con su patear de rebaño perdido, como si caminara ciego al abismo, próximo a una gran catástrofe.

Entre la multitud, Lucas reconoció a varias personas, que ya había visto cuando había estado en Beauclair por vez primera, en la primavera última. Allí estaban las autoridades, sin duda con el temor de sucesos graves. Vio pasar juntos al alcalde, Gourier, y al subprefecto, Chatelard; el primero, rico propietario, alarmado, hubiera querido tropa; pero el otro, un desecho de París, eso sí, de buen trato, más cauto, había tenido la prudencia de contentarse con gendarmes. Pasó también el presidente del Tribunal, Gaume, que llevaba consigo al capitán retirado Jollivet, prometido de su hija. Delante de la casa de Laboque se detuvieron para saludar a los Mazelle, antiguos comerciantes, a quien sus rentas, ganadas pronto, habían hecho entrar al cabo en la buena sociedad del pueblo. Toda

esta gente hablaba bajo, con expresión de inquietud, mirando de soslayo el desfile de los trabajadores celebrando el sábado. Al pasar junto al grupo, oyó a los Mazelle, que hablaban también de robos, y que por lo visto pedían noticias al magistrado y al capitán. Los chismes corrían de boca en boca. La moneda de cinco francos cogida en el mostrador de Dacheux, la caja de sardinas robada en el escaparate de Caffiaux; pero sobre todo los tranchetes robados a Laboque merecían los más graves comentarios. El terror esparcido se apoderaba de los prudentes. ¿Quería decirse que los revolucionarios se armaban, que habían proyectado alguna matanza para la alta noche, aquella noche de huracán cuya negrura abrumaba a Beauclair? La desastrosa huelga todo lo había desorganizado; el hambre ponía furiosos a los miserables; el alcohol de las tabernas les inspiraba la demencia devastadora y mortífera. Y por el lodo de la calle inmunda, a lo largo de las fangosas aceras, iba toda la ponzoña, toda la degradación del trabajo deshonorado, execrado, maldito, la espantosa miseria que de él resulta, el robo y la prostitución, que son como su flora monstruosa. Pálidas mujerzuelas pasaban, obreras de las fábricas, seducidas por algún novio, que después rodaban hasta el cieno, carne barata del placer, sórdida y dolorosa, que, por cuatro cuartos, miserables borrachos se llevaban a la oscuridad de los charcos de los talleres de cantería próximos.

Crecía en el alma de Lucas la compasión, y la cólera y el dolor le sublevaban. ¿Dónde estaba Josina? ¿En qué rincón de sombra espantosa había ido a caer con el pobre Nanet? De repente, hubo gritos. Sobre el tumulto pasó como una ráfaga que hizo remolinos de gente, arrastrando el tropel. Pudo creerse que era el asalto de las tiendas, que se entraba a saco las provisiones expuestas a los dos lados de la calle. Se precipitaron los gendarmes, hubo carreras, estrépito de botas y de sables. ¿Qué sucedía, qué sucedía? Y en el terror aumentado, volaban las preguntas, presurosas, balbucientes, cruzándose con las respuestas del espanto.

Oyó Lucas a los Mazelle, que volvían diciendo:

–Es un niño, que ha robado un pan.

Ahora la multitud, violenta y huraña, subía por la calle a escape. El suceso debía de haber ocurrido más arriba, hacia la panadería Mitaine; gritaban las mujeres, cayó un viejo que hubo que recoger. Un gendarme, corpulento, corría de tal modo entre los grupos, que derribó a dos personas.

El mismo Lucas había echado a correr, arrastrado por el pánico general. Y pasó cerca del presidente Gaume, que decía con su voz lenta al capitán Jollivet:

–Es un niño, que ha robado un pan.

Entonces, Lucas, que llegaba a la panadería Mitaine, siguiendo el surco que iba dejando el gendarme entre la multitud, le vio lanzarse descompuesto para prestar ayuda a un compañero delgado y alto, que sujetaba con fuerza por la muñeca a un niño de cinco a seis años. Lucas reconoció a Nanet, con su cabeza rubia y enmarañada, que llevaba muy alta, a pesar de todo, con su aire resuelto de hombrecillo. Acababa de robar un pan en el escaparate de la hermosa señora Mitaine. El robo era innegable, pues todavía llevaba la hogaza, casi tan grande como él. Este robo de un niño era lo que acababa de remover, de trastornar toda la calle de Brias. Transeúntes que lo habían visto, habían avisado al gendarme, que había echado a correr. Pero el niño había andado ligero, había desaparecido entre los grupos, y el gendarme empeñado, desencadenando un ruido de tormenta, hubiera acabado por amotinar a todo Beauclair. Y ahora triunfante, volvía con el culpable al teatro del crimen, para confundirlo.

–Es un niño, que ha robado un pan –repetían las voces.

La señora Mitaine, pasmada de tal estrépito, había acudido también a la puerta de su tienda. Quedó asombrada, cuando el gendarme, dirigiéndose a ella, dijo:

–Ahí le tiene usted, señora. Éste es el tuno que acaba de robarle esta hogaza.

Y acudiendo a Nanet, quiso aterrarle.

–¿Sabes que vas a ir a la cárcel?.. Di, ¿por qué has robado un pan?

Pero el niño no se turbaba fácilmente. Con toda claridad, respondió con su voz aflautada.

–No he comido desde ayer, ni mi hermana tampoco.

En tanto, la señora Mitaine se había serenado. Miraba al chiquillo, con aquellos hermosos ojos, tan llenos de indulgente bondad. ¡Pobre arrapiezo! ¿Y su hermana, dónde la había dejado? Vaciló la panadera un instante, y se puso un poco colorada. Después, con aquella amable sonrisa, de buena moza, cortejada por toda su parroquia, dijo alegre y apacible:

–Se ha equivocado usted, gendarme; este niño no me ha robado un pan. Yo se lo he dado.

Boquiabierto, el gendarme, se plantó delante de ella, sin soltar a Nanet. Diez personas habían visto a éste coger el pan y echar a correr. Y de pronto, el carnicero Dacheux, que había atravesado la calle, intervino, acalorado, furioso:

–Pero si lo he visto yo mismo. Justamente, estaba mirando. Se arrojó sobre el más grande, y pies para que os quiero. Tan seguro como me han robado antes de ayer cinco francos y como han robado hoy todavía a Laboque y a



Caffiaux; este gusarapo, acaba de robarla a usted, señora Mitaine. No diga usted que no.

Muy colorada por el embuste, la panadera, repitió suavemente:

–Se engaña usted, vecino. Soy yo quien le ha dado el pan a este niño. No lo ha robado.

Y como Dacheaux se enfureciese contra ella, prediciéndole que, con tamaña indulgencia, acabaría por conseguir que los saqueasen y degollaran a todos, Chatelard el subprefecto, que había juzgado la escena, con su golpe de vista de hombre prudente, se acercó al gendarme, y le hizo soltar a Nanet, al cual gritó con voz de coco:

–Largo de aquí, pronto, galopín.

Ya la multitud gruñía, se enfadaba. ¡Cuando la panadera afirmaba que le había dado ella el pan! ¡Un pobre muñeco, del tamaño de una bota, en ayunas desde la víspera!

Hubo gritos, silbidos; una voz brusca, atronadora, se destacó, dominó el estrépito.

–¡Ah, rayo de Dios! ¿Con que son los pillastres de seis años los que tienen que darnos hoy ejemplo?.. Ha tenido razón ese niño. Cuando hay hambre, se puede coger todo. Sí, todo lo que hay en las tiendas es nuestro, y por cobardes, estalláis de hambre.

El tropel tumultuoso se removi6, refluy6, como cuando se arroja una piedra en una charca. Se preguntaba: ¿Qui6n es, qui6n es? Y pronto corri6 la respuesta. ¡Es el cacharrero, es Lange, es Lange!

Lucas, entonces, en medio de los grupos, que se separaban, distingui6 al personaje; un hombre peque1o y fornido, de veinticuatro a1os apenas, de cabeza cuadrada, de barba y cabellera negras y enmara1adas. De aspecto r6stico, con fuego de inteligencia en los ojos, hablaba con las manos en los bolsillos, con los rudos arranques de un poeta en bruto, vociferando sus visiones.

–Los comestibles, el dinero, las casas, los vestidos, a nosotros nos lo han robado, nosotros tenemos el derecho de recuperarlo todo. Y sin esperar a ma1ana, esta noche, debi6ramos volver a posesionarnos del suelo, de las minas, de las f6bricas, de Beauclair entero, si fu6ramos hombres. No hay dos medios, no hay m1s que uno. Echar por tierra el edificio de un golpe; destruir donde quiera la autoridad a hachazos, para que el pueblo, a quien pertenece todo, pueda reconstruirlo por fin.

Algunas mujeres tuvieron miedo. Los mismos hombres, ante la vehemencia agresiva de estas palabras, se callaban ahora, retrocedían, temiendo las consecuencias. Pocos comprendían. Los m1s no sabían de esta rebeldía exasperada bajo el peso abrumador y secular del salario. ¿A

qué venía todo aquello? De todos modos se reventaría de hambre y además se iría a la cárcel.

–Ya lo sé; no os atrevéis –continuó Lange, en tono de terrible burla grosera–. Pero no faltará quien se atreva algún día. A vuestro Beauclair se le hará saltar, si no se viene él abajo de puro podrido. No tenéis narices si no oléis esta noche que todo está perdido, y que esto apesta a carroña. Todo esto es un estercolero. No hay que ser gran profeta para anunciar que el viento que sopla se llevará el pueblo y a todos los ladrones, a todos los asesinos, vuestros señores amos. ¡Que todo se hunda, que todo estalle; muera, muera!

Tal iba siendo el escándalo, que Chatelard, el subprefecto, aunque partidario de la indiferencia, se vio forzado a castigar. Había que prender a alguno; tres gendarmes se arrojaron sobre Lange, y se lo llevaron por una travesía, oscura y desierta, por donde se perdió el ruido de sus botas. En la multitud, por lo demás, sólo había habido opuestos movimientos, indistintos, pronto calmados. El tropel se dispersó y volvió el pisotear lento y silencioso sobre el negro lodo, de un extremo a otro de la calle.

Pero Lucas, se había estremecido. La amenaza profética estallaba como la terrible consecuencia de lo que veía, de lo que oía, desde el anochecer. Tanta iniquidad, tanta miseria, llamaban la catástrofe final, que él también había sentido llegar del fondo del horizonte, como una nube de venganza, que quemaría, que arrasaría a Beauclair. Y sufría por su

horror a la violencia. ¡Qué! ¿El alfarero tendría razón? ¿Harían falta la fuerza, el robo, el asesinato, para volver a la justicia? Trastornado, había creído ver en medio de los duros y sombríos rostros de los trabajadores, pasar los rostros pálidos de Gourier el alcalde, del magistrado Gaume, del capitán Jollivet. Y luego los Mazelle, sudando de miedo, volvían a pasar delante de él, a la luz temblona del gas. Le dio horror la calle y ya no tuvo más que una idea de compasión y de consuelo, alcanzar a Nanet, seguirle, saber en qué rincón tenebroso se había escondido Josina. Nanet andaba, andaba, con todo el valor de sus piernecitas. Y Lucas que le había visto escapar por lo alto de la calle de Brias, hacia el Abismo, le alcanzó bien pronto, porque al niño le costaba trabajo correr con el pan. Lo apretaba contra el pecho, con los dos brazos, temiendo perderlo, y también, sin duda, que un malvado o que un perrazo se lo arrancasen. Cuando oyó detrás de sí el paso acelerado de Lucas, debió de sentir un miedo espantoso, y quiso correr. Pero al volverse, reconociendo, a la luz de una de las últimas tiendas, al señor que les había sonreído a él y a su hermana, se tranquilizó y se dejó alcanzar.

–¿Quieres que te lleve yo el pan? –le preguntó el joven.

–¡Ca, no; lo llevo yo! Me da gusto.

Ya estaba fuera de Beauclair, en la carretera, en la oscuridad, bajo un cielo de nubes rastreras y tumultuosas. Sólo, a cierta distancia, empezaban a verse las luces del

Abismo. Y se oía el menudo chapotear del niño en el lodo; mientras que con abrazos ya más flojos levantaba el pan cuanto podía, para no mancharlo.

–¿Sabes a dónde vas?

–Pues claro.

–¿Y es lejos?

–No; es a un sitio.

Un vago temor debía de volver a inquietar a Nanet. Acortó el paso. ¿Por qué quería aquel señor saber a dónde iba? El hombrecillo, que se sentía único protector de su hermana mayor, recurría al disimulo. Pero Lucas, comprendiéndole, y queriendo probarle que era amigo, tomó la cosa a juego, y le levantó en peso de repente, en el momento en que el niño iba a dar la voltereta en un charco.

–¡Aúpa, señor mío! ¡No hay que untar con dulce el pan!

Conquistado, sintiendo el calor cariñoso de aquellos brazos de hermano grande, Nanet soltó la carcajada, confiado como niño, tuteando de repente al nuevo amigo.

–¡Caramba, qué fuerza tienes! Y qué bueno eres.

Y siguió trotando, ya tranquilo. Pero ¿dónde se había enterrado Josina? El camino se alargaba. Y Lucas creía

reconocer a la joven, esperando en la sombra inmóvil de cada tronco de árbol. Se acercaban al Abismo. Los golpes del martillo pilón ya sacudían el suelo. Y todo el contorno se iluminaba por la nube ardiente de los vapores que atravesaban grandes rayos eléctricos. Nanet, sin pasar la fábrica, dio vuelta, tomó por el puente y atravesó el Mionna. Lucas se vio, de este modo, conducido otra vez al mismo punto en que los había encontrado por la tarde. De repente, el niño corrió a escape; le perdió de vista, pero le oyó que decía riendo alegre.

–¡Toma hermana, toma! ¡Mira, mira esto; esto sí que vale!

Al extremo del puente, la orilla descendía, y allí había un banco, a la sombra de una empalizada, enfrente del Abismo, que humeaba y soplab a la otra orilla del río. Lucas había tropezado con la empalizada, cuando oyó las carcajadas del chiquillo convertirse en gritos y en llanto. Se orientó al fin, y comprendió lo que pasaba, viendo a Josina tendida sobre el banco, exánime. Allí había ido a caer, de hambre y de dolor, dejando marchar a su hermano, sin darse cuenta clara de lo que tramaba su valentía de hijo del arroyo. Encontrábala el niño fría, como muerta, y sollozaba desesperado.

–¡Despierta, hermana, despierta, que hay que comer, come, ya lo hay. Es pan!

También Lucas tenía lágrimas en los ojos. ¡Cuánta miseria! ¡Qué atroz destino de privaciones y dolores, para seres tan

débiles, tan valerosos, tan encantadores! Bajó rápidamente hasta el Mionna, empapó en el agua el pañuelo y volvió, a humedecer las sienes de Josina. La noche, trágica, por dicha, no era fría. Cogió las manos de la joven, las frotó, las reanimó entre las suyas; suspiró ella por fin, y pareció despertar de un negro ensueño. Pero en el abatimiento de su larga inanición, nada extraño; le pareció muy natural que su hermano estuviera allí, con aquel pan y acompañado de aquel caballero alto y guapo, a quien reconocía.

Tal vez pensó que era aquel señor quien había traído el pan. Sus pobres dedos, debilitados, no podían romper la corteza. Tuvo él que ayudarla; iba rompiendo el pan en cantos menudos, y se los daba uno a uno, lentamente, para que no se atragantase, en su furia por calmar el hambre atroz, que la sofocaba. Entonces tembló todo su cuerpo, tan delicado; y lloró, lloró sin fin, siempre comiendo, empapando cada bocado de pan con las lágrimas, con una voracidad, con una torpeza temblorosa de animal apaleado, que no acierta ni a tragar, y se da prisa. Suavemente, con el alma deshecha, como aturdido, Lucas le detenía las manos, y seguía dándole los pedazos de pan, uno a uno. Ya jamás había de olvidar esta comunión de dolor y bondad, este pan de vida, que daba a la más miserable y a la más encantadora de las criaturas.

En tanto, Nanet se llamaba a la parte, tragaba como niño glotón, orgulloso de su hazaña.

Extrañaba las lágrimas de su hermana. ¿Por qué lloraba si la estaban dando un banquete? Después que acabó de comer, con el sopor del hartazgo, se acurrucó contra la joven, y se quedó como abrumado por un brusco sueño, el sueño feliz de todos los pequeñuelos, que sonreían a los ángeles.

Josina, con el brazo derecho le oprimía contra sí, algo repuesta, arrimada al banco, mientras Lucas seguía sentado a su lado, no pudiendo resolverse a dejarla sola en medio de la noche con aquel niño dormido. Había llegado a comprender que si ella mostraba tan poca destreza era también por causa de la mano herida, alrededor de la cual había atado, como había podido, la venda manchada de sangre. Habló Lucas.

–¿Es decir, que se ha hecho usted daño?

–Sí, señor. Una máquina de picar las botinas me ha roto un dedo. Ha habido que cortarlo. Pero fue por mi culpa, según dijo el contraamaestre, y el señor Gourier ha hecho que se me dieran cincuenta francos.

Hablaba en voz algo baja, muy suave, que a ratos temblaba con una especie de vergüenza.

–Según eso, trabaja usted en la zapatería del señor Gourier, el Alcalde.



–Sí, señor. Entré a los quince años; y ahora tengo dieciocho... Mi madre trabajó allí veinte años, pero ha muerto. Estoy sola. No tengo más que a mi hermanito Nanet, que tiene seis años. Yo me llamo Josina.

Y siguió contando su historia; Lucas, sólo con hacer algunas preguntas, lo supo todo. Era la historia vulgar y conmovedora de tantas pobres muchachas; un padre que se va, que desaparece con otra mujer; una madre que queda con cuatro hijos entre los brazos, que no consigue sustentarlos, ni con tener la suerte de perder dos; y en esto la madre muere, por el trabajo demasiado rudo. La niña se convierte en mamá pequeña del hermano, a los dieciséis años; a su vez se mata trabajando, sin conseguir siempre ganar pan para los dos. Luego, viene el drama inevitable de la obrera bonita; el seductor que pasa, aquel Ragú buen mozo, verdugo de corazones, de cuyo brazo se paseó ella los domingos después del baile; y ésta es su culpa. Prometía cosas tan buenas; ya se veía casada, en su linda casita, criando a su hermano con los hijos que fuera teniendo. Su culpa había sido ésa, entregarse una noche de primavera, en un bosque, detrás de la Guerdache. No sabía bien siquiera hasta qué punto había conseguido. Hacía seis meses, había cometido la segunda falta, la de irse a vivir con Ragú, que no volvió a hablarla de matrimonio. Después vino el accidente de la fábrica, y el dedo roto; no pudo continuar trabajando, precisamente en el momento en que la huelga ponía a Ragú tan furioso. Era tan malo, que había empezado a pegarla,

acusándola de su miseria. Y todo había ido empeorando. Y ahora la arrojaba a la calle; ni siquiera quería darle la llave para ir a acostarse con Nanet. Sentía Lucas la obsesión de un pensamiento.

–Si tuvieran ustedes un hijo, eso le ataría tal vez; se decidiría a casarse.

Con gesto temeroso, exclamó ella.

–¡Un niño con él! ¡Oh, Dios mío! ¡Ésa sería la mayor desgracia!.. Ya lo repite él. No quiere cargar con chiquillos. No, no haya miedo. Su idea es que cuando uno se junta así con una, no es más que por gusto de los dos; y luego, en cansándose, hasta la vista, cada cual por su lado.

Volvió el silencio, no hablaron más. La certeza de que no era madre, ni lo sería con aquel hombre, había causado a Lucas, en su compasión dolorosa, una singular dulzura, una especie de consuelo que no se explicaba. Sentimientos confusos despertaban en él; mientras dejando vagar la mirada por la obscura lejanía, volvía a encontrar aquella garganta de Brias, vislumbraba en el crepúsculo, ahora perdida en la sombra. A los dos lados, los Montes Bleuses, levantaban sus vertientes de roca, en tinieblas más espesas. A su espalda, a intervalos, a media ladera, oía pasar el zumbido de un tren que silbaba y acortaba la marcha al entrar en la estación; y a sus pies distinguía el Mionna glauco, que bullía espumoso al dar con la estacada de

madera, cuyos postes sostenían el puente. A la izquierda, la brusca abertura de la garganta, los dos promontorios de los Montes Bleuses, separándose en la inmensa llanura de la Rumaña, donde la noche tempestuosa se extendía en un mar negro y sin fin, más allá del vago islote de Beauclair, alumbrado, como estrellado por pequeñas luces, como chispas. Pero sus ojos volvían siempre a su frente, al Abismo, aparición de aspecto medroso, bajo los humos blancos que las lámparas eléctricas de los patios incendiaban. Por los grandes huecos abiertos se distinguían, de vez en cuando, ardientes fauces de horno, chorros deslumbradores de metal en fusión, vastos incendios rojos: todas las llamas del infierno interior, que era la obra devoradora y tumultuosa del monstruo. El suelo temblaba en torno, el baile acompañado de los martinetes no cesaba, acompañado del sordo roncar de las máquinas, y de los golpes profundos de los grandes martillos, que parecían un cañoneo lejano.

Lucas, llenos los ojos de esta visión, el alma dolorida, por el destino de aquella Josina, tan abandonada, tan miserable, sobre aquel banco al lado suyo, se decía que en esta desgracia repercutía todo el desastre del trabajo mal organizado, deshonorado, maldito. Toda aquella triste velada suya venía a parar a tal sufrimiento, al sacrificio humano de la triste niña; los desastres de la huelga, los corazones y los cerebros envenenados por el odio, las egoístas durezas del negocio, el alcohol convertido en el olvido necesario, el robo legitimado por el hambre, toda la vieja sociedad crujiendo

bajo el cúmulo de sus iniquidades. Y todavía creía oír la voz de Lange, profetizando la catástrofe final, que arrastraría a Beauclair, corrompido y corruptor. Y volvía a ver, sobre todo, las pálidas mujerzuelas, errantes, de la calle, la carne barata del placer, de los pueblos industriales, la última sima de la prostitución, donde el cáncer del salario arroja a las obreras hermosas de las fábricas. ¿No era allí donde Josina iba a dar? Seducida, abandonada en medio del arroyo, luego recogida por los borrachos, la pendiente iba rápida hasta el lodo. Veía en ella un espíritu sumiso, alma amorosa, una de esas ternuras adorables, que son, a la vez, valor y recompensa de los fuertes. El pensamiento de abandonarla sobre aquel banco, de no librarla del siniestro destino, de tal modo le pareció repulsivo, que ya no hubiera podido vivir sin tenderle una mano fraternal de socorro.

–Ello es que no puede usted dormir aquí con este niño. Es necesario que ese hombre la recoja. Después ya se vera... ¿Dónde vive usted?

–Cerca de aquí, en el Beauclair viejo, calle de las Tres Lunas.

Explicó lo que había, Ragú habitaba un cuarto reducido de tres piezas, en la misma casa que una hermana suya, a quien todos llamaban la Pelos, sin que se supiera por qué. Sospechaba ella que si realmente Ragú no tenía consigo la llave, debía de habérsela dejado a la Pelos, que era una mujer terrible, muy mala para las pobres muchachas. Al

hablar Lucas de ir tranquilamente a pedir la llave a tal furia, Josina tembló.

–¡Ah no, a ella no! Me aborrece. Si estuviera una segura de dar con su marido, que es un hombre excelente. Pero sé que esta noche trabaja en el Abismo. Es un maestro pudelador, que se llama Bonnaire.

–Bonnaire –repitió Lucas, herido por un recuerdo–. A ése le he visto la última primavera, cuando mi visita al Abismo. Y hasta hablé mucho con él. Me explicó el trabajo. Es un mozo inteligente, y que en efecto me pareció muy buena persona. Es muy sencillo; voy ahora mismo a hablar con él, de este asunto.

Josina, dejó oír un grito de ardiente gratitud. Toda ella temblaba, sus pobres manos se juntaron, en un arranque de todo su ser.

–¡Ah, señor, qué bueno es usted! ¡Qué agradecida le estoy!

Un sombrío resplandor rojizo venía del Abismo, y Lucas pudo ver a la joven ahora, libre la cabeza, la toquilla en jirones caída sobre los hombros. No lloraba ya. Los azules ojos brillaban enternecidos, la boca pequeña volvía a tener sonrisas de juventud. Delgada, flexible, muy graciosa, conservaba una expresión infantil, juguetona todavía, sencilla, alegre. Los largos cabellos rubios, como avena

madura, destrenzados sobre la nuca, la mostraban como una niña, que conservaba el candor en su abandono. Lucas, penetrado por un encanto infinito, se sentía poco a poco prendado por entero, con emoción y asombro, ante la deliciosa mujer, que se destacaba de aquella mísera pobreza con que se había encontrado; asustada, mal vestida, llorosa. Y la miraba con adoración. ¡Y ella se entregaba ingenuamente con toda el alma de pobre ser al fin socorrido, amado! Tan guapo, tan bueno, se le aparecía como un Dios, después de las brutalidades de Ragú. Hubiera besado la huella de sus pasos; y seguía ante él con las manos en cruz, la izquierda oprimiendo la derecha, la mutilada, la del trapo manchado de sangre. Y algo muy dulce y muy fuerte los enlazaba en lazo de infinita ternura, de amor infinito.

–Nanet le llevará a usted a la fábrica, señor. Conoce todos los rincones.

–No, no, ya sé el camino. No hay que despertarle; le da a usted calor. Espérenme los dos tranquilos.

La dejó sobre el banco, con el niño dormido, en la negra noche. Y al separarse, una gran claridad iluminó el promontorio de los Montes Bleuses, a la derecha, por encima del parque de la Crèche, donde estaba la casa de Jordan. Se distinguió el perfil obscuro del horno alto, al costado de la montaña. Era una sangría; todas las rocas

cercanas, y hasta los tejados de Beauclair, aparecieron iluminados, como por la grana de una aurora.

## CAPÍTULO II

BONNAIRE, el maestro pudelador, uno de los mejores obreros de la fábrica, había representado importante papel, en la última huelga. Leía los periódicos de París; de espíritu recto, a quien sublevaban las iniquidades del salario, bebía, en tal lectura, una instrucción revolucionaria, con muchas lagunas, pero que había hecho de él un partidario bastante puro de la doctrina colectivista. Ciertamente que, como él decía con gran prudencia, con el hermoso equilibrio del hombre laborioso y sano, aquellos eran los sueños que había que esforzarse por alcanzar un día; y en tanto, se trataba de obtener toda la justicia realizable inmediatamente, para que los compañeros sufriesen lo menos posible. La huelga, de tiempo atrás, se había hecho inevitable. Tres años antes, habiendo peligrado el Abismo, en manos de Miguel Qurignon, el hijo del señor Jerónimo, su yerno Boisgelin, un desocupado, un señorito guapetón, de París, que se había



casado con su hija Susana, había tenido la idea de salvar la fábrica, de gastar en ella los restos de su fortuna, muy comprometida, por consejo de un primo pobre, Delaveau; el cual, se había obligado formalmente a sacar el treinta por ciento al capital comprometido. Y hacía tres años que Delaveau, ingeniero diestro, trabajador incansable, venía cumpliendo su promesa, gracias a una organización y a una dirección enérgicas, cuidando de los menores detalles, exigiendo de todos una disciplina absoluta. Una de las causas de los malos negocios de Miguel Qurignon, era un desastre que se había producido en el mercado metalúrgico de la comarca, desde que la fabricación de rieles y de grandes armaduras de hierro había dejado de ser productiva, a causa del invento de un procedimiento químico, que en el Norte, y en el Este, permitía utilizar a bajo precio vastos yacimientos de mineral, hasta entonces muy defectuosos. Las fábricas de acero de Beauclair ya no podían competir en baratura, y la ruina era evidente. El rasgo de genio de Delaveau consistió entonces en comprender que debía cambiar la fabricación, abandonar los raíles y las armaduras, que el Norte y el Este daban a veinte céntimos el kilo; atenerse a los objetos finos y cuidados, a las granadas y cañones por ejemplo, que se venden de dos a tres francos. La prosperidad había vuelto, el dinero metido por Boisgelin en el negocio, le producía una renta considerable. Pero se había necesitado nueva maquinaria, obreros mejores, más atentos a su tarea, y por con siguiente mejor pagados. Al principio, la huelga no había tenido más causa que esta alza

de los salarios. Los obreros eran pagados a cien kilogramos, y Delaveau mismo admitía la necesidad de nuevas tarifas. Pero quería seguir siendo el dueño absoluto de la situación, sobre todo no parecer que obedecía a las órdenes de sus obreros. Inteligencia entregada a una especialidad, muy autoritaria, muy tenaz en sus derechos, aun procurando ser leal y justo, consideraba el colectivismo, particularmente, un sueño destructor; y declaraba que tales utopías conducirían en línea recta a espantosas catástrofes. Y la querrela, entre él y aquel mundo reducido, de trabajadores, que era un reino, se había agravado el día en que Bonnaire había logrado casi poner en pie un sindicato de defensa; pues si Delaveau admitía las cajas de socorro y de retiro, y aun las cooperativas de consumo, reconociendo que no estaba prohibido al obrero mejorar su suerte, protestaba con violencia contra los sindicatos, las agrupaciones de intereses, armados para la acción colectiva. Por aquí comenzó la lucha; no se mostró propicio a terminar la revisión de las tarifas; creyó que debía armarse él también, declarar en cierto modo el Abismo en estado de sitio. Desde que apretaba las clavijas, los obreros se quejaban de no tener ya libertad individual. Se les vigilaba con rigor en actos y pensamientos, hasta fuera de la fábrica. Los que se hacían humildes y aduladores, tal vez espías, eran tratados por la administración muy suavemente, y los que mostraban tesón, los independientes, como hombres peligrosos. Como el jefe, conservador, defensor instintivo de lo existente, quería a las claras no tener más que hombres suyos, todos

los subordinados, los ingenieros, los contraamaestres, los vigilantes extremaban el rigor, y eran de severidad implacable, en punto a obediencia, y a lo que llamaban buena voluntad.

Bonnaire, herido en su anhelo de libertad y de justicia, se encontró naturalmente a la cabeza de los descontentos. Él fue quien se presentó con algunos compañeros en casa de Delaveau, para hacerle saber lo que querían. Le habló muy claramente, y le exasperó, sin obtener el aumento de salarios que se pedía. Delaveau no creía posible en su fábrica la huelga general, pues los obreros metalúrgicos tardan en enfadarse: no había habido huelga en el Abismo hacía años, mientras estallaban, sin cesar, entre los mineros, en las minas de hulla de Brias. Y cuando esta huelga general se produjo, a pesar de sus previsiones; cuando una mañana doscientos hombres apenas, de los mil que eran, se presentaron, y tuvo que cerrar la fábrica, tal cólera contenida sintió, que desde entonces se cerró a la banda, intransigente. Empezó por poner en la calle al sindicato y a Bonnaire, cuando se atrevieron a venir a verle algunos delegados. Él era el amo en su casa, y sus cuestiones con sus obreros no tenía que resolverlas más que con ellos mismos. Bonnaire tuvo que volver a verle, acompañado únicamente de tres compañeros. Pero no sacaron de él más que razonamientos, cálculos, cuya conclusión era que comprometería la prosperidad del Abismo, si aumentaba los salarios. Se le había confiado un capital, se le había puesto a

dirigir una fábrica, y su estricto deber consistía en que la fábrica prosperase, y el capital diera el rédito ofrecido. Ciertamente, deseaba ser humano, pero se tenía por perfectamente honrado cumpliendo sus compromisos, y sacando de la empresa que dirigía la mayor riqueza posible. Los demás eran sueños, loca esperanza, porvenir utópico y peligroso. Y así, tercios todos, después de varias entrevistas por el estilo, la huelga pudo durar dos meses, desastrosa para el salario como para el capital, agravando la miseria de los trabajadores, mientras la maquinaria, quieta, se estropeaba.

Después se había llegado a ciertas concesiones mutuas, entendiéndose respecto a las nuevas tarifas. Pero, todavía durante una semana, Delaveau se había negado a que volvieran algunos obreros, los que tenía por cabezas de motín, entre los cuales estaba Bonnaire. Guardaba rencor a éste, aunque reconocía que era uno de sus obreros más diestros y sobrios. Por último, cuando cedió, cuando le dejó volver con los demás, declaró que lo admitía a la fuerza, contra su gusto, por que hubiera paz.

Aquel día, Bonnaire se sintió condenado; por lo pronto no quiso el olvido, ofrecido así; se negó a volver con los compañeros. Pero éstos, que le querían mucho, declararon que sin él no volverían, y él fingió resignarse, muy noblemente para no ser causa de nueva ruptura. Los camaradas bastante habían sufrido; su resolución estaba

tomada, quería sacrificarse solo, sin que otro alguno sufriera la pena de la semi victoria ganada; por eso había vuelto el jueves, prometiéndose marcharse el domingo, convencido de que su presencia en el Abismo ya era imposible. Nada había dicho a nadie, sólo había advertido a la administración, el sábado por la mañana, que de tarde se iría; y si todavía estaba en el Abismo aquella noche, era porque quería terminar un trabajo comenzado. Quería desaparecer discretamente, y a lo honrado.

Lucas no hizo más que dar su nombre al portero, preguntando si podía hablar en seguida con el maestro pudelador Bonnaire; y el portero, con un ademán, le indicó el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores, en el fondo del segundo patio, a la izquierda. Estos patios anegados por las últimas lluvias, eran una verdadera cloaca, con el piso de piedra levantado, y la confusión de raíles entre los que pasaba una vía de empalme, desde la fábrica a la estación de Beauclair. Bajo la claridad, como de luna, de algunas lámparas eléctricas, a través de las sombras que proyectaban los cobertizos, la torre de templar los cañones, los hornos de cementar, confusos, parecidos a las construcciones de algún culto bárbaro, una locomotora pequeña maniobraba despacio, con silbidos agudos, para no aplastar a nadie. Pero ya en el umbral, eran los martinets, sobre todo, los que ensordecían a los visitantes, los dos martinets instalados en una especie de bodega, y de los cuales se veía las cabezas enormes, de bestia voraz, que

batían hierro, con un ritmo furioso, lo mordían, lo estiraban en barra, con el encarnizamiento de sus dientes de metal. Los obreros que había allí vivían tranquilos, silenciosos, sin hablar más que por señas, en aquel estrépito y sacudimiento continuos. Lucas, después de atravesar un edificio bajo, donde otros martinets hacían gran ruido, muy cerca, a la izquierda, atravesó el segundo patio, cuyo piso destrozado estaba obstruido por piezas de desecho, que dormían en el lodo, esperando volver a la fundición. Algunos hombres cargaban sobre un vagón una pieza, de forja, un árbol de torpedero, terminado aquel mismo día, y que la pequeña locomotora iba a llevarse. Llegaba ésta silbando, y Lucas tuvo que apartarse. Siguió por una calle, entre montones simétricos de barras de fundición, la primera materia, y llegó al fin al taller de los hornos de pudelar y de los laminadores.

Este taller, uno de los mayores, retumbaba todo el día, con el terrible fragor de los laminadores en marcha. Pero a aquellas horas, los laminadores dormían; más de la mitad del inmenso cobertizo, estaba sumida en una obscuridad profunda. De los diez hornos de pudelar, sólo cuatro ardían, servidos por dos martillos zingladores. Aquí y allí, una débil llama de gas oscilaba al viento, grandes sombras inundaban el espacio, y apenas se distinguía la techumbre. Rumores de agua salían de la obscuridad; la tierra pisoteada, que era el suelo, agrietada, con jorobas, soltaba aquí la humedad en barro fétido, y no era, muy cerca, ya más que polvo de

carbón, un montón de detritos. Por todas partes, la grasa del trabajo, descuidado, sin gusto, el trabajo execrado y maldito, en el antro apestado de humo, manchado con la suciedad que llenaba el ambiente; negro, destrozado, inmundo. En una especie de barracas, de tablas groseras, pendía de clavos la ropa de calle de los obreros, mezclada con mandiles de tela y de piel. Y toda esta miseria sombría, no se doraba con una llamarada, más que cuando un maestro pudelador abría la puerta de su horno, de donde entonces salía un chorro de claridad deslumbradora, que atravesaba las tinieblas de todo el recinto, como los rayos de un astro.

Cuando Lucas se presentó, Bonnaire acababa de revolver por última vez el metal en fusión, los doscientos kilos que el horno y el trabajo iban a convertir en acero. La operación entera exigía cuatro horas; la faena dura estaba en el braceo, después de las primeras horas de espera. Sujetando con las dos manos un espetón de cincuenta libras, el maestro pudelador, bajo la acción de la punzante reverberación, braceaba durante veinte minutos la materia incandescente, sobre la plaza del horno. Con la berlinga rastrillaba el fondo, amasaba la enorme bola que parecía un sol, al que nadie más que él podía mirar con sus ojos endurecidos por la llama; y sabía como iba el trabajo, según el calor. La berlinga al retirarla, estaba roja, con flores de chispas. Ordenó, por señas, al fogonero que activase el fuego, mientras que el otro obrero, el compañero pudelador, cogía una berlinga, para hacer a su vez el berlingado, según el término en uso.

–¿Es usted el señor Bonnaire? –preguntó Lucas, que se había acercado.

Sorprendido, respondió el obrero que sí con la cabeza. Vestido con una camisa y un simple mandil, parecía soberbio, el cuello blanco, sonrosado el rostro en el esfuerzo vencedor, envuelto en la luz de aquel sol de fragua. De treinta y cinco años apenas, era un coloso rubio, el pelo cortado al rape, ancho el rostro, macizo y plácido: de su boca grande, de firme dibujo, de sus grandes ojos tranquilos, emanaban la rectitud y la bondad.

–No sé si usted se acordará de mí –continuó Lucas–. El verano último le he visto a usted aquí, y hemos hablado.

–Justamente –respondió por fin el maestro pudelador–. Es usted un amigo del señor Jordan.

Después que el joven, con algún trabajo, le explicó el motivo de su visita, lo que había visto, cómo la miserable Josina quedaba en la calle, y la buena acción que sólo él podía hacer, sin duda, el obrero volvió a callar, mostrando también cierta vacilación, inquieto. Los dos callaban; y hubo una dilación, que prolongó el bailoteo del martillo cinglador, que estaba allí, para los dos hornos apareados. Luego, cuando pudo hacerse oír, el maestro pudelador, dijo sencillamente:



–Está bien, haré lo que pueda... En cuanto acabe, cosa de tres cuartos de hora, iré con usted.

Lucas, aunque ya eran cerca de las once, resolvió esperar; y puso la atención, primero, en una cizalla mecánica, que en un rincón sombrío cortaba el acero en barra, que salía de los hornos de pudelar, con una facilidad tranquila, como si cortase manteca. A cada tijeretada caía un pedacito, y pronto se formaba un montón, que una carretilla llevaba a los compartimentos del cargadero, donde se componía cada carga, de treinta kilogramos, en un cajón, para llevarla en seguida al taller de los hornos de crisol. Y para matar el tiempo, Lucas atraído por la gran claridad rosada, que venía de aquel taller que estaba próximo, se dirigió a él. Era una sala grande y alta, también de mal aspecto, sucia, estropeada, negra, en la que a nivel del suelo desigual, obstruido de desechos, se abrían seis baterías de hornos, divididos en tres compartimentos cada uno. Esta especie de fosas ardientes, estrechas y largas, cuyos macizos de ladrillo ocupaban todo el subsuelo, se calentaban, por una mezcla de aire y de gas inflamado, que el maestro fundidor vigilaba por sí mismo, por medio de una compuerta. Había, rayando la tierra pisoteada de la sala tenebrosa, seis hendiduras abiertas, sobre el infierno interior, sobre el volcán en continua actividad, cuya hoguera subterránea bramaba. Coberteras, en forma de losas largas, de ladrillos, encerrados en armadura de hierro, estaban colocadas a través de los hornos; pero estas tapas no se tocaban; una

intensa luz rosada salía de los intersticios, y cada resplandor de aquéllos parecía el orto de un astro. Y estos rayos prolongados de luz que brotaban, subían en haces hasta los vidrios polvorientos de la techumbre. Y cuando un obrero, por necesidad del servicio, quitaba una de las tapas, parecía que el astro surgía entero, y todo el taller se iluminaba, con claridad de aurora.

Pudo Lucas seguir la operación. Varios obreros, cargaban un horno; les vio bajar los crisoles de tierra refractaria, previamente enrojecidos, y verter en ellos, por medio de un embudo, la mezcla de los cajones, un cajón de treinta kilos por cada crisol. En tres o cuatro horas la fusión iba a hacerse.

Luego se quitarían los crisoles y se vaciarían. El arranque, el vaciado, la faena mortífera. Al acercarse a otro horno, donde los ayudantes armados de largas barras acababan de comprobar que la fusión estaba hecha, reconoció Lucas a Fauchard en el arrancador encargado de retirar los crisoles; pálido, enjuto, la cara flaca y cocida. Fauchard conservaba piernas y brazos de Hércules. Deformado físicamente por la terrible faena, siempre igual, que desempeñaba, catorce años hacía ya, todavía había padecido más en su inteligencia, con aquel papel de máquina, de movimientos eternamente semejantes, sin pensamiento, sin acción individual, convertido él mismo en un elemento de lucha con el fuego. No bastaban estas lacerías físicas, los hombros subidos, los miembros hipertrofiados, quemados los ojos,

debilitados por la llama; tenía además la conciencia de su ruina intelectual; pues cogido a los dieciséis años por el monstruo, después de la instrucción rudimentaria, bruscamente detenida, se acordaba de haber sido inteligente, de haber tenido un pensamiento, que ahora vacilaba y se extinguía, bajo la rueda implacable a que daba vueltas, como bestia ciega, bajo el peso abrumador del oficio que envenenaba y destruía. Y ya no tenía más que una necesidad, una alegría: beber sus cuatro litros, por día o por noche de trabajo; beber para que el horno no quemase como una corteza seca su piel calcinada, beber para no caer hecho ceniza, y para tener una felicidad última, y acabar su vida en la dichosa imbecilidad de una embriaguez continua.

Bien creyó Fauchard aquella noche tener que dejar al fuego cocerle un poco más de sangre; pero a las ocho tuvo la grata sorpresa de ver a su mujer, Natalia, traerle los cuatro litros, tomados al fiado en casa de Caffiaux, y con los que ya él no contaba. Se disculpó la buena mujer de no haber podido traerle ni una hebra de carne, porque Dacheux no se había apiadado. Siempre quejumbrosa y desanimada, ya le inquietaba el pensar lo que comerían al día siguiente. Pero el marido, muy contento porque tenía vino, la despidió, prometiéndole pedir en la administración, como los compañeros, un anticipo. Y le había bastado una corteza de pan; bebía, ya estaba aplomado. Al llegar el momento del arranque, volvió a beber un trago, medio litro; empapó en agua, en el pilón común, el gran mandil de tela, en que

estaba envuelto, y en seguida, calzado de grandes zuecos, cubiertas las manos con guantes mojados, armadas de la larga tenaza de hierro, por encima del horno, de una zancada, apoyó el pie derecho sobre la tapa que acababan de separar, pecho y vientre recibiendo el empuje formidable del calor que subía del volcán entreabierto. Apareció un momento, rojo todo él, como ardiendo, en plena hoguera, como una tea. Los zuecos humeaban, humeaban los guantes y el mandil, toda su carne parecía derretirse. Pero él, sin prisa, con ojos habituados a la llama, buscaba el crisol en el fondo del foso ardiente, se inclinaba un poco para cogerlo con la larga tenaza; y con una brusca sacudida de riñones, irguiéndose, en tres movimientos rítmicos y ligeros, deslizando una mano a lo largo de la barra, después la otra que se juntó a ella, arrancó el crisol, y sacó a brazo, con movimiento en que no se vio esfuerzo, aquel peso de cincuenta kilogramos, contando con crisol y tenazas; y dejólo en tierra como un pedazo de sol, de una blancura deslumbradora, que al punto fue color de rosa. Y vuelta a empezar. Uno a uno sacó los crisoles entre el incendio, cada vez más fuerte, de aquellas masas de fuego, aún con más destreza que fuerza, yendo y viniendo entre las brasas incandescentes, sin quemarse nunca, sin parecer sentir siquiera la radiación intolerable.

Se iba a fundir granadas pequeñas, de sesenta kilos. Las rieleras de forma de botella, estaban colocadas en dos filas. Después que los ayudantes limpiaron de escorias los

crisoles, con una barra de hierro, que salía humeante, con balas púrpura, el maestro fundidor cogió con prestreza los crisoles, con sus grandes tenazas redondas, y vació dos en cada lingotera. El metal corría, en un chorro de lava blanca, sonrosada, despidiendo chispas azules, delicadas como flores: se diría que trasegaba claros licores, salpicados de oro. Todo se hacía sin ruido, con movimientos precisos y rápidos, de una gracia sencilla, entre la viva claridad y el calor del fuego, que convertía todo el recinto en voraz hoguera.

Lucas, por falta de costumbre, se sofocaba: no pudo permanecer allí más tiempo. A cuatro o cinco metros del horno se le abrasaba el rostro: un sudor de fuego le empapaba el cuerpo. Las granadas le habían interesado; las miraba enfriarse, preguntándose dónde estarían los hombres a quienes un día matarían acaso. Pasó al cobertizo próximo y se encontró en el taller de los martillos pilones, y de la prensa de forja dormida a tales horas, con su monstruoso aparato, la prensa de una fuerza de dos mil toneladas, los martillos de fuerzas menores, escalonados, que tenían en el fondo de la semioscuridad perfiles negros y rechonchos de dioses bárbaros. Allí precisamente, se encontró con las granadas otra vez; otras granadas que aquel mismo día se habían forjado en matriz, bajo el martillo pilón más pequeño, al salir de la lingotera, después de un recocado. Le llamó luego la atención un tubo de gran cañón de marina, de seis metros de largo, tibio todavía por haber

pasado bajo la prensa, donde los lingotes de acero de mil kilos se alargaban, tomaban la forma debida como rollos de blanda pasta; y el tubo esperaba encadenado, dispuesto para que se lo llevaran y ser cargado por las grúas poderosas, para ir al taller de los tornos, que estaban más lejos, después del taller en que estaba el horno Martín y el vaciado de acero.

Llegó entonces Lucas hasta el extremo; atravesó también este taller, el más grande de todos, donde se fundían las grandes piezas. El horno Martín permitía verter el acero en fusión, en cantidad considerable, en las formas de fundición; mientras dos puentes eléctricos, grúas volantes a ocho metros de altura, transportaban, con una especie de suavidad aceitosa, a todas partes, gigantescas piezas de varias toneladas de peso. Entró Lucas luego en el taller de los tornos, un inmenso salón cerrado, un poco más decente que los otros y que mostraba en dos líneas máquinas admirables, de delicadeza y potencia incomparables. Había garlopas para cepillar los blindajes de navío, que daban forma al metal, como el cepillo de un carpintero se la da a la madera. Había, sobre todo, tornos de un mecanismo complicado y precioso, bonitos como alhajas, que divertían como juguetes. De noche sólo algunos trabajaban, alumbrados por sendas lámparas eléctricas, con un ruido ligero, un zumbido suave, en el silencio ambiente. Y otra vez dio con las granadas: con una que habían cortado por la cabeza y el culote al salir de la matriz, y que después habían

fijado en un torno para calibrarla exteriormente primero; giraba con velocidad prodigiosa y volaban copos de acero bajo la fina cuchilla inmóvil, como hilos de plata. Ya no había más que horadarla interiormente, templarla, concluirla: y ¿dónde estaban los hombres que iba a matar cuando la cargasen? Lucas vio surgir de todo este heroico trabajo humano, del trabajo domado, siervo bajo el imperio del hombre, vencedor de las fuerzas naturales, una visión de matanza, el rojo frenesí de un campo de batalla. Se alejó y fue a dar, más lejos, con un gran torno, donde giraba un cañón semejante a aquel cuyo tubo formado acababa de ver; pero éste ya estaba calibrado por fuera y brillaba como una moneda nueva. Bajo la dirección de un muchacho, casi un niño, atento, inclinado sobre el mecanismo como un relojero sobre el de un reloj de bolsillo, giraba, giraba sin fin, con suave zumbir, mientras la cuchilla, por dentro, lo barrenaba con tal precisión que no se desviaba una décima de milímetro. Y cuando este cañón también estuviera templado, después de haberle arrojado en un baño de petróleo desde lo alto de la torre, ¡en qué campo de desastre iría a matar hombres! ¡qué atroz recolección de vidas sería la suya, cuando estaba forjada de aquel acero con que los hombres hermanos no debieran fabricar más que carros y rieles!

Lucas empujó una puerta y salió un instante al aire libre. Estaba la noche húmeda y templada; respiró a sus anchas, saboreando el viento. Levantó los ojos; no vio ni una estrella

entre las nubes que corrían como locas. Pero los globos de las lámparas incandescentes, de trecho en trecho, en los patios, reemplazaban a la luna sumergida; y volvió a ver las chimeneas entre el humo pálido, un cielo sucio de carbón, cortado doquiera por la red de hilos, que transmitían la fuerza eléctrica y parecían una gigantesca tela de araña. Las máquinas que producían tal fuerza, muy hermosas, funcionaban allí, en un edificio nuevo. Había además un tejear para la fabricación de ladrillos y crisoles de tierra refractaria; una carpintería para los modelos y embalajes; numerosos almacenes para los aceros y hierros del comercio. Lucas se perdió por aquella ciudad en pequeño; gustábale encontrar paisajes desiertos, negros rincones en calma de algún patio, donde se sentía revivir; pero, de pronto, volvió a verse en aquel infierno, esta vez en el cobertizo de los hornos de crisol.

Se ejecutaba otra maniobra; setenta crisoles eran arrancados a la vez para fundir una gran pieza de forja, que debía de pesar mil ochocientos kilos. En el taller próximo, el molde, con su embudo, esperaba en pie en el fondo del foso. Rápidamente, se organizó el desfile; todos los ayudantes de las cuadrillas se pusieron a trabajar; para cada crisol dos hombres, levantándolo, con ayuda de las dobles tenazas, y llevándolo a paso largo y ligero. Uno tras otro, pasaron los setenta en brillante procesión; parecía un baile de espectáculo, con faroles a la veneciana de un rojo anaranjado, que bailarinas, de vago aspecto, de rápidos pies



de sombra, paseaban de dos en dos; y la maravilla estaba en la rapidez extraordinaria, en la seguridad perfecta de aquellos movimientos, tan bien regulados, que les hacía parecer como jugando en medio del fuego; ya acudían, se rozaban, marchaban, volvían, como haciendo juegos malabares con estrellas en fusión. En menos de tres minutos, los setenta crisoles estaban vacíos en el molde, de donde subía un haz de oro, un ramillete de chispas que iba creciendo.

Cuando volvió Lucas a la sala de los hornos de pudelar, y de los laminadores, después de un paseo de media hora larga, encontró a Bonnaire, a punto de acabar su faena.

–Al momento soy con usted.

Sobre la plaza del horno, que ardía, cuya puerta abierta echaba llamaradas, ya había, por tres veces, aislado una cuarta parte del metal incandescente, cincuenta kilos de material, que arrollaba y al que daba la forma de una especie de bola, con la berlinga; y habiendo pasado ya tres partes del material de su poder al del martillo cinglador, se ponía a trabajar la cuarta y última. Veinte minutos llevaba así, ante aquellas fauces voraces, el pecho crujiendo en la hoguera, los brazos manejando el pesado gancho, y siempre ojo avizor, para dirigir bien el trabajo, entre la llama deslumbradora. Miraba fijamente, en medio de las brasas, la bola de acero hecho fuego, que arrollaba con movimiento continuo. Parecía agrandarse, cual fabricante de astros,

creando mundos en ardiente reverberación, que doraban su cuerpo, grande, sonrosado, sobre el fondo negro de tinieblas. Y todo acabó. Retiró el espetón, hecho ascua, y entregó al compañero los últimos cincuenta kilos de la carga.

Allí estaba el fogonero con la carretilla de hierro, esperando. Armado de tenazas, cogió el compañero la bola, especie de gran esponja ardiendo, que hubiera brotado en alguna caverna volcánica; la sacó de un golpe y la arrojó en la carretilla, que el fogonero empujó rápidamente, hasta el martillo cinglador. Y un oficial de herrero sujetó la bola con sus tenazas, para darle vueltas bajo el martillo, que de repente entró en acción. Aturdía y deslumbraba aquello; tembló el suelo, se oía como campanas a vuelo, en tanto que el herrero, con guantes y cinturón de piel, desaparecía en un huracán de chispas. A veces eran tan grandes las rebabas lanzadas, que estallaban en todos sentidos como metralla. Impasible, en medio de aquel tiroteo, daba el herrero vuelta a la esponja, presentándola por todos lados, para hacer de ella el pastel, la torta de acero, que luego se entregaría a los laminadores. Y el martillo le obedecía, golpe aquí golpe allá, ya lentos ya rápidos; y sin una palabra, sin que se pudiera ni aun sorprender las órdenes que daba con una seña al obrero, que manejaba la máquina, sentado en lo alto, en su cajón, la mano en la palanca, que guiaba el impulso.

Lucas se había acercado, mientras Bonnaire cambiaba de ropa, reconoció a Fortunato, el cuñado de Fauchard, en el obrero encaramado allá arriba, inmóvil durante horas, sin más vida que la de aquel movimiento maquinal de la mano, en medio del estrépito ensordecedor, que él mismo desencadenaba. A la derecha la palanca, para que el martillo cayese; la palanca a la izquierda, para que se levantara; y nada más, el pensamiento del niño se limitaba a esto, encerrado en tan breve espacio. Un instante, a la viva claridad de las chispas, se le pudo ver, débil y ruin, con el rostro pálido, los cabellos descoloridos, los ojos turbios de miserable ser, cuyo crecimiento físico y moral había detenido el trabajo de bruto, sin atractivo, sin albedrío.

–Si usted quiere que marchemos, estoy a su disposición  
–dijo Bonnaire, en cuanto cesó el ruido del martillo de forja.

Lucas se volvió rápido y se vio enfrente del maestro pudelador, vestido con un mandil y una chaqueta de lana gruesa, con un lío bajo el brazo, con el traje de mecánica y otras menudencias de su uso, todo el ajuar de la fábrica, pues la dejaba para no volver.

–Sí, sí; vamos pronto.

Pero Bonnaire aún se detuvo. Como si olvidara algo, echó una mirada a la barraca de tablones que servía de ropero. Después miró el horno, el horno que había hecho suyo en más de diez años, viviendo de la llama, conquistando allí,

por millones de kilogramos, el acero que mandaba a los laminadores. Partía por propia voluntad, con la idea de que éste era su deber, por él y por sus compañeros: mas, por lo mismo, el dolor de arrancarse de su puesto era más heroico.

Dominó la emoción que le apretaba la garganta y echó a andar delante.

–Tenga usted cuidado caballero: esta pieza está caliente todavía y le quemaría el zapato...

Ni uno ni otro hablaron más. Atravesaron los dos patios que aparecían confusamente a la luz de luna de las lámparas eléctricas; pasaron cerca de las construcciones bajas, donde los martillos hacían tanto ruido. Y en cuanto salieron del Abismo les tragó la noche negra; sintieron disminuir a la espalda las llamaradas y los gruñidos del monstruo. Seguía azotando el viento que desgarraba en el cielo las nubes fugitivas. Del otro lado del puente, el ribazo del Mionna estaba desierto; ni un alma. Cuando Lucas hubo encontrado sobre el banco en que la dejara a Josina, inmóvil, los ojos muy abiertos a la obscuridad, apretando a su cuerpo flaco la cabeza de Nanet dormido, quiso retirarse, porque veía que su misión estaba cumplida, puesto que Bonnaire se encargaba ahora de asegurar un albergue a la mísera criatura. Pero le pareció que el trabajador encontraba de repente difícil su empeño y que le inquietaba la idea de la escena terrible que le esperaba en casa, cuando su mujer, la tremenda Pelos, le viese entrar con aquella andrajosa. Y lo

peor era que todavía no le había anunciado su resolución de dejar la fábrica, y barruntaba una gran disputa cuando supiera que se había quedado sin trabajo, en la calle, por su voluntad.

–¿Quiere usted que yo le acompañe? –propuso Lucas–. Yo le explicaré todo.

–A fe mía, caballero –respondió el otro, consolado–, puede que eso fuera lo mejor.

Ni una palabra medió entre Bonnaire y Josina. Parecía ésta avergonzada delante del maestro pudelador; y si él le tenía una especie de lástima paternal, por indulgencia de su buen corazón, no podía menos que culparla por haberse rendido a tan mala persona. Había despertado a Nanet con suavidad, al ver que volvían Lucas y el maestro. Animados por Lucas, el niño y su hermana habían echado a andar a su lado, en silencio. Tomando por la derecha, siguiendo el terraplén del ferrocarril, entraron en el Beauclair viejo, cuyas casuchas, a la salida de la garganta de los Montes Bleuses, se mostraban sobre el terreno llano en una especie de laguna nauseabunda, hasta el barrio nuevo del pueblo. Era aquello una confusión de calles estrechas, sin aire, sin luz, todas apestadas por un arroyo que corría en medio; y no las lavaba más que el agua de los chubascos.

No se comprendía tal amontonamiento de población miserable, en espacio tan estrecho, cuando la Rumaña

extendía enfrente la inmensidad de la llanura, donde el libre hálito del cielo soplaba como en un mar. Sólo por el rigor de la lucha por el dinero, por la propiedad, se explicaba que se midiese con tal tacañería a los hombres el derecho al suelo, un poco de la madre común, los pocos metros necesarios para la vida ordinaria. La especulación había mediado y un siglo o dos de miseria había venido a parar a esta cloaca de viviendas baratas, donde, a pesar de todo, eran frecuentes los desahucios, por bajos que fuesen los alquileres de ciertos cuchitriles, malos para animales. Las casuchas miserables habían brotado por donde quiera, según los azares del terreno, nidos de gusanos y de peste. ¡Qué tristeza, a tan altas horas de la noche, bajo un cielo lúgubre, la de aquella ciudad maldita del trabajo, obscura, acogotada, inmunda, como repugnante vegetación de la injusticia social!

Bonnaire que iba delante, siguió por una calleja, torció por otra, y llegó por fin a la calle de las Tres Lunas. Era una de las más estrechas, sin aceras, empedrada con guijarros puntiagudos, recogidos en el lecho del Mionna. La casa, cuyo primer piso ocupaba, negra, agrietada, de tal modo se había hundido de repente un día, que hubo que apuntalar la fachada con cuatro grandes vigas; y Ragú ocupaba con Josina, justamente, los dos cuartos del segundo, cuyo piso hundido se apoyaba en los puntales. Abajo, la escalera, pina como una escala, arrancaba del mismo umbral de la puerta, sin vestíbulo.

–Quiere decirse, caballero –dijo al llegar allí, Bonnaire a Lucas–, que va usted a hacerme el favor de subir conmigo.

Otra vez se sentía turbado. Josina comprendió que no se atrevía a meterla en casa, temiendo alguna afrenta, y que, al mismo tiempo, sentía dejarla en la calle con el niño. Pero ella lo arregló, diciendo con su aire humilde de suave resignación:

–Nosotros no necesitamos entrar, esperaremos en la escalera, sentados en un peldaño, arriba.

Bonnaire aceptó en seguida.

–Eso es; esperad un momento, sentaos, y si consigo la llave, yo os la subiré para que podáis acostaros.

Desaparecieron Josina y Nanet en la profunda obscuridad de la escalera. No se les oía ni respirar. Se habían como sepultado en algún rincón, arriba. Bonnaire empezó a subir, guiando a Lucas, advirtiéndole que se agarrase bien a la cuerda grasienta que servía de pasamanos.

–Ahí, caballero, hemos llegado. No se mueva usted. ¡Oh, diantre! Los descansos no son anchos, y si uno se cayera, no sería floja la voltereta.

Abrió la puerta, y le hizo entrar delante, por cortesía, en una estancia bastante grande, alumbrada con luz amarillenta por una lámpara pequeña de petróleo. A pesar

de lo avanzado de la hora, la Pelos trabajaba todavía junto a la luz, repasando ropa blanca; mientras su padre, el viejo Lunot, sumido en la sombra, se había adormecido, con la pipa apagada entre las encías; en una cama que ocupaba uno de los rincones, dormían los dos niños, Luciano y Antonieta, él, de seis años; ella, de cuatro, muy robustos y hermosos y medrados, para su edad. La vivienda, aparte de esta sala común, que era cocina y comedor, sólo tenía otros dos aposentos, la alcoba de Lunot, y la del matrimonio.

Pasmada de ver volver a su marido a tal hora, la Pelos, que no estaba prevenida, había levantado la cabeza.

–¿Cómo es eso, aquí tú?

No quiso el marido empezar por la cuestión más grave, haciéndole saber desde luego que dejaba el Abismo; y prefirió arreglar primero el caso de Josina y de Nanet. Así, respondió evadiéndose.

–Sí, he concluido, y me vuelvo.

Luego, sin dejarle tiempo para más preguntas, le presentó a Lucas.

–Mira, aquí está este caballero, un amigo del señor Jordan, que ha venido a pedirme una cosa que él te explicará.

Cada vez más sorprendida, la Pelos se había vuelto hacia Lucas, que pudo notar entonces su gran parecido con su



hermano Ragú. Pequeña, con cara de mal genio, de facciones acentuadas, de cabello espeso, rojo, tenía la frente estrecha, poca nariz, duras las quijadas; su tez brillante, de rubia azafranada, cuya frescura la hacía agradable todavía a los veintiocho años, y de aspecto joven, era lo que explicaba la viva afición que había decidido a Bonnaire a casarse con ella, aun conociendo su carácter abominable. Pero ello había sucedido, y en efecto, la esposa tenía en continua tormenta la casa, y tenía él que ceder en todos los pormenores de la vida cotidiana, para conseguir la paz. Coqueta, devorada por la ambición única de estar vestida, de tener alhajas, no se amansaba más que cuando estrenaba un vestido.

Lucas, que se vio en el caso de hablar, comprendió que debía atraerla con un cumplido; en cuanto entró, le pareció la habitación muy limpia, gracias al ama de la casa, a pesar de la humildad de los escasos muebles. Se acercó a la cama y dijo:

–¡Oh! ¡qué niños tan hermosos; duermen como ángeles!

La Pelos había sonreído, pero le miraba fijamente, y esperaba, segura de que aquel caballero no se habría molestado si no tuviese que obtener de ella algo importante. Y cuando tuvo que llegar al asunto, cuando contó que había encontrado a Josina sobre un banco, muerta de hambre, abandonada, en medio de la noche, la Pelos hizo un gesto violento, apretando las fuertes

mandíbulas; y sin responder siquiera a aquel caballero, se volvió furiosa a su marido.

–¿Cómo, todavía este lío? ¿Me importa a mí eso?

Bonnaire, obligado a intervenir, procuró calmarla, con tono de bondad conciliadora.

–Sea como quiera, si Ragú te ha dejado la llave, hay que dársela a esa desgraciada, pues él está allá, en casa de Caffiaux; donde es capaz de pasar la noche. No se puede dejar a una mujer y a un niño dormir en la calle.

Estalló con esto la ira de la Pelos.

–Sí señor, tengo la llave, sí. Ragú me la ha dejado, y justamente para que esa andrajosa no vuelva a plantársele en casa, con el galopín de su hermano. ¡Pero a mí no me importa saber nada de esas porquerías! Lo que yo sé es que Ragú me ha dado la llave, y a Ragú se la devolveré.

Intentó el marido despertar su compasión, pero ella le impuso silencio, furiosa.

–¿Pero es que quieres obligarme a ser compinche de las queridas de mi hermano? Tocante a ésa, que vaya a reventar donde le dé la gana, lejos lejos, ya que ha sido bastante sinvergüenza para dejarse manosear. ¿Te parece decente? Y el hermanito, que arrastra por todas partes, y que se acostaba allí arriba, en un cuarto oscuro, junto a ella y

Ragú... ¡No, no; cada uno en su casa, y ella que se quede en el arroyo; antes o después allí había de dar!..

Con el corazón en martirio, indignado, la oía Lucas; reconocía en ella la dureza de las mujeres honradas del pueblo, tan despiadadas para las pobres muchachas que caen, en su ruda lucha por la existencia. Pero en ésta había, además, una sorda envidia, el odio a la joven bonita, graciosa y hecha para el amor, a quien los hombres buscaban, y a quien darían cadenas de oro, faldas de seda, si sabía engatusarlos. Venía este rencor del día en que había sabido que su hermano acababa de comprar a Josina una sortija de plata.

–Hay que ser compasiva, señora –se contentó con decir Lucas, con voz que temblaba de lástima.

Pero la Pelos no tuvo tiempo de responder; se oyó en la escalera el estrépito de pasos fuertes y de traspies, y alguien abrió la puerta a tientas. Era Ragú, a quien Bourron no había abandonado; uno tras otro, como buenos borrachos que ya no pueden separarse cuando han bebido juntos. Sin embargo, Ragú, bastante razonable, le había podido arrancar de casa de Caffiaux, diciendo que, al fin y al cabo, era necesario volver al trabajo al día siguiente; y entraba en casa de su hermana con su compinche, para recoger la llave.

–La llave ahí la tienes –gritó la Pelos, con despego–. ¡Ya lo sabes, no me la vuelvas a dejar! Justamente acaban de

decirme no sé qué tonterías, para que se la deje a esa mala pécora. Cuando tengas mujerzuelas que plantar en la calle, te encargas de ello tú mismo.

Ragú, a quien el vino enternecía, sin duda, se echó a reír.

–¡Qué tonta es esa Josina! Si hubiera estado amable, tranquila, como se debe, en vez de venir con lloriqueos, hubiera venido a beber un vaso con nosotros. ¡Las mujeres! Las mujeres no saben entender a los hombres.

Y no pudo continuar, decir su idea entera, porque Bourron, que se había dejado caer sobre una silla, riendo sin motivo, flaco y acaballado, con su tono de eterno buen humor, decía a Bonnaire:

–Conque di, ¿es verdad que dejas la fábrica?

Se volvió la Pelos sobresaltada, como si sonara un tiro a su espalda.

–¿Cómo que deja la fábrica?

Momento de silencio. Luego Bonnaire, armándose de valor, se resolvió.

–Sí, dejo la fábrica; no puedo hacer otra cosa.

–¡Que dejas la fábrica! –exclamó ella airada, fuera de sí, plantándose delante de él–. ¿Quiere decirse, que no basta

que hayas cargado con esa indecente huelga, que en dos meses nos ha hecho comernos todas nuestras economías? Hace falta, además ahora, que pagues tú los vidrios rotos... ¡Según eso, a morirse de hambre, y yo andaré en cueros!

Sin enfadarse, respondió él suavemente.

–Es posible; puede que no tengas vestido nuevo por Pascua, y puede que tengamos que apretarnos la barriga. Pero te repito, que hago lo que debo.

No soltó presa ella; se le acercó, y le gritó en las narices.

–¡Bah! ¡Quizá! ¡Si piensas que te lo han de agradecer! Ya los compañeros dicen sin reparo, a quien lo quiere oír, que sin tu huelga no se hubieran muerto de hambre durante dos meses. ¿Y sabes lo que dirán cuando sepan que dejas la fábrica? Dirán que está muy bien, y que tú no eres más que un imbécil. En la vida te dejaré yo hacer semejante majadería. ¿Oyes? Mañana volverás al trabajo.

Bonnaire la miraba fijamente con su mirada clara y franca. Si solía ceder en materia política doméstica, si la dejaba reinar despóticamente en las cosas de familia, se hacía de hierro, cuando se trataba de una cuestión de conciencia. Así que, sin salirse de tono, con la voz de amo, que conocía ella bien, se contentó con decir:

–Vas a hacerme el favor de callarte. Estas son cosas nuestras, de los hombres, y de las cuales las mujeres como tú no comprenden ni una palabra, y más vale que no se mezclen en ellas. Tú eres muy valiente, pero harás bien en ponerte otra vez a repasar la ropa, si no quieres que nos enfademos.

Y la empujó hacia la silla, junto a la lámpara, obligándola a sentarse. Domada, temblando de cólera, que ya sabía ella que era inútil, volvió a coger la aguja, fingiendo desentenderse de asuntos de los que se la alejaba de modo tan claro. Despertando al ruido de las voces, Lunot, el anciano, sin extrañarse de ver allí tanta gente, encendió la pipa, y escuchaba con aire de viejo filósofo, desengañado.

Hasta los niños despertaron, y abrieron mucho los ojos, procuraban comprender las cosas graves que decían las personas mayores.

Ahora Bonnaire se dirigía a Lucas, todavía en pie, como tomándole por testigo.

–Vamos a ver, caballero. Cada cual tiene su honra. ¿No es eso? La huelga era inevitable, y si hubiera que volver a empezarla, volvería; quiero decir, que con todas mis fuerzas empujaría a los compañeros a obtener justicia. No puede uno dejar que se lo coman; el trabajo debe ser pagado por su precio; a no ser que nos resignemos a ser siempre esclavos. Tanta razón teníamos que el señor Delaveau ha

tenido que ceder en todo, aceptando nuestra nueva tarifa. Ahora noto que ese hombre está furioso, y que es preciso, como dice mi mujer, que alguien pague los vidrios rotos. Si yo no me marchase hoy por mi gusto, mañana encontraría él un pretexto para echarme. ¿Y entonces, qué? ¿voy a empeñarme en quedarme para ser un continuo motivo de disputa? No, no; eso se convertiría en disgusto de todas clases para los compañeros, y estaría muy mal hecho por mi parte. Si he fingido volver fue porque los camaradas hablaron de continuar la huelga si yo no volvía. Pero ahora, que ya están trabajando tranquilos, prefiero desaparecer, pues es necesario. Así se arregla todo; nadie se moverá, y yo habré hecho lo que debo. Para mí es cuestión de honra; yo tengo la mía.

Decía todo esto con sencilla grandeza, con aire corriente, con bizarría, y Lucas sintió emoción profunda. De este obrero, que había visto negro y mudo, trabajando en dura labor ante aquel horno; de este hombre que acababa de ver, bondadoso y apacible, tolerante y conciliador en familia, surgía un héroe del trabajo, uno de esos luchadores oscuros, que han dado todo su ser a la justicia, y que sienten la fraternidad hasta el punto de inmolarsse por los demás en silencio.

Furiosa, sin dejar de mover la aguja, la Pelos repitió:

–¡Y nosotros reventaremos de hambre!

–Y nosotros reventaremos de hambre; es muy posible  
–dijo Bonnaire–; pero yo dormiré tranquilo.

Ragú rio con fisga.

–¡Oh, morir de hambre! cosa inútil, que nunca ha servido de nada. No es que yo defienda a los patronos, ¡vaya una pandilla! Sólo que, como los necesitamos, siempre hay que acabar por entenderse, y hacer, sobre poco más o menos, lo que ellos quieren.

Y continuó con sus bromas, con el corazón en la mano. Era el obrero del término medio, ni bueno ni malo, el producto estropeado del salario, tal como le hacía la actual organización del trabajo. Gritaba mucho contra el régimen del capital; le enfadaba el peso abrumador del trabajo impuesto, y hasta era capaz de una rebeldía pasajera. Pero el largo atonismo le había encorvado, tenía en el fondo alma de esclavo, respetuoso ante la tradición establecida, envidiando al patrono, dueño y soberano, que poseía y disfrutaba todas las cosas; y no alimentaba más que la sorda ambición de reemplazarle el mejor día, para poseer y disfrutar a su vez. El ideal, en suma, era no hacer nada; ser él patrono para no hacer nada.

–¡Ah! ¡Ese cerdo de Delaveau! Quisiera estar ocho días en su lugar, y que él estuviera en el mío. Me gustaría ir a verle hacer la bola, fumando yo grandes cigarros. Y ya se sabe,



todo llega, podemos convertirnos en patronos cuando se vuelva la tortilla.

Esta idea divirtió prodigiosamente a Bourron, que abrió la boca admirado ante Ragú, siempre que bebían juntos.

—¡Justo, eso, así! ¡Qué cuchipanda cuando seamos los amos!

Bonnaire encogía los hombros despreciando este bajo concepto de la victoria futura de los trabajadores sobre quien los explotaba. Él había leído, había pensado, creía saber. Habló otra vez, excitado por todo lo que se acababa de decir, queriendo tener razón. Reconoció Lucas la idea colectivista, tal como la formulaban los intransigentes del partido. Primero era menester que la nación volviese a tomar posesión del suelo y de los instrumentos de trabajo para socializarlos, hacerlos de todos; en seguida se reorganizaría el trabajo general y obligatorio, de modo que la remuneración fuese proporcional a las horas de trabajo. Cuando se embrollaba era al tratar el modo práctico de conseguir, por medio de leyes, esta socialización. Sobre todo, cómo iba a funcionar libremente el sistema, cuando se pusiera en práctica con toda aquella máquina complicada de dirección e intervención que necesitaría una policía de Estado vejatoria y dura. Y como Lucas, que no iba tan lejos en su anhelo humanitario, le hubiese presentado algunas objeciones, Bonnaire respondió con la tranquila fe del creyente:

–Todo nos pertenece, todo lo tomaremos, para que cada cual tenga su parte justa de trabajo y de descanso, de pena y de alegría. No hay otra solución razonable; la injusticia y el sufrimiento se han hecho demasiado grandes.

Los mismos Ragú y Bourron estuvieron de acuerdo. ¿No lo había corrompido y envenenado todo el salario? Él era el que alentaba la cólera y el odio, desencadenando la lucha de clases, la prolongada guerra de exterminio entre el capital y el trabajo. Por el salario había llegado a ser el hombre lobo para el hombre, en este conflicto de egoísmos, en esta monstruosa tiranía de un estado social basado sobre la iniquidad. La miseria no tenía otra causa, el salario era el fermento malo que engendraba el hambre, con todas sus consecuencias desastrosas, el robo, el asesinato, la prostitución, el hombre y la mujer pervertidos, rebeldes, lanzados fuera del amor, como fuerzas destructoras a través de la sociedad madrastra, y no había más que un modo de sanar, la abolición del salario que se reemplazaría por el estado nuevo, lo otro, lo soñado, cuyo secreto guardaba todavía el mañana. Allí empezaba la disputa de los sistemas; cada cual creía en su poder la felicidad del siglo futuro; la cruda batalla política consistía en el choque de los partidos socialistas que se empeñaban en imponer, cada cual, su reorganización del trabajo, su reparto equitativo de la riqueza. Mas, no por estas luchas dejaba de estar el salario condenado por todos, y nada le salvaría; había llegado su hora; desaparecería como desapareció la esclavitud, cuando

un período humano se cerró por la ley del progreso, que siempre va delante. No era más que un organismo muerto que amenazaba envenenar todo el cuerpo, y que la vida de los pueblos iba a eliminar, so pena de un fin trágico.

–De modo –continuó Bonnaire–, que esos Qurignon que fundaron el Abismo no eran malas personas. El último, Miguel, cuyo fin ha sido tan triste, se había esforzado por mejorar la suerte del obrero. A él se le debe la creación de una caja de retiro, cuyos primeros cien mil francos dio, obligándose a doblar en seguida cada año las sumas que depositaran los partícipes. Fundó igualmente una biblioteca, una sala de lectura, una enfermería, donde hay una consulta gratuita dos veces por semana, obrador y una escuela para niños. Y el señor Delaveau, aunque menos amable, ha tenido que respetar todo eso. Y ya van años que funciona. Pero, qué quiere usted, en resumidas cuentas, todo ello es como se dice, un verdadero cauterio en una pata de palo. Es caridad, no es justicia. Pueden funcionar tales cosas años y años todavía, sin que cese el hambre, sin que la miseria acabe jamás. ¡No, no! No hay alivio posible, hay que cortar el mal en su raíz.

–Los Qurignon; yo los he conocido.

Se volvió Lucas y le vio en su silla chupando en vano en la pipa apagada. Tenía cincuenta años; cerca de treinta había trabajado en el Abismo, de arrancador. Pequeño, grueso, de cara abultada y descolorida, se hubiera dicho que el fuego

le había hinchado en vez de secarle. Tal vez era el agua de que se inundaba, deshaciéndose en vapor, la que le había traído el reumatismo. Muy pronto cogido por las piernas, andaba con gran trabajo. Y como no reunía las condiciones necesarias para obtener la irrisoria pensión de trescientos francos al año que los nuevos obreros habían de cobrar más adelante, se hubiera muerto de hambre en el arroyo, como una bestia de carga, inútil y vieja, si la Pelos, su hija, no hubiese querido recogerlo por consejo de Bonnaire; pero se lo hacía pagar con riñas continuas y privaciones de todas clases.

–¡Ah! sí –repitió lentamente–, los he conocido. ¡Sí, los Qurignon!.. Hubo un señor Miguel, hoy difunto, que tenía cinco años más que yo. Y hay todavía el señor Jerónimo, en tiempo del cual entré yo en la fábrica, a los dieciocho años, cuando él ya tenía cuarenta y cinco, lo cual no le impide seguir viviendo. Pero antes del señor Jerónimo hubo el señor Blas, el fundador, el que vino a instalarse en el Abismo, con sus dos martinets; pronto hará ochenta años. A ése no le conocí yo. Mi padre, Juan Ragú y mi abuelo Pedro Ragú, fueron los que trabajaron con él, y hasta se puede decir, que Pedro Ragú era su camarada, que ambos eran tiradores, sin un cuarto en el bolsillo, cuando se pusieron al trabajo juntos, en la garganta de los Montes Bleuses, entonces desierta, en la orilla de acá del Mionna, donde había un salto de agua... Los Qurignon han hecho una gran fortuna; y aquí me tienen a mí, Santiago Ragú, siempre sin un cuarto, las piernas

inútiles, y ahí está mi hijo, que no será más rico que yo, después de treinta años de trabajo; sin hablar de mi hija y de sus hijos, amenazados todos de reventar de hambre, como revientan los Ragú va ya para cien años.

Decía estas cosas sin cólera, con el aire de resignación de animal viejo desesperado. Miró un momento a la pipa, sorprendido de no sacar de ella humo. Luego, viendo que Lucas le escuchaba con atención compasiva, concluyó encogiéndose ligeramente los hombros.

–¡Bah! caballero, ésa es nuestra suerte; somos unos pobres diablos. Siempre habrá patronos y obreros. Mi abuelo y mi padre se vieron como me veo, y lo mismo se verá mi hijo. Para qué sublevarse; cada cual saca su suerte al nacer. De todos modos, bien se puede desear cuando se llega a viejo, tener con qué comprar el tabaco suficiente.

–¡Tabaco! –gritó la Pelos–. Hoy has fumado por valor de diez céntimos. ¿Piensas que voy a mantenerte a tabaco, ahora que no vamos a tener ni pan?

Le tenía a ración: esto era lo único que desesperaba al tío Lunot, que en vano procuró encender la pipa, en la que decididamente no quedaba más que ceniza. Lucas, lleno de compasión que aumentaba, seguía mirándole en su asiento. El salario conducía a este lastimoso residuo, el obrero agotado, consumido a los cincuenta años; el arrancador, toda su vida arrancador, a quien su labor convertida en

maquinal, había echado de sí, ya estúpido, reducido a la imbecilidad de la parálisis. Nada sobrevivía en aquel pobre ser, más que el sentimiento fatalista de su esclavitud.

Pero Bonnaire protestó altivo.

–No, no, no ha de ser siempre así; no siempre habrá patronos y obreros, vendrá un día en que no habrá más que hombres libres y contentos. Nuestros hijos acaso vean ese día, y bien merece la pena que nosotros, los padres, suframos todavía, si hemos de conseguir la felicidad de mañana.

–¡Caramba! –exclamó Ragú en chanza–; que venga eso pronto, que quiero que me toque. Me vendría al pelo no tener que hacer nada y comer pollo todos los días.

–Y yo lo mismo, yo lo mismo –apoyó Bourron extasiado–. Que no me quiten mi puesto.

El padre Lunot les hizo callar con ademán de desengaño y dijo:

–Sí, sí, ya veréis. De joven se esperan esas cosas. Se tiene la cabeza llena de locuras, se imagina que va a cambiar el mundo. Y luego el mundo continúa y le barren a uno con los demás. Yo no culpo a nadie. A veces, cuando puedo arrastrarme hasta la calle, suelo encontrar al señor Jerónimo en su cochecito, que empuja un criado. Le saludo, porque

eso se le debe a un hombre que os ha hecho trabajar y que es tan rico. Creo que no me reconoce, pero se contenta con mirarme con ojos que parecen llenos de agua clara. Los Qurignon han sacado el premio gordo, y hay que respetarlos. Si nos echamos sobre los que tienen el dinero, ni Dios para aquí; el acabóse.

Contó Ragú entonces que aquella misma tarde, al salir de la fábrica, Bourron y él habían visto pasar al señor Jerónimo en su coche de mano. Se le saludaba; esto era efectivamente natural. ¿Cómo hacer otra cosa sin pecar de descortés? Pero, de todos modos, un Ragú a pie, por el lodo, vació el vientre, saludando a un Qurignon opulento, bien tapado con mantas y que un criado saca a pasear, como a un mamón demasiado gordo, es cosa que irrita y dan ganas de tirar las herramientas al agua, de obligar a los ricos a repartir, para no hacer uno nada a su vez.

–¡No hacer nada, no; eso no! Eso sería la muerte –replicó Bonnaire–. Todo el mundo debe trabajar y eso será la felicidad conquistada, la injusta miseria vencida al fin. A los Qurignon no hay que envidiarlos. Cuando nos los ponen como ejemplo, diciéndonos: «Ya lo veis, cómo un obrero puede llegar a una gran fortuna, con inteligencia, trabajo y economía», siento cierta ira, porque veo que todo ese dinero no ha podido ser ganado más que explotando a los compañeros, cercenándoles el pan y la libertad, y esta villanía algún día se pagará. Jamás el bien de todos podrá

armonizarse con la propiedad exagerada de uno solo... Lo que hay que hacer es esperar para ver lo que el porvenir nos reserva. Pero mi idea ya la sabéis: que esos dos galopines acostados ahí y que nos escuchan sean algún día más felices que yo lo he sido, y que sus hijos, a su vez, lo sean más que ellos. Para esto no hay más que querer la justicia, entendernos como hermanos para conquistarla aún a costa de mucha miseria todavía.

En efecto, Luciano y Antonieta no habían vuelto a dormirse, muy atentos a toda aquella gente que charlaba tan tarde. Inmóviles las rubias cabezas sobre la almohada, los hermosos chiquillos oían, con ojos muy abiertos, soñadores, como si comprendieran.

–¡Más felices que nosotros algún día –dijo secamente la Pelos–, sí! Si mañana no mueren de hambre, pues no vas a tener pan que darles.

Cayó su frase como un hachazo. Vaciló Bonnaire herido en su ilusión por el frío brusco de la miseria que él había buscado dejando la fábrica; y Lucas sintió pasar el escalofrío de aquella miseria, en aquella ancha sala desnuda, donde la humilde lámpara de petróleo despedía triste humo. ¿No era aquella la lucha imposible; el abuelo, el padre, la madre, los dos hijos, condenados a una muerte próxima si el jornalero se empeñaba en su protesta impotente contra el capital?



Un silencio de plomo reinó; una gran sombra negra heló el aposento y oscureció un instante los rostros.

Llamaron en esto, se oyeron risas y entró Bavette, la mujer de Bourron, con su cara de muñeca, alegre como siempre, rolliza y fresca, de tez blanca, los cabellos nada finos, de un rubio claro; parecía una eterna primavera. Como no había encontrado a su marido en casa de Caffiaux, venía a buscarle allí, sabiendo que le costaba trabajo volver a casa, cuando no le llevaba ella. Pero nada de riña, al contrario, buen humor, como si le pareciese muy bien que su cónyuge la corriese un poco.

–¡Hola, ya te cogí, tío aleluya! –exclamó la Bourron, muy contenta al verle. Ya sabía yo que estarías con Ragú y que te encontraría aquí. ¿Sabes? Ya es tarde, vida mía. He acostado a Marta y a Sebastián y ahora tengo que acostarte a ti.

En la vida se enfadaba Bourron, por la gracia con que sabía ella arrancárselo a sus compinches.

–Tiene gracia la cosa ¿eh? Ya lo oís; es mi mujer, quien me acuesta. Bueno, corriente, vamos; al cabo ha de ser.

Se levantó, y Bavette viendo entonces por el rostro sombrío de todos que pasaba allí algo muy triste, acaso una disputa, quiso poner paz. Ella en su casa cantaba de día y noche, cariñosa con su marido, consolándole, pintándole alegre el porvenir, si le faltaba ánimo. La miseria, el abominable

sufrimiento en que vivía desde la infancia, no habían podido hacer mella en su eterno buen humor. Estaba absolutamente convencida de que las cosas se arreglarían divinamente; siempre estaba camino de la gloria.

–¿Qué es lo que os pasa a todos? ¿Están los niños malos?

La Pelos, otra vez furiosa, le contó que Bonnaire dejaba la fábrica, que morirían todos de hambre antes de una semana, y que a todo Beauclair le iba a suceder lo mismo, porque no se podía con tanta desdicha; era imposible vivir. Bavette protestó, anunció días prósperos, relucientes; confiada y alegre.

–No, hija, no; no se pudra usted la sangre; ya verá como todo se arregla. Se trabajará, seremos muy felices.

Y se llevó a su marido entre bromas, diciéndole cosas tan graciosas y agradables, que le seguía dócilmente, chancero, con la borrachera domada, ya vencida.

Lucas se decidía a seguirlos, cuando la Pelos, al colocar su labor sobre la mesa, encontró la llave que había arrojado a su hermano, y que éste no había cogido todavía.

–¿A ver, la coges o no? ¿Vas a acostarte o no?.. Ya te han dicho que esa bribona te esperaba no sé donde; puedes recogerla otra vez si te parece.

Ragú, socarrón, estuvo un momento haciendo balancearse la llave en la punta de un dedo pulgar. Toda la noche había estado gritando en las narices de Bourron que no le convenía estar manteniendo a una holgazana, que había cometido la majadería de dejarse tragar un dedo por una máquina, sin hacérselo pagar en lo que valía. Había tenido aquella querida, como tantas otras, todas las que se prestan a ello. Se trataba del gusto de los dos. Cuando se cansaba uno, abur, cada cual por su lado. Pero desde que había entrado en casa, se le había disipado la embriaguez y ya no insistía en su obstinación malévola. Además, su hermana le irritaba diciéndole siempre lo que tenía que hacer.

–Pues claro que volveré a cargar con ella, si me da la gana. Después de todo, vale más que otras; aunque la maten, no tiene una mala palabra.

Y volviéndose a Bonnaire que callaba, dijo:

–Qué tonta es esa Josina, siempre tan miedosa. ¿Dónde se ha escondido?

–Espera en la escalera con Nanet –dijo Bonnaire.

Entonces Ragú abrió la puerta de par en par, para llamar gritando:

–Josina, Josina.

Nadie respondió. De la profunda oscuridad de la escalera, no vino ni el soplo de un aliento. Y a la escasa luz que la lámpara de petróleo hacía llegar al descanso, sólo se vio a Nanet en pie, que parecía esperar en acecho.

–¡Ah!, eres tú, condenado comino –gritó Ragú–. ¿Qué diablos haces ahí?

El niño no se desconcertó, echó un paso atrás. Estirándose cuanto pudo, del tamaño de una bota, respondió con valentía.

–Estaba escuchando para enterarme.

–¿Y tu hermana dónde está? ¿Por qué no responde cuando la llaman?

–Mi hermana estaba allá arriba conmigo, sentada en la escalera; pero cuando te sintió entrar tuvo miedo de que subieras a pegarla, y bajó para poder escapar, si tú eras malo.

Hizo esto reír a Ragú. Las bravatas del niño le divertían.

–¿Y tú, no tienes miedo?

–Yo, si me tocas, gritaré muy alto, para que me oiga mi hermana y escape.

Completamente ablandado, Ragú se inclinó sobre la escalera, para llamar otra vez.

–Josina, Josina, vamos, sube, no hagas el oso. Ya sabes que no te voy a matar.

Siguió el mismo silencio de muerte, nada se movió, nada subió de lo oscuro. Y Lucas, cuya presencia no era necesaria, se despidió, saludando a la Pelos, que apretando los labios, inclinó secamente la cabeza. Los niños habían vuelto a dormir. El tío Lunot, con la pipa sin lumbre en la boca, apoyándose en las paredes, se había metido en su estrecha alcoba. Y Bonnaire, que se había dejado caer sobre una silla, mudo en medio de la lúgubre estancia, perdida la mirada a lo lejos, en el porvenir amenazador, esperaba el momento de acostarse, al lado de su terrible esposa.

–Ánimo y hasta la vista –le dijo Lucas estrechándole con fuerza la mano.

Ragú continuaba llamando, en el descanso, con voz que iba siendo de súplica.

–¡Josina, vamos Josina!.. ¡Cuando te digo que ya no estoy enfadado!

Y como de la oscuridad no le contestaban, se volvió a Nanet, que no se mezclaba en nada, dejando a su hermana hacer lo que quisiera.

–Puede que se haya escapado.

–¡Ca!, no, ¿dónde quieres que vaya? Debe de haberse sentado en la escalera.

Bajó Lucas, cogido a la cuerda grasienta, tentando con el pie los escalones empinados y altos, con el temor de caer de cabeza en aquella oscuridad profunda. Parecía sumirse en una sima, por una estrecha escala, entre paredes húmedas. Según bajaba, creía distinguir grandes sollozos ahogados, que venían de abajo, del triste fondo de la sombra. Arriba sonó la voz de Ragú, resuelta:

–¡Josina, Josina! ¡Si no subes, es que quieres que vaya a buscarte!

Lucas entonces se detuvo, sintiendo acercarse un débil aliento. Era como una tibia suavidad que avanzaba, un ligero escalofrío viviente, apenas adivinado, de una aproximación temblorosa. Se ciñó a la pared, porque comprendió, que una criatura iba a pasar, invisible, que se hizo reconocer, sólo por el discreto roce de su cuerpo.

–Soy yo, Josina –dijo él muy bajo, para que no se asustase.

El débil respirar que oía, seguía subiendo, y no le respondieron. Pero en un contacto, apenas sensible, pasó la triste criatura, de miseria y misterio. Y una mano pequeña y febril cogió la suya, labios ardientes la oprimieron, besando

con fuego en un arranque de gratitud infinita, dejándole el don de todo su ser. Así le daba las gracias, así se le entregaba, ignorada, velada; delicia infantil. Ni una palabra; no hubo más que aquel beso mudo en lo oscuro, empapado en lágrimas ardientes.

Ya había pasado el aliento sutil, el espíritu ligero seguía subiendo. Lucas quedó trastornado; hasta el fondo de las entrañas, se había apoderado de él la sensación de aquel contacto de ensueño; el beso de aquella boca, que no había visto, le había llegado al corazón. Por las venas le corría un encanto dulce y fuerte. Quiso creerse contento, sencillamente, por haber conseguido que Josina encontrase un techo bajo el que dormir aquella noche. ¿Pero por qué lloraba ella sentada sobre el último escalón, en el umbral, junto a la calle? ¿Por qué había tardado tanto en responder a las voces de aquel hombre que le daba un albergue? Sentía pena mortal por algo que no podía gozar; suspiraba por un sueño imposible, y cedía, subiendo al fin, a la necesidad de volver a la vida a que estaba condenada. Se oyó arriba la voz de Ragú, por última vez.

–Vamos, ya estás ahí, menos mal. Ea, grandísima tonta, ven a acostarte; no pienso comerte esta noche todavía.

Y Lucas huyó tan desesperado, que buscaba las razones de aquella amargura terrible que sentía. Mientras se orientaba con trabajo, en el dédalo obscuro de las inmundas callejas del Beauclair viejo, discutía consigo mismo y se enternecía.

¡Pobre niña! Era víctima del medio; jamás se hubiera entregado al tal Ragú sin la perversión de la miseria abrumadora. ¡Con qué profunda labor habría que dar vuelta a la humanidad, para que el trabajo volviera a ser honra y alegría, para que el amor sano y fuerte pudiese florecer de nuevo en la gran recolección de verdad y de justicia! Entre tanto, lo mejor era, sin duda, que la pobre niña siguiera con aquel Ragú, si consentía en no maltratarla demasiado. En el cielo había cesado el viento tempestuoso, algunas estrellas aparecían entre las espesas nubes inmóviles. ¡Pero qué negra noche, y en qué inmensa melancolía las tinieblas anegaban el corazón! De repente se encontró Lucas en el ribajo del Mionna, junto al puente de madera. Enfrente, el Abismo, siempre trabajando, con sordo rugido, dejaba oír también el acompasado vaivén de los martinetes, ruido que cortaban los golpes más profundos de los grandes martillos de forja. Rasgaban la oscuridad, de cuando en cuando, algunas llamaradas; el humo lívido, extendiéndose, rodeaba la fábrica de un horizonte de tormenta, atravesando los rayos de luz eléctrica. Este espectáculo nocturno del monstruo, cuyos hornos jamás se extinguían, le hizo ver otra vez el trabajo mortífero, impuesto como en un presidio, pagado sobre todo con desconfianza y desprecio. Pasó ante él la hermosa figura de Bonnaire, y le vio como le había dejado en la lúgubre estancia, derribado como un vencido, ante el porvenir incierto. Luego, sin transición se presentó otro recuerdo de la noche, el vago perfil de Lange, el alfarero, lanzando su maldición con la vehemencia de un



profeta, anunciando la destrucción de Beauclair, bajo el cúmulo de sus crímenes. Pero a tales horas, Beauclair, aterrado, yacía dormido; no era ya en el primer término de la llanura más que una masa confusa, tenebrosa, donde no brillaba ni una luz. No quedaba más que el Abismo, con su vida de infierno sin tregua, donde seguían retumbando los truenos, donde llamas incesantes devoraban vidas de hombres.

En lo obscuro, un reloj lejano, anunció la media noche. Tomó Lucas por el puente y bajó por el camino de Brias, para volver a la Crécherie, donde su lecho le esperaba. A punto de llegar, una gran claridad iluminó de repente todo el paisaje, los dos promontorios de los Montes Bleuses, los adormecidos tejados del pueblo, hasta los campos lejanos de la Rumaña. Otra vez, a media ladera, una sangría del horno alto, cuyo negro perfil apareció como en un incendio. Y Lucas, levantando los ojos, tuvo de nuevo la sensación de que amanecía el astro prometido a sus sueños de una nueva humanidad, entre la grana de una aurora.

## CAPÍTULO III

AL DÍA siguiente, domingo, Lucas acababa de levantarse cuando recibió una carta amistosa de la señora Boisgelin, que le invitaba a almorzar en la Guerdache. Había sabido que estaba en Beauclair, y como no ignoraba que los Jordan no volverían hasta el lunes, le decía que tendría mucho gusto en verle y en hablar un poco de su antigua intimidad de París cuando se ocupaban juntos, en el cuartel pobre del barrio de San Antonio, en importantes asuntos de caridad, de que no hablaban a nadie. Y Lucas, que tenía por ella una especie de veneración afectuosa, aceptó en seguida, respondiendo que, a las once, estaría en la Guerdache. Un tiempo soberbio había sucedido a la semana de fuertes lluvias que acababa de anegar a Beauclair. Un sol radiante se había elevado en un cielo de un azul puro, como lavado por los chubascos, uno de esos soles claros de septiembre, tan caluroso todavía que los caminos ya estaban secos. Así que

Lucas anduvo con gusto a pie los dos kilómetros que separaban a la Guerdache de la ciudad. Cuando atravesó ésta a eso de las diez y cuarto, la ciudad nueva, que se extendía desde la plaza de la Alcaldía hasta los primeros campos de la Rumaña, le sorprendió con su dorada alegría de barrio elegante, y le hizo evocar el duelo terrible del cuartel pobre, que había visto la víspera. En la ciudad nueva estaban la subprefectura, el tribunal y una hermosa cárcel, cuyas paredes mostraban el yeso, fresco todavía. En cuanto a la iglesia de San Vicente, como a caballo entre la ciudad vieja y la nueva, edificio elegante del siglo dieciséis, acababa de ser reparada, porque el campanario había amenazado hundirse sobre los fieles. El sol doraba las opulentas casas de los burgueses; la misma plaza de la Alcaldía, en la parte baja de la populosa calle de Brias, con su viejo y vasto edificio, que servía a la vez de Ayuntamiento y de escuela, se alegraba con aquella luz.

Pronto estuvo Lucas en el campo, saliendo por la calle de Formeries, cuya calzada recta, más allá de la plaza, seguía a la calle de Brias. En el camino de Formeries, casi a las puertas de Beauclair, estaba la Guerdache. No había prisa y Lucas caminaba como azotacalles lleno de ensueños: al volverse distinguió al Norte, al otro lado de la ciudad, cuyas casas descendían en cuesta suave, el inmenso talud de los Montes Bleuses que hendía la garganta escarpada de donde salía la corriente del Mionna. En esta especie de estuario, abierto sobre la llanura, se distinguían muy claramente los

edificios amontonados y las altas chimeneas del Abismo, así como el horno alto de la Crécherie, toda una ciudad industrial que también se veía desde el horizonte entero de la Rumaña, a leguas de distancia. Lucas estuvo mirando mucho tiempo. Después, cuando volvió a emprender la marcha a paso lento hacia la Guerdache, cuyos árboles magníficos ya distinguía a lo lejos, se acordó de la t pica historia de los Qurignon que Jordan le había contado y la repas  en la memoria. El fundador del Abismo Blas Qurignon, el obrero tirador, vino a instalarse all , al borde del torrente, con sus dos martinetes, en 1823. Nunca tuvo más que una veintena de obreros, no junt  más que una fortuna modesta y se contentó con hacerse construir cerca de la fábrica la casa reducida, el pabellón de ladrillos en que habitaba todavía Delaveau el director actual. Jerónimo Qurignon, segundo de este nombre, nacido el mismo año en que su padre fundaba su imperio, fue quien llegó a ser rey de la industria. En él se habían acumulado las fuerzas creadas por la larga ascendencia de obreros; todos los esfuerzos en germen, todo el empuje secular del pueblo. Siglos y siglos de energía latente, una larga serie de abuelos, testarudos y empeñados en buscar la dicha, luchando con rabia en la sombra, muriendo en la faena, obraban por fin, llegando a este triunfador, capaz de dieciocho horas de trabajo al día; de una inteligencia, de una razón, de una voluntad que arrastraban los obstáculos. En menos de veinte años hizo salir de la tierra una ciudad, ocup  a mil doscientos obreros, ganó millones; después, ahogándose en

la humilde casa levantada por su padre, compró en ochocientos mil francos la Guerdache, una gran mansión, suntuosa, donde podía alojar a diez familias, con un parque hermoso, tierras y una casería. En su convicción, la Guerdache iba a ser la casa patriarcal, en que reinaría lujosamente su descendencia, las numerosas parejas de amor y de alegría que debían nacer de su riqueza, como de una tierra bendita. Les preparaba el porvenir de dominación que soñaba, mediante el trabajo domado, utilizado para el goce de los escogidos; pues esta fuerza amontonada que hoy ya se desbordaba, que él sentía en sí mismo, ¿no era definitiva, infinita, no iba a reaparecer, hasta aumentada, en sus hijos, sin disminuir ni agotarse en mucho tiempo? Pero en su solidez de encina, la primer desgracia le hirió joven todavía, en plena fuerza, a los cincuenta y dos años. Una parálisis repentina le quitó el uso de ambas piernas, y tuvo que ceder la dirección del Abismo a Miguel, su hijo mayor.

Miguel Qurignon, tercero de este nombre, acababa de cumplir treinta años. Tenía un hermano menor, Felipe, que contra la voluntad de su padre se había casado en París con una mujer de extraordinaria belleza, pero de hábitos alarmantes; y entre los dos mozos, había una hija, Laura, ya de veinticinco años, que atormentaba a sus padres con una devoción extrema. Miguel se había casado muy joven, con una mujer de blanda dulzura, de la cual tenía dos hijos, Gustavo y Susana, el uno de cinco años y la otra de tres. Entonces tuvo que encargarse de repente de la dirección de

una fábrica. Se convino que la dirigiría en nombre y provecho de la familia entera, debiendo cada cual sacar su parte de los beneficios según la partición hecha de común acuerdo. Aunque no tenía en grado heroico las admirables cualidades de su padre; ni su resistencia para el trabajo, ni su viva inteligencia, ni su método; con todo, fue al principio un excelente jefe; consiguió durante diez años que no decayera la casa y hasta extendió sus negocios por algún tiempo, renovando la antigua maquinaria. Pero le alcanzaron duelos y disgustos que parecían anunciar los próximos desastres. Su madre había muerto, su padre parálítico, que sólo salía para que le pasearan en un cochecillo, se había como encerrado en mudez absoluta, desde la que pronunciaba con trabajo ciertas palabras. Después, su hermana Laura entró en un convento, perdida la cabeza por la exaltación mística, sin que nada pudiera detenerla en la Guerdache, entre las alegrías del mundo; y en tanto venían de París lamentables noticias de la familia de su hermano Felipe, cuya mujer iba resbalando en aventuras escandalosas, arrastrando al marido a una vida desenfrenada, de juego, necedades y locuras. Por último, perdió Miguel a su esposa, tan delicada, tan amable, y esto fue para él una gran desgracia, la causa de una especie de desequilibrio, que le arrojó al desorden. Ya antes, había cedido a su afición a las mujeres hermosas, pero discretamente por el miedo que tenía de afligir a la querida compañera siempre enferma. Muerta ella, nada le estorbó,

hizo su gusto en toda ocasión, en amoríos a la ventura, en que dejaba lo mejor del tiempo y de la fuerza.

Pasó un nuevo período de diez años, durante el cual el Abismo (que ya no tenía a su frente al jefe vencedor de las épocas de conquista), decayó, dirigido ahora por un amo cansado ya y repleto que se comía todo el botín. Una fiebre de lujo le había dominado, y todo se volvía fiestas, placeres, dinero gastado en la vida alegre. Y fue lo peor que a estas causas de ruina, una mala gestión, esfuerzos que cada día se debilitaban más, se juntó una catástrofe industrial que estuvo a punto de aniquilar toda la industria metalúrgica de la comarca. Se hizo imposible continuar fabricando aceros más baratos, raíles, grandes armaduras, ante la competencia victoriosa de las fábricas de aceros del Norte y del Este, que en adelante, gracias a la invención de un procedimiento químico, podían emplear muy económicamente minerales defectuosos, hasta entonces inutilizados. Y en dos años Miguel sintió hundirse bajo sus pies el Abismo; y el día en que por vencimientos acumulados necesitó trescientos mil francos, que tuvo que pedir prestados, un drama íntimo, abominable, acabó de volverle loco. Estaba entonces cerca de los cincuenta y cuatro años, enamorado con el corazón y la carne de una mujerzuela bonita, traída de París, escondida en Beauclair, con la cual soñaba locamente en huir de un momento a otro, corriendo al país del sol, para vivir de amor, lejos de todo aquel trabajo.

Su hijo Gustavo, cuyos veintisiete años se arrastraban ociosos, después de estudios detestables, se le reía enterado de sus amores, porque vivía con él como con un camarada. También se burlaba del Abismo y se negaba a poner los pies sobre todo aquel hierro viejo, que manchaba y olía mal; y montaba a caballo, cazaba, hacía la vida vacía de un mozo amable, fin de una raza, como si ya contara siglos de antepasados ilustres. Y ello fue que a lo mejor una noche, después de haber cogido en una gaveta cien mil francos, todo lo que su padre había podido juntar para los vencimientos del día siguiente, desapareció con la querida de «papá»; se llevó a la mujercuela bonita, que se le había arrojado al cuello. Y al otro día, Miguel, herido en el corazón y en la cabeza, al ver hundidas su pasión y su fortuna, cediendo a un vértigo de un monstruoso horror, se mató sin más, de un tiro de revólver.

De esto hacía tres años, y las ruinas de los Qurignon, precipitándose, se habían acumulado todavía como para ejemplo del destino más adverso. Poco después de la marcha de Gustavo, se supo que había muerto en Niza, arrastrado por los caballos desbocados de un coche, que le habían arrojado a un precipicio. En París, el hermano menor de Miguel, Felipe, acababa de desaparecer también, muerto en desafío, después de una aventura fea, a que le había arrastrado su terrible mujer, que ahora estaba en Rusia, según decían, con un cantante; y el único hijo que habían tenido, Andrés Qurignon, último de este nombre, había



tenido que ser encerrado en un sanatorio, enfermo de raquitismo complicado con delirios. Aparte de este enfermo, y de la tía Laura que seguía en el convento, como muerta también, sólo quedaba Susana, la hija de Miguel. Susana, a los veinte años, cinco antes de la muerte de su padre, se había casado con Boisgelin, que se había enamorado de ella, al encontrarla en casa de un vecino del campo. A pesar de que el Abismo ya peligraba, Miguel, fastuoso, se había arreglado de modo que había podido dar a su hija un millón de dote. Por su parte, Boisgelin tenía por su abuelo y por su padre una fortuna de más de seis millones, ganada en negocios turbios; toda una mala fama de usura y robo, de la cual, personalmente, le limpiaba su absoluta ociosidad, desde que había nacido. Gozaba de consideración, envidiado, bienquisto, dueño en París de un soberbio palacio, en el parque Monceau, y haciendo una vida de gastos locos. Después de haber hecho consistir su distinción en ser siempre el último de la clase, en el Liceo Condorcet, pasmado con su elegancia, jamás había hecho cosa alguna con sus diez dedos; creía ser el aristócrata nuevo, que fundaba su nobleza comiéndose con magnificencia la fortuna que sus mayores habían adquirido, sin rebajarse él jamás a ganar un cuarto. Lo malo fue que los seis millones llegaron a no bastar para el gran tren de su casa, y que él se dejó arrastrar a especulaciones rentísticas de las que por cierto no entendía una palabra. Nuevas minas de oro enloquecían entonces la Bolsa; se le había prometido que si arriesgaba su fortuna la triplicaría en dos años. Y de repente

aquello fue la ruina, el desastre; pudo creer un instante que estaba absolutamente perdido, hasta el punto de no salvar de los escombros un pedazo de pan para el día siguiente. Lloraba como un niño, miraba sus manos de ocioso, preguntándose qué haría con ellas ahora, pues ni sabían, ni podían trabajar. Entonces Susana, su mujer, se manifestó de veras admirable, con una ternura, una sana razón, un valor, que otra vez le pusieron en pie. El millón de la dote estaba intacto. Quiso ella liquidar, despejar la situación, que se vendiera el palacio del parque Monceau, donde la vida se hacía muy cara; y de este modo apareció otro millón. ¿Pero cómo vivir, en París sobre todo, con dos millones, cuando seis no habían bastado, e iban a renacer todas las tentaciones del lujo ostentoso, que abrasaba la gran ciudad? Y el azar de un encuentro decidió del porvenir.

Boisgelin tenía un primo pobre, Delaveau, hijo de una hermana de su padre, el marido de la cual, inventor desgraciado, la había llevado a la miseria.

Delaveau, modesto ingeniero procedente de la Escuela de Artes y Oficios, ocupaba una humilde situación en una mina de hulla de Brias en el momento del suicidio de Miguel Qurignon. Devorado por el ansia de medrar, instigado por su mujer y muy al corriente de la situación del Abismo, que él creía poder levantar, gracias a una organización del todo nueva, había venido a París, en busca de comandatarios, cuando una tarde, en la calle, se encontró frente a frente de

su primo Boisgelin. Fue aquello como un rayo, ¿cómo no había pensado en él, en aquel capitalista que justamente era marido de una Qurignon? Luego, cuando conoció la situación del matrimonio, aquellos dos millones, únicos que les quedaban, para los cuales buscaban una situación ventajosa. Delaveau amplió más su plan, tuvo con su primo varias entrevistas, durante las cuales se mostró tan convencido, tan lleno de inteligencia y de fuerza, que acabó por decidirle. Era todo un plan de genio; aprovecharse de la catástrofe, comprar el Abismo en un millón, cuando valía dos, y organizar la fabricación de aceros finos, lo que daría pronto beneficios considerables. Después, ¿por qué los Boisgelin no compraban la Guerdache? En la liquidación forzosa que se iba a hacer de la fortuna de los Qurignon la tendrían fácilmente por quinientos mil francos, cuando había costado ochocientos mil. Sobre los dos millones, Boisgelin tendría además quinientos mil francos que emplearía en la explotación de la fábrica; y él, Delaveau, se comprometía formalmente a decuplar el capital, a darle una renta de príncipe. El matrimonio debía dejar París, viviría a sus anchas en la Guerdache, con vida dichosa, esperando a que la fortuna colosal, que de seguro habían de recobrar un día, les permitiese volver a su existencia parisiense, con todo el fausto que habían podido soñar.

Susana fue quien acabó de decidir a su marido, muy inquieto ante la idea de esta vida provinciana, con el terror de morir de aburrimiento. A ella por el contrario le

encantaba el volver a la Guerdache, donde había vivido durante toda su juventud. Las cosas pasaron como Delaveau había previsto; se hizo la liquidación; el millón y medio que los Boisgelin desembolsaron por el Abismo y la Guerdache liquidaron apenas la situación embarazosa de los Qurignon, de suerte que se hicieron los dueños absolutos sin tener en adelante que rendir cuentas a los dos únicos herederos que quedaban, la tía Laura, la religiosa, y Andrés, el pobre raquíto, medio loco, encerrado en un sanatorio.

Por lo demás, Delaveau cumplió sus compromisos; reorganizó la fábrica, renovó la maquinaria y obtuvo tan buen éxito en la fabricación de aceros finos, que al cabo del primer año ya se anunciaron magníficas ganancias. En tres años, el Abismo había vuelto a ser una de las fábricas de aceros más prósperas de la comarca y la renta que los mil doscientos obreros ganaban para Boisgelin le permitió instalarse en la Guerdache con un gran lujo: seis caballos en la cuadra, cinco carruajes en la cochera; partidas de caza, fiestas, comidas, para las cuales se disputaban las invitaciones las autoridades de la ciudad. Así que Boisgelin, que había arrastrado pesadamente su ociosidad con el mal de ausencia de París durante los primeros meses, parecía ahora haberse aclimatado a la provincia volviendo a encontrar un rincón del imperio donde triunfaba su vanidad, por haber vuelto a llenar con el vacío su vida, que era un zumbido de insecto inútil. Había sobre todo una causa

secreta, una victoriosa fatuidad, en la tranquila condescendencia con que reinaba en Beauclair.

Delaveau se había instalado en el Abismo, donde ocupaba la antigua casa de Blas Qurignon, con su mujer Fernanda y su hija Nisa, de pocos meses. Tenía él entonces treinta y siete años y su mujer veintisiete. La había conocido en casa de la madre de ella, una maestra de piano que habitaba en el mismo piso y corredor que él, en el fondo de una negra casa de la calle Saint-Jacques. Tenía ella una hermosura brillante, tan bella y soberana, que por más de un año, cuando la encontraba en la escalera, se arrimaba él a la pared, temblando como pobre muchacho avergonzado de su fealdad y pobreza. Después se cambiaron saludos, comenzó cierta intimidad; la madre le declaró en confianza que había vivido doce años en Rusia, y que esta hija, de una magnificencia de reina, era el único regalo que había sacado, después de ser seducida por un príncipe que la adoraba y le hubiera dado una fortuna regia; pero había muerto por accidente, de un tiro, un día de caza; y la pobre mujer, volviendo sin un cuarto a París, con su Fernanda aún pequeña, no había podido menos de volver a sus lecciones, educando a la niña gracias a un trabajo encarnizado, soñando para ella, a pesar de todo, un prodigioso destino. Fernanda, mecida por las adulaciones, convencida de que su hermosura la destinaba a un trono, se había encontrado con la negra miseria: las botinas que no se sabía como reemplazar y los vestidos y los sombreros que tenía que

arreglar ella misma. La cólera, hora por hora, se había apoderado de ella, con tal necesidad de vencer, que desde los diez años no había vivido un día sin odio, sin envidia, sin crueldad, acumulando en sí extraordinarias fuerzas de perversión y destrucción. Consumó la obra la creencia de que su hermosura vencería de todos modos por su propia omnipotencia; y llegó a cometer la necedad de entregarse a un hombre, a un señor de la fortuna y del poder, que la abandonó al día siguiente. Esta aventura, enterrada en el fondo más amargo de su ser, le enseñó la mentira, la hipocresía, la astucia que aún no tenía. Se juró no volver a empezar; conservaba demasiada ambición para caer en la vida de dama cortesana. Aquello era la quiebra de la hermosura; no bastaba ser hermosa; había que encontrar la ocasión de serlo; dar con un hombre a quien hechizar para convertirle en mera cosa sumisa. Y muerta su madre del ir y venir dando lecciones a domicilio durante un cuarto de siglo, por el lodo de París, para ganarle apenas el pan, vio Fernanda llegada la ocasión, al verse en frente de Delaveau, ni guapo ni rico pero que ofrecía casarse. No le quería, pero le veía muy enamorado de ella; y se decidió a entrar de un brazo en el mundo ordenado de las mujeres honradas, en el cual le serviría aquel marido de apoyo y de instrumento. Tuvo que comprarla el canastillo de novia; la aceptó desnuda, con la fe exaltada de un devoto que sólo deseaba en ella a la diosa. Desde aquel instante se cumplió el sino como Fernanda lo había deseado. No habían pasado dos meses desde que su marido la había introducido en la

Guerdache, cuando ya había seducido a Boisgelin, al cual se entregó de repente una tarde, después de haber estudiado el caso con cuidado. Para él fue una pasión fuerte; por ella hubiera dado su fortuna, a riesgo de romper con todo. Fernanda encontraba en aquel buen mozo, de círculo y de caballo, el ideal buscado, el amante para la vanidad, la locura y la largueza, capaz de los peores abandonos con tal de conservar una querida tan bella, ya indispensable para su lujo. Además, allí satisfacía ella toda clase de rencores acumulados: el odio sordo a su marido, cuya vida de trabajo y tranquila ceguedad la humillaban; sus celos crecientes de la apacible Susana, a quien desde el primer día se había puesto a aborrecer, y ésta era una de las causas que la habían decidido a robarle a Boisgelin con la esperanza de hacerla padecer. Y ya la Guerdache ardía en continuas fiestas; allí reinaba Fernanda como hermosa convidada, realizando su sueño de vida fastuosa, ayudando a Boisgelin a comerse el dinero que Delaveau hacía sudar a los mil ducientos obreros del Abismo; y hasta esperando poder el mejor día volver a París, para triunfar allí con los millones prometidos. Esta era la historia a que Lucas iba dando vueltas en su fantasía, mientras que a paso lento, de paseo, acudía al convite de Susana. Si no conocía todas aquellas aventuras, sospechaba las que un porvenir próximo iba a permitirle penetrar en sus menores detalles. Y al levantar la cabeza vio que no estaba más que a cien metros del parque admirable, cuyos grandes árboles verdeaban en extensión indefinida. Se detuvo, una figura se erguía dominando las

demás, la del señor Jerónimo, el segundo Qurignon, fundador de la fortuna, al cual había encontrado la víspera a la misma puerta del Abismo, en su cochecillo conducido por un criado. Y le volvía a ver, muertas las piernas, arruinado, mudo, con sus ojos claros que miraban hacía veinticinco años los desastres que abrumaban a su raza. Su hijo Miguel, hambriento de alegría y de lujo, dejando la fábrica en peligro, matándose en un espantoso drama íntimo. Su nieto Gustavo, robando una querida a su padre y yendo a romperse el cráneo en el fondo de una sima como perseguido por las Furias vengativas. Su hija Laura en el convento, aislada del mundo; el otro hijo Felipe, casándose con una ramera, cayendo con ella en el lodo, muerto en duelo después de afrentosas aventuras; el otro nieto Andrés, el último de su nombre, enfermo encerrado entre locos. Y ahora el desastre que continuaba, un fermento de podredumbre que acababa de aniquilar la familia: esta Fernanda caída allí como para consumir la ruina, con sus dientes pequeños, blancos, de terrible roedora. Silencioso, había asistido, asistía a tales cosas ¿las notaba, las juzgaba? Se le suponía la inteligencia debilitada; pero con todo, ¡con qué ojos miraba, límpidos, sin fondo! Y si pensaba, ¡qué reflexiones debían de llenar sus largas horas sin movimiento! Todas sus esperanzas se habían desmoronado, la fuerza victoriosa en la larga ascendencia de jornaleros; la energía que él creía deber legar a una larga descendencia, mediante una fortuna aumentada sin cesar, ardía como un montón de paja en el fuego de los placeres. En tres



generaciones la reserva de potencia creadora que había exigido tantos siglos de miseria y de esfuerzos, acababa de ser devorada con gula en un momento; la exasperación nerviosa, el refinamiento destructor, se habían producido con el cebo ardiente de la sensación. La raza, demasiado pronto ahíta, loca por la posesión, se derrumbaba en pleno frenesí de la riqueza. Y aquel regio señorío, aquella Guerdache que él había comprado, soñando poblarla un día con sus numerosos descendientes, parejas felices que extendieran la gloria bendecida de su nombre, ¡con qué tristeza debía de mirarla, al contemplar vacías la mitad de las habitaciones; y qué cólera sentiría al verla hoy entregada a aquella mujer extraña, que traía el último veneno en los pliegues de su falda! Vivía como un solitario, sólo tenía relaciones de cariño con su nieta Susana, la única a quien consentía todavía entrar en sus habitaciones del piso bajo. En otro tiempo, Susana, desde los diez años le había cuidado allí, niña amorosa que sentía el infortunio del triste abuelo. Luego cuando había vuelto casada, después de la compra del Abismo y de la Guerdache, había exigido que el abuelo siguiese allí, aunque ya nada le pertenecía después de la partición que había hecho de todos sus bienes cuando le hirió la parálisis. Sentía Susana escrúpulos, le parecía que al seguir los consejos de Delaveau, ella y su marido, habían despojado a los otros dos miembros restantes de la familia, la tía Laura y Andrés, el enfermo. En realidad su existencia estaba asegurada y era su abuelo Jerónimo a quien ella se lo pagaba todo en cariño, velando por él como un ángel. Pero

él, sí dejaba nacer una sonrisa en el fondo de sus ojos claros cuando los fijaba en ella, no tenía en su rostro frío, de facciones grandes, hundidas, más que dos agujeros, dos pozos insondables, cuando veía pasar al galope delante de él, la vida desenfrenada de la Guerdache, ¿veía, pensaba? ¿qué desesperación había, entonces, en sus pensamientos?

Lucas se encontró delante de la verja monumental que daba a la carretera de Formeries, en el sitio en que se separaba el camino de la vecina aldea de Combettes; y no tuvo más que empujar el portillo y seguir por la regia calle de olmos. En el fondo se distinguía la quinta, vasto edificio del siglo XVII, de noble aspecto en su sencillez, de doce ventanas en la fachada, dos pisos, piso bajo sobrealzado, al cual se llegaba por una doble escalinata, adornada con hermosos jarrones. El parque muy grande, todo pradera y de árboles muy altos, lo atravesaba el Mionna, que alimentaba un gran estanque donde nadaban cisnes.

Y Lucas se dirigía a la escalinata, cuando una risa ligera de bienvenida le hizo volver la cabeza. Bajo una encina, cerca de una mesa de piedra rodeada de sillas rústicas, vio a Susana, que se había sentado allí mientras su hijo Pablo jugaba a sus pies.

–Sí, amigo mío, sí; he bajado a esperar aquí a mis invitados, como aldeana que no teme al aire libre. Cuánto le agradezco que haya aceptado mi invitación tan repentina.

Y le alargaba la mano sonriendo. No era bonita, pero tenía su encanto; muy rubia, pequeña, de fina cabeza redonda, rizado el pelo, los ojos de un azul suave. A su marido siempre le había parecido de una lamentable insignificancia, sin que por lo visto sospechara la deliciosa bondad, el sólido buen juicio que se ocultaban bajo aquel aire de sencillez.

Lucas le cogió la mano que tuvo un instante entre las suyas.

–Usted sí que ha sido amable acordándose de mí; soy tan dichoso, tanto, volviéndola a ver.

Le llevaba ella tres años, le había conocido en la pobre casa en que él vivía en la calle de Bercy, cerca de la fábrica en que había empezado a trabajar como modesto ingeniero. Muy discreta, repartiendo ella misma sus limosnas, visitaba allí a un albañil viudo, con seis hijos, entre ellos dos niñas de pocos años; encontró al joven en aquel zaquizamí, con las dos niñas sobre las rodillas, una tarde que llevaba ella ropa blanca y pan para aquellos desgraciados. Trabaron amistad, y tuvo ocasión de pagarle la visita en el palacio del parque Monceau, con motivo de sus obras de caridad comunes. Una gran simpatía los había unido poco a poco: llegó él a ser su ayudante, su mensajero, sin saberlo nadie, en asuntos que ellos solos conocían; y de este modo acabó por frecuentar Lucas el palacio, invitado a las veladas, durante dos inviernos, y allí conoció a los Jordan.

–Si usted supiera cuánto se le ha echado de menos, cuánto se ha llorado su ausencia –se contentó él con añadir, sin más alusión a su antigua complicidad de buenos corazones.

Conmovida, dijo ella:

–Cuando me acuerdo de usted me desconsuela mucho no tenerle aquí, donde tanto habría que hacer.

Lucas acababa de ver a Pablo que venía corriendo, con florecillas en la mano, y al verle tan crecido, mostró asombro. Muy rubio, menudo y sonriente, de aire bondadoso, el niño semejaba a su madre.

–Bah –dijo ésta con alegría–, ya va a hacer siete años, es un hombrecillo.

Se habían sentado, conversando como hermanos, en el tibio ambiente de aquel esplendoroso día de septiembre, tan entregados a sus queridos recuerdos, que ni vieron a Boisgelin bajar la escalinata y acercarse a ellos. Erguido, muy correcto, con su americana de campo, el monóculo en un ojo, Boisgelin era todo un buen mozo lleno de vanidad, de ojos grises, fuerte nariz, el bigote engomado, y recogía en bucles su pelo negro sobre una frente estrecha que descubría un principio de calvicie.

–Buenos días, mi querido Froment –exclamó con voz que, por buen tono, exageraba el tartajear, cuando pronunciaba las erres–. Mil gracias por haber querido acompañarnos.

Y sin más, después de un fuerte apretón de manos a la inglesa, se volvió a su mujer.

–Dime, querida, ¿no has mandado enviar la victoria a los de Delaveau?

Susana no tuvo nada que responder; la victoria apareció por la calle de altos olmos, conduciendo al matrimonio, que se bajó delante de la mesa de piedra. Delaveau, pequeño, fornido, tenía la cabeza de un bulldog, maciza, corta, de mandíbulas salientes, y la nariz chata, los ojos grandes, saltones, las mejillas coloradas, medio ocultas por el collar espeso de barba negra. Tenía en el aire algo de militar, de autoritario y rígido. A su lado, formaba gracioso contraste Fernanda, morena, de ojos azules, alta, de talle esbelto, de seno y hombros admirables. Jamás cabellera más rica y negra había servido de marco a un rostro más puro ni más blanco, de grandes ojos azules, de ardiente ternura, de boca pequeña y fresca, de dientes pequeños de brillo inalterable y con fuerza para romper guijarros. Teníala orgullosa, sobre todo, lo delicado de sus pies, porque en esto veía la prueba innegable de su descendencia de príncipes.

Inmediatamente se excusó ante Susana, haciendo bajar de la victoria a una doncella que traía en el regazo a su hija Nisa,

una niña de tres años, de pelo rubio, rizado, enmarañado, de ojos de color de cielo y una boca de rosa, que reía siempre, haciendo hoyos en las mejillas y en la barba.

–Usted me perdonará, querida mía, si me he aprovechado de su permiso para traer a Nisa.

–Ha hecho usted muy bien –respondió Susana–. Ya le he dicho que los niños tendrán su mesita.

Parecían amigas. Apenas si en Susana un ligero parpadear anunció su emoción, al ver a Boisgelin solícito alrededor de Fernanda, que por su parte debía mostrarle enojos, pues le recibió con el aire glacial de que se valía, cuando él intentaba librarse de uno de sus caprichos. Con aire inquieto, volvió él junto a Lucas y Delaveau, que se conocían desde la última primavera, y se daban la mano. Pero la presencia inesperada del joven en Beauclair parecía causar emoción al director del Abismo.

–¡Cómo, está usted aquí desde ayer! Y, naturalmente, no ha encontrado usted a Jordan, porque un parte le ha obligado de repente a salir para Carmes... Sí, sí, ya lo sé; lo que no sabía, que le hubiese llamado a usted... el horno alto le da en qué pensar, le molesta.

A Lucas le sorprendió verle tan conmovido; le veía a punto de preguntarle por qué Jordan le había hecho venir a la

Crecherie. No comprendió la causa de esta repentina inquietud, y respondió a la ventura:

–¡Oh, molestarle! ¿lo cree usted? Todo va muy bien.

Entonces Delaveau, prudente, para hablar de otra cosa, dio a Boisgelin, a quien tuteaba, una buena noticia: la compra, por la China, de un stock de granadas defectuosas que iban a volver a la fundición. Pero se volvió la atención a los niños, porque Lucas, que adoraba la infancia, quedó encantado al ver a Pablo dar sus florecillas a Nisa, su gran amiga. Hermosa chiquilla, ¡parecía un sol menudo, de rubia que era! ¿Cómo había podido salir así, de un padre y una madre tan morenos? Fernanda, que había saludado a Lucas, sondeándole con su mirada aguda, para saber si sería un amigo o un enemigo, gustaba de que se hiciese aquella pregunta, a la cual con aire triunfante respondía, aludiendo muy claramente al abuelo del niño, el famoso príncipe ruso.

–¡Oh! un gran mozo, rubio y sonrosado. Estoy segura de que Nisa será su vivo retrato.

A Boisgelin debió parecerle que no era correcto esperar así a sus convidados, bajo una encina, cosa que podían permitirse solamente modestos burgueses, retirados a la aldea. Al hacerlos entrar en la casa, llevándolos al salón, se encontraron con el señor Jerónimo, a quien un criado llevaba en su cochecillo. El anciano había exigido hacer vida aparte, con sus horas diferentes de comida y de paseo, de

levantarse y acostarse; y comía solo y no quería que nadie se ocupara en sus cosas, y hasta se había establecido la regla de que nadie en casa le dirigiera la palabra. Así es que todos se contentaron con saludarle en silencio. Sólo Susana, siguiéndole con mirada cariñosa, sonreía.

El señor Jerónimo, que salía a dar uno de sus largos paseos, pasando a veces fuera toda la tarde, los había mirado fijamente a todos, como testigo olvidado, fuera del mundo, que no devolvía los saludos. Y Lucas volvió a sentir cierto malestar por su duda angustiosa, bajo la claridad fría de aquella mirada.

El salón era una estancia grande, muy rica, tapizada de brocatel rojo, con muebles Luis XIV, suntuosos. Acababan de entrar cuando llegaron ya invitados: el subprefecto Chatelard, seguido del alcalde Gourier, de su mujer Leonor y de Aquiles, hijo de éstos. De cuarenta años, guapo todavía, calvo, la nariz arqueada, la boca discreta, los ojos grandes y vivos, tras unos lentes, Chatelard era un desecho de París, que, después de haber dejado allí el pelo y el estómago, se había agenciado su plaza en Inválidos, en la subprefectura de Beauclair, gracias a un amigo, improvisado ministro. Sin ambición y malo del hígado y sintiendo la necesidad de reposo, había tenido la suerte de encontrarse con la hermosa señora Gourier, que parecía haberle fijado para siempre allí, en unas relaciones sin tormentas, vistas con buenos ojos por sus administrados, y hasta aceptadas,



según decían, por el marido, que tenía otras aficiones. Leonor, todavía hermosa a los treinta y ocho años, rubia, de grandes facciones regulares, era muy devota, de aspecto frío y recogido, bajo el cual, según murmuraban ciertos iniciados, ardía una continua hoguera de deseos profanos. Y el tal Gourier, un hombrachón vulgar, coloradote, de nuca abultada, cara de luna, no parecía haber sospechado jamás nada, pues hablaba de su mujer con sonrisa compasiva, y prefería a las muchachas que trabajaban en su zapatería, una fábrica importante de calzado, heredada de su padre, en la cual él mismo había ganado una fortuna. No hacían vida común de quince años atrás, y el único lazo que los unía era su hijo Aquiles; un mozo de dieciocho años ya, que tenía las facciones regulares, los hermosos ojos de su madre, pero muy moreno, y el cual manifestaba un talento y una independencia, que tenía a sus padres confundidos y disgustados. Si la hermosa Leonor jamás había puesto los pies en la zapatería de su marido, la armonía más perfecta parecía unirlos ante el mundo; y sobre todo, desde que Chatelard había entrado en la casa, reinaba allí una dicha constante, que se citaba como ejemplo. El subprefecto y el alcalde, llegando a ser inseparables, facilitaban de esta suerte la administración, y toda la ciudad aprovechaba estas buenas relaciones.

Llegaron luego otros invitados, el presidente del tribunal, Gaume, acompañado de su hija Lucila, a quien seguía su novio, el capitán retirado Jollivet. Gaume de cabeza larga,

frente ancha, barba canosa, de cuarenta y cinco años apenas; parecía querer hacerse olvidar en aquel rincón perdido de Beauclair, bajo la pesadumbre abrumadora de un espantoso drama íntimo que había trastornado su vida. Una noche su mujer, abandonada por un amante, se había matado delante de él. Frío, severo en su aspecto, quedó para siempre inconsolable, destrozada el alma, todo en secreto, y padeciendo ahora por su hija a quien adoraba, y que al crecer se iba pareciendo más y más a su madre. Pequeña, linda, cariñosa y delicada, con sus ojos de perdición, en un rostro claro, de cabellera castaña, dorada, Lucila le recordaba la falta de la madre, y tal temor le hacía sentir de verla reproducida, que, en cuanto tuvo la niña veinte años, hizo de ella la prometida del capitán Jollivet, a pesar de la amarga soledad en que iba a caer al desgarrarse el alma separándola de sí. El capitán Jollivet, gastado por sus treinta y cinco años, era con todo un buen mozo, la frente de testarudo, los bigotes arrogantes, de vencedor. Pero unas calenturas que traía de Madagascar le obligaron a presentar la dimisión. Justamente acababa de heredar una renta de doce mil francos, y había decidido vivir en Beauclair, su tierra, casándose con Lucila, cuyo aire de tórtola pasmada le había vuelto loco. Gaume, que vivía malamente de su empleo, no podía rechazar tal partido. Su desesperación oculta parecía crecer con esto, pero jamás había afectado un celo más severo por la ley, fundando siempre en rigor sus juicios, apoyando en el código la dureza de la represión. Algunos decían, que detrás de esta actitud implacable, había

un vencido, un pesimista desolado que dudaba de todo, y sobre todo de la justicia humana. ¡Y qué tormento el de un juez que condena, preguntándose si tiene derecho, a los miserables, víctimas del crimen de todos!

En seguida llegaron los Mazelle, con su hija Luisa, de tres años, otro convidado para la mesa pequeña. Era aquel un matrimonio perfectamente feliz; los dos gordos, de la misma edad, poco más de cuarenta, de un parecido que había ido infundiendo el uno en el otro; la misma cara sonrosada y sonriente, el mismo aire paternal y suave. Habían gastado cien mil francos para instalarse a lo burgués, en una casa cómoda, rodeada de un jardín bastante grande; allí vivían con quince mil francos en buenas rentas del Estado, cuya solidez era la única garantía con que se sentían seguros. Su felicidad, la beatífica alegría de su vida, empleada en adelante en no hacer nada, se había hecho proverbial. «¡Ah, ser como el señor Mazelle, que no hace nada! ¡Ese tiene suerte!» Pero él respondía que bien había ganado su fortuna, con diez años de andar de la ceca a la meca. La verdad era que, modesto tratante en carbones y habiendo casado con una mujer que le traía cincuenta mil francos de dote, sea por suerte o por buen olfato, había previsto las huelgas, cuya frecuencia, hacía años, hacían subir mucho la hulla francesa. Su arranque genial había consistido en asegurarse en el extranjero enormes reservas de carbón, al precio más bajo posible, y revenderlas con grandes beneficios a los industriales de Francia, a quienes la súbita

falta de combustible obligaba a cerrar las fábricas. Pero había obrado como un sabio, dejando los negocios hacia los cuarenta, cuando ya tenía los seiscientos mil francos, que según sus cálculos, debían de hacer, de su mujer y de él, una pareja absolutamente feliz. No había cedido siquiera a la tentación de llegar al millón. Temía un cambiazco de la fortuna caprichosa. Y jamás un bienaventurado egoísmo había triunfado así, ni optimismo alguno había podido decir con más razón que todo marchaba muy bien en este mundo, que era para estas buenas gentes, que se adoraban ciertamente, que adoraban a su hija, fruto redondo, y que en la plena satisfacción de sus apetitos, lejos de toda ambición y de toda fiebre, ofrecían la imagen perfecta de la dicha, de la dicha cerrada a cal y canto, sin vistas a la desventura ajena. La única espina de esta felicidad era que la señora Mazelle, muy gruesa, muy fresca, se creía víctima de una enfermedad grave, sin nombre definido, motivo de que su marido la compadeciese y mimase más, sonriente siempre, diciendo con una especie de vanidad: «La enfermedad de mi mujer», como pudiera decir. «Los cabellos, el oro único de los cabellos de mi mujer». Ni temor ni tristeza nacían de aquí, como tampoco de su asombro ante su Luisita, que crecía tan diferente de ellos, morena, delgada y viva, con una graciosa cabecilla de cabra, de ojos oblicuos, nariz menuda. Aquel asombro era un encanto, como si la niña hubiera caído del cielo, regalo que traía un poco de viveza a la casa, llena de sol, que adormecían las digestiones demasiado tranquilas. La buena sociedad de

Beauclair se burlaba de los Mazelle; eran dos botijos, gallinas cebadas, pero no por esto se les respetaba menos; se les saludaba, se les invitaba como hacendados, a quien su sólida fortuna ponía por encima de los trabajadores, de los pobres empleados y hasta de los capitalistas millonarios, siempre amenazados por catástrofes. Ya sólo se esperaba al señor Marle, cura de San Vicente, la parroquia rica de Beauclair. Llegó, y pasaron al comedor. Se excusó el cura; le habían detenido sus obligaciones. Era alto, fuerte, de rostro cuadrado, nariz aguileña, boca grande de vigorosas líneas. Joven todavía, de treinta y seis años, de buen grado hubiera luchado por la fe, a no ser por un ligero defecto en la lengua que le hacía la predicación difícil. Esto explicaba que se resignase a enterrarse en Beauclair, mientras que su pelo oscuro cortado al rape, sus ojos negros y tenaces pregonaban al clérigo militante que había soñado ser. Pero no le faltaba inteligencia, y se daba clara cuenta de la crisis que el catolicismo atravesaba. No confesando a veces sus temores, cuando veía su iglesia abandonada por el pueblo, agarrábase a la letra estrecha de los dogmas, seguro de que el antiguo edificio sería derribado, el día en que la ciencia del libre examen hiciera en él brecha. Aceptaba las invitaciones de la Guerdache, sin ilusiones respecto de las virtudes de la burguesía, y almorzaba o comía allí, en cierto modo por deber, para ocultar bajo el manto de la religión las miserias que conocía.

Le encantó a Lucas la clara alegría, el agradable gran lujo del comedor, amplia estancia que ocupaba un ángulo entero del piso bajo, y por cuyas grandes ventanas se veía el césped y los árboles del parque. Parecía que aquel verdor entraba en la casa, que el comedor estilo Luis XVI, con sus maderas gris perla, tapizado de verde de agua, muy suave, se convertía en la sala de los festines, soñada en una ideal magia bucólica. La riqueza de la mesa, la blancura de los manteles, el brillo de la plata y del cristal, las flores que adornaban los cubiertos, coronaban la fiesta que daba a los ojos el maravilloso cuadro de luz y de perfumes. La sensación fue tan viva, que de pronto evocó toda la noche anterior: el pueblo hambriento y negro que pisoteaba como un rebaño el lodo de la calle de Brias; los pudeladores y arrancadores que se tostaban la carne ante las llamas infernales de los hornos; sobre todo la pobre vivienda de Bonnaire con la triste Josina sentada sobre un peldaño de la escalera, salvada del hambre por una noche, gracias al pan robado por su hermanillo. ¡Qué de miseria injusta! ¡de qué trabajo maldito, de qué execrable sufrimiento se hacía el lujo de los ociosos y de los felices!

En la mesa, de quince cubiertos, Lucas se encontró colocado entre Fernanda y Delaveau. Contra la costumbre, Boisgelin, que tenía a la señora de Mazelle a su derecha, había puesto a Fernanda a su izquierda. Hubiera debido dar este sitio a la señora de Gourier; pero en las casas de confianza ya se sabía que se colocaba siempre a Leonor

cerca de su amigo el prefecto Chatelard. Este, naturalmente, ocupaba el sitio de honor, a la derecha de Susana, que tenía a su izquierda al presidente Gaume. Se había puesto a Marle, el cura, junto a Leonor, su hija de confesión más asidua, más querida. Gourier estaba al lado de la señora Mazelle, junto al presidente. Por último, el capitán Jollivet y Lucila, los novios, estaban en uno de los extremos, en frente del joven Aquiles Gourier, silencioso, al otro extremo, entre Delaveau y el cura. Susana, previsora, para poder vigilar mejor, había mandado que se pusiera detrás de ella la mesa de los niños, que presidía Pablo, de siete a ocho años, entre Luisa y Nisa, de tres, las cuáles inspiraban cierta inquietud paseando sus manitas por platos y copas. Una doncella estaba a la mira, y el servicio de la mesa grande estaba a cargo de los dos ayudas de cámara, ayudados por el cochero. Vinieron los huevos rellenos acompañados del sauterne y se trabó una conversación general, hablando del pan que se fabricaba en Beauclair.

–Yo no he podido acostumbrarme a él –dijo Boisgelin–; el pan de lujo de aquí no se puede comer; yo hago traerlo de París.

Había dicho esto con la mayor sencillez, pero todos miraron con un vago respeto los panecillos que comían. Mas los enojosos acontecimientos de la víspera ocupaban principalmente el pensamiento de todos.

Fernanda exclamó:

–A propósito, ya sabéis que anoche entraron a saco en una panadería de la calle de Brias.

Lucas no pudo contener la risa.

–¡Oh señora, a saco!.. Estaba yo allí. ¡Un pobre niño que ha robado un pan!

–También estábamos nosotros –manifestó el capitán Jollivet, ofendido por la compasión, que significaba la disculpa, que había en el tono de Lucas–. Es de lamentar que no se haya detenido a ese muchacho, a lo menos por el ejemplo.

–Sin duda, sin duda –advirtió Boisgelin–. Parece que hay muchos robos desde esa maldita huelga. Me han hablado de una mujer que había forzado el mostrador de un carnicero. Todos los abastecedores se quejan de que la gente vagabunda se llena los bolsillos en sus escaparates. ¡Ahí tienen ustedes inquilinos para la hermosa cárcel nueva! ¿no es así, señor presidente?

Iba Gaume a responder, cuando el capitán replicó con violencia:

–Sí, el robo infame engendra el pillaje, el asesinato. El espíritu de la población obrera se va haciendo temible. Anoche, todos ustedes, que estaban en la calle como yo, ¿no han sentido este espíritu de rebelión que pasaba como una



amenaza, un terror, que hacía temblar a la ciudad? Además, Lange, el anarquista no tenía pelos en la lengua para decir lo que pensaba hacer. A gritos lo decía: «que haría saltar a Beauclair, que arrasaría los escombros.» A ese, ya que lo han atrapado, supongo que lo pondrán a salar, como conviene.

La actitud de Jollivet molestó a todos. Aquel rapto de terror de que hablaba, que los demás habían sentido pasar como él la noche anterior, ¿para qué recordarlo, despertarlo, sobre aquella mesa tan agradable, cargada de cosas tan buenas, tan hermosa? Se sintió frío; la amenaza del mañana zumbó, en medio del silencio, en los oídos de aquellos burgueses alarmados, mientras los criados les servían truchas.

Delaveau, sintiendo que el silencio se hacía molesto, dijo al fin:

–Lange, mala persona... Tiene razón el capitán... ya que lo han cogido ustedes, no lo dejen escapar.

Pero el presidente Gaume movía la cabeza, y con aire severo, fría expresión, sin que se supiera lo que había detrás de aquella rigidez, dijo:

–Sepan ustedes que esta mañana, por mi consejo, después de un interrogatorio, el juez de instrucción se decidió a soltar a ese hombre.

Hubo exclamaciones, que ocultaban un miedo positivo, bajo una exageración de broma.

–¡Oh, señor presidente; usted quiere que nos degüellen!

Gaume sólo respondió con un pausado movimiento de la mano, que podía significar muchas gracias. La prudencia consistía en no dar, con un proceso ruidoso, una importancia considerable a palabras lanzadas al viento, que más germinarían cuanto más se esparciesen.

Jollivet se había calmado, mordiéndose el bigote y no queriendo contradecir abiertamente a su futuro suegro. Pero el subprefecto Chatelard, que hasta entonces se había contentado con sonreír, dijo con suave y afable acento de hombre que está de vuelta de todo:

–¡Ah! lo comprendo, señor presidente; lo que usted ha hecho, es lo que llamo excelente política. ¡Bah! no; el espíritu de las masas no es peor en Beauclair que en otras partes. Es donde quiera el mismo, hay que atemperarse a él, y lo mejor es prolongar el estado actual de cosas, mientras se pueda; porque parece lo seguro que si cambia estaremos peor.

Lucas creyó adivinar un poco de burla irónica en aquel antiguo calavera parisiense, a quien el sordo espanto de aquellos burgueses provincianos debía de divertir. Toda la política práctica de Chatelard consistía en esto, en la más

gallarda indiferencia, cualquiera que fuese el ministro que estuviese en el poder. La vieja máquina gubernamental continuaba funcionando por sí misma, por la fuerza adquirida, con chirridos y choques, y al fin se descompondría y caería hecha polvo, al nacer una nueva sociedad. «Al freír será el reír», decía, riendo, en el seno de la confianza. La cosa marchaba, porque estaba montada ya, pero al primer tumbó serio, todo se lo llevaría la trampa. Los mismos esfuerzos intentados para consolidar la vetusta carraca, las reformas tímidas ensayadas, las leyes inútiles que se votaban sin osar siquiera aplicar las antiguas; las crisis furiosas de las ambiciones y de las personas; las iras y delirios de los partidos, no hacían más que agravar, apresurar la agonía suprema. Todos los días, semejante régimen, se asombraba de no verse por tierra, esperándolo para el día siguiente. Y él, Chatelard, que no era un imbécil, se las arreglaba para durar, mientras el actual régimen durase. Republicano prudente, como había que serlo, representaba al Gobierno, nada más que lo preciso para conservar su puesto, haciendo sólo lo necesario, queriendo antes que nada vivir en paz con sus administrados. ¿Que todo se hundía? ¡pues ya procuraría él no estar bajo los escombros!

–Ya lo ven ustedes –concluyó–; la desdichada huelga, que tanto les inquietaba, ha terminado de la mejor manera.

Gourier, el alcalde, no tenía la filosofía irónica del subprefecto, y aunque siempre estuviesen de acuerdo, lo que les facilitaba la administración de la ciudad, protestó:

–Vamos despacio, vamos despacio, querido amigo; demasiadas concesiones nos llevarían muy lejos... Conozco a los obreros, los quiero, soy republicano viejo, un antiguo demócrata de la víspera. Pero si concedo a los trabajadores el derecho de mejorar su suerte, jamás aceptaré las teorías subversivas, esas ideas de los colectivistas que acabarían con toda ciudad civilizada.

Y en su voz gruesa, temblorosa, sonaba el miedo que había tenido, la ferocidad del burgués amenazado, la innata necesidad de represión que se había traducido en un momento por el deseo de hacer avanzar a la tropa, para obligar a los huelguistas, a tiros, a volver al trabajo.

–En fin, yo no he podido hacer más por los trabajadores en mi fábrica; caja de socorros, de retiros, habitaciones baratas; no cabe más blandura. ¿Y entonces, qué más quieren? Esto es el acabóse. ¿No es así, señor Delaveau?

El director del Abismo, hasta entonces había comido con gran apetito, escuchando sin mezclarse en la conversación.

–¡Oh, el fin del mundo! –dijo con su tranquilo aplomo–; espero, sin embargo, que no dejaremos que el mundo se acabe, sin luchar un poco, para que continúe. Opino como

el señor subprefecto: la huelga ha terminado muy bien. Y traigo una buena noticia: Bonnaire, el colectivista, ya sabéis, el cabeza del motín que me habían obligado a admitir otra vez, se fue, se ha hecho justicia a sí mismo; anoche dejó la fábrica. Obrero excelente, pero ¡qué remedio! un exaltado, un soñador peligroso. ¡Ah, los sueños! ¡esos son los que nos llevan al abismo!

Y prosiguió; procuró mostrarse muy leal, muy justo. Cada cual tenía el derecho de defender sus intereses. Los obreros, declarándose en huelga, creían defender los suyos. El director de la fábrica defendía el capital, el material, la propiedad que se le había confiado. Y estaba dispuesto a ser indulgente, porque se sentía más fuerte. Su único deseo era conservar lo existente. El salario, funcionando según la sabiduría de la experiencia, lo había organizado poco a poco. En eso estaba toda la verdad práctica, lo demás eran ensueños culpables; por ejemplo, el tal colectivismo, cuya aplicación traería la más espantosa catástrofe. También habló de los sindicatos, que combatía encarnizadamente, porque había adivinado en ellos una poderosa máquina de guerra. De todos modos, él triunfaba como trabajador activo sencillamente, como buen administrador, contento con que la huelga no hubiese hecho más estragos, convirtiéndose en un desastre e impidiéndole, aquel año, cumplir los compromisos adquiridos con su primo.

En aquel momento, los dos criados pasaban ofreciendo perdigones asados, mientras el cochero, cargado de vinos, presentaba saint-emilion.

–¿De modo –dijo Boisgelin bromeando–, que tú me juras que no nos veremos reducidos a un régimen de patatas, y que podemos comer sin remordimientos un alón de estos perdigones?

Una gran carcajada acogió esta salida, que pareció muy graciosa.

–Yo te lo juro –dijo alborozado Delaveau, riendo como los demás–. Duerme y come tranquilo; la revolución que se llevará tus rentas, no vendrá todavía mañana.

Lucas, silencioso, sintió palpar su corazón. Aquello era el salario: el capital que explotaba el trabajo de los demás. Adelantaba cinco francos; el obrero les hacía producir siete y él se comía dos.

Y a lo menos, Delaveau trabajaba, arriesgaba su cerebro, sus músculos; pero aquel Boisgelin, que jamás había hecho nada, ¿con qué derecho vivía, comía, con tanto lujo? Lucas extrañaba también la actitud de Fernanda, que atendía con gran interés la esta conversación, nada a propósito para mujeres, que parecía excitada y muy contenta con la derrota de los obreros, y la victoria de aquel dinero, que sus dientes de lobezna devoraban a boca llena; sus labios rojos se

levantaban un poco y descubrían los dientes agudos con una risa de fría crueldad, como si por fin hubiese satisfecho sus rencores y sus apetitos, en frente de la mujer apacible, a quien engañaba, y entre su guapetón amante dominado por ella y un marido ciego que le ganaba los millones futuros. Parecía ya Fernanda un poco alegre por causa de las flores, de los vinos, de los manjares, y sobre todo por el placer perverso de utilizar su radiante hermosura, trayendo allí el desorden y la destrucción.

–¿Es verdad que se trata de dar una fiesta de caridad en la Subprefectura? –preguntó suavemente Susana a Chatelard–. ¿Quieren ustedes que hablemos de algo que no sea política?

El subprefecto, galante, fue enseguida de su opinión.

–Pues claro; somos imperdonables... Daré todas las fiestas que usted quiera, amiga mía.

Desde aquel momento la conversación se dividió, y volvió cada cual a lo que le apasionaba. Marle, el cura, se había contentado con aprobar, con ligeros movimientos de cabeza, ciertas declaraciones de Delaveau; pues se mostraba siempre muy prudente en aquel medio en que le atormentaban el desorden moral del amo de la casa, el escepticismo del subprefecto y la hostilidad declarada del alcalde, que ostentaba ideas anticlericales. ¡Cómo le

descorazonaba aquella sociedad, que él debía sostener, y que acababa en semejante ruina!

Su único consuelo era la devota simpatía de la hermosa Leonor, que tenía junto a sí, atenta nada más a cuidarle diciéndole a media voz cosas agradables, mientras los demás discutían. También aquélla vivía sin duda en el pecado, pero se confesaba, y ya estaba oyéndola en el tribunal de la penitencia, acusarse del placer excesivo de haber almorzado al lado de su amigo Chatelard, que oprimía debajo de la mesa y amorosamente una rodilla de la dama con otra suya. El bueno de Mazelle, olvidado entre el presidente Gaume y el capitán Jollivet, tampoco había abierto la boca todavía, más que para tragar grandes bocados que masticaba lentamente, por miedo al dolor de estómago. La política no le interesaba desde que, gracias a sus rentas, estaba al abrigo de las borrascas, pero debía prestar atención a las teorías del capitán, que desahogaba muy contento, hablando a tan benévolo oyente. El ejército era la escuela de la nación; Francia no podía ser, según su tradición inmutable, más que una nación guerrera, que sólo volvería a su equilibrio el día que hubiese reconquistado a Europa, reinando por el sable. Era una estupidez acusar al servicio militar de desorganizar el trabajo. Además ¿el trabajo de quién? ¿Qué trabajo? ¿Había eso? ¡El socialismo, la gran broma! Siempre habría soldados y debajo gente para llevar el fardo. A lo menos, el sable se veía. Pero ¿quién había visto jamás la idea, la famosa idea, la pretendida reina



del mundo? Y se reía de su propia gracia; y el bueno de Mazelle, que respetaba profundamente al ejército, reía con él por complacerle; mientras que Lucila, la novia, le clavaba la sutil mirada de enigmática enamorada, examinándole en silencio, con extraña sonrisilla, como saboreando la idea de sus condiciones de marido. Al otro extremo de la mesa, el joven Quiles Gourier seguía encerrado en su silencio de testigo y de juez, brillándole los ojos con todo el desprecio que le inspiraban su familia y los amigos con que le obligaba a almorzar.

Pero de nuevo se alzó una voz que se oyó en toda la mesa, en el momento en que se servía una empanada de hígado de pato, una verdadera maravilla. Era la voz de la señora de Mazelle, muda hasta entonces, enfrascada en su plato, cuidando su enfermedad que reclamaba mucho alimento. Y como Boisgelin, atento sólo a Fernanda, no hacía caso de ella, se había vuelto a Gourier y le explicaba asuntos de familia; lo bien que se entendía con su marido, la idea sobre la instrucción que había de dar a su hija Luisa.

–No quiero que me la carguen la cabeza. ¡Ah, no! ¿Para qué se ha de pudrir la sangre? Es hija única, heredará todos nuestros bienes.

De pronto, Lucas cedió a la necesidad de protestar, sin reflexionar, por pura malicia.

–¿Pero usted no sabe, señora, que se van a suprimir las herencias? ¡Oh, muy pronto, en cuanto se organice la nueva sociedad!

Todos creyeron que hablaba en broma, y era tan cómico el estupor de la señora de Mazelle, que todos ayudaron a Lucas.

¡La herencia suprimida, valiente infamia; el dinero ganado por el padre se les arrancaría a los hijos, se les condenaría a ganarse el pan a su vez! Sin duda esta era la consecuencia lógica del colectivismo. Y como Mazelle, asustado, viniese en socorro de su mujer diciendo que él no se inquietaba, que toda su fortuna estaba en papel del Estado, y que jamás osarían tocar al gran libro, Lucas replicó tranquilamente:

–Ahí estaba el error, caballero; se quemará el gran libro, se abolirá la renta. Es cosa resuelta.

Los Mazelle iban a ahogarse. ¡La renta abolida! Les parecía tan imposible como que el cielo se desplomara sobre su cabeza. Y estaban tan aturcidos, tan aterrados, por aquella amenaza del trastorno de las leyes naturales, que Chatelard con lástima burlona los tranquilizó, y dijo volviéndose hacia la mesa de los pequeños, donde a pesar del buen ejemplo de Pablo, las dos niñas, Nisa y Luisa, no se habían portado muy bien:

–No, no hay que temer. La cosa no está tan próxima; su hija de usted tiene tiempo de creer y de criar hijos a su vez... Eso no quita que deban limpiarla, porque creo que ha metido la cara en la crema.

Continuaba la risa y la broma. Todos, sin embargo, habían sentido pasar el fuerte aliento del mañana, el viento del porvenir que soplaba de nuevo a través de la mesa, barriendo el lujo inicuo y los goces envenenados. Y todos acudían en socorro de la renta, del capital, de la sociedad burguesa y capitalista, basada en el salario.

–La república se suicidará el día que toque a la propiedad –dijo Gourier, el alcalde.

–Hay leyes, y todo se hundiría el día que no fuesen aplicadas –dijo el presidente Gaume.

–¡Y qué diantre! en todo caso ahí está el ejército, vigilante, y que no permitirá el triunfo de los pillos –dijo el capitán Jollivet.

–Dejad obrar a Dios, que no es más que bondad y justicia –dijo el cura.

Boisgelin y Delaveau se contentaron con mostrarse conformes, porque para ayudarlos a ellos se juntaban todas las fuerzas sociales. Y Lucas lo comprendió; el Gobierno, la administración, la magistratura, el ejército, eran quien

sostenía todavía la sociedad agonizante, la monstruosa andamiada de iniquidad, el trabajo mortífero de los más, que alimentaba la corruptora holganza de unos pocos. Continuaba su terrible visión de la víspera; después de haber visto el reverso, ahora veía el anverso de aquella sociedad en descomposición, cuyo edificio se desmoronaba por todas partes. Y allí mismo, en aquel lujo, en aquel triunfante decorado acababa de oírle estallar; a todos los veía inquietos, aturdiéndose, corriendo al abismo como todos los enloquecidos que arrastran las revoluciones.

Se servían los postres, la mesa estaba cubierta de cremas, pastas, magníficas frutas. Para acabar de animar a los Mazelle, al llegar el champagne, se hizo el elogio de la pereza, de la divina pereza, que no es de este mundo. El amplio comedor, tan alegre, parecía haberse llenado de la suave influencia, como un efluvio, de los grandes árboles del parque, y Lucas reflexionaba, porque de repente, acababa de comprender el pensamiento que sentía en sí como una preñez: la emancipación del porvenir, enfrente de aquellos hombres que eran la autoridad injusta y tiránica del pasado.

Después del café, que se sirvió en el salón, Boisgelin propuso un paseo por el parque, hasta la granja. Durante todo el almuerzo se había deshecho en obsequios para Fernanda, que continuaba esquiva. No le había permitido pisarla el pie bajo la mesa; no le respondía siquiera y guardaba sus sonrisas para el subprefecto, que tenía

enfrente. Ocho días duraba ya aquello. No había favores para él, cuando se permitía no obedecer inmediatamente a uno de sus caprichos. El fondo de su presente querrela era que había exigido Fernanda que él la invitase a una cacería, con galgos, por el solo placer de lucir un vestido nuevo. Se había negado Boisgelin, por lo cara que salía la fiesta; y Susana que sabía algo, le había suplicado que fuese razonable. De este modo, la lucha era ya entre las dos mujeres; se trataba de saber quién vencería, si la querida o la esposa. Durante el almuerzo, Susana, con su triste y suave mirada, no había perdido de vista la frialdad afectada de Fernanda, ni la solicitud inquieta de su marido. Así que cuando éste propuso lo del paseo, comprendió que sólo buscaba ocasión de verse a solas con la melindrosa, para defenderse y reconquistarla. Ofendida, incapaz de combatir, se recogió en su dignidad dolorida, y dijo, que ella se quedaba, para acompañar a los Mazelle, que por higiene no daban un paso después de comer. El presidente Gaume, su hija Lucila y el capitán Jollivet, declararon también que no se moverían; y entonces, el cura, Marle, propuso una partida de ajedrez al presidente. Aquiles Gourier ya se había despedido, contento al verse libre con sus sueños, por el ancho campo, a pretexto de un examen que estaba preparando. De modo que nadie más que Boisgelin, el subprefecto, los Delaveau, el matrimonio Gourier y Lucas fueron a la granja, a paso lento, a través de los árboles centenarios del parque.

Iban por bien parecer los cinco hombres en un grupo, y Fernanda y Leonor detrás, muy metidas en una conversación íntima. Boisgelin se deshizo en lamentos sobre las desgracias de la agricultura; la tierra se declaraba en bancarrota, los labradores corrían a una ruina próxima. Chatelard y Gourier estuvieron de acuerdo en que el problema terrible, sin solución por ahora, estaba allí; pues para que el obrero industrial pudiera producir, hacía falta que el pan estuviese barato, y si el trigo estaba barato, el paisano arruinado ya no compraba los productos de la industria. Delaveau creía que la solución estaba en un proteccionismo inteligente. Lucas, a quien interesaba la cuestión, les hizo hablar, y sobre todo obtuvo informes de Boisgelin, que acabó por confesar que su desconfianza provenía de sus continuas dificultades con su colono Feuillat, cuyas exigencias crecían de año en año. Iba a tener que dejarle al llegar el nuevo arriendo, porque el llevador había pedido una disminución del diez por ciento en el precio de la renta; lo peor era que, con el temor de no seguir en las fincas, ya no cuidaba las tierras, no las abonaba y decía que no tenía por qué trabajar en provecho del que viniera detrás. Así se esterilizaba la propiedad, herida de muerte poco a poco.

–Y en todas partes es lo mismo –continuó Boisgelin–. No hay modo de entenderse; los labriegos quieren echárselas de propietarios, y quien paga es el cultivo... Vean ustedes; en Combettes, la aldea que no está separada de mis tierras

más que por la carretera de Formeries, no pueden ustedes figurarse lo mal que se entienden; los esfuerzos que cada aldeano hace para dañar al vecino, inutilizándose a sí mismos. ¡Oh, el feudalismo tenía algo bueno; todos estos valientes se alinearían si no tuviesen nada, ni pudiesen soñar con tenerlo!

Esta conclusión imprevista hizo sonreír a Lucas; pero lo que le sorprendía era la confesión inconsciente de que la pretendida quiebra del terruño venía sólo de la falta de inteligencia. Y ahora al salir del parque, su mirada se extendía por la llanura inmensa, por aquella Rumaña tan célebre antaño por su fecundidad, acusada ahora de no poder ya sustentar a sus habitantes. A la izquierda veía extenderse los vastos dominios de la granja, mientras que a la derecha distinguía los pobres tejados de Combettes, en torno de los cuales se agrupaban campos extremadamente divididos, cuatro terrones todavía desmigajados por las herencias, semejantes a una tela toda piezas y remiendos. ¿Y qué hacer para que volviese la concordia, para que de estos esfuerzos contradictorios y dolorosos naciese el gran impulso de solidaridad en nombre de la felicidad de todos?

Llegaban ya a la Granja, edificio amplio y de buen aspecto y justamente en aquel instante pudieron oír juramentos, puñetazos sobre las mesas, todo el ruido violento de una disputa. En seguida vieron salir de la casa a dos aldeanos, el uno gordo y pesado, el otro flaco y de mal genio, los cuales

después de haberse amenazado por última vez se alejaron, dirigiéndose a campo traviesa hacia Combettes, cada uno por camino diferente.

–¿Qué pasa Feuillat? –preguntó Boisgelin al colono, que estaba de pie en el umbral.

–¡Oh, nada señor! Dos de Combettes. Lo de siempre, una disputa por un lindero, y querían que yo decidiera el caso. Años y años, de padres a hijos, los Lenfant y los Yvonnot están en continua pelotera, y nada más que con verse se vuelven locos. Por más que he querido llamarlos a la razón, nada; ya los han oído ustedes; van a comerse. ¡Y vaya si son animales, santo Dios, cuando serían tan fuertes si quisieran pensar un poco y entenderse!

Luego, sin duda descontento por haber dejado escapar esta reflexión, que no era buena para dicha delante del amo, disimuló, mirando vagamente; y borrando toda expresión de su rostro, añadió:

–Si estas señoras y estos caballeros quieren entrar y descansar un momento.

Pero Lucas había visto brillar sus ojos. Le sorprendió encontrar a aquel hombre alto y delgado, tan seco, de color de tierra, quemado ya por las horas de sol ardiente, a los cuarenta años apenas. Era con todo de muy viva inteligencia, como pudo notarlo oyéndole conversar con



Boisgelin. Le había preguntado éste, risueño, si había pensado bien lo de la renta, y el colono habría movido la cabeza respondiendo con pocas palabras, como diplomático ganoso de vencer. Sin duda se reservaba su idea; la tierra para los que la cultivaban, de todos, para que se volviese a quererla y fecundarla. ¡Amar el terruño! y se encogía de hombros. Su padre, su abuelo, lo habían querido furiosamente. ¿De qué les había servido? Él esperaba poder quererlo otra vez, cuando lo trabajara para sí, para los suyos, y no para un propietario, que sólo pensaría en subir la renta el día que doblase la cosecha. Y más había en el fondo de sus medias palabras, en su clara mirada al porvenir: la prudente inteligencia entre los aldeanos, los campos tan divididos, trabajados en común, la gran cultura intensiva, con máquinas. Eran estas ideas raras que él se había ido formando poco a poco, que los burgueses no tenían para qué saber, pero que a veces se le escapaban sin pensarlo.

Acabaron por entrar en un momento y sentarse, en la alquería; y Lucas encontraba allí las paredes frías y desnudas, el olor de trabajo y de pobreza que la víspera le habían impresionado tanto en casa de los Bonnaire, en la calle de las Tres Lunas. Seca y también terrosa como su marido, estaba allí la Feuillat, callada, con su único hijo, un muchachote de doce años, León, que ayudaba a su padre. En todas partes lo mismo; en casa del aldeano como en casa del obrero; el trabajo maldito, con estigma de deshonor, convertido en lacería y sin sustentar siquiera al esclavo

aherrojado en su oficio, como por una cadena. En la aldea cercana, en Combettes, el padecimiento era sin duda mayor todavía: casas sórdidas, una existencia de animales domésticos alimentados con sopas; los Lenfant, con su hijo Arsenio y su hija Olimpia, los Yvonnot, que tenían otros dos, Eugenia y Nicolás, todos comiendo en la artesa inmunda de la miseria, agravando sus males por el rencor con que se devoraban. Lucas escuchaba, miraba, evocaba este infierno social, y se decía que la solución del problema social estaba allí, con todo; porque el día en que se reconstituyera toda una sociedad nueva, habría que volver a la tierra, la eterna nodriza, la madre común, la única que podía asegurar a los hombres el pan de cada día.

Al dejar la alquería dijo Boisgelin a Feuillat:

–En fin, usted lo pensará, amigo mío. La tierra ha ganado y es justo que yo me aproveche de ello.

–¡Oh, ya está pensado, señor! –respondió el casero–; tanto me da reventar de hambre en medio de la calle o en casa del amo.

A la vuelta, cuando damas y caballeros se dirigieron a la Guerdache, por otro camino del parque más solitario y sombrío, se formaron nuevos grupos; el subprefecto y Leonor se retrasaron y pronto se quedaron a la cola, muy lejos, pero contentándose con charlar plácidamente como antiguo matrimonio; mientras Boisgelin y Fernanda, que se

habían separado poco a poco, desaparecieron, como si hubiesen equivocado el camino, perdidos por extraviados senderos; tan animada era una conversación. Con paso igual, tranquilo, los dos maridos Gourier y Delaveau habían seguido por la calle de los árboles, comentando un artículo sobre el fin de la huelga de *El Diario de Beauclair*, un periódico que tiraba quinientos ejemplares y publicaba un tal Lebleu, humilde librero clerical, al que daban artículos el cura Marle y el capitán Jollivet. El alcalde deploraba que se hubiese metido a Dios en la danza, si bien aprobaba, como el director del Abismo, este canto de triunfo en que se celebraba con estilo lírico la victoria del capital sobre el salario. Lucas, que iba cerca de ellos, aburrido, se fue quedando atrás y echó por medio de la espesura, seguro de que al fin llegaría a la Guerdache.

¡Cuán adorable soledad en aquel espeso tallar, en que el tibio sol de septiembre entraba como lluvia de un polvo de oro!

Anduvo algún tiempo a la ventura, contento de verse sólo al fin, respirando a sus anchas, en plena naturaleza, como libre del peso que le aplastaba, desde que toda aquella gente pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Quiso sin embargo alcanzarlos, pero de repente dio, cerca de la carretera de Formeries, en anchos prados, en medio de los cuales un pequeño brazo del Mionna alimentaba una gran

charca. La escena que se le ofreció le divirtió mucho y fue para él de encanto y de esperanza.

Allí estaba Pablo Boisgelin, que acababa de obtener permiso para llevar hasta aquel sitio a sus dos convidadas, Nisa Delaveau y Luisa Mazelle, cuyos tres años suponían pies demasiado pequeños para ir muy lejos. Las niñeras, tendidas bajo un sauce, charlaban sin pensar en los niños; pero lo grave del lance, era que el futuro heredero de la Guerdache y las dos damas de babero, habían encontrado la charca ocupada por una invasión popular; por tres galopines conquistadores que debían de haber escalado una tapia o que se habían deslizado por debajo de un seto. Lucas, muy sorprendido, reconoció a Nanet, el jefe, el alma de la expedición, seguido de Luciano y de Antonieta Bonnaire, a quienes seguramente había seducido arrastrándolos tan lejos de la calle de las Tres Lunas, gracias a la libertad del domingo. Todo se explicaba. Luciano había inventado un barquichuelo que navegaba solo, y Nanet se había ofrecido a llevarlos a una charca que él conocía, donde jamás se encontraba a nadie. El barquichuelo que caminaba solo por el agua clara, sin ondas, era un prodigio.

Sencillamente, Luciano había tenido un rasgo genial, utilizando el infantil mecanismo de un cochecito que giraba, un juguete de noventa y cinco céntimos, sin más que adaptar las ruedas, provistas de paletas, a un barco hecho de un pedacito de pino; ahuecado. Caminaba la máquina sus

diez metros sin volver a darle cuerpo. Lo peor era que había que coger el barco con una pértiga, y esto a cada instante los ponía en peligro de echarlo a pique. Petrificados de admiración, Pablo y sus dos convidadas, permanecían en pie al borde de la balsa. Luisa sobre todo, con ojos brillantes en aquella carita de cabra caprichosa, pronto fue arrastrada por un deseo sin límites. Tendió las manitas y exclamó:

–Quiero yo, quiero yo.

Luego corrió hacia Luciano, que acababa de recoger con la pértiga el barco, para darle cuerda. La buena naturaleza, en el placer del juego, los juntó. Se tutearon.

–Soy yo quien lo ha hecho ¿sabes?

–¡Oh, déjame ver, dámelo!

El chico no quiso, defendió su propiedad contra las manitas despojadoras.

–¡Ah, no, éste no, me costó mucho trabajo!.. Vas a romperlo, suéltalo.

Sin embargo, acabó por ablandarse, viendo a la niña tan mona, tan alegre y oliendo tan bien.

–Yo te haré otro si quieres.

Y como el barco, otra vez en el agua, caminaba de nuevo con sus ruedas, la niña aceptó la oferta, batió palmas y se sentó junto a Luciano sobre la hierba, vencida a su vez, ya tan compinches y sin separarse más de él.

Pablo, el mayor de todos, que por sus siete años era ya un hombrecillo, tuvo en tanto la idea confusa de que debía procurar enterarse. Se había fijado en Antonieta, cuyo aspecto amable y cuyo rostro sano y bonito le animaban.

–¿Cuántos años tienes tú?

–Yo, cuatro; pero papá dice que aparento seis.

–¿Y quién es tu papá?

–Toma; papá es papá, pareces tonto; qué cosas preguntas.

Se reía con tanta gracia que el niño juzgó la respuesta decisiva y no la preguntó más. También se sentó junto a ella y al punto fueron los mejores amigos del mundo. Sin duda, no echó de ver que llevaba un vestidillo de lana, nada bonito; hasta tal punto le parecía agradable, con aquel aire de salud y de confianza.

–¿Y tú? ¿Quién es tu papá? ¿Son tuyos todos estos árboles? ¡Hay, qué bien! ¡Tú si que tienes sitio para jugar!.. Nosotros nos hemos metido por el agujero de la sebe; allá abajo.

–Está prohibido. tampoco me dejan a mí venir, porque tienen miedo de que me caiga al agua. Y da tanto gusto. No hay que decir nada, nos castigarían a todos.

Pero, de pronto, hubo allí un drama. Nanet, tan rubio y desgredado, se había pasmado ante Nisa, más desgredada y rubia que él. Parecían dos juguetes; se fueron el uno al otro enseguida, como si su encuentro fuera una cosa necesaria, y se hubieran esperado. Ya estaban cogidos de la mano, y se reían cara a cara, jugando a empujarse. Nanet, que se la echaba de valiente, exclamó:

–Para coger el barco de ése, no hace falta el palo. Voy a buscarlo yo dentro del agua. Entusiasmada Nisa, que también estaba por los juegos extraordinarios, apoyó la proposición. –Eso es, vamos a meternos en el agua; hay que quitar los zapatos.

Y al inclinarse por poco se cae al agua. Toda su valentía de chiquilla la abandonó, y lanzó un grito terrible cuando sintió que el agua le mojaba las botinas. Nanet, hecho un bravo, se había lanzado y la había cogido con sus brazos, pequeños pero ya fuertes. La llevaba como una conquista y un trofeo; la dejó sobre la hierba y volvió la niña a reirse jugando con él y echándose mano, rodando juntos, como alegres cabritos. Pero el grito agudo que la había arrancado el miedo acababa de sacar a las niñeras de su descuidada charla bajo el sauce. Se habían levantado, habían visto con asombro la pandilla invasora, aquellos galopines caídos de las nubes,

que se permitían arrastrar al desenfreno a los hijos de los burgueses, confiados a su custodia. Acudieron con aire tan irritado, tan terrible, que Luciano se apresuró a recoger el barco, despejando a todo correr, por miedo de que se lo confiscaran. Antonieta le seguía, y hasta el mismo Nanet, a quien arrastraba el pánico. Galoparon hasta el seto, se echaron a tierra, se deslizaron por el agujero y desaparecieron, mientras que las dos niñeras volvían a la Guerdache con los tres niños, conviniendo con ellos en no decir nada para que no se riñera a nadie.

Lucas se reía a solas, divertido con aquella escena, sorprendida bajo un sol paternal, en medio de la naturaleza, buena amiga. ¡Ah, las valerosas criaturas! qué pronto estaban de acuerdo, cuán fácilmente resolvían todas las dificultades, ignorantes todavía de las luchas fratricidas; y qué sueño de triunfal porvenir traían consigo. A los cinco minutos estaba Lucas de vuelta en la Guerdache, y allí volvió a caer en la execrable realidad presente, envenenada de egoísmo, convertida en campo de batalla encarnizada de todas las malas pasiones. Eran las cuatro, y los convidados se despedían.

Lo que le impresionó fue ver a la izquierda de la escalinata, cerca de ella, al señor Jerónimo en su cochecillo. Acababa de volver de su largo paseo, y había hecho una seña al criado para que le dejase un instante en aquel sitio, como si



quisiera asistir a la despedida de los convidados, bajo un sol tibio que ya alumbraba de soslayo.

En lo alto de la escalinata, Susana, entre aquellas damas y caballeros que se disponían a marchar, esperaba a su marido, que se había retrasado acompañado de Fernanda. Ya hacía algunos minutos que todos los demás habían vuelto, cuando los vio aparecer charlando, a paso lento, como si pensaran que aquella larga soledad de los dos era lo más natural del mundo. No provocó Susana ninguna explicación, pero bien notó Lucas que sus manos temblaban ligeramente, mientras que una amargura dolorosa asomaba en sus sonrisas de señora de su casa, obligada a mostrarse amable.

Pero sintió el agudo dolor de una herida que, a su pesar, la hizo estremecerse, cuando Boisgelin, dirigiéndose al capitán Jollivet, le dijo que iría a verle para consultarle y organizar con él la partida de caza con galgos, que hasta ahora sólo había sido para él un vago proyecto. De modo que era cosa hecha: la esposa quedaba derrotada y vencía la querida, que había impuesto su capricho de despilfarro y de locura durante aquel paseo imprudente, como una cita dada en público.

Susana sintió rebelársele el alma; ¿por qué no cogía a su hijo y se marchaba con él? En seguida, con un visible esfuerzo se calmó, muy digna, muy grande, guardando el honor de su nombre y de su casa, con su abnegación de

mujer honrada, con aquel silencio de heroica ternura en que había resuelto vivir, protegida contra el lodo que la rodeaba; y Lucas, que lo adivinaba todo, ya no conoció su tortura más que en el temblor de su pobre mano febril, cuando se la estrechó al despedirse.

El señor Jerónimo había seguido la escena con aquella mirada transparente, como de agua de manantial, que hacía preguntarse con angustia si había allí todavía un pensamiento, una inteligencia que comprendía y que juzgaba; luego asistió a la marcha de todos los convidados, como un desfile de todas las potencias, de todas las autoridades sociales, los señores que el pueblo tenía como ejemplo. Chatelard, en carretela, partió con Gourier y Leonor, la cual ofreció un sitio al cura Marle, de manera que ella y el clérigo se sentaron codo a codo en el asiento delantero, y el subprefecto y el alcalde enfrente de ellos. El capitán Jollivet, que conducía por sí mismo un tálburi de alquiler, se llevó al presidente Gaume y a Lucila, su novia, siempre vigilada por su padre, a quien inquietaban sus gracias de tórtola pasmada. Por último, los Mazelle, que habían venido en un landó inmenso, a él volvieron como a un blando lecho, donde, medio acostados, acabarían de mecer su digestión. Y el señor Jerónimo, al cual no hicieron más que saludar todos, según la regla de la casa, los siguió con sus miradas, como un niño sigue las sombras que pasan, sin revelar ninguna clase de sentimiento en su rostro frío.

Sólo quedaban los Delaveau, y el director del Abismo se empeñó en llevar a Lucas consigo en la victoria de Boisgelin, para evitarle la vuelta a pie. Nada más sencillo que dejarle a la puerta de su casa, pues pasarían por delante de la Crecherie. Como no había más que una bigotera, Fernanda llevaría a Nisa en el regazo, y la niñera iría junto al cochero. Delaveau insistía con la mayor cortesía.

–De veras, señor Froment, sería para mí un verdadero placer.

Lucas tuvo que aceptar. Boisgelin, con torpeza, volvió a hablar de la partida de caza, poniendo empeño en saber si Lucas estaría todavía en Beauclair para asistir a ella. Respondió el joven que no lo sabía, pero que no había que contar con él. Susana le escuchaba, sonriente; después, con los ojos húmedos por la fraternal simpatía, le estrechó la mano otra vez.

–Hasta la vista, amigo mío.

Y cuando por fin arrancó la victoria, Lucas volvió a encontrarse por última vez con los ojos del señor Jerónimo, que le pareció que iban de Fernanda a Susana, observando lentamente la destrucción suprema. Acaso sería una ilusión; acaso en el fondo de sus ojos sólo había asomado la única emoción, que a veces lucía en ellos en vaga sonrisa, cuando miraba a su querida nieta, la única a quien amaba todavía, la única a quien quería reconocer.

Mientras la victoria rodaba hacia Beauclair, no tardó Lucas en comprender porqué Delaveau había deseado tanto llevarle consigo. Se puso a preguntarle el motivo de su improvisado viaje, lo que venía a hacer y la nueva dirección que Jordan iba a dar a su horno alto, muerto Laroche, el antiguo ingeniero. Uno de los proyectos secretos de Delaveau había sido siempre comprar el horno alto, y el vasto terreno que le separaba de su fábrica, para doblar de este modo el valor del Abismo, englobando en él la Crécherie. Pero era un bocado caro, y por lo pronto no había esperado más que ir extendiéndose de modo lento y progresivo, porque no tenía el dinero necesario, ni con mucho, para hacer el negocio de un golpe. Pero la súbita muerte de Laroche había enardecido su deseo, y se decía que acaso podría entenderse con Jordan, del cual sabía que estaba abismado en sus estudios, y deseoso de desembarazarse de una gestión que le incomodaba. Por esto la repentina venida de Lucas le había alarmado tanto, temeroso de que el joven viniese a contrarrestar su proyecto, acerca del cual sólo había hecho hasta entonces prudentes indicaciones. A las primeras preguntas, hechas como al descuido, con aire bonachón, Lucas se puso en guardia, sin ver claro todavía; y respondió de modo evasivo:

–No sé nada; hace seis meses que no he visto a Jordan. En cuanto al horno alto, creo que va, sencillamente, a encargarse su dirección a cualquier ingeniero joven de mérito.

Mientras hablaba, notó que Fernanda no le quitaba los ojos. Se le había dormido Nisa en el regazo y ella callaba, muy atenta, como adivinando que su fortuna se decidía allí; y fijaba los ojos en el joven, en el cual ya olfateaba un enemigo. ¿No era ya partidario de Susana? ¿No los había visto de acuerdo, dándose la mano fraternalmente? Y ahora, Fernanda veía la guerra declarada; toda su hermosura se aguzaba en una sutil y cruel sonrisa, con el ansia de la victoria.

–Lo que he dicho –replicó Delaveau, batiéndose en retirada– fue porque me habían contado que Jordán pensaba entregarse por completo a sus inventos... Los tiene admirables.

–¡Admirables! –respondió Lucas, en el entusiasmo de la convicción.

El coche se detuvo delante de la Créchérie y se apeó Froment; dio las gracias, y se encontró a solas. Temblaba, conmovido por un gran estremecimiento causado por aquellos dos días, que el destino benéfico le había hecho vivir, desde su llegada a Beauclair. Había visto las dos faces de este mundo execrable, cuyo armazón crujía, podrido. Y la miseria de los unos, la riqueza emponzoñada de los otros. El trabajo, mal pagado, despreciado, distribuido injustamente, no era más que una tortura y una vergüenza, cuando debiera haber sido una nobleza, la salud, hasta la dicha del hombre. Su corazón estallaba, se le abría el cerebro,

oprimido por aquella idea que había de nacer, que sentía como una preñez hacía algunos meses. Era un grito de justicia que brotaba de su ser entero, y a la hora presente, no tenía allí otra misión que acudir en socorro de los desgraciados y organizar un poco de justicia sobre la tierra.

## CAPÍTULO IV

LOS JORDAN iban a llegar al día siguiente, lunes, en el tren de la tarde, a Beauclair. Lucas pasó la mañana vagando por el parque de la Créchérie, de veinte hectáreas a lo más, pero cuya situación excepcional, fuentes bullidoras y admirable verdura, hacían de él un rincón del paraíso, célebre en toda la comarca.

La casa era un edificio de ladrillo, bastante estrecho, sin estilo, que el abuelo de Jordan había construido en tiempo de Luis XVIII, sobre el solar del antiguo palacio, quemado durante la Revolución, y estaba arrimado al declive de los Montes Bleuses, una muralla escarpada y gigantesca, que formaba un promontorio a la salida de la garganta de Brias, sobre la inmensa llanura de la Rumaña. El parque, abrigado de los vientos del Norte, al Mediodía, parecía una estufa natural en que reinaba una suave primavera. Toda una

vegetación vigorosa cubría esta muralla de rocas, gracias a los arroyos que de ella caían por todas partes en cascadas cristalinas, mientras senderos de cabras subían como escaleras abiertas en la roca, entre plantas trepadoras y arbustos siempre verdes. Después, los arroyos se juntaban, regaban como río de mansa corriente el parque entero, vastos prados de césped, ramilletes de grandes árboles, de lo más hermoso y fuerte. Jordan, que quería dejar esta fecunda naturaleza entregada a sí misma, no tenía más que un jardinero y dos ayudantes, encargados únicamente de la limpieza, más un huerto y algunos cuadros de flores cultivadas delante de la terraza de la casa.

El abuelo, Aureliano Jordan de Beauvisage, había nacido en 1790, la víspera del Terror. Los Beauvisage, una de las más antiguas y más ilustres familias del país, ya habían venido a menos, y de sus inmensos dominios de otros tiempos, no conservaban más de dos alquerías, unidas hoy al territorio de Combettes, sin contar cerca de mil hectáreas de peladas rocas de páramos estériles, toda una ancha faja de la meseta de los Montes Bleuses. No tenía Aureliano tres años, cuando sus padres tuvieron que emigrar, abandonando una terrible noche de invierno su quinta, que ardía. Hasta 1816 vivió en Austria, donde, golpe tras golpe, perdió a su madre y a su padre, dejándole en espantosa miseria, educado en la ruda escuela del trabajo manual, comiendo cuando lo ganaba, como obrero mecánico, empleado en una mina de hierro. Acababa de cumplir veintiséis años cuando, en tiempo de



Luis XVIII, al volver a Beauclair, encontró el señorío de sus mayores de nuevo menguado, perdidas las dos alquerías, simplemente reducido al parque actual, pequeño, y fuera, dos mil hectáreas cubiertas de guijarros, sin valor alguno. La desgracia le había hecho muy demócrata; comprendió que ya no podía ser un Beauvisage, y en adelante firmó sencillamente Jordan; se casó con la hija de un colono de Saint-Cron, muy rico, y la dote le permitió construir sobre las cenizas del palacio la casa de ladrillos, que su nieto habitaba todavía. Pero, convertido en trabajador, con las manos aún negras, se acordó de la mina de hierro de Austria, del horno alto en que había servido; y, ya en 1818, buscó y descubrió una mina semejante entre las tristes rocas de su dominio, mina cuya existencia sospechaba, gracias a ciertas narraciones legendarias de sus padres; luego encima de la Crécherie, a media falda, instaló el horno alto, el primero levantado en la comarca. Desde entonces no fue más que un industrial, sin realizar jamás grandes negocios, siempre en lucha, falto del dinero indispensable, y sin más títulos al reconocimiento del país que el de haber traído a él, por causa de su horno alto, los trabajadores del hierro, fundadores de las ricas fábricas actuales, entre otros, Blas Qurignon, el tirador que había fundado el Abismo en 1823.

Tuvo Aureliano Jordan un hijo, Severino, pasados los treinta y cinco años; y sólo a su muerte, en 1852, cuando este hijo le reemplazó, el horno alto de la Crécherie llegó a una importancia considerable. Severino se había casado con

una señorita llamada Francisca Michón, hija de un médico de Magnolles, en la cual se reveló una mujer de una bondad exquisita, de una inteligencia superior. Llegó a ser la actividad, la sabia prudencia, la riqueza de la casa. Su marido, guiado por ella, amado, sostenido, abrió nuevas galerías en la mina, decupló la extracción del mineral y reconstruyó casi el horno alto para dotarle de todos los perfeccionamientos conocidos. De modo que, con la gran fortuna que ganaron, sólo tuvieron la tristeza de verse sin hijos. Llevaban diez años de casados, y ya Severino tenía cuarenta cuando por fin les nació un hijo, Marcial, y diez años después todavía tuvieron una hija Soeurette. Esta fecundidad tardía colmó su dicha; la madre sobre todo, fue una madre admirable que dos veces dio vida a su hijo, disputándolo victoriosamente a la muerte, formando su inteligencia, de la propia; su bondad, de su bondad. El doctor Michon, el abuelo, un soñador humanitario, de una caridad divina, un fourierista y un saint-simoniano de los primeros, se había retirado a la Créchérie donde su hija le había hecho fabricar un pabellón; justamente el que Lucas ocupaba. Allí había muerto entre sus libros y la alegría del sol y de las flores. Y hasta la muerte de la adorable madre, cinco años después de las del abuelo y del padre, la Créchérie vivió en el contento de una prosperidad y de una felicidad constantes.

Marcial Jordan tenía treinta años, y su hermana veinte cuando quedaron solos; cinco hacía de esto. Él, a pesar de

su escasa salud y de las continuas enfermedades de que su madre le había curado a fuerza de amor, había pasado por la Escuela politécnica. Pero desde su vuelta a la Crèche, abandonando todas las situaciones oficiales, dueño de su destino gracias a su fortuna considerable, se había apasionado por las investigaciones que abrían al estudio de los sabios las aplicaciones de la electricidad. Hizo construir al lado de la casa de ladrillos un gran laboratorio, instaló bajo un cobertizo próximo una poderosa fuerza motriz, después fue haciéndose poco a poco especialista, y acabó por entregarse casi por completo al sueño de realizar la fundición de los metales en hornos eléctricos, no teórica, sino prácticamente, para la explotación industrial. A partir de este momento, se encerró, vivió a lo monje, sólo para sus experiencias, para su gran empeño, que vino a ser su existencia misma, su razón de ser y de obrar. Su hermanita había reemplazado poco a poco para él a la madre perdida; pronto fue Sourette su fiel Ángel de la Guarda, siempre vigilante, cuidándole, rodeándole del cariño que necesitaba como del aire. Se encargó ella también de dirigir la casa, le evitó cuidados materiales, le sirvió de secretaria, de ayudante en las preparaciones, sin ruido, toda paz y dulzura, con tranquilo sonreír. Por fortuna, el horno alto seguía marchando solo. El antiguo ingeniero Laroche estaba a su frente, hacía más de treinta años, como un legado del fundador, Aureliano Jordan; de suerte que el Jordan actual, enfrascado en sus experiencias de laboratorio, podía descuidar completamente las realidades del día. Dejaba el

buen señor dirigir el horno alto, según la rutina adquirida, pues él había cesado de pensar en reformas, posibles perfeccionamientos, considerando todo esto como progresos relativos y transitorios sin importancia, desde que buscaba la transformación radical, aquella fundición del hierro por la electricidad, que había de ser una revolución en la industria metalúrgica. La misma Soeurette tenía que intervenir a veces, resolver algunas cosas con Laroche, cuando sabía que su hermano estaba preocupado con alguna investigación, y no quería turbarle, distrayéndole con otras atenciones. Pero de repente, la muerte de Laroche acababa de traer tal desbarajuste a la marcha tan regular de las cosas, que Jordan creyéndose bastante rico y sin ambición alguna, se hubiera desembarazado de buen grado del horno alto, iniciando desde luego tratos con Delaveau, cuyo deseo conocía, si Sourette más prudente no hubiese conseguido de él que consultaría primero a Lucas, en quien ella tenía una gran confianza. Por esto fue la llamada urgente, causa del repentino viaje del joven a Beauclair.

Lucas conocía a los hermanos Jordan, de haberlos visto en casa de Boisgelin en París, donde habían estado un invierno entero con motivo de ciertos estudios. Muy pronto los había unido una estrecha simpatía, causada en Lucas por la viva admiración que le inspiraba el hermano, cuyo genio científico le apasionaba, y por el profundo afecto, mezclado de respeto, que le atraía hacia la hermana, en quien veía una divina forma de bondad. Trabajaba entonces también él con

el célebre químico Bourdin, encargado de estudiar minerales de hierro, demasiado sulfurados y demasiado fosfatados, que se trataba de hacer utilizables; y Soeurette, se acordaba de los detalles que Lucas había dado a su hermano, en la conversación de una tarde, cuyo recuerdo estaba en ella vivo, pues como buena ama de su casa, ponía gran interés en lo que importaba a sus asuntos personales. Hacía más de diez años, que la mina descubierta sobre la meseta de los Montes Bleuses por Aureliano Jordan, el abuelo, estaba abandonada, porque se había llegado a dar con filones abominables en que el azufre y el fósforo dominaban de tal manera, que el mineral fundido no daba para pagar los gastos de extracción. Había, pues cesado la explotación de las galerías; el horno alto de la Crécherie estaba ahora alimentado por las minas de Granval, cerca de Brias, de las cuales un ferrocarril de vía estrecha traía el mineral, bastante bueno, hasta la plataforma del cargadero, lo mismo que traía el carbón de otras minas próximas. Pero esto ocasionaba grandes gastos; Sourette pensaba con frecuencia en aquellos métodos químicos que acaso permitirían volver a explotar la mina, según lo que Lucas había dicho; y en su deseo de consultarle antes que su hermano tomara una determinación, entraba la necesidad de saber, a lo menos, lo que se cedería a Delaveau, si mediaba una venta entre la Crécherie y el Abismo.

Los Jordan debían de llegar en el tren de las seis, después de doce largas horas de viaje, y Lucas fue a la estación a

esperarlos, aprovechando el coche que los iba a buscar. Jordan pequeño, ruin, de rostro largo y apacible, de expresión vaga, a que servían de marco cabellos y barba de un castaño descolorido, bajó del coche envuelto en un largo abrigo de pieles, a pesar del calor de aquel hermoso día de septiembre. Fue el primero que distinguió a Lucas, con sus ojos negros muy vivos y muy penetrantes, donde parecía haberse refugiado toda la energía de su ser.

–¡Ah! mi querido amigo, cuánto le agradezco que nos haya esperado... ¡No se puede dar idea de tamaña catástrofe; aquel pobre primo, tan solo, tan lejos, que hubo que ir a enterrar; y yo que aborrezco los viajes! En fin, ya se ha acabado; ya estamos aquí.

–¿Y con salud y sin demasiado cansancio? –preguntó Lucas.

–No, no mucho. Felizmente he podido dormir.

Sourette, después de estar segura de que no había olvidado ninguna de las mantas llevadas por precaución, se acercó a ellos. No era bonita, también pequeña, pálida, sin color, de una insignificancia de mujer que se resignaba a su papel de buena ama de casa y de enfermera.

Sin embargo, una suave sonrisa iluminaba con infinito encanto su rostro sin expresión, donde no había nada hermoso más que unos ojos apasionados, en el fondo de los

cuales ardía toda la necesidad de amor que en ella se ocultaba, sin saberlo. Todavía no había querido a nadie más que a su hermano; le amaba como niña encerrada en un claustro, que sacrificaba a su Dios el mundo. Al punto, antes de dirigirse a Lucas, exclamó:

–Atiende Marcial, debieras ponerte el pañuelo.

Luego, volviéndose a Lucas, le manifestó con mucha amabilidad su viva simpatía.

–Tenemos que pedirle a usted mil perdones, señor Froment. ¡Qué habrá usted pensado de nosotros, no encontrándonos aquí a su llegada!.. Pero al menos ¿ha estado usted a gusto en casa? ¿Le han cuidado bien?

–Admirablemente: vida de príncipe.

–¡Oh, buena es esa! Al marchar había tenido buen cuidado de dar las órdenes necesarias para que nada le faltase. Pero así y todo, no estaba yo aquí; no podía vigilar, y no sabe usted cómo se me ha podrido la sangre, con la idea de haberle abandonado a usted así, en nuestra pobre casa vacía.

Habían subido al coche y continuó la conversación. Lucas acabó de tranquilizarlos, jurándoles que había pasado dos días muy interesantes para él, según les contaría más tarde. Al llegar a la Créchérie, aunque ya era de noche, Jordan miró

en torno suyo tan contento de volver a su existencia acostumbrada que lanzaba gritos de alegría. Parecía verse allí después de su ausencia de muchas semanas. ¿Cómo se podía encontrar gusto en andar por esos caminos, si toda la felicidad humana quedaba en el rincón estrecho en que se piensa, en que se trabaja, libre el alma del cuidado de vivir, por la ventaja del hábito?

Esperando a que Soeurette hiciera servir la comida, corrió a lavarse con agua tibia, y se empeñó en llevar a Lucas a su laboratorio, con ansia de verse él mismo en él; y decía con su plácida risa, que no comería bien, si primero no respiraba un poco el aire de la estancia en que pasaba la vida.

–Amigo mío, este es mi olor favorito. Palabra que sí. De todos los olores, el que más me gusta es el de la habitación en que trabajo. Este olor me encanta y me fecunda.

Era el laboratorio una gran sala muy alta de techo, construida de hierro y de ladrillos, cuyos anchos huecos daban sobre los verdes del parque; una mesa muy grande estaba en el medio, cargada de aparatos, y guarnecían las paredes multitud de complicados utensilios, con más modelos, bocetos de proyectos, reducciones de hornos eléctricos en los rincones. De un extremo a otro de la sala, por el aire, una red de cables y de hilos conducía la fuerza desde el próximo cobertizo en que estaba la máquina y la distribuía por los aparatos, útiles y hornos, para los experimentos. En medio de esta severidad científica, un



poco ruda, se había destinado, delante de uno de los huecos, cierto espacio para una especie de blando retiro, un rincón de suave intimidad, con estantes bajos de libros, muelles butacas, el diván en que Jordan dormitaba a horas señaladas y la mesita a que se sentaba su hermana, velándole, colaborando como fiel secretario.

–Heme aquí; decididamente no estoy bien más que en mi casa. Y mire usted, el accidente que me ha obligado a estar fuera tres días, vino justamente en el instante en que un experimento me apasionaba. Volveré a la carga. Dios mío, que bien me siento.

Y continuaba riendo, más colorado, más animado que de costumbre, tendiéndose a medias sobre el diván, en una postura como para soñar, que le era familiar. Obligó a Lucas a sentarse junto a él.

–Diga usted, querido mío, ¿no le parece que queda tiempo para hablar de estas cosas que me han hecho desear tanto el verle, que me han decidido a hacerle venir? Además, es necesario que mi hermana esté presente, porque es excelente consejera, y si usted quiere, lo dejaremos para después de comer, para los postres... ¡Ah! qué placer tenerle a usted aquí enfrente de mí y poder decirle, entre tanto, cómo van mis investigaciones. La cosa no va muy deprisa; pero trabajo, ya lo sabe usted, esto es lo importante; basta que trabaje dos horas al día para conquistar el mundo.

Y habló el silencioso, expuso sus trabajos que no confiaba a nadie, excepto a los árboles del parque, como decía en broma. El horno eléctrico, para la fundición de metales, estaba encontrado, y por lo pronto, sólo había buscado su aplicación práctica para fundir mineral de hierro. En Suiza, donde la fuerza motriz de los torrentes permite instalaciones poco costosas, había visto hornos que fundían el aluminio en condiciones excelentes. ¿Por qué no había de fundirse también el hierro? No se trataba, si se quería resolver el problema, más que de aplicar los mismos principios a un caso determinado. Los hornos altos actuales, no producen apenas más que mil seiscientos grados de calor, mientras que se obtenían dos mil con los hornos eléctricos, lo que daría una fundición inmediata y completa, de una perfecta regularidad. Había examinado sin esfuerzo el horno, tal como le concebía, un simple cubo de ladrillos, de dos metros por todos sus lados, y dentro, el hogar y el crisol de magnesio, la más refractaria de las materias conocidas. Había también calculado y determinado el volumen de los electrodos, dos gruesos cilindros de carbón, y su primer invención positiva consistía en haber comprendido que podría tomarles directamente el carbono necesario para desoxigenar el mineral, de suerte que la operación de la fundición se simplificaría mucho, casi sin escorias, que estorbaban. Pero si el horno estaba construido, por lo menos en estado de bosquejo, ¿cómo ponerle en marcha, hacerle funcionar de modo práctico y consumir, según las necesidades industriales?

–¡Ahí tiene usted! –dijo señalando un modelo en un rincón del laboratorio–. Ese es mi horno eléctrico. Sin duda habría que perfeccionarlo; tiene varios defectos, dificultades que todavía no he podido resolver. Con todo, tal como usted le ve, me ha dado barras de excelente fundición y creo que una batería de diez hornos así, trabajando durante diez horas, darían la labor de tres hornos altos como el mío, que no se apagarían ni de día ni de noche. ¡Y qué fácil tarea, sin inquietud de ninguna suerte, dirigida por niños, dando vuelta a simples botones! Pero debo confesar, que mis barras fundidas me han costado tan caras como si fuesen lingotes de plata. De modo que el problema se plantea muy claramente; mi horno no es todavía más que un juguete de laboratorio; no existirá para la industria, hasta el día en que pueda alimentarle de electricidad con abundancia a precios de fábrica, bastante bajos, que hagan remuneradora la fundición del mineral de hierro.

Siguió explicando cómo hacía seis meses dejaba a su horno descansar, entregado por completo al estudio del transporte de la fuerza eléctrica. ¿No sería ya una economía quemar el carbón a la salida misma de la mina, y después enviar la fuerza eléctrica por cables a las fábricas apartadas que lo necesitasen? También aquél era un problema cuya solución buscaban muchos sabios hacía algunos años, y lo malo era que todos tropezaban con que se desperdiciaba una fuerza considerable.

–Todavía acaban de hacerse experimentos –dijo Lucas con aire de incredulidad–. Yo creo que no hay economía posible.

Jordan sonrió con la suave terquedad, la fe invencible que ponía en sus investigaciones, durante los meses y meses que a veces le costaba la verdad menos importante que necesitaba afirmar.

–Jamás hay que creer, hasta adquirir la certidumbre... Yo he obtenido ya buenos resultados; algún día se almacenará la fuerza eléctrica, se canalizará, se dirigirá sin pérdida alguna. Si necesito veinte años, ¡corriente! dedicaré a ello veinte años. Es muy sencillo; se vuelve a la tarea todos los días, mientras la cosa no parece, vuelta a empezar. ¿Si no volviera a la carga, qué iba a hacer de mí?

Había vuelto aquello con un aire de tan cándida grandeza, que Lucas se sintió conmovido, como ante el arranque de un héroe. Y le reparaba, tan menudo, tan ruin, con su pobre salud siempre comprometida, tosiendo, agonizando, bajo abrigos y pañuelos, en medio de aquella inmensa sala, llena de gigantescos aparatos, atravesada por hilos que conducían el rayo, cada día más colmada del colosal trabajo de aquel ser menudo que allí se paseaba, se esforzaba, se encarnizaba en su empeño, como un insecto perdido entre el polvo del suelo. ¿Dónde encontraba, no sólo la energía intelectual, sino también el vigor físico para emprender y llevar a cabo trabajos considerables que parecían exigir muchas existencias de hombres fuertes y muy sanos? Y con

qué trotecillo andaba, y cómo apenas respiraba, y sin embargo levantaba un mundo con aquellas manitas débiles de niño enfermo.

En esto se presentó Soeurette diciendo risueña:

–Qué es esto, ¿no vienen ustedes a comer? Mira Marcial, voy a cerrar el laboratorio con llave si no eres razonable.

El comedor, lo mismo que el salón, dos estancias bastante pequeñas, tibias y suaves como nidos cuidados por un corazón de mujer, daban a la verde llanura, sobre un horizonte de praderías y tierras de labor que llegaban a las confusas lontananzas de la Rumaña. Pero a tal hora, ya de noche, las cortinas estaban corridas, a pesar de la suave temperatura. Lucas pudo notar otra vez los minuciosos cuidados que la joven prodigaba a su hermano. Seguía éste un régimen complicado, que tenía sus platos particulares, su pan, hasta cierta agua que se le templaba ligeramente. Comía como un pájaro, se levantaba y se acostaba temprano como las gallinas, personas de buenas costumbres. Luego, durante el día, había cortos paseos, raros de descanso, siestas, entre las horas de trabajo. A los que se asombraban de la prodigiosa labor que producía, creyéndole un héroe de laboriosidad, un verdugo de sí mismo, ocupado día y noche, les respondía que trabajaba apenas tres horas al día, dos por la mañana y una por la tarde; y que todavía por la mañana dividía su tarea, poniendo por medio un rato de recreo, porque no podía fijar la atención más de una hora, sin sentir

vértigos, como si la cabeza se le vaciase. Jamás había podido dar más de sí, su fuerza estaba en la voluntad, en la tenacidad, en la pasión por el trabajo presente, que engendraba y llevaba adelante con toda su bravura intelectual, aunque la preñez durase años, una vez concebida la idea. Así encontró Lucas respuesta a la cuestión que muchas veces había planteado, la de saber dónde encontraba Jordan fuerza para sus enormes trabajos.

No la encontraba más que en el método, en el empleo prudente y razonado de sus medios, por pequeños que fuesen. Hasta utilizaba su debilidad, hacía de ella un arma contra el desorden que pudiera venir de fuera. Pero sobre todo, quería siempre lo mismo, daba a la tarea todos los minutos de que disponía, y esto sin desaliento posible, sin cansando, con la fe lenta, continua, obstinada, que levanta las montañas. ¿Quién sabe el mundo de labor que se amontona, cuando se trabaja sólo dos horas al día, con trabajo útil, decisivo, no interrumpido jamás por el capricho y la pereza? Es el granode trigo que llena el saco, es la gota de agua que hace al río desbordarse. Una piedra tras otra, el edificio sube, el monumento crece por encima de las montañas. Así era como este hombrecillo enclenque, envuelto en mantas, que todo lo bebía templado, so pena de constiparse, construía la obra más vasta, por un prodigio de método y de adaptación personal, no consagrándole más que las escasas horas de salud intelectual conquistadas a su decaimiento físico.

Reinó la cordialidad durante la comida, entre sonrisas. En toda la casa hacían el servicio mujeres, porque el de los hombres le parecía a Soeurette demasiado estrepitoso, demasiado brutal para su hermano. El cochero y el mozo de cuadra buscaban ayudantes, en ciertos días fijos de gran apuro. Y las criadas, escogidas con gran cuidado, de aspecto agradable, de manos suaves y diestras, aumentaban la paz dichosa de la tranquila morada, sólo abierta a muy pocos íntimos. Había aquella noche una sopa sustanciosa, un barbo pequeño en manteca, del Mionna, un pollo asado, una ensalada de legumbres, manjares bien sencillos, para celebrar la vuelta de los amos.

–¿De veras, no se ha aburrido usted mucho desde el sábado? –preguntó Soeurette a Lucas, sentados ya los tres a la mesa.

–Le aseguro a usted que no –respondió el joven–. Además, no saben ustedes lo muy ocupado que he estado.

Y les contó primero lo de la noche del sábado, la sorda rebelión en que había encontrado a Beauclair; el pan robado por Nanet, la detención de Lange, su visita en casa de Bonnaire, víctima de la huelga; pero por un singular escrúpulo que no se explicaba, no habló de su encuentro con Josina, no la nombró siquiera.

–¡Pobre gente! –dijo la joven, con lástima–. Esta espantosa huelga los ha tenido a pan y agua, y gracias los que tenían

pan... Qué hacer, cómo socorrerlos. La limosna es un alivio ínfimo, y no puede usted figurarse cuánto me he atormentado, durante estos dos meses, al vernos en una impotencia tan radical, a nosotros los ricos y felices.

Era una humanitaria, discípula del abuelo Michon, el viejo doctor fourierista, saint-simoniano, que de pequeña la ponía en sus rodillas para contarle cuentos que él inventaba, de falansterios fundados en islas afortunadas, de ciudades en que los hombres realizaban todos sus sueños de ventura, en una eterna primavera.

–Qué hacer, qué hacer –repetía angustiada, fijando los hermosos ojos piadosos y suaves en Lucas–. ¡Y ello, hay que hacer algo!

Entonces Lucas, vencido por la emoción, dejó escapar este grito del alma:

–¡Ah, sí!, ya es tiempo, hay que hacer algo.

Pero Jordan movió la cabeza; en su existencia claustral, de sabio, jamás se ocupaba en política. La despreciaba mucho, claro que con injusticia, porque al fin, es necesario que los hombres atiendan a la manera de que se les gobierna. Sólo que, desde la altura de lo absoluto en que vivía, consideraba como despreciables los acontecimientos, accidentes de un día, simples vaivenes del camino. Según él, la ciencia únicamente conducía a la humanidad hacia la verdad y la



justicia, a la final ventura, a la ciudad perfecta del porvenir, a que se dirigen los pueblos con marcha tan lenta y angustiosa. Así que, para qué preocuparse por los demás; ¿no bastaba que la ciencia adelantase? ¡y pese a todo adelantaba; cada una de sus conquistas era definitiva! Al cabo, cualesquiera que fuesen las catástrofes del camino, allí estaba la victoria de la vida, habiendo cumplido por fin la humanidad su destino. Y aunque muy amable y compasivo, como su hermana, se tapaba los oídos ante la batalla contemporánea, se encerraba en su laboratorio, donde fabricaba, decía, la felicidad para mañana.

–Obrar –declaró a su vez–; el pensamiento es un acto, y el más fecundo que pueda influir sobre la tierra. ¿Sabemos las semillas que están camino de germinar?.. Si todos esos desgraciados me desgarran el alma, no por ello me inquieto, porque la cosecha vendrá forzosamente a su hora.

Lucas, no queriendo insistir en el estado de espíritu febril y turbado en que se encontraba él mismo, contó en seguida los sucesos del domingo, el convite de la Guerdache, el almuerzo a que había asistido; habló de las personas que había visto allí, de lo que había hecho y de lo que se había dicho. Comprendió perfectamente que hermano y hermana oían aquello con frialdad, sin interés por toda aquella gente.

–Desde que están en Beauclair, vemos raras veces a los Boisgelin –manifestó Jordan, con su tranquila franqueza–. En París estuvieron muy amables; pero aquí vivimos tan

retirados, que el trato, poco a poco, ha cesado casi. Luego, hay que decirlo, nuestras ideas y nuestros hábitos son muy diferentes. En cuanto a Delaveau, es mozo inteligente y activo, entregado a su negocio, como yo al mío. Y he de añadir, que me causa terror la buena sociedad de Beauclair; hasta el punto que le cierro la puerta a cal y canto, muy satisfecho, con verla indignada, y quedar aislado, como loco peligroso.

Soeurette se echó a reír.

–Marcial exagera un poco, yo recibo a Marle, el cura, excelente persona, así como al doctor Novarre, y al maestro Hermeline, cuya conversación me interesa. Aunque es cierto que nuestras relaciones con los amos de la Guerdache son de cumplido, no por eso es menor mi sincera amistad con la señora de Boisgelin, tan buena y tan amable.

Jordan se divertía en embromar a su hermana algunas veces.

–Di entonces, que soy yo quien hace huir a la gente y que si no fuese por mí, abrirías la puerta de par en par.

–¡Pues ya lo creo! –exclamó ella, también en broma–. Aquí se hace lo que tú quieres. ¿Quieres que dé un gran baile, y que invite al subprefecto Chatelard, a Gourier, el alcalde, al presidente Gaume, al capitán Jollivet, a los Mazelle, a los

Boisgelin, a los Delaveau? Tú romperás la marcha, bailando con la señora Mazelle.

Y siguió la broma; muy contentos aquella noche con su vuelta al nido fraternal, y con la presencia de Lucas. Después, a los postres, la gran cuestión seria se abordó por fin. Las dos criadas, tan mudas, tan ágiles, se habían marchado, pisando con suelas de fieltro, que no hacía ruido. Y el comedor apacible tenía la infinita suavidad de la intimidad cariñosa, en que corazones y cerebros se abren libremente.

–He aquí amigo mío –dijo Jordan–, lo que yo deseo de su amistad de usted. Usted estudiará la cuestión y me dirá, sencillamente, lo que haría en mi caso.

Explicó todo el asunto, y en qué disposición de ánimo se encontraba. Hacía mucho tiempo que se habría deshecho del horno alto, si la explotación no marchara, por decirlo así, sola, guiada por la rutina. Las ganancias seguían siendo suficientes, pero esto no le importaba, porque se creía bastante rico; por otra parte, para doblarlas y triplicarlas, hubiera sido necesario renovar una parte del material, mejorar el producto, en una palabra, dedicarse al negocio por completo. Eso era lo que él no podía ni quería hacer; tanto más, que aquellos hornos altos antiguos de un método, según él infantil y bárbaro, no le interesaban, no podían serle de ninguna utilidad, para los experimentos de fundiciones eléctricas que eran su pasión. Había dejado su

horno alto seguir hasta allí, pensando en él lo menos posible, esperando la ocasión de no pensar en él absolutamente.

–Ya me comprende usted ¿no es eso?.. Y en esto, de repente, muere Laroche, el buen viejo, y toda la explotación y todos los cuidados caen sobre mis espaldas. No puede usted imaginar lo qué habría que hacer si se quisiera tomar la cosa por lo serio; la vida de un hombre apenas bastaría. Y es el caso, que hoy por nada del mundo abandonaré mis estudios, mis investigaciones. De modo que lo mejor es vender, y estoy casi resuelto; pero me importa conocer primero la opinión de usted.

Lucas le comprendía, todo aquello le parecía razonable.

–No hay duda –respondió–, que usted no puede cambiar su trabajo, toda su existencia. Usted y el mundo perderían mucho. Sin embargo, reflexione más, acaso haya otras soluciones. Y además para vender, hace falta quien compre.

–¡Oh! –replicó Jordan–, eso lo tengo. No es cosa de ayer a mañana el deseo de Delaveau, que sueña con juntar el horno alto de la Créchérie a su fábrica de aceros, el Abismo. Ya me ha tentado; no tendría más que mover un dedo.

Al nombre de Delaveau, hizo Lucas un movimiento brusco, pues, al fin, se explicaba por qué aquél se había mostrado tan inquieto, tan apremiante en sus preguntas. Y como el

huésped, que sorprendió el gesto, le preguntase si tenía algo que decir contra el director del Abismo:

–No, no –contestó Lucas–, le creo, como usted, un hombre inteligente y activo.

–Eso es –continuó Jordan–, el negocio estaría en manos expertas. Me temo que habría que admitir ciertos arreglos, aceptar pagos a muy largos plazos, porque le falta dinero; Boisgelin, ya no tiene capital disponible. Pero poco me importa; puedo esperar, me bastarían garantías sobre el Abismo.

Y tras una pausa, mirando a Lucas de frente, concluyó:

–Vamos a ver, ¿me aconseja usted cerrar el trato con Delaveau?

El joven, no respondió inmediatamente. Un malestar, una invencible repugnancia llenaban todo su ser. ¿Qué era aquello, por qué se indignaba, se rebelaba, como si de aconsejar que se entregara el horno alto a aquel hombre hubiera cometido una mala acción, que sería un remordimiento? Y ello era que no se le ocurría ninguna razón plausible que le autorizase para aconsejar lo contrario. Y acabó por responder:

–Ciertamente, todo eso que usted me dice, está muy bien, y no puedo menos que aprobarlo. Con todo, reflexione, reflexione usted más.

Hasta entonces Soeurette había escuchado muy atenta, sin intervenir. Parecía participar del sordo malestar de Lucas; le echaba una mirada de cuando en cuando, esperando, inquieta, lo que iba a decidir.

–Hay algo más que el horno alto –dijo por fin–; hay la mina, todos esos inmensos terrenos pedregosos que la acompañan y que no cabe separar, me parece.

Su hermano hizo un gesto de impaciencia, deseoso como estaba de verse libre, pronto y de un golpe.

–Delaveau llevará también los terrenos, si los desea. ¿Qué quieres que hagamos de ellos? rocas peladas, calcinadas, donde ni las zarzas quieren salir. Todo eso no vale nada, puesto que ahora ya no es explotable.

–¿Es seguro que no lo es? –insistió la hermana–. Recuerdo, señor Froment, que me contó usted un día, que en el Este se había llegado a explotar minerales muy defectuosos, gracias a un procedimiento químico... ¿Por qué no se ha ensayado todavía ese procedimiento allá arriba, en lo nuestro?

Otra vez Jordan levantó desesperadamente los brazos al cielo.

–¿Por qué, por qué? hija mía. Porque Laroche era incapaz de una iniciativa; porque yo mismo no he tenido tiempo de ocuparme de eso; porque las cosas iban de cierta manera y no pueden ir de otra. Ahí tienes; si vendo es justamente por no oír hablar más de eso, porque es absolutamente imposible que yo dirija el negocio, ¡me pone malo!

Se había puesto en pie, y la hermana calló, viéndolo tan agitado, temerosa de verlo febril.

–Hay momentos –continuó él–, en que me entran ganas de llamar a Delaveau para que cargue con todo, aunque no me pague nada. Lo mismo que esos hornos eléctricos, cuya solución busco con tanto afán; jamás he querido ponerlos yo mismo por obra, acuñar oro con ellos; porque el día que los haya descubierto los entregaré a todos, para prosperidad y dicha de todos. En fin es cosa convenida; ya que nuestro amigo considera mi proyecto razonable, mañana estudiaremos juntos la cesión, y acabaré de una vez.

Luego, como Lucas no respondía, por aquella repugnancia, y deseoso de no comprometerse más, volvió Jordan a excitarse, y le propuso subir un instante a ver el horno alto, porque quería saber por sí mismo cómo se había portado durante aquellos tres días de ausencia.

–Estoy algo inquieto; hace una semana que murió Laroche, y no le he reemplazado; he dejado a mi maestro fundidor, Morfain, dirigir el trabajo. Es un hombre admirable; ha nacido allá arriba; ha crecido entre el fuego. Pero así y todo, la responsabilidad es pesada para un simple obrero como él.

Temerosa, Soeurette, quiso intervenir, suplicando:

–Pero Marcial, acabas de llegar, estás fatigado y quieres salir así, a las diez de la noche.

Otra vez muy cariñoso, le abrazó diciendo:

–Deja chiquilla, no te atormentes; ya sabes que nunca hago más de lo que puedo; te aseguro que dormiré mejor, si cumplo mi deseo. La noche no está fría y llevaré el abrigo de pieles. Ella misma le ató un gran pañuelo al cuello y le acompañó hasta lo último de la escalinata para convencerse de que en efecto la noche estaba deliciosa; un sueño tranquilo de los árboles, de las aguas y de los campos, bajo un cielo de terciopelo oscuro, tachonado de estrellas.

–Señor Froment, ya sabe que a usted se lo confío, no le deje tardar mucho.

Lucas y Jordan, por detrás de la casa, empezaron enseguida a subir por la estrecha escalera, labrada en piedra, que subía a la meseta de roca sobre la cual estaba



construido el horno alto, a media ladera del gran declive de los Montes Bleuses; se subía entre los pinos y plantas trepadoras: un verdadero laberinto, que encantaba. Levantando la cabeza, a cada recodo del sendero, se distinguía la masa negra del horno alto destacándose cada vez más neta en la noche azul, con los extraños perfiles de los órganos mecánicos agrupados alrededor del hogar central.

Jordan iba delante a paso ligero y menudo, y al llegar a la meseta, se detuvo ante un montón de rocas, donde brillaba una lucecita como una estrella.

–Espere usted –dijo–, voy a saber si Morfain no está en casa.

–Pero, ¿dónde está la casa? –preguntó Lucas asombrado.

–Pues allí, en esas antiguas grutas que ha transformado en una especie de vivienda, donde se empeña en vivir, con su hijo y su hija, a pesar de habersele ofrecido una casita más habitable.

En la garganta de Brias, todo un pueblo miserable ocupaba agujeros parecidos. En cuanto a Morfain, seguía allí por gusto, pues allí había nacido cuarenta años antes, y allí estaba al lado de su trabajo, casi pegado a aquel horno alto, que era su vida, su cárcel y su imperio. Por lo demás, en su instalación prehistórica como troglodita civilizado, había

acabado por introducir algunas comodidades, un sólido muro que cerraba las dos grutas, una puerta sencilla y ventanas con vidrios pequeños en las aberturas. En el interior había tres piezas, la alcoba del padre y del hijo, la de la hija y la sala de uso común que era comedor, cocina, taller. Las tres estaban muy limpias, con sus paredes y bóveda de piedra, guarnecidas con muebles sólidos, labrados a hachazos.

Como Jordan había dicho, los Morfain eran, de padres a hijos, maestros fundidores en la Crécherie. El abuelo había ayudado a la fundación, el nieto vigilaba todavía las sangrías, después de ochenta años de reinado no interrumpido; y esto le daba cierta altivez y también un título irrecusable de nobleza. Cuatro años hacía que había muerto su mujer, dejándole un muchacho de dieciséis años, y una niña de catorce; el chico había entrado desde luego a trabajar en el horno alto; la muchacha cuidaba de padre e hijo, cocinando, barriendo, como buena ama de su casa. Y así seguían las cosas, la chica ya tenía dieciocho años, su hermano veinte y el padre miraba tranquilo como su raza continuaba su labor, esperando transmitir a su hijo el horno alto, como su padre se la había transmitido a él.

–¡Ah! ¿está usted ahí Morfain? –dijo Jordan, después de empujar la puerta cerrada con un simple picaporte–. Estoy de vuelta y he querido enterarme de lo que haya.

Con voz gruesa, lenta, Morfain respondió:

–Hemos tenido un contratiempo, señor Jordan. Mas espero que pronto podremos estar tranquilos.

Se había levantado, como también su hijo, y estaba en medio de los dos hermanos, gigantes los tres, tan fuertes, tan altos, que casi tocaban con la frente la bóveda, baja, la piedra tosca y ahumada que servía de techo a la estancia. Semejaban tres aparecidos de lejanas épocas, una familia entera de rudos trabajadores, cuyo esfuerzo secular, a través de las edades, había domado la naturaleza.

Lucas, sorprendido, miraba a Morfain, un coloso, uno de los Vulcanos de otros días, vencedores del fuego. La cabeza enorme, ancha la faz, que el fuego había enrojecido y resquebrajado; frente abultada, nariz aguileña y ojos como brasas, entre mejillas que parecían devastadas por la lava. La boca hinchada, torcida, de un rojo leonado de quemadura. Y manos, que tenían el color y la fuerza de dos tenazas de viejo acero. Después, Lucas miraba al hijo, Petit-Da, como le llamaban, con un mote que le había quedado, porque cuando niño pronunciaba mal ciertas palabras. Por aquel tiempo, por poco deja un día sus menudos dedos en una barra de fundición, apenas enfriada. Era otro coloso, casi tan gigantesco como su padre, del cual tenía la faz cuadrada, la nariz soberana, entre ojos que echaban llamas; pero estaba menos endurecido, menos castigado por el fuego; y sabía leer, lo cual suavizaba e iluminaba sus facciones, con un nuevo pensamiento.

Después, Lucas miraba a la hija Azulina, a quien el padre, con ternura, siempre había llamado así, por lo azules que eran sus ojos de diosa rubia; de un azul claro, infinito, tal, que en su rostro no se veía más que aquel azul de cielo sin límites. Una diosa, de gran estatura, de una belleza magnífica y sencilla, la más hermosa, la más callada, la más salvaje del país; pero aquella salvajez, sin embargo, soñaba, leyendo libros, viendo venir a lo lejos cosas que su padre no había visto jamás; cuya esperanza, no confesada, la estremecía. Maravillábase Lucas ante aquellos tres héroes, aquella familia en que veía el largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha, el orgullo del esfuerzo doloroso, sin cesar renovado, la antigua nobleza del trabajo mortífero. Jordan, a todo esto, había vuelto a alarmarse.

–¡Un contratiempo, Morfain! ¿qué ha sucedido?

–Sí, señor Jordan; una de las toberas se había atascado. Durante dos días, bien creí que íbamos a tener una desgracia; y no he dormido, por el disgusto de que semejante cosa me sucediera a mí en ausencia de usted... Pero lo mejor es ir a verlo, si tiene usted tiempo; justamente se va a colar ahora mismo.

Los dos trabajadores acabaron la sopa, en pie, a grandes cucharadas, mientras la joven limpiaba ya la mesa. Hablaban poco unos con otros; se comprendían con un gesto, con una mirada. Sin embargo, el padre dijo a Azulina, con voz ruda, suavizada por el cariño.

–Puedes apagar, y no nos esperes, porque dormiremos allá.

Lucas, que se volvió, mientras Morfain y Petit–Da acompañaban a Jordan, distinguió a lo lejos, en la clara noche, a Azulina en pie, en el umbral del bárbaro albergue, grande y soberbia, como una enamorada de los tiempos remotos, con sus grandes ojos azules, perdidos en el ensueño.

Pronto se irguió ante ellos la masa negra del horno alto. Era de modelo antiguo, pesado y rechoncho, apenas de quince metros de altura. Pero poco a poco, se le había rodeado de órganos nuevos, que ya parecían como una aldehuela en torno suyo. Construido recientemente, el edificio en que se hacía la colada, con el piso de arena fina, era de elegante ligereza, con armazón de hierro cubierto de tejas. A la izquierda, bajo un cobertizo, con vidrieras, estaban los fuelles, la máquina de vapor, que insuflaba el aire; a la derecha, se veían los dos grupos de grandes cilindros, aquellos en que el gas de la combustión venía a dejar el polvo, y los otros que servían para calentar el aire frío, que soplaba la máquina, a fin de que llegase ardiente al horno alto, para activar la fundición. Había, además, recipientes de agua, toda una tubería que alimentaba una continua corriente, aplicada a las paredes de ladrillo, que las refrescaba y disminuía el efecto de la terrible hoguera interior. De este modo, el monstruo desaparecía bajo los

complicados edificios auxiliares; un amontonamiento de construcciones, una multitud de depósitos de palastro, una confusión de gruesos tubos metálicos, todo lo cual, en su extraordinario conjunto, sobre todo de noche, aparecía con monstruosos perfiles, extrañamente fantásticos. Arriba, se distinguía en el mismo flanco de la roca el viaducto por donde se conducían los vagones del mineral y del combustible al nivel del tragante del horno. Debajo, la cuba levantaba su cono negro, y había después, desde el vientre hasta la parte interior de los atalajes, una fuerte armadura de agua y a las cuatro toberas; luego en lo más bajo, ya no había más que el crisol, con la piquera, cerrado con un tapón de tierra refractaria. ¡Gigantesco animal de forma pavorosa, cuya digestión devoraba piedras, y producía metal en fusión!

Ni un ruido, nada de claridad; aquella digestión formidable era muda y negra. Sólo se oía un murmullo de arroyo, causado por las continuas gotas de agua que caían de las paredes de ladrillo; sólo a alguna distancia la máquina sopladora roncaba sin tregua. Y por todo alumbrado, tres o cuatro faroles brillaban nada más en la noche, que hacían más oscuras las sombras de las enormes construcciones; sólo se distinguían formas pálidas, los ocho obreros fundidores del relevo nocturno, vagando, en espera de la sangría. Arriba, sobre la plataforma del tragante, no se veía siquiera a los cargadores, que, en silencio, obedecían a señales que hacían desde abajo, vertiendo en el horno

determinadas cantidades de mineral y de carbón. Ni un grito, ni una llamada, una oscura y muda tarea, algo desmesurada y salvaje, que se cumplía entre tinieblas, el parto secular y laborioso de la humanidad, preñada del porvenir. En tanto, disgustado por las malas noticias, Jordan, a quien había alcanzado Lucas, volvía a sus sueños, mostrándole con un ademán el montón de las construcciones.

–Mire usted eso, amigo mío; ¿no tengo razón, queriendo arrasarlo todo, y tan limpios, tan sencillos, tan fáciles de manejar?.. Desde el día en que los primeros hombres cavaron un agujero en la tierra, para fundir allí el mineral, mezclándolo con ramas de árboles que quemaban, la fundición de los metales apenas ha cambiado. Siempre el mismo método infantil y primitivo; nuestros hornos altos, no son más que los agujeros prehistóricos, convertidos en columnas huecas, agrandados según las necesidades, y en los cuales continúa arrojándose, revueltos, el metal y el combustible, que arden juntos. Parece esto el cuerpo inmenso de un animal del infierno, al que sin cesar se le echa este alimento de hulla y de óxido de hierro, para que lo digiera, en un huracán de fuego, y después lo devuelva, hecho metal fundido, por abajo, mientras que los gases, el polvo, las escorias de todas clases, salen por otra parte. Y note usted que toda la operación está en eso, en ese lento descenso de las materias digeridas, en esa digestión total, pues todas las mejoras realizadas no han tenido por objeto

hasta hora más que facilitar esa digestión; así, en otro tiempo, no se insuflaba aire, y la fusión era más lenta y más defectuosa. Después se sopló con aire frío; luego, se notó que los resultados eran mejores cuando el aire estaba caliente. Por último, se ideó emplear el mismo horno alto para calentar el aire que se le insuflaba; los gases, que hasta entonces ardían en el tragante, en un penacho de llamas. Y de esa suerte, el horno alto primitivo se ha complicado con tantos órganos exteriores: la máquina sopladora, los depósitos en que se depuran los gases, los cilindros en que éstos vienen a calentar el aire al pasar: sin contar todos esos canales aéreos, que envuelven el horno como las mallas de una red. Pero por más que se le perfeccione, sigue siendo infantil a pesar de sus dimensiones gigantescas; sólo se ha conseguido hacer sus funciones más delicadas, originando así continuas crisis. ¡Ah! no puede usted figurarse las enfermedades del monstruo. No hay chiquillo enfermizo que cause a su familia tan mortales inquietudes, por las digestiones de cada día, como las que nos produce este coloso. Seis cargadores arriba, ocho fundidores abajo, maestros y un ingeniero están ahí sin cesar, día y noche, en dos relevos, atareados con los alimentos que se le dan, con las materias que devuelve, llenos de temor, a los menores desarreglos de su cuerpo, cuando la sangría no es satisfactoria. Va a hacer cinco años que esto está encendido, sin que el fuego interior haya, ni un solo minuto, detenido su trabajo; y todavía puede arder otros cinco años, antes que se le apague, para hacer reparaciones. Si se tiembla por



él, si hay que vigilar su marcha normal con tanto cuidado, es por la eterna amenaza de que se apague por sí mismo, por alguna catástrofe de sus entrañas, cuya gravedad no se hubiera previsto; y para él el apagarse es la muerte. ¡Ah! ¡mis pequeños hornos eléctricos, que podrán guiar chiquillos! ¡Esos no turbarán el sueño a nadie, serán tan sanos, tan activos, tan dóciles!

Lucas no pudo menos de reír, al ver el tierno apasionamiento de Jordan por sus investigaciones de sabio. Morfain, seguido de Petit-Da, se les había acercado y les indicaba, a la pálida luz de un farol, uno de los cuatro conductos de fundición que a tres metros de altura hacían un recodo y penetraban en los costados del coloso.

–Vea usted, señor Jordan, esta es la tobera que se había atascado; y la desgracia quiso que yo hubiera ido a acostarme; de modo que no noté nada hasta el día siguiente... Como no llegaba aire, se produjo un enfriamiento, un bloque entero ha debido de cuajarse, y ha habido una acumulación de materias, que han hecho un lobo. No bajaba nada, y no pude notarlo, hasta el momento de la sangría, al ver que las escorias salían en una gacha espesa, ya negra. Comprenderá usted mi miedo, pues me acordaba de nuestra desgracia de hace diez años, cuando hubo que demoler una esquina entera del horno, después de una aventura semejante.

Jamás había hablado tanto. Temblaba su voz al recuerdo del antiguo contratiempo, pues no hay enfermedad más terrible que estos enfriamientos, que dejan el carbón apagarse, que solidifican el mineral en una roca compacta. El caso es mortal, cuando no se consigue reanimar la hoguera; por momentos toda la masa se enfría y acaba por formar un solo cuerpo con el mismo horno, y entonces no hay más recurso que demolerlo, derribarlo como un viejo torreón lleno de piedras, en adelante inútil.

–¿Y qué ha hecho usted? –preguntó Jordan.

Pero Morfain no respondió inmediatamente. Había llegado a enamorarse del monstruo, cuyas sangrías de lava ardiente hacía treinta años que le quemaban el rostro. Adoraba a un gigante, a un señor, encorvado bajo la dura tiranía del culto que había tenido que prestarle, desde que era hombre, para comer el pan de cada día. Apenas sabía leer, a su espíritu no había llegado el nuevo aliento de protesta: él no se rebelaba, aceptaba la dura servidumbre, ponía su vanidad en sus brazos robustos, en aquel combate de todas las horas, con la llama, en su fidelidad al coloso en cuclillas, cuyas digestiones cuidaba, sin haberse declarado jamás en huelga. Su pasión había llegado a ser su dios bárbaro y terrible; había en su fe cierta sorda ternura; y todavía temblaba, pensando en el peligro de que acababa de sacarle, por un esfuerzo de abnegación extraordinario.

–¿Lo que he hecho? –dijo, por fin–. He comenzado por triplicar las cargas de carbón; luego, he hecho desatascar la tobera, con ayuda de una maniobra de los fuelles, que el señor Laroche empleaba a veces. Pero el caso era ya muy grave, y he tenido que desmontar la tobera, y habérmelas con el atasco a fuerza de espetones. ¡Ah!, la cosa no ha sido fácil, nos ha costado un poco de carne. De todos modos, el aire acabó por pasar, y ya me vi más contento cuando, en las escorias de la mañana, he encontrado restos de mineral, porque he comprendido que el cuesco había debido de deshacerse, arrastrando consigo el lobo formado. Ahora todo ha vuelto a revivir; pronto seguirá su curso ordinario el trabajo. Pero además, pronto lo vamos a saber; la sangría nos va a decir lo que hemos adelantado.

Y, aunque rendido por discurso tan largo, añadió, en un tono más bajo:

–Creo, señor Jordan, que hubiera subido allá arriba, para arrojarme por el tragante, si no hubiera tenido esta noche mejores noticias que dar a usted. yo no soy más que un obrero, un maestro fundidor, en quien usted ha tenido bastante confianza para entregarle el puesto de un señor, ¡de un ingeniero! ¡Y hubiera estado bueno que hubiera dejado apagarse el horno, para decirle a usted a la vuelta: esto se ha muerto! ¡No, hubiera yo muerto con él! Las dos últimas noches no me he acostado, he estado ahí velando, como recuerdo haberlo hecho junto a mi pobre mujer,

cuando la perdí. Y ahora ya puedo decirlo, la sopa que usted me ha visto comiendo es la primera que trago en cuarenta y ocho horas, porque tenía el estómago cerrado con un tapón, como el horno... Estas son disculpas; sólo deseo que sepa usted hasta qué punto estoy contento de no haber hecho traición a su confianza.

Casi lloraba aquel mocetón endurecido por el fuego, con miembros de acero viejo, y Jordan le estrechó ambas manos afectuosamente.

–Ya sé que es usted un valiente, amigo Morfain, y que si hubiera habido un desastre hubiera usted luchado hasta el fin.

Petit–Da, de pie en la sombra, había escuchado sin interrumpir, ni con una palabra, ni con un gesto. No se movió hasta que su padre le hubo dado una orden relativa a la sangría. En todo el día, había cinco sangrías, de cinco en cinco horas, aproximadamente. La marcha regular podía ser hasta de ochenta toneladas al día, pero en aquel momento no pasaba de cincuenta, lo que todavía daba sangrías de diez toneladas. Silenciosamente, a la débil luz de los faroles, se acababan de hacer los preparativos; se habían abierto en la fina arena regueras y los huecos de los moldes en el gran taller. Ya no había que hacer más que evacuar las escorias; y sólo se veían las sombras de los obreros fundidores, que pasaban lentamente, de vez en cuando, activos sin apresurarse, en aquella labor oscura, que no se comprendía;

y en tanto, todo callaba en las entrañas del dios en cucullas; de su vientre abrasado no salía ni un murmullo; sólo el ruido de arroyo, producido por las gotas de agua que le caían por los lados.

–Señor Jordan –preguntó Morfain–, ¿quiere usted ver correr las escorias?

Jordan y Lucas lo siguieron a corta distancia, a un montículo de residuos amontonados. La piquera estaba en el costero derecho del horno alto; y por encima de la llama se escapaban las escorias, en una ola brillante, como si allí se hubiera espumado toda la caldera del metal en fusión. Era una gacha espesa, que corría lentamente, que iba a caer en vagonetas de palastro, semejante a una lava de color de sol, que de repente se oscurecía.

–El color es bueno, ya lo ve usted, señor Jordan –añadió Morfain, alegre–. ¡Oh!, nos hemos salvado, no hay duda. Van ustedes a ver, van ustedes a ver.

Y los llevó delante del horno alto, al taller de la colada, entre las vagas tinieblas, que los faroles apenas vencían. Petit-Da acababa de hundir un espetón, de un solo golpe de sus brazos de coloso joven, en el tapón de tierra refractaria, que cerraba la piquera, y ocho hombres de la cuadrilla, con ayuda de una maza, golpeaban a compás sobre el espetón para clavarle; apenas se distinguían sus perfiles negros, pero se oían los golpes sordos de la maza. Luego, bruscamente,

brilló una estrella deslumbradora, una estrecha abertura que mostraba el incendio de dentro. Pero no venía nada todavía, mas que un hilo delgado, de astro líquido. Fue necesario que Petit-Da cogiese otro espetón, le hundiese y le diera vueltas con hercúleo esfuerzo para ensanchar el agujero. Entonces fue la erupción, la ola salió en un chorro tumultuoso, corrió por el reguero de arena, arroyo de metal en fusión, y fue a esparcirse y llenar los moldes, extendiéndose en charcos ardientes, cuyo brillo y calor quemaban los ojos. Y de aquel surco, de aquellos campos de fuego, salía sin cesar el fruto de chispas azules de una ligereza delicada, cohetes de oro, de una deliciosa finura, toda una floración de azulejos del campo entre espigas de oro. Cuando se encontraba un obstáculo de arena húmeda, se duplicaban los cohetes y las chispas, que subían muy altos, en un ramillete de resplandores. De repente, como si saliera un sol milagroso, había brotado una intensa luz de aurora dilatándose, iluminando el horno alto con una cruda luz, llenando de sol el interior de la techumbre, las armaduras de hierro y los tirantes, cuyas aristas más delgadas se distinguieron; todo brotó de la sombra, con extraordinario poder de evocación, las construcciones próximas, los diversos órganos del monstruo, los obreros del relevo nocturno, tan fantásticos hasta entonces, bruscamente reales ahora, dibujados con trazo enérgico, inolvidable, tal como oscuros héroes del trabajo, rodeados de repente de una aureola. Y el resplandor no se detenía allí, la claridad de aurora invadía las cercanías, sacaba de las

tinieblas la falda de los Montes Bleuses, y mandaba sus reflejos hasta los tejados adormecidos de Beauclair, y se perdía en la lontananza, en la inmensa llanura de la Rumaña.

–Soberbia sangría es ésta –dijo Jordan, que estudiaba su calidad por el color y por lo límpido del chorro.

Morfain gozaba del triunfo modestamente.

–Sí, señor Jordan, sí; el resultado es bueno, como se podía esperar. De todas maneras, me alegro de que haya venido usted a verlo. Ya no estará usted inquieto.

Lucas también mostraba interés por la operación. El calor era tan grande que sentía el escozor a través de la ropa. Poco a poco, todos los moldes se habían llenado, la arena fría del taller se había trocado en una charca incandescente, y después de coladas las diez toneladas de metal, todavía salió por la piquera, como tormenta final, un golpe enorme de llamas y de chispas: era que la máquina sopladora acababa de vaciar el crisol, y el viento pasaba libremente, en ráfaga infernal. Pero ya se enfriaban los lingotes, la deslumbradora luz blanca pasaba al color rosa, al rojo y después al pardo. Habían cesado las chispas; el campo de azulejos y espiras de oro estaba segado. Y rápidamente volvió a caer la sombra, las tinieblas inundaron el taller, el horno alto, las construcciones cercanas, mientras los faroles parecía que volvían a encender sus pálidas estrellas. Ya no se distinguió más que un grupo de obreros moviéndose

vagamente. Petit-Da, ayudado de dos compañeros, volvía a cerrar la piqueta con un nuevo tapón de tierra refractaria, mientras callaba la máquina sopladora, que se acababa de parar, para que fuera posible este trabajo.

–Y diga usted, Morfain, ¿no vuelve usted a casa a dormir?, supongo que sí.

–Ca, no, señor; esta noche todavía me quedo aquí.

–¡Cómo! ¿Va usted a velar? ¡La tercer noche en blanco!

–No, hay una cama de campaña ahí, en el puesto de vigilancia, y se duerme en ella muy bien; nos relevaremos mi hijo y yo, cada dos horas de guardia.

–Pero es inútil, puesto que todo va muy bien... Vamos, Morfain, sea usted razonable y vaya a acostarse en su cama.

–No, señor Jordan, no; déjeme usted obrar a mi gusto. Ya no hay peligro, pero prefiero verlo por mí mismo, hasta mañana. Es un antojo.

Jordan y Lucas tuvieron que dejarle allí, después de estrecharle la mano. Lucas iba conmovido, llevaba la impresión de un tipo noble, elevado; toda la historia del trabajo doloroso y dócil, toda la nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad, al llegar al descanso, a la dicha, comenzaba en los antiguos Vulcanos, que habían domado el fuego en los tiempos heroicos que recordaba Jordan,



cuando los primeros fundidores reducían el mineral en un agujero cavado en tierra, donde quemaban leña. Aquel día, el día en que el hombre conquistó el hierro y lo labró, se hizo el dueño del mundo, empezó la era civilizada. Morfain, viviendo en el hueco de una roca, entregado al trabajo y al orgullo de su esfuerzo, se ofrecía a Lucas como el descendiente inmediato de aquellos obreros primitivos, cuyo lejano atavismo se encontraba en él, silencioso, resignado, sacrificando sus músculos sin una queja, como en la aurora de las sociedades humanas. ¡Qué de sudor vertido! ¡Qué de brazos cansados, quebrantados durante tantos siglos! Y nada cambiaba, el fuego conquistado seguía teniendo sus víctimas, sus esclavos que lo alimentaban, que se quemaban la piel para seguir domándolo, mientras los privilegiados de este mundo vivían en la pereza, en frescas moradas. Morfain, como héroe legendario, no parecía siquiera darse cuenta de la iniquidad monstruosa; ignoraba que había rebeldes, que surgía la tormenta, siempre impasible, en su puesto mortífero, donde habían muerto sus padres, donde moriría él también, consumido, holocausto social de una oscura grandeza. Y luego, Lucas evocaba otra figura, la de Bonnaire, el otro héroe del trabajo, en lucha con los opresores, los explotadores, para que la justicia reinase, sacrificándose por la causa de los compañeros, hasta quedarse sin pan. Toda esta carne de sufrimiento, ¿no había gemido bastante bajo la carga, no había llegado la hora de la emancipación del esclavo, admirable en su esfuerzo, al fin

ciudadano libre de una sociedad fraternal, donde la paz nacería del justo reparto del trabajo y de la riqueza?

Jordan, al bajar la escalera labrada en la peña, se había detenido en la choza de un guardia nocturno, para dar una orden, y allí Lucas vio algo muy singular, que aumentó su emoción. Detrás de las matas, entre rocas desgajadas, distinguió claramente una pareja, dos sombras que pasaron cogidas de la cintura, confundidos los labios en un beso. Reconoció a la joven, alta, rubia, magnífica, Azulina con sus ojos azules, que le llenaban el rostro. Y el mozo era seguramente Aquiles Gourier, el hijo del alcalde, el hermoso y arrogante mancebo, cuya actitud había notado en la Guerdache; lleno de desprecio para una burguesía en descomposición, siendo él uno de sus hijos sublevados. Siempre de caza, siempre de pesca, pasaba las vacaciones por los senderos escarpados de los Montes Bleuses, a lo largo de los torrentes, en el fondo de los pinares. Sin duda se había enamorado de la joven salvaje, tan hermosa, que rondaban en vano tantos amadores; y ella debía de haberse dejado vencer por la llegada de este príncipe encantado que le traía el más allá, el ensueño delicioso del mañana, a la aspereza de su desierto. ¡Mañana, mañana! ¿No era el mañana lo que surgía en los grandes ojos azules de Azulina, cuando soñaba despierta, en el umbral de su cueva, perdidas a lo lejos las miradas? Su padre y su hermano velaban allá arriba, y ella se escapaba, por entre las escarpadas pendientes; y el mañana era para ella aquel

mozo bizarro, amable, aquel hijo de un señor que le hablaba cortésmente, como a una dama, jurando amarla siempre. Lucas, impresionado, sintió al principio cierta desazón, pensando en la pena del padre si sabía la aventura. Después, su corazón se llenó de ternura, un soplo de esperanza, como una caricia, llegó a él de aquel amor libre, tan dulce; ¿no era el mañana más feliz lo que preparaban aquellos dos hijos de clases diferentes, acariciándose, besándose, y engendrando la justa ciudad futura?

Abajo, ya en el parque, cuando Lucas se despidió de Jordan, conversaron todavía.

–¿Por lo menos no habrá usted tenido frío? No me lo perdonaría nunca su hermana.

–No, no; me siento muy bien, me voy a acostar muy contento, pues mi resolución es formal; voy a librarme de una explotación que no me interesa, origen para mí de disgustos.

Lucas calló un instante, volviendo a sentir, de pronto, un malestar, como si aquella decisión le hubiese consternado. Y al dejar a su amigo, estrechándole por última vez la mano, le dijo:

–Espere usted, sin embargo; déjeme usted el día para reflexionar, y mañana de noche volveremos a hablar y se decidirá usted.

Lucas no se acostó inmediatamente. Ocupaba en el pabellón, edificado un tiempo por el abuelo materno de Jordan, el doctor Michon, la vasta estancia en que éste había vivido los últimos días de su vida, en medio de sus libros; en aquellos tres días se había aficionado al olor de trabajo que allí se respiraba, a la paz profunda y honrada sencillez de tal ambiente. Pero aquella noche, con la fiebre de duda en que se encontraba, se sintió sofocado al entrar, abrió de par en par una ventana y se apoyó en ella para calmarse un poco antes de acostarse. Daba la ventana al camino que va de la Crécherie a Beauclair; en frente, se extendían campos incultos, sembrados de rocas; y más allá, se distinguía el montón confuso de los tejados de la ciudad dormida.

Durante algunos minutos, Lucas respiró a sus anchas los soplos de aire que venían de los campos sin límites de la Rumaña. La noche seguía húmeda y templada, una claridad azul caía del cielo estrellado, velado ligeramente por la bruma; oyó al principio, distraído, los ruidos lejanos, como temblores de las tinieblas, después reconoció los golpes sordos y rítmicos de los martillos del Abismo, la fragua del cíclope, donde noche y día resonaba el acero. Levantó los ojos, buscó el horno alto de la Crécherie mudo y negro, sumergido en la barra de tinta que el promontorio de los Montes Bleuses señalaba en el cielo. Bajando la mirada, volviola hacia los amontonados tejados de la ciudad, cuyo pesado sueño parecía mecido por el cadencioso sacudimiento de los martillos, semejante, a lo lejos, a la

respiración oprimida y rápida de un trabajador gigante, algún Prometeo dolorido, encadenado al trabajo eterno. Creció con esto su malestar, la fiebre no se calmaba; personas y cosas, de aquellos tres últimos días surgían como una muchedumbre en su memoria, desfilaban en trágico tropel, cuyo sentido hubiera deseado fijar. Y le atormentaban con el problema que a cada momento le preocupaba más, y que ya no le dejaría dormir, mientras no diera con la solución.

En esto, creyó oír debajo de la ventana, al otro lado del camino, entre la maleza y las rocas, otro ruido, tan ligero, tan suave, que no pudo definirlo; ¿era el aleteo de un ave, el zumbar de un insecto entre las hojas? Miró, y no vió más que la ola de la oscuridad infinita. Sin duda se había equivocado. Volvió el ruido, más próximo; con interés, con una emoción singular, que él mismo extrañaba, se esforzó, procurando atravesar con la mirada las tinieblas, y acabó por distinguir una forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las puntas de las hierbas. No se explicaba su naturaleza, creía que era una ilusión; cuando, de un salto de cabra montés, una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete pequeño, con tal destreza, que le dio en el rostro, como una caricia; era un ramo pequeño de claveles silvestres, acabados de coger entre las rocas, y de olor tan fuerte, que se sintió perfumado por ellos.

¡Josina! adivinó a Josina, la reconoció en esta nueva manera con que su corazón le daba las gracias, en aquel rasgo adorable de gratitud infinita. Era aquello exquisito, en tal oscuridad, a tales horas, y sin que él se explicase cómo estaba allí, si había espiado su vuelta, de qué modo había podido escapar y venir, tal vez porque Ragú pertenecía a un relevo de noche. Ya, sin una palabra, no habiendo querido más que rendirse con aquellas flores, poco delicadas, con tanta gracia arrojadas, huía la joven y se perdía en las tinieblas del páramo inculto; y notó Lucas entonces otra sombra muy pequeña, Natet de seguro, que corría detrás. Desaparecieron, y otra vez volvió a oír no más que los martillos del Abismo, a lo lejos, golpeando acompasados. Su tormento no había concluido, pero su corazón acababa de sentirse reanimado con una fuerza invencible. Olió con delicia el ramillete. ¡Oh bondad, que es lazo fraternal!, ternura que da la dicha, amor que salvará y reformará el mundo.

## CAPÍTULO V

LUCAS se acostó, apagó la luz, esperando que la fatiga de cuerpo y de espíritu, que le tenía quebrantado, le dejaría dormirse pronto, en un sueño tranquilo que le calmara la fiebre. Pero en el silencio, en la oscuridad de la vasta habitación, no pudo cerrar los párpados, sus ojos se mantenían muy abiertos en las tinieblas, un insomnio terrible le abrasaba, presa de la idea obstinada, devoradora.

Se le apareció Josina, renaciendo sin cesar, volviendo en el aire ligero con su rostro infantil, de tan doloroso encanto. Volvió a verla llorosa, hambrienta, aterrorizada, esperando a la puerta del Abismo; la vio en la taberna, arrojada de allí por Ragú, con tan violentos ademanes, que la sangre corría por su mano mutilada; la vio sobre el banco, cerca del Mionna, abandonada en una noche trágica, no restándole más que la definitiva caída en el lodo, satisfaciendo el hambre como pobre bestia errante.

Y en aquel momento, después de tres días de inesperada información, casi inconsciente, que el destino le había llevado a ejecutar, todo aquello que había visto del trabajo, injustamente distribuido, despreciado como una vergüenza social, concluyendo en la miseria atroz del mayor número, se resumía para él en el caso horrible de la pobre niña que trastornaba su corazón.

Entonces, las visiones surgieron como una multitud, atropellándose, torturándole con su continua presencia. Era el terror que soplaba, a través de las calles negras de Beauclair, pisoteadas por el oleaje de los miserables desheredados, que sordamente soñaban venganza. Era, en casa de Bonnaire, la revolución razonada, fatal, en tanto que la suspensión del trabajo oprimía los vientres, entregaba al río. Era, en la Guerdache, la insolencia del lujo corruptor, el goce ponzoñoso que acababa de destruir la clase privilegiada, el puñado de burgueses, hartos de pereza, ahítos, hasta la sofocación, de las riquezas inicuas que robaban a la labor y a las lágrimas de la inmensa mayoría de los operarios. Era también, en la Crécherie, en el horno alto, de una nobleza salvaje, en que ni un solo obrero se quejaba, el prolongado esfuerzo humano, como herido de muerte por el anatema, inmovilizado en su eterno dolor, sin la esperanza de la emancipación total de la raza, libertad al fin de la esclavitud y legando por fin a la ciudad de la justicia y de la paz.



Y había visto, había oído a Beauclair crujiendo por todas partes, porque la lucha fratricida no era sólo entre las clases; el fermento destructor había llegado a las familias, pasaba un viento de locura y de odio que llevaba la rabia a los corazones. Monstruosos dramas manchaban los hogares, volcando en la cloaca padres, madres, hijos. Se mentía, se robaba, se mataba. Al extremo de la miseria y del hambre, estaba forzosamente el crimen, la mujer que se vendía, el hombre que se entregaba al alcohol, la bestia exasperada revolcándose, coceando para satisfacer el vicio.

Muchas, muchas señales espantosas anunciaban la inevitable catástrofe próxima, la vieja andamiada iba a hundirse en lodo y en sangre.

Entonces, espantado ante estas visiones de vergüenza y de castigo, llorando con toda la ternura humana que se quejaba dentro de él, Lucas vio volver del fondo de las espesas tinieblas el pálido fantasma de Josina, con su dulce sonrisa, tendiéndole los brazos con llamada seductora. Y ya no hubo más que ella; sobre ella iba a desplomarse el edificio carcomido, consumido por la lepra. La niña obrera, débil, se convertía en la víctima única, con la mano herida; y moría de hambre, la prostitución la hacía rodar a la cloaca, y encarnaba así la miseria de la vida sometida al salario, en una lastimosa figura, cuyo encanto era una obsesión para Lucas. Sufría él ya, con lo que ella debía de sufrir, necesitaba salvarla en su sueño loco de salvar a Beauclair. Si alguna

potencia sobrehumana le hubiese dado un inmenso poder, hubiera hecho de la ciudad podrida de egoísmo un pueblo dichoso, en vida solitaria, para que ella, Josina, fuese allí feliz. Bien comprendió Lucas entonces que aquella fantasía era en él cosa antigua, que siempre había soñado de aquel modo desde que vivía en París, en un barrio pobre, entre los héroes oscuros y las dolientes víctimas del trabajo. Era como la inquietud interior de un porvenir que no sabía precisar, de una misión cuya preñez sentía; luego bruscamente, en la confusión en que luchaba todavía, le pareció el momento decisivo. Josina moría de hambre, Josina sollozaba y esto no podía tolerarse por más tiempo. Había que obrar por fin, tenía que ir derecho en socorro de tanta miseria y de tanto sufrimiento, para que la iniquidad cesara.

En esto Lucas, rendido por el cansancio, acabó por adormecerse. Pero de repente creyó oír voces que le llamaban, y despertó sobresaltado. ¿No eran lamentos lejanos, no había oído a los miserables en peligro de muerte pedir socorro? Se incorporó, con oído atento, para no oír más que el vibrar de la sombra. Todo su corazón estaba dolorido, oprimido por la angustia horrorosa de una certidumbre; que en aquel instante mismo, millones de pobres seres agonizaban bajo el peso, que los aplastaba, de la iniquidad social. Luego, cuando temblando otra vez se inclinó sobre la almohada, rendido al sueño, volvieron a resonar las voces que le llamaban: volvió a levantar la cabeza, volvió a escuchar. Medio dormido, las sensaciones

se hacían más intensas, extraordinariamente agudas. Y, en adelante, cada vez que se adormecía oía las voces, más fuertes, llamándole desesperadas, para algo urgente, algo que era una imperiosa necesidad, sin que él pudiera explicar su naturaleza. ¿A dónde correr, para estar más pronto en el terreno de la lucha? ¿qué hacer para preparar la victoria? No sabía; la vaga pesadilla con que luchaba, le hacía padecer cruelmente. Era, en la completa oscuridad, como una aurora muy lenta, como solicitudes incesantes para una labor que se oscurecía cada vez que estaba a punto de definirla. Y he aquí que, dominando las voces, no hubo más que una, muy suave, que reconoció, la voz de Josina, que se lamentaba y le suplicaba. Ella sólo estaba allí; sintió la tibia caricia del beso que le había dado en la mano, aspiró la fragancia del ramo de claveles que le había arrojado, cuyo perfume silvestre le parecía llenar la estancia.

Desde este momento Lucas no luchó más, sacudió el insomnio febril, para recobrar alguna calma. Encendió la luz, se levantó y se paseó un instante por el cuarto. No quería pensar en nada, esperando librarse así de la idea fija; procuró que le interesaran las cosas que le rodeaban, miró los grabados antiguos colgados en las paredes, los viejos muebles, que hablaban de los hábitos de estudio y de la honrada sencillez del doctor Michon; cuanto había en la estancia venerable, en que se sentía mucha bondad, mucha razón, mucha prudencia. Luego, la biblioteca acabó por atraerle exclusivamente. Era un estante con cristales,

bastante grande, donde el antiguo saint-simoniano, el antiguo fourierista, había reunido una colección muy completa de todas las obras humanitarias, que habían sido pasión de su juventud. Todos los filósofos sociales, todos los apóstoles del nuevo evangelio, estaban allí: Saint-Simon, Fourier, Augusto Comte, Proudhon, Cabet, Pedro Leroux y otros varios; la colección completa, hasta los discípulos más oscuros. Lucas con la vela en la mano, se iba interesando, leía los nombres y los títulos en el lomo de los volúmenes, los contaba, se asombraba de su número, de tantas semillas buenas lanzadas al viento, de tantas buenas palabras como dormían allí, esperando el día de la recolección.

Había leído ya mucho, conocía las páginas capitales de la mayor parte de aquellas obras. El sistema filosófico, económico, social, de cada uno de aquellos autores, le era familiar. Pero se sentía invadido como por un aliento nuevo, al encontrarlos todos reunidos allí, en un grupo compacto. Jamás había tenido una idea tan clara de su fuerza, de su valor, de la considerable evolución humana que traían. Eran toda una falange, toda una vanguardia del siglo futuro, que poco a poco iría siguiendo el inmenso ejército de los pueblos. Sobre todo, lo que le impresionaba, viéndolos así, tocándose, mezclados y en paz, de una soberana fuerza, una vez unidos, era su fraternidad profunda. Si no ignoraba las ideas contradictorias que los habían separado algún día, los encarnizados combates que había habido entre ellos, hoy le parecían todos hermanos, reconciliados en el común

evangelio, en las verdades únicas y definitivas que entre todos habían traído. Y la gran aurora, que surgía de sus obras, era la religión de la humanidad, cuya fe habían tenido todos, su amor a los desheredados de este mundo, su odio a la injusticia social, su creencia en el salvador trabajo.

Lucas, que había abierto la biblioteca, quiso escoger uno de aquellos libros; ya que no podía dormir leería algunas páginas, esperando el sueño. Vaciló un instante y se decidió por un volumen muy pequeño, en que un discípulo de Fourier había resumido toda la doctrina del maestro. El título *Solidaridad*, le había impresionado; ¿no era aquello lo que necesitaba, las pocas páginas de fuerza y de aliento que había menester? Volvió a acostarse, y se puso a leer, interesándose muy pronto, como por un drama conmovedor, en que la suerte de la raza era el nudo. La doctrina, acumulada así, reducida al jugo de verdades que formulaba, adquiriría una fuerza extraordinaria. Ya sabía él todas aquellas cosas, las había leído en los libros mismos del maestro, pero jamás le habían conmovido tanto, conquistándole tan profundamente; ¿en qué disposición de espíritu estaba, pues; en qué hora decisiva de su destino se encontraba, para que su corazón y su cerebro se viesan así poseídos entrando de un golpe en la certidumbre? El librito se animaba, todo tomaba un sentido nuevo e inmediato, como si surgiesen hechos vivos y se realizaran a su presencia.

Toda la doctrina de Fourier se desenvolvía; el rasgo de genio era utilizar las pasiones del hombre como fuerzas de la vida; el prolongado y desastroso error del catolicismo venía de haber querido domarlas, de haberse esforzado por destruir al hombre en el hombre, para arrojarle esclavo a los pies de su Dios, hecho de tiranía y de nada. Las pasiones, en la libre sociedad futura, habían de producir tanto bien como mal habían producido en la sociedad encadenada, aterrorizada, de los siglos muertos. Eran el inmortal deseo, la energía única que levanta los mundos, el foco interno de voluntad y de fuerza, que da a cada ser el poder de obrar. Privado de una pasión, el hombre quedaría mutilado, como privado de un sentido. Los instintos, rechazados, aplastados hasta ahora como bestias feroces, ya no serían, libres al fin, más que las necesidades de la universal atracción, tendiendo a la unidad, trabajando entre obstáculos, para fundirse en armonía final, expresión definitiva de la universal ventura. Y no había egoístas, no había perezosos, no había holgazanes, sólo había hambrientos de unidad y de armonía, que caminarían como hermanos el día que vieses el camino bastante amplio, para ir todos por él a sus anchas y felices; sólo había víctimas de la pesada servidumbre, que oprimía a los obreros manuales, que rechazaban tareas injustas, desmesuradas, mal apropiadas, todos dispuestos a trabajar con alegría, cuando no tuviesen más que su parte lógica, y por ellos escogida, de la gran labor común.

Venía luego el otro arranque genial, el trabajo convertido en un honor, hecho función pública; el orgullo, la salud, la alegría, la misma ley de la vida. Bastaría con reorganizar el trabajo, para reorganizar la sociedad entera, de la cual debía ser la obligación cívica, la regla vital.

Pero no se trataba ya de un trabajo brutalmente impuesto a los vencidos, a los mercenarios, que se envilecía, que se aplastaba, tratándolos como hambrientas bestias de carga; se trataba de un trabajo aceptado por todos, repartido según los gustos y los temperamentos, practicado durante el muy corto número de horas indispensable, variando sin cesar, a elección de los obreros voluntarios. Una ciudad, una comunidad, no eran más que una inmensa colmena, en la cual no había un solo ocioso, donde cada ciudadano ponía su parte de esfuerzo en la obra común, que necesitaba la ciudad para vivir. La tendencia a la unidad, a la armonía final, juntaba a los habitantes, los hacía agruparse, clasificarse ellos mismos en series. Todo el mecanismo consistía en eso; el trabajo dividido hasta lo infinito, el obrero escogiendo la tarea que hiciera más a gusto, sin verse jamás clavado al mismo oficio, pudiendo pasar a voluntad de un grupo a otro, de una labor a otra. No se trastornaría el mundo de un golpe, se comenzaría poco a poco, experimentado el sistema en una comunidad de algunos miles de almas, para hacer de ella un ejemplo vivo; y el sueño tomaba cuerpo, se creaba la falange, base unitaria del gran ejército humano, se edificaba el falansterio, la casa común. Al principio, para salir

del estado actual, nada más sencillo, había que contentarse con llamar a todos los hombres de buena voluntad, a todos los que padecían por tanta dolorosa injusticia. Se les asociaba, se creaba una vasta organización de capital, de trabajo, de talento; se mandaba a los que hoy tenían el dinero, los brazos, el cerebro, que se entendieran, que se uniesen para juntar su fortuna. Producirían con una energía, con una abundancia centuplicadas, se enriquecerían con beneficios que se repartirían del modo más equitativo posible, hasta el día en que el capital, el trabajo, el talento, no fuesen más que una sola cosa, el patrimonio común de una sociedad libre de hermanos, en que todo sería, al fin, de todos, en la armonía realizada.

A cada página del libro brotaba el esplendor suave de la palabra solidaridad, que era su título; algunas frases brillaban como faros, la razón del hombre era infalible, la verdad era absoluta, una verdad que la ciencia ha demostrado, se hacía irrevocable, eterna. El trabajo debía ser una fiesta. La felicidad de cada cual no se lograría, andando el tiempo, más que por la dicha de los demás; no habría envidia, ni odio, cuando hubiese sitio en la tierra para la felicidad de todos. En la máquina social, las ruedas intermediarias se destruían como inútiles, porque robaban fuerza; y así el comercio quedaba condenado, el consumidor sólo se entendía con el productor, se segaba de un solo golpe de guadaña todos los parásitos, la infinita maleza que vive de la corrupción social, del estado de guerra



permanente en que agonizan los hombres. No más ejército, no más tribunales, no más prisioneros. Por encima de todo, en esta gran aurora que al fin surgía, la justicia brillaba como un sol destruyendo la miseria, dando a cada ser que nace el derecho a la vida, al pan de cada día, realizando para cada cual la suma de felicidad real que se le debe.

Lucas ya no leía, reflexionaba. Todo el siglo XIX grande y heroico se aparecía en su continua batalla, en su esfuerzo tan doloroso y valiente, en pos de la verdad y de la justicia. De un cabo a otro, el irresistible movimiento democrático, la marcha ascendente del pueblo, le llenaba. La revolución sólo había traído al poder la burguesía, hacía falta un siglo más, para que la evolución se cumpliera, para que todo el pueblo tuviera su parte. Las semillas germinaban en el viejo terruño monárquico, cavado sin cesar; y desde las jornadas del 48, la cuestión del salario se planteaba claramente, las reivindicaciones de los trabajadores se precisaban más y más, sacudían el nuevo régimen burgués, que poseía, y a quien la posesión egoísta, tiránica, corrompía a su vez. Y ahora, en el umbral del siglo próximo, en cuanto el empuje creciente del pueblo hubiera arrastrado la vieja andamiada social, la reorganización del trabajo serviría de fundamento a la sociedad futura, que sólo podría existir por una justa distribución de la riqueza. Toda la nueva etapa necesaria y próxima estaba en eso.

La violenta crisis que había hecho hundirse los imperios cuando el mundo antiguo había pasado de la esclavitud al salario, no era nada junto a la terrible crisis actual, que hacía cien años sacudía y asolaba los pueblos; esta crisis del salario, evolucionando, transformándose, convirtiéndose en otra cosa. Y de esta otra cosa debía nacer la ciudad feliz y fraternal de mañana.

Suavemente, Lucas dejó el menudo libro y apagó la luz. Ya había leído, se había calmado, sentía renacer el sueño apacible y reparador. No era que se hubiesen formulado respuestas claras a las cuestiones urgentes, a las voces de angustia que venían de las tinieblas y que le habían trastornado. Pero estas voces ya no resonaban, como si los desheredados que las lanzaban, seguros de haber sido oídos, para que, en adelante, esperasen con paciencia. La semilla estaba echada, el fruto nacería, el libro menudo había vivido en manos de un apóstol y de un héroe; la misión se cumpliría, a la hora señalada por la evolución. Y Lucas mismo no tenía ya fiebre, no se interrogaba con ansiedad, aunque la solución al problema que le apasionaba quedase como en suspenso. Se sentía fecundado por la idea, con la absoluta convicción de que algo daría a luz. Tal vez al día siguiente, si dormía bien aquella noche. Y acabó por ceder a la gran necesidad de descanso, y se durmió con delicia, con sueño profundo, visitado por el genio, por la fe y por la voluntad.

Al día siguiente, a las siete, cuando Lucas despertó, su primer pensamiento, al ver el sol levantarse en un extenso cielo claro, fue echar a correr, sin prevenir a los Jordan y subir la escalera de piedra del horno alto. Quería volver a ver a Morfain, hablar con él, pedirle algunos informes. Obedecía a una especie de súbita inspiración, sobre todo ganoso de adquirir una opinión precisa acerca de la antigua mina abandonada; y se decía, que el maestro fundidor, hijo de la montaña, debía de conocerla piedra a piedra. Y en efecto, Morfain, a quien encontró levantado, después de pasar la noche al lado del horno alto, ya, con seguridad, devuelto a su marcha regular, Morfain, mostró gran interés en cuanto oyó hablar de la mina. Siempre había tenido una idea, que nadie quería oír, aunque él la repetía con frecuencia. Para él, el viejo Laroche, el ingeniero, se había equivocado al perder la esperanza demasiado pronto y abandonar la mina en cuanto la explotación dejó de ser productiva.

Sin duda, el filón se había hecho detestable, sulfurado y fosfatado, hasta tal punto que no se le sacaba ningún provecho en la fundición. Pero Morfain seguía convencido de que era sencillamente porque se estaba atravesando una veta mala; de suerte, que bastaría seguir avanzando en las galerías, o mejor, abrirlas nuevas en un costado de la garganta, que él indicaría, si se quería volver a encontrar el excelente mineral de antaño. Y apoyaba su certidumbre en hechos de observación, en su conocimiento de todas las

rocas del contorno, a que él trepaba y que pisaba hacía cuarenta años.

No tenía ciencia seguramente, no era más que un pobre obrero, que no se permitía discutir con los señores ingenieros; pero así y todo, extrañaba que no se hubiese tenido confianza en su buen olfato, y que se hubieran encogido de hombros, sin consentir siquiera en probar si era cierto lo que él anunciaba, por medio de algunos sondeos.

La tranquila convicción de aquel hombre impresionó vivamente a Lucas, que por su parte juzgaba con severidad la inercia de Laroche, el abandono en que había dejado la mina aún después de descubierto el procedimiento químico, que habría permitido utilizar con provecho el mineral defectuoso. Esto indicaba en qué soñolienta rutina había caído la explotación del horno alto. Desde hoy había que volver a la mina, aunque hubiera que contentarse con trabajar el mineral químicamente. ¡Y qué sería si la certidumbre de Morfain se realizaba, si se volvía a dar con nuevos filones ricos y puros!

Por lo cual, aceptó la proposición del maestro fundidor de ir a dar inmediatamente un paseo hacia las galerías abandonadas, para poder explicarle su idea sobre el terreno. En la mañana clara y fresca de septiembre, fue aquella una excursión deliciosa, atravesando rocas, en soledades salvajes, que embalsamaba la alhucema. Durante tres horas, por los costados de las gargantas, treparon

ambos, entraron en las cuevas, siguieron las pendientes, cubiertas de pinos, en que asomaba la piedra, como el esqueleto de algún cuerpo inmenso, allí enterrado. Poco a poco la convicción de Morfain pasaba al ánimo de Lucas, por lo menos le daba una esperanza, la de todo un tesoro que la pereza de los hombres dejaba allí abandonado, y que la tierra, la madre inagotable, estaba presta a dar todavía.

Había pasado el mediodía; Lucas aceptó un almuerzo de huevos y leche, allá en lo alto en los Montes Bleuses. Y cuando bajó, cerca de las dos, encantado, lleno el pecho de las ráfagas libres de la montaña, fue acogido por las aclamaciones de los Jordan, que comenzaban a alarmarse, ignorando lo que había sido de él. Se disculpó por no haberles avisado, y contó que se había extraviado en las mesetas de los montes, y que había almorzado en casa de unos aldeanos. Si se permitía esta mentirijilla era porque los Jordan, todavía a la mesa, no estaban solos.

Como todos los segundos martes de mes, tenían tres convidados, el cura Marle, el doctor Novarre y el maestro Hermeline, a los cuales Soeurette gustaba de reunir; y los llamaba riendo, su gran Consejo, porque los tres la ayudaban en sus obras de caridad. La Créchérie, tan cerrada, en la que Jordan vivía, a lo sabio solitario, como en un claustro, dejaba sin embargo franca entrada a aquellos tres señores, tratados como íntimos; y no se podría decir que debían este favor a su buena armonía, pues siempre estaban

disputando; pero sus continuas discusiones divertían a Soeurette, que por ellas los apreciaba más, pensando que distraían a Jordan, que los escuchaba sonriendo.

–¿De modo que ha almorzado usted? –dijo la joven a Lucas–; pero eso no le impedirá tomar una taza de café con nosotros, ¿verdad?

–Venga la taza de café –respondió alegremente–; es usted demasiado amable, sólo merezco las más duras quejas.

Pasaron al salón. Las ventanas estaban abiertas; el parque mostraba su verdor, el encanto de los grandes árboles entraba en un olor exquisito. Sobre un velador, en un vaso de porcelana, había un admirable ramo de rosas, de las que el doctor Novarre cultivaba con cariño, y de las que siempre traía un manojo a Soeurette cuando almorzaba en la Crèche. Mientras se servía el café, siguió la discusión entre el cura y el maestro, que desde los entremeses no habían cesado de disputar acerca de las cuestiones de instrucción y educación.

–Si usted no adelanta nada con sus discípulos –afirmó Marle–, es que ha arrojado a Dios de la escuela. Dios es el Señor de las inteligencias, sin Él nada se sabe.

Alto, fornido, la nariz aguileña, de robusta ancha faz, de facciones regulares, hablaba con la obstinación autoritaria de su doctrina estrecha, poniendo la salvación del mundo

en el catolicismo, practicado a la letra, con estricta observancia de los dogmas. En frente de él, Hermeline, el Maestro, menudo, de rostro anguloso, frente huesuda, aguda barba, se obstinaba también, frío en su rabia, también formulista y autoritario, creyente de una religión mecánica de progreso, realizada a fuerza de leyes y a lo militar.

–¡Déjeme usted en paz con su Dios, que jamás ha llevado a los hombres más que al error y a la ruina!.. Si no saco nada de mis discípulos, es, por lo pronto, porque me los llevan antes de tiempo, para meterlos en la fábrica; y después, y sobre todo, es que la disciplina se quebranta cada vez más, y el maestro ya no tiene autoridad alguna. ¡Palabra! si me dejasen repartir de cuando en cuando algunos garrotazos, creo que eso les abriría un poco el cráneo.

Y como Soeurette, asustada de tal doctrina, protestase, el maestro se explicó. Para él, sólo había un medio de salvación en la corrupción general: doblegar a los niños, sometiéndolos a la disciplina de la libertad, meterles en el cuerpo el régimen republicano, a la fuerza si era preciso, para que nunca saliese ya de allí. Su anhelo era hacer de cada alumno un servidor del Estado, esclavo del Estado, sacrificando al Estado su personalidad entera. No veía nada más allá de la misma lección, aprendida por todos de la misma manera, con el mismo fin de servir a la comunidad. Tal era su dura y triste religión, de una democracia

emancipada del pasado, a fuerza de castigos, condenada de nuevo a trabajos forzados; la felicidad decretada bajo la férula obedecida de los maestros.

–Fuera del catolicismo no hay más que tinieblas –repitió con obstinación el cura.

–¡Pero si se desmorona! –exclamó Hermeline–. Por eso necesitamos construir otra armazón social.

El clérigo tenía, sin duda, conciencia de la suprema batalla que el catolicismo daba al espíritu de la ciencia, que iba venciendo día por día. Pero no quería reconocerlo; ni siquiera confesaba que poco a poco la iglesia se le quedaba vacía.

–¡El catolicismo! –replicó–. ¡Su trabazón es tan sólido, tan eterno, tan divino, que vosotros mismos lo copiáis, cuando habláis de reconstruir no sé qué estado ateo, en el que Dios sería reemplazado por un mecanismo que instruiría y gobernaría a los hombres!

–¡Un mecanismo! ¿Y por qué no? –gritó Hermeline, exasperado por lo que tenía de verdad el ataque del clérigo–. Roma no ha sido jamás más que la prensa de un lagar, que se ha bebido la sangre del mundo.

Cuando la discusión llegaba a ser tan violenta, el doctor Novarre intervenía con aire sonriente y conciliador.



–Vamos, vamos, no hay que acalorarse. Poco les falta a ustedes para entenderse, puesto que cada cual acusa al otro de que le copia la religión.

Novarre, pequeño, endeble, de nariz delgada y ojos finos, era tolerante, muy suave, algo irónico, y entregado a la ciencia; huía de tomar con calor las cuestiones políticas y sociales. Decía como Jordan, del que era muy amigo, que él se casaba con la verdad el día en que ésta quedara demostrada científicamente. Por lo demás, muy modesto, hasta tímido, sin ninguna ambición, se contentaba con cuidar a sus enfermos lo mejor que podía: sin más pasión que el cultivo de sus rosales, entre los cuatro muros de su jardín, pequeño, donde vivía a sus solas, en paz venturosa.

Hasta entonces Lucas se había contentado con oír; pero al fin se acordó de su lectura de la noche, y habló.

–Lo terrible, en nuestras escuelas, es que se parte de la idea de que el hombre es malo, de que trae consigo, al nacer, la rebeldía y la pereza, y que hace falta todo un sistema de castigos y recompensas, si se quiere sacar de él algo bueno. Así, se ha hecho de la instrucción una tortura, el estudio ha llegado a ser tan áspero para nuestros cerebros, como los trabajos manuales para nuestros miembros. Nuestros profesores se han convertido en comités de las galeras universitarias, y su misión es petrificar las inteligencias, según los programas, metiéndolas todas en el mismo molde, sin tener en cuenta las individualidades diversas. No son

más que los matadores de iniciativas, aplastan el espíritu crítico, el libre examen, el despertar personal del talento, bajo el montón de las ideas hechas, de las verdades oficiales; y lo peor es que así se daña el carácter tan profundamente como la inteligencia, y que tal enseñanza sólo produce impotentes e hipócritas.

Hermeline debió creerse personalmente aludido, y con tono agrio interrumpió:

–Pero, ¿cómo quiere usted que se proceda, caballero? ¡Vaya usted a reemplazarme a mi puesto, y usted verá lo que saca de los chicos, si no los somete a una misma disciplina, como maestro que para ellos es encarnación de la autoridad!

–El maestro –continuó Lucas, con aire soñador–, no debe hacer más que despertar energías. Es un profesor de energía individual, encargado, sencillamente, de descubrir la aptitud del niño, con motivo de la enseñanza, provocando el desenvolvimiento de su personalidad. Hay en el hombre una inmensa, una insaciable necesidad de aprender, de saber, que debiera ser el único acicate del estudio, sin que hiciera falta castigar ni recompensar. Bastaría evidentemente con facilitar a cada cual el estudio que le agradase, dándole atractivo, y dejándole entregarse a él, y progresar por la fuerza de su propia comprensión, con el placer de los continuos descubrimientos. ¿En qué consiste todo el

problema de la educación y de la instrucción? En que los hombres hagan hombres, tratándoles como hombres.

Marle, el cura, que acababa su taza de café, se encogió de hombros, y como sacerdote, a quien el dogma hace infalible, dijo:

–El pecado está en el hombre; sólo puede salvarse por la penitencia. La pereza, uno de los pecados capitales, no se expía más que por el trabajo, castigo que Dios impuso al hombre después de la culpa.

–Pero eso es un error, señor cura –dijo tranquilamente el doctor Novarre–, la pereza no es más que una enfermedad, cuando existe realmente; quiero decir cuando el cuerpo rechaza todo trabajo y repugna la menor fatiga. En tal caso, esté usted seguro de que esta flojedad invencible anuncia graves desórdenes interiores. No siendo así, ¿dónde ha visto usted esos perezosos? Tomemos por ejemplo los ociosos de raza, de hábito y por gusto. Una mujer mundana que baila toda la noche, ¿no se quema los ojos más, no hace un gasto de fuerza muscular mucho mayor que una obrera, clavada delante de su mesa, bordando hasta la mañana? Esos hombres de vida disipada, alegre, en continua exhibición, en constantes fiestas, que los agotan, ¿no aceptan cargas tan duras, como las faenas de los obreros, que trabajan delante de un banco en el torno? Acuérdense ustedes de la alegría con que, al dejar una tarea que nos repugnan, nos lanzamos al juego violento, que quebranta nuestros miembros. Quiere

decirse, que el trabajo, la fatiga física, sólo es una carga, cuando no es de nuestro gusto. Y si se llegara a no imponer a nadie más que el trabajo agradable, libremente escogido, de seguro no habría perezosos.

Ahora fue Hermeline quien se encogió de hombros.

–Pregunte usted a un niño qué prefiere, la gramática o la aritmética. Responderá que más le gusta quedarse sin las dos. La experiencia lo dice. El niño es un arbolillo, que hay que enderezar y corregir.

–Y no se corrige –concluyó el clérigo, de acuerdo esta vez con el maestro–, más que aniquilando en el hombre todo lo que el pecado original ha dejado en él de vergonzoso y de diabólico.

Hubo un momento de silencio. Soeurette escuchaba con atención, mientras Jordan miraba la lontananza, por una de las ventanas, y dejaba a su fantasía vagar bajo los árboles corpulentos. Lucas reconocía en todo aquello la concepción pesimista del catolicismo, acogida por los sectarios de un progreso que decretaba el Estado, a fuerza de autoridad. El hombre se había condenado, perdido, la primera vez; después se había redimido y estaba en peligro de perderse otra vez. Un Dios envidioso y colérico, le trataba como a niño, que siempre estaba en falta, se acosaba sus pasiones, se luchaba, hacía siglos, por anularlas, se hacían esfuerzos para matar al hombre. Y otra vez, evocaba Lucas a Fourier,

con las pasiones utilizadas, ennoblecidas, convertidas en energías necesarias y creadoras, con el hombre al fin emancipado del peso abrumador e inmortal de las religiones de la nada, que no son más que atrocidad social, para mantener la usurpación de los poderosos y de los ricos. Entonces, sumido en su ensueño, Lucas replicó lentamente, como pensando en alta voz:

–Bastaría convencer al hombre de esta verdad: que la mayor dicha posible de cada cual está en la mayor dicha realizada por todos.

Pero Hermeline y el cura se echaron a reír.

–¡Bonito remedio! –dijo irónicamente el maestro–, comienza usted por despertar las energías, para destruir el interés personal. Explíqueme usted esto. Cuando el hombre no trabaje para sí, ¿qué palanca le movería a la acción? El interés personal es el fuego bajo la caldera, se le encuentra en el nacimiento de cada trabajo. Y usted lo aniquila, comienza por castrar el egoísmo del hombre, usted que le quería con todos sus instintos... ¿Sin duda cuenta usted con la conciencia, con la idea del honor y del deber?

–No necesito contar con eso –respondió Lucas, en el mismo tono tranquilo–. Por lo demás, el egoísmo, tal como lo hemos entendido hasta ahora, nos ha dado una sociedad tan espantosa, asolada por tantos odios y sufrimientos, que bien podemos permitirnos ensayar otro factor. Pero repito

que acepto el egoísmo, si se entiende por tal el muy legítimo deseo, la invencible necesidad que todos tenemos, de ser dichosos. Lejos de destruir el interés personal, lo refuerzo precisándolo, haciendo de él lo que debe ser, para crear una ciudad dichosa, en que la ventura de todos realizará la de cada cual; y basta para ello que estemos convencidos de que trabajamos para nosotros, trabajando para los demás. La injusticia social siembra el odio eterno, y recoge el universal dolor. Por eso hace falta entenderse, reorganizar el trabajo, basándolo en esta verdad, cierta, que la suma más grande de nuestras felicidades se formará un día con todas las felicidades, en todos los hogares de nuestros vecinos.

Sonreía burlón Hermeline, y Marle, el cura, volvió a hablar.

–Amamos los unos a los otros, esa es la moral de nuestro divino maestro Jesús. Pero también ha dicho que la felicidad no era de este mundo; y es una culpable locura querer realizar sobre la tierra el reino de Dios, que está en el cielo.

–Pues se realizará algún día –dijo Lucas–. Todo el esfuerzo de la humanidad en marcha, todo el progreso, toda la ciencia, va a esa ciudad futura.

Pero el maestro, que ya no le escuchaba, la tomó otra vez con el clérigo.

–¡Ah no, señor cura, no hay que volver con la promesa del paraíso, que engaña a los pobres diablos! Además, vuestro

Jesús es nuestro, nos lo habéis quitado, le habéis acomodado a las exigencias de vuestra dominación. En el fondo, no era más que un revolucionario y un librepensador.

Volvieron a la batalla, y fue preciso que el doctor Novarre, los separase otra vez, dando la razón ya a uno ya a otro. Como siempre, es claro, la cuestión quedó pendiente; jamás mediaba una solución decisiva. Ya habían tomado el café, hacía mucho tiempo, y fue Jordan, caviloso, quien dijo la última palabra.

–La única verdad está en el trabajo; el mundo será, algún día, lo que el trabajo haga de él.

Y Soeurette, que había escuchado con gran interés a Lucas, sin intervenir, habló de un asilo, que tenía pensado, para los niños de pocos años, de las obreras empleadas en las fábricas. Desde este momento, la conversación entre médico, maestro y sacerdote, fue amable, amistosa; hablaron de los medios prácticos para poner en planta aquel asilo, y evitar en él los abusos de los establecimientos similares. En el parque, la sombra de los altos árboles se extendía alargándose sobre la pradera, en tanto que posaban el vuelo sobre la hierba, las palomas zuritas, esponjándose al dorado sol de septiembre.

Ya eran las cuatro, cuando los tres convidados dejaron la Crèche. Jordan y Lucas los acompañaron hasta las primeras casas de la ciudad, por mover un poco las piernas.

Luego, al volver, a través de los terrenos pedregosos, que Jordan dejaba improductivos, quiso éste dar un rodeo, prolongando el paseo y llegando a casa de Lange, el alfarero. Le había dejado instalarse en un rincón silvestre y perdido en su dominio, más abajo del horno alto, sin pedirle ninguna clase de renta. Lange, lo mismo que Morfain, había convertido en vivienda una cueva, abierta por los antiguos torrentes, en la base de los Montes Bleuses, en el costado de la gigantesca muralla que formaba el promontorio. Y había llegado a construir tres hornos, cerca de la ladera, donde cocía la arcilla: y allí vivía, sin Dios ni amo, en la libre independencia de su trabajo.

–Sin duda, es un exaltado –añadió Jordan, a quien Lucas preguntaba con mucho interés–. Lo que usted me ha dicho, su arranque violento de la otra noche, en la calle de Brias, no me asombra, por ser suyo; y ha tenido suerte en que lo soltaran, porque podía haberlo pasado mal, por lo mucho que se compromete. Pero no puede usted figurarse lo inteligente que es, y el arte que pone en sus sencillas vasijas de barro, a pesar de que no tiene instrucción alguna. Ha nacido aquí, de obreros pobres, huérfano a los diez años, obligado a servir de peón a los albañiles, después, aprendió el oficio de alfarero, llegó a ser patrono de sí mismo, como él dice riendo, desde que le permití instalarse en mis dominios... Me interesan, sobre todo, sus ensayos en tierras refractarias, pues ya sabe usted que busco la que pueda



resistir mejor las terribles temperaturas de los hornos eléctricos.

Lucas al levantar los ojos, distinguió entre la maleza todo un campamento de bárbaro, rodeado de un muro pequeño de piedra seca. En el umbral, una joven morena, alta y hermosa, estaba en pie.

–¿Está casado? –preguntó Lucas.

–No, pero vive con esa joven, que es a la vez su esclava y su mujer... Toda una historia. Hace cinco años, tenía ella quince apenas, la encontró enferma, moribunda, en una zanja, abandonada allí, sin duda, por alguna banda de bohemios. Jamás se ha sabido claramente de dónde venía, y ella calla, si le preguntan. Lange se la llevó a casa a cuestas; la cuidó, la curó, y no sabe que ardiente gratitud le consagró esa muchacha; es para él como un perro, una cosa. No traía zapatos, cuando la recogió; todavía hoy apenas se los pone, más que para bajar a la ciudad. De suerte, que en toda la comarca, y Lange también, la llaman la Descalza. No emplea más obrero que ella; la Descalza es su peón, y también le ayuda a arrastrar el cochecillo en que pasea su cacharrería, de feria en feria. Esa es su manera de colocar sus productos, bien conocidos en toda la región.

De pie, en el umbral del estrecho recinto, cerrado por una verja, la Descalza miraba llegar a aquellos señores; y pudo Lucas verla a su sabor, con su faz morena, de grandes

facciones regulares y atezadas, la cabellera negra como tinta, los ojos grandes, de salvaje, que se llenaban de una dulzura inefable, cuando miraban a Lange. Reparó sus pies desnudos, de niña, de bronce claro, que pisaban el suelo arcilloso, siempre húmedo; estaba en traje de faena, cubierta apenas por una tela gris, enseñando la pierna de fina lidiadora, sus brazos nervudos, el seno duro y pequeño. Después de asegurarse de que el caballero que acompañaba al dueño del dominio debía de ser amigo, dejó ese puesto de observación y volvió junto al horno que cuidaba, en cuanto avisó al amo.

–¡Ah! ¡es usted, señor Jordan! –exclamó Lange, presentándose–. Figúrese usted, que, desde la aventura de la otra noche, la Descalza se imagina a cada instante que vienen a prenderme. Y creo que si algún polizonte se presentara no saldría entero de sus uñas. Vendrá usted a ver mis nuevos ladrillos refractarios. Aquí los tiene usted. Yo le explicaré su composición.

Lucas reconocía perfectamente al hombrecillo rudo, y como nudoso, que había entrevisto, lanzando el anatema sobre la ciudad de Beauclair, corrupta, condenada por los crímenes. Pero ahora, que podía detallar sus facciones, admiraba su ancha frente, que desaparecía bajo la negra maleza del cabello, sus ojos vivos, llenos de inteligencia, por donde pasaban súbitas llamas de cólera; y sobre todo, bajo aquella corteza grosera, bajo la aparente violencia, le

sorprendía adivinar un alma contemplativa, un amable soñador, un simple poeta rústico, que por lo absoluto de su ideal de justicia, iba a dar al deseo de hacer saltar el viejo mundo culpable.

Jordan, después de presentarle a Lucas, como un ingeniero, amigo suyo, quiso que Lange le enseñara lo que en broma llamaba él su museo.

–Si tiene usted gusto en ello. Todo lo hago por divertirme; son cachivaches que llevo al horno para distraerme. Ahí los tiene usted. Todo ese barro, bajo ese cobertizo. Puede usted verlo, mientras yo explico mis ladrillos al señor Jordan.

Creció el asombro de Lucas. Había bajo el cobertizo monigotes de loza, vasos, pucheros, platos de formas y de colores singulares, que aun demostrando una gran ignorancia, eran deliciosos por su original sencillez candorosa. Los azares del fuego se manifestaban arrogantes, brillaban los esmaltes con inaudita riqueza de tonos; pero lo que más le asombraba en la alfarería corriente que Lange fabricaba para su clientela ordinaria de los mercados y de las ferias, la vajilla, las ollas, los cántaros, los barreños, era la elegancia de sus formas, lo agradable de sus colores puros, toda una feliz fluorescencia del genio popular. Parecía que el alfarero había sacado este genio de su raza; que sus obras, en las que alentaba el alma del pueblo, nacían naturalmente, de sus dedos, gordos, como si hubiese vuelto a encontrar por instinto los moldes

primitivos de una belleza práctica admirable. La obra maestra se realizaba en cada empeño, cada objeto era según su uso lo pedía, y por esto, de una verdad sencilla, llena de gracia.

Cuando Lange volvió con Jordan, que le había encargado algunos centenares de ladrillos para experimentar un nuevo horno eléctrico, recibió sonriendo los plácemes de Lucas, que se maravillaba del tono alegre de aquella loza, tan ligera, de púrpura y azul, florida, brillando al sol.

–Sí, sí, esto es meter las amapolas y los azulejos de los trigos por las casas... Siempre he creído que se debía adornar con esto los tejados y fachadas. No saldría muy caro, si los comerciantes no robasen; y ya vería usted qué hermosa parecía así la ciudad, un verdadero ramillete, entre el verdor. Pero no se puede hacer nada, con estos sucios de burgueses del día.

Y volvió en seguida a su pasión de sectario; a sus ideas de anarquía extremosa, que había adquirido en algunos folletos que habían llegado a él, y quedado en su poder, ni él mismo sabía por qué casualidad. Por lo pronto, había que destruirlo todo, apoderarse por la revolución de todo; la salvación no estaba más que en la destrucción de toda autoridad; pues, si quedaba un solo poder en pie, aún ínfimo, bastaría para la reconstrucción del edificio entero de iniquidad y tiranía. En seguida, la commune libre podría establecerse, sin gobierno alguno, gracias al acuerdo de los

grupos, variados sin cesar, continuamente modificados, según las necesidades y los deseos de cada cual.

Admiróse Lucas de volver a dar con estas teorías, con las series de Fourier: pues el sueño final era el mismo, invocar las pasiones creadoras, la expansión del individuo emancipado en una sociedad armónica, en que el bien de cada ciudadano necesitaba del bien de todos; pero los caminos eran diferentes, el anarquista no era más que un fourierista, un colectivista desengañado, exasperado, que ya no creía en los medios políticos, resuelto a conquistar por la fuerza, por el exterminio, la felicidad social, puesto que siglos y siglos de lenta evolución, al parecer, no la tenían. La catástrofe, el volcán estaba en la naturaleza. Así que, cuando Lucas nombró a Bonnaire, Lange mostró feroz ironía y trató al maestro fundidor con más amargo desdén que si fuera un burgués. ¡Ah! sí; el cuartel de Bonnaire, ese colectivismo en que estaría uno numerado y disciplinado, en prisiones, como en un presidio. Y extendiendo el puño hacia Beauclair, cuyos cercanos tejados dominaba desde allí volvió a sus lamentaciones, a sus maldiciones de profeta, lanzadas contra la ciudad corrupta que el fuego iba a destruir, y que sería arrasada para que en sus cenizas naciese al fin la ciudad de verdad y de justicia.

Pasmado de tanta violencia, Jordan le miraba con curiosidad.

–Pero vamos a ver, Lange, amigo mío; usted no me parece desgraciado.

–Yo, señor Jordan, soy muy feliz, todo lo feliz que se puede ser. Vivo aquí libre, esto es casi la anarquía realizada. Usted me ha dejado tomar este pedazo de tierra, de la tierra que es de todos; y soy mi amo, no pago alquiler a nadie. Después trabajo a mi antojo, ni tengo patrono que me aplaste, ni jornalero a quien yo aplastar; vendo yo mis ollas y mis cántaros, a la buena gente que los necesita, sin que me roben los comerciantes, ni permitirles robar a los compradores. Y todavía me queda tiempo para divertirme, cuando se me antoja, en cocer estos muñecos de loza, estos cacharros, estos azulejos llenos de adornos, cuyos vivos colores me alegran los ojos. ¡Oh, oh! no, aquí no nos quejamos, estamos contentos con la vida, cuando el sol nos alegra, ¿no es así, amiga Descalza?

La joven se había acercado, medio desnuda y en su traje de faena, con las manos teñidas del color rosado de la vasija que acababa de sacar del horno. Y sonreía, de divina manera, mirando al hombre, al dios, cuya sierva se había hecho, a quien daba cuerpo y alma en continuo regalo.

–Pero esto no quita –prosiguió Lange–, que haya demasiados pobres, que aguantan, y que haya que volar a Beauclair un día de estos, para reedificarlo con decencia. Sólo la propaganda por el hecho, la bomba, puede despertar al pueblo... ¿Y qué me dice usted de esto? Tengo aquí lo

necesario para preparar dos o tres docenas de bombas, de una fuerza extraordinaria. Bueno, pues el mejor día salgo por ahí con mi coche, al cual yo me engancho y que la Descalza empuja por detrás. Y que pesa por cierto cuando va cargado de cacharros, y hay que arrastrarlo por los malos caminos de las aldeas, de mercado en mercado. Es justo de cuando en cuando un descansito bajo los árboles donde hay fuentes. Pero ese día no salimos de Beauclair: va una bomba escondida en cada olla, dejamos una en la Subprefectura, otra en la Alcaldía, otra en la Audiencia, otra en la cárcel, otra en la iglesia, en fin, donde quiera que se encuentre una autoridad de un golpe salta Beauclair, una espantosa erupción de volcán lo quema y se lo lleva. ¡Eh! ¿qué tal? ¿qué les parece de mi paseíto con mi coche, del reparto de ollas que fabrico, en bien del género humano?

Y reía con risa satánica, el rostro demudado; y como la moza morena también riese con él, añadió:

–¿No es eso, Descalza? yo tiraré y tú empujarás, será un paseo, aún más divertido que el de la ribera del Mionna, bajo los sauces, cuando vamos a la feria de Magnolles.

Jordan no discutió; ni hizo más que un ademán, dando a entender lo disparatada que parecía semejante idea, al sabio que llevaba dentro de sí. Pero cuando, después de despedirse, estuvieron en el camino de la Créchérie, sintió Lucas que llevaba consigo la impresión, que le estremecía, de aquella gran poesía negra, de aquel sueño de felicidad

por la destrucción, que sin cesar agitaba el cerebro de algunos poetas simplistas, entre la muchedumbre de los desheredados. Ambos entraron en casa silenciosos, perdido cada cual en sus meditaciones.

En un laboratorio, donde entraron directamente, encontraron a Soeurette, que, ante una mesita, copiaba en paz un manuscrito de su hermano. Muchas veces se ponía un largo delantal azul, para servir de ayudante preparador en ciertos experimentos delicados. Cuando entraron, se contentó con levantar la cabeza y sonreír, y volvió a su trabajo.

–¡Ah! –dijo Jordan, tendiéndose en una butaca–; decididamente no hay para mí horas felices más que aquí: en medio de mis aparatos y de mis papelotes. En cuanto entro, vuelven a mi corazón la paz y la esperanza.

De una mirada cariñosa había pasado revista a la ancha estancia, como para tomar de nuevo posesión, reconocerse allí, bañarse en el buen olor, calmante y confortativo, del trabajo. Estaba abierta la ventana, a lo lejos se veía brillar, entre los árboles, los tejados y las vidrieras de Beauclair.

–¡Qué inútil miseria todas esas disputas! –exclamó Jordan, mientras Lucas se paseaba con paso lento–. Después del almuerzo oía al cura y al maestro, asombrado de que se perdiera el tiempo, queriendo convencerse, cuando se está, como ellos, en los extremos de las cuestiones, y no se habla



la misma lengua. Y note usted que no vienen aquí una sola vez sin volver idénticamente a las mismas discusiones, para quedar siempre donde estaban... Luego, ¡qué desgraciado empeño el de encerrarse de esa manera en lo absoluto, y combatir a fuerza de argumentos contradictorios! Estoy por el doctor, que se divierte, reduciéndolos a la nada a los dos, sólo con oponer el uno al otro. Lo mismo que ese Lange; ¿no da pena ver a tan excelente sujeto, soñar tamañas majaderías, perderse en un error, más manifiesto y más peligroso, porque camina al azar, despreciando la certidumbre? No, decididamente, no comprendo la pasión política; las cosas que dice esa gente me parecen vacías de sentido razonable; las cuestiones más graves que suscitan, no son para mí más que acertijos, un pasatiempo; y no acabo de comprender que se den tan inútiles batallas, por tan menudos incidentes, cuando el descubrimiento de la más pequeña de las verdades científicas hace más por el progreso que cincuenta años de luchas sociales.

Lucas se echó a reír.

–Ahí tiene usted, usted mismo cae en lo absoluto. El hombre debe luchar, la política no es más que la necesidad que el hombre tiene de defender sus intereses, de asegurar la mayor felicidad posible.

–Tiene usted razón –confesó Jordan con su candorosa buena fe–. Y acaso mi desdén de la política procede de un sordo remordimiento, por la ignorancia en que vivo, por mi

gusto, respecto de los asuntos políticos de mi país. Pero con toda sinceridad, creo que soy un buen ciudadano, así y todo, encerrándome en mi laboratorio; pues cada cual sirve a la nación con la facultad de que dispone. Y los verdaderos revolucionarios, fíjese usted, los verdaderos hombres de acción, los que preparan para mañana más verdad, más justicia, son de seguro los sabios. Un gobierno pasa y cae, un pueblo crece, brilla, decae, ¡qué importa! Las verdades de la ciencia se transmiten, aumentan siempre, cada día con más luz y más certeza; el retroceso de un siglo no se cuenta, se vuelve a marchar hacia adelante, la humanidad camina al saber, pese a los obstáculos. Objetar que no se sabrá jamás todo, es una tontería; se trata de saber lo más posible, para llegar a la mayor ventura posible. Y siendo así, lo repito, cuán despreciables son los vaivenes políticos que apasionan a las naciones. Mientras se pone la salvación de un pueblo en sostener o derribar un ministerio, el sabio es el verdadero dueño del mañana, el día que ilumina a la multitud con una nueva chispa de verdad. Cesará toda la injusticia, cuando toda la verdad se muestre.

Hubo una pausa; Soeurette había dejado la pluma y escuchaba. Después de fantasear algunos segundos, Jordan prosiguió, sin transición aparente:

–El trabajo ¡oh, el trabajo! yo le debo la vida, ya veis qué débil soy; recuerdo que mi madre tenía que envolverme en mantas en días de mucho viento; y sin embargo ella fue

quien me puso al trabajo, como un régimen seguro de salud. No me condenaba a estudios abrumadores, verdadero presidio, en que se tortura las inteligencias que se van formando. Me facilitaba el hábito de una labor regular, sin cesar variada, atractiva, y así aprendí yo a trabajar, como se aprende a respirar, a andar. El trabajo se ha hecho la función de mi ser, el juego natural y necesario de mis miembros y mis órganos, el fin y el medio de mi vida misma. He vivido porque he trabajado; entre el mundo y yo se ha establecido un equilibrio; le he devuelto en obras, lo que él me daba en sensaciones, y creo que toda la salud está en eso, en cambios bien regulados, en una adaptación perfecta del organismo al medio. Y enclenque y todo como soy, llegaré a viejo, es seguro, porque soy una maquinilla montada con cuidado y que funciona lógicamente.

Lucas había interrumpido su lento paseo. Como Soeurette, oía con atención apasionada.

–En esto está la salud de los seres, una buena higiene para vivir bien –continuó Jordan–. El trabajo es la vida misma, la vida es un continuo trabajo de las fuerzas químicas y mecánicas. Desde el primer átomo que se puso en movimiento para unirse a los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado, y esta creación que continúa, que continuará siempre, es como la tarea misma de la eternidad, la obra universal a que venimos todos a traer nuestra piedra. ¿El universo, no es un inmenso taller en que jamás se

huelga, en que los infinitamente pequeños, hacen cada día una gigantesca labor, en que la materia obra, fabrica, engendra sin descanso, desde los simples fermentos, hasta las criaturas más perfectas? Los campos se cubren de mieses, trabajan; los bosques, en su pausado crecimiento, trabajan; los ríos, corriendo en el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno a otro continente, trabajan; los mundos que son elevados por el ritmo de la gravitación, a través de lo infinito, trabajan. No hay un ser, no hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado a su tarea, obligado a poner su parte en el común empeño. Quienquiera que no trabaja desaparece, por eso mismo, rechazado como estorbo inútil, y ha de ceder el puesto al trabajador necesario, indispensable. Tal es la única ley de la vida; que no es en suma, más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad, el dios de todas las religiones, para la obra final de la dicha, cuya imperiosa necesidad llevamos en nosotros.

Otra vez, un instante, Jordan se perdió en sus sueños, mirando cosas muy lejanas.

—Y qué admirable regulador es el trabajo, que orden trae consigo dondequiera que reina. ¡Es la paz, la alegría, como es la salud! Me siento confundido cuando le veo despreciado, envilecido, mirado como un castigo y una vergüenza. Si me salvó de la muerte segura, me ha dado

además todo lo que en mí hay de bueno; me ha devuelto una inteligencia y una nobleza. Y qué admirable organizador es; ¡cómo regula las facultades de la inteligencia, el juego de los músculos, el papel de cada grupo en una multitud de trabajadores! Por sí solo sería una constitución política, una policía humana, una razón de ser social. Sólo nacemos para la colmena, no trae más cada uno que su esfuerzo de un instante; no podemos explicar la necesidad de nuestra vida, sino porque la naturaleza ha menester un obrero más para su obra. Toda otra explicación es orgullosa y falsa. Las vidas individuales parecen sacrificadas a la vida universal de los mundos futuros. No hay felicidad posible, si no se pone en la felicidad solidaria de la eterna labor común. Por eso yo quisiera que al fin se fundara la religión del trabajo, el hosanna al trabajo salvador, la verdad única, la salud, la alegría, la paz soberana.

Calló y Soeurette dió un grito de cariñoso entusiasmo.

–¡Ay! hermano, qué razón tienes. ¡Qué verdadero, qué hermoso es esto!

Lucas estaba todavía más conmovido; en pie, inmóvil, los ojos poco a poco llenos de luz, como un apóstol, bajo el súbito rayo que le iluminaba. De repente habló:

–Oiga usted, Jordan; no hay que vender nada a Delaveau: hay que guardarlo todo, el horno alto, la mina... Esta es mi respuesta, se la doy a usted porque estoy convencido.

Sorprendido por tales palabras, tan inesperadas, dichas de súbito, y cuyo enlace con las que él acababa de decir que no comprendía, el dueño de la Crèche, con un ligero movimiento de párpados, preguntó:

–¿Cómo es eso? querido Lucas, ¿por qué me habla usted así? Explíquese usted.

El joven siguió un momento callado porque la emoción le trastornaba; aquel himno al trabajo, aquella glorificación del trabajo pacificador le había exaltado, con un choque súbito, como arrebatado por un espíritu, y al fin, mostraba a sus ojos el vasto horizonte perdido hasta entonces en la bruma. Todo se precisaba, se animaba, se hacía de una absoluta certidumbre. Era la fe que resplandecía; las palabras salían de su boca con una fuerza de persuasión extraordinaria.

–No hay que vender nada a Delaveau... He ido esta mañana a ver la mina abandonada. Según se presenta en los filones actuales, todavía se puede sacar bastante provecho del mineral, sometiéndolo a los nuevos procedimientos químicos. Y Morfain me ha convencido de que volverá a dar con filones excelentes al otro lado de la garganta. Hay allí riquezas incalculables. El horno alto nos producirá la fundición a precio más bajo, y si se le completa con toda una ferrería, con hornos de modelar, hornos de crisol, laminadores y martillos–pilonos, se podría emprender otra vez en grande la fabricación de rieles y armaduras y luchar

victoriosamente en baratura con las fábricas de acero más prósperas del Norte y del Este.

La sorpresa de Jordan crecía, llegaba al pasmo. Pero se le escapó esta protesta.

–Pero si yo no quiero ser más rico; ya tengo demasiado dinero, y si vendo es por huir de todos los cuidados de la ganancia.

Con un hermoso ademán apasionado, Lucas le interrumpió.

–Déjeme usted concluir, amigo mío. No es a usted a quien yo quiero hacer más rico, es a los desheredados, a los trabajadores de que hablábamos, a las víctimas del trabajo inicuo, envilecido, convertido en un atroz presidio, del que quiero librarlos. Acaba usted de decirlo de un modo soberbio. El trabajo debe ser por sí mismo una razón de ser social; y en este instante la salvación se me ha aparecido; la justa y feliz sociedad de mañana, no está más que en la reorganización del trabajo, la única que permitirá un equitativo reparto de la riqueza. Acabo de tener esta deslumbradora certidumbre; la única solución para nuestras miserias y sufrimientos está en eso. No se podrá reconstruir de modo viable el viejo edificio, que cruje y cae podrido, más que sobre el terreno del trabajo, por todos y para todos, aceptado como la ley universal, la vida misma que rige los mundos. ¡Pues bueno! eso es lo que yo quiero intentar aquí,

por lo menos un ejemplo que quiero dar, una reorganización del trabajo en pequeño, una fábrica fraternal, el bosquejo de la sociedad de mañana, que opondré a la otra fábrica, la del salario, la del presidio antiguo, donde se tortura y deshonra al obrero esclavo.

Y continuó con palabras temblorosas; bosquejó a grandes rasgos su sueño, todo lo que en él había germinado de la reciente lectura de Fourier; una asociación entre el capital, el trabajo y el talento, Jordan aportaría el dinero necesario; Bonnaire y sus camaradas pondrían los brazos, él sería el cerebro que concibe y dirige. Y otra vez se paseaba, y con un ademán vehemente señalaba los tejados próximos a Beauclair; a Beauclair era a quien iba a salvar sacándole de las vergüenzas y de los crímenes en que hacía tres días le veía precipitarse. A medida que iba desarrollando su plan de acción renovadora, se asombraba, se maravillaba a sí mismo. Su misión hablaba con él, aquella misión cuya preñez sentía, sin saber lo que era, que buscaba con ánimo inquieto, con corazón enternecido por la piedad. Al fin veía claro, había encontrado el camino. Y ahora respondía a las cuestiones angustiosas que todavía durante su insomnio de la noche última se planteaba sin poder resolverlas. Y sobre todo, atendía a las voces de los desgraciados, que habían llegado a él desde el fondo doloroso de las tinieblas; ya los oía distintamente, e iba en su socorro; los salvaría por el trabajo regenerado, el trabajo que no separaría en adelante a los hombres, en castas enemigas y devoradoras; que los



reuniría en una sola familia fraternal, en que el esfuerzo de todos se pondría en común, para la dicha de todos.

–Pero –objetó Jordan–, la aplicación de la fórmula de Fourier no es la muerte del salario. Aun con los colectivistas, el salario apenas cambia más que de nombre. Habría que llegar hasta el sueño absoluto de la anarquía, para destruirlo.

Lucas tuvo que convenir en ello.

A este propósito, hizo examen de conciencia. Las teorías del colectivista Bonnaire, los sueños del anarquista Lange, resonaban todavía en sus oídos. Las disputas del cura Marle, del maestro Hermeline y del doctor Novarre, volvían a empezar y se eternizaban. Era un continuo caos de opiniones contrarias. También sentía desfilar las objeciones que se habían lanzado los precursores Saint–Simón, Augusto Comte, Proudhon. ¿Por qué, pues, se había de detener en la fórmula de Fourier entre tantas otras? Conocía algunas felices aplicaciones de ella, pero no ignoraba la lentitud de los ensayos, la dificultad de los resultados decisivos. Tal vez la causa era, que a Lucas, personalmente, le repugnaban las violencias revolucionarias, habiendo puesto su fe científica en la evolución no interrumpida, que tiene delante de sí la eternidad para cumplir su obra. La expropiación total y brusca, que creía irrealizable, no podría además efectuarse sin catástrofes terribles, cuyo peor resultado sería producir más miseria todavía y más dolor.

Siendo así, ¿no era lo mejor aceptar la ocasión de una experiencia práctica que se le ofrecía, de una tentativa que satisfacía las tendencias de todo su ser, su piedad nativa, su fe en la bondad del hombre, el foco de amor de universal ternura que le abrasaba? Le arrebatava una exaltación heroica, una gran fe, toda una presciencia, que le presentaba el buen éxito seguro. Además, si la aplicación de la fórmula de Fourier no traía el fin inmediato del salario, a él se encaminaba, y conducía a la completa conquista, a la destrucción del capital, desaparición del comercio, inutilidad del dinero, fuente de todos los males. La gran lucha de las escuelas socialistas sólo se refiere a los medios, todas están de acuerdo en el fin que hay que realizar, todas se reconciliarán un día en la ciudad feliz, construida al cabo. Los primeros cimientos de esta ciudad eran los que él quería poner, comenzando por asociar a todos los hombres de buena voluntad, a todas las diversas fuerzas esparcidas, con la certidumbre de que no había mejor punto de partida en medio de la espantosa carnicería actual.

Jordan permaneció escéptico.

–Fourier ha tenido chispazos de genio, eso es cierto. Pero hace más de sesenta años que ha muerto, y si le quedan algunos discípulos tenaces, no veo que su religión esté en camino de conquistar la tierra.

–El catolicismo ha tardado cuatro siglos en conquistar una parte –replicó Lucas vivamente–. Además, yo no me caso

con Fourier, con todo él; para mí no es más que un sabio, que un día de lucidez genial, tuvo la visión de la verdad. Ni es único tampoco; otros han preparado la fórmula y otros la completaron... Vamos a ver; lo que usted no puede negar, es que la evolución que hoy se precipita, viene de lejos, es que nuestro siglo entero ha estado engendrando laboriosamente la ciudad nueva, que nacerá mañana. El pueblo de los trabajadores hace cien años que va naciendo, un poco más cada día, a la vida social, y mañana será dueño de su destino, por la ley científica que asegura la existencia al más fuerte, al más sano, al más digno de ser. A esto asistimos, a la última lucha entre los pocos privilegiados que han robado la riqueza, y la inmensa muchedumbre obrera que quiere reivindicar los bienes de que le han despojado, hace siglos y siglos. No es otra cosa lo que nos enseña la historia, al decirnos cómo algunos se han apoderado de la mayor dicha posible con detrimento de todos, y cómo todos los miserables robados no han cesado desde entonces de luchar furiosamente con la necesidad vital de reconquistar toda la ventura que pueda... Hace cincuenta años ya que esta lucha va siendo sin cuartel, y por eso veis a los privilegiados, llenos de miedo, abandonar poco a poco, por sí mismos, algunos de sus privilegios. Los tiempos se acercan; se conocen todas las concesiones que los poseedores del suelo y de la riqueza hacen al pueblo. En el terreno político, ya se le ha dado mucho, y va a haber que dárselo en el económico. Todo se vuelven leyes nuevas favoreciendo a los trabajadores, medidas humanitarias,

triumfos de asociaciones y de sindicatos que anuncian la próxima era. La batalla entre el trabajo y el capital ha llegado a la crisis aguda que nos permite, desde ahora, predecir la derrota del último. En un plazo dado, tenemos la desaparición cierta del salario. Por eso estoy yo seguro de vencer, ayudando a eso otro, a lo que reemplazará el salario, a la reorganización del trabajo, que nos dará una sociedad más justa, una civilización más elevada.

Irradiaba caridad, fe, esperanza. Continuó; volvió a la historia; el robo de los más fuertes, desde los primeros días del mundo, las miserables muchedumbres esclavas; los poseedores, amontonando crímenes para no dar nada a los desposeídos, que morían de hambre y de violencia. Y este amontonamiento de riqueza, aumentando con el tiempo, lo hacía ver en manos de unos pocos ahora todavía; los señoríos del campo; las casas de las ciudades; las fábricas de los pueblos obreros; las minas en que dormían la hulla y los metales; las explotaciones de transporte, acarreos, canales, caminos de hierro, en fin, las rentas, el oro, la plata, los millones que circulan en los Bancos; todos los bienes de la tierra, todo lo que constituye la incalculable fortuna de los hombres. ¿Y no era una abominación que tantas riquezas no llegasen más que a la espantosa indigencia del mayor número? ¿No clamaba esto justicia, no se veía la inevitable necesidad de proceder a nuevo reparto? Tamaña iniquidad por un lado, la ociosidad ahíta de bienes, por otro: el doloroso trabajo agonizando de miseria, habían hecho del

hombre un lobo para el hombre. En vez de unirse para vencer y domesticar las fuerzas de la naturaleza, los hombres se devoraban unos a otros; el bárbaro pacto social los lanzaba al odio, al error, a la locura, abandonando al niño y al anciano, aplastando a la mujer, bestia de carga o carne de delicia. Los mismos trabajadores corruptos por el ejemplo, aceptaban su servidumbre, gacha la cabeza bajo la universal cobardía. ¡Y qué espantoso despilfarro de la fortuna humana, las sumas colosales que se gastaban en la guerra, todo el dinero que se daba a los funcionarios inútiles, a los jueces, a los gendarmes!

¡Y todo el dinero que quedaba sin necesidad en manos de los comerciantes, intermediarios inútiles, cuya ganancia era a costa del bienestar de los consumidores! Pero aún esto no era más que la marcha cotidiana de una sociedad ilógica, mal constituida; había además el crimen, el hambre provocada, impuesta por los propietarios de los instrumentos del trabajo, para asegurar su provecho. Reducían la producción de una fábrica, imponían días de huelga a los mineros, fabricaban miseria, con un fin de guerra económica, para mantener los precios altos. ¡Y se maravillaban, si la máquina crujía, si se hundía bajo tal montón de sufrimiento, de injusticia, de vergüenzas!

–¡No, no! –gritó Lucas–, esto ha concluido, esto no puede durar, sin que la humanidad desaparezca en una última crisis de demencia. El pacto ha de hacerse de nuevo, cada hombre

que nace tiene derecho a la vida, y la tierra es fortuna común de todos. Es preciso que los instrumentos de trabajo a todos se entreguen, que cada cual cumpla su parte personal en la común tarea... Si la historia, con sus odios, sus guerras, sus crímenes, no ha sido hasta aquí más que el resultado abominable del robo inicial de la tiranía de algunos ladrones, que han necesitado empujar a los hombres para que se degollaran unos a otros, e instituir tribunales y cárceles, para defender sus rapiñas, ya es tiempo de volver a comenzar la historia, inaugurando la nueva era con un gran acto de equidad; las riquezas de la tierra devueltas a todos los hombres, el trabajo convertido en ley universal para la sociedad humana, como lo es para el universo, a fin de que venga la paz entre nosotros y la venturosa fraternidad reine al cabo. ¡Y así será! ¡yo trabajaré, yo venceré!

Estaba tan exaltado, tan vencedor, tanto se había crecido en su arretrato profético, que Jordan maravillado, se volvió a Soeurette para decirle:

–¡Mírale que hermoso está!

La joven temblorosa, pálida de admiración, no le había quitado los ojos, como invadida por una suerte de fervor religioso.

–¡Oh! –murmuró muy bajo–. ¡Qué hermoso y qué bueno!

–Pero es el caso, querido amigo –dijo Jordan sonriendo–, que es usted sencillamente un anarquista, por muy evolucionista que se crea; y hace bien en decir que se empieza por la fórmula de Fourier y se acaba por el hombre libre en la comunidad libre.

El mismo Lucas se había echado a reír.

–De todos modos empecemos; ya veremos a dónde nos lleva la lógica.

Pensativo, Jordan no parecía oírle ya; dentro de él, el sabio enclaustrado en su laboratorio acababa de sentirse profundamente conmovido; y si dudaba todavía que se pudiese acelerar la marcha de la humanidad, ya no negaba la utilidad del esfuerzo.

–Sin duda –continuó lentamente–, la iniciativa individual es todopoderosa. Para determinar los hechos, siempre hace falta un hombre que vigile y que ejecute, un rebelde de genio y de pensamiento libre, que traiga la nueva verdad. En las catástrofes, cuando la salvación está en cortar un cable, hender una viga, no hace falta más que un hombre y un hacha, la voluntad es todo; el salvador es el que descarga el hacha. Nada resiste, las montañas se hunden, y los mares se retiran, ante una individualidad que ejecuta.

Eso era: Lucas reconocía en aquellas palabras el volcán de voluntad y de certidumbres interiores, en que se abrasaba.

Aún no sabía qué genio traía consigo; pero en él era como una fuerza, acumulada de antiguo, la rebeldía contra toda la iniquidad secular, la ardiente necesidad de hacer justicia al fin. Era de inteligencia independiente, no aceptaba más que los hechos demostrados por la ciencia. Estaba solo, quería obrar solo; toda su fe la ponía en la acción. Era el hombre que osa; pues esto bastaría, cumpliríase su misión.

Reinó un momento de silencio. Jordan respondió al fin, con un ademán amistoso de abandono.

–Ya se lo he dicho, hay horas de lasitud en que daría a Delaveau toda la explotación, el horno alto, la mina, los terrenos, para librarme de todo ello, y entregarme en paz a mis estudios, a mis experimentos. Cójalo usted todo, prefiero dárselo a usted que piensa poder emplearlo de buen modo. Todo lo que le pido es que me descargue a mí completamente de todo cuidado, dejándome trabajar en mi rincón, acabar mi empeño, sin volverme a hablar jamás de tales cosas.

Lucas le miraba con ojos brillantes, en que resplandecía toda su gratitud, toda su ternura. Luego, sin vacilación alguna, con aire seguro de la respuesta, dijo:

–No es eso todo, amigo mío: es preciso que su corazón haga más. Yo no puedo emprender hoy nada sin dinero: necesito quinientos mil francos, para crear la fábrica con que sueño, donde reorganizaré el trabajo, y que será como el



fundamento de la sociedad futura... Estoy convencido de que ofrezco a usted un buen negocio, pues que su capital entra en la asociación y le asegura una buena parte de los beneficios.

Y como Jordan quisiera interrumpirle.

–Sí –añadió–, ya sé, no quiere usted hacerse más rico. Pero, con todo, necesita usted vivir, y si usted me da su dinero, quiero asegurarle la existencia material, de manera que nada turbe jamás en adelante su tranquilidad de gran trabajador.

Volvió el silencio, grave, todo emoción, en la ancha sala, donde el trabajo germinaba ya, para las cosechas futuras. La resolución que se esperaba estaba tan preñada de provenir, que infundía como un temblor religioso, en la expectación augusta de lo que iba a ser.

–Es usted un alma benéfica y abnegada –prosiguió Lucas–. ¿No me lo ha dicho usted mismo ayer? Esos descubrimientos que persigue, esos hornos eléctricos que han de reducir el esfuerzo humano, de enriquecer más a los hombres, no los explotará usted siquiera, los entregará. No es un don lo que le pido, es un auxilio fraternal, que va a permitir disminuir la injusticia y hacer el bien.

Entonces, muy sencillamente, Jordan consintió.

–Acepto, amigo mío, tendrá usted el dinero para realizar sus sueños. Y como no he de mentir, añado que siguen siendo, a mis ojos, sólo una utopía generosa; porque no me ha convencido usted por completo. Perdone usted mi duda de sabio. Pero no importa, es usted un hombre excelente: ensaye su empresa y cuente conmigo.

Lucas lanzó un grito de triunfo, en un arranque de todo su ser, que pareció levantarlo del suelo.

–¡Oh! gracias, yo le digo que el empeño está realizado, gozaremos la divina alegría de cumplirlo.

Soeurette no se había movido, ni había dicho nada. Pero toda la bondad de su corazón se le había subido al rostro; gruesas lágrimas de ternura llenaban sus ojos. Se levantó, por una fuerza irresistible. Se acercó a Lucas, muda, desatinada, y le besó en la cara, mientras corrían sus lágrimas. Luego, en su extraordinaria emoción, se arrojó en los brazos de su hermano, y en ellos sollozó mucho tiempo.

Algo sorprendido de semejante beso a un joven, Jordan se alarmó.

–¿Qué te pasa, hermana mía? No creo que desapruebes lo hecho. Es verdad, hemos debido consultarte. Pero todavía es tiempo. ¿Estás conforme?

–¡Oh sí! ¡oh sí! –balbuceó ella sonriente, radiante entre lágrimas–. Sois dos héroes; yo os serviré, disponed de mí.

La noche del mismo día, hacia las once, Lucas fue a apoyarse en la ventana del pabellón, como la víspera, para respirar un instante el aire fresco y tranquilo de la noche. Enfrente, más allá de los campos incultos sembrados de rocas, Beauclair se adormecía, apagando una a una sus luces; mientras que a la izquierda, el Abismo retumbaba con los golpes sordos de sus martillos. Jamás el aliento de gigante doloroso, le había parecido ni más rudo, ni más oprimido. Y también como la víspera, llegó un ruido del otro lado del camino, tan ligero, que creyó que sería el batir de alas de un pájaro nocturno. Pero su corazón latió con fuerza cuando volvió el ruido, porque reconocía ahora el dulce temblor de la aproximación. Volvió a ver la forma vaga, delicada y fina, que parecía flotar sobre las hierbas. Y de un salto de cabra montesa, una mujer atravesó el camino y le arrojó un ramillete, con tal destreza, que otra vez le cayó sobre los labios como una caricia. Era, como la víspera, un ramo diminuto de claveles silvestres, acabados de recoger entre las rocas, y de olor tan fuerte que todo le perfumaron.

–¡Oh, Josina, Josina! –murmuró, penetrado de ternura infinita.

Había vuelto, se entregaba otra vez, se entregaría siempre con el mismo ademán de gratitud apasionada, con aquellas flores cándidas como ella; y todo esto le refrescaba, le

reanimaba en la fatiga física y moral de un día tan lleno de vida, decisivo. Era esto ya la recompensa del primer esfuerzo, de la acción resuelta. Su ramillete de aquella noche le festejaba por haber decidido emprender la obra al día siguiente. En aquella niña amaba al pueblo que padecía; era a ella a quien quería librar del monstruo. Había escogido la más miserable, la más ultrajada, tan cerca de envilecerse, de caer en el lodo. Con su pobre mano que el trabajo había mutilado, encarnaba toda la raza de las víctimas, de los esclavos que daban su carne para el esfuerzo y para el placer. Cuando la hubiera rescatado, rescataría en ella a toda la raza; y además, y con delicia, era el amor, el amor necesario para la armonía, para la dicha de la ciudad futura.

Con voz suave llamó.

–Josina, Josina... Es usted Josina.

Pero ya, sin una palabra, huía ella, y se perdía en la oscuridad del páramo inculto.

–Josina, Josina, es usted, ya lo sé; tengo que hablarle.

Entonces, temblando, feliz, volvió ella, con paso ligero, se detuvo en el camino, debajo de la ventana y, como una brisa, murmuró:

–Sí, sí, soy yo, señor Lucas.

No se daba él prisa, procuraba verla mejor, tan sutil, tan vaga, semejante a una visión que una ola de tinieblas va a llevarse.

–¿Quiere usted hacerme un favor? Diga a Bonnaire que venga a hablar conmigo mañana por la mañana; tengo que darle una buena noticia; le he encontrado trabajo.

Mostró ella su alegría riendo conmovida, con un ruido apenas perceptible, como un gorjeo.

–¡Ah!, ¡qué bueno es usted, qué bueno es usted!

–Y tendré trabajo para todos los obreros que lo quieran –continuó Lucas en voz baja, enterneciéndose–. Sí, voy a procurar que haya justicia y felicidad para todo el mundo.

Comprendió Josina; su risa fue más suave, más impregnada de pasión agradecida.

–Gracias, señor.

La visión se borraba; volvió a ver la sombra ligera huir de nuevo entre la maleza; iba acompañada de otra sombra pequeña, Nanet, en quien no había reparado todavía, y que iba corriendo al lado de su hermana mayor.

–Josina, Josina. Hasta la vista, Josina.

–Gracias, señor Lucas.

Ya no la veía; había desaparecido, pero seguía oyendo sus palabras de gratitud y de alegría, el gorjeo que traía el viento de la noche; y había en ello un encanto infinito; penetrábalo el corazón embelesado.

Mucho tiempo estuvo Lucas en la ventana, como arrobado en una esperanza sin límites. Entre el Abismo, donde alentaba la sorda respiración del trabajo maldito, y la Guerdache, cuyo parque formaba una mancha negra; en medio de la llanura rasa de la Rumaña, miraba al viejo Beauclair, el barrio obrero, de casuchas temblonas, medio podridas, dormidas bajo el peso abrumador de su miseria y sufrimiento. Aquello era la cloaca que él quería sanear, la antigua cárcel del salario, que se trataba de arrasar, con sus iniquidades y crueldades execrables, para curar a la humanidad del secular envenenamiento.

Y reedificándola en el mismo sitio, colocaba la ciudad futura, la de verdad, justicia y felicidad, cuyas casas blancas ya veía venir entre verdores, libres y fraternales, bajo un gran sol de alegría.

Mas, de repente, todo el horizonte se iluminó, una llamarada de rosas iluminó los tejados de Beauclair, el promontorio de los Montes Bleuses, la campiña inmensa. Era una sangría del horno alto de la Crécherie, que Lucas había tomado al pronto por una aurora. Y no era una aurora, era más bien un ocaso, el del viejo Vulcano, torturado en su

yunque, que lanzaba su última llamarada. El trabajo ya no sería más que alegría y salud; mañana iba a nacer.

## **LIBRO SEGUNDO**



## CAPÍTULO VI

PASARON tres años, y Lucas creó su fábrica nueva, que hizo nacer toda una ciudad obrera. Los terrenos ocupados abarcaban más de un kilómetro cuadrado, en la falda de los Montes Bleuses, un vasto erial, en ligera pendiente, que iba desde el parque de la Créchérie hasta los amontonados edificios del Abismo. Los comienzos tuvieron que ser modestos; se utilizó sólo una parte del erial, reservando lo demás para los ensanches que se esperaban en el porvenir. La fábrica estaba pegada al promontorio de peñascos, debajo del horno alto, que comunicaba con los talleres por dos montacargas. Lucas, esperando la revolución que debían de causar los hornos eléctricos de Jordan, apenas se había ocupado en el horno alto, mejorándolo en los detalles, y le dejaba funcionar en manos de Morfain, según la antigua rutina. Pero en la instalación de la fábrica había realizado todos los progresos posibles, desde el punto de vista de las

construcciones y de la maquinaria, para aumentar el producto del trabajo, aun disminuyendo el esfuerzo de los trabajadores. Y hasta quiso que las casas de esta ciudad obrera, construidas cada una en medio de un jardín, fuera mansión de bienestar en que florece la vida de familia. Unas cincuenta ocupaban ya las tierras próximas al parque de la Crécherie; una aldehuela que iba caminando hacia Beauclair, pues cada casa nueva era como un paso más hacia la ciudad futura, en la conquista del pueblo viejo culpable y condenado. Luego, en el centro del terreno ocupado, Lucas había hecho levantar la Casa Comunal, un gran edificio en que estaban las escuelas, una biblioteca, una Sala de reuniones y fiestas, juegos, baños. Esto era lo único que conservaba del falansterio de Fourier, dejando a cada cual construir a su gusto, sin obligar a nadie a alinearse, y sin creer necesaria la comunidad más que para ciertos servicios públicos. En fin, detrás fueron creándose almacenes generales, ensanchados de d a en día, una panadería, una carnicería, una abacer a, sin contar los vestidos, los utensilios, los enseres menudos indispensables; toda una cooperativa de consumos que respondía a la cooperativa de producción que era el régimen de la fábrica. Sin duda, esto no era todavía más que un embrión, pero la vida aflu a, la empresa podía ya juzgarse. Lucas, que no hubiera adelantado tanto si no hubiera tenido la idea feliz de interesar a los obreros constructores en su empeño, estaba satisfecho, sobre todo, de haber podido recoger todos los manantiales esparcidos entre las peñas de lo alto, para

bañar con ellos a la ciudad naciente, con las ondas de un agua fresca y pura que lavaba la Casa Comunal y la fábrica, regaba los jardines, de espesa verdura, y corría por todas las viviendas, llenándolas de salud y de alegría.

Una mañana, Fauchard, el arrancador, se quiso dar una vuelta por la Crèche para ver a los antiguos compañeros. Él, siempre indeciso y quejumbroso, había permanecido en el Abismo, mientras Bonnaire atraía a la fábrica nueva a su cuñado Ragú, al cual decidió seguirle Bourron. Así, allí trabajaban los tres, y a éstos era a quien Fauchard quería preguntar, incapaz de una resolución por la imbecilidad a que le habían llevado quince años del terrible oficio, siempre con el mismo movimiento, el mismo esfuerzo en medio del mismo incendio. Su deformación, su pereza de espíritu, habían llegado a ser tales que hacía muchos meses que se proponía hacer aquella visita y no acababa de encontrar la fuerza de voluntad necesaria. Y en cuanto entró en la Crèche quedó asombrado.

Saliendo del Abismo, negro, polvoriento, cuyos talleres pesadotes, maltratados, apenas tenían luz, que entraba por estrechas vidrieras, era la primera maravilla los talleres ligeros, esbeltos, de la Crèche, de hierro y ladrillo, de amplios huecos con vidrieras que dejaban entrar, como un oleaje, el aire y el sol. Los pisos eran de baldosas de cemento, con lo que se disminuía mucho el polvo, tan dañoso. El agua corría abundante por donde quiera, y todo

se lavaba mucho. Y como había muy poco humo, gracias a las nuevas chimeneas que quemaban todo el combustible, reinaba allí gran limpieza, fácil de mantener. El antro infernal del cíclope había dejado el puesto a los anchos talleres claros, relucientes y alegres, donde el trabajo parecía menos rudo; cierto que el empleo de la electricidad era todavía escaso, el ruido de las máquinas seguía siendo atronador, el esfuerzo humano apenas estaba aliviado. Gracias que, en los hornos de modelar y los hornos de crisoles, algunos ensayos de medios mecánicos, hasta entonces defectuosos, permitían esperar que los brazos del hombre, algún día, se librarían de los trabajos demasiado penosos. Se estaba en los tanteos, camino del porvenir. Pero era ya un adelanto aquella limpieza, aquel aire y aquel sol que bañaban las grandes salas ligeras, aquella alegría del trabajo que cargaba menos los hombros. ¡Cómo se imponía la comparación sorprendente con las cuevas de oscuridad y sufrimiento en que agonizaban las cuadrillas de las viejas fábricas del contorno!

Fauchard creía que encontraría a Bonnaire, el maestro pudelador, en su horno, y se sorprendió al verle, en el mismo taller, dirigir un gran laminador que fabricaba rieles.

–¡Calla! ¿Has dejado el pudelaje?

–No. Pero aquí hacemos un poco de todo. Es la regla de la casa: dos horas de esto, dos de lo otro; y a fe mía, la verdad es que así se descansa.

También era verdad que Lucas no decidía fácilmente a los obreros que contrataba a salir de su especialidad. Más tarde la reforma se cumpliría, pasarían los niños por varios aprendizajes, pues el trabajo no podía tener atractivo más que variando las tareas y consagrando pocas horas a cada una.

–¡Ah! –dijo Fauchard–, ¡cómo me gustaría hacer algo más que arrancar los crisoles del fondo de mi horno! Pero no sé, no puedo.

El ruido brusco del laminador era tan fuerte que tenía que hablar muy alto. Calló y aprovechó un momento de descanso para estrechar la mano de Ragú y de Bourron, que estaban allí muy ocupados en recibir los raíles. Fue aquello para él todo un espectáculo. En el Abismo no se fabricaban carriles, y miraba éstos con pensamientos confusos que no hubiera sabido explicar. Lo que más le hacía padecer en su aplanamiento, en su degradación de hombre arrojado bajo la rueda que movía, convertido en simple instrumento, era el haber conservado la oscura conciencia de que hubiera podido ser un hombre inteligente, con voluntad. Un poco de luz le alumbraba todavía por dentro, como la lamparilla que vela el sueño que jamás se extingue. ¡Qué insoportable tristeza sentir en sí el hombre libre, sano, alegre, que hubiera llegado a ser sin aquel calabozo que le embrutecía, donde la esclavitud le había arrojado! Los raíles que se alargaban, se alargaban siempre, eran como una vía, como

un camino sin fin, por donde su pensamiento resbalaba, perdiéndose en el porvenir, que no tenía para él una esperanza, que no comprendía con claridad siquiera.

En el taller próximo, un horno especial fundía el acero; y el metal líquido caía en una gran cuchara de fundición guarnecida de tierra refractaria, la cual lo vertía enseguida, mecánicamente, en los moldes de forma de lingote. Puentes volantes eléctricos, grúas de considerable potencia levantaban, transportaban estas pesadas masas, las llevaban a los laminadores y las conducían a los talleres de pernos y remaches. Para las grandes armaduras de acero, sobre todo, las piezas colosales de los puentes, armazones de edificios, construcciones de todas clases, había trenes de laminadores gigantescos que estiraban los lingotes según el perfil que se quería, cimbrándolos también a voluntad y dejándolos listos para ser colocados, remachados o asegurados con pernos. Para las vigas, para los raíles, piezas simples de dimensiones constantes, los trenes de laminadores especiales funcionaban con regularidad y actividad formidable. Después de la calda, el lingote de acero, brillante como el sol, corto y grueso como el cuerpo de un hombre, era cogido, en el primer canal, entre dos cilindros que rodaban en sentido inverso; de él salía más delgado, pasaba al segundo juego, de donde salía más sutil; y así, de una en otra, la pieza iba tomando forma y al fin salía con su perfil exacto y la longitud reglamentaria de diez metros. Todo esto se hacía con estrépito espantoso: un

terrible ruido de mandíbulas, de canales, muñones, alargadores, algo como la masticación de un coloso, pronto a tragarse mascado todo aquel acero. Y los raíles sucedían a los raíles con rapidez extraordinaria, apenas se podía seguir el lingote que adelgazaba, se alargaba, que salía hecho raíl, para añadirse a los demás, como si las vías férreas se extendieran sin fin por el mundo, penetrando en el fondo de las naciones más desconocidas, dando la vuelta a la Tierra.

–¿Para quién es todo eso? –preguntó Fauchard pasmado.

–Es para los chinos –respondió Ragú en broma.

Pero en aquel momento pasaba Lucas por delante de los laminadores. Generalmente empleaba la mañana en la fábrica, dando un vistazo a cada taller conversando como camarada con los obreros. Había tenido que conservar en parte la antigua jerarquía de obreros maestros, vigilantes, ingenieros y las oficinas de contabilidad y de dirección comercial. Pero ya realizaba serias economías gracias a su continuo afán de reducir cuanto pudiera el número de jefes y el personal de las oficinas. Por lo demás sus esperanzas inmediatas se habían realizado: aunque todavía no se había dado con los excelentes filones de otro tiempo, el mineral actual de la mina tratado químicamente daba a bajo precio una fundición de calidad admisible; y por tanto la fabricación de armaduras y raíles de suficiente provecho aseguraba la prosperidad de la fábrica. Se vivía, el número de negocios aumentaba cada año, y esto era para él lo

importante, pues su esfuerzo se dirigía al porvenir de su empresa con la certidumbre de vencer si a cada reparto de beneficios los obreros veían aumentar su bienestar, mayor felicidad con menos trabajo. No por esto dejaba de pasar la existencia ojo alerta todo el día en medio de aquella fundación tan compleja que tenía que vigilar, haciendo anticipos considerables, guiando todo un pueblo en pequeño, con cuidados de apóstol, de ingeniero y de hacendista a la vez. Sin duda que el éxito parecía cierto, pero todavía ¡cuán precario y a merced de los sucesos! Entre el estrépito Lucas no hacía más que detenerse un minuto sonriendo a Bonnaire, a Ragú y Bourron sin ver siquiera a Fauchard. Agradábale estar en aquel taller de los laminadores; la fabricación de armaduras y carriles le alegraba de ordinario; era aquella la forja buena, la de la paz, como él decía oponiéndola a la mala, la forja para la guerra, la de los vecinos, donde se fabricaban cañones y granadas a tanto precio y con tanto cuidado; útiles tan perfeccionados, metal tan trabajado con tan fina labor para no producir más que aquellos monstruosos artefactos de destrucción que cuestan a las naciones miles de millones y que las arruinan esperando la guerra, cuando no viene la guerra a exterminarlas. ¡Ah que las armaduras de acero se multipliquen pues, levanten edificios útiles, ciudades dichosas, puentes para atravesar ríos y valles, y que salgan sin cesar los carriles de los laminadores, prolongando sin fin los caminos de hierro para suprimir las fronteras, acercar a los pueblos, conquistar al mundo entero, para la civilización



fraternal de mañana! Cuando Lucas pasaba al taller de la gran fundición donde se oía al gran martillo pilón entrar en danza forjando toda la armadura de un puente gigantesco, los laminadores se detuvieron; hubo un momento de descanso para poner en marcha un nuevo perfil. Fauchard entonces se acercó a sus antiguos compañeros y entablaron conversación.

–¿De modo que esto marcha bien? ¿estáis contentos?  
–preguntó.

–Sin duda, contentos –respondió Bonnaire–. La jornada no es más que de ocho horas y gracias al cambio de faena se estropea uno menos, el trabajo es más agradable.

Era él, alto y fuerte, con su ancha faz sana y honrada, uno de los sólidos sostenes de la fábrica nueva.

Era del Consejo director y seguía agradeciendo a Lucas el haberle ajustado cuando tuvo que dejar el Abismo sin saber qué sería de él en adelante. Sin embargo, su colectivismo intransigente no se avenía con el régimen de simple asociación que regía a la Créchérie y en el cual el capital conservaba gran parte del beneficio. Protestaban en él, el revolucionario, el obrero que soñaba con lo absoluto. Pero era prudente, trabajaba y animaba a los compañeros a trabajar, con entera abnegación, habiendo prometido esperar los resultados del experimento.

–¿Entonces, es verdad –añadió Fauchard– que ganáis mucho, el doble de vuestros jornales de antes?

Ragú quiso chancearse, riendo con malicia.

–¡Oh, el doble; di cien francos al día, sin contar el champagne y los cigarros!

El tal Ragú había, sencillamente, seguido a Bonnaire viniendo a contratarse a la Créchérie. Aunque no estaba mal en aquel gran bienestar relativo, el demasiado orden y la demasiada seguridad debían de molestarle, pues se iba haciendo burlón y comenzaba a hacer chacota de su propia ventura.

–¡Cien francos! –gritó Fauchard sofocado–. ¿Tú ganas cien francos?

Bourron, que seguía siendo la sombra de Ragú, tuvo a bien recalcar la broma.

–¡Cien francos para empezar! ¡Y el domingo le pagan a uno el tio vivo!

Pero Bonnaire alzó los hombros con aire de gravedad desdeñosa mientras los otros dos reían con zumba.

–Bien ves que dicen tonterías y se burlan de ti... En resumidas cuentas, después de repartir los beneficios, nuestros jornales apenas son mayores que los vuestros. Sólo

que cada vez aumentan y es seguro que llegarán a ser magníficos. Luego, tenemos una porción de ventajas. Nuestro porvenir está asegurado. Nuestra vida es mucho menos cara, gracias a los almacenes cooperativos y a esas casitas tan alegres que se nos alquilan casi de balde. Claro que eso todavía no es la verdadera justicia, pero, así y todo, estamos en camino.

Ragú seguía la broma y sintió necesidad de satisfacer otro de sus odios; pues si se burlaba de la Créchérie jamás hablaba del Abismo más que con feroz rencor.

–¿Y Delaveau? ¿Qué cara pone ese criminal? Si por algo me alegro es por lo mucho que debe de fastidiarle esta nueva fábrica que le han plantado junto a la suya y que lleva trazas de hacer buenos negocios... Rabiará, ¿eh?

Fauchard hizo un gesto indeciso.

–Claro que debe de rabiarse; pero no se le nota mucho. Y luego yo, ya sabes, no me entero; tengo bastante con lo mío sin pensar en lo que ocurre a los otros. He oído contar que le tenían sin cuidado nuestra fábrica y la competencia. Dice que siempre tendrá cañones y granadas que fabricar, porque los hombres son muy brutos y siempre habrá matanzas.

Lucas, que estaba de vuelta, oyó estas palabras; sabía que desde hacía tres años, el día en que había decidido a Jordan

a conservar el horno alto y a fundar la fábrica de aceros y las forjas, tenía un enemigo en Delaveau. El golpe era rudo para éste, que esperaba comprar la Crécherie a buena cuenta, facilitándosele con largos plazos el pago, y que ahora la veía pasar a manos de un joven audaz, lleno de inteligencia y actividad, resuelto a transformar el mundo, y con tal vigor para crear, que empezaba haciendo salir del suelo un embrión de pueblo. Sin embargo de la cólera de la primera sorpresa, Delaveau había llegado hasta a mostrar la mayor confianza.

Se limitaría a la fabricación de cañones y granadas, en la que los beneficios eran considerables y no había temor de concurrencia. El anuncio de que la fábrica vecina iba a volver a los carriles y armaduras le había alegrado al principio con irónica complacencia, porque ignoraba lo que había de la nueva explotación de la mina. Después, cuando había comprendido, al ver los grandes beneficios que daba el mineral tratado químicamente, se había manifestado jugador sin ventaja, declarando a quien le quería oír, que el sol podía salir para todas las industrias y que él dejaba de buen grado las armaduras y rieles a su venturoso vecino, si a él le dejaba las granadas y los cañones. Así, pues, la paz no se había turbado en apariencia; las relaciones seguían siendo frías y corteses. Pero en el fondo de Delaveau quedaba una sorda inquietud, el miedo de aquel foco de trabajo libre y justo, tan próximo y cuya llama podía llegar a sus talleres y a sus cuadrillas. Y aún sentía otro malestar, la

sensación no confesada de que poco a poco las viejas andamiadas crujían bajo él; que había allí causas de podredumbre que él no podía dominar, y que el día en que la fuerza del capital fallase, todo el edificio se vendría a tierra sin que él pudiera ya sostenerlo con sus brazos vigorosos y tenaces.

En la guerra inevitable, más dura de día en día, que se había entablado entre la Crécherie y el Abismo y que no podía terminar más que por la ruina de una de las dos fábricas, no sentía Lucas compasión de los Delaveau. Si el marido le parecía estimable viéndole tan duro en el trabajo, tan valiente al defender sus ideas, despreciaba a la mujer, a Fernanda, y hasta le inspiraba una especie de terror, porque adivinaba en ella una fuerza terrible de destrucción completa. La inmoral aventura que había sorprendido en la Guerdache, aquella conquista imperiosa de Boisgelin, infeliz buen mozo cuya fortuna estaba en camino de fundirse en manos de la mujer voraz, le inquietaba mucho, previendo futuros dramas. Toda su ansiosa compasión la guardaba para la buena y amable Susana, pues ella era la víctima, la única que sentía ver en aquella casa de armaduras podridas cuya techumbre iba a hundirse el día menos pensado. Había tenido que interrumpir un trato muy grato a su corazón; ya no frecuentaba la Guerdache y sólo sabía las noticias que le traía el azar. Todo parecía ir allí de mal en peor; crecían las exigencias disparatadas de Fernanda, sin que Susana encontrase más energía que la del silencio, reducida a cerrar

los ojos por temor a un escándalo. Un día Lucas la encontró en una calle de Beauclair con su Pablo de la mano; le había mirado con fijeza, en sus ojos se leía la pena y la amistad que conservaba, a pesar de la lucha a muerte, que, en adelante separaba ambas existencias.

En cuanto Lucas reconoció a Fauchard se puso a la defensiva, pues era su táctica evitar todo conflicto inútil con el Abismo. Aceptaba de buen grado los obreros que le llegaban de la próxima fábrica, pero no quería que pareciese que él los sonsacaba. Los compañeros decidían por sí solos de la admisión. Y como Bonnaire le había hablado varias veces de Fauchard, fingió creer que éste venía a ajustarse.

—¡Ah! ¿es usted, amigo mío? ¿Viene usted a ver si sus antiguos compañeros quieren hacerle sitio?

El obrero, como atontado otra vez, indeciso, incapaz de una resolución, empezó a balbucear frases incoherentes. Toda novedad le asustaba, por su rutina y ceguedad de animal amaestrado. De tal modo habían matado en él la iniciativa, que fuera de sus movimientos habituales no sabía hacer nada, lleno de un terror pueril. La nueva fábrica, los grandes talleres limpios y claros le impresionaban como un temible dominio en que él no podría vivir. Ya no sentía más que prisa por volver a su infierno negro y doloroso. Ragú se había chanceado. ¿Para qué cambiar de casa, si nada había seguro? Además, acaso confusamente se daba cuenta de que para él ya era tarde.

–No señor, no; todavía no... y bien quisiera, pero no sé si... más tarde veré, consultaré con mi mujer...

Lucas sonreía.

–Eso es, eso es; hay que tener contentas a las mujeres; hasta la vista, amigo mío.

Se fue Fauchard con paso torpe, pasmado él mismo del giro que había tomado su visita, pues estaba seguro de haber venido con la intención de pedir trabajo si la casa le gustaba y se ganaba allí más que en el Abismo. ¿Por qué, pues, se escapaba turbado por lo que le había parecido demasiado bueno, y con el sólo afán de refugiarse, de sumirse otra vez en el pesado sueño de su miseria?

Lucas habló un momento con Bonnaire, de una reforma que deseaba hacer en los laminadores. Pero Ragú tenía que presentar una reclamación.

–Señor Lucas, el viento ha roto tres vidrios más en la ventana de nuestro cuarto. Y ahora le advierto que no los pagaremos. Consiste en que nuestra casa es la primera que azota el aire de la llanura. Se hiela uno allí.

Siempre se quejaba; siempre tenía pretextos para estar descontento.

–Además, es bien sencillo; si usted quiere puede pasar por casa y lo verá. Se lo enseñará Josina.

En cuanto entró Ragú en la Crecherie procuró Soeurette, y consiguió al fin, que se casara con Josina; y el nuevo matrimonio ocupaba una de las casitas de la ciudad obrera entre la de Bonnaire y la de Bourrón. Hasta entonces, como se había corregido mucho, gracias al medio ambiente, la paz no se había turbado de modo grave. Había habido algunas disputas por causa de Nanet, que vivía con ellos. Josina, cuando tenía una disputa y lloraba, cerraba la ventana para que no la oyesen.

Una sombra había pasado por la frente de Lucas turbando el placer que le causaba siempre el visitar por la mañana los talleres.

–Eso es, Ragú –respondió simplemente–. Pasaré por casa de usted.

Cesó la conversación. El tren de los laminadores volvía a funcionar cubriendo las voces con su ruido de masticación gigantesca. Otra vez los lingotes deslumbradores pasaban y repasaban, alargándose a cada vuelta y saliendo en carriles. Y sin cesar los raíles se añadían a los raíles; parecía que la tierra iba muy pronto a estar surcada por ellos por todas partes. Para conducir a lo infinito la vida decuplada y victoriosa.

Todavía por un momento miró Lucas la labor bien cumplida, sonriendo a Bonnaire; animando con aire de camarada a Burrón y a Ragú, esforzándose por hacer brotar



de cada cuadrilla de trabajadores el fruto de amor, con la certeza que le animaba al verse en medio de la multitud infantil que era el porvenir.

Naturalmente, la Casa Comunal no era todavía más que un vasto edificio, limpio y alegre en que apenas se habían atendido más que a la mayor comodidad lo más barata posible. Las escuelas ocupaban una sala, y la otra la biblioteca, los juegos y los baños; la sala de Juntas y de fiestas así como ciertas oficinas ocupaban la parte central. Se dividían las escuelas en tres secciones: una venía a ser Asilo de maternidad para los más pequeños, donde podían dejar a sus hijos las madres ocupadas, aunque estuvieran casi en mantillas; una escuela propiamente dicha que comprendía cinco divisiones, con una instrucción completa, y una serie de talleres de aprendizaje a que asistían los alumnos alternando con las cinco clases, adquiriendo así oficios manuales a medida que sus conocimientos generales se desenvolvían. No estaban separados los sexos, niños y niñas crecían juntos, desde las cunas que se tocaban, hasta los talleres de aprendizaje que dejaban para casarse, pasando por las clases donde estaban mezclados, como lo estarían en la vida, sentados en los mismos bancos. Separados desde la infancia los dos sexos, educarlos, instruirlos de modo diferente ignorando el uno lo que es el otro, ¿no es hacerlos enemigos, pervertir y extraviar con el misterio la atracción natural, hacer que el hombre se destroce y que la mujer se reserve, siempre equivocándose?

Y no habrá paz hasta que el interés común se muestre a los que deben ser camaradas, conociéndose, habiendo aprendido a vivir en las mismas fuentes, poniéndolos juntos en camino para un vida lógica, sana, como debe ser.

Soeurette había ayudado mucho a Lucas en la instalación de las escuelas. Mientras Jordan se encerraba en su laboratorio, después de haber dado el dinero que había prometido, negándose en redondo a examinar las cuentas y a discutir lo que se había de hacer, su hermana atendía con pasión al nuevo pueblo que veían germinar y nacer ante sus ojos. Siempre había habido en ella algo de niñera, vocación de educar, de una enfermera; y su caridad que hasta entonces sólo había podido llegar a unos pocos infelices que le señalaban Marle, el cura, el doctor Novarre, o el maestro Hermeline, se había encontrado de repente con más ancho vuelo, con la numerosa familia de trabajadores que había que instruir, guiar, amar y que eran regalo de Lucas. Desde los primeros días había escogido su tarea ocupándose en la organización de las clases y de los talleres de aprendizaje, pero atenta, sobre todo, al Asilo de maternidad donde pasaba las mañanas entregada al amor de aquellas criaturas.

Cuando le hablaban de casarse respondía algo turbada y confusa, con su graciosa sonrisa de joven sin belleza: «¿Pues no tengo los hijos de los demás?» Había llegado a encontrar en Josina una auxiliar, que tampoco tenía hijos, aunque

casada. Todas las mañanas las empleaban al lado de las cunas, amigas ya, a pesar de la distancia que las separaba moralmente, pero unidas por los cuidados que prestaban a aquellos tiernos seres tan graciosos.

Pero aquella mañana cuando Lucas entró en la sala blanca y fresca, encontró sola a Soeurette.

–Josina no ha venido –dijo ella–. Ha mandado a decir que estaba indispuesta; creo que es cosa de poco cuidado.

Lucas tuvo una vaga sospecha y otra vez pasó una sombra por sus ojos.

Dijo lo que iba a hacer, sencillamente.

–Voy a pasar por su casa; veré si necesita algo.

Vino luego la visita de las cunas, que fue un encanto.

En la vasta sala blanca, estaban colocadas, blancas ellas también, a lo largo de las paredes también blancas. Menudos rostros de rosa dormitaban, sonreían. Mujeres de buena voluntad, con grandes mandiles que deslumbraban, con ojos de cariño, manos maternas, cuidaban con dulces palabras de aquella tierna infancia, gérmenes tan delicados todavía de humanidad, en los cuales, sin embargo, iba naciendo el porvenir. Pero había también niños ya crecidos, asomos de hombrecillos y de mujercitas, hasta de tres y cuatro años; a éstos se les dejaba en libertad; a los más

débiles, en sillas con ruedas, los otros a la buena ventura de sus piernas menudas, sin demasiadas caídas. Daba la sala a una galería llena de flores que comunicaba con un jardín. El gracioso rebaño jugaba al sol, en el ambiente tibio. Juguetes, muñecos sujetos con bramantes para divertir a los más pequeños, mientras los mayores tenían muñecas, caballos, carros que arrastraban con estrépito como héroes, en quien se despertaba la necesidad de la acción. Era un confortativo delicioso aquel mundo pequeño que brotaba de aquella suerte, con tanta alegría, en tal bienestar, para las faenas de mañana.

–¿No hay enfermos? –preguntó Lucas que se detenía con delicia rodeado de aquella blancura de aurora.

–¡Ca, no! Todos están magníficos hoy –respondió Soeurette–. Hemos tenido dos niños con sarampión antes de ayer, pero no he vuelto a recibirlos, ha habido que aislarlos.

Habían salido ambos al corredor por el que siguieron para continuar la visita por la Escuela próxima. Las grandes ventanas de las cinco clases daban también al jardín; y como hacía calor estaban abiertas de par en par, de suerte que sin entrar en las salas pudieron echar una ojeada a todas. Los maestros, desde el principio, seguían un programa nuevo; desde la primera clase en que se tomaba al niño que ni sabía leer, hasta la quinta, en que se separaban de él después de enseñarle lo elemental de los conocimientos generales,

necesarios para la vida, se esforzaban sobre todo en ponerle en presencia de las cosas y de los hechos, para que el saber lo sacase de las realidades del mundo. Tendía también su esfuerzo a despertar en él la necesidad del orden, a dotarle de un método para el uso cotidiano de la experiencia. Sin método no hay trabajo útil; es el método quien clasifica, quien permite adquirir siempre sin perder nada de lo ya adquirido.

Así, la ciencia de los libros quedaba, si no condenada, en segundo término, pues el niño sólo aprende bien lo que ve, lo que toca, lo que comprende por sí mismo. No se le hacía doblegarse como esclavo bajo dogmas indiscutibles, no se le imponía la personalidad tiránica del profesor: se encargaba a su iniciativa el descubrir la verdad, penetrarla, hacerla suya. No hay otro modo de hacer hombres; toda la energía individual de cada alumno se despertaba así, aumentada. También se habían suprimido los castigos y las recompensas, no se contaba ni con las amenazas ni con las caricias para obligar a los perezosos al trabajo.

No había perezosos, no había más que niños enfermos, niños que comprendían mal lo que se les explicaba mal, niños en cuyo cerebro la obstinación quería hacer entrar a palmetazos conocimientos que no eran para ellos. Bastaba, si se quería no tener más que buenos discípulos, utilizar el inmenso deseo de saber qué arde en el fondo de cada hombre, la curiosidad inextinguible del niño por todo lo que

le rodea hasta el punto de fatigar a todos con sus preguntas. La instrucción dejaba de ser una tortura, se hacía un placer sin cesar renovado desde el momento en que era atractiva y se contentaba con excitar las inteligencias, con dirigirlas sencillamente en sus descubrimientos. Cada cual tiene el derecho y el deber de formarse a sí mismo, y es preciso que el niño se forme también, que se le deje hacerse, en medio del ancho mundo, si se quiere que más tarde sea un hombre, una energía que ejecute, una voluntad que decida y dirija. Las cinco clases se iban desarrollando desde las nociones primeras hasta todas las verdades científicas adquiridas, con una emancipación lógica y graduada de las inteligencias. En el jardín había un gimnasio, juegos, ejercicios de todas clases, para fortalecer el cuerpo sano y sólido, a medida que el cerebro se desarrollaba también, enriqueciéndose con el saber. No hay buen equilibrio mental más que en un cuerpo de cabal salud. Para las primeras clases, sobre todo, los recreos eran largos, se empezaba por no exigir de los niños más que tareas cortas, variadas, proporcionadas a su resistencia. La regla era encerrarlos lo menos posible, se daban con frecuencia lecciones al aire libre, se organizaban paseos, y se les instruía en medio de las cosas que tenían que conocer, en las fábricas, ante los fenómenos de la naturaleza, entre los animales, las plantas, las aguas, las montañas. A la realidad de los seres animados y de las cosas, a la vida misma se pedía lo mejor de la enseñanza, en la convicción de que toda la ciencia no debe tener más objeto que vivir bien la vida. Fuera de las nociones generales se

procuraba además darles la noción de humanidad, de solidaridad. Crecían juntos, vivirían siempre juntos. Sólo el amor era el lazo de unión, de justicia, de felicidad. En él estaba el pacto indispensable y suficiente, pues basta amarse para que reinase la paz. Este universal amor que se extenderá de la familia a la nación, de la nación a la humanidad, será la única ley de la venturosa ciudad futura. Se desenvolvía este amor en los niños haciendo a cada cual interesarse por los demás; los más fuertes vigilaban a los más débiles, todos ponían en común sus estudios, sus juegos, sus pasiones nacientes. Y el fruto que se esperaba eran los hombres fortificados por los ejercicios del cuerpo, instruidos por la experiencia en plena naturaleza, enlazados por la inteligencia y el corazón, convertidos en hermanos.

Hubo risas, gritos, y Lucas se inquietó, pues no solía faltar a veces a un poco de desorden. En medio de una de las clases, acababa de distinguir a Nanet en pie, causa sin duda del tumulto.

–¿Ese Nanet sigue dándoles a ustedes qué hacer?  
–preguntó Lucas a Soeurette–. Es el diablo ese chiquillo.

La joven sonrió con aire indulgente.

–Sí, no siempre anda derecho. Pero otros hay tan enredadores. Se empujan, se pegan, y obedecen mal. Pero así y todo son excelentes diablillos; Nanet es un famoso

galopín, muy valiente y muy cariñoso... pero cuando están quietos nos asustan, nos figuramos que están malos.

Después de las clases, al otro lado del jardín, estaban los talleres de aprendizaje. Había cursos de los principales oficios manuales, los niños se ejercitaban en ellos, menos por aprenderlos a fondo que por conocer su conjunto y determinar así la vocación. Tales cursos se simultaneaban con los estudios propiamente dichos. Desde las primeras nociones de lectura y escritura se ponía un útil en manos del niño, enfrente, al otro lado del jardín; y si por la mañana estudiaba gramática, matemáticas, historia, cultivando su inteligencia, por la tarde trabajaba con los menudos brazos para dar vigor y destreza a los músculos. Eran como útiles recreos, descanso del cerebro, plácida lucha de actividad. Se había admitido el principio de que todo hombre debe saber un oficio mecánico, de suerte que cada alumno al salir de las Escuelas no tenía más que escoger el oficio que le gustase para perfeccionarse en él en el taller verdadero. También se cultivaba la belleza; los niños pasaban por cursos de música, de dibujo, de pintura, de escultura en los cuales, para las almas despiertas, nacían las alegrías de la existencia. Aún para los que habían de limitarse a los primeros elementos, era aquello un ensancharse el mundo; la tierra entera adquiría una voz, las vidas más humildes se embellecían con un esplendor. En el jardín, al acabar los días hermosos en las brillantes puestas de sol se reunía a los niños, se les hacía



cantar estrofas de paz y de gloria, se les exaltaba con espectáculos de verdad y de inmortal belleza.

Terminaba Lucas su visita diaria, cuando vinieron a anunciarle que dos aldeanos de Combettes, Lenfant e Ivonnot, le esperaban en la oficina que daba a la gran sala de juntas.

–¿Vienen por la cuestión del arroyo? –preguntó Soeurette.

–Sí –respondió Lucas–, me han pedido una entrevista, pero yo también deseaba mucho verlos, pues he vuelto a hablar con Feuillat el otro día, y estoy convencido de que es necesario que se entiendan la Crécherie y Combettes, si queremos vencer. Le escuchaba la joven sonriendo, pues no ignoraba ninguno de sus proyectos de fundador de un pueblo; y después de estrecharle la mano, se volvió con paso discreto y tranquilo hacia las cunas blancas, de que había de salir el pueblo futuro que se necesitaba para realizar aquel sueño.

Feuillat, el colono de la Guerdache había acabado por renovar su arriendo con Boisgelin, en condiciones desastrosas para ambas partes. Había que vivir, como él decía; y el sistema del arrendamiento se había hecho tan defectuoso que no podía dar buenos resultados. Era hasta la bancarrota de la tierra. Por eso, Feuillat de un modo sordo, como hombre testarudo, dominado por una idea que a nadie decía, continuaba provocando un experimento cuyo

ensayo hubiera querido ver cerca de su caserío: la reconciliación de los aldeanos de Combettes, separados por antiguos odios, la reunión, en cultivo común, de sus pobres terrones divididos a lo infinito; la creación de un vasto dominio único, de donde sacaran toda una riqueza aplicando los principios de gran cultivo intensivo.

Y como era hombre de trastienda, si el ensayo salía bien, pensaba decidir a Boisgelin a dejar que entrasen sus tierras en la asociación nueva. Si se negaba, los hechos acabarían por obligarle. Había en Feuillat, callado, doblegándose a la servidumbre inevitable, algo de un apóstol astuto y pacienzudo, resuelto a ganar el terreno paso a paso, sin cansarse. Su primer éxito bueno había sido reconciliar a Lenfant y a Yvonnot, cuyas familias vivían en disputa secular. Elegido Lenfant alcalde por el consejo, y el otro adjunto, les había hecho comprender que ellos serían los amos el día que estuvieran de acuerdo. Después, los había llevado lentamente a su idea de una inteligencia general, si el concejo quería salir de la desastrosa rutina en que vegetaba y encontrar en la tierra una fuente de fortuna inagotable. Justamente por entonces se fundaba la Crécherie, y la ponía por ejemplo hablando de su prosperidad creciente.

Llegó a poner en relación a Lenfant y a Yvonnot con Lucas, aprovechando una cuestión de aguas que hubo que arreglar entre Combettes y la Crécherie. Por esto el alcalde y su adjunto estaban en la fábrica aquella mañana. Al punto

Lucas les concedió lo que venían a pedir, con un aire bonachón que los tranquilizó un poco a pesar de su continua desconfianza.

–Convencido, señores. La Créchérie canalizará en adelante todas las aguas que ha recogido entre las peñas, y dejará ir las que no emplee al arroyo de Gran–Jean que atraviesa vuestro concejo, antes de unirse al Mionna. Con pocos gastos, si hacéis depósitos, tendréis un poderoso medio de riego, y triplicaréis la calidad de vuestras tierras.

Lenfant, gordo y pequeño, meneó la cabezota con aire de lenta reflexión.

–Eso, de todos modos, costará mucho dinero.

Pequeño y flaco, de cara muy morena, con boca de mal genio, Ivonnot exclamó:

–Y luego señor, lo que nos inquieta, es que, la tal agua al repartirla, va a ser causa otra vez de que todos nos enredemos. Usted es un buen vecino, sin duda, porque nos la da, y se lo agradecemos. ¿Pero cómo conseguir que cada cual tenga la parte que le toca, sin creer que los demás le roban?

Lucas sonreía, alegrándose de tal pregunta que iba a permitirle tratar el asunto que le preocupaba y por el que había deseado tanto verlos.

–Pero el agua que fecunda, debe ser de todos, como el sol que alumbra y calienta, como la tierra misma que engendra y alimenta. En cuanto al mejor medio de reparto, es no repartir, dejar en común lo que la naturaleza da en común a todos los hombres.

Los aldeanos comprendieron, callaron un instante; los ojos en el suelo.

Lenfant, el más reflexivo, tomó la palabra.

–Sí, sí, ya sabemos; el colono de la Guerdache nos ha hablado de eso... Claro que es una buena idea esa de entenderse todos como han hecho ustedes aquí; juntar el dinero y la tierra, los brazos y los aperos, y después repartir los beneficios. Parece seguro que se ganaría más y se estaría mejor. Pero, con todo, habría riesgos que correr, y creo que habrá que hablar mucho todavía antes de convencer a todos, en Combettes.

–Eso de fijo –apoyó Ivonnot con ademán brusco–. Nosotros dos, ¿entiende usted? estamos casi de acuerdo, y no nos oponemos mucho a las novedades. A los demás habrá que conquistarlos, y ha de costar trabajo, se lo advierto.

Era la desconfianza del aldeano respecto de todas las transformaciones sociales, relativas a la forma actual de la

sociedad; y como Lucas la conocía, esperaba la respuesta y continuó sonriendo.

¡Abandonar su pedazo de tierra, que se ha amado tanto durante siglos, de padre e hijo, confundirlo con los pedazos de otros, era como arrancarse algo del alma! Pero los disgustos cada vez más crueles, aquella quiebra del terruño demasiado dividido que sumía a los cultivadores en la desesperación y el despego del trabajo, debían de convencerles de que no hay salvación posible más que en la unión, en la inteligencia de todo el común pudiendo crear un vasto dominio. Habló Lucas; probó que el buen éxito sería en adelante para las asociaciones, que había que trabajar en grandes campos, con máquinas poderosas para labrarlos, sembrar y recoger, con abundantes abonos, fabricados químicamente en fábricas próximas, con riegos continuos, decuplando las cosechas. Si el esfuerzo del aldeano aislado concluía en el hambre, una riqueza prodigiosa se produciría en cuanto todos los vecinos de una aldea se asociasen para producir en grandes cantidades y tener las máquinas, los abonos y las aguas necesarias. Se llegaba a hacer el suelo y se conseguía en él una extraordinaria fecundidad limpiándolo de piedras, abonándolo, regándolo. Se llegaría hasta a calentarlo y ya no habría estaciones. Una hectárea bastaría para alimentar a dos o tres familias. Ya cuando se trabajaba en un campo limitado se obtenían milagros, una continua producción de legumbres y frutas. La población de Francia podía triplicarse,

el suelo la alimentaría con holgura si era cultivado con lógica, con la armonía de todas las fuerzas creadoras. Y esto traería también la dicha; tres veces menos de trabajo penoso, el aldeano libertado al fin de las antiguas servidumbres, a salvo del prestamista, cuya usura le roe; sin temor de que le aplasten ni el gran propietario ni el Estado.

–Todo eso es muy bonito –declaró Lenfant con aire reflexivo.

Pero Ivonnot se entusiasmaba más pronto.

–¡Ah caramba, si eso fuera cierto seríamos muy brutos, no probando a ver!..

–Ya veis lo que hemos conseguido nosotros en la Crèche –dijo entonces Lucas, que tenía de reserva este argumento del ejemplo–. Apenas hace tres años que empezamos, y los negocios van bien; todos nuestros obreros asociados comen carne, beben vino, ya no tienen deudas ni temen el porvenir. Preguntadles, y sobre todo visitad nuestra fundición, los talleres, las habitaciones, la Casa Comunal, todo lo que hemos construido y creado en tan poco tiempo. Ese es el fruto de la unión; vosotros haréis prodigios en cuanto os unáis.

–Sí, sí, ya hemos visto, ya sabemos –respondieron los aldeanos.

Y era verdad; habían visitado con curiosidad la Crécherie antes de hacer llamar a Lucas, calculando las riquezas ya adquiridas, y asombrados de aquella Ciudad feliz que nacía con tanta rapidez; y se preguntaban qué provecho sacarían ellos si se asociaban así. La fuerza de la experiencia los penetraba, los conquistaba poco a poco.

–Pues, bueno, ya que sabéis, la cosa es sencilla –replicó Lucas alegre–. Nosotros necesitamos pan, nuestros obreros no pueden vivir si vosotros no hacéis que salga el trigo necesario. Vosotros necesitáis útiles, azadones, carretas, máquinas hechas con el acero que nosotros fabricamos. Y así, la solución del problema es muy fácil; no hay más que entenderse; nosotros os daremos acero, vosotros nos dar is trigo y estaremos todos de acuerdo y todos viviremos contentos. Pues somos vecinos y vuestras tierras lindan con nuestra fábrica, y nos necesitamos unos a otros absolutamente, es lo mejor vivir como hermanos, asociarnos para bien de cada cual, de modo que seamos una sola familia.

Esta honradez sencilla anim  a Lenfant y a Ivonnot. Jamás la reconciliación, la necesaria inteligencia entre el aldeano y el obrero industrial se había planteado tan claramente. Desde que la Crécherie funcionaba, se desarrollaba, Lucas venía soñando con englobar en su asociación todas las demás fábricas secundarias, todas las industrias diversas que vivían de ella y alrededor de ella. Bastaba que hubiese

allí un foco productor de una materia primera, el acero, para que pululasen las manufacturas. Se trataba de la fábrica Chodorge que fabricaba clavos, la Chauser que fabricaba guadañas, la Miranda que fabricaba máquinas agrícolas; y también de un antiguo tirador, Hordoir, cuyos martinetes, movidos por un torrente, funcionaban todavía en las gargantas de los montes Bleuses. Todos estos se verían obligados algún día, si querían vivir, a venir a unirse con sus hermanos de la Crécherie, sin los cuales no podrían existir. También los obreros de construcciones, los de vestidos, los de la gran zapatería del alcalde Gourier serían arrastrados, se entenderían, darían casas, vestidos, zapatos, si querían tener en cambio instrumentos y pan. La Ciudad futura no se realizaría más que por este acuerdo universal, la comunión del trabajo.

–En fin, señor Lucas –dijo Lenfant prudente–, son estos asuntos demasiado graves para decidirse de un golpe. Pero le prometemos pensar en ello, y hacer lo que podamos, para que haya en Combettes la inteligencia que hay entre ustedes.

–Eso es, señor Lucas –apoyó Ivannot–. Ya que conseguimos reconciliarnos Lenfant y yo, que no es poco, bien podemos emplearnos en procurar que los demás se reconcilien también. Y Feulliat, que es muy largo, nos ayudará.



Al marchar, volvieron a lo de las aguas, que Lucas se comprometía a llevar a Grand-Jean. Todo se arregló. Llevaban la idea de que les serviría mucho en su campaña para la unión del asunto del riego, que iba a obligar a todo el vecindario a no tener más que un interés y una voluntad.

Lucas, que los acompañaba, les hizo atravesar el jardín, donde les esperaban Arsenio y Olimpia, Eugenia y Nicolás, que habían tenido que traer consigo para enseñarles la Créchérie, de que tanto se hablaba en la comarca. Justamente acababan de salir los escolares de las cinco clases, por ser horas de recreo; lo que animaba el jardín con alegre turbulencia. Las faldas de las chiquillas volaban a la luz del sol, saltaban los muchachos como cabritos; todo era allí carcajadas, cánticos y gritos; el florecer de deliciosa infancia entre el césped y el follaje.

Vio Lucas a Soeurette enfadada y riñendo en medio de un grupo de cabezas rubias y morenas. Estaba en primera fila Nanet, crecido, próximo a los diez años, con su cara redonda, valiente y alegre, bajo la luna enredada de su cabeza de corderillo, color de avena madura. Detrás de él, se agrupaban los cuatro Bonnaire: Luciano, Antonieta, Zoa, Severiano, y los dos Bourron: Sebastián y Marta. Todos delincuentes, sin duda, desde los más jóvenes, que tenían cinco años, a los más viejos, que iban a cumplir diez. Parecía ser que Nanet era el jefe de la banda culpable, pues él

respondía y discutía, como galopín de malas pulgas, empeñado en no dar nunca su brazo a torcer.

–¿Qué pasa? –preguntó Lucas.

–Cosas de Nanet, otra vez –respondió Soeurette–. Ha ido otra vez al Abismo; a pesar de estar prohibido en absoluto; acabo de saber que ayer tarde ha llevado consigo a todos éstos, y esta vez ha saltado por encima de la pared.

En efecto, al extremo de los vastos terrenos de la Créchérie, una pared medianera los separaba de los del Abismo. Pero había una antigua puerta en el ángulo en que estaba el jardín de los de Delaveau. Sólo se cerraba con cerrojo, pero éste estaba siempre echado, y con fuerza, desde que había cesado toda la relación.

Nanet protestaba.

–Por de pronto, no es verdad que hayamos saltado todos por encima de la pared. He saltado yo solo, y después he abierto la puerta a los demás.

Lucas, descontento, se enfadó también.

–Ya sabes que más de diez veces se os ha prohibido pasar al otro lado de la pared. Acabaréis por hacernos tener graves disgustos, y os repito, a ti y a todos, que todo esto está muy mal hecho.

Saltándole los ojos, le oía Nanet, conmovido por haberle disgustado, como buen muchacho que era en el fondo, pero sin comprender nada. Si había pasado por encima de la pared, para hacer entrar a los demás, era porque Nisa Delaveau aquella tarde tenía amigos en casa, Pablo Boisgelin y Luisa Mazelle y un montón de niños de señores, muy alegres, y por esto habían querido jugar todos juntos. Nisa Delaveau parecía muy amable.

–¿Por qué hemos hecho tan mal? –repitió estupefacto–; no hemos hecho mal a nadie, y nos hemos divertido mucho unos con otros.

Y dijo qué niños estaban allí; contó lo que habían hecho. Juegos lícitos, pues no habían roto las plantas ni arrojado a los arriates las piedras de los caminos.

–Es muy amiga nuestra, Nisa –dijo concluyendo–, me quiere mucho, y yo a ella, desde que somos amigos.

Lucas no quiso sonreír. Pero en su corazón ablandado se levantaba una visión, estos niños de las dos clases fraternizando por encima de las cercas, jugando y riendo juntos, en medio de los odios y las luchas que separaban a los padres. ¿Era que la paz futura de la ciudad iba a florecer con ellos?

–Es posible –dijo–, que Nisa sea graciosa y que os entendáis bien; pero se ha convenido que ellos se queden en su casa y nosotros en la nuestra, para que nadie se queje.

Soeurette, vencida también por el encanto de aquella inocente niñez, le miró con ojos llenos de paz, tan llenos de perdón, que añadió con dulzura:

–Vamos, hijos míos, quedamos en que no volveréis a las andadas, porque nos disgustaríais.

Cuando Lenfant e Yvonnot se despidieron definitivamente, llevándose a Arsenio y Olimpia, a Eugenia y Nicolás, que se habían mezclado en los juegos, y marchaban con pena, Lucas pensó en volver a casa, terminada su visita diaria, pero antes se acordó de que había prometido ver a Josina, y resolvió ir a su casa. Buena mañana había sido aquélla; se volvía contento latiéndole el corazón de esperanza. Primero, aquel día, la Casa Comunal, con sus tejas barnizadas y algunos azulejos que la adornaban, le había parecido de una alegría próspera bajo el límpido sol. Los talleres olían a trabajo provechoso; los almacenes comenzaban a rebosar provisiones. Después venía su esperanza de ver a los aldeanos de Combette asociarse, ensanchar el experimento, asegurar el triunfo, dando trigo a cambio de útiles y máquinas. Eran también como una promesa que bastaba para arreglarlo todo, las escuelas preparando el porvenir, el jardín en fiesta, lleno de revuelo de los niños, en los que florecía el mañana. Y ahora atravesaba su ciudad naciente,

las casitas blancas que brotaban por todas partes, entre la verdura. El constructor que llevaba en sí, gozaba a cada nuevo edificio que se añadía a los otros, agrandando el lugar nacido la víspera ¿no era aquella su misión? ¿cosas y seres animados, no iban a surgir y agruparse a su voz? Sentía en sí fuerza bastante para mandar a las piedras, hacerlas levantarse, alinearse en albergues humanos, en edificios públicos donde alojaría a la fraternidad, a la verdad, a la justicia. Todo aquello no era más que sembrar todavía; estaban en los cimientos, en los tanteos del principio. Pero, en ciertos días de contento, tenía la visión del pueblo futuro y el corazón le cantaba en el pecho.

La casa ocupada por Ragú y Josina, una de las primeras que se habían construido, estaba cerca del parque de la Créchérie, entre las de Bonnaire y la de Bourron.

Atravesaba Lucas la calle cuando distinguió a lo lejos, en la acera, un grupo de comadres en gran conversación; reconoció pronto a la señora Bonnaire y a la señora Bourron, que parecía que daba noticias a la señora Fauchard, que había ido, como su marido, aquella mañana, para saber si la nueva fábrica era la jauja de que hablaban. Con voz agria y gesto duro, la señora Bonnaire, la Pelos, como la llamaban, no debía de embellecer el cuadro, siempre malhumorada y descontenta, sin poder estar a gusto en ninguna parte, amargando su vida y la ajena. Al principio parecía alegrarla el que su marido hubiese encontrado trabajo en la

Crécherie, pero después de haber soñado con una parte inmediata de grandes beneficios, ahora rabiaba ya, por si tenía que esperar mucho tiempo, y su gran agravio era que aún no llegaba a poder comprarse un reloj que deseaba hacía años.

Babette Bourron, por el contrario, siempre encantada, era inagotable en las alabanzas de las ventajas de su instalación, satisfecha sobre todo porque su marido ya no volvía borracho con Ragú. Entre ambas, la señora Fauchard, más flaca, la sin fortuna y doliente que nunca estaba contenta, parecía perpleja, inclinándose a la Pelos; a creerlo perdido todo; tan convencida estaba de que para ella ya no había dicha posible en el mundo.

El ver a la Pelos y a la Fauchard murmurando así, en son de queja, desagradó a Lucas; se le agrió el buen humor, pues no ignoraba el trastorno que las mujeres amenazaban traer a la futura organización de paz, de trabajo y de justicia. Comprendía que eran omnipotentes; por ellas y para ellas hubiera querido fundar su ciudad, y perdía valor cuando se encontraba con las malas, hostiles, o siquiera indiferentes, que en vez de ser el auxilio esperado, podían convertirse en obstáculo, en elemento destructor, capaz de aniquilarlo todo. Saludó al paso, mientras las mujeres callaban con expresión de alarma, como cogidas en una mala acción.

Cuando entró Lucas en casa de Ragú, vio a Josina sentada, cosiendo, delante de una ventana. Pero la labor se le había

caído sobre las rodillas, y ella soñaba, tan abstraída, que no le oyó siquiera, mirando algo lejano. La contempló un instante sin acercarse. Ya no era la niña infeliz, azotacalles, muerta de hambre, mal vestida, de pobre rostro, de miseria, de cabellera enmarañada. Tenía veintiún años y estaba adorable con su vestido de tela azul, fino; de talle esbelto y delicado, mas no flaco, con los hermosos cabellos, cenicientos, ligeros como seda, que eran cual floración delicada de su rostro delicioso, un poco largo; con sus ojos azules, rientes, boca pequeña, con frescura de rosa. Estaba en su cuadro propio, en aquel comedor tan limpio, tan alegre, con muebles de pino barnizado; la habitación que prefería en su casita, donde había entrado tan contenta, y que hacía tres años se complacía en cuidar y embellecer. ¿Con qué soñaba Josina, así pálida y triste? Cuando Bonnaire había decidido a Ragú a seguirle juntándose a los compañeros de la Crèche, se había creído ella libre de toda pena.

En adelante tendría una casa agradable, el pan asegurado, y a Ragú corregido, en cuanto no hubiese los disgustos de la fábrica. Y la buena suerte no se había desmentido, había acabado por casarse con ella, ante el deseo formal de Soeurette, sin que Josina sintiese con tal matrimonio la alegría que hubiera tenido al principio de sus relaciones; ni había aceptado siquiera hasta después de consultar con Lucas, que seguía siendo su dios, el salvador, el dueño; y en el fondo de su corazón estaba oculta la alegría divina, la

emoción que había sentido al pedir tal permiso, en el minuto de angustia que adivinó en Lucas antes de que él se resignara a consentir. ¿No era aquella la solución mejor, la única posible? No podía casarse más que con Ragú, ya que éste quería. Lucas había tenido que parecer contento, en bien de ella, conservándole el mismo afecto después del matrimonio, mirándola sonriente siempre que la encontraba, como para preguntarle si era feliz. Y Josina sentía el pobre corazón desesperado, deshecho con no saciadas ansias de cariño.

Tembló suavemente, saliendo del ensueño como advertida por un soplo, y se volvió y reconoció a Lucas, que sonreía afectuoso e inquieto.

–Hija mía, vengo porque Ragú asegura que están ustedes muy mal en esta casa, que está expuesta a todas las corrientes de aire de la llanura, y que el viento ha roto otros tres vidrios en la ventana de su cuarto de ustedes.

Le oía ella, sorprendida y confusa, sin saber cómo no decir lo contrario que su marido, sin mentir.

–Sí, señor Lucas; se han roto unos cristales, pero no estoy segura de que haya sido el viento. Verdad es que, cuando sopla de esa parte, nos toca a nosotros –temblaba su voz, y no pudo contener dos gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas. Ragú había sido quien, en un arranque, había roto los cristales, queriendo tirarlo todo por la ventana.



–¿Llora usted, Josina? Vamos, hable, confiésese conmigo. Ya sabe que soy su amigo.

Se había sentado cerca de ella, muy conmovido, participando de su pena; pero ella ya había enjugado las lágrimas.

–No, no; no es nada. Dispénsame usted; es que me encuentra en un momento malo; cuando iba a perder la calma y atormentarme.

En vano luchó ella; tuvo que confesar. Ragú no se aclimataba en aquel medio de orden, de paz, de esfuerzo lento y continuo hacia una existencia mejor. Parecía tener una nostalgia de la miseria, del sufrimiento, de aquel salario de que había vivido, murmurando contra el patrono; pero acostumbrado al yugo de la esclavitud, consolándose en la taberna, con la embriaguez, en una rebeldía de palabras impotentes. Echaba de menos los talleres negros y sucios, la guerra sorda con los jefes, las riñas estrepitosas con los compañeros, todos aquellos abominables días de odio que acababan en casa, pegando a la mujer y a los hijos.

Había empezado por burlarse, y llegaba a las acusaciones, llamando a la Créchérie gran cuartel, prisión en que no había ninguna libertad, ni la de beber un vaso de más, si a mano viene. Hasta lo presente, no se ganaba más que en el Abismo, y había una porción de cuidados, la inquietud de que aquello no marchase y no hubiera nada que cobrar, el

día del reparto de los beneficios. Hacía dos meses corrían muy malos rumores, se decía que aquel año había que apretarse el vientre, por causa de la compra de máquinas nuevas. Sin contar con que los almacenes cooperativos funcionaban, a menudo, mal: a veces le mandaban a uno patatas cuando se había pedido petróleo, o le olvidaban a usted, y tenía que volver al despacho de distribución antes de verse servido. Y se burlaba, se enfadaba y llamaba a la Créchérie sucia barraca, de donde pensaba escapar.

Hubo un silencio penoso; Lucas estaba sombrío, pues había alguna verdad en el fondo de tales recriminaciones. Era el rechinar inevitable de la máquina nueva todavía; y, sobre todo, los rumores que corrían, las dificultades de aquel año, le afectaban tanto más cuanto que temía verse, en efecto, obligado a pedir ciertos sacrificios a los obreros para no comprometer la prosperidad de la casa.

–¿Y Bourron grita con Ragú, no es eso? –preguntó–, ¿pero ha oído usted quejarse jamás a Bonnaire?

Con la cabeza contestó Josina que no. En esto, por la ventana abierta se oyeron las voces de las tres mujeres que seguían en la acera. Debía de ser la Pelos, olvidada de todo, chillaba, con su afán continuo de alborotarse y morder. Si Bonnaire callaba, como hombre reflexivo, cuya razón consentía en las largas experiencias, su mujer bastaba para amotinar a todas las comadres de la naciente aldehuela. Y

volvió a verla Lucas entristeciendo a la Fauchard, anunciando la ruina próxima de la Créchérie.

–Entonces, Josina –añadió lentamente–, ¿no es usted feliz?

Quiso ella protestar de nuevo.

–¡Oh!, señor Lucas, ¿cómo no he de serlo, cuando tanto ha hecho usted por mí?

Pero las fuerzas la hicieron traición; otras dos lágrimas asomaron a sus ojos, resbalando por las mejillas.

–Ya lo ve usted, Josina, no es usted feliz.

–No lo soy, es verdad; pero ni usted puede hacer nada, ni tiene la culpa. Ha sido para mí como un dios. Qué hemos de hacer. Si nada puede cambiar el corazón de ese desdichado... Vuelve a ser malo, ya no aguanta a Nanet; anoche por poco lo rompe todo, y me pegó porque decía que el niño le contestaba de mala manera. Déjeme usted, señor Lucas. Estas son cosas mías, y le prometo atormentarme lo menos que pueda.

Los sollozos entrecortaban sus palabras temblorosas, que apenas se entendían; Lucas, impotente, sentía crecer en él la tristeza. Toda la mañana alegre, se oscurecía; sentía el hielo de un soplo de duda, perdía la esperanza, que era su fuerza y su alegría, él, tan valiente. Cuando las cosas

obedecían, cuando el buen éxito material parecía asegurarse, ¿no podría cambiar a los hombres, desenvolver en los corazones el divino amor, la flor fecunda de bondad, de solidaridad? Si los hombres permanecían en el odio, en la violencia, su obra no se cumpliría; y ¿cómo despertarlos a la ternura, cómo enseñarles la felicidad? Aquella querida Josina, que había ido a buscar tan abajo, que había salvado de tan atroz miseria, era para él la imagen de su empresa. Esta no se cumpliría mientras Josina no fuese feliz. Era la mujer, la mujer miserable, la esclava, la carne de trabajo y de placer, cuyo salvador había soñado ser él. Por ella y para ella, sobre todo, entre todas las mujeres, se levantaría la ciudad futura. Y si Josina seguía siendo desgraciada, era que todavía nada sólido se había fundado, que todo había que hacerlo todavía. Previó en su enojo días de dolor, tuvo la neta sensación de que una terrible lucha iba a empeñarse entre el pasado y el porvenir, y de que él mismo dejaría en ella sus lágrimas y su sangre.

–No llore usted, Josina, valor; yo le juro que será tan feliz, porque es preciso para que todo el mundo lo sea.

Había dicho esto tan cariñosamente que pudo hacerla sonreír.

–Valiente lo soy, señor Lucas, bien sé que no me abandonará usted, y que acabará usted por vencer, porque usted es la bondad y el valor. Esperaré, se lo juro, aunque tenga que esperar toda la vida.

Era como un compromiso, un cambio de promesas en la esperanza de la dicha futura. Lucas se puso en pie, le cogió las manos aprentándoselas, y sintió que ella también oprimía las suyas; no hubo entre ellos más caricia que esta, esta caricia de algunos segundos. ¡Qué sencilla existencia de paz y de alegría se hubiera podido vivir en aquel reducido comedor, con muebles de pino barnizados, tan risueño y limpio!

–Hasta la vista, Josina.

–Hasta la vista, señor Lucas.

Se volvió él a casa, siguió por el terraplén, por cuyo fondo pasaba el camino de Combettes, cuando otro encuentro, el último, le detuvo un instante. Acababa de distinguir al señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado, que iba a lo largo de los terrenos de la Crécherie. Esta aparición le recordó otras repetidas de este anciano enfermo, en este coche, sobre todo la primera, cuando le había visto pasar por delante del Abismo, mirando, con sus ojos claros, los edificios ahumados y resonantes de la fábrica en que él había fundado la fortuna de los Qurignon. Pasaba ahora por delante de la Crécherie, miraba sus edificios nuevos y que alegraba el sol, con los mismos ojos claros que parecían vacíos. ¿Por qué se había hecho llevar hasta allí dando una vuelta entera, como para un examen completo? ¿Qué pensaba, qué juzgaba, qué comparación quería establecer? Acaso era una casualidad aquel paseo, el capricho de un

pobre viejo que volvía a la infancia. Y, mientras el criado caminaba más despacio, el señor Jerónimo levantaba su ancho rostro, de grandes facciones regulares, rodeado de grandes cabellos blancos, con aire grave e impasible, examinándolo todo, no dejando pasar ni una fachada, ni una chimenea sin un vistazo, como queriendo darse cuenta de este pueblo nuevo que brotaba así junto a la casa que él mismo había creado en otro tiempo.

Hubo un incidente que impresionó a Lucas. Otro viejo, también enfermo y que arrastraba las piernas hinchadas, venía por la carretera al encuentro del cochecillo. Era el tío Lunot, grueso, de carnes fofas y pálidas, que seguía con los Bonnaire, y que los días de sol daba cortos paseos por delante de la fábrica. Al principio, debilitada la vista, no debió de reconocer al señor Jerónimo. Luego, sobresaltado, se apartó, se arrimó a la pared como si el camino no fuera bastante ancho para los dos; y alzando su sombrero de paja se inclinó, saludando profundamente. Era el homenaje que prestaba al antiguo Qurignon, al patrono fundador, el primero de los Ragú, asalariado y padre de asalariados. Tras él, años y siglos de trabajo, de sufrimiento, de miseria, se inclinaban en este saludo tembloroso. Al pasar el amo, aún herido por el rayo, el viejo esclavo que tenía en la sangre la cobardía de las servidumbres seculares, se turbaba y se inclinaba. El señor Jerónimo no le vio siquiera. Pasó con su aspecto de ídolo pasmado, continuando el examen de los talleres nuevos de la Crèche, tal vez sin verlos.

Lucas se había estremecido. ¡Había que destruir aquel pasado! ¡Había que arrancar del hombre viejo aquella cizaña molesta y venenosa! Miró a su pueblo, que apenas salía de la tierra, comprendió con qué trabajo, en medio de qué obstáculos crecería y prosperaría. Sólo el amor y la mujer y el niño acabarían por vencer.

## CAPÍTULO VII

EN LOS CUATRO años que la Crécherie llevaba de vida, un odio sordo subía de Beauclair contra Lucas. Primero había sido un asombro hostil, bromas maliciosas; pero en cuanto se habían lastimado los intereses había aparecido la cólera, la necesidad de defenderse con furia, con toda clase de armas, luchando contra el enemigo público.

La primera alarma se produjo, sobre todo, en los comerciantes al por menor.

Los almacenes cooperativos de la Crécherie, objeto de burlas cuando se abrieron, prosperaban. Poco a poco adquirían parroquianos, no sólo entre los obreros de la fábrica, sino entre todos los vecinos, que se asociaban. No hay que decir si los antiguos proveedores se asustaban ante esta terrible competencia con aquellas nuevas tarifas que



bajaban el precio de los artículos en una tercera parte. Era la lucha imposible, la ruina a corto plazo, si aquel Lucas de maldición llegaba a vencer con su desastrosa idea de querer que la riqueza estuviese mejor repartida y que, para comenzar, los humildes de este mundo pudiesen vivir mejor. Los carniceros, los especieros, los panaderos, los taberneros, iban a verse obligados a cerrar las tiendas, y que se podía pasar muy bien sin su mediación, evitando dejarles entre las manos un dinero inútil. Abominación, gritaban, la sociedad crujía y se desmoronaría el día en que ellos no pudieran agravar, con sus ganancias de parásitos, la miseria de los pobres.

Los Laboque, quincalleros, antiguos búhoneros de feria que habían llegado a tener una especie de gran bazar en la esquina de la calle de Brias y de la Plaza de la Alcaldía, fueron los más impresionados. El precio de los hierros de comercio había bajado mucho en la región desde que la Crécherie los fabricaba en considerables cantidades; y era lo peor que, dado el movimiento de asociación que se apoderaba de las pequeñas fábricas vecinas, parecía que llegaba el momento en que los consumidores, sin recurrir a los Laboque, iban a procurarse directamente en los almacenes cooperativos los clavos de los Chodorge, las guadañas y podaderas de los Hausser, las máquinas y útiles agrícolas de los Miranda. Ya, sin contar los hierros, los almacenes de la Crécherie suministraban varios de estos artículos, y el número de negocios del bazar bajaba cada día. De modo que los

Laboque vivían en perpetua cólera, exasperados con lo que llamaban el envilecimiento de los precios, considerándose como robados desde el punto en que se impedía a su rueda inútil tragarse energía y riqueza, sin provecho más que para ellos. Se habían hecho, naturalmente, centro activo de hostilidad y de oposición, el foco donde se encendían poco a poco todos los odios, suscitados por las reformas de Lucas, cuyo nombre sólo se pronunciaba con execración. Allí concurrían el carnicero Dacheaux, balbuciente de rabia reaccionaria, y el especiero tabernero Caffiaux, más frío, envenenado por el rencor, pero atento a su interés. Hasta la hermosa señora Mitaine, la panadera, venía a veces quejándose de que perdía parroquianos, pero inclinándose a un arreglo.

–Es que usted no sabe –gritaba Laboque– que ese señor Lucas, como le llaman, no tiene en el fondo más que una idea, la de destruir el comercio. Sí, y se vanagloria, y a gritos dice esta monstruosidad; que el comercio es un robo, y nosotros unos ladrones que debemos desaparecer. Ha fundado la Crèche para barrernos.

Dacheux, con la sangre subida al rostro, oía con ojos pasmados.

–Y, entonces, ¿cómo vamos a hacer para comer, vestir y lo demás?

–Diantre, ¡dice que el consumidor se dirigirá inmediatamente al productor!

–¿Y el dinero? –preguntó el carnicero.

–El dinero, ¡pues lo suprime también; no habrá dinero! Eh, ¿qué tal? ¿Habrá necesidad? ¡Como si se pudiese vivir sin dinero!

Dacheux se ahogaba de furor.

–¡No más comercio!, ¡no más dinero!, todo lo destruye; y no hay una cárcel para un bandido semejante, que arruinará a Beauclair si no se le va a la mano.

Caffiaux movía gravemente la cabeza.

–Y ha dicho cosas peores... Primero, que todo el mundo debía trabajar; un verdadero presidio, donde habrá guardias con palos para que cada cual cumpla con su deber. Dice que no deben existir ni ricos ni pobres; no se será más rico al nacer que al morir; se comerá lo que se gane, lo mismo que el vecino, por supuesto, sin que haya derecho de hacer economías.

–Bueno. ¿Y la herencia? –interrumpió de nuevo Dacheux.

–No habrá herencia.

–¡Cómo! ¿Nada de herencia; no dejaré a mi hija mi dinero?  
¡Rayos y truenos! Eso es demasiado.

Y el carnicero hizo temblar la mesa de un violento puñetazo.

–Y dijo también –continuaba Caffiaux– que no habrá autoridad de ninguna suerte, ni gobierno, ni gendarmes, ni jueces, ni cárceles. Cada cual vivirá como quiera, comerá y dormirá a su gusto. Dice también que las máquinas acabarán por hacer todo el trabajo, y que los obreros sólo tendrán el cuidado bien fácil de guiarlas. Será el paraíso, porque no se luchará, no habrá ejércitos ni guerras. Y en fin, dice que los hombres y las mujeres, cuando se quieran, se juntarán por el tiempo que les plazca; después se dejarán, quedando tan amigos, para juntarse, si quieren, con otros. Y si hay hijos, la comunidad los tomará a su cargo, los educará en montón, a la buena de Dios, sin que necesiten madre ni padre.

Muda hasta allí la señora Mitaine, exclamó:

–¡Oh! Pobres criaturas. Cada madre tendrá el derecho, supongo, de criar a los suyos. Eso es bueno para los niños abandonados por algún mal corazón; esos, es claro, tienen que criarlos manos extrañas, mezclados, como en los asilos de huérfanos. Todo eso que usted nos ha contado me parece a mí poco decente.

–¡Diga usted que es una pura porquería! –clamó Dacheux fuera de sí–. Eso es lo que sucede en medio del arroyo: se coge a una perdida y se toma y se deja cuando se quiere. Magnífico, su sociedad futura es una verdadera casa de mal vivir.

Y Laboque, que no perdía de vista sus intereses amenazados, concluía:

–Está loco ese señor Lucas. No podemos dejarle arruinar y deshonar así a Beauclair. Va a haber que entenderse para hacer algo.

Pero creció la cólera todavía, y se desencadenó por todas partes, cuando Beauclair supo que la infección de la Crécherie invadía la vecina aldea de Combettes. Estupor, reprobación. Ya se veía, el señor Lucas corrompía, envenenaba a los aldeanos. Lenfant, el alcalde de Combettes, ayudado por el adjunto, Yvonnot, después de haber reunido y reconciliado a los cuatrocientos habitantes del concejo, acababa de decidirlos a juntar sus tierras por un acto de asociación, copiado del que regía el capital, el talento y el trabajo en la fábrica nueva. Ya no habría más que un vasto dominio, que permitiría el uso de las máquinas, de los grandes abonos, de los cultivos intensivos, decuplicando las cosechas, dando la esperanza de un gran reparto de beneficios. Y ambas asociaciones iban a consolidarse ayudándose; los aldeanos suministrarían el pan a los obreros que les darían los útiles, los objetos

manufacturados necesarios para su existencia; de suerte que se acercarían así dos clases enemigas, fusión poco a poco íntima, embrión de un pueblo fraternal. Se acababa el mundo antiguo si el socialismo conquistaba a los aldeanos, los innumerables trabajadores del campo considerados hasta entonces como murallas de la propiedad egoísta, matándose con el ingrato sudor sobre sus terrones antes que enajenarlos. Fue un temblor, un escalofrío de todo Beauclair, y anunciaba la próxima catástrofe.

Y otra vez los Laboque se vieron perjudicados en primer lugar. Perdían la parroquia de Combettes; no vieron más ni a Lenfant ni a los demás venir a comprar azadones, carretas, útiles y utensilios. En la última visita que les hizo, Lenfant regateó, no compró nada, les declaró claramente que ganaría un treinta por ciento no volviendo por allí ya que estaban obligados a sacar tanta ganancia en los objetos que ellos mismos se procuraban de las fábricas vecinas. En adelante todos los de Combettes se dirigirían sin mediación a la Crécherie adheriéndose a los almacenes cooperativos cuya importancia seguía creciendo. Y desde entonces fue aquello el terror para todos los comerciantes al por menor de Beauclair.

–Hay que hacer algo, hay que hacer algo –repetía Laboque con creciente violencia, cuando Dacheux y Caffiaux venían a verle–. Si esperamos a que ese loco envenene a todo el país

con sus doctrinas monstruosas, llegaremos demasiado tarde.

–¿Qué hacer? –preguntaba prudentemente Caffiaux.

Dacheux estaba por las francas matanzas.

–Se le podía esperar en una esquina una noche y largarle uno de esos voleos que dan que pensar a un hombre.

Pero Laboque, pequeño y astuto, imaginaba medios más seguros para matar al tal sujeto.

–No, no todo el pueblo se subleva contra él, y hay que aprovechar una ocasión en que tengamos a todos con nosotros.

Y la ocasión en efecto, se presentó. El Beauclair viejo, hacía siglos, lo atravesaba un arroyo infecto, una especie de cloaca descubierta que se llamaba el Clouque.

No se sabía siquiera de donde venía, parecía salir de unos antiguos escombros de miserables viviendas, a la salida de las gargantas de Brias: y la idea general era que se trataba de uno de esos torrentes de montaña cuyas fuentes permanecen ocultas. Los más ancianos se acordaban de haberle visto correr con grandes llenas en ciertas épocas. Pero hacía muchos años no llevaba más que agua escasa, cuya frescura corrompían las industrias cercanas. En las casas de la orilla, las mujeres habían llegado a convertirle en

fregadero y en él arrojaban el agua sucia y toda inmundicia, de modo que arrastraba todos los detritos del barrio pobre y despedía por el verano un hedor espantoso. Hubo un momento, cuando se esparcieron serios temores de epidemia, en que el Ayuntamiento por iniciativa del alcalde había discutido si convendría tapar el riachuelo haciéndole pasar bajo tierra. Pero, el gasto pareció muy grande y no se habló más de ello; el Clouque continuó tranquilamente apestando y contaminando al vecindario. Y he aquí que, de repente, el Clouque se agota por completo, se seca y ya no es más que un camino duro, peñascoso, sin una gota de agua. Beauclair, como por una vara mágica quedaba libre de aquel foco infeccioso a que se atribuían todas las fiebres malignas del país; y sólo quedaba la curiosidad de saber por dónde había podido marchar la corriente.

Primero, sólo fue un vago rumor. Después los hechos se precipitaron y se tuvo por cierto que era que el señor Lucas había empezado a desviar la corriente el día en que había recogido las fuentes en la falda de los montes Bleuses para el servicio de la Créchérie; era toda aquella agua clara, corriente que le llevaba la salud, la prosperidad. Pero cuando había acabado por llevarse todo el caudal, había sido cuando se le había ocurrido dar lo que sobraba de sus depósitos a los aldeanos de Combetres, causando así su fortuna y determinando su feliz asociación, gracias al agua bienhechora que los había reunido corriendo para todos. Pronto abundaron las pruebas; el agua que había



desaparecido del Clouque, corría por el Grand-Jean, decuplada, utilizada por la inteligencia, convertida en riqueza en lugar de ser suciedad y muerte. Volvió la ira, volvió la cólera, mayores cada vez contra aquel Lucas que tal frescura disponía de lo que no era suyo. ¿Por qué había robado la corriente? ¿Por qué se la guardaba para darla a sus hechuras? No se cogía así el agua de un pueblo, un arroyo que siempre había corrido por allí, que estaba uno acostumbrado a ver, y que al fin y al cabo prestaba grandes servicios. El sutil hilo de agua sucia que arrastraba detritos inmundos y apestaba el aire y mataba a la gente se había olvidado. Ya no se hablaba de enterrarlo, cada cual decía el gran beneficio que sacaba de él para el riego, para lavar la ropa y para las necesidades diarias de la vida. Tamaño robo no se podía tolerar, era necesario que la Créchérie devolviese el Clouque, la infecta letrina que envenenaba el pueblo.

Laboque fue, naturalmente, quien gritó más fuerte. Hizo una visita oficial a Gourier, el alcalde, para saber qué resolución pensaba proponer al Ayuntamiento en circunstancias tan graves. El Laboque, se consideraba particularmente perjudicado, porque el Clouque pasaba por detrás de su casa, por el extremo de su jardín y afirmaba que sacaba de él gran provecho. Claro que si se hubiera puesto a recoger firmas protestando hubiera reunido las de todos los vecinos de su barrio. Pero su idea era que el pueblo debía hacer suyo el asunto, intentar un pleito contra la Créchérie

pidiendo la restitución del agua y los daños y perjuicios. Gourier escuchó y se contentó con aprobar moviendo la cabeza, a pesar del odio medroso que personalmente le inspiraba Lucas. Luego pidió algunos días para pensarlo, queriendo examinar el caso y consultar a los que le rodeaban. Comprendía que Laboque quería meter al pueblo en la danza para no dar la cara él. El subprefecto, Chatelard, con el cual se encerró durante dos horas, le convenció, aterrado siempre ante las complicaciones, de lo prudente que era en cualquier caso dejar a los demás meterse en pleitos. Gourier llamó al quincallero sólo para explicarle muy por largo que un litigio en que fuera el pueblo parte iría muy despacio, no llegaría a nada serio, mientras que si la cosa la intentaba un particular, las consecuencias serían mucho peores para la Crèche, sobre todo si después de condenada ésta, otros particulares volvían a empezar, indefinidamente. Algunos días después, Laboque pedía judicialmente veinticinco mil francos de daños y perjuicios.

Y como si se tratara de una fiesta, hubo en su casa una reunión con el pretexto de una merienda ofrecida por su hija y su hijo, Eulalia y Augusto, a sus camaradas Honorina Caffiaux, Evaristo Mitaine y Juliana Dacheux. Toda esta gente menuda crecía, Augusto tenía dieciséis años y Eulalia nueve; los catorce de Evaristo le habían dado seriedad, y los diecinueve de Honorina, ya casadera, la hacían tratar maternalmente a Juliana, la más niña, de ocho años. Todos ellos se fueron al jardín pequeño y jugaron y rieron como

locos con la conciencia clara y alegre, ignorando los odios y la cólera de sus padres.

–Por fin está cogido –gritó Laboque–. El señor Gourier me ha dicho que si llegamos hasta el fin arruinaremos la fábrica. Supongamos que el tribunal no me concede más que diez mil francos; pero vosotros sois ciento, todos podéis hacer lo mismo que yo, y el tal Lucas tiene que aflojar un millonaje. Y no es eso todo. Tendrá que devolver el agua y destruir los trabajos hechos y esto le privará de toda esa frescura de que está tan ufano... El gran negocio, amigos míos.

Todos con voces de triunfo se excitaban ante la idea de arruinar la fábrica, sobre todo de humillar a Lucas como el insensato que quería el comercio, la herencia, el dinero, los fundamentos más venerables de las sociedades humanas. Sólo Cafiaux reflexionaba.

–Yo hubiera preferido –dijo al fin–, que el pueblo hiciera suyo el pleito. Cuando hay que batirse, estos burgueses siempre echan a los demás por delante. ¿Dónde están esos cientos que se atreven a demandar a la Crécherie?

Dacheux, furioso, gritó:

–¡Ah! ¡Yo me hubiera atrevido, yo, de buena gana, si mi casa no estuviera al otro lado de la calle! Y todavía hemos de vernos, porque el Clouque pasa por el extremo del patio de mi suegra. Quiero entrar en el ajo, ¡rayos y truenos!

–Pero –añadió Laboque–, por lo pronto tenemos a la señora Mitaine que está en las mismas condiciones que yo y cuya casa sufre perjuicio como la mía desde que se agotó el arroyo. ¡usted se quejará! ¿no es así, señora Mitaine?

La habían invitado a venir por la oculta intención de obligarla a comprometerse formalmente, pues sabían que ante todo deseaba la paz suya y la ajena como mujer excelente. Ella comenzó por reírse.

–¡Bah! ¡El daño hecho a mi casa por la desaparición de Clouque! No, no, vecino; la verdad es que yo había dado orden de que nunca se empleara ni una gota de aquella agua corrompida, por temor de que enfermaran mis parroquianos. Era tan sucia y olía tan mal que sería preciso, absolutamente, el día que nos devolviesen el arroyo, gastar el dinero necesario para librarnos de él, haciéndole pasar bajo tierra como ya se pensó la otra vez.

Laboque fingió que no oía.

–Pero en fin, señora, usted está con nosotros, sus intereses son los nuestros y si yo gano mi pleito, usted seguirá a todos los propietarios y viviremos asegurados por la cosa juzgada.

–Veremos, veremos –respondió la hermosa panadera, ya seria–. Sí quiero estar con la justicia, si es justo.

Laboque tuvo que contentarse con esta promesa condicional. La exaltación de la ira le sacaba de quicio, ya creía conseguida la victoria, aplastadas aquellas locuras socialistas, cuyo ensayo en cuatro años había hecho descender en una mitad el despacho de su comercio. Dando puñetazos sobre la mesa con Dacheux, vengaba a toda la sociedad; en tanto que el prudente Caffiaux, de complicada diplomacia, esperaba el triunfo del Beauclair viejo o de la Crécherie antes de comprometerse mucho.

Y allá en su mesa en que se servían almíbares y pasteles, los niños sin oír nada de la próxima batalla, fraternizaban como una alegre bandada de pájaros libres en el ancho cielo, en el libre porvenir.

Todo Beauclair se conmovió cuando se supo que Laboque había acudido a la justicia, reclamando veinticinco mil francos; lo cual era el ultimátum, la declaración de guerra. Ya había un banderín de enganche, las hostilidades esparcidas se reconcentraron, se agruparon en un ejército activo que se declaró netamente contra Lucas y su empresa, la fábrica diabólica en que se preparaba la ruina de la sociedad antigua y respetable. Eran la autoridad, la propiedad, la religión, la familia lo que se trataba de defender. Beauclair entero acababa por ser de la partida; los almacenistas perjudicados sublevaban a sus parroquianos, seguía la burguesía por el temor de las nuevas ideas. No había modesto hacendado que no se creyera amenazado de

un cataclismo espantoso que destruiría su limitada existencia de egoísta. Las mujeres se indignaban, se sublevaban desde que el triunfo de la Créchérie se le presentaba como el de un inmenso lupanar donde todas ellas estarían a merced del primer transeúnte que quisiera llevárselas. En tanto los obreros, los pobres hambrientos, se alarmaban y empezaban a maldecir al hombre cuyo anhelo ardiente era salvarlos. Le acusaban de agravar su miseria haciendo más inexorables a los patronos y a los ricos. Pero lo que sobre todo envenenaba y enloquecía a Beauclair, era la campaña violenta que el periódico local publicado por el impresor Lableu hacía contra Lucas. Con tal ocasión el periódico se había hecho bisemanal, y se sospechaba que el capitán Jollivet era el autor de los artículos cuya virulencia tanto impresionaba. El ataque, por lo demás, se reducía a un bombardeo de errores y mentiras, todo el lodo de necesidad que se arroja al socialismo poniendo en caricatura sus intenciones y manchando sus ideas. Pero el buen éxito de semejante táctica sobre cerebros débiles e ignorantes era seguro, y fue maravilloso el ver cómo la exaltación fue ganando terreno en medio de intrigas complicadas, teniendo contra el perturbador público a todas las clases enemigas, furiosas al notar que se las molestaba en su cloaca secular, bajo el vano pretexto de conducirlos reconciliados a la ciudad sana, a la ciudad justa y dichosa del porvenir.

Dos días antes de que se viera ante el tribunal civil de Beauclair el litigio promovido por Laboque contra Lucas, hubo en el Abismo, en casa de los Delaveau, un gran almuerzo cuyo objeto secreto era verse y entenderse antes de la batalla. Estaban invitados, naturalmente, los Boisgelin, Gourier el alcalde, el subprefecto Chatelard, el juez Gaume con su yerno el capitán Jollivet y en fin Marle el cura. También estaban las señoras para que la reunión conservara en apariencia aspecto de amable intimidad.

Chatelard, según costumbre, pasó por casa del alcalde a las once y media para llevárselos a él y a su mujer, Leonor, siempre hermosa. Desde que la Crécherie iba bien, Gourier pasaba malos ratos de inquietud y de duda. Primero, había conocido entre los centenares de obreros que empleaba en su gran zapatería de la calle de Brias, una especie de vacilación, la nueva conmoción que pasaba, la amenaza de asociarse. Después se había dicho si no sería mejor ceder, ayudar él mismo a tal asociación que le arruinaría si no entraba en ella. Pero éste era un combate interior que ocultaba, pues tenía una llaga viva, el rencor que le hacía enemigo personal de Lucas desde que su hijo Aquiles, el buen mozo independiente, había roto con él para ocupar un empleo en la Crécherie, donde estaba más cerca de Azulina, su novia de las claras noches. Había prohibido el alcalde que se pronunciara en su presencia el nombre del ingrato, desertor de la burguesía unido al enemigo de toda seguridad social. Y sin querer confesarlo, la misma marcha

de su hijo agravaba su incertidumbre con el sordo temor de verse, acaso, algún día obligado a seguirle.

En cuanto vio entrar a Chatelard, le dijo:

–Pleito tenemos. Laboque ha vuelto por unos certificados. Su idea sigue siendo la de que todo el pueblo se mezcle en el asunto y hay que ayudarlo, después de haberle empujado como hemos hecho.

El subprefecto no hizo más que sonreír.

–No, no, amigo mío, óigame usted, no comprometa al pueblo... Ha sido usted bastante sagaz para atender a mis razones, no mostrándose parte y dejando aventurarse a ese terrible Laboque que tiene sed de venganza y de sangre. Se lo ruego, siga usted así, como simple espectador; siempre habrá tiempo para aprovecharse de su victoria, si vence. ¡ay amigo mío, si supiera usted lo bueno que es siempre no mezclarse en nada!

Y con un ademán completó su pensamiento, dijo toda la paz que gozaba en su subprefectura desde que se había hecho olvidar. Las cosas iban de mal en peor en París, la autoridad central se hundía un poco cada día, se acercaba el tiempo en que la sociedad burguesa tendría que hacerse polvo por sí misma o dejarse llevar por una revolución; y él, como buen filósofo escéptico no pedía más que durar hasta entonces, feliz sencillamente, sin demasiados disgustos, en



el tibio nido que se había escogido. Así, toda su política no consistía más que en dejar correr los hechos ocupándose de ellos lo menos posible, convencido también de que el gobierno en medio de las dificultades en que agonizaba le agradecía infinito que abandonara la bestia a una dulce muerte sin zarandearla más. Era magnífico, un subprefecto de quien no se oía hablar jamás, cuyo inteligente esfuerzo había suprimido en Beauclair toda preocupación gubernamental. Y había logrado su intento, nadie se acordaba de él más que para colmarle de elogios, mientras acababa apaciblemente de enterrar a la sociedad moribunda, viviendo él su último otoño en el regazo de Leonor hermosa.

–Ya lo sabe usted, amigo mío, no se comprometa usted, pues en un tiempo como el nuestro no se puede saber lo que sucederá mañana. Hay que esperarlo todo, y lo mejor es no hacerse incompatible con nada. Deje usted a los demás ir delante y correr el riesgo de romperse los huesos, y después ya verá lo que ha de hacer.

Pero entraba Leonor vestida de seda clara, como rejuvenecida después de haber pasado de los cuarenta, de una belleza rubia majestuosa, con ojos cándidos de devota en aquel hogar de tres aceptado por lo demás, por el pueblo entero. Chatelard le cogió la mano, la besó galante como el primer día, instalado allí para acabar así la existencia, mientras el marido con aire de verse libre de deberes

demasiado pesados, envolvía a los dos en una mirada afectuosa, como hombre que en otra parte tenía compensaciones y cuya dicha estaba ya para siempre bien ordenada.

—¿Ya estás lista? Entonces nos vamos, ¿no es eso Chatelard? Y no tenga usted miedo, soy prudente, no tengo ganas de meterme en algún lío que pudiera costarme la tranquilidad. Pero ya lo sabe usted, ahora en casa de los Delaveau hay que decir lo que digan los demás.

A la misma hora, el presidente Gaume esperaba en casa a su hija Lucila y a su yerno el capitán Jollivet con los cuales había de ir al almuerzo de los Delaveau. El presidente había envejecido mucho en los cuatro años; parecía más severo y más triste, maníaco del Derecho, se pasaba horas y horas fundando las sentencias con creciente minuciosidad. Se decía que se le había oído sollozar, ciertas noches, como si todo se hundiese a sus pies, hasta aquella justicia humana a la cual se agarraba desesperado para no verse tragado con este último resto. En el doloroso recuerdo del drama íntimo que le abrumaba, la traición y la muerte violenta de su mujer, debía de sufrir, sobre todo, viendo este drama renacer en su hija adorada, aquella Lucila de rostro virginal, de tan extraño parecido con su madre, que engañaba a su marido, como aquélla le había engañado a él. No hacía seis meses que era mujer del capitán Jollivet cuando ya traidora se entregaba al pasante de un abogado, un galopín

medrado, rubio, más joven que ella, de ojos azules de muchacha. El presidente, que sorprendió la intriga, padeció atrozmente como si volviera a empezar la traición, por cuya herida su corazón seguía sangrando. No se atrevió a buscar una explicación dolorosa; hubiera creído revivir el terrible día en que su mujer se había matado delante de él, confesando su culpa. ¡Abominable mundo en que todo lo que había amado le había hecho traición! ¡Cómo creer en una justicia cuando las más hermosas y las mejores hacían sufrir tanto!

Pensativo y moroso, el presidente Gaume estaba sentado en su gabinete acabando de leer «El Diario de Beauclair» cuando se presentaron el capitán y Lucila. El artículo de violento ataque contra la Créchérie que había leído le parecía necio, desmañado y grosero. Y lo dijo tranquilamente.

–Supongo que no es usted, amigo Jollivet, quien escribe semejantes artículos, aunque eso se murmura. De nada sirve injuriar a los adversarios.

El capitán mostró cierta modestia.

–¡Oh! escribir, ya sabe usted que yo no escribo; nunca ha sido eso de mi gusto. Pero es verdad, yo doy las ideas a Lebley; ya sabe usted, un pedazo de papel, notas con las cuales él hace redactar eso después a no sé quien.

Y como el presidente continuaba haciendo un gesto de desaprobación, continuó:

–¿Qué quiere usted? Se bate uno con las armas que tiene. Si estas malditas fiebres del Sudán no me hubiesen obligado a presentar la dimisión, a sablazos sería como yo caería sobre esos ideólogos que están a punto de derribarnos con sus utopías criminales... ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué consuelo sería pinchar a una docena!

Lucila, pequeña y bonita, que se callaba, sonreía de modo enigmático; y echó sobre su marido, aquel hombrazo de triunfantes mostachos, una mirada de tan clara ironía, que el magistrado leyó en ella sin trabajo el desdén burlón que la joven consagraba al espadachín, con el cual jugaban sus delicadas manos de rosa como una gata con un ratón.

–¡Ah, Carlos! –murmuró–, ¡no seas malo, no digas cosas que me dan miedo!

Pero se encontró con los ojos de su padre, temió que la adivinara y añadió con aire de cándida virgen:

–¿No es verdad querido papá que Carlos hace mal en pudrirse así la sangre? Debiéramos vivir tranquilos, en nuestro rincón, y acaso Dios nos bendijera mandándonos por fin un niño hermoso.

Comprendió Gaume que seguía burlándose, mientras evocaba la imagen del amante, el rubio pasante de abogado, de ojos azules de muchacha, del cual había hecho su muñeca viciosa.

–Todo eso es bien triste y bien cruel –concluyó el presidente, sin precisar–, ¿qué resolver, qué hacer, cuando todos se engañan y se devoran?

Se levantó con trabajo y cogió el sombrero y los guantes para ir a casa de los Delaveau. En la calle, Lucila, a quien adoraba, a pesar de tantos disgustos, se le colgó del brazo y hubo un momento de delicioso olvido como si fueran dos novios reconciliados.

En el Abismo, a medio día, Delaveau se reunió con Fernanda en el gabinete que daba al comedor, en el piso bajo del antiguo pabellón de los Qurignon, donde ahora vivía el director de la fábrica. Era mansión bastante reducida: abajo no había más que otra habitación, despacho de Delaveau, que comunicaba por una galería de madera con las próximas oficinas del establecimiento. Arriba, en el primer piso y en el segundo, estaban los dormitorios. Desde que una mujer joven, loca por el lujo, había entrado allí, las antiguas paredes negras estaban cubiertas con tapices y colgaduras que eran algo de los esplendores y goces soñados.

Boisgelin fue el primero que se presentó, solo.

–¡Cómo! –exclamó Fernanda con expresión dolorida–. ¿No viene Susana?

–Le ruega a usted que la dispense –respondió correctamente Boisgelin–. Desde por la mañana tiene tal jaqueca que no ha podido salir de su cuarto.

Siempre que había que venir al Abismo, sucedía igual; Susana encontraba un pretexto para evitar este aumento de dolor; y sólo Delaveau, ciego, no comprendía nada.

Boisgelin cambió en seguida de conversación.

–¿Con que estamos en vísperas del famoso pleito? ¿No es eso? Es cosa hecha; la Créchérie está condenada de antemano.

Delaveau alzó los robustos hombros.

–Que la condenen o no, ¿qué nos importa? Sin duda nos hace daño envileciendo el precio de los hierros; pero no estamos en competencia de fabricación y la cosa todavía no es grave.

Temblando, de una maravillosa belleza aquel día, Fernanda le miró con ojos de fuego.

–¡Oh! Tú no sabes aborrecer... ese hombre se te ha atravesado en todos tus proyectos, ha fundado a la puerta de tu fábrica otra rival, cuyo buen éxito sería la ruina de la

tuya. Es siempre el obstáculo, la amenaza, y tú ni siquiera deseas su ruina. ¡Ah, que lo arrojen desnudo al hoyo; me alegraré!

Desde el primer día había comprendido que Lucas iba a ser el enemigo, y no podía hablar sin odio de este hombre que amenazaba sus placeres. Aquel era el gran crimen, el único; exigía ella para su hambre siempre creciente de goces y de lujo, ganancias mayores sin cesar, una fábrica próspera, centenares de obreros trabajando el acero ante la boca abrasada de los hornos. Ella era quien devoraba hombres y dinero; el Abismo con sus martillos pilones, sus máquinas gigantescas, no bastaba para calmar su apetito. ¿Qué se haría su anhelo de gran vida futura de millones amontonados y devorados, si peligraba el Abismo y sucumbía por la competencia? Por esto, no dejaba en paz ni a su marido ni a Boisgelin, empujándoles, inquietándoles, aprovechando todas las ocasiones para demostrar su cólera y sus temores.

Boisgelin, que veía una especie de superioridad en no ocuparse jamás en los asuntos de la fábrica, gastando sin contar las ganancias con la vanagloria del buen mozo querido, elegante caballero, gran cazador, solía temblar sin embargo cuando oía a Fernanda hablar de la ruina posible. Y se volvió a Delaveau, en quién seguía teniendo confianza absoluta.

–Tú estás tranquilo, ¿no es así, primo? ¿no marcha bien todo?

El ingeniero se encogió de hombros otra vez.

–Te repito que la casa todavía no sufre perjuicios. Todo el pueblo se levanta contra ese hombre; es un loco. Se va a ver su impopularidad; y si en el fondo me alegro del pleito, es porque eso va a acabar de desconceptuarle en la opinión de Beauclair. Antes de tres meses, todos los obreros que nos ha llevado volverán con las manos en cruz a suplicarme que los admita otra vez en el Abismo. ¡Ya veréis, ya veréis! No hay más que la autoridad; la emancipación del trabajo es una tontería; el trabajador no hace nada de provecho en cuanto es dueño de sí mismo.

Tras una pausa, añadió con voz lenta y con la sombra de una preocupación en los ojos:

–Sin embargo, debiéramos ser prudentes; la Créchérie no es una competencia despreciable, y lo que me inquietaría sería no tener en una necesidad repentina los fondos necesarios para la lucha. Vivimos demasiado al día, se hace indispensable crear una seria caja de reserva, dejando en ella, por ejemplo, el tercio de las ganancias anuales.

Fernanda contuvo un gesto de involuntaria protesta. Ese era su temor, que el tren de su amante disminuyese teniendo ella que perder algo de los goces de su orgullo y de



las diversiones que de allí sacaba. Tuvo que contentarse con mirar a Boisgelin, que espontáneamente respondió con toda claridad:

–No, no, primo, en este momento no; no puedo dejar nada, tengo gastos muy grandes. Por lo demás, vuelvo a darte las gracias porque haces producir a mi dinero más de lo prometido... Ya veremos más tarde; volveremos a hablar de esto.

Pero Fernanda seguía nerviosa y su cólera sorda cayó sobre Nisa, a quien la doncella acababa de hacer almorzar sola y la traía antes de llevarla a pasar la tarde en casa de una amiguita. Nisa, que iba a cumplir siete años, crecía graciosa, sonrosada y rubia siempre sonriente con sus cabellos locos, que la hacían parecerse a un rizado cordero.

–Vea usted, señor Boisgelin, aquí está una niña desobediente que me va a poner mala. Pregúntela usted lo que hizo el otro día en la merienda que dio a su hijo de usted Pablo y a Luisa Mazelle.

Sin la menor turbación, Nisa continuaba sonriendo alegre, clavando en todos sus límpidos ojos azules.

–¡Oh! –continuó la madre– no confesará ella su culpa. Pues bueno, a pesar de mi prohibición repetida, cien veces ha vuelto a abrir la antigua puerta que da a nuestro jardín y ha hecho entrar a toda la pillería indecente de la Crèche.

Entre ellos el tal Nanet, un terrible galopín que se le ha entrado por el alma. Y también eran de la partida su Pablo de usted y Luisa Mazelle, que fraternizaban con toda la patulea de los chicos de Bonnaire, de ese que nos dejó de tan mala manera. ¡Sí, Pablo con Antonieta y Luisa con Luciano eran conducidos por la señorita Nisa y su Nanet a la devastación de nuestros arriates! Y vea usted, ni siquiera se le cae la cara de vergüenza.

–Y hago bien –respondió sencillamente Nisa con voz clara–; nada hemos roto y nos hemos divertido mucho juntos. ¡Nanet es más gracioso!

Tal respuesta acabó de incomodar a Fernanda.

–¡Ah! Te parece gracioso. Pues oye, si en la vida te vuelvo a sorprender con él, te dejo sin postres ocho días. No quiero por causa tuya tener alguna cuestión con los de al lado. Irían diciendo por todas partes que atraemos a sus hijos para que se pongan malos. Ya lo oyes, ahora hablo en serio, si vuelves a buscar al tal Nanet, nos veremos.

–Bien, mamá –dijo Nisa con aire tranquilo y risueño.

Y en cuanto salió con la doncella, después de besar a todos, concluyó la madre.

–Es muy sencillo, voy a tapiar la puerta y estaré segura de que los niños ya no pueden juntarse. No hay cosa peor que estos juegos de chiquillos; cogen la peste juntos.

Ni Delaveau ni Boisgelin habían intervenido, no viendo en todo aquello más que niñerías, aunque partidarios de las medidas severas por razón del orden. Y el porvenir germinaba. Nisa, tenaz, llevaba en su corazoncito la imagen de Nanet, que era tan gracioso y jugaba tan a su gusto.

Llegaron por fin los convidados, los Gourier con Chatelard, luego el presidente Gaume con el matrimonio Jollivet. Según su costumbre, Marle el cura se presentó el último, retrasado. Eran diez; los Mazelle, que no podían venir a almorzar, habían prometido formalmente no faltar al café. Fernanda puso a su derecha al subprefecto y al presidente a la izquierda, mientras Delaveau se sentaba entre las dos señoras Leonor y Lucila, y en los extremos estaban Gourier y Boisgelin, el cura y el capitán. Habían querido ser pocos para charlar más a gusto. Además, el comedor, que avergonzaba a Fernanda, era tan pequeño, que el antiguo aparador de caoba estorbaba para el servicio de los comensales, pasando de una docena. En cuando vino el pescado, deliciosas truchas del Mionna, la conversación fue a dar sucesivamente a la Crèche y a Lucas. Y lo que decían estos burgueses instruidos, en situación de conocer lo que llamaban utopía socialista, apenas suponía más inteligencia ni más juicio que las extraordinarias apreciaciones de los

Dacheux y los Laboque. El único que hubiera podido comprender era Chatelard. Pero éste lo tomaba a broma.

–Ya sabéis que chicos y chicas crecen juntos en las mismas clases, en los mismos talleres y supongo que en los mismos dormitorios, de suerte que ahí tenemos una ciudad en pequeño que se va a poblar rápidamente. Todos en familia, todos papás y mamás con una caterva de hijos de todo el mundo.

–¡Oh, qué horror! –dijo Fernanda con aire de profundo disgusto, pues fingía mucho recato.

Leonor, cada vez más influida por la moral severa de la religión, se inclinó hacia el cura, su vecino, murmurando:

–Es una vergüenza que Dios no permitirá.

Pero el clérigo se contentó con levantar los ojos al cielo, pues su situación se hacía tanto más difícil cuanto que no había querido romper con Soeurette y seguía almorzando periódicamente en la Crèche. Se debía a todas sus ovejas, especialmente a las que habían abandonado el aprisco y él creía capaces de volver a él. A esto lo llamaba permanecer en la brecha, luchar contra la invasión del espíritu malo. Se hacía inútil su esfuerzo por santificar la agonía de la vieja sociedad y sentía una tristeza profunda viendo cada vez más escasos los fieles en su iglesia.

Boisgelin se puso a contar cierta historia.

–En una pequeña colonia comunista donde ya se ensayó eso, no tenían bastantes mujeres, y ¿qué hicieron?, pues iban desfilando y pasaban una noche con cada hombre. A esto lo llamaban el relevo.

Una carcajada aflautada de Lucila resonó tan alegre, que todos la miraron. Pero ella no se alteró, siguió con su aire candoroso; no hizo más que mirar de soslayo a su marido para ver si le hacía gracia el asunto.

Delaveau hizo ademán de no dar importancia a aquello. No le preocupaba lo de las mujeres en común. Lo grave era la autoridad minada, el sueño criminal de vivir sin amo.

–Hay en eso una idea que no se me alcanza –dijo–. ¿Cómo se va a gobernar su ciudad futura?

Y no hablemos más que de la fábrica; dicen que llegarán por la asociación a suprimir el salario y que se hará un justo reparto de la riqueza el día en que no haya más que trabajadores que darán cada uno su parte de esfuerzo a la comunidad. No conozco sueño más peligroso, porque es irrealizable. ¿No es así, señor Gourier?

El alcalde, que comía con la cara metida en el plato, se limpió la boca muy despacio antes de responder, viendo que el subprefecto le miraba.

–Irrealizable, sin duda... Sólo que no hay que condenar a la ligera la asociación. Hay en ella una gran fuerza de que acaso lleguemos nosotros mismos a servirnos.

Esta prudencia indignó al capitán, que gritó fuera de sí:

–¡Cómo se entiende! ¿Llegaría usted a no condenar en redondo los abominables atentados que ese hombre, hablo del tal señor Lucas, medita contra todo lo que amamos, nuestra vieja Francia tal como la espada de nuestros padres nos la han dejado?

Estaban sirviendo chuletas de cordero con cabezas de espárragos, y hubo entonces un clamor general contra Lucas. Este nombre aborrecido bastaba para aproximarlos a todos, para unirlos estrechamente, en el terror de sus intereses amenazados, en una imperiosa necesidad de defensa y de venganza. Se tuvo la crueldad de pedir a Gourier noticias de su hijo Aquiles, el renegado, y el alcalde tuvo que maldecirlo una vez más. Sólo Chatelard seguía navegando de bolina y procuraba mantenerse en el tono de chanza. Pero el capitán seguía profetizando los mayores desastres si no se hacía volver al orden al faccioso inmediatamente y a patadas; y tal pánico sembró que Boisgelin, ya inquieto, provocó una declaración tranquilizadora de Delaveau.

–Nuestro hombre ya está cogido –dijo el director del Abismo–. La prosperidad de la Crécherie es apariencia, y

bastaría un accidente para que todo se hundiera. por ejemplo, mi mujer me ha dado un detalle.

–Sí –continuó Fernanda irritada, contenta porque podía desahogarse un poco–; me dio la noticia mi lavandera. Conoce a Ragú, uno de nuestros antiguos obreros que nos ha dejado para irse a la fábrica nueva. Pues bueno, parece que Ragú grita por todas partes que ya está harto de vivir encajonado, que se muere de aburrimiento y que no es él sólo, y que el mejor día se vuelven para acá todos. El que comience dará el golpe necesario para bambolear a Lucas y aplastarle.

–Pero además –dijo Boisgelin apoyándola–, tenemos el pleito de Laboque.

Supongo que eso bastará.

Hubo otra vez silencio mientras aparecía un pato au sang. Aquel pleito Laboque era la verdadera causa de esta reunión amistosa, pero nadie había osado hablar de él todavía, ante el silencio que guardaba el Presidente Gaume. Comía poco; sus ocultos pesares le habían hecho enfermar del estómago y se contentaba con escuchar a los comensales, mirándolos con sus ojos grises y fríos, a los que de intento no dejaba expresar sus ideas. Nunca se le había visto tan poco comunicativo, y esto llegó a molestarles, porque se quería saber hasta qué punto estaba con ellos y tener por lo menos la certeza de la sentencia que iba a pronunciar. Aunque no

cabía en la cabeza de ninguno de ellos que pudiese absolver a Lucas, se esperaba que tuviese el buen gusto de adquirir un compromiso con palabras suficientemente claras.

Fue el capitán quien se lanzó al asalto.

–La ley es terminante, ¿no es así, señor presidente? Todo perjuicio debe ser reparado.

–Sin duda –respondió Gaume.

Esperaban algo más. Pero se calló. Y el asunto del Clouque se discutió entonces ruidosamente, para obligarle a comprometerse más en serio. El arroyo infecto se convirtió en una de las galas de Beauclair, no se robaba así agua de un pueblo, sobre todo para dársela a unos aldeanos, después de haberles trastornado el juicio hasta el punto de hacer de su aldea un foco de anarquía furioso, cuyo contagio amenazaba al país entero. Todo el terror burgués apareció, pues la antigua y santa propiedad estaba muy enferma si los hijos de los duros aldeanos de otro tiempo llegaban a poner en común sus cuatro terrones. Tiempo era de que la justicia tomara cartas en el asunto haciendo cesar tamaño escándalo.

–Podemos estar tranquilos –dijo por fin Boisgelin, lisonjero–, la causa de la sociedad va a encontrarse en buenas manos. Nada está por encima de un juicio justo dado con toda libertad por una conciencia honrada.



–Sin duda alguna –repitió Gaume simplemente.

Y por esta vez hubo que contentarse con estas vagas palabras en que se quiso ver condenado de seguro a Lucas. Se había acabado: no había más, después de una ensalada rusa, de un helado de fresa y los postres. Pero los estómagos estaban satisfechos, se reía mucho y se cantaba victoria. Pasaban al salón para tomar café, y al llegar los Mazelle se les acogió como siempre, con un cariño algo burlón, pues tan excelentes hacendados, delicias de la pereza, enternecían los corazones. La enfermedad de la señora Mazelle no iba mejor, pero estaba encantada porque había obtenido del doctor Novarre unos nuevos sellos, con los cuales podía comer impunemente de todo. Sólo quedaban, para pudrirles la sangre, aquellas cosas abominables de la Créchérie, las amenazas de la supresión de la renta y de la abolición de la herencia... ¿Para qué hablar de cosas tan desagradables? Mazelle, que velaba por su esposa beatíficamente, suplicó a los circunstantes con guiñadas que no se tratase más de aquellos atroces asuntos que comprometían la salud tan vacilante de su mujer. Y fue aquello encantador; se apresuraron todos a vivir todavía la vida feliz, la vida de riqueza y de placer, cogiendo todas sus flores.

Llegó por fin el día del famoso proceso en medio de las iras y rencores que crecían; nunca pasiones tan furiosas habían trastornado a Beauclair. Lucas al principio se había

asombrado y se había reído. La demanda de Laboque le había hecho gracia, pues el pedirle veinticinco mil francos de daños y perjuicios le parecía absurdo. Si el Blouque se había secado, era difícil probar que la causa consistía en haber él tomado y utilizado ciertas fuentes para la Crèche; estas fuentes además estaban en su dominio, eran de los Jordan, libres de toda servidumbre, de suerte que el propietario tenía derecho absoluto de disponer de ellas a voluntad. Por otra parte, hubiera sido necesario que Laboque apoyase en hechos el pretendido perjuicio que se le había causado, y esto procuraba demostrarlo con tal torpeza, que ningún tribunal en el mundo podía darle la razón. Como decía Lucas en broma, él era quien debía reclamar una suscripción pública para recompensarle por haber librado a los ribereños del envenenamiento de que tanto tiempo se habían quejado. El pueblo no tenía más que rellenar el cauce y vender los terrenos para edificar, buena ganga que les haría ganar algunos cientos de miles de francos. Se reía pues, no imaginando que semejante litigio pudiera ser serio. Sólo ante el encarnizamiento de los rencores, enfrente de la hostilidad que en su contra por todas partes crecía, llegó a darse cuenta de la gravedad de la situación y del peligro mortal que amenazaba a su empresa.

Fue esto para Lucas un primer choque muy doloroso. Su candor optimista de apóstol, no era tan inocente que ignorase la maldad de los hombres. En la lucha que él había

buscado contra el mundo viejo, ya esperaba que éste no cedería el puesto sin enfadarse y defenderse. Preparado estaba para el calvario que preveía, para las piedras y el lodo con que las turbas ingratas abrumaban por lo común a los precursores. Pero con todo, su corazón vaciló; sintió venir la amargura de las necesidades, de las crueldades y de las traiciones. Bien comprendía que detrás del ataque interesado de los Laboque y del comercio menudo, estaba toda la burguesía, todos los que poseían algo, sin querer soltar nada. Su ensayo de asociación, de cooperación, ponía en tal peligro a la sociedad capitalista, basada en el salario que para ella se convertía en el enemigo público, del cual había que deshacerse a cualquier precio. Y el Abismo, la Guerdache, el municipio, la autoridad bajo todas sus formas, la del patronato, la comunal, la gubernamental se movían, entraban en la lucha, se esforzaban por aplastarle. En la sombra, los egoísmos amenazados se acercaban, se unían, trabajaban con tal complicación de trampas, redes y lazos que se sentía perdido al menor paso en falso. Si caía, la trailla se arrojaría sobre él, sería devorado. Sabía bien sus nombres, uno por uno; los hubiera dicho: los funcionarios, los comerciantes, los simples hacendados de cara alegre que le hubieran comido vivo al verle desplomarse al volver de una esquina. Reprimiendo los latidos del corazón, se había armado para la batalla, convencido de que nada se funda sin luchar y de que siempre se sella con la propia sangre las grandes obras humanas.

La vista pública ante el tribunal civil, presidió por Gaume, fue un martes día de mercado.

Un continuo rumor llenaba a Beauclair. La multitud que había llegado de las aldeas próximas aumentaba aún la fiebre en la plaza de la Alcaldía y en la calle de Brias. Por esto, inquieta, Soeurette había suplicado a Lucas que se dejara acompañar al tribunal por algunos amigos fuertes. Pero se negó, obstinado; quiso ir solo, como había también querido defenderse él mismo aceptando un abogado sólo por fórmula. Cuando entró en la sala de Audiencias, muy estrecha y ya llena de un público ruidoso, hubo un silencio repentino, la molestia curiosidad que acoge a la víctima aislada y sin armas, que se ofrece al sacrificio. Su tranquilo valor irritó más a los enemigos que le juzgaron insolente. Se quedó en pie ante el banco de la defensa, miró tranquilamente a la muchedumbre que se apiñaba aplastándose, y reconoció a Laboque, Dacheux, Caffiaux y otros tenderos mezclados con la ola anónima de la multitud, rostros inflamados de furiosos enemigos que jamás había visto. Algo le consoló notar que los íntimos de la Guerdache y del Abismo habían tenido a lo menos el buen gusto de no venir para verlo entregar a las fieras.

Se esperaban largos debates y de apasionado interés. No hubo nada de esto. Laboque había escogido uno de esos abogados de provincia con reputación de malignos que son el terror de una región. Y el mejor momento, en efecto, para

los enemigos de Lucas fue cuando oyeron a este hombre que sintiendo la fragilidad del terreno legal en que apoyaba su reclamación de daños y perjuicios, se contentó con ridiculizar las reformas intentadas de la Crécherie. Hizo reír mucho con un cuadro cómico y venenoso de la sociedad futura. Despert  la ruidosa indignación de todos cuando mostró a los niños de uno y otro sexo pudriéndose juntos desde la infancia; la santa institución del matrimonio abolida, el amor volviendo a la bestialidad, las parejas tomándose y dejándose a la aventura para el desenfreno de una hora. No obstante, la opinión general fue que no había encontrado el argumento supremo, el golpe de maza que hace ganar una causa, que aplasta a un hombre. Y fue tal la inquietud, cuando Lucas tomó a su vez la palabra, que sus frases más inocentes fueron acogidas con murmullos. Habl  con sencillez, ni siquiera respondió a los ataques contra su empresa; se contentó con demostrar con una fuerza de evidencia decisiva, que Laboque había fundado mal su demanda.  No había hecho un servicio a Beauclair si había saneado el pueblo secando el Clouque pest fero, y regal ndose excelentes terrenos para edificar? Pero ni siquiera era un hecho probado que los trabajos ejecutados en la Crécherie fuesen la causa de la desaparición del agua, y esperaba que se le diese una prueba cierta. Al acabar, un poco de la amargura de su corazón ulcerado apareció, cuando declaró que si no reclamaba el agradecimiento de nadie por lo que ya creía haber hecho de útil, quedaría muy contento con que le dejaran proseguir su obra en paz sin

promoverle enojosas cuestiones. Varias veces tuvo el Presidente que imponer silencio al auditorio; y después que el ministerio fiscal hubo hablado también de una manera confusa, de propósito, dando, y quitando la razón a las dos partes, vino la réplica del abogado de Laboque tan violenta que suscitó clamores al tratar a Lucas de anarquista, empeñado en la destrucción del pueblo; y el presidente tuvo que amenazar al público con hacer despejar la sala si tales manifestaciones se repetían. Después señaló quince días de término para la sentencia. A los quince días las pasiones todavía estaban más exaltadas. Había golpes en el mercado esperando la sentencia, la casi unanimidad estaba convencida de que Lucas sería condenado a pagar, por lo menos, de diez a quince mil francos de daños y perjuicios, sin contar las consecuencias, la obligación de volver a dejar el Clouque como estaba. Sin embargo, algunos meneaban la cabeza, no las tenían todas consigo, pues no les había gustado la actitud del presidente Gaume durante la vista. Le llamaban original, hasta se dudaba de que estuviera siempre en su juicio, desde que se le había visto tan sombrío, encerrado en crepúsculos enfermizos de justicia. Otro motivo de inquietud era la manera como había cerrado su casa para todos, al día siguiente de la vista, con el pretexto de una indisposición. Se decía que estaba completamente bueno, que sólo había querido sustraerse a toda presión y no recibir a nadie, para que nadie intentara influir en su conciencia de juez. Con las puertas y las ventanas cerradas ¿qué hacía en el fondo de su casa solitaria, en que no

entraba ni su hija siquiera? ¿De qué lucha moral, de qué drama interior era presa en medio de su vida en la cual había caído el rayo sobre lo que había amado, sobre lo que había querido? La sentencia había de publicarse a mediodía, al empezar la audiencia. En la sala había todavía más gente que la otra vez; más ruido, más pasión. Estallaban carcajadas de un extremo a otro, iban y venían frases violentas y otras de confianza. Todos los enemigos de Lucas habían acudido para verle aplastado. Y él, muy valeroso, tampoco ahora había querido que le acompañaran, prefiriendo presentarse solo para manifestar así su misión de paz. En pie ante su banco, sonreía, miraba a la sala como si ni siquiera sospechara que toda aquella cólera rugía contra él. Por fin, con gran puntualidad entró Gaume, seguido de dos asesores y del fiscal. El ujier no tuvo necesidad de pedir silencio, todas las voces habían callado de repente, los rostros en tensión ardían de ansiosa curiosidad. El presidente, que se había sentado, volvió a levantarse con la sentencia en la mano; y permaneció un instante inmóvil, silencioso, mirando a lo lejos, más allá de la turba. Al fin con voz lenta, sin expresión, comenzó la lectura. Fue larga, pues los considerandos se sucedían con una regularidad monótona, dando vueltas a las cuestiones en todos sus aspectos, esforzándose en resolver lo más leves escrúpulos. El público escuchaba sin comprender bien, sin prever todavía cual sería el fallo, porque el pro y el contra iban desfilando uno tras otro estrechándose con ceñida lógica. Sin embargo, parecía, según se avanzaba, que se adoptaba la tesis de Lucas, la falta

de perjuicio real para nadie, el derecho que todo propietario tiene de hacer obras en lo suyo si alguna servidumbre no lo impide. Y el fallo estalló, Lucas estaba absuelto.

Hubo primero en la sala un momento de estupor. Luego, cuando se comprendió bien, silbidos, gritos de violenta amenaza. A la multitud soliviantada, enloquecida por las mentiras de tantos meses, le quitaban la víctima que la habían prometido: y la quería, la reclamaba para desgarrarla, ya que una justicia evidentemente vendida se la arrebatava en último momento. ¿No era Lucas el enemigo público, el forastero que venía no se sabía de dónde, para corromper a Beauclair, arruinar el comercio y encender la guerra civil amotinando a los obreros contra los patronos? ¿No había, con un fin de maldad diabólica, robado el agua del pueblo, secado un arroyo cuya desaparición era un desastre para los ribereños? Estas acusaciones las repetía «El diario de Beauclair» todas las semanas, las hacía entrar en las molleras más duras con venenosos comentarios que creaban la necesidad de inmediata venganza. Asimismo todas las autoridades, todos los señores de los barrios burgueses, las pregonaban entre el pueblo bajo, las ampliaban, les daban el apoyo de su poder y de su fortuna. Y la chusma sometida a tal régimen, ciega, rabiada, convencida de que una peste iba a salir de la Créchérie ya sentía la sangre en los ojos, ya rugía pidiendo muerte. Puños tendidos, gritos redoblados; ¡muera, muera! ¡El ladrón, el envenenador, muera! Muy pálido, rígida la faz, Gaume



permanecía en pie en medio del alboroto. Quiso hablar, hacer despejar la sala; pero tuvo que renunciar a que le oyeran. Y sencillamente, por dignidad, hubo de resolverse a suspender la audiencia, retirándose seguido de los dos asesores y del fiscal.

Lucas, siempre sonriente, estaba muy tranquilo en su banco. La sentencia le había sorprendido tanto como a sus adversarios, pues no ignoraba en qué aire viciado vivía el presidente; le creía incapaz de justicia. Y era una confortación encontrar un hombre justo entre tantas miserias humanas. Pero al estallar los gritos de muerte su sonrisa se hizo triste; se volvió hacia la turba rugiente, lleno el corazón de amargura. ¿Qué les había hecho él a aquellos modestos burgueses, comerciantes y obreros? ¡No había querido el bien de todos, no trabajaba para que todos fuesen felices, amándose, viviendo como hermanos! Los puños le amenazaban, le abofeteaban con gritos, los mueras al ladrón, al envenenador eran más violentos. Aquel pueblo infeliz, extraviado, enloquecido por las mentiras, le causaba un dolor profundo, en la ternura que le inspiraba, a pesar de todo. Pero contenía las lágrimas, quería permanecer en pie valeroso y altivo ante el insulto. El público, que se creía provocado, hubiera acabado por romper la barra de encima si los guardias no hubieran conseguido al fin arrojarlo fuera y cerrar las puertas. El actuario en nombre del presidente vino a rogar a Lucas que no saliera todavía, para evitar un accidente posible, y consiguió que se esperara algunos

minutos en la habitación del conserje hasta que se disolviera la multitud.

Sin embargo, Lucas sentía una especie de vergüenza y le repugnaba verse obligado a ocultarse así. Pasó en casa de aquel conserje el cuarto de hora más penoso de su vida, creyéndose cobarde si no iba derecho a la multitud sin aceptar aquella situación de culpable alarmado a que se le reducía. Cuando los alrededores del edificio de la Audiencia parecieron despejados, ya no quiso oír nada, se empeñó en marcharse, volver a casa a pie tranquilamente sin que nadie le acompañase. Solo había venido, solo quería volver. No llevaba en la mano más que un ligero bastón, que hasta sentía haber traído por temor de que se sospechara que pensaba en defenderse. Lentamente, se puso en marcha calle adelante teniendo que atravesar a todo Beauclair, y nadie pareció fijarse en él hasta la plaza de la Alcaldía. El público que salía de la Audiencia había ido divulgando por el pueblo entero la noticia de la absolución, después de haber esperado a Lucas algunos minutos y seguro ya de que no saldría en algunas horas. Pero en la plaza de la Alcaldía, donde se celebraba el mercado, fue reconocido. Se lo enseñaban unos a otros con ademanes; corrieron rumores, algunos hasta le siguieron, sin malos propósitos todavía, sólo por ver lo que iba a pasar. No había allí apenas más que aldeanos, compradores, curiosos que no estaban enzarzados en el litigio. Y la situación no comenzó seriamente a ser grave hasta que llegó a la calle de Brias. En

la esquina, delante de su tienda, Laboque desatado furioso por su derrota, gritaba en medio de un grupo, colérico.

Todos los comerciantes, los tenderos al por menor de la vecindad, habían corrido a casa de los Laboque al conocer la funesta noticia. ¿Cómo, con que era verdad, la Crécherie iba a acabar de arruinarlos con sus almacenes cooperativos, puesto que la justicia le daba la razón? Caffiaux aterrado, callaba, revolviendo pensamientos que no decía. Pero Dacheux, el carnicero, era de los más furiosos, encendido el rostro, dispuesto a defender la carne de los ricos, la carne sagrada; y hablaba de matar a todo el mundo antes de bajar los precios ni un céntimo. La señora Mitaine no había venido; nunca había sido partidaria del litigio, declaraba sencillamente que vendería su pan mientras se lo compraran, y que después ya vería. Y Laboque, ardiendo por la décima vez a un recién venido la abominable traición del presidente Gaume; cuando de pronto distinguió a Lucas que muy tranquilo pasaba delante de la quincallería, cuya ruina consumaba. Esta audacia acabó de trastornar al tendero; estuvo a punto de arrojarse sobre el enemigo y rugió medio sofocado por la ola de la ira. «¡Que muera, que muera! ¡el ladrón, el envenenador, muera!» al llegar frente a la tienda, Lucas sin detenerse se contentó con volver la cabeza para posar un instante la mirada tranquila y valerosa sobre el grupo tumultuoso, de donde salían las sordas invectivas de Laboque. Entonces, todos se creyeron provocados, se levant  un clamor general, que creció y llegó a ser rugido de

tempestad; «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador! ¡muera, muera!» Lucas, como si no se tratara de él, continuaba pacíficamente su camino mirando a derecha y a izquierda, como cualquier transeúnte a quien el espectáculo de la calle interesa. Casi todo el grupo le seguía, redoblando los silbidos, los ultrajes, las amenazas. «¡Muera, muera el ladrón, el envenenador, muera!»

Ya no cesó aquello; creció, se desbordaba, según Lucas iba subiendo por la calle de Brias, como de paseo. De cada tienda salían más comerciantes para juntarse a la manifestación. Las mujeres se asomaban a las puertas y le silbaban al pasar. Algunas, exasperadas, hasta corrieron a escape para venir a gritar con los hombres: «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!» Vio a una joven de suave hermosura, rubia, mujer de un frutero, que le injuriaba enseñando preciosos dientes blancos y le amenazaba de lejos con uñas de rosa como para desgarrarle. Corrían también los niños; uno de cinco o seis años, no mayor que una bota, se desgañitaba y casi se le metía entre las piernas para hacerse oír mejor, «¡muera el ladrón, muera el envenenador!» Infeliz criatura. ¿Quién le había enseñado ya el grito del odio? Y lo peor fue al pasar, en lo más alto de la calle, por delante de las fábricas. Aparecieron en las ventanas obreras de la zapatería Gourier que rugieron y batieron las manos. Luego hasta hubo obreros de las fábricas Chodorge y Miranda, que fumaban en la acera esperando el toque de campana para volver al trabajo, y

también entraron en la manifestación embrutecidos por su esclavitud. Un delgado, de pelo rojo, de ojos grandes, turbios, corría como loco vociferando con más fuerza que todos «¡muera, muera el ladrón, muera el envenenador!»

¡Ah, qué subida aquella de la calle de Brias, con esta turba creciente de enemigos mordiéndole los talones, innoble oleaje de injurias y amenazas! Recordaba Lucas la noche de su llegada a Beauclair cuatro años antes, el negro pisotear en el lodo de aquellos desheredados, hambrientos, que en aquella misma calle le habían llenado el alma de una compasión tan eficaz que se había jurado dar la vida en bien de los miserables. ¿Qué había hecho en cuatro años para que tantos odios se amontonasen contra él hasta verse acorralado por la turba amotinada que rugía muera? Había sido el apóstol del mañana, de una sociedad solidaria y fraternal, reorganizada por el trabajo ennoblecido, regulador de la riqueza. Había dado un ejemplo, esta Crécherie donde la ciudad futura estaba en gérmen, donde reinaban ya la mayor justicia y ventura posibles. Y aquello bastaba, el pueblo entero le tenía por un malhechor y lo adivinaba detrás de aquella turba que le seguía, ladrándole. ¡Qué amarguras, qué dolor en esta aventura común del calvario que siempre el justo tiene que subir, golpeado por los mismos cuya redención busca! Disculpaba el odio de aquellos burgueses cuya digestión tranquila turbaba, aterrados si tenían que partir sus goces egoístas. También disculpaba a los tenderos que se creían arruinados por él,

cuando sólo imaginaba un empleo mejor de las fuerzas sociales para evitar una pérdida inútil de la fortuna pública. Hasta disculpaba a los obreros que había venido a librar de la miseria, para los cuales levantaba con tanto trabajo su ciudad de justicia, y que le silbaban, le insultaban, por lo mucho que había oscurecido su cerebro y enfriado su corazón. Era la muchedumbre ignorante que se rebela contra el que quiere su bien, y se niega a dejar el lecho de esclavitud en que agoniza, y se hunde en el hambre, en la secular basura, cerrando ojos y oídos a la dicha que nace. Pero si a todos los disculpaba, piadoso y afligido ¡cómo le sangraba el corazón al ver entre los más airados a aquellos trabajadores de la fábrica y del taller, a los que él quería convertir en los hombres nobles, libres, felices del mañana!

Lucas subía, subía; la calle de Brias no se acababa y la jauría desencadenada había aumentado aún, los gritos no cesaban:

–¡Muera el ladrón, muera el envenenador!

Se detuvo un instante, se volvió, miró a aquella gente, para que no creyesen que huía. Había un montón de piedras delante de una casa en construcción; un hombre se bajó, cogió un guijarro y se lo arrojó a Lucas; otros al punto hicieron lo mismo y llovían piedras entre una tempestad de amenazas.

–¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Ahora le lapidaban. No hizo ningún ademán, echó a andar otra vez, acabó de subir al calvario. Sus manos estaban vacías, sin más armas que el bastón ligero que puso bajo el brazo. Y seguía muy tranquilo, con la idea de que su misión le hacía invulnerable si había de cumplirla. Mas el corazón dolorido sufría horriblemente maltratado por tanto horror y demencia. Lágrimas le subían a los ojos y necesitaba un gran esfuerzo para no dejarlas correr a lo largo de sus mejillas.

–¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Una piedra le dio en el tacón, otra le rozó el muslo.

Ya era aquello un juego, andaban en él los niños. Pero faltaba puntería, las piedras rebotaban en el suelo. Dos veces, sin embargo, pasaron tan cerca de su cabeza que pudo creérsele herido, abierto el cráneo. Ya no se volvía, seguía subiendo la calle de Brias con el mismo paso tranquilo paseante que se vuelve a casa. Angustiado por tan furiosa ingratitud, parecía que ni siquiera quería saber lo que pasaba detrás de él a lo largo de aquella calle de la Amargura donde sufría su martirio. Pero al fin una piedra le alcanzó, le desgarró la oreja derecha, mientras otra le hería en la mano izquierda, cortándole la palma como de una cuchillada. Y la sangre corría, cayó en anchas gotas rojas.

–¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Un sacudimiento de pánico detuvo a la multitud. Muchos huyeron cobardes. Las mujeres gritaron, se llevaron a los niños en brazos. Ya no hubo más que curiosos que seguían corriendo. Lucas continuando por la calle de la Amargura no había hecho más que mirarse la mano, sacó el pañuelo, enjugó la oreja y envolvió con él la palma de la mano que sangraba. Acortó el paso, sintió el galopar de la turba que se acercaba, y otra vez les hizo frente, al sentir en la nuca el soplo ardiente de la jauría que le perseguía. En la primera fila corría con ansia frenética el obrero pequeño y flaco de pelo rojo de grandes ojos, turbios. Se decía que era un herrero del Abismo. Llegó de un brinco junto al hombre a quien venía acosando desde el principio de la calle, y con el mayor furor sin que se pudiera saber de dónde venía aquel frenesí, le escupió en el rostro.

–¡Muera, muera el ladrón, muera el envenenador!

Lucas ya estaba por fin en lo más alto de la calle de Brias, y esta vez vaciló bajo el abominable ultraje. Se le vio palidecer horriblemente, mientras en un arranque involuntario de todo su cuerpo el puño sano se levantaba terrible y vengador. De un golpe hubiera aplastado al hombrecillo como enano miserable junto a un triunfante coloso. Pero Lucas, fuerte, bizarro, tuvo tiempo de contenerse. No dejó caer el puño. Pero aquellas dos lágrimas, grandes, corrieron a lo largo de las mejillas, lágrimas de infinito dolor que había podido contener hasta



entonces, pero que ya no era capaz de ocultar en la última amargura de la hiel, que le ponían en los labios. Lloraba sobre tanta ignorancia, sobre tanta equivocación, sobre aquel triste y querido pueblo que no quería ser salvado. Hubo burlas, sarcasmos, y se le dejó entrar en casa ensangrentado y solo.

Lucas se encerró, quiso estar solo en el pabellón que seguía habitando a lo último del parque sobre el camino de Combettes. El verse absuelto no le hacía forjarse ilusiones. Las inmundas violencias de aquella tarde, la multitud que le había acosado, decían qué guerra se le iba a hacer, ahora que el pueblo entero se sublevaba. Eran las convulsiones supremas de la sociedad moribunda, que no quería morir. Resistía furiosamente, se defendía con el ansia de detener a la humanidad en su marcha. Unos, los autoritarios, ponían su salvación en la represión implacable; otros, los sentimentales, invocaban el pasado, su poesía, todo lo que el hombre lamenta abandonar para siempre; algunos desesperados se unían a los revolucionarios, con el afán de acabar cuanto antes. Y Lucas había sentido así pisándole los talones, a todo Beuclair que era un mundo en pequeño en medio del ancho mundo. Si permanecía en medio de su terrible amargura valeroso y resuelto a la lucha, no por ello era menos mortal su tristeza. Quería agotar aquella noche toda su inmensa pena, porque deseaba que nadie de ella conociera nada. Cuando se sentía desfallecer, que era pocas veces, prefería encerrarse de aquella suerte, y beber hasta

las heces de su amargura para volver a presentarse ya curado y valiente. Había echado el cerrojo a puertas y ventanas dando orden absoluta de no dejar entrar a nadie. Hacia las once se le figuró oír pasos ligeros en la carretera. Después, como si le llamaran, un soplo apenas, que le hizo estremecerse. Corrió a abrir la ventana y a través de las persianas distinguió una sombra sutil. Llegó a él una voz muy suave.

–Señor Lucas, soy yo. Es preciso que hablemos ahora mismo.

Era Josina. Sin reflexionar, bajó Lucas y abrió el portillo que daba al camino. La hizo subir, la llevó por mano a su cuarto cerrado con tanto rigor, donde alumbraba una lámpara de apacible claridad. Terrible inquietud le sobrecogió al reparar en ella y ver sus vestidos en desorden, el rostro maltratado.

–¡Dios mío, Josina, qué tiene usted! Qué sucede.

Lloraba; su cabellera desatada caía sobre su garganta cuya blancura delicada dejaba ver el cuello de su vestido desgarrado.

–¡Ah! Señor Lucas, he querido decirle a usted... no es porque me haya vuelto a pegar al volver a casa; eso no importa; vengo por las amenazas que le he oído. es preciso que usted se entere esta misma noche.

Contó que Ragú al saber lo que había sucedido en la calle de Brias, los infames agravios causados al amo, se había ido a la taberna de Caffiaux arrastrando a Bourron y otros camaradas. Acababa de volver borracho gritando que ya estaba harto de la horchata de la Crécherie, que no estaría un día más en una jaula en que reventaba uno de aburrimiento, en que no se tenía derecho siquiera a beber un vaso de más. Luego, animándose con palabras soeces, había querido obligarla a hacer inmediatamente el equipaje para irse por la mañana temprano al Abismo que aceptaba a todos los obreros que salían de la Crécherie. Y como ella quisiera esperar había acabado por pegarla y echarla de casa.

–Lo mío no importa, señor Lucas. Pero usted, ¡Dios mío, es a usted a quien insultan, a quien quieren hacer tanto daño! Ragú marchará mañana temprano, nada le detendrá, llevará consigo de seguro a Bourron y otros cinco o seis compañeros que no me ha nombrado. Y yo ¿qué quiere usted que haga? Tendré que seguirle, y todo esto es para mí una pena tan grande que he tenido necesidad de venir a decírselo enseguida, temiendo no volver a verle. Continuaba él mirándola; nueva ola de amargura llenaba su corazón. ¿Era, pues, el desastre mayor que él creía? Los obreros le dejaban, se volvían a su dura y sucia miseria de antaño, con la nostalgia del infierno de que él quería sacarlos con tanto esfuerzo. En cuatro años no había conquistado nada ni de su inteligencia ni de su afecto. Y lo peor era que Josina ya no

era feliz, que volvía a presentársele, como el primer día, ultrajada, herida, arrojada a la calle. Nada se había adelantado pues; había que volver a empezar, pues Josina ¿no era el pueblo que sufría? No había obedecido a la necesidad de la acción hasta la noche en que la había encontrado tan dolorida, tan abandonada, víctima del trabajo maldito, impuesto como una esclavitud. Era la más humilde, la más baja, casi en el arroyo, y era la más bella, la más amable, la más santa. Mientras la mujer sufriera, no estaría salvado el mundo.

–¡Ay, Josina, Josina, lo que yo la compadezco a usted y la pena que me da! –murmuró con voz de infinita ternura, mientras también lloraba vencido por las ajenas lágrimas. Pero al verle llorar así padecía ella mucho más. Llorar él con tanta amargura con tan grande dolor, él que era su dios, a quien ella adoraba como un poder superior por lo que la había socorrido, por la alegría de que había llenado para siempre su vida. El pensamiento de los ultrajes que acababa de sufrir, de aquel calvario atroz de la calle de Brias redoblada su adoración, le acercaba más a él con el deseo de curar las heridas, de entregársele por completo, si este don podía darle la paz de un instante. ¿Qué hacer para amenguar su tortura? ¿Cómo borrar el insulto de su rostro y hacerle sentirse respetado, admirado, adorado? Se inclinaba hacia él con las manos abiertas, exaltado el rostro por el amor.

–¡Ay, señor Lucas, la tristeza que siento al verle desgraciado; qué dicha la mía si pudiera suavizar un poco sus tormentos!

Estaban tan cerca que sentían en el rostro el calor de su aliento. La mutua compasión los abrasaba con el fuego de una ternura, que no sabía lo que hacer. ¡Cómo padecía ella, cómo padecía él! Y él pensaba sólo en ella y ella pensaba sólo en él, con una lástima inmensa, un inmenso anhelo de caridad y de ventura.

–A mí no hay por qué compadecerme, sólo se trata de usted, Josina, cuyo sufrimiento es un crimen, y a quien yo quiero salvar.

–No, no señor Lucas, lo mío no importa; es usted quien no debe sufrir porque es el Dios bondadoso de todos.

Entonces, como iba ella dejándose caer en sus brazos, la estrechó él contra sí en abrazo apasionado. Era la necesidad inevitable, dos llamas que se juntaban para no ser más que un foco único de bondad y de fuerza. Y se cumplió el destino; se entregaron el uno a otro con el mismo anhelo de producir la vida y la dicha. Todo los había traído a esto; habían tenido la súbita visión del amor nacido una noche y que había crecido lentamente acumulado en el fondo de su pecho. Y no había allí más que dos seres que se encontraban en el beso tanto tiempo esperado que llegaba a florecer. No había

remordimiento posible; se aunaban como existían, para estar sanos, para ser fuertes y fecundos.

Luego, en esta alcoba tranquila, tan agradable, cuando Lucas, por largo espacio, tuvo a Josina entre sus brazos, sintió que le había llegado un gran auxilio. Sólo el amor traería la armonía de la ciudad. Esta Josina deliciosa que había hecho definitivamente suya, era su comunión íntima con el pueblo de los desheredados. La unión estaba sellada; el apóstol, en él, no podía permanecer infecundo, necesitaba una mujer para rescatar la humanidad. ¡Y cómo venía a confortarle la pobre jornalera sucia maltratada que había encontrado muerta de hambre, y que era en aquel aposento, sobre su pecho, una reina de encanto y voluptuosidad! Había conocido ella la mayor miseria, ella le ayudaría a crear un mundo nuevo de esplendor y de alegría. De ella, sólo de ella, necesitaba para cumplir su misión, pues el día en que hubiera salvado a la mujer, el mundo estaría a salvo.

Dulcemente, le dijo:

–Dame tu mano, Josina, tu pobre mano herida.

Y ella le dio la mano, aquella a la que faltaba el dedo índice, cortado, arrebatado por el engranaje de una máquina.

–Es muy fea –murmuró ella.

–¡Fea! ¡Ay!, no, Josina; para mí es tan querida, que de toda tu persona adorada ella es la que yo beso con mayor devoción.

Había aplicado sus labios a la cicatriz, y cubría de caricias la mano pequeña, débil, mutilada.

–¡Oh cuánto me quiere usted, Lucas, y cuánto le quiero!

Tal fue el grito encantador, el grito de dicha y de esperanza que los reunió en nuevo abrazo. Fuera, sobre Beauclair hondamente dormido, pasaban los ruidos de los martillos, el retumbar del acero de la Créchérie y del Abismo, luchando con el trabajo nocturno. Y sin duda, la guerra no había concluido, la terrible batalla entre ayer y mañana iba a ser más encarnizada. Pero en medio de los mayores tormentos, un descanso de felicidad había venido, y fueron los que fueron los padecimientos todavía, arrojada estaba la inmortal semilla del amor para las cosechas futuras.

## CAPÍTULO VIII

DESDE entonces éste fue el grito de Lucas a cada nuevo desastre que haría a la Crèche, cuando los hombres se negaban a seguirle y dificultaban la fundación de su ciudad de trabajo, de justicia y de paz.

–¡Es que no aman! Si amasen, todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol.

Llegaba su empresa a la hora angustiosa y decisiva de la regresión, del paso atrás. En toda marcha hacia adelante, llega esta hora de la lucha, de la parada forzosa. No se avanza, hasta se retrocede, el terreno ganado parece hundirse, y que jamás se llegará al fin. Y esta es la hora también en que se prueban los héroes con su firmeza de alma, su indomable fe en la final victoria.



Al día siguiente, Lucas procuró retener a Ragú que quería romper el trato y dejar la Crécherie para volver al Abismo, pero tropezó con una voluntad maligna y amiga de burlas que gozaba haciendo mal en el momento en que la desercion de los obreros podía arruinar la fábrica. Pero había también algo más profundo; la nostalgia del trabajo esclavo, del tornar a la miseria negra, nauseabunda, a todo el repugnante pasado, que seguía en la sangre. Al tibio sol, en la alegre pulcritud de su casita rodeada de verdores, Ragú echaba de menos las estrechas y pestíferas del Beauclair, las casuchas leprosas a través de las cuales corría el soplo de la peste. El olor acre de la taberna de Caffiaux le asediaba, cuando pasaba una hora en la gran sala clara de la Casa Comunal, donde el alcohol estaba prohibido. El buen orden de los Almacenes cooperativos le disgustaba también, le inspiraba el deseo de gastar su dinero a su antojo en las tiendas de la calle de Brias, a cuyos dueños, él mismo llamaba ladrones, pero con los cuales se daba el gusto de disputar. Cuanto más Lucas insistió haciéndole ver la sinrazón de su partida más se obstin  Ragú, pensando que si tanto empeño había en retenerle, era porque marchándose causaba daño.

–No, no señor Lucas, esto no tiene arreglo. Puede que haga yo una barbaridad, aunque no me lo parece... Me ha prometido usted torres y montones; íbamos a hacernos todos millonarios; y la verdad es que no ganamos más que

en otra parte, y además aquí hay ciertas molestias, a lo menos para mi gusto.

Era verdad, la distribución de las ganancias, en la Créchérie, no había alcanzado hasta entonces una cifra sensiblemente superior a los salarios del Abismo.

–Pero vamos viviendo –respondió con animación Lucas–. ¿Y no basta con eso cuando el porvenir es seguro? Si os he pedido sacrificios fue con la convicción de que al final está la dicha de todos. Pero hace falta paciencia y valor, fe en la empresa, y además mucho trabajo.

Tal lenguaje no podía conmover a Ragú, solo una frase le había llamado la atención, y dijo con fisga:

–¡Bah! la dicha de todos, eso es muy bonito. Pero yo prefiero empezar por la mía.

Entonces, Lucas le dijo que era libre, que le arreglarían la cuenta para marcharse cuando quisiera. En rigor, no tenía ningún interés en conservar a un mal hombre, cuya presencia llegaría a ser un contagio funesto. Pero la marcha de Josina le desgarraba el corazón, y se sintió algo avergonzado, al descubrir que, si tanto empeño ponía en retener a Ragú, era por retenerla a ella. La idea de que volvía a la cloaca del Beauclair viejo, en manos de aquel hombre que otra vez entregado al alcohol continuaría maltratándola, era para él insoportable. Volvía a verla en la

calle de las Tres Lunas, inmundo aposento, presa de la miseria sórdida y mortífera; y no estaba él allí para velar por ella; y ahora era suya, y hubiera querido no dejarla ni un minuto, para asegurarle una vida feliz. A la noche siguiente, volvió ella a verle, hubo entre ellos una escena cruel, lágrimas, juramentos, proyectos locos. Sin embargo, venció la prudencia; había que aceptar los hechos, si no querían comprometer la empresa que ya era de ambos. Josina seguiría a Ragú, a lo que no podía negarse sin promover un escándalo peligroso; en tanto que Lucas en la Créchérie, continuaría su batalla para el bien de todos, con la convicción de que la victoria, algún día, volvería a juntarlos. Eran muy fuertes porque llevaban consigo al amor invencible. Prometió ella que volvería a visitarle. Pero aún así se les desgarraba el corazón al despedirse, y cuando al día siguiente la vio abandonar la Créchérie detrás de Ragú que ayudado por Bourron empujaba en un carricoche el pobre ajuar de la mudanza.

Tres días después, Bourron seguía a Ragú a quien veía todas las noches en casa de Caffiaux. Tales bromas le daba su amigote con motivo de la horchata de la Casa Comunal, que creyó hacer una hombrada, de hombre libre, volviendo él también a vivir en la calle de las Tres Lunas. La mujer de Bourron, Babette, después de oponerse a tamaña necesidad, acabó por resignarse, contenta como siempre. ¡Bah! Todo iría bien, de todos modos, su marido en el fondo era un excelente sujeto que tarde o temprano vería claro. Y reía, y

levantó la casa diciendo «hasta la vista» a los vecinos, pues no podía creer que no había de volverse a aquellos bonitos jardines, donde tanto gozaba. Sobre todo, pensaba traer a ellos, a su hija Marta y a su hijo Sebastián, que hacían grandes progresos en la escuela. Así al proponerle Soeurette, que siguieran asistiendo a ella, consintió.

Pero lo que agravó la situación fue que otros obreros cedieron al contagio de tal mal, marchándose como Bourron y Ragú. Les faltaba la fe, tanto como el amor, y Lucas luchaba con la mala voluntad humana, la cobardía, la defección, contra las que se choca en cuanto se trabaja para el bien de todos. Hasta en el mismo Bonnaire tan razonable, tan leal, adivinó una oculta vacilación. Turbaban el matrimonio las diarias disputas de la Pelos cuya vanidad no estaba satisfecha, pues no había podido comprar todavía el vestido de seda y el reloj que deseaba desde su juventud.

Luego, las ideas de igualdad, de comunidad, la enfadaban, siempre pesarosa de no haber nacido princesa. Por ella, toda la casa era una tormenta, tenía a ración de tabaco al tío Lunot, con más rigor cada día; zarandeaba a los niños Luciano y Antonieta. Habían tenido otros dos, Zoe y Severino, y ésta era también una desgracia que no perdonaba a Bonnaire, echándoselo en cara sin cesar, como si fueran fruto de sus ideas subversivas, de las cuales ella también se creía víctima. No perdía la calma Bonnaire, habituado a tales tempestades, que no hacían más que

entristecerle. Ni siquiera respondía cuando ella gritaba que no era más que un bestia, un bobalicón que dejaría los huesos en la Créchérie.

Sin embargo, Lucas comprendía que Bonnaire no estaba de todo corazón con él. Jamás se permitía una censura, seguía siendo el obrero activo, exacto, concienzudo, que daba ejemplo a los compañeros. Y a pesar de esto, en su actitud había desaprobación, casi cansancio y desaliento. Esto hacía padecer mucho a Lucas, desesperado al ver que un hombre a quien tanto estimaba, cuyo heroísmo conocía, se apartaba de él tan pronto. Si éste dejaba de creer, ¿sería porque la empresa era mala?

Una tarde, al oscurecer, tuvieron una explicación a la puerta de los talleres, sentados en un banco. Se habían encontrado al ponerse el sol, bajo un ancho cielo tranquilo, y se sentaron y hablaron.

–Sí señor, es verdad –respondió francamente Bonnaire a una pregunta–; tengo grandes dudas respecto del buen éxito. Recordará usted, además, que nunca he tenido sus ideas, y que su tentativa siempre me ha parecido mal desde el punto de vista de las concesiones. Si me he prestado a ella fue como un experimento. Pero, según adelantan las cosas, veo que no me he equivocado. El experimento está hecho, va a haber que intentar otra cosa, obrar revolucionariamente.

–¡Cómo que el experimento está hecho! –exclamó Lucas–. ¡Oh! Estamos comenzando. Esto exigirá años, muchas vidas de hombres acaso, un esfuerzo secular de buena voluntad y de valor. ¡Y es usted, amigo mío, usted, el enérgico, el bravo, quien duda tan pronto!

Le miraba, fijándose en su torso de coloso, su ancha faz apacible donde se leía tanta fuerza honrada. Pero el obrero movió suavemente la cabeza.

–No, no, la buena voluntad y el valor no harán nada. Es que el método de usted es demasiado suave, cuenta demasiado con la prudencia de los hombres. Esa asociación del capital, del talento y del trabajo, caminará siempre a trompicones sin fundar nunca nada sólido y definitivo. El mal ha llegado a tal grado de abominación que hay que curarlo con el hierro candente.

–¿Entonces, qué hay que hacer, amigo mío?

–Es preciso que el pueblo se apodere en seguida de los instrumentos de trabajo, que arranque el capital a la clase burguesa, disponiendo de él por sí mismo, para reorganizar el trabajo universal y obligatorio.

Y una vez más expuso Bonnaire sus ideas. Seguía entregado por completo al colectivismo, y Lucas, que le escuchaba con pena, se asombraba de no haber adelantado nada en este espíritu reflexivo, pero obtuso. Tal como le

había oído hablar en la calle de las Tres Lunas, la noche en que había dejado el Abismo, así volvió a encontrarle, con el mismo pensamiento revolucionario; sin que los cinco años de experiencia comunista pasados en la Crèche hubiesen modificado su fe. La evolución era demasiado lenta, el progreso, sólo por la asociación, pediría todavía muchos años, y él se cansaba, no creía más que en la revolución inmediata y violenta.

–No se nos dará jamás lo que nosotros no tomemos –dijo, concluyendo–. Hay que tomarlo todo para tenerlo todo.

Callaron. Se había puesto el sol. Los relevos de noche habían vuelto al trabajo en el fondo de los talleres retumbantes. Y en este esfuerzo continuo de la faena, Lucas se sentía invadido por una indecible tristeza, viendo que su empresa iba también a comprometerse, por la prisa de los mejores por salvar su ideal. ¿No era muchas veces la batalla furiosa de las ideas quien estorbaba y retardaba la realización de los hechos?

–Yo no quiero discutir de nuevo con usted, amigo mío –añadió al fin–. No creo que una resolución decisiva sea posible y buena en las circunstancias en que estamos. Y sigo convencido de que la asociación, la cooperación, ayudadas por los sindicatos, son el lento camino preferible que nos conducirá a la ciudad prometida... Muchas veces hemos hablado de esto sin poder entendernos. ¿Para qué empezar otra vez, y molestarnos inútilmente? Pero lo que espero de

usted es que seguirá siendo fiel a la casa que, juntos, hemos fundado, en las dificultades que atraviesa.

Bonnaire hizo un ademán brusco de enojo.

–¡Oh! señor Lucas, ¿ha dudado usted de mí? Bien sabe que no soy un traidor. Y que ahora, puesto que usted me libró un día del hambre, estoy dispuesto a comer mi pan seco con usted todo el tiempo que haga falta. No tenga miedo; lo que acabo de decirle no lo digo a nadie. Estas cosas pasan entre los dos. Pero naturalmente no voy a desanimar a los obreros anunciándoles la ruina próxima... Asociados estamos y asociados seguiremos hasta que las paredes se nos vengán encima.

Lucas con gran emoción le estrechó ambas manos. Y a la semana siguiente se conmovió más todavía al sorprender una escena que pasaba en el taller de los laminadores. Le habían advertido que dos o tres obreros ligeros de cascos querían hacer lo que Ragú, procurando arrastrar cuantos obreros pudieran, y al llegar para restablecer el orden, vio a Bonnaire, en medio de los levantiscos, interviniendo con vehemencia. Se detuvo, escuchó. Bonnaire, valeroso, decía todo lo que había que decir, recordaba los beneficios de la casa, calmaba las inquietudes con la promesa de un porvenir mejor si se trabajaba de firme. Se imponía por su estatura, por guapo, y todos se aplacaban oyendo a uno de los suyos cosas tan razonables. Ni uno solo hablaba ya de romper la asociación, las defecciones quedaron contenidas. Y Lucas no



olvidó este espectáculo de Bonnaire, el buen gigante, apaciguando a los revoltosos con soberbio ademán, como héroe del trabajo que respeta la faena aceptada libremente. Pues se luchaba por el bien de todos, se hubiera creído un cobarde abandonando su puesto, aunque pensara que se hubiera debido luchar de otra manera.

Pero cuando Lucas le dio las gracias, de nuevo sintió el corazón lastimado por esta tranquila respuesta:

–Es muy sencillo, he hecho lo que debía. Pero no importa, señor Lucas, es preciso que le atraiga a mis ideas. De otro modo acabaremos todos por morir aquí de hambre.

Y pocos días después otro encuentro acabó de enternecer a Lucas. Bajaba del horno alto con Bonnaire y pasaron delante de los hornos de Lange. El alfarero se había obstinado en no dejar el estrecho terreno que se le cedía en la pendiente peñascosa y que había rodeado de una pared de piedra sin argamasa. En vano Lucas había querido llevarlo consigo ofreciéndole dirigir la fabricación de crisoles que había tenido que crear. Lange quería seguir libre, sin Dios ni amo como él decía. Continuaba pues, en el fondo de su salvaje agujero fabricando cacharrería ordinaria, las marmitas, pucheros y barreños que luego paseaba en un carricoche por los mercados y las ferias de las aldeas vecinas. Él tiraba, la Descalza empujaba. Y aquella tarde volvían de una de sus excursiones cuando Lucas y Bonnaire llegaban a la puerta del recinto.

–¿Qué tal, Lange –preguntó cordialmente el primero–, qué tal marcha el comercio?

–Siempre bastante bien para que el pan no falte, señor Lucas. Ya sabe usted que es todo lo que pido.

En efecto, no paseaba sus pucheros más que cuando el pan faltaba. Y lo demás del tiempo se entregaba a sus trabajos de alfarería que no eran para la venta; horas y horas los miraba con los ojos soñadores, como poeta rústico cuya pasión era dar vida a las cosas. Hasta en los objetos groseros que fabricaba, las ollas y barreños mostraban cierta graciosa sencillez, pureza de líneas, una gracia sencilla y arrogante. Hijo del pueblo, por instinto había dado con la primitiva belleza popular, esa belleza del humilde objeto doméstico, que nace de las proporciones perfectas y de la adaptación absoluta al uso a que se destina.

Impresionaba esta belleza a Lucas que examinaba algunas piezas no vendidas, dentro del carro. Y la presencia de la Descalza, la buena moza morena, tan hermosa, con sus miembros finos de combatiente, su seno pequeño y duro de guerrera, le llenaba también de una admiración mezclada de asombro.

–Eh, ¿qué tal? –añadió dirigiéndose a ella–; ¿debe de ser trabajoso empujar todo el día?

Mas ella, criatura silenciosa, no hizo más que sonreír con sus grandes ojos de salvaje, mientras el alfarero respondía por ella:

–¡Bah! se descansa a la sombra, a la orilla del camino cuando se encuentra una fuente. ¿Verdad, Descalza, que no vamos mal, que somos felices?

Había vuelto ella hacía él los ojos que se llenaron de una adoración sin límites, cual si fuera el señor todopoderoso y bueno, el salvador, el dios. Luego, sin decir una palabra, acabó de empujar hacia dentro el carricoche y lo colocó bajo el cobertizo. Lange la había seguido con una mirada de profunda ternura. Hacía a veces como que la trataba con rudeza, como vagabunda recogida en un camino cuyo domador quería seguir siendo. Pero ya era ella el ama; la quería con pasión que no confesaba, que ocultaba bajo su aspecto de hijo de aldeano zafio todavía. Este hombrecillo rechoncho, de cabeza cuadrada, de pelo y barba enmarañados cual maleza, era, en el fondo, de una infinita dulzura amorosa.

De repente añadió, con su franqueza bruta, volviéndose a Lucas a quien afectaba tratar como a un camarada:

–Y vamos a ver, ¿eso de la felicidad de todos parece que no marcha bien? Por lo visto no quieren ser felices en la forma que usted pide, esos imbéciles que consienten en encerrarse en su convento de usted.

Hablaba a lo socarrón; así embromaba a Lucas siempre que lo encontraba, con motivo de la tentativa de comunismo fourierista de la Crécherie. Lucas no hizo más que sonreír y Lange añadió:

–Se me figura que antes de seis meses se vendrá usted con nosotros, con los anarquistas... Se lo repito una vez más, todo está podrido, no hay más que echar por tierra la vieja sociedad, a fuerza de bombas.

Bonnaire, que hasta entonces había callado, intervino de pronto:

–¡Oh, a fuerza de bombas, qué imbecilidad!

El colectivista puro, no estaba por los atentados, por la propaganda por el hecho, aunque creía en la necesidad de una revolución general y violenta.

–¿Cómo imbecilidad? –exclamó Lange ofendido–. ¿Cree usted que si no se preparan los burgueses vuestra famosa socialización de los instrumentos del trabajo vendrá nunca? Lo imbécil es vuestro capitalismo disfrazado. Comenzad por destruirlo todo para reconstruirlo todo.

Continuaron, en lucha la anarquía del uno con el colectivismo del otro, y Lucas ya no tuvo más remedio que oírlos. Tan lejos estaba Lange de Bonnaire, como éste de Lucas. Oyéndoles, se les hubiera creído por la aspereza y

malignidad de la disputa hombres de razas diferentes, enemigos seculares dispuestos a devorarse sin acuerdo posible. Y sin embargo querían la misma felicidad para todos los seres, se juntaban en el mismo objetivo: la justicia, la paz, el trabajo reorganizado, dando el pan y la alegría a todos. ¡Pero qué furor todavía, qué odio agresivo, mortal en cuanto se trataba de entenderse acerca de los medios! A lo largo del camino tan arduo del progreso había, a cada alto, entre los hermanos en marcha, todos inflamados del mismo deseo de emancipación, batallas sangrientas por la simple cuestión de saber si se había de echar por la derecha o por la izquierda.

–Y después de todo, cada cual es dueño de sí mismo –acabó por declarar Lange–. Adormézcase usted si le place, camarada, en su nicho de burgués. Yo sé bien lo que debo hacer... Y la cosa marcha; los regalitos, las marmitas pequeñas que iremos a depositar el mejor día en casa del subprefecto, del alcalde, del presidente, del cura, ¿no es así, Descalza? Famosa excursión. ¡Je! ¡Je! La tal mañana, ¡con qué gusto empujaremos la carreta!

La arrogante buena moza había vuelto al umbral donde destacaba soberana y escultórica entre las rojas arcillas del mercado. Otra vez brillaron sus ojos, sonrió como sierva que se ha entregado, dispuesta a seguir a su dueño hasta el crimen.

–Está en el ajo, camarada –añadió Lange con tono brusco y tierno–. Me ayuda.

Lucas y Bonnaire se fueron, no enfadados, aunque no se entendían. Y caminaron un rato en silencio. Luego el obrero sintió necesidad de volver a sus argumentos de probar una vez más que no había salvación posible fuera de la fe colectivista. Condenaba tanto a los anarquistas como a los fourieristas; a éstos, porque no se apoderaban inmediatamente del capital, a los otros porque lo suprimían violentamente. Y Lucas pensaba otra vez que la reconciliación no era posible más que en la ciudad fundada al fin, cuando todas las sectas se aplacaran ante el sueño común realizado. Ya no habría disputas sobre el mejor camino, se habría llegado al fin deseado por todos y la paz fraternal reinaría. ¡Pero qué inmortal inquietud le causaba el largo camino que aún se había de recorrer, y qué temor tenía de ver a los hermanos devorarse unos a otros en su marcha!

Lucas volvió a su casa muy triste por estos continuos choques, obstáculos todos para su empresa. En cuanto dos hombres querían hacer algo, ya no se entendían. Después, en cuanto estuvo solo se le escapó aquel grito que sin cesar henchía su corazón.

–¡Si es que no aman; si amasen todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

También Morfain le daba que pensar. En vano había querido civilizarle un poco haciéndole abandonar su agujero de roca para bajar a vivir en una de las casitas claras de la Crécherie. El maestro fundidor siempre se había negado con obstinación con el pretexto de que allá arriba estaba más cerca de su trabajo, siempre alerta. Lucas se entregaba a él completamente, le dejaba dirigir el horno alto que funcionaba a la antigua, esperando las baterías de los hornos eléctricos, el empeño que perseguía Jordan sin cansarse nunca. Pero la causa verdadera de la obstinación de Morfain en no bajar a vivir entre los hombres que poblaban la ciudad nueva era el desdén, casi odio que le inspiraban. Él, el Vulcano de los tiempos primitivos, el conquistador del fuego, el obrero aplastado después por la larga esclavitud, dando su esfuerzo como héroe resignado, acabando por amar la sombría grandeza del presidio a que el destino le humillaba, irritábase ante esta fábrica cuyos obreros iban a ser señores, avaros de sus brazos, reemplazados por máquinas que niños guiarían pronto. Aquello le parecía pequeño, miserable; aquel afán de sufrir lo menos posible, de no batirse más que con el fuego y el hierro. No comprendía siquiera; se encogía de hombros, sin una palabra en los largos silencios que guardaba durante días enteros. Y muy solo, muy orgulloso seguía al costado de su montaña, reinando sobre el horno alto, dominando la fábrica, que cuatro veces cada veinticuatro horas coronaban de llamas las sangrías brillantes.

Otro motivo además causaba el enfado de Morfain contra estos tiempos nuevos de que no quería saber, y ahora el corazón de este taciturno tuvo que sangrar horriblemente. Su hija Azulina, cuyos ojos eran el azul del cielo, aquella hermosa y arrogante criatura, ama de su casa querida, desde la muerte de la madre, se vio encinta. Morfain se irritó, después perdonó pues se decía que alguna vez había de casarse. Pero ya no hubo perdón cuando ella le confesó el nombre de su amante, el hijo del alcalde. Hacía años que duraban las relaciones; se encontraban en los senderos de los Montes Bleuses, pasaban horas y horas en lechos olorosos de tomillo y alhucema bajo la libre brisa de las noches estrelladas. Aquiles, rompiendo con su familia, señorito a quien su burguesía aburría y disgustaba, había rogado a Lucas que le ajustara en la Créchérie, donde era dibujante. Rompía todos los lazos, amaba donde y como quería, resuelto a trabajar por la mujer escogida libremente, evolucionando como hijo conquistado de la antigua sociedad condenada, que va hacia la edad nueva. Y esto era lo que angustiaba a Morfain hasta el punto de hacerle arrojar de casa a su Azulina, como a una perdida. Se había dejado seducir por un señorito, no había en su casa más que rebeldía y obra del diablo.

Todo el antiguo edificio se hundía, ya que una hija tan buena y tan hermosa había removido también una de sus armaduras, escuchando, tal vez pescando, al hijo del alcalde.



Después como Azulina, puesta en la calle, se había refugiado naturalmente en casa de Aquiles, tuvo Lucas que intervenir. La pareja no pensaba en casarse. ¿Para qué? Estaban bien seguros de amarse y de no separarse jamás. Para casarse hubiera necesitado Aquiles entenderse judicialmente con su padre y esto le parecía una complicación y una molestia inútil. En vano insistió Soeurette con la idea de que la moral, por la reputación de la Crèche, exigía todavía el matrimonio legal. Lucas llegó a obtener que cerrase los ojos, porque comprendía que con las generaciones nuevas poco a poco habría que aceptar la unión libre.

Pero Morfain no aceptaba tan fácilmente la situación, y Lucas tuvo que ir una tarde a convencerle. Desde que había expulsado a su hija el maestro fundidor vivía solo con su hijo Petit-Da y entre los dos arreglaban la casa y cocinaban, en su agujero abierto en la peña. Aquella noche acababan de comer una sopa y seguían sentados sobre taburetes delante de la tosca mesa de encina que habían construido ellos mismos a hachazos; la pobre lámpara que los alumbraba proyectada sobre la piedra ahumada de las paredes sus sombras de colosos.

—Sin embargo, padre —decía Petit-Da—, el mundo marcha, no se puede seguir inmóvil.

De un puñetazo, Morfain hizo temblar la pesada mesa.

–Yo he vivido como vivió mi padre, y vuestro deber sería vivir como yo vivo.

Por lo común, estos dos hombres no cambiaban cuatro palabras en todo el día. Pero hacía algún tiempo que en medio de ambos iba creciendo cierta discordia, malestar que querían impedir; pero a veces estallaban disputas. El hijo sabía leer, escribir, se había ido interesando más y más por la evolución que llevaba su aliento hasta lo más hondo de las hoces de la montaña. Y el padre en su gloriosa terquedad de no ser más que un sólido obrero, cuyo esfuerzo bastaba para domar el fuego y conquistar el hierro, se enfurecía al ver que su raza se bastardeaba con toda aquella ciencia y aquellas ideas inútiles.

–Si tu hermana no hubiera leído libros ni se hubiera ocupado con lo que pasaba por allá abajo, todavía estaría con nosotros... ¡Oh! ¡la ciudad nueva, esa ciudad maldita que nos la ha quitado!

Esta vez su puño no cayó sobre la mesa, se tendió, por la puerta abierta, en la noche negra, hacia la Crèche cuyas luces brillaban como estrellas en el fondo de la pendiente de peñascos.

Petit–Da no replicó, respetuoso, turbada sin embargo la conciencia, pues sabía que su padre estaba disgustado con él desde el día en que le había encontrado con Honorina, la hija del tabernero Caffiaux. Honorina, pequeña, morena, de

tipo fino, de rostro alegre y despierto se había enamorado de aquel gigante tan suave, que también la encontraba encantadora. En la discusión de aquella noche entre el padre y el hijo, en el fondo se trataba de Honorina, así que el ataque directo que el último esperaba llegó por fin.

–Y tú –preguntó bruscamente Morfain– ¿cuándo vas a abandonarme?

Esta idea de separación pareció trastornar a Petit–Da.

–¿Pero por qué he de abandonarte, yo?

–¡Oh! cuando hay una muchacha por medio, sólo puede resultar la ruina de todo, entre riñas... Y vaya una cosa que has ido a escoger. ¿Piensas que van a querer dártela; son razonables matrimonios semejantes, que confunden las clases, el mundo al revés, el acabóse? He vivido demasiado.

Con suavidad, con dulzura, el hijo se esforzó por aplacar al padre. No renegaba de su amor por Honorina, pero hablaba de él como joven razonable, decidido a tener paciencia y esperar mientras fuera preciso. Más tarde se vería. ¿Qué mal había en que se hablasen con cariño cuando se encontraban, aquella joven y él? Si no eran de la misma esfera, eso no impedía que pudieran gustarse, y aunque las clases se mezclaran un poco, ¿no traería esto la ventaja de conocerse y quererse más?

Pero, rebotando cólera y amargura, Morfain se levantó de repente, y con un gran ademán trágico, bajo el techo que tocaba casi con la frente, exclamó:

–¡Vete, vete cuando quieras! Haz lo que tu hermana; escupe a todo lo que es respetable, pierde la vergüenza, arrójate a la locura. Ya no sois mis hijos, ya no os conozco, alguien os ha cambiado. ¡Que me dejen solo en este agujero salvaje, y que las mismas rocas acaben por desplomarse y aplastarme!

Lucas había oído, al llegar al umbral, estas palabras últimas, y se detuvo. Le impresionaron mucho, porque estimaba muy de veras a Morfain. Mucho tiempo estuvo procurando convencerle. Pero, en cuanto entró el amo, el obrero se tragó su pena para no ser más que el obrero, el subordinado sumiso entregado a su oficio. No se permitía siquiera juzgar a Lucas, causa primera de estas abominaciones, que trastornaban el país y que a él le hacían padecer. Los patronos seguían siendo dueños de obrar a su antojo; a los obreros les tocaban ser honrados y cumplir con su trabajo, como los antepasados habían hecho.

–No haga usted caso, señor Lucas; es que yo tengo mis ideas, y me enfado si me contradicen. Esto pasa de rato en rato; ya sabe usted que hablo poco. Y puede usted estar seguro, esto no perjudica al trabajo; siempre estoy ojo avizor; no se hace una sangría sin que yo esté presente. Cuando hay penas se trabaja de firme, ¿verdad?

Procuró Lucas poner paz en aquella familia, deshecha por la reforma de que él era apóstol; pero Morfain estuvo a punto de irritarse otra vez.

–No, no, basta; ¡que me dejen en paz! Si ha venido usted para hablarme de Azulina, ha hecho usted mal, señor Lucas; porque es el medio más seguro para empeorar las cosas. ¡Que se esté ella en su casa, como yo estoy en la mía!

Y queriendo romper la conversación, pasó de repente a otra cosa, dando una mala noticia que entraba por mucho en su humor endiablado:

–Puede que hubiera ido ahora mismo a decirle que he estado esta mañana en la mina, y que la esperanza de encontrar el filón de mineral rico se ha vuelto a perder... Y con todo, hubiera jurado que se encontraría infaliblemente en el fondo de la galería que había indicado. Pero, ¡qué quiere usted! nos persigue la mala suerte en todo lo que emprendemos de algún tiempo a esta parte; ¡nada sale bien!

Estas palabras resonaron, para Lucas, como si tocaran a muerto por sus grandes esperanzas. Siguió un rato hablando con el padre y el hijo, los dos colosos. Morfain le desesperaba, como último testigo de un mundo desaparecido; con su cabeza enorme y su ancha frente agrietada y envejecida por el fuego. Sus ojos de llama, su boca torturada de un rojo leonado de quemadura. Y se fue,

bajó agobiado por una tristeza más amarga, preguntándose sobre qué montón de ruinas gigantescas, aumentadas sin cesar, tendría que fundar su pueblo.

En la misma Crécherie, en la intimidad tan apacible, tan suave de Soeurette, encontraba Lucas causas de desaliento. Continuaba la joven recibiendo a Marle el cura, al profesor Hermeline y a Novarre, el médico; y tan contenta se mostraba, viendo concurrir a su almuerzo en tales días a su amigo Lucas, que éste no se atrevía a rehusar la invitación, a pesar del vago malestar que le producían las continuas disputas del maestro y del clérigo. Tranquila el alma, Soeurette no padecía con ellas, y creía que a él le interesaban, en tanto que Jordan, envuelto en sus mantas, meditando absorto algún experimento comenzado, parecía escuchar con vaga sonrisa.

Cierto martes, la disputa fue muy fuerte al acabar el almuerzo. Hermeline la había tomado con Lucas, por causa de la instrucción que se daba a los niños en la Crécherie, en cinco clases mixtas, cortadas por largas horas de recreo y otras empleadas en los talleres de aprendizaje. Esta escuela nueva, en que se seguía un método diametralmente opuesto al suyo, le había quitado discípulos, y esto no lo perdonaba. Su rostro anguloso, de frente menuda, de labios delgados, palidec a de comprimida cólera a la idea de que se pudiera creer en otra verdad que la suya.

–Podría pasar por eso de los chicos y las chicas en montón, aunque no me parece muy decente. Los muchachos ya no tienen bastantes instintos malos, diabólicas fantasías, cuando se separa los sexos sin que se vaya a concebir la extraordinaria idea de reunirlos para excitarlos y corromperlos más juntándolos. Debe de ser gracioso lo que pasa por los rincones, en cuanto se les vuelve la espalda. Pero lo que es de todo punto inaceptable, es la autoridad del maestro destruida, la disciplina reducida a nada, desde el momento en que se invoca la personalidad de esos chiquillos y se les deja dirigirse a sí mismos a su antojo. ¿No me ha dicho usted que cada alumno sigue su inclinación, se consagra al estudio que le place, con libertad de discutir su lección? A eso lo llamáis suscitar energías. Y luego, ¿qué estudios son esos en que todo se vuelve jugar, en que los libros se desprecian, en que la palabra del maestro no es infalible, en que el tiempo que no se pasa en el jardín, se pasa en los talleres, cepillando madera o limando hierro? Cierto que es bueno aprender un oficio manual; pero hay tiempo para todo, y lo primero es hacer entrar en la dura mollera de esos holgazanes, a mezo, toda la gramática y todo el cálculo que se pueda.

Lucas había dejado de discutir, cansado de chocar con aquella intransigencia de sectario, de católico a contrapelo, que había decretado el dogma del proceso, del que no quería salir. Así que, no hizo más que responder tranquilamente:

–Sí, creemos que es necesario dar atractivo al trabajo, cambiar los estudios clásicos en continuas lecciones de cosas; y nuestro objeto es formar, ante todo, voluntades, hombres.

Al oír esto, gritó Hermeline:

–¡Muy bien! ¿Y sabéis lo que haréis con eso? Rebeldes, vagos, perdidos. No hay más que un medio de dar al Estado ciudadanos, y es fabricarlos exprofeso para él, tal como los necesita para ser fuerte y glorioso. De ahí la necesidad de una instrucción disciplinada, idéntica, que le prepare al país, siguiendo programas que se reconozcan como los mejores, los obreros, los hombres de profesión, los funcionarios que necesita. Fuera de la autoridad, no hay seguridad posible... Yo soy un hombre bien probado, republicano de la víspera, librepensador y ateo. Supongo que a nadie se le ocurrirá ver en mí un espíritu retrógrado; y sin embargo, vuestra instrucción y educación libertarias, como se dice, me sacan de mis casillas, porque con ellas, antes de medio siglo, no habrá ciudadanos, ni soldados, ni nacionales... Sí, con vuestros hombres libres, os desafío a que hagáis soldados. ¿Y cómo se defendería la patria en caso de guerra?

–Sin duda, en caso de guerra, habría que defenderla –dijo Lucas tranquilo–. Pero algún día, ¿a qué vendrán los soldados, si no habrá que batirse? Habla usted como el capitán Jollivet en *El Diario de Beauclair*, cuando nos acusa de hombres sin patria y de traidores.



Esta ironía, poco maliciosa, acabó de exasperar a Hermeline.

–El capitán Jollivet es un imbécil a quien yo desprecio. Pero no es menos cierto que nos preparáis una generación desordenada, en rebeldía contra el Estado y que llevaría seguramente la República a peores catástrofes.

–Toda la libertad, toda la verdad, toda la justicia, son catástrofes –dijo Lucas sonriendo.

Pero Hermeline continuaba, trazando un cuadro espantoso de la sociedad de mañana; si las escuelas dejaban de instruir a todos los ciudadanos del mismo modo, todos fabricados para el servicio de su república autoritaria y centralizadora, no más disciplina política, ni administración posible, ni Estado soberano; la licencia desordenada llegaría al peor desenfreno físico y moral. Y de repente, el cura, Marle, que oía aprobando con la cabeza, no pudo resistir más al deseo de exclamar:

–¡Ah! ¡qué razón tiene usted, y qué bien dicho está todo eso!

Su rostro carilleno, de facciones regulares, de nariz aguileña, se mostraba radiante oyendo aquel ataque furioso contra la sociedad naciente, en la que sentía a su Dios condenado, cerca ya de no ser más que el ídolo de una religión muerta. Él mismo, en sus pláticas de cada domingo,

hacía iguales acusaciones, profetizaba iguales desastres. Pero apenas se le oía, el templo se le quedaba de día en día vacío, y esto le causaba un gran dolor, que escondía, encerrándose más y más, por todo consuelo, en su estrecha doctrina. Nunca se había aferrado más a la letra ni tratado con más severidad a sus penitentes, como si quisiera que aquel mundo burgués, cuya podredumbre cubría con el manto de la religión, se lo tragase, al menos, la tierra en actitud bizarra. El día que su iglesia se desplomase, estaría en el altar, y acabaría bajo los escombros su última misa.

–Sí, es muy cierto; el reinado de Satán está cerca; esas jóvenes y esos muchachos educados en común, todas las malas pasiones desencadenadas, la autoridad destruida, el reino de Dios puesto sobre la tierra, como en tiempo de los paganos. El cuadro que acaba usted de presentar es tan exacto, que nada más fuerte podría yo añadir.

No le gustó al maestro verse tan alabado por el clérigo, con el cual nunca estaba conforme, y se calló de repente mirando a lo lejos, a las praderas del parque, como si nada oyese.

–Pero hay algo –prosiguió el cura–, que aún puedo perdonar menos que esa instrucción desmoralizadora que se da aquí en vuestras escuelas; y es el que hayáis puesto a Dios a la puerta de la calle; que hayáis olvidado con toda intención edificar una iglesia en medio de vuestra nueva ciudad, entre tantas construcciones bellas y útiles. ¿Es que

pretendéis vivir sin Dios? Hasta hoy ningún Estado ha podido prescindir de Él; una religión ha sido necesaria para gobernar a los hombres.

–Yo no pretendo nada –respondió Lucas–. Cada cual es libre en su fe, y si no se ha construido una iglesia, es que ninguno de nosotros hasta ahora la ha necesitado. Pero se puede edificar una en el caso de que se encuentren fieles para llenarla. Siempre será lícito a un grupo de ciudadanos reunirse para darse el gusto de hacer lo que quieran. En cuanto a la necesidad de una religión, es, en efecto, muy real cuando se quiere gobernar a los hombres. Pero nosotros no queremos gobernarlos, sino que vivan libres en la ciudad libre... Usted lo ve, señor cura; no somos nosotros quienes destruimos el catolicismo; se destruye él mismo, se muere lentamente, de muerte natural, como se mueren sucesivamente las religiones después de haber cumplido su misión histórica, en la hora señalada por la evolución humana. La ciencia destruye uno a uno todos los dogmas; la religión de la humanidad ha nacido y va a conquistar el mundo. ¿Para qué una iglesia católica en la Crécherie, si la de usted es ya demasiado grande para Beauclair; y se le va quedando desierta, y el mejor día se le hunde?

Muy pálido el clérigo, no comprendió, no quiso comprender. Se contentó con repetir, con la terquedad del creyente que pone su fuerza en la afirmación, sin razones ni pruebas:

–Si Dios no está con ustedes, la derrota es segura. Créame, edifiquen una iglesia.

Hermeline no pudo contenerse más. Los elogios del sacerdote le sofocaban, sobre todo con esta consecuencia de la necesidad de una religión. Y gritó:

–¡Ah, no; ah, no, señor cura; nada de iglesia! No oculto, verdad es, que las cosas aquí no se organizan a mi gusto. Pero, si algo apruebo, es el abandono de todo culto oficial. Gobernar a los hombres, sí; pero no han de ser los curas desde las iglesias, sino nosotros, los ciudadanos, desde los ayuntamientos. De las iglesias se harán graneros públicos, granjas para las cosechas.

El cura se incomodó, dijo que en su presencia no toleraría palabras sacrilegas y la disputa se agrió tanto, que el doctor Novarre tuvo que intervenir como de costumbre. Hasta entonces había oído tranquilo con aire inteligente, ojos vivos como hombre muy amable y un poco escéptico a quien no turbaban palabras más o menos por fuertes que fueran. Pero creyó notar que Soeurette empezaba a disgustarse.

–Vaya, vaya, si casi están ustedes de acuerdo, pues ambos utilizan las iglesias. El cura siempre podrá decir misa en ellas, dejando un rincón para los frutos de la tierra los años de mucha abundancia. Dios bondadoso, de cualquiera religión que sea, no se opondría.

Después habló de una rosa nueva muy blanca, muy pura, pintada de carmín en medio de su corola. Había traído un ramo de ellas y Soeurette las miraba, en un vaso sobre la mesa, sonriendo de nuevo al encanto florido y perfumado, pero todavía como cansada de la pena que le causaba la virulencia que tomaban las disputas en sus almuerzos de los martes. Acabarían por no poder reunirse.

Hasta entonces no salió Jordan de sus cavilaciones. No había dejado de parecer atento, como si oyera lo que se decía. Pero con una frase demostró cuán lejos estaba su espíritu.

–Sabrán ustedes que en América un sabio electricista acaba de almacenar bastante calor solar para producir electricidad.

Cuando Lucas quedó solo con los Jordan, callaron mucho rato; la idea de los pobres hombres que se desgarraban, se abrumaban unos a otros persiguiendo ciegos el bien, le oprimía el corazón. A la larga, al ver con qué trabajo se buscaba el bien común entre las rebeldías de los mismos a quienes se quería salvar, sentía a veces desalientos que no confesaba todavía, pero que le fatigaban miembros y espíritu como el cansancio de los grandes esfuerzos inútiles. Por un instante su voluntad zozobraba próxima a sumergirse.

Aquel día volvió a su exclamación de congoja sentimental.

–¡Pero si es que no aman. Si amasen todo se fecundaría, todo brotaría, triunfando bajo el sol!

Algunos días después, una mañana de otoño, muy temprano, Soeurette recibió en medio del corazón un golpe horrible, cuyo dolor inesperado le causó profunda angustia. Madrugaba mucho y solía ir a dar órdenes a una vaquería que había hecho instalar para los niños de su asilo; y aquel día tuvo la idea, según caminaba a lo largo de la pared, en forma de terraza, que terminaba en el pabellón ocupado por Lucas, de echar una ojeada al camino de Combettes que dominaba la terraza. Y en aquel momento la puerta del pabellón que daba al camino se entreabrió apenas y vio salir con cautela una mujer, una sombra ligera de mujer que se desvaneció casi al punto en la rosada niebla de la mañana. Pero la había reconocido; tan delicada, tan esbelta, de penetrante encanto, como una visión de infinita ternura huyendo en plena claridad. Era Josina que salía de casa de Lucas, y para salir así, con el sol, tenía que haber pasado dentro la noche.

Desde que Ragú había dejado la Crèche, Josina había vuelto así varias veces al lado de Lucas, las noches que estaba libre. Esta vez había venido a decirle que no volvería, por el temor de ser sorprendida, porque había vecinas que espiaban sus escapatorias. Además, la idea de mentir, de ocultarse, para ser de su dios, acababa por ser tan penosa que prefería esperar la hora en que pudiera declarar su

amor a la luz del sol. Lucas, que había comprendido, se había resignado. Pero ¡qué noche de caricias, cortadas por la desesperación, y qué triste despedida a la primera luz del alba! Con besos sin fin, volvían el uno al otro; y habían cambiado tantos juramentos, que ya era día claro cuando había podido arrancarse a sus brazos. Y no más los vapores matinales habían velado un poco su partida.

¡Josina pasando la noche con Lucas, dejándole al salir el sol! Esta brusca revelación retumbaba dentro de Soeurette como un ruido de mortal catástrofe. Se había detenido de repente, clavada en el sitio, como si la tierra se hubiera abierto ante sus pasos. Estaba tan trastornada, tal ruido de tempestad se le subía al cerebro, que todo en ella era confusión, sin una sensación clara, sin un razonamiento posible. No siguió su camino, olvidó que iba a la vaquería a dar órdenes. De repente, huyó también, se volvió atrás corriendo, entró en casa, subió loca a su cuarto, se arrojó sobre la cama deshecha, tapando con las manos ojos y oídos, para no ver, para no oír. No lloraba, no sabía por entonces, presa no más de una inmensa desolación mezclada de un espanto sin límites.

¿Por qué sufría así con toda el alma desgarrada? No se había creído más que amiga muy cariñosa de Lucas, discípula y ayudante suya, consagrada con ardor a la empresa de justicia y bien humano por él imaginada. A su lado no creía gozar más que la deliciosa dulzura de una

fraternidad de alma sin haber sentido jamás todavía, el roce de otro escalofrío. Y ahora se sentía abrasada, sacudida por ardiente fiebre, porque la imagen de aquella otra mujer que pasaba allí la noche, que salía al amanecer, era evocación en adelante necesaria, con tiranía abominable.

¿Amaba, pues, a Lucas, le deseaba? Y lo echaba de ver el día en que la desgracia estaba consumada, cuando era ya muy tarde para hacerse amar. Sí, aquello era el desastre, saber tan duramente que ella amaba también, cuando otra había ocupado el lugar, lanzándola de donde acaso hubiera podido reinar adorada y todopoderosa. Lo demás desaparecía. No importaba cómo había nacido su amor, había crecido, y por qué lo había ignorado, inocente aún a los treinta años, feliz del todo hasta entonces con una dulce intimidad, con el aguijón de un deseo de posesión más estrecha. Lloró por fin, sollozó pensando en la brutalidad del hecho cumplido, en el brusco obstáculo que se levantaba entre ella y el hombre a quien se había dado toda, sin saberlo. Ya no había más que esto: ¿qué iba a hacer, cómo iba a hacerse amar? porque le parecía imposible no ser amada ya que amaba ella, y nunca dejaría de amar. Ahora que conocía su amor le quemaba el corazón; no podía vivir si el amor correspondido no la aplacaba como fresco bálsamo. Todo eran confusiones, luchaba con pensamientos indecisos, oscura la voluntad, como mujer ya madura, inocente aún, lanzada de repente en las torturas reales de la vida. Así estuvo martirizándose mucho tiempo, hundido el



rostro en la almohada. Ya estaba alto el sol, la mañana avanzaba sin que ella encontrase una solución práctica en su emoción creciente. Siempre volvía la pregunta, que era obsesión: ¿qué iba a hacer para decir que amaba, para ser amada? De pronto se acordó de su hermano; en él debía confiar, a él confesarse, pues que él sólo en el mundo la conocía y sabía que su corazón no había mentido jamás. Era un hombre, la comprendería de seguro, le enseñaría lo que se hace cuando se tiene necesidad de ser feliz. Enseguida, sin pensar más, saltó del lecho y bajó al laboratorio como una niña que ha encontrado la solución de una gran pena.

Jordan, aquella mañana acababa de sufrir un descalabro desastroso. Hacía meses que había creído encontrado el modo de transportar la fuerza eléctrica en condiciones perfectas de seguridad y de economía. Quemaba el carbón al salir del pozo, conducía la electricidad sin desperdiciar nada, lo cual bajaba el precio de fábrica de manera considerable. El problema le había costado cuatro años de investigaciones entre el dolor de los achaques de su cuerpo enfermizo; utilizaba lo mejor que podía la escasa salud, durmiendo mucho, envuelto en sus mantas y ocupado con método las raras horas que conquistaba así a la naturaleza madrastra. Y llegaba, sacando el mejor partido posible del instrumento ingrato que tenía en su miserable cuerpo, a conseguir la formidable tarea cumplida. Se le ocultaba la crisis alarmante que atravesaba la Crèche, para no turbarle. Creía que todo marchaba bien, y era además

incapaz de notar tales cosas ni atender a ellas, encerrado siempre en su laboratorio, todo para su trabajo, lo único que existía en el mundo. Y aquella misma mañana se había puesto a trabajar temprano, sintiéndose con la inteligencia despejada y queriendo aprovecharla en el último experimento. Y éste había fracasado; tropezaba con un obstáculo imprevisto, error de cálculo, detalle despreciado que adquiriría de pronto una importancia destructiva que retrasaba indefinidamente la tan buscada solución de sus hornos eléctricos.

Era toda una ruina; ¡cuánto trabajo improductivo todavía; todavía cuánto trabajo necesario! En medio de la ancha sala, como desolado, se había vuelto a envolver en sus mantas para tenderse en la butaca en que pasaba tantas horas, cuando su hermana entró. La vio tan pálida, tan alterada, que se alarmó vivamente, él que había asistido al fracaso de su experimento con la frente tranquila, como hombre a quien nada desalienta.

–¿Qué tienes, querida mía? ¿Te sientes mal?

La confianza no le costó trabajo. Dijo sin vacilar, como pobre niña cuyo corazón se abría en un suspiro:

–Tengo, hermano mío, que amo a Lucas y que él no me ama. Soy muy desgraciada.

Y en tono sencillo y candoroso, contó toda la aventura: de dónde había visto salir a Josina, el dolor que esto la había causado; y que corría al lado de Jordan porque necesitaba que la consolase, que la curase. Quería a Lucas, y Lucas no la quería.

Jordan la oía con estupor, como si le hablase de un cataclismo extraordinario e inesperado.

–¡Que amas a Lucas, que amas a Lucas!

¿El amor, a qué el amor? El amor en esta hermana adorada que siempre había visto junto a sí como un otro yo, le asombraba. Jamás había pensado que pudiera amar y sufrir por ello. Era una necesidad que ignoraba, un mundo en que no había entrado nunca. Estaba perplejo, no sabía qué hacer, inocente también y de una ignorancia total en esta materia.

–¡Oh, dime hermano, por qué Lucas ama a Josina, por qué no es a mí a quien ama!

Sollozaba abrazada a su cuello, la cabeza sobre su hombro en una desolación que le desesperaba. ¿Pero qué decirle para enterarla, para consolarla?

–Yo no sé, hermana mía, yo no sé. Sin duda la quiere, porque la quiere. No debe de haber otra razón... Te querría a ti si te hubiese querido primero.

Y aquello era. Lucas amaba a Josina porque era la enamorada, la mujer del encanto y la pasión encontrada en la pena y despertando todas las ternuras del corazón, y además tenía la hermosura, el divino temblor del deseo, traía la carne voluptuosa y fecunda, por la cual el mundo se eterniza.

–Pero, hermano, a mí me conocía antes, ¿por qué no me quiso primero?

Jordan, a quien estas preguntas confundían más y más, buscaba conmovido y encontraba respuestas delicadas y buenas, en su candor.

–Acaso sea porque ha vivido aquí como amigo, como hermano. Se ha hecho hermano tuyo.

La miraba, y ya no se lo decía todo, viéndola semejante a él, tan menuda, tan débil, de rostro insignificante. Era muy pálida para ser el amor; siempre vestida de negro, de aspecto amable, muy suave, muy bondadoso, pero tan triste, como todas las silenciosas y las abnegadas. Seguramente nunca había sido para Lucas más que una mujer inteligente, benéfica, feliz.

–Ya comprendes, querida hermana, que si ha llegado a ser para ti un hermano como yo, no puede quererte como quiere a Josina. No se le ha ocurrido. Pero de todos modos,

te quiere mucho, te quiere más, te quiere tanto como yo te quiero.

Esto sublevó a Soeurette. Se rebeló con todo su pobre ser enamorado, y tuvo que vociferar el desastre de su amor en medio de redoblados sollozos.

–¡No, no! no me quiere más, no me quiere nada. No es amar a una mujer quererla como hermano, cuando yo sufro lo que sufro al verle perdido para mí. Si hace un momento todavía nada sabía de estas cosas, las adivino ahora que me siento morir.

Conmovido como ella, Jordan contenía las lágrimas que le subían a los ojos.

–Hermana mía, hermana mía, mira que me haces sufrir infinito; no es razonable acongojarte así hasta ponerte mala. No te reconozco; tú tan tranquila, tan razonable, que tan bien comprendes la firmeza de alma que se ha de oponer a las miserias de la vida.

Quiso convencerla.

–Vamos a ver; ¿tienes alguna queja de Lucas?

–¡Oh, no, ninguna! Sé que me aprecia mucho, somos muy amigos.

–Entonces, ¿qué quieres? Te quiere como te puede querer. Haces mal en enfadarte con él.

–¡Pero si yo no me enfado! Yo no tengo odio a nadie; sólo tengo pena.

Volvieron los sollozos, nueva ola de angustia le sumergió, haciéndole gritar.

–¿Por qué no me quiere, por qué no me quiere?

–Si no te ama de amor como tú quisieras, es que no te conoce bastante. No, no te conoce como yo te conozco, no sabe que eres la mejor, la más amable, la más abnegada, la más amante. Tú hubieras sido la compañera, el apoyo, la que facilita y suaviza la vida. Pero ha venido la otra con su belleza; y mucha fuerza hay en esto, cuando la ha seguido, sin verte a ti, que, sin embargo, ya le amabas... Tienes que resignarte.

La había cogido en brazos; la besaba el cabello. Pero ella seguía luchando.

–¡No, no! ¡No puedo!

–Sí, ya te resignarás, eres muy buena, muy inteligente para no resignarte. Llegarás a olvidar.

–¡Oh, no, no! ¡Nunca!

–No he dicho bien; no te pido que olvides, guarda ese recuerdo en tu corazón, sólo tú sufrirás en él. Pero te pido resignación, porque sé que siempre la has teñido, que eres capaz de ella, hasta poder renunciar, hasta el sacrificio. Piensa en todas las desgracias que vendrían si te rebelaras, si hablastes. Destrozarías nuestra vida, en ruinas quedarían nuestras empresas; padecerías mil veces más.

–Bueno –le interrumpió temblorosa–, pues que se rompa todo, que se arruine. Al menos me desahogaré. Mal haces, hermano, hablándome así. Eres egoísta.

–¡Egoísta, cuando sólo pienso en ti, hermanilla adorada! En este momento el dolor exaspera tu carácter, tan bueno. ¡Qué remordimiento el tuyo, si te dejara destruirlo todo! Mañana no podrías vivir entre los escombros amontonados. Pobre corazoncito, ya te resignarás. De abnegación y de cariño se hará la dicha para ti.

Les ahogaban las lágrimas. Mezclaban sus sollozos. Enternecía aquel amor tan fraternal, aquella lucha entre dos seres tan amantes, tan candorosos.

Y él, repetía, en tono de inmensa lástima, con infinito cariño:

–Ya te resignarás, ya te resignarás.

Protestaba ella todavía, pero iba entregándose; ya no tenía más que un quejido de pobre víctima lastimada, cuyo dolor se quiere adormecer.

–¡Oh, no! no quiero sufrir. No puedo, no me resigno.

Aquel día almorzaba Lucas con los Jordan, y cuando, a las once y media, se presentó, todavía los encontró conmovidos, los ojos llorosos. Pero él también padecía tanto, que no lo echó de ver. La necesaria despedida de Josina, le desesperaba. Era como si le arrancaran la postrer energía al llevarle su amor, que creía necesario para su misión. Si no salvaba a Josina, jamás salvaría al pueblo miserable a quien había dado su corazón.

En cuanto se levantó, todos los obstáculos que le estorbaban se le presentaron invencibles. Había visto, en negra visión, la Crèche perdida, hasta el punto de parecerle locura soñar en salvarla. Allí se devoraban los hombres, no había podido establecer la fraternidad entre ellos; todas las fatalidades humanas se encarnizaban contra su empresa. Y, de repente, había perdido la fe, presa de la más terrible crisis de desaliento que hasta entonces había sufrido. El héroe, en él, vacilaba, agravando el mal, próximo a renunciar a su empeño ante el temor de la cercana derrota.

Soeurette, notando su turbación, tuvo la divina ternura de inquietarse por ella.



–¿Se siente usted mal, amigo mío?

–Sí, no me siento muy bien; he pasado una mañana atroz... Desde que me he levantado, cada noticia, una desgracia.

No insistió ella; le miraba con ansiedad, preguntándose cuál podría ser su dolor, si amaba y era amado. Para ocultar un poco su propia emoción, se había acercado a su mesa de trabajo, fingiendo tomar notas para su hermano, el cual había vuelto a echarse en su butaca, fatigado.

–Entonces, mi querido Lucas –dijo Jordan–, allá nos vamos todos; pues si yo me levanté fuerte, he tenido también tales contratiempos, que estoy en tierra.

Lucas se paseó un momento, sombrío el rostro, sin decir una palabra. Iba y venía deteniéndose a veces delante de la ventana mirando a la Crécherie, a la ciudad naciente. Después no pudo contener el flujo de su desesperación, y habló.

–Amigo mío, ya es necesario que hablemos. No se le ha querido turbar en sus investigaciones, y se le ha ocultado que en la Crécherie nuestros negocios van muy mal. Los obreros nos dejan; todo es rebeldía y desunión entre ellos, por causa de las eternas discordias del egoísmo y del odio. Beauclair entero se subleva, los comerciantes, los mismos trabajadores, cuyos hábitos alteramos, nos hacen tan penosa la vida, que nuestra situación cada día es más

alarmante. En fin, yo no sé si las cosas me parecen hoy demasiado sombrías, pero ya no veo esperanza. Creo que estamos perdidos, y no puedo ocultar a usted más tiempo la catástrofe a que vamos.

Jordan le oía con asombro, pero muy tranquilo, y hasta sonrió ligeramente.

–¿No exagera usted un poco, amigo mío?

–Supongamos que exagero, que la ruina no es para mañana. Aún así, no me creería un hombre honrado, si no le advirtiera que temo una ruina próxima. Cuando le pedí a usted terreno, dinero para la empresa de salvación social que soñaba, ¿no le prometí, además de una gran y hermosa acción, digna de usted, un buen negocio? Pues le he engañado, su fortuna se va a sepultar en la mayor derrota. ¿Cómo quiere usted que no me acosen terribles remordimientos?

Con un ademán, Jordan había intentado interrumpirle, como para decir que el dinero no importaba. Pero Lucas continuó:

–Y no son únicamente las considerables sumas ya perdidas, sino las que se necesitan cada día para prolongar la lucha. Yo no me atrevo a pedírselas a usted, pues si yo puedo sacrificarme por completo, no tengo el derecho de arrastrarles en mi caída a usted y a su hermana.

Se dejó caer en una silla, con las piernas como rotas, abatido, mientras Soeurette, muy pálida, sentada aún delante de su mesa siempre, mirándolos, oía con emoción profunda.

–Verdaderamente las cosas van muy mal –replicó Jordan, con voz tranquila–. Y sin embargo, la idea de usted era muy buena, y había usted acabado por convencerme. Yo no se lo había ocultado; no me mezclaba con esas tentativas políticas y sociales, convencido de que sólo la ciencia es revolucionaria y que sólo ella acabará la evolución de mañana llevando al hombre a toda la verdad y a toda justicia. ¡Pero era tan hermosa vuestra solidaridad! Desde esta ventana, después de mis horas buenas de trabajo, miraba yo con interés brotar vuestra ciudad. Me divertía y decíame que para ella trabajaba yo también y que algún día sería su gran fuerza la electricidad, la obrera activa y bienhechora... ¿Habrá que renunciar a todo eso?

Lucas, entonces dejó escapar este grito de cansancio supremo:

–Se me acabó la energía, no siento en mí ningún valor, toda mi fe se ha ido. Todo se acabó; vengo a decirles que lo abandono todo antes que exigirle un nuevo sacrificio. Porque vamos, amigo mío, el dinero que aún necesitaríamos, ¿se atrevería usted a dármelo ni tendría yo la audacia de pedírselo?

Y jamás grito de desesperación más desgarrador salió del pecho de un hombre. Era la hora mala, la hora negra que conocen bien todos los héroes, todos los apóstoles, la hora en que la gracia se va, en que la misión se oscurece, en que la empresa parece imposible. Derrota pasajera, cobardía de un momento que causa dolor terrible.

Volvió Jordan a su apacible sonreír. No respondió enseguida a la cuestión que Lucas le planteaba, temblando, a propósito de las grandes sumas de dinero que todavía serían necesarias. Con un movimiento, porque sintió frío, atrajo las mantas hacia sus miembros débiles. Y dijo suavemente:

–Ha de saber usted, amigo mío, que tampoco yo estoy muy contento. Sí, esta mañana me ha ocurrido un verdadero desastre. Ya sabe usted mi descubrimiento para transportar la fuerza eléctrica a bajo precio y sin malgastar nada. Pues bueno; me había engañado. No tengo absolutamente nada de lo que creía tener. Esta mañana, un experimento de comprobación ha fracasado totalmente y me he convencido de que hay que empezar de nuevo. Hay que volver a emprender el trabajo de años y años. Ya comprende usted lo molesto que es tropezar así con una derrota, cuando se cree estar seguro de la victoria.

Soeurette se había vuelto hacia él, trastornada de saber así aquel contratiempo que ignoraba todavía. También Lucas, compadecido, a pesar de sus propias penas, había

alargado la mano para estrechar con fraternal simpatía la de Jordan. Sólo éste seguía tranquilo con su temblorcillo de fiebre, que era corriente, siempre que se excitaba demasiado.

–Y entonces, ¿qué va a hacer usted?

–¿Qué voy a hacer, amigo mío? Pues voy a ponerme otra vez al trabajo. Mañana volveré a empezar tomando mi empeño desde el principio puesto que hay que reformarlo todo. Es muy sencillo, no hay otras cosas que hacer. ¡Ya lo oye usted! Jamás se abandona una empresa. Se necesitan veinte años, treinta, vidas enteras; se le dan. Si se ha engañado uno, otra vez atrás, y se vuelve a andar el camino ya recorrido, cuantas veces haga falta. Los impedimentos, los obstáculos no son más que paradas, las dificultades inevitables del camino. Una empresa es un hijo sagrado, que es criminal no hacer que nazca. Es nuestra sangre, no tenemos derecho a negarnos a su creación, le debemos toda nuestra fuerza, toda nuestra alma, nuestra carne y nuestro espíritu. Como la madre que muere a veces por causa de la criatura querida que concibe, debemos estar dispuestos a morir por nuestra empresa, si nos agota. Y si no nos ha costado la vida, corriente; sólo una cosa tenemos que hacer cuando está acabada, viva, fuerte; emprender otro trabajo, sin detenernos jamás, siempre una empresa tras otra, mientras estemos en pie, inteligentes y viriles.

Parecía que había crecido, que era grande, fuerte, como acorazado por su creencia en el esfuerzo humano contra todo desaliento, seguro de vencer si utilizaba para la victoria hasta el último latido de sus venas. Y Lucas, que le oía, sentía ya venir a él, de aquel ser tan débil, un soplo de indomable energía.

–¡El trabajo! ¡El trabajo! –continuó Jordan–, no hay otra fuerza. Cuando uno ha puesto toda su fe en el trabajo se es invencible. Y es tan fácil crear un mundo; basta, todas las mañanas, volver a la faena, añadir una piedra a las piedras del monumento ya colocadas, hacerle subir tanto como lo permita la vida, sin prisa, por el empleo metódico de las energías físicas e intelectuales de que se dispone. ¿Por qué dudar de mañana si lo hacemos nosotros, gracias a nuestro trabajo de hoy? Todo lo que nuestro trabajo siembra, mañana nos lo da... ¡Ah! ¡trabajo sagrado, trabajo creador y salvador, que es mi vida, mi única razón de vivir!

Sus miradas se habían perdido en la lontananza; ya no hablaba más que para sí, repitiendo este himno al trabajo que volvía sin cesar a sus labios en las grandes emociones. Y una vez más contaba cómo el trabajo le había consolado, le había sostenido siempre. Si aún vivía era porque había puesto en su vida una obra para la cual había regularizado todas sus funciones. Estaba seguro de no morir mientras su obra no estuviera acabada. El que se entregaba a una empresa encontraba desde luego una guía, un sostén como

regulador mismo del corazón que latía en su pecho. La existencia adquiría un fin, la salud se ordenaba, nacía un equilibrio que producía la única alegría humana posible la de la acción bien realizada. Él, tan enfermizo, jamás había entrado en su laboratorio sin sentir algún alivio. ¡Cuántas veces se había puesto al trabajo con los miembros doloridos, llorando con el corazón! y siempre el trabajo le había curado. Sus incertidumbres, sus raros desalientos siempre habían provenido de las horas de pereza. La empresa conducía a su creador; no le era funesta, no le hundía hasta el momento en que la abandonaba.

De pronto se volvió hacia Lucas y concluyó diciéndole sonriente:

–Créalo usted, amigo mío; si usted deja morir a la Crécherie, morirá usted por la Crécherie. Su empresa es usted mismo. Hay que vivirla hasta el fin.

Lucas se había puesto en pie, con un arranque de todo su ser. Lo que acababa de oír, este acto de fe en el trabajo, este amor apasionado de la empresa, le elevaba con aliento heroico, le devolvía a toda su fe, a toda su fuerza. En sus horas de cansancio y de duda, sólo de aquel baño de energía que corría a tomar junto a su amigo, aquel pobre enfermizo, emanaba semejante irradiación de paz y de certidumbre. Siempre obrara el encanto, un flujo de valor le inundaba, ya no sentía más que la impaciencia de volver a la lucha.

–¡Oh! –gritó–, tiene usted razón, soy un cobarde, tengo vergüenza de haber desesperado. La dicha humana no está más que en la glorificación del trabajo, en la reorganización del trabajo salvador. Él fundará nuestra ciudad. ¡Pero ese dinero, pero ese dinero que habrá que arriesgar todavía!

Jordan agotado por la pasión con que acababa de hablar, envolvía los flacos hombros, apretando más contra sí las mantas. Y dijo sencillamente con voz débil, cansada.

–Ese dinero yo se lo daré a usted. Haremos economías; ya nos arreglaremos. Bien sabe usted que con poco nos basta; leche, huevos y fruta. Con tal que pueda pagar los gastos de mis experimentos, lo demás marchará bien.

Lucas le había cogido las manos que estrechaba con emoción profunda.

–¡Amigo mío, amigo mío!.. Pero y su hermana ¿vamos a arruinarla también?

–Es verdad –dijo Jordan–, nos olvidamos de Soeurette.

Se volvieron; Soeurette, silenciosa, lloraba. Seguía sentada junto a la mesita, apoyados en ella los codos, la barbilla en las manos. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas, al desahogarse su pobre corazón torturado y que sangraba, con aquella ola de ternura. También a ella, lo que acababa de oír la había trastornado, elevando lo más hondo de su ser.



Todo lo que su hermano decía para Lucas, resonaba en ella con igual energía. Esta necesidad de trabajo, esta abnegación ante un empeño ¿no era la vida aceptada, vivida lealmente para la mayor armonía posible? En adelante, también ella se hubiera considerado como Lucas, mala y cobarde si hubiera estorbado a la empresa, si no se hubiera sacrificado a ella hasta renunciar a todo. Volvía a ella otra vez su gran valor de alma buena, sencilla y sublime.

Se levantó, se abrazó a su hermano; así estuvo algún tiempo, y con la cabeza en su hombro, le dijo suavemente al oído, despacio:

–¡Gracias! Me has curado; me sacrificaré.

En tanto, Lucas agitado, con nuevo afán de acción, había vuelto a la ventana, mirando el gran cielo azul brillar sobre los tejados de la Créchérie. Y al retirarse repetía una vez más:

–¡Si es que no aman! ¡El día que amen todo se fecundará, todo brotará triunfando bajo el sol!

Soeurette que se le había acercado cariñosa, dijo entonces, con el último temblor de su triste carne dominada:

–Y hay que amar sin querer ser amado; porque la empresa no puede comenzar a ser más que por amor de los demás.

Esta frase de una criatura que se entregaba toda con la única alegría de entregarse, cayó en medio de un gran silencio en que temblaba algo. No hablaron más, los tres unidos en fraternidad estrecha contemplaron a lo lejos, entre verdores, la ciudad naciente de justicia y de felicidad que iba a extenderse poco a poco, a lo infinito, ahora que estaban sembrado mucho amor.

## CAPÍTULO IX

DESDE entontes, Lucas el constructor, el fundador de pueblos volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron a su voz. Se vio al apóstol en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crèche contra el Abismo con triunfante animación, conquistando poco a poco las almas y las cosas, gracias al anhelo de amor y de dicha que esparcía en torno de sí. Su ciudad fundada tenía que devolverle a Josina. Con Josina serían salvados los miserables de toda la tierra. En ella había puesto su fe y trabajaba por y para el amor, seguro de vencer.

Un día claro de cielo azul sorprendió una escena que le llenó de alegría, ternura y esperanza. Paseando alrededor de las dependencias de la fábrica, deseoso de vigilarlo todo, oyó de pronto voces ligeras, frescas carcajadas que venían

de un rincón del dominio, al pie de la vertiente de los Montes Bleuses en el sitio en que un muro separaba los terrenos de la Crèche de los del Abismo. Y habiéndose acercado con cautela queriendo ver sin ser visto, dio con el espectáculo delicioso de una bandada de niños que juegan libremente bajo el sol devueltos a toda la inocencia fraternal de la tierra.

De la parte de acá de la pared estaba Nanet, que todos los días venía a buscar a sus camaradas, con Luciano y Antonieta Bonnaire, a quien debía de haber sacado de sus casillas, llevándoselos a una terrible caza de lagartijas. Los tres mirando al cielo reían, gritaban, mientras que del otro lado del muro otros niños que no se veían, reían y gritaban también. No era difícil comprender que había habido en casa de Nisa Delaveau un almuerzo de amiguitos que, libres por el jardín, habían acudido a las voces de la otra pandilla, anhelando verse, acercarse para jugar juntos. Lo peor era que habían tapiado la puerta, cansados de reñirles inútilmente sin lograr impedir que se acercaran unos a otros. Los Delaveau castigaban con seria prohibición hasta el llegar al extremo del jardín. En la Crèche se procuraba hacerles comprender que iban a ser causa de algún disgusto serio, de una queja, tal vez de un pleito. Pero ellos no hacían caso, cándidos galopines que cedían a las fuerzas desconocidas del porvenir y se empeñaban en mezclarse, confundirse, fraternizando con total olvido de los rencores y de las luchas de clase.

Las voces agudas, puras, cristalinas, subían como cantos de alondra.

–¿Eres tú, Nisa? ¿Estás solo, Nanet?

–¡Cá! no, tengo aquí a Luciano y Antonieta, y tú ¿estás sola, Nisa?

–¡Oh! no; con Luisa y Pablo. Buenos días, Nanet, buenos días.

–Buenos días, Nisa.

Y a cada saludo repetido, risas sin fin y más risas, porque les parecía muy gracioso hablar así, sin verse, como si las voces cayeran del cielo.

–Di, Nisa, ¿estás ahí todavía?

–Sí, Nanet, todavía estoy aquí.

–Nisa, Nisa, oye, ¿no vienes?

–¡Ay! Nanet, Nanet, ¿cómo quieres que vaya si han tapiado la puerta?

–Salta, salta Nisa.

–¡Salta tú, Nanet, salta tú!

Y de golpe, el delirio; los seis repetían: ¡Salta! ¡Salta! bailando delante de la pared, como si brincando cada vez con más fuerza hubieran de acabar por saltar tanto, que pudieran verse y juntarse. Daban vueltas, bailaban agarrados, hacían reverencias al impasible muro y jugaban a hacerse muecas a través de las piedras con la fuerza de la imaginación infantil que suprime los obstáculos.

Y volvió el cantar aflautado.

–Oye, Nisa, ¿sabes una cosa?

–No, Nanet, no sé.

–Pues bueno, voy a subirme sobre la pared y a cogerte por los hombros para pasarte acá.

–¡Oh! Eso, eso Nanet, sube Nanetín mío.

En un momento Nanet estuvo sobre la pared, trepando con pies y manos con agilidad de gato. Y, ya arriba, a caballo, era de ver con su cabeza redonda, sus grandes ojos azules, el pelo rubio alborotado. Ya tenía catorce años, pero era pequeño, de sólidos riñones, de aire sonriente y resuelto.

–¡Luciano! ¡Antonietta! vosotros, ojo alerta.

Inclinándose sobre el jardín de los Delaveau, muy ancho porque dominaba la situación y veía los dos lados a la vez, gritó:

–Sube, Nisa, yo te cogeré.

–¡Ay no, la primera yo no, Nanet! Yo seré la que esté alerta por este lado.

–¿Entonces, quién, Nisa?

–Espera Nanet, ten cuidado. Pablo subirá.

–Hay un enrejado. Va a probar a ver si se rompe.

Hubo un silencio. Sólo se oía el crujir de madera vieja, mezclado con risas sofocadas. Se preguntaba Lucas si no debía presentarse para restablecer el orden espantando a las dos bandadas como a gorriones sorprendidos en una granja. Cuántas veces él mismo había reñido a aquellos niños temiendo que sus juegos fuesen causa de disgustos, pero era tan graciosa esta alegría infantil, este valor para juntarse a pesar de los obstáculos. Un momento más y se decidiría a corregirlos.

Un grito de triunfo estalló, la cabeza de Pablo asomó tras la pared y se vio que Nanet lo aupaba, después lo pasaba al otro lado para dejarle caer en brazos de Luciano y Antonieta. Pablo, aunque también pasaba de los catorce, pesaba poco, delgado y delicado, hermoso niño rubio muy bueno, muy amable, con ojos de inteligencia. En cuanto cayó en brazos de Antonieta, la besó, pues la conocía bien y le gustaba

encontrarse con ella, porque estaba alta y guapa para sus doce años y tenía mucha gracia.

–¡Ya está aquí, Nisa, ya ha pasado uno!

Nisa inquieta y procurando apagar la voz dijo:

–Chito, chito Nanet. Se mueve no se qué, junto al gallinero. ¡Echate sobre la pared, pronto, pronto!

Después, pasado el peligro.

–Atención Nanet. Ahora va Luisa. Voy a auparla yo.

Y esta vez, en efecto, fue la cabeza de Luisa la que apareció; cabeza de cabra, de ojos negros, un poco oblicuos, nariz menuda, barba aguda de vivacidad y alegría graciosas. A los once años era ya una mujercita voluntariosa y libre que trastornaba a sus padres, los buenos Mazelle estupefactos de que tal salvaje, cuyo corazón rebosaba, hubiera podido germinar de su plácido egoísmo. No esperó siquiera a que Nanet la ayudase a bajar, saltó ella misma, cayó en brazos de Luciano, el camarada que adoraba, el mayor de todos, alto y fornido a los quince años como un hombre y que muy ingenioso, lleno de inventiva, le hacía juguetes extraordinarios.

–Ya van dos, Nisa. Sólo faltas tú. Sube pronto. Todavía se mueve algo junto al pozo.



Crujió la madera; todo un trozo de espaldar debió de venir abajo.

–¡Ay! ¡Ay! Nanet, no puedo. Es que Luisa ha dado patadas y todo lo ha echado a tierra.

–Espera, no importa, dame las manos, Nisa, yo te subiré.

–No, no; no puedo; bien lo ves, Nanet, por más que me estiro; soy muy pequeña.

–Cuando te digo Nisa que yo te alzaré... Más, más. Yo me bajo, álzate tú, ¡aupá! Ya ves como te subo.

Se había puesto de bruces sobre la pared, sólo se sostenía por un prodigio de equilibrio; y con un vigoroso esfuerzo de riñones levantó a Nisa y la puso a horcajadas delante de sí. Tenía ella el pelo más alborotado que de costumbre, una cabeza rubia de cordero rizado, boca de rosa, siempre risueña, bonitos ojos azules color de cielo. Buena pareja ella y su amigo Nanet, los dos del mismo oro suave, con iguales guedejas que sacudían los cuatro vientos.

Un momento siguieron a horcajadas, frente a frente, triunfantes, entusiasmados viéndose en el aire.

–¡Ay qué Nanet, qué fuerza tiene! ¡Parece mentira y cómo me ha subido!

–Es que has crecido mucho, Nisa. Yo tengo catorce años, ya lo sabes.

–Y yo once, Nanet. ¡Pero mira, eh! parece que estamos a caballo, en un caballo muy alto de piedra.

–Oye, Nisa, ¿quieres que me ponga en pie?

–¡Ay, sí, de pie! ¡Yo también voy a ponerme, Nanet!

Pero otra vez se movió algo en el jardín. Ahora hacia la cocina; y asustados, se agarraron uno a otro y se dejaron caer estrechándose con todas sus fuerzas. Pudieron matarse. Pero reían como locos, y al verse en tierra, siguieron allí jugando, riendo con más fuerza, sin el menor daño, encantados con la voltereta. Ya Pablo y Antonieta jugaban locos corriendo entre la escalera y las rocas desprendidas que formaban allí, al pie de los Montes Bleuses, deliciosos escondites.

Lucas, viendo que era ya muy tarde para intervenir, se fue suavemente sin hacer ruido. Como no le habían visto, no se sabría que había hecho la vista gorda.

¡Niños amados, que en buena hora obedeciesen al fuego de su juventud, juntándose así al aire libre a pesar de las prohibiciones! Eran el florecer de la vida que ya sabía para que futuras cosechas florecía así, en ellos. Tal vez traerán la reconciliación de las clases, el mañana de justicia y de paz.

Lo que los padres no podían hacer, ellos lo harían, y sus hijos mejor todavía, gracias al continuo cambiar de la evolución que latía en sus venas. Y Lucas ocultándose para alejarse sin alarmarlos, reía solo, alegre de oírlos reír sin pensar en la dificultad que tendrían pronto para volver a saltar el muro. Jamás había tenido tanta esperanza en el porvenir entrevisto, tan bueno, jamás había sentido en sí tanto valor para la lucha y la victoria.

Vino entonces la lucha encarnizada, sin cuartel, de largos meses, entre la Crécherie y el Abismo.

Lucas que había creído un momento vacilante la primera, cerca de desvanecerse en la ruina, puso todo su esfuerzo en mantenerla en pie.

No esperaba ganar terreno en mucho tiempo, quería no perderlo; ya fue un buen éxito quedar estacionario, viviendo a pesar de todo bajo los golpes que le abrumaban por todas las partes, pero ¡qué formidable faena, qué alegre bizarría en el trabajo! Era sin cesar el apóstol de una idea, en su prodigio. Estaba en todas partes a la vez, entusiasmando a los obreros en los talleres de la fábrica, estrechando los lazos fraternales de grandes y pequeños en la Casa Comunal, atento a la buena administración en los almacenes. No se veía más que a él en las anchas calles llenas de sol de la ciudad naciente, en medio de niños y mujeres, ganoso de jugar y reír, como padre joven de este pequeño pueblo que era suyo. A un ademán de Lucas todo nacía, crecía, se

organizaba, gracias a su genio, a su fecundidad de creador de cuyas manos abiertas caían semillas por donde quiera que pasaba.

Y el mayor milagro fue la conquista de sus obreros, entre los cuales la discordia y la rebelión habían alentado un momento. Aunque Bonnaire seguía no pensando como él, había conquistado el afecto de este hombre tan bravo, tan bueno, hasta el punto de encontrar en él el lugarteniente más fiel, más abnegado, sin el cual la empresa no hubiera podido cumplirse. Asimismo, su fuerza de amor había obrado sobre todos los trabajadores, todos se habían agrupado poco a poco estrechándose en torno de su persona al verle tan cariñoso, tan fraternal, no viviendo más que para la dicha ajena, seguro de encontrar en ella la propia. El personal de la Créchérie iba siendo una gran familia unida por un lazo cada vez más estrecho; cada cual había acabado por comprender que era trabajar por su propio contento, trabajar por el de todos. En seis meses ni un obrero dejó la casa, y si los que habían marchado aún no volvían, los que quedaban se sacrificaban hasta el punto de no recoger la totalidad de sus beneficios, para permitir a la casa constituir un fondo de reserva considerable y sólido.

En esta época crítica, esta solidaridad de todos los miembros asociados luchando por la obra común, fue sin duda la que salvó a la Créchérie impidiéndole hundirse bajo la maldición del egoísmo y la envidia del antiguo Beauclair.

El fondo de reserva con tal prudencia acumulado, aumentando, fue un auxilio decisivo. Permitted hacer frente a los días difíciles, evitó recurrir durante las crisis a mortales empréstitos. Gracias a él se pudo por dos veces comprar máquinas nuevas, necesarias por los cambios en la fabricación, y que bajaron mucho los precios de fábrica. Después ayudó la buena suerte; hubo por aquel tiempo grandes trabajos de puentes, construcciones metálicas, ferrocarriles que exigieron cantidades considerables de raíles, vigas y armaduras. La larga paz en que vivía Europa desarrollaba singularmente la industria del hierro en lo que puede producir de pacífico y civilizador. Nunca hasta entonces había el hierro entrado por tanto en la habitación humana. Había aumentado pues, la fabricación en la Crécherie, sin grandes ganancias, pues Lucas quería producir a buena cuenta pensando en el porvenir. Fortalecía la fábrica con una administración muy juiciosa, continuas economías y toda aquella reserva de dinero en caja, pudiendo entrar en línea de combate a la primera amenaza. La devoción de todos a la causa común, la abnegación solidaria de los trabajadores, de los asociados, dejando su parte, hacían lo demás, permitiendo esperar el día del triunfo sin sufrir demasiado.

En el Abismo, la situación seguía más floreciente, la cantidad de negocios no había bajado y seguía la buena fama del éxito por la fabricación cara de granadas y cañones. Pero ya no había en ello más que una apariencia y Delaveau

comenzaba a sentir a veces serias inquietudes que no confesaba. Tenía consigo a todo Beauclair, a toda la sociedad burguesa y capitalista amenazada. Seguía además convencido de que él era la verdad, la autoridad, la fuerza; y la victoria final segura.

Pero así y todo le corroía una duda secreta; lo dura que tenía la vida la Créchérie, cuya ruina profetizaba cada tres meses, le turbaba. No podía luchar en el hierro y acero del comercio con los raíles, vigas y armaduras que la fábrica vecina producía baratos y en excelentes condiciones.

Sólo le quedaban los aceros finos, los productos cuidados a tres y cuatro francos el kilo, que dos casas muy importantes fabricaban también en un departamento vecino. Se hacían una terrible competencia; veía que sobraba una de las tres y la cuestión era saber cuáles serían las que se comerían a la otra. Debilitado por la Créchérie ¿iría a ser el Abismo la casa condenada a desaparecer? Esta duda le roía siempre, y aún redoblaba su actividad, guardando una actitud de serena confianza en la buena causa, esta religión del salario de que era el defensor. Pero más que esta competencia, y los azares de las luchas industriales, le preocupaba el no verse apoyado por un fondo de reserva que le permitiera hacer frente a las necesidades en las catástrofes imprevistas. Si se declaraba una crisis, un paro, una huelga, simplemente un mal año, ya sería un desastre pues la fábrica no tendría con qué vivir

esperando la vuelta de los negocios. Ya en un caso de apuro, para adquirir nuevas máquinas, había habido que tomar prestados trescientos mil francos cuyos intereses eran gravosos ahora en el balance anual. ¿Y qué sería si había que seguir pidiendo prestado ahora y siempre hasta el salto final en la cima de la deuda?

Por este tiempo procuró Delaveau llamar a la razón a Boisgelin. Cuando había decidido a éste a confiarles los restos de su fortuna, le había prometido, si compraba el Abismo ganarle grandes intereses que le permitían continuar su vida lujosa. Pero ante las dificultades deseaba verle bastante razonable para reducir su tren durante algún tiempo, con la seguridad de volver a él y aún amentarlo en cuanto la fortuna volviera a ser propicia. Si Boisgelin hubiera consentido en no sacar más que la mitad de los beneficios, se hubiera podido constituir el famoso fondo de reserva, atravesando el Abismo, victorioso, los años malos. Pero el primo era intratable, lo exigía todo, no quería suprimir nada de sus recepciones, de sus cacerías, de la vida que llevaba, cada vez más dispendiosa. Reñían a veces. Si el capital amenazaba no sudar más los intereses esperados, si la carne de trabajo, los obreros, no bastaban ya para mantener al ocioso en su lujo, el capitalista acusaba al director industrial de no cumplir sus promesas queriendo mermarle la renta. Y Delaveau irritado, desesperado por la imbecilidad de esta ansia de goces, no sospechaba nada de su mujer, Fernanda, no la veía detrás del fatuo buen mozo; no veía a la

corruptora, la que lo devoraba todo en caprichos y locuras. Ardía en fiestas la Guerdache; Fernanda gozaba allí desquites tan deliciosos, se embriagaba con tales triunfos que detenerse en su alegría la hubiera parecido perderse. Ella misma irritaba a Boisgelin diciéndole que su marido decaía, que no sacaba de la fábrica todo lo que se podía, y según ella la única manera de aguijonearle era acosarle pidiéndole dinero. La actitud de Delaveau, hombre autoritario que jamás hacía de las mujeres confidentes, ni aun de la suya, aunque la adoraba, había acabado por convencerle de que estaba en lo cierto y de que si quería más tarde realizar su sueño, volver a París con los millones conquistados, había que pinchar sin descanso a su marido, y devorarlo todo para centuplicarlo todo.

Sin embargo, una noche Delaveau se clareó sin querer delante de Fernanda. Volvían de una cacería, de la Guerdache, durante la cual Fernanda, cuyo mayor placer era galopar a caballo, había desaparecido con Boisgelin. Había habido luego una gran comida y era más de medianoche cuando el matrimonio volvió al Abismo en carruaje. La joven que parecía muerta de cansancio, como ahíta de los ardientes placeres que eran su vida, se apresuró a desnudarse, deliciosa en su fatigada desnudez; luego se estiró bajo el abrigo de su lecho, mientras su marido, sin prisa, se desnudaba metódicamente dando vueltas por el cuarto, colérico y preocupado.



–Dime tú –preguntó al fin–, ¿no te ha dicho nada Boisgelin cuando desaparecisteis juntos? Sorprendida, Fernanda, abrió los ojos que ya se le cerraban.

–No –respondió–, es que antes habíamos tenido una discusión. Ha vuelto a pedirme diez mil francos para fin de mes. Y esta vez me he negado en redondo; es imposible; una locura.

Levantó ella la cabeza, brillantes los ojos.

–¿Cómo una locura? ¿Por qué no le das esos diez mil francos?

Era ella precisamente quien había apuntado a Boisgelin esta nueva petición, para la compra de un automóvil eléctrico en el cual tenía el ardiente capricho de hacerse pasear con loca velocidad.

–Pues –gritó Delaveau, confesando sin querer–, porque ese imbécil acabará por arruinar la fábrica con sus continuos gastos. Saltaremos si no se decide a reducir su tren. Y es una necesidad ese continuo jolgorio, su vanidad estúpida de que se lo coma todo el mundo.

De un salto se había ella incorporado, algo pálida, mientras que él agravaba aún más su confianza añadiendo con su ruda candidez de marido ciego.

–Sólo hay una persona razonable en la Guerdache, la pobre Susana, la única que no se divierte. Da lástima verla tan triste; y al rogarla yo hoy que interviniera con su marido, me ha contestado, ahogando las lágrimas, que no quería mezclarse absolutamente en nada.

Esta torpe alusión a la mujer legítima, a la sacrificada, tan digna y tan alta en su renunciamiento, acabó de exasperar a Fernanda. Pero, sobre todo, la idea de que la fábrica pudiera estar en peligro, la misma fuente de sus placeres, la inmutaba. Volvió al asunto.

–¿Que vamos a tronar? ¿Por qué dices eso?.. Yo creía que los negocios iban muy bien. Había puesto tal pasión inquieta en la pregunta que Delaveau desconfiando, temiendo verla amplificar los temores que se ocultaba a sí mismo, no dijo la verdad total cuya confesión iba la cólera a arrancarle.

–Claro que los negocios van muy bien. Pero irían mejor todavía si Boisgelin no vaciase la caja, para la vida de idiota que lleva. ¡Te digo que es estúpido con su pobre mollera de guapo mozo!

Tranquilizada, volvió Fernanda a tenderse con un gracioso movimiento de su cuerpo adorable, tan fino y esbelto. Su marido no era más que un espíritu grosero, brutal, avaro, que soñaba con soltar lo menos posible de las sumas considerables que tenía la fábrica en caja; y las bromas pesadas, las palabrotas con que perseguía a Boisgelin eran

otros tantos ataques indirectos que la herían personalmente.

–Querido –concluyó con sequedad–, no todo el mundo está hecho para embrutecerse en el trabajo todo el día, y los que tienen dinero hacen bien disfrutándolo como quieren y gozando las distracciones de una existencia superior.

En el primer ímpetu quiso Delaveau responder; pero consiguió contenerse con gran esfuerzo. ¿A qué intentar convencer a su mujer? La trataba como a niño mimado, dejándola obrar a su antojo, sin que en ella le enojasen nunca errores de conducta que en otros reprobaba con calor. Ni aún advertía su vida loca, pues ella misma era su locura, la joya que había querido en sus groseras manos de gran trabajador. Nunca la habían amado, deseado más, cuando de noche la encontraba en el lecho lleno de exquisito encanto, de un perfume embriagador, después de las ásperas jornadas que pasaba él en medio del humo ocre de los trabajos negros que aturdían, del Abismo. Seguía siendo ella su admiración, su adoración, el ídolo que se pone aparte en una abdicación supersticiosa de la dignidad y el buen sentido y del cual no cabe dudar ni sospechar. Guardaron silencio y Delaveau por fin se acostó también sin apagar todavía la lámpara eléctrica puesta sobre la mesita de noche. Permaneció un momento inmóvil con los ojos muy abiertos. Sentía cerca de sí el tibio calor, el olor penetrante de aquel cuerpo de mujer cuyo seno y brazos

desnudos, entre encajes, tenían la suavidad de la seda. Ya Fernanda se dormía, había cerrado los ojos y su hermoso rostro pálido por el cansancio aparecía más apetecible en medio de las ondas del cabello desatado.

Se volvió el marido y besó un mechón suelto cerca de la oreja. Como ella no se meneaba, la creyó enfadada y quiso agradarla mostrando que comprendía las flaquezas del lujo.

–¡Sea todo por Dios! Yo le daré esos diez mil francos ya que tanta gana tiene de un automóvil. Lo que digo es por prudencia... Hermosa cacería la de hoy.

Seguía ella sin responder. De su boquita, algo entreabierta, que dejaba ver los dientes fuertes y brillantes salía un aliento caliente, regular; mientras el seno levantaba sus puntas de rosa en una leve palpitación como oprimido por larga fatiga de amor. Dormía, rendida, medio desnuda; había sacudido una punta del cobertor y fermentaba la embriaguez de los placeres de aquel día.

–Fernanda, Fernanda –dijo suavemente Delaveau tocándola otra vez con los labios.

Convencido de que dormía, se resignó, renunció.

–Pues entonces buenas noches, Fernanda.

Después de apagar la luz, se tendió de espaldas. Pero él no podía dormir y siguió con los ojos abiertos en la oscuridad.

Febril, insomne junto a aquella mujer tibia y bien oliente volvió a sus temores, a la ansiedad que le causaba la crisis de la fábrica. En este estado doloroso de vigilia se agravaban las dificultades; nunca había visto el porvenir con semejante lucidez, desde puntos de vista tan sombríos. Clara se le ofrecía la causa de la ruina, la locura de gozar, la enfermiza impaciencia de gastar el dinero apenas ganado. De seguro en alguna parte, había una sima que se tragaba la fortuna, una llaga abominable por la cual se escapaban toda la salud y toda la ganancia del trabajo. Muy franco consigo mismo, hacía examen de conciencia y nada encontraba que reprocharse. En pie muy temprano era el último en dejar los talleres de noche, siempre vigilante, conduciendo su numeroso personal como si fuera un regimiento. Y además un esfuerzo sostenido de todas sus notables facultades, mucha rectitud en su rudeza, una rara potencia de método y de lógica, una lealtad de combatiente, que ha prometido vencer, que quiere vencer o sucumbir. Y padecía mucho sintiéndose resbalar hacia el desastre, a pesar de su heroísmo, por una destrucción lenta de todo lo que creaba, por un estrago cotidiano que venía no sabía de dónde y que su energía no podía contener. Sin duda, los continuos gastos, lo que él llamaba la vida de imbécil de Boisgelin, el ansia glotona del placer, era el cáncer que devoraba la fábrica. ¿Pero, quién le embrutecía así? ¿Quién alentaba la demencia del pobre hombre que él no acertaba a comprender, como juicioso trabajador, sobrio, continente,

que odiaba la ociosidad y los goces que destruían toda salud creadora?

No sospechaba Delaveau que quien demolía, envenenaba, vivía a su lado el día entero, que era su Fernanda adorada, tan bonita, delicada y esbelta, dormida a su lado y cuyo tibio perfume le embriaga de amor. Mientras él se afanaba contra el humo y el calor de los hornos haciendo sudar el dinero con dolor a sus obreros, ella lucía sus claros trajes bajo las umbrías de la Guerdache, lanzaba el oro a los cuatro vientos, y con sus dientes blancos mascaba como pastillas, cientos de miles de francos que mil jornaleros le formaban entre el estrépito de los grandes martillos. Y aquella misma noche, mientras él se atormentaba pensando en cómo buscar recursos para los próximos pagos, dormía ella a su lado, carne con carne, abrumada por la voluptuosidad, cansada de haber gozado. A veces su deseo varonil volvíase hacia su compañera, que era suya y cuyo espíritu desconocía absolutamente, sentía a su lado en completo abandono, pudiendo poseerla sin que ella lo notara tal vez. Luego volvía a las angustias de su batalla industrial. Y no era ella más que una niña inconsciente, cuyo sueño respetaba como toleraba sus caprichos, no llegando jamás al fondo de aquel cuerpo divino, ídolo de su culto. Se durmió al fin y soñó que bajo el Abismo había fuerzas perversas y diabólicas que iban comiendo el suelo para que la fábrica entera se hundiese en una noche fulgurante de tempestad.

En los días siguientes Fernanda se acordó de los temores que su marido le había manifestado. Aún dando lo suyo a lo que ella creía su amor al dinero amontonado, su odio al lujo, todavía tembló pensando en la ruina posible. Arruinado Boisgelin ¿qué sería de ella? No era sólo al fin de esta vida alegre, el desquite de su miseria antigua cuando mostraba botinas descarcañadas, bajo la explotación brutal de los hombres. Era además la vuelta a París, vencidos por la suerte, una vivienda de mil francos en el fondo de algún barrio excéntrico, un empleílllo en que Delaveau vegetaría mientras que ella volvería a caer en la grosería, en la bajeza de un ajuar de trabajadores. ¡No, no! No consentía, no se dejaría arrancar la presa dorada; con todas sus carnes se agarraba al triunfo, con todas las fuerzas ávidas de su ser. En aquel cuerpo tan fino y delicado, bajo la gracia ligera, había una fiereza de loba de furiosos instintos carniceros. Estaba resuelta a saciar sus apetitos hasta el fin sin perder ni comprometer nada. Despreciaba la fábrica fangosa y negra en que oía día y noche forjarle su placer a los obreros que tostaban la piel para que ella tuviese una vida de pereza fresca y feliz; en aquel bajo oficio los veía como animales domésticos que la sustentaban, que le evitaban toda fatiga. Jamás manchaba sus pies menudos en el fangal de los cobertizos; nada le importaba el rebaño humano que desfilaba ante su puerta agobiado por el trabajo maldito. Pero el rebaño era suyo, la fábrica suya, la idea de que le agotaran su fortuna arruinando la fábrica, la sublevaba, la lanzaba a la guerra como un atentado contra su persona.

Quien dañaba al Abismo era su enemigo, un malhechor peligroso de quien había de librarse por cualquier medio. Por eso había ido creciendo su odio a Lucas desde que lo había visto por vez primera en aquel almuerzo de la Guerdache, adivinando en él con sutil olfato de mujer al hombre que se le atravesaba en el camino. Siempre era el obstáculo. Y ahora amenazaba destruir el Abismo y lanzarla a ella a las molestias de la mediocridad. Si le dejaba hacer, adiós felicidad, la robaba lo que amaba más en la vida. Furiosa, bajo tanta gracia, ya sólo pensó catástrofes para aniquilarle.

Pronto haría ocho meses, en una noche postrera de ternura, Josina había dicho adiós a Lucas aplazando la dicha que la vida les debía, cuando estalló un drama que había de dar a Fernanda ocasión para la catástrofe soñada, esperada. Josina había sido fecundada de los brazos de Lucas en aquella noche tan triste y deliciosa. Estaba encinta y en cinco meses Ragú no lo notó siquiera; pero un día, borracho, quiso maltratarla y lo comprendió todo por el ademán de terror que hizo ella defendiendo el vientre. Primero, de estupor, quedó inmóvil.

–¡Estás preñada, preñada, cerda!.. Por eso andabas con tapujos y no te mudabas la camisa delante de mí. ¡Tan bruto soy yo, que no vi nada, como tú tramposa!

Como un relámpago, atravesó su mente la seguridad de que aquel hijo no podía ser suyo. Nunca tocaba en ella,



como él decía, más que para el placer, muy seguro de sus radicales precauciones. Nada de hijos que eran grilletes. Divertirse juntos, y a vivir tropa; fuera estorbos. ¿De dónde venía entonces aquel hijo? ¿Quién lo había hecho? y otra vez apretó los puños rugiendo de cólera.

–Eh, puerca, ¿no se habrá hecho él solo? ¿No te atreverás a decir que es cosa mía? Bien sabes que nunca he querido hijos. ¿De quién es? Responde, responde; responde pronto, ¡indecente! o ¡te aplasto!

Josina muy blanca, con los suaves ojos valientes, fijos en el borracho, no respondía. Había algo de asombro en su temor al verle enfurecerse así, pues parecía que ya nada le importaba ella, y todos los días la amenazaba repitiendo que se vería libre si otro la recogía en el arroyo. Él había vuelto a la mala vida, seducía a las infelices obreras que querían oírle; se contentaba con las vagabundas andrajosas esparcidas de noche por las calles pestíferas del viejo Beauclair. Entonces, ya que la insultaba no queriendo nada de ella, ¿por qué se enfurecía de tal modo al saber su estado?

–No es mío, no osarás decir que es mío.

Respondió ella al fin sin quitarle los ojos, en voz baja y profunda:

–No, no es tuyo.

De un puñetazo quiso derribarla. Pero retrocedió y sólo le rozó el hombro. Bramaba.

–¡Y te atreves a decirme eso, cochino pendón! ¡Y el nombre de ese hombre! ¡dime el nombre para ir a contarle un cuento!

Tranquila, respondió ella:

–El nombre no te lo diré; no tienes derecho a saberlo, pues me has dicho veinte veces que estabas harto de mí y que podía arreglármelas en otra parte.

Y añadió:

–No has querido un hijo mío; yo tengo uno de otro, y ese es mi marido ahora; y nada te importa.

La hubiera matado. Tuvo que huir para evitar las patadas con que procuraba el malvado, con atroz idea, herirla en mitad del vientre. Lo que así le enfurecía era lo que acababa de decir de que otro la había hecho madre, y que en adelante nada de lo de ella le importaba, ni de su cuerpo ni de su vida. El que no había querido hijos, se sentía mordido por un dolor sordo, a la idea de no ser él el padre. Comprendía que no era suya; que nunca lo había sido. Otro se la había cogido antes que la hubiera hecho suya; ahora ya nunca lo sería. Esto era lo que confusamente le exaltaba con celos feroces, cuya tortura no conocía ni hubiera creído que

podría conocer. Desde entonces, a esta mujer que antes quería echar a la calle, que abandonaba por inmundas perdidas, la encerró, la vigiló, con accesos de furor siempre que la veía hablar con un hombre. La cólera de lo irreparable le arrastraba a continuas violencias, y lastimaba aquella carne cuya posesión se le escapaba por su culpa. Y siempre volvía, en su orgullo herido de macho que no había sabido crear la vida, a su rencor contra el otro, el desconocido que había hecho de esta carne una dependencia de su propia carne.

–Dime el nombre, dime el nombre, y te juro que te dejo en paz.

Pero ella no accedía. Soportaba las injusticias y los golpes respondiendo con suave sinceridad:

–No necesitas saber el nombre; no te importa.

Ragú no podía sospechar de Lucas, ni se le pasó por las mientes, pues nadie, fuera de Soeurette, había sorprendido las visitas de Josina. Buscaba entre los compañeros, creyendo en un abandono de un momento. Un día de paga, cuando el vino calienta la sangre. Todo en vano; espió, interrogó, sólo llegó a exasperarse más.

En tanto, Josina se ocultaba de todos temiendo que Lucas pudiese tener un disgusto, por su preñez, si el secreto se descubría, Cuando tuvo la certeza de estar encinta de él, se

sintió primero llena de una alegría inmensa; hubiera querido correr a anunciarle la gran noticia, la buena nueva, segura de hacerle también dichoso. Después pensó inquieta que debía esperar para no precipitar alguna catástrofe en los días difíciles para la Crécherie. Una casualidad hizo saber a Lucas la venida del hijo bien amado del que era padre. Un día, acompañando a Bonnaire, llegó a su casa charlando y oyó a la Pelos contar a un corro de comadres que su cuñada estaba embarazada, noticia que acompañaba de venenosos comentarios dando a entender cosas abominables. Quedó sobrecogido, el corazón le latía con fuerza. A veces Josina venía a la Crécherie a buscar a Nannet, que pasaba all  días enteros; y aquel día justamente se presentó en el momento en que se trataba de su preñez y tuvo que responder a las preguntas. S , iba a cumplir los seis meses y ya se notaba mucho. Pero había visto a Lucas y adivin ndole tembloroso, aturdido en su silencio, la atormentaba el no poder hablar, no saber cómo gritarle lo que le hacía tan feliz. Adivinaba desesperada la duda terrible y sabía que con una sola palabra le hubiera calmado, encantando. La frase subía de su corazón, la ahogaba: « Es tuyo!». De un modo delicioso, pudo decírselo en un momento en que las comadres, dejando de mirarla, volvieron a su charla; primero se llevó las manos al vientre, después a los labios y le mand  en un beso la certeza de su paternidad. Comprendí él y le invadió inmensa alegría.

Aquel día no pudieron hablar, no hubo más que la seña, el beso que acababa de unirlos. Pero Lucas se enteró; pronto supo los furores celosos de Ragú, sus violencias, la estrecha vigilancia en que encerraba a su mujer. Si aún pudiera dudar, estos celos hubieran bastado para probarle que él era el padre. En adelante Josina era su mujer. Era suya, de él sólo puesto que el hijo era suyo. El esposo era el padre; el placer que se robaba a una mujer no dejaba nada, no se contaba. Sólo un lazo ataba a la pareja, sólido, eterno: el hijo, la vida propagada, un ser nuevo nacido de la indisoluble unión de dos seres. Por eso él no tenía celos de Ragú, mientras éste rabiaba celoso; Ragú no existía; era el ladrón que pasa y que se olvida. Para siempre Josina pertenecía a Lucas; ya volvería a él; el hijo era la viva flor de ambos.

Pero desde entonces Lucas padeció mucho sabiendo que Josina, injuriada, maltratada, estaba en continuo peligro de un golpe desgraciado. No podía soportar que siguiera entre las manos brutales e infames de Ragú la mujer adorada para la que quería un paraíso de ternura, rodeándola del culto de voto debido a la madre que el hijo santifica. ¿Pero, qué hacer, cómo llamarla a sí cuando ella se obstinaba, discreta, en seguir callando en la sombra para evitar cualquier contratiempo? Ni quería verle, temiendo una sorpresa, y tuvo que espiarla y sorprenderla para hablar algunas palabras.

Fue una noche muy oscura; Lucas, oculto en un ángulo muy sombrío en la miserable calle de las Tres Lunas, pudo detener a Josina un instante al pasar.

–¡Ah, Lucas, eres tú! ¡Qué imprudencia, amigo mío! ¡Te lo suplico, bésame y huye luego!

Pero él, tembloroso, la cogía por el talle, le hablaba al oído con voz ardiente:

–¡No, no! Josina, quiero decirte... Sufres demasiado; es en mí criminal dejarte así, a ti tan querida, tan preciosa. Oye Josina: He venido a buscarte, vas a seguirme para entrar en mi casa, en la tuya, como mujer amada, venerada, feliz.

Ya ella se abandonaba al brazo de suavidad consoladora. Pero de pronto se separó.

–¿Qué dices, Lucas, no tienes juicio? Seguirte. ¡Dios mío!

Cuando tal confesión podría ser para ti tan peligrosa. Yo sería la criminal. ¡Vete pronto! aunque me maten no diré tu nombre.

Procuró convencerla de la inutilidad de tal sacrificio a la hipocresía del mundo.

–Tú eres mi mujer, pues yo soy el padre de tu hijo y a mí es a quien debes seguir. Mañana, levantada nuestra ciudad de justicia, no habrá más ley que la del amor, la libre unión será

respetada por todos. ¿Qué nos importa la gente a quien hoy escandalizaremos todavía?

Después, como ella se obstinaba en su sacrificio diciendo que para ella lo importante era el hoy, pues le quería libre de todo obstáculo, gritó él angustiado:

–Es decir que jamás volverás a mi lado, que ese hijo no será nunca mío, ante todos, a la luz del día.

Volvió ella a abrazarle y murmuró suavemente, los labios en los labios:

–Volveré cuando me necesites, cuando no sea un estorbo, sino una ayuda, con el hijo querido que será para los dos una fuerza nueva.

Y el negro Beauclair, el viejo lugar apestado de trabajo maldito, agonizaba en las tinieblas entorno de ellos, bajo el peso de los siglos inicuos, mientras se comunicaban esta esperanza de paz y de ventura.

–Tú, eres mi marido; en mi existencia no hubo más que tú; y si vieras que delicia es para mí callar tu nombre, aún amenazada. ¡Guardarlo como una flor secreta y como una armadura! ¡Ah, no me compadezcas, soy muy fuerte y muy dichosa!

–Tú eres mi mujer, te amé desde la primera tarde que te encontré tan miserable, tan divina; y si callas mi nombre,

callaré el tuyo, será mi culto, será mi fuerza hasta la hora en que tú misma proclames nuestro amor.

–¡Oh, Lucas, qué razonable, qué bueno eres, y qué felicidad nos espera!

–Eres tú, Josina, quien me ha hecho bueno y juicioso, y porque te amparé una noche seremos felices más tarde en la dicha de todos.

Sin hablar más, quedaron abrazados un instante. La sentía temblar toda, con su vientre sagrado de mujer fecunda, cuyas sacudidas le prometían la vida futura que había sembrado en ella; y ella se apretada contra él como para entrar, desaparecer en el esposo; y luego volvió invencible y gloriosa a su martirio mientras él se perdía en las tinieblas, alentado, tornando a su batalla y su victoria.

Algunas semanas después, el azar puso en manos de Fernanda, el secreto de Josina. Fernanda conocía a Ragú, cuya vuelta al Abismo había hecho ruido, y al cual, desde entonces, Delaveau afectaba estimar, empujar hacia arriba, habiéndole nombrado maestro pudelador, dándole gratificaciones, a pesar de su abominable conducta. Estaba Fernanda enterada del drama de los Ragú. Sin aprensión, el marido lanzaba, en voz alta, inmundas injurias contra su mujer llamándola perdida públicamente. Corría esto por los talleres: ¿de qué compañero sería el hijo de Josina? Delaveau había hablado delante de Fernanda de lo que le



molestaba todo esto, pues Ragú tomaba muy mal la cosa, rabioso de celos, trabajando como un loco, ya sin tocar un útil en tres días, ya matándose en la faena, braceando el metal en fusión con furia, como quien necesita golpear y matar.

Una mañana de invierno, ausente Delaveau desde la víspera en París, donde tenía que pasar tres días, Fernanda al desayunarse hizo algunas preguntas a su doncella que le servía el té con tostadas. Estaba allí Nisa tomando su taza de leche y mirando golosa el té de su madre, golosina prohibida.

–¿Es verdad, Felicia, que han vuelto a reñir los Ragú? La lavandera me ha dicho que Ragú esta vez por poco mata a su mujer.

–No sé, señora, pero puede que hayan exagerado, pues acabo de ver a Josina pasar lo mismo que otras veces.

Tras de una pausa, añadió la doncella, marchándose:

–Eso no quita que la mate el día menos pensado, pues lo dice todo el mundo.

Volvió el silencio. Fernanda comía lentamente, sin una palabra, perdida en sus negros pensamientos, cuando Nisa, en medio de aquel pesado recogimiento de invierno, pensó en voz alta, canturreando:

–El verdadero marido de Josina no es Ragú, es el dueño de la Crèche, ¡el señor Lucas, el señor Lucas, el señor Lucas!

Estupefacta su madre, levantó los ojos y la miró fijamente.

–¿Qué estas diciendo ahí? ¿por qué dices eso?

Nisa, asustada por haber cantado sin querer, metía la nariz en la taza haciéndose la inocente. –Yo, por nada. No sé.

–¡Cómo que no sabes, embusterilla! No se te ha ocurrido eso porque sí; alguien te lo ha dicho, para que lo repitas.

Cada vez más aturdida, viendo las malas consecuencias del negocio, Nisa, terca y contra la evidencia, quiso insistir con la mayor frescura.

–Te lo aseguro, mamá; a veces canta una sin saber lo que dice, lo primero que se le ocurre. Fernanda iluminada de repente:

–¿Ha sido Nanet –dijo–, quien te ha dicho todo eso?

Sí, Nanet había sido. Pero ella, con miedo de que la riñeran si se descubrían sus nuevas escapatorias, volvió a mentir.

–¡Qué Nanet, Nanet! si no lo veo desde que me lo prohibiste.

La madre, febril por el anhelo de saber, se suavizó de pronto. No pensó en castigar las escapadas de Nisa, ante el hecho importante de que quería estar segura.

–Oye mona mía, es muy feo no decir la verdad. La otra vez te castigué porque mentiste. Ahora si dices la verdad te prometo no castigarte... Vamos, sé franca, ¿fue Nanet?

Nisa, buena niña en el fondo, respondió al punto:

–Sí, mamá, Nanet.

–¿Y te ha dicho que el verdadero marido de Josina era el señor Lucas?

–Sí, mamá.

–¡Y el qué sabe! ¿por qué dice eso?

Nisa, aturdida, tuvo que meter otra vez la nariz en la taza, por su inocencia de chiquilla.

–¡Oh! por ciertas cosas, por ciertas cosas. En fin, porque él bien lo sabe.

A pesar de su deseo de enterarse, se avergonzó Fernanda de las preguntas que hacía a su hija, y no insistió más, esforzándose en deshacer el efecto de la curiosidad brutal que había mostrado.

–Nanet no sabe nada; dice necedades y tú eres una tonta repitiéndolas. Vas a hacerme el favor de no contar jamás semejantes disparates, si quieres comer postre.

Acabaron de desayunar silenciosas, preocupada la madre, contenta la hija de haber salido bien a tan poca costa.

Fernanda pasó el día en su cuarto reflexionando, discutiendo consigo misma. Primero se preguntó si lo que Nanet decía era la pura verdad. Pero, ¿cómo dudar? quería mucho a su hermana para mentir; era que sabía, que había visto, oído. Y además, todos los pormenores reunidos hacían la historia verosímil, evidente. Después, Fernanda pensó cómo podía utilizar semejante arma que la casualidad ponía en sus manos. Confusamente todavía, ideaba ya envenenarla, hacerla mortal. Nunca había odiado más a Lucas; Delaveau sólo había ido a París a ver si negociaba un nuevo empréstito; el Abismo peligraba más cada día, y era una victoria segura suprimir a Lucas que comprometía su vida de lujo y de placer. Muerto el enemigo, muerta la competencia, la derrota imposible. Con un celoso como Ragú, borracho, furioso, los sucesos podían precipitarse. Bastaría con hacerle sacar la navaja del bolsillo. Pero todo era soñar, ¿cómo realizar aquello? Avisar a Ragú, nombrarle al nombre que buscaba hacía tres meses, era el plan indicado; pero ¿cómo avisarle? Pensó en un anónimo; cortaría palabras de un periódico, las pegaría en un papel y esperaría la noche para llevar la carta al correo. Hasta

empezó a cortar las palabras. De pronto le pareció el medio poco seguro, de eficacia escasa, porque un anónimo es frío, puede despreciarse. Si a Ragú no se le hería en lo vivo, de repente, irritándole hasta la demencia, no daría el golpe. Había que meterle la verdad en el cuerpo, arrojársela al rostro en tales circunstancias, que se volviera loco. ¿A quién mandar, dónde buscar el delator, envenenador? Desanimada, no encontró a nadie y la sorprendió la noche buscando en vano, febril, ya enferma, por aquella tragedia con cuyo desenlace no daba.

Al acostarse, temprano, a eso de las diez, ya había tomado una resolución. Al día siguiente haría llamar a Ragú con el pretexto de preguntarle si dejaba a su mujer venir a coser a casa algunos días; y cuando estuvieran solos, tal vez ella encontraría modo de decírselo todo. Pero tampoco esto la satisfacía; temía las consecuencias de esta revelación hecha abajo, en el gabinete de su marido ausente. Gozaba con la ausencia, todo el lecho era suyo y estiraba los miembros, fatigada por la fiebre. Se durmió al fin cansada, llena de dudas y no dio cuenta de sí hasta las cinco; al dar el reloj esta hora, despertó de repente; boca arriba, los ojos muy abiertos en las tinieblas; volvió a sus reflexiones en el punto en el que quedaban, y resolvió el problema al punto con audacia y claridad extraordinaria. Era muy sencillo, tenía que ir ella misma a la fábrica, con el pretexto ya inventado, para dejar caer la frase irreparable en el curso de la conversación. Justamente se había enterado; sabía que

Ragú trabajaba aquella noche; de suerte que al ser de día, hacia las siete, podría bajar y le sorprendería en el momento en que los relevos de día reemplazaban a los de la noche. Con la fiebre ya no discutía, tenía la absoluta seguridad de poseer la solución mejor; y lo que la empujaba era menos la razón que la sensación de mujer seductora, comedora de hombres, contando con la complicidad de los seres vivos y de las cosas en circunstancias que no hubiera podido decir, pero que de seguro vendrían. ¡Qué ansiedad de cinco a siete, anhelando el día tan lento en llegar! No volvió a dormir; daba vueltas en el lecho, abrasada con el afán de correr a la cita que ella se daba; y jamás cita de amor, anhelo de voluptuosidad nueva, desconocido, delirante, la había irritado con aquellos mil agujones de fuego. No encontraba sitios frescos para sus miembros; atravesada, ocupaba el lecho entero con sus nudos graciosos de culebra esbelta, la camisa se la había subido con la continua agitación, y el espeso cabello suelto le tapaba el rostro ardoroso. No cejaba en su resolución, ni quería reflexionar ni prever lo que pasaría. Nada de plan. Todo iría bien, estaba segura. Le parecía que el destino la arrastraba a sucesos necesarios que habían de ser obra suya, sin que pudiera negarse. Sólo sufría esperando, no sabiendo en qué matar los minutos, acabando por acariciarse a sí misma para aplacar un poco el fuego que le quemaba la piel. Sus manos pequeñas, largas, suaves subían lentamente por los muslos, se detenían en el vientre, volvían a bajar, se deslizaban por todas partes con somero halago, volvían a subir, corrían a lo largo de las

caderas hasta el seno duro donde se irritaban de pronto empuñando la carne, apretándola, con la exasperación aguda de no poder calmarse. Al fin, a las siete menos cuarto, la hora exacta que se había fijado, saltó del lecho. El frío de la alcoba la heló, y quedó muy tranquila, dueña absoluta de sí. Aunque apenas se veía, no encendió luz, ni siquiera abrió las persianas. Simplemente, se recogió el pelo y lo sujetó en la nuca; y sin corsé, se puso un holgado peinador de franela blanca que la envolvía toda y calzó pantuflas de terciopelo también blanco. Y bajó como los días en que tenía que dar alguna orden temprano.

Abajo, las criadas dormían todavía, aprovechando la ausencia del amo y contando con que la señora no madrugaría. Fernanda con precisión de movimientos extraordinaria atravesó el despacho de su marido, abrió la puerta de la corta y estrecha galería por la que comunicaba el despacho con las oficinas del Abismo. Los empleados no venían hasta las ocho, y el mozo encargado de barrer se paseaba fuera en la carretera con el guarda, que fumaba tranquilo su pipa. Nadie la vió; atajó por medio del patio y entró en el taller de los hornos de pudelar, sin notarlo alma nacida. Como ella creía con certeza, las circunstancias la ayudaban, las cuadrillas nocturnas acababan de marchar, y las de día aún no habían venido. Para colmo de buena suerte, Ragú, que se había retardado con la furia del trabajo, quedaba solo, mudando de ropa. Fernanda, aunque conocía el camino, jamás se había aventurado así en este negro

imperio de hierro y del carbón; le daba mucho asco tanta suciedad unida a tanta bajeza. Vaciló turbada cuando tuvo que entrar con su peinador blanco y los blancos pantuflos en el inmenso agujero oscuro del taller de pudelaje. La luz naciente apenas entraba allí. Sólo dos hornos encendidos rasgaban el humo con dos rayos de astro. No sabía dónde pisar entre los cenagosos charcos, sobre el suelo ennegrecido del polvo de carbón obstruido por lingotes de hierro. Un acre olor compuesto del gas de los hornos y de emanaciones humanas le apretaba la garganta. Entró, sin embargo, y de pronto vio a Ragú que se dirigía a la barraca de tablas donde los obreros colgaban la ropa. Toda la noche había braceado el acero con furia, buscando olvido, aniquilarse, manejando el espetón como un arma con que hubiera acuchillado al mundo. Aún estaba empapado en sudor, y no traía sobre sí en aquel momento más que una camisa y un simple mandil, y antes de ponerse su traje de calle, se bebió su cuarto de litro, excediéndose de su habitual ración de la noche, empujando la botella, ebrio de vino, de fuego y de ira mal fermentada. De pronto vió a Fernanda, una mujer toda blanca, en la negrura horrible del taller; quedó tan asombrado con tal aparición, que avanzó para darse cuenta. Fernanda, reconociéndole, empujando la botella, vaciándola, se había detenido aún más intranquila. Estaba medio desnudo, la camisa abierta por el pecho muy blanco; los brazos dejaban ver su piel hasta los hombros, la piel fina y brillante de los rojos que contrastaba con fuerza con el tono de la cara congestionada, ya cocida por el fuego.



Se había dicho ella que para acercársele esperaría a que se hubiera vestido. Pero no pudo evitarle, pues él venía a ella y tuvo que tratar el asunto inmediatamente.

–Soy yo, Ragú; tengo que preguntarle una cosa y como sabía que estaba usted aquí...

Seguía él pasmado al verla molestarse de aquel modo viniendo a buscarle, y continuó mirándola con la boca abierta.

Ella misma, pero sólo entonces, comprendió lo absurdo de aquel paso, pero sin pensar en ello ni tratar de excusarse, se fue derecha al asunto.

–Venía a preguntarle si consentirá usted que su mujer venga unos días a casa. Necesito a alguien y he pensado en ella.

Olvidó Ragú de pronto lo extraño de la visita. En una ola de ciega cólera, toda su sangre zumbó en su Cráneo.

–¡Mi mujer! ¿quiere usted a mi mujer? ¡Rayo de Dios! Llévela, y quédese con ella; ¡así se muera!

Este es el furor que Fernanda esperaba. Fingió sorpresa, compasión, mucha pena.

–¿Pero, siguen ustedes reñidos? Yo creí que la había usted perdonado, que se arreglaba todo, esperando al pobrecillo que va a nacer.

–¡Perdonar, qué! –gritó Ragú bajo este nuevo latigazo con que azotaba la herida de sus celos–. ¿Perdonar el hijo que le han hecho a esa zorra? ¡Con que el gusto para ella, mientras yo dejo aquí las asaduras!

–Claro que su mujer ha sido ligera; pero es tan joven, tan bonita y es tan natural a su edad querer divertirse y dejarse vencer por los señoritos buenos mozos que la engatusan.

Cerró él los ojos ante al ardiente visión que le evocaban, loco, rugiendo:

–¡Yo la daré a ella los señoritos que la engatusan! ¿Y quiere usted señora que perdone y que crie al bastardo que me trae en la panza, como una indecente perra que es?

Entonces Fernanda fingió mucho asombro, lo soltó todo con aire de perfecta inocencia.

–Pero entonces, ¿qué es lo que me han dicho? Yo creía la cuestión del niño arreglada. ¿No se quedó en que el padre cargara con él?

–¿Cómo cargar?

–¡Pues claro, el dueño de la Créchérie, ese señor Lucas, en fin, el padre!

–¿Cómo el padre?

Ragú, estúpido, sin comprender, se había acercado y adelantaba la cara sudorosa, ardiente, hasta tocar casi el rostro delicado de Fernanda, aquella boca fresca de donde salían cosas tan extrañas.

–¿De modo que no es verdad? ¿No sabe usted nada? ¡Dios mío, cuánto siento haber hablado! Me habían dicho que usted de acuerdo con el señor Lucas, que su mujer se quedaba con usted a condición de que él se llevara el niño, ya que era suyo.

Un temblor agitaba a Ragú, sus ojos iban siendo los de un loco, y seguía adelantando la mandíbula convulsa. Y furioso, rugió perdiendo todo respeto, pues ya no había allí más que una hembra y un macho.

–¿Qué es lo que me cuentas? ¿Por qué has venido a contarme eso? Querías plantármelo en las narices; lo del señor Lucas que ha dormido con mi mujer; y es muy posible, de seguro, es cierto, porque ahora veo claro y todo se explica. No tengas miedo, al señor Lucas ya le contaré un cuento; de eso me encargo yo. Pero, ¿y tú? di. ¿Por qué has venido? ¿Por qué has hecho eso?

Y le echaba en la cara un aliento tan terrible, que se asustó ella comprendiendo que se hacía dueño de la situación, que toda su destreza de mujer seductora no podría nada con esta fiera en libertad. Quiso batirse en retirada.

–Pierde usted la razón, Ragú; ya volverá usted, ya hablaremos, si quiere, cuanto esté más tranquilo.

De un brinco la estorbó el paso.

–¡No, no! Oye, tengo que decirte...

Con el miedo, descuidaba ella el peinador mal ceñido y veía él un poco de su seno, suave como seda. Sobre todo, la adivinaba desnuda, sin corsé, sin enaguas, envuelta apenas en el vestido flotante que podría desgarrar con un solo movimiento de sus manos rudas; y olía bien, como si trajera consigo todavía el ambiente del lecho, húmeda, perfumada. Acababa de volverle loco lo extraño de su visita; la carne blanda, la mujer de blanco toda que caía en su negro infierno de rojas llamas.

–Atiende; tú lo has dicho, los señoritos guapos cortejan a nuestras mujeres y les hacen hijos. Entonces, ¿qué te parece? Justo es que les paguemos en igual moneda y que a veces les toque la china a sus mujeres.

Había ella comprendido; la empujaba hacia la barraca de tablones, inmundo ropero, agujero de tinieblas que tenía en un rincón harapos amontonados. También ella perdió la cabeza, se defendió, rebelde, aterrada al acercarse el monstruoso abrazo.

–¡Déjame o grito!

–Qué has de gritar; de fijo no llamarás gente, tú perderías más que nadie.

Y seguía empujándola brutalmente, haciendo avanzar la mandíbula, las duras manos ya sobre ella. Un vaho de fiera brotaba de él, de su piel blanca que ella veía tras la entreabierta camisa. Su rabioso trabajo de la noche, el sudor de que le había inundado, le empapaba, febril todavía, la sangre como cocida por el horno con calor de brasa acumulado en sus venas. Fernanda se sentía desfallecer en aquella hoguera abominable, arrebatada, subyugada, sin valor ya para pedir socorro.

–¡Le juro a usted que grito si no me suelta!

Pero él no hablaba, apretaba los dientes, en un frenesí en que la necesidad de sangre vertida acababa en este celo, en este afán de violación. El último empujón la hizo caer sobre los andrajos amontonados, en el rincón infecto, lecho de ignominia. Con ambas manos había arrancado el peinador, rasgado la camisa; la tenía desnuda, la aplastaba, la quería

inmóvil para evitar los arañazos. Un furor sombrío se había apoderado de ella. Se defendía también como una fiera, en silencio; le arrancaba el pelo, le mordía el pecho y procuraba mutilarle, mientras él seguía rugiendo:

–¡Zorras, zorras! ¡Todas zorras!

De pronto dejó ella de defenderse. Una onda de abominable voluptuosidad, ola de espantosa embriaguez llegaba a su carne en un escalofrío y aturdimiento que sumergían su voluntad y la entregaban jadeante, delirante. Y esta voluptuosidad afrentosa la producía la misma abyección en que caía; el lecho innoble, aquel retiro oscuro, apestado el olor salvaje de aquel animal rabiado de piel sudorosa, de sangre quemada por el horno; en fin, el horror sombrío del Abismo, del monstruo que tragaba existencias, cuyas tinieblas atravesadas por llamas le producían un vértigo infernal. La vil curiosa, la perversa que había en ella, tan poco halagada por su marido y por su amante insípido, tocaba allí el fondo de la sensación. Ya consentía. Devolvió el abrazo de la bestia, ebria en su espasmo, jamás sentido, que la hizo gritar de placer loco, como la hembra a quien revienta el macho en el fondo de la selva.

Ragú, al punto, se había puesto en pie. Como el jabalí en su cubil daba vueltas, rugía vistiéndose deprisa. La chaqueta había caído debajo de Fernanda y la empujó con el pie como un estorbo. Dos veces más para buscar algo la zarandeó con

el pie, pensando sólo en lo que había perdido, y a cada patada gruñía:

–¡Puerca!, ¡puerca!, ¡puerca!

Apenas vestido, encontró lo que buscaba. Era su navaja que se le había caído del bolsillo, y estaba debajo de Fernanda. En cuanto cogió la prenda, se fue a escape lanzando el último rugido.

–¡Ahora, al otro! ¡Voy a ajustarle las cuentas!

Fernanda, entre la ropa vieja, seguía en un espasmo inerte, aniquilada por la violencia de la sensación, los brazos convulsos cruzados sobre la cara. Sola ya, después de un rato, se levantó con trabajo, recogió el pelo, se envolvió como pudo en los pedazos de su peinador. Y tuvo la extraordinaria suerte de volverse como había venido, sin encontrar a nadie, deslizándose por las salas despiertas. Por fin, en su alcoba, se creyó salvada. ¿Pero qué hacer de la ropa desgarrada, manchada, inmunda? Los pantuflos de terciopelo blanco estaban negros del todo, el peinador de franela blanca tenía manchas de aceite, de carbón; la camisa, desgarrada, señales innobles. Se decidió, hizo un lío con aquella ropa que nadie había de ver y la ocultó bajo un mueble para quemarla, después, como el asesino que vuelve con el vestido cubierto de sangre. Luego, después de ponerse una camisa limpia, se acostó otra vez. Quiso olvidarlo todo, incapaz de tenerse en pie, con anhelo de

dormir, huyendo del minuto inaudito que acababa de pasar. Pero en vano mudó de camisa, el olor de bestia humana lo tenía en la piel, entre el cabello guardaba el soplo de la embriaguez que la había embargado. Tuvo que volver a vivir el minuto; rumió y rumió la voluptuosidad terrible entre el vaho que le impregnaba la carne, que tenía hasta en las uñas. No veía el sueño; estaba boca arriba inmóvil, sepultada bajo la ropa, con los ojos cerrados, apretándose las manos, presa del furioso recuerdo que la sacudía, que la quemaba con el continuo volver de aquel placer ignorado, atroz, con que no podía saciarse. Pasaban las horas y no se movía; era la caída inexorable y deliciosa de un vértigo sin fin.

A eso de las diez, Felicia, la doncella, entró en el cuarto asombrada de que la señora no hubiese llamado todavía; y más impaciente porque acababa de saber una gran noticia que traía revuelto el barrio.

–¿Está mala la señora? –como no le respondieron, esperó un instante, y después se dirigió hacia la ventana para abrir las persianas según costumbre, pero un murmullo que venía de la oscuridad del lecho la detuvo.

–¿Es que quiere la señora seguir descansando?

Tampoco hubo respuesta y Felicia, que ardía en deseos de dar la gran noticia, se decidió a pesar de todo.



–¿No sabe la señora? –un gran silencio llenaba la oscura alcoba. Un vago aliento salía del lecho, la vida ardiente decuplada, oculta allí bajo la sofocación acre de las sábanas.

–Pues es el caso, que un obrero del Abismo, el tal Ragú, ya sabe usted, acaba de matar de una cuchillada al señor Lucas, el dueño de Crécherie.

Fernanda, como movida por un resorte, quedó sentada en el blanco lecho, despeinada, desnudo el seno entre la ropa descompuesta.

–¡Ah! –dijo simplemente.

–Sí señora, le ha metido la navaja por detrás, entre los hombros. Dicen que fue por causa de una mujer. ¡Vaya una desgracia!

Fijos los ojos, distraídos como si viesen lo invisible, el seno palpitante, toda la carne en la tensión del espasmo, que seguía, Fernanda permanecía inmóvil, casi a oscuras.

–Está bien –dijo al fin–; déjame dormir.

Y después que la doncella volvió a cerrar suavemente la puerta, el ama se dejó caer otra vez en el desordenado lecho, se volvió hacia la pared, otra vez inmóvil. Ahora un sabor atroz de sangre se mezclaba al olor de fiera que la envolvía, y una excitación monstruosa del crimen entró en su placer. Creyó morir por la violencia de la sensación,

aguda, semejante a un hierro cuya punta removiera los pliegues secretos más delicados de la voluptuosidad. Era lo inolvidable, la dicha, el espanto, el triunfo, toda la criatura nerviosa envuelta en un paroxismo de exaltación, que no había conocido jamás, que no volvería a conocer; y horas y horas pasó olvidada de todo en el fondo de las tinieblas del lecho ardiente, la cara contra la pared, como si no quisiera volver a la vulgar vida cotidiana, para rumiar a lo infinito aquel placer execrable.

Eran cerca de las nueve, en la escasa claridad pálida de la mañana de invierno, cuando Lucas fue herido. Acababa de hacer según costumbre su visita matinal a las escuelas, y Ragú, que estaba en acecho detrás de un macizo de boneteros, se lanzó sobre él y le clavó la navaja entre los hombros, cuando llegaba al umbral sonriendo a unas niñas que le salían al encuentro. Lanzó un grito y cayó, mientras el asesino huía y llegaba a la falda de los Montes Bleuses, desapareciendo entre las peñas y la maleza. No estaba allí Soeurette ocupada en la lechería al otro lado del parque. Las niñas aterradas escaparon también pidiendo socorro, gritando que Ragú acababa de matar al señor Lucas. Pasaron algunos minutos antes de que algunos obreros de la fábrica las oyeran y pudieran levantar la víctima, desmayada por la fuerza del golpe. Un charco de sangre manchaba ya las escaleras, rojas, como bautizadas, del ala derecha de la Casa Comunal, donde se encontraban las escuelas. Ni se pensó en perseguir a Ragú, que corría, ya muy lejos.

Lucas, a quien los obreros iban a dejar en una sala próxima, saliendo de su desmayo, les suplicó con voz débil.

–No, no; a mi casa, amigos.

Se le obedeció, y le transportaron en una camilla a su pabellón. Gran trabajo costó colocarle en su lecho, y con la fuerza del dolor volvió a perder el sentido.

Llegó Soeurette, avisada por una niña, mientras un obrero corría a Beauclair para traer al doctor Novarre. La joven, al ver a Lucas, tendido, pálido, cubierto de sangre, le creyó muerto; se dejó caer ante el lecho, junto a sus rodillas, presa de un dolor tan vivo que el secreto de su amor se le escapaba. Le había cogido una de las manos inertes y la besaba; y entre sollozos, balbuciente, decía su pasión combatida, sepultada en el fondo de su ser. Le llamaba su único cariño, su solo bien, perdiéndole, perdía su propio corazón; no amaría más, no viviría más. Desesperada, no echaba de ver que Lucas, empapado en sus lágrimas, había vuelto en sí y la oía con infinito afecto y tristeza infinita.

Y murmuró con voz ligera como un hálito:

–Me ama usted. ¡Oh! ¡pobre, pobre Soeurette!

Pero a ella, sólo atenta a la placentera sorpresa de verle vivo todavía, no le pesó de su confesión, satisfecha más bien

de no mentirle más, segura como estaba de amarle lo bastante para que su amor jamás le hiciera sufrir.

–Sí le amo, Lucas, pero en mí no hay que pensar. Viva usted y eso me basta. Su dicha no me da pena. Viva usted, viva usted Lucas, y seré su criada. En este momento trágico, ante la muerte que él creía cercana, tal descubrimiento, este amor tan mudo, tan absoluto, envolviéndole, acompañándole como ángel custodio, era de una inmensa suavidad penetrante y dolorosa.

–Pobre, pobre Soeurette.

–¡Oh! Mi divina y triste amiga –murmuró otra vez con voz desfallecida–. Se abrió la puerta y entró el doctor Novarre muy inmutado. Al punto quiso examinar la herida ayudado por Soeurette, cuyas cualidades de enfermera conocía. Hubo un gran silencio, un momento de angustia indecible. Después un consuelo inesperado, un enternecimiento de esperanza. La navaja había encontrado el omóplato y se había desviado, no alcanzando ningún órgano importante, no desgarrando más que la carne. Pero la herida era horrible, el hueso debía de haberse roto, lo cual podría traer complicaciones. Si bien no había ningún peligro inmediato, la convalecencia sería muy larga de fijo; pero así y todo, ¡qué alegría ver la muerte alejada! Lucas tenía cogida la mano de Soeurette y su dicha le hacía sonreír débilmente:

Y preguntó:

–¿Y mi querido Jordan, lo sabe?

–No, nada todavía; se ha encerrado hace tres días en su laboratorio. Pero voy a traerle... ¡Ay! amigo mío, qué feliz me hace la seguridad que nos da el doctor.

Embelesada, dejaba su mano en la del herido cuando la puerta se abrió otra vez. Entró Josina. Corría a la primer noticia del crimen trastornada, loca. Se cumplía lo que ella temía. Algún miserable había entregado su querido secreto y Ragú acababa de matar a Lucas, el esposo, el padre. Acabada estaba su vida, ya nada tenía que ocultar; allí moriría, en su casa.

Al reconocerla, Lucas lanzó un ligero grito. Había soltado con prisa la mano de Soeurette y tendía ambos brazos.

–¡Ah! ¡Josina, eres tú, vuelves a mí!

Y, como, tambaleándose, pesada, por causa de su maternidad muy avanzada, se desplomaba ella sobre el borde del lecho, comprendió su angustia mortal y la tranquilizó.

–Vuelves a mí, con el hijo querido, Josina y no te atormentes; viviré, el doctor lo asegura, viviré para los dos.

La vida volvió a ella en un gran suspiro. ¡Dios mío! ¿Se cumplía, pues, el invencible anhelo, lo que ella esperaba de la vida que parece tan dura y que cumple lo necesario?

¡Viviría él; y aquella espantosa puñalada los había reunido para siempre!

–Sí, sí, vuelvo a ti Lucas, volveremos a ti, y esto se ha acabado; ya nunca nos separaremos, puesto que ya nada tenemos que ocultar. Acuérdate que te había prometido volver cuando me necesitaras; cuando no fuese estorbo, sino ayuda; con este hijo querido, lazo que nos dará una fuerza nueva... Todos los demás lazos están rotos, yo soy tu mujer ante todos, mi sitio está aquí, a tu cabecera.

La alegría hizo llorar a Lucas.

–¡Ay! ¡querida Josina, el amor y la ventura entran contigo!

Pero de pronto, se acordó de Soeurette. Levantó los ojos y la vio al otro lado del lecho en pie, un poco pálida, pero sonriendo. Con ademán cariñoso, volvió a tomarle la mano.

–Mi buena Soeurette, era un secreto que tuve que ocultar a usted.

Tras un ligero temblor, dijo ella con sencillez:

–¡Oh! Yo lo sabía; había visto a Josina una mañana salir de casa de usted.

–¡Cómo! ¡Lo sabía usted!

Lo adivinó todo y sintió una lástima, una admiración, una ternura infinita.

Aquel amor que renunciaba, mostrado un afecto sin fin, en el don de la vida entera, le conmovía, le exaltaba como acto del más elevado, del más puro heroísmo. Quedo, casi al oído, añadió ella:

–No tema usted, Lucas; lo sabía, nunca seré más que la más fiel y fraternal amiga.

–¡Ah! Soeurette –repitió él con voz apenas perceptible–; ¡ah! ¡divina y triste amiga!

Viéndole tan fatigado, el doctor Novarre intervino, y le prohibió en absoluto hablar.

Sonreía discretamente el amable doctor, al enterarse de todo aquello. Le parecía muy bien que su herido tuviese una hermana y una mujer para cuidarle; pero había que ser razonable; no llamar la fiebre con tanta emoción.

Lucas prometió ser muy juicioso, no hablando más, contentándose con mirar cariñoso a Josina y Soeurette, sus dos ángeles, uno a la derecha y otro a la izquierda de su lecho.

Hubo un silencio prolongado. La sangre de apóstol había corrido; aquél era el calvario, la pasión de donde iba a salir el triunfo. Vió acercarse a las dos mujeres en torno suyo y el

herido volvió a abrir los ojos para sonreirlas. Luego, al dormirse murmuraba:

–Por fin el amor ha venido; ahora venceremos.



## CAPÍTULO X

HUBO complicaciones que pusieron a Lucas en gran peligro. Durante dos días se le creyó muerto, Josina y Soeurette no se apartaban de su cabecera. Jordan se pasaba las horas sentado junto al lecho del dolor, abandonando su laboratorio, lo cual no había hecho desde la enfermedad de su madre. Desesperados aquellos tres corazones cariñosos, a cada momento temían recibir el último suspiro del ser querido.

La puñalada con que Ragú había herido a Lucas había conmovido a la Créchérie. En los talleres, a pesar del duelo, continuaba el trabajo; pero a cada instante se pedían noticias; todos los obreros se sentían solidarios, unidos a la víctima por el mismo afecto. El crimen absurdo, la sangre que había corrido, estrechaba el lazo fraternal más que varios años de experiencia humanitaria. Y hasta en Beauclair

se había hecho sentir la simpatía; muchos se reconciliaban con aquel mozo tan joven todavía, tan guapo, tan activo, cuyo único crimen, aparte de su empresa de justicia, era haber amado a una mujer adorable a quien su marido abrumaba con injurias y golpes. En suma, nadie se escandalizaba de ver a Josina, muy adelantada en su embarazo, instalarse junto a Lucas agonizante. Parecía esto muy natural. ¿No era él el padre de aquel hijo? ¿No habían comprado los dos a costa de sus lágrimas el derecho de vivir juntos? Además, los gendarmes que perseguían a Ragú no habían encontrado ningún rastro, todas las pesquisas de quince días habían sido vanas; y el drama parecía desenlazado con el hallazgo del cadáver de un hombre, en el fondo de un barranco de los Montes Bleuses, medio comido por los lobos. En él se creía reconocer los restos horribles de Ragú. No pudo declararse oficialmente la defunción, pero arraigó la leyenda de que Ragú había muerto, o por un accidente o por un suicidio, en la locura furiosa de su crimen. Y si Josina estaba viuda, ¿por qué no había de vivir con Lucas y por qué los Jordan no habían de aceptarlos en su casa? Y su unión era tan natural, tan fuerte, tan indisoluble, en adelante, que ni aún más tarde pensó nadie en recordar que no estaban casados legalmente.

Al fin una hermosa mañana de febrero, de claro sol, el doctor Novarre creyó poder responder de Lucas; y en efecto, pocos días después estaba en plena convalecencia. Jordan, muy contento, había vuelto a su laboratorio. Sólo quedaban

allí Soeurette y Josina, muy cansadas por las malas noches anteriores, pero muy felices. Josina sobre todo, que no había querido cuidarse, a pesar de su estado, sufría mucho sin querer decirlo. Y también fue en una mañana de sol de primavera temprana, cuando los dolores, cuyas crisis disimulaba desde que se había levantado, le arrancaron un débil grito, mientras presenciaba el primer almuerzo de Lucas, el primer huevo permitido por el doctor.

–¿Qué tienes, Josina mía?

Continuaba ella luchando, pero tuvo que rendirse.

–¡Oh! Lucas, creo que ya ha llegado el momento.

Comprendió él, sintió una vieja alegría mezclada de inquietud al verla palidecer y vacilar.

–¡Josina, Josina!; a ti te toca ahora sufrir, mas ¡para un resultado tan seguro, una dicha tan grande!

Soeurette acudió desde el saloncillo próximo; y enseguida habló de llevar a Josina a otra parte, porque allí no había donde acostarse. Pero Lucas suplicaba diciendo:

–No, amiga mía, no me lleve usted a Josina. Voy a estar con una terrible ansiedad... A ver cómo nos arreglamos, puede ponerse una cama en el salón.

Tendida en una butaca, Josina, sacudida por grandes dolores, había hablado también de marcharse. Pero sonrió dando la razón a Lucas. ¿Cómo dejarle ahora? ¿no iba el hijo querido a remachar su unión indisoluble? Ya conseguía Soeurette, cuando entró el doctor Novarre que venía a hacer su visita ordinaria.

–Vamos, llego a tiempo –dijo alegre–. Ahora tengo dos enfermos. Pero si el papá ya no me inquieta, la mamá tampoco. Van ustedes a verlo.

En algunos minutos, todo quedó organizado. Había en el salón un gran diván que se arrastró hasta el medio de la habitación. Se trajo un colchón y se hizo una cama. Tiempo era; el parto vino enseguida con rapidez y felicidad extraordinarias. El doctor seguía riendo, bromeando, y sentía no haberse quedado en casa pues la cosa iba tan bien. Por exigirlo Lucas se había dejado de par en par la puerta que separaba la alcoba del salón; y clavado todavía en su lecho, sentado, escuchaba ansioso, anhelando oír, comprender. Preguntaba a cada minuto, ardía en deseos de saber algo. Los menores lamentos de la mujer querida que padecía tan cerca sin que él pudiera verla, le oprimían el corazón. Deseaba que respondiera ella misma una sola palabra para estar seguro; y tenía ella el valor para decir palabras entrecortadas, procurando parecer alegre, ocultar el temblor de la voz.

–Hombre, esté usted tranquilo y déjenos en paz –dijo el doctor–. ¡Cuando se le dice que es una maravilla, y que jamás un hombrecito se ha presentado tan bien! ¡Porque ya lo sabe usted; será hombre, de seguro!

De pronto, sonó un grito ligero, el grito de la vida, una voz nueva que ascendía entre la luz.

Lucas, inclinado, todo su ser tendido hacia el acontecimiento que se realizaba, oyó el grito y sintió el corazón latir con alegría.

–¿Un hijo, un hijo? –preguntó aturdido.

–¡Espere usted! –respondió Novarre riendo–. No tenga tanta prisa. Hay que verlo.

Casi al punto, añadió:

–¡Pues, sí señor, cierto; es un niño, un hombrecillo, lo que yo había dicho!

Lucas entonces rebosando alegría, batió palmas como un niño y gritó cuanto pudo:

–¡Gracias, gracias Josina! ¡gracias por el regalo! ¡Gracias te digo, y cuánto te quiero Josina!

No pudo ella responder enseguida porque el dolor y el cansancio la tenían sin voz. Inquieto ya, repitió él:

–Te amo, Josina, y te doy gracias.

Tendiendo el oído hacia la puerta pudo oír una voz muy débil, como un soplo, pero feliz y deliciosa:

–¡Yo sí que te doy las gracias, Lucas; yo sí que te quiero!

Algunos minutos después, Soeurette llevó el niño al padre para que lo besara. Era su amor tan puro, que ella también estaba radiante por toda aquella dicha, gozando una alegría sublime con la ventura de Lucas. Después de besar al niño la dijo cariñoso, alegre:

–¡Soeurette, amiga mía, tengo que besarla a usted también; bien lo merece, y estoy tan contento!

Y con el mismo tono respondió ella:

–¡Corriente, querido Lucas, béseme usted, todos somos muy felices!

Durante las semanas siguiente se gozó el placer de la doble convalecencia. En cuanto el doctor permitió a Lucas levantarse, quiso éste pasar una hora en una butaca junto a Josina, todavía acostada. Una primavera precoz llenaba la estancia de sol; siempre había sobre la mesa un manojo de rosas admirables que el doctor traía todos los días de su jardín, como receta, decía, de su juventud, salud y belleza. Entre los convalecientes estaba la cuna de Hilario, el hijo que criaba la madre. Era el niño, sobre todo, quien ahora hacía

florecer su existencia con más fuerza y esperanza. Repetía Lucas en sus continuos proyectos para el porvenir mientras esperaba volver a su empresa, que en adelante estaba tranquilo, seguro de fundar la Ciudad de justicia y de paz, pues tenía el amor, el amor fecundo, Josina y su Hilario. Nada se funda sin el hijo que ensancha y propaga la vida, y continúa el hoy con el mañana. La pareja que engendra es la que trabaja en la dicha humana, la que salvará a los pobres hombres de la iniquidad y de la miseria.

La primera vez que Josina, ya en pie, pudo comenzar su nueva existencia junto a Lucas, éste la estrechó en sus brazos, exclamando:

–¡Ah, tú no eres más que mía, nunca has sido más que mía, pues tu hijo es mío! ¡Henos aquí completos, ya no tememos nada de la suerte!

En cuanto Lucas pudo encargarse otra vez de la dirección de la fábrica, la simpatía que llegaba de todas partes aumentó maravillosamente, pero no sólo el bautismo de sangre determinó el buen éxito de la Crèche; hubo además un feliz hallazgo; volvió a ser la mina fuente de enorme riqueza, pues se volvió a dar con los filones considerables de excelente mineral que daban la razón a Morfain. Se produjo desde entonces hierro y acero tan baratos y tan buenos, que el Abismo se vio amenazado hasta en su fabricación de objetos finos y caros. Toda competencia se hacía imposible. Además, el gran empuje democrático

multiplicaba doquiera las vías de comunicación, la extensión sin fin de los ferrocarriles, la construcción decuplicada de puentes, edificios, ciudades enteras en que el hierro y el acero se empleaban en proporción prodigiosa, creciente, sin cesar. Desde los primeros Vulcanos que habían fundido el hierro en un agujero para forjar armas y defenderse y conquistar el dominio de hombres y cosas, el empleo del hierro no había hecho más que aumentar; el hierro acabaría por ser mañana la fuente de la justicia y de la paz, cuando la ciencia lo hubiera conquistado definitivamente, produciéndolo casi de balde, plegándolo a todos los usos.

Pero sobre todo lo que determinó la prosperidad, el triunfo de la Créchérie, fueron las razones naturales, una administración mejor, más verdad, más equidad, más solidaridad. Llevaba en sí misma su buen éxito desde el día en que había sido creada por el sistema transitorio de una prudente asociación entre el capital, el trabajo y la inteligencia; y los días difíciles que acababa de atravesar, los obstáculos de todas clases, las crisis que se habían creído mortales, eran simplemente los vaivenes inevitables del camino en los primeros días de marcha en que se trata de no sucumbir, si se quiere llegar al fin. Y ahora se veía que la Créchérie siempre había tenido fuerza, savia para las recolecciones futuras.

Era una lección de las cosas que iba a convencer poco a poco a todos. No cabía negar la fuerza de tal asociación al



ver los beneficios crecer, y que los obreros de la Crécherie, ganaban ya el doble que los de otras fábricas. Había que reconocer que el trabajo de ocho horas, de seis, de tres, el trabajo agradable por la diversidad de tareas, en talleres claros y alegres, con máquinas que podían guiar niños, era fundamento de la sociedad futura. Los míseros asalariados de ayer, se volvían sanos, inteligentes, alegres, amables. La cooperación, necesaria, suprimía los intermediarios parásitos, el comercio en que se perdían tanta fuerza y riqueza; y así, los Almacenes Generales funcionaban sin choques decuplando el bienestar de los hambrientos de ayer, colm ndolos de los goces reservados antes a los ricos. Había que creer en los prodigios de la solidaridad que debe hacer de la vida una fiesta continua para todos, al ver las reuniones de la Casa Comunal, futuro palacio real del pueblo, con sus bibliotecas, museos, salas de espectáculos, jardines, juegos y diversiones.  C mo, en fin, no renovar la instrucción y la educación, no fund ndolos en la pereza, sino en el afán de saber, haciendo el estudio agradable, dejando a cada cual su energía y reuniendo los sexos, si las escuelas prosperaban tanto, sin exceso de libros, mezclando lecciones y recreos al aprendizaje profesional? El ejemplo de la Crécherie se hacía contagioso. No eran teorías, eran hechos; se iban ganando hombres y terrenos del contorno; nuevos obreros brotaban doquiera. En tres años dobl  la población de la Crécherie; la progresión se aceleraba. Era la ciudad soñada, la ciudad del trabajo reorganizado, otra vez noble; la ciudad futura de la dicha conquistada, camino de

ser metrópoli. Los talleres, todas las construcciones, crecían, cubrían hectáreas; y las casitas claras y alegres entre verdes jardines se multiplicaban. Esta ola avanzaba hacia el Abismo, amenazaba sumergirlo. Tiempo atrás, había ancho espacio entre ambas fábricas, los terrenos incultos que Jordan poseía en la falda de los Montes Bleuses. Ahora las últimas casas de la Créchérie llegaban a doscientos metros del Abismo. La ola que iba a batir contra él ¿no le cubriría, no le arrasaría, reemplazándole con su triunfal alegría y salud floreciente? También el viejo Beauclair estaba amenazado. Un extremo de la ciudad naciente marchaba hacia él, iba a barrer el negro y pestífero lugarón obrero, nido de dolor en que agonizaba el salario. A veces Lucas, el fundador de la ciudad, la miraba crecer haciendo salir del suelo el Beauclair de mañana, la mansión feliz. Todo Beauclair se conquistaría de monte a monte, las gargantas de Brias se llenarían de casas alegres, entre verdores, llegando a los campos inmensos, fértiles de la Rumaña. Faltaban años, pero él ya veía la ciudad futura.

Una tarde, Bonnaire le trajo a Babette, la mujer de Bourron, que le dijo, siempre alegre:

–Pues, señor Lucas, el caso es que mi marido quisiera volver a la Créchérie. Pero como se marchó de tan mala manera, no se atreve a venir... y vengo yo.

Bonnaire añadió:

–Hay que perdonar a Bourron a quien el desgraciado Ragú dominaba. No es malo, es débil, y podremos salvarlo.

–¡Venga Bourron! –gritó Lucas, alegre–. No quiero la muerte del pecador, al contrario. Muchos se abandonan pervertidos por los compañeros. Bourron servirá de ejemplo.

Nunca se había sentido más feliz; la vuelta de Bourron le pareció decisiva, aunque el obrero ya valía poco. Pero rescatarle, salvarle, era una victoria sobre el salario. Y además, otra casa para su pueblo, una ola tras otra haciendo subir la marea que había de llevarse al mundo viejo.

Otra tarde vino Bonnaire pidiéndole que admitiera a otro obrero del Abismo, pero no insistió por lo poco que valía su recomendado.

–Es el pobre Fauchard que se decide. Ya recordará usted que anduvo dando vueltas para venir varias veces. No podía resolverse a nada, temía escoger, abrumado, entontecido, aniquilado por el trabajo. No es un hombre, es una rueda desvencijada. Temo que no podamos hacer nada de él.

Lucas recordaba sus primeros días en Beauclair.

–Sí, ya sé; tiene una mujer, Natalia ¿no es eso? que se queja mucho, y que siempre anda a caza de quien la fíe. Y tiene un cuñado, Fortunato, que no tenía todavía dieciséis

años, muy pálido, pasmado, víctima ya del trabajo maquinal y antes de tiempo ¡infelices!.. Pues bien, que vengan todos ¿por qué no? ¡Será un ejemplo más, si podemos hacer de Fauchaud un hombre, libre y contento!

Y añadió alegre:

–Una familia más, una casa más. Bonnaire ¿lo ve usted? esto se va poblando, caminamos hacia la gran ciudad de que le hablé desde el primer día en que usted no quería creer. ¿Se acuerda? me seguía usted por gratitud. ahora ¿está usted convencido?

Bonnaire con algún embarazo, tras de una pausa dijo con franqueza:

–¿Cuándo se convence uno de todo? Hay que tocar los resultados con la mano. La fábrica prospera, sin duda, crece nuestra sociedad, el obrero vive mejor, hay algo más de justicia y de felicidad; pero usted conoce mis ideas: todo esto es todavía el salario maldito; no veo que se realice la sociedad colectivista.

Sólo como teórico se defendía. No soltaba sus ideas, pero tenía fe admirable en el trabajo, y gran valor y actividad. Era el héroe obrero; el verdadero jefe que había decidido la vida de la Crèche, dando a los compañeros un paternal ejemplo de solidaridad. Cuando se presentaba en los talleres, tan alto, tan fuerte, tan honrado, todos le alargaban

la mano. Ya estaba más convencido de lo que decía; muy contento viendo a los camaradas sufrir menos, gustar de todo, morar en sanas viviendas, rodeadas de flores. Ya no moriría sin ver cumplido el anhelo de toda su vida, que hubiese menos miseria y más equidad.

–Sí, sí –dijo Lucas riendo–, la sociedad colectivista la realizaremos, y algo mejor, y si no somos nosotros serán nuestros hijos, los niños queridos que criamos para eso. Confianza Bonnaire; el porvenir es nuestro, porque nuestra ciudad crece, crece sin cesar.

Y con un ademán mostraba, entre los árboles nuevos, los techos de las casas con azulejos de colores que alegraba el sol poniente. Y siempre volvía a las tales casas, como vidas que su aliento parecía sacar de la tierra y que veía realmente en marcha, cual un ejército pacífico que iba a sembrar el porvenir sobre las ruinas del viejo Beauclair y del Abismo.

Pero había más, no hubiera bastado este triunfo; lo decisivo era que también el pueblo aldeano, en Combettes, triunfaba a su vez con el esfuerzo común, el lazo entre la aldea y la fábrica. Allí también se estaba empezando, pero ¡qué promesa de prodigiosa fortuna! Desde el día en que el alcalde Lenfant y el adjunto Ivonnot, reconciliados, habían hecho a todos juntar sus tierras en un dominio de centenares de hectáreas, había aparecido una fertilidad extraordinaria. Hasta entonces, sobre todo en los últimos años, la tierra parecía declarada en quiebra, como en toda

la inmensa llanura de Rumaña, antes tan fecunda, ahora triste, cubierta de espigas ruines y escasas. Era esto efecto de la ignorancia testaruda de los hombres, de la pereza; los métodos anticuados, la falta de abonos, de máquinas y de concordia. Que lección la que daba Combettes. Compraban a crédito los abonos, se procuraban útiles y máquinas en la Crécherie a cambio de pan, vino y legumbres. Estaba su fuerza en no aislarse, en el lazo solidario ya indestructible entre la aldea y la fábrica; era la reconciliación, antes imposible, del aldeano y del obrero. Combettes y la Crécherie se necesitaban mutuamente. Milagroso espectáculo el de esta llanura renaciente, antes casi abandonada, cubierta ahora de ricas mieses. Entre las demás tierras parecía Combettes un mar pequeño de verdura que toda la comarca miraba estupefacta y al fin con envidia. Otras aldeas querían ya seguir el ejemplo. Los alcaldes de Fleuranges, de Lignerolles, y de Bonneheux hacían proyectos de sociedades, recogían firmas. Pronto crecería aquel mar verde, hasta que toda la Rumaña no fuera más que un solo dominio, un solo océano pacífico de trigo que bastara a sustentar a todo un pueblo feliz.

Con frecuencia, Lucas, por gusto, daba largos paseos a pie a través de aquellos campos fértiles, y a veces encontraba a Feuillat, el colono de Boisgelin, paseando también, con las manos en los bolsillos, mirando con aire silencioso y enigmático brotar aquella riqueza del campo bien cultivado. Sabía Lucas que de él era la iniciativa de todo aquello y quien

todavía aconsejaba; y le sorprendía mucho ver la miseria en que dejaba las tierras que había arrendado, el dominio de la Guerdache, cuyos campos pobres era una mancha, un desierto inculto junto a la fertilidad de Combettes. Un día le dijo:

–¿No se avergüenza usted un poco de cultivar tan mal sus tierras, viendo las del otro lado del camino tan bien cuidadas? Por su propio interés debiera usted trabajar con la actividad e inteligencia de que sé que es muy capaz.

El colono, primero sonrió, callado. Después dijo sin miedo:

–Ay, señor Lucas, la vergüenza es un sentimiento demasiado fino para nosotros, pobres rústicos. Y en cuanto a mi interés, se reduce a sacar lo justo para vivir de estas tierras que no son mías. Les saco el pan y basta, sería un tonto haciéndolas excelentes para enriquecer no más que al amo, al señor Boisgelin, que puede cada vez que acaba un arrendamiento echarme fuera... Para hacer de un campo un buen campo tiene que ser de uno mismo, o mejor todavía, de todos.

Socarrón, se burlaba de los que dicen a los aldeanos: «¡Amad la tierra, amad la tierra!» Sí, eso quería él; pero también quería ser amado, es decir, no quería amarla en beneficio de otros. Su padre, su abuelo, su bisabuelo la habían amado bajo el palo de los explotadores sin sacar más que miseria y lágrimas. Ya estaba harto, no quería más

engaño; no más fecundar la tierra para que el propietario se lo llevara todo.

Tras de una pausa, añadió con ardor concentrado, en voz más baja:

–Sí, sí; la tierra de todos, para volver a amarla y a cultivarla. Yo, espero.

Lucas le miraba asombrado; en su actitud reservada adivinaba viva inteligencia. Tras el aldeano rudo y socarrón distinguía un agudo diplomático; un precursor el cual veía claro el porvenir que llevaba el ensayo de Combettes a un fin remoto, que conocía él solo.

–De modo, que si deja usted sus tierras en ese estado, es para que las comparen con las próximas y se comprenda la lección. ¿Pero no es eso un sueño? Combettes nunca invadirá ni se tragará a la Guerdache.

Feuillat volvió a reír callado. Después dijo:

–Puede ser; de aquí allá tendrían que pasar muchas cosas. en fin, quien sabe, yo espero.

Dio algunos pasos y añadió abarcando con un ademán el horizonte.

–Eso no quita que esto adelante, ¿recuerda usted como estaba todo? y vea usted, vea usted ahora, con el cultivo en



común, máquinas y ciencia, rebosan las cosechas; todo el país se conquista poco a poco. ¡Da gozo ver todo esto!

El entusiasmo del aldeano se comunicaba a Lucas. Si se sentía fuerte en la Crécherie, era porque contaba con aquel granero abundante. Y no veía con más placer el progreso de su ciudad de obreros, que estos campos fértiles de Combettes que llevaban la onda de sus mieses en océano sin límites de un confín a otro de la Rumaña. Era el mismo esfuerzo, la misma civilización próxima, la humanidad que iba a la verdad, a la justicia, a la paz, a la dicha.

El efecto más inmediato del buen éxito de la Crécherie fue hacer comprender a las fábricas menores del país la ventaja de asociarse a ella. La Chodorge, fábrica de clavos que compraba las materias primeras a su poderosa hermana, se decidió primero y se dejó absorber por interés común. Después la casa Hausser, que tenía la especialidad de las guadañas y podaderas, después de haber forjado sobre todo sables, también se asoció. Tardó más la casa Miranda y compañía, que construía máquinas agrícolas, y uno de cuyos propietarios, reaccionario, luchaba contra toda novedad; pero ante una crisis grave, se retiró y el otro salvó la fábrica apresurándose a fundirla con la Crécherie.

Todas estas casas, así arrastradas en el movimiento de asociación, emitían acciones, aceptaban los mismos estatutos, el reparto de los beneficios basado en la alianza del trabajo, del capital y de la inteligencia. Llegaban a

constituir una sola familia en cien grupos diversos, dispuesta siempre a recibir nuevas adhesiones, pudiendo así extenderse a lo infinito.

En Beauclair, asombrado, desconcertado, llegó al colmo la alarma. Entonces qué ¿la Créchérie iba a crecer sin cesar, el pueblo mismo, después de las fábricas, y después de la inmensa llanura, iban a ser no más que las dependencias, el dominio, la carne misma de la Créchérie? Turbados estaban los corazones, los cerebros empezaban a preguntar dónde estaba el interés de cada cual, la fortuna posible. En el círculo de los comerciantes, entre los almacenistas sobre todo, aumentaba la perplejidad, viendo bajar la venta; temían tener bien pronto que cerrar la tienda. La locura fue general cuando se supo que Caffiaux, el especiero tabernero, acababa de entenderse con la Créchérie para que su casa fuera un simple depósito, una especie de sucursal de los Almacenes Generales. Mucho tiempo había pasado por agente del Abismo, algo espía de la dirección, envenenando al obrero con alcohol, vendiéndole en seguida a sus jefes, pues la taberna es el más firme pilar del salario. En todo caso, no era trigo limpio; acechaba la victoria del más fuerte, siempre dispuesto a la traición, enemigo de quedar debajo. Aumentó la inquietud viéndole pasarse tan fácilmente a la Créchérie. El movimiento de adhesión se aceleraba con la fuerza decuplada de la velocidad adquirida. La guapetona señora Mitane, la panadera, no había esperado la conversión de Caffiaux para aprobar lo que sucedía en la

Crécherie, y estaba dispuesta a asociarse, aunque su panadería seguía floreciente gracias a su bondad y belleza que la hacían popular. Sólo el carnicero Dacheux se emperraba con el furor sombrío de la ruina de todas sus ideas; prefería morir en medio de los últimos cuartos de res, el día en que ya no encontrase un burgués para comprarle la carne a su precio; y el caso llegaría; la parroquia le dejaba poco a poco, y tanto rabiaba que la apoplejía amenazábale como un rayo.

Un día Dacheux fue a casa de Laboque, para donde citó a la señora Mitaine. Se trataba, decía, de los intereses morales y comerciales de todo el barrio. Se decía que los Laboque para evitar la quiebra se pasaban a Lucas, y se hacían simplemente depositarios de la Crécherie. Desde que ésta cambiaba directamente sus productos por el pan de Combettes y de otras aldeas, sindicadas, los Laboque habían perdido los mejores parroquianos, los aldeanos de los contornos, sin contar los consumidores de Beauclair que economizaban mucho comprando en los almacenes de la fábrica, abiertos ya a todos. Era la muerte del comercio, tal como se había entendido hasta entonces, como intermediario entre el productor y el consumidor encareciendo la vida, parásito de las necesidades ajenas. Rueda inútil que comía fuerza y riqueza y cuya desaparición era segura ante un ejemplo que probaba con qué facilidad se le suprime, en bien de todos. Esto lamentaban los Laboque, en medio de su bazar desierto.

Cuando Dacheux se presentó, la señora Laboque, negra y flaca, estaba en el mostrador desocupada, sin ánimo ni para hacer media; mientras el marido, con ojos y nariz de hurón, iba y venía como alma en pena entre las cajas de mercancías, cubiertas de polvo.

–¿Sabe usted lo que me han dicho? –gritó el carnicero congestionado–; ¡qué es usted un traidor, que está a punto de entregarse! ¡Usted que perdió su pleito con el bandido, que juró su muerte aunque dejara la piel en la demanda! ¡Y ahora se nos pasa, nos deja!

Laboque se enfadó.

–¡Va usted a dejarme en paz; bastantes disgustos tengo yo! Al pleito estúpido, ustedes todos me lanzaron. Ahora de fijo no me trae usted dinero para pagar mis vencimientos de fin de mes. ¡Pues entonces, no me venga usted con canciones ni con si prometí o no prometí dejar la piel!

Y señalando las mercancías, añadió:

–La piel ahí la tengo; y si no me las arreglo, los alguaciles estarán aquí el miércoles... Sí, señor, es verdad, ya que usted quiere saberlo; estoy en tratos con la Crécherie y firmaré esta tarde. Dudaba todavía, pero ya me aburren demasiado.

Se dejó caer en una silla, mientras Dacheux sofocado, furioso, sólo podía balbucir juramentos. Y tras el mostrador,

sonó entonces la queja de la abrumada señora Laboque, en voz baja y monótona:

–¡Haber trabajado tanto, Dios mío! tanto sufrir al principio llevando la quincallería de pueblo en pueblo y luego los esfuerzos que costó esta tienda y hacerla crecer. Y todo iba bien, la recompensa vendría. Una casa de campo para retirarse con sus rentas; y ahora todo se hunde, el pueblo se vuelve loco; ¡yo no sé todavía por qué, santo Dios!

–¿Por qué, por qué? –gruñó Dacheux–. Porque esto es la revolución y los burgueses unos cobardes que no osan defenderse. ¡Pero yo, el mejor día, si me apuran mucho, cojo las cuchillas y ya veréis lo que es bueno!

Laboque se encogió de hombros.

–¡Bonito negocio! Eso está bien cuando se cuenta con la gente; pero en víspera de quedarse solo, lo mejor es seguir a regañadientes a los demás. Caffiaux lo ha entendido.

–¡Valiente sinvergüenza! –rugió el carnicero–. ¡Un traidor, un vendido! Ya sabréis que ese bandido, el señor Lucas, le ha dado cien mil francos por abandonarnos.

–¡Cien mil francos! –repitió el quincallero echando chispas por los ojos, haciendo ver una ironía escéptica–; quisiera que me los ofreciese a mí, que pronto se los tomaba. Es

necedad obstinarse, lo prudente es siempre estar con los más fuertes.

–¡Qué miseria, qué miseria! –añadió la señora Laboque, quejumbrosa–. Esto es el mundo al revés, el fin del mundo.

Oyó esto la señora Mitaine que entraba.

–¡Cómo el fin del mundo! –dijo alegre–. Ahora mismo acaban de parir dos vecinas un par de cachorros... ¿Y los chicos, Augusto y Eulalia, cómo están? ¿No andan por aquí?

No, ni ahora ni nunca andaban por allí. Augusto, ya cerca de los veintidós años, era un apasionado de las artes mecánicas y aborrecía el comercio; Eulalia, muy juiciosa a los quince, ya una mujercita de su casa, vivía casi siempre con un tío colono, de Lignerolles, cerca de Combettes.

–¡Oh, los hijos, si hubiera que contar con ellos! –dijo la señora Laboque en nuevo lamento.

–¡Todos ingratos! –declaró Dacheux que no se reconocía en su hija Juliana robusta y hermosa señorita, cariñosa, que a pesar de sus catorce cumplidos, jugaba todavía con los pilluelos en medio de la calle de Brias–. ¡Cuando se cuenta con los hijos lo seguro es morir de miseria y a disgustos!

–¡Pues yo cuento con mi Evaristo, vaya! –replicó la panadera–. Va a cumplir veinte años, y aunque no ha querido aprender el oficio de su padre, no reñiremos por

eso. Los chicos salen con ideas diferentes de las nuestras, porque nacen para tiempos que no alcanzaremos. Yo a mi Evaristo sólo le pido que me quiera mucho y eso es lo que hace.

En seguida expuso su caso con calma a Dacheux. Si había venido, llamada por él, era para que constase que cada comerciante de Beauclair debía conservar su libertad de acción. Ella no había entrado todavía en la asociación de la Crèche, pero pensaba entrar cuando bien le pareciese, el día en que conviniera a los demás o a ella misma.

–Evidentemente –concluyó Laboque–. Yo no puedo hacer otra cosa; firmaré esta tarde.

Volvió a quejarse la señora Laboque pronosticando el fin del mundo.

–Eso no, eso no –exclamó de nuevo la arrogante panadera–; cómo ha de acabarse el mundo si nuestros hijos pronto podrán casarse y tendrán hijos que se casarán a su vez para tener otros hijos. Unos empujan a otros, el mundo se renueva, ¡eso sí! Es el fin de un mundo si usted quiere.

La frase, fue de un efecto tan claro y decisivo, que Dacheux exasperado se fue dando un gran portazo, llenos de sangre los ojos, amenazado de apoplejía. Era el fin de un mundo, el fin del comercio inicuo y corruptor que hace la fortuna de unos pocos con la miseria de los más.

El último golpe iba a trastornar a Beauclair. Hasta allí la Crécherie había triunfado atrayendo las industrias similares y el comercio menudo; ¡pero qué admiración el día que se puso que el alcalde Gourier se pasaba a las nuevas ideas! No se asociaba, pues se bastaba a sí mismo, como decía con vanidad, pero creaba junto a la otra una asociación semejante; su gran zapatería de la calle de Brias se organizaba por acciones sobre la base ya experimentada del capital, el trabajo y la inteligencia que dividían en tres partes el beneficio. Era un nuevo grupo, el del vestuario al lado del grupo del acero y el hierro. La semejanza fue mayor cuando Gourier logró syndicar a sastres, sombrereros, gorreros, la lencería y la mercería. Se habló de un grupo más que un gran contratista de albañilería se ocupaba en crear asociando a los albañiles, a todos los obreros de construcciones, labrantes, carpinteros, cerrajeros, plomeros, pizarreros, vasto grupo que englobaría también a los arquitectos, los artistas, sin contar a los obreros del mobiliario, ebanistas, tapiceros, broncistas y hasta los relojeros y joyeros. No era más que una vegetación lógica, ejemplo de la Crécherie que había sembrado esta idea de las agrupaciones naturales que brotaban por imitación. Se notaba, además, que un lazo general se establecía por encima de los grupos, lazo común que dejándolos distintos, los reuniría algún día en una amplia reorganización social del trabajo, único código en la ciudad futura.



Pero la idea de librarse de la Crécherie, imitándola, apareció superior al talento de Gourier. Se atribuyó al consejo de Chatelard, el subprefecto que se oscurec  cada vez más, descuidado y tranquilo, según Beauclair se transformaba. En efecto, almorzando en casa del alcalde sin más testigos que Leonor, aún hermosa, Chatelard había dicho:

–Amigo mío, estamos perdidos. En París todo va mal, la revolución se acerca, todo se cae. Aquí, nuestro Boisgelin, es un pobre hombre vanidoso a quien la Delaveau dejar  sin un cuarto. Todos, menos el marido, sabemos a donde van las ganancias del Abismo en su lucha heroica contra la quiebra, y ya ver  usted pronto qué desastre... Así que, fuera necesidad no pensar en sí mismo sino se quiere ser arrastrado en la ruina.

Leonor se alarmó.

– Est  usted amenazando, amigo mío?

– Yo no!  Qui n piensa en mí? Ningún gobierno se tomará el trabajo de atender a mi humilde persona, pues tengo al talento de administrar lo menos posible, diciendo siempre am n a mis jefes, de suerte que paso por criatura de todos los ministros. Yo morir  aquí olvidado, feliz, hundi ndome con el último ministerio. En quien pienso es en ustedes, amigos míos.

Y explicó sus ideas, enumerando las ventajas del adelantarse a la revolución, haciendo de la zapatería Gourier otra Crécherie. Comprendía la vida nueva; en este pacífico funcionario tan escéptico había brotado un verdadero anarquista, disimulado con aparente reserva diplomática.

–Por supuesto, yo tendré que desaprobar públicamente la conducta de usted. Le llamaré traidor, loco. Pero aquí en casa, le abrazaré porque les habrá usted jugado una buena pasada, muy reproductiva. ¡Verá usted qué cara pone!

Gourier, asustado, se resistió. Todo su pasado protestaba; su largo reinado de patrón le hacía rechazar la idea de no ser más que un asociado de centenares de trabajadores de quien había sido hasta entonces dueño absoluto. Mas a pesar de las trazas, para el negocio era listo. Comprendió las ventajas del cambiazo y además se sintió contagiado por la fiebre de las reformas que en las épocas revolucionarias enloquece precisamente a las clases vencidas. Llegó a creer que la idea era suya, como se lo repetía Leonor día y noche por consejo de un amigo de Chatelard.

Fue un escándalo en toda la burguesía de Beauclair. Se dieron pasos, se procuró que interviniera el Presidente Gaume, habiéndose negado el subprefecto que declaraba a voces el caso escandaloso, y que no quería mezclar en él a la administración. Tampoco aceptó el presidente, que vivía muy retirado, sin ver a nadie desde el día en que su hija Lucila, sorprendida en flagrante delito con un pasante de

notario muy joven, había tenido que refugiarse en su casa. Se emplearon los grandes medios. Jollivet, el capitán, yerno de Gaume, después de separado de su mujer, se había lanzado en la reacción con furia loca. Mandaba tales artículos al «Diario de Beauclair» que Lebleu, el impresor, alarmado con el giro que tomaba aquello y comprendiendo la necesidad de estar con el más fuerte, le había cerrado la puerta, deseando cambiar de partido. Desarmado, ocioso, el capitán paseaba su cólera impotente, cuando se le invitó a que influyera con el presidente, con el cual no había roto completamente. Fue a verle, y cuando salió a las dos horas, no había sacado de su suegro más que respuestas evasivas, pero él se había reconciliado con su mujer. Al día siguiente, volvía ella al domicilio conyugal; el capitán perdonaba, esta vez, con la formal promesa de no volver ella a las andadas. Beauclair vio estupefacto tal desenlace, y acabó aquello en una gran carcajada.

Fueron los Mazelle los que consiguieron que confesara el presidente Gaume, por azar y sin tal misión. Solía pasear por las mañanas por el boulevard de Magnolles, largo y desierto, con la cabeza baja, las manos a la espalda, meditando sombrío. Se le iban encorvando los hombros como bajo el hundimiento final; parecía aniquilado tras una existencia fallida, por el mal que había hecho y el bien que no podía hacer. Cuando levantaba un instante los ojos, mirando a lo lejos, parecía esperar de lo desconocido, del mañana, algo que no llegaba que él no vería. Los Mazelle lo encontraron

yendo a la iglesia y se le acercaron para saber su opinión sobre los asuntos públicos, temiendo que les trajeran algún desastre personal.

–Y vamos a ver, señor presidente, ¿qué dice usted de lo que pasa?

Levantó la cabeza, miró un instante a lo lejos y dijo, como hablando consigo mismo:

–Digo que tarda mucho en venir el huracán de verdad y de justicia que acabará por llevarse este mundo abominable.

Los Mazelle, asustados, murmuraron:

–Cómo, como.... nos mete usted miedo porque sabe que no somos muy valientes. Sí, sí, la broma de siempre.

Gaume, vuelto en sí, reconoció a los Mazelle, pálidos, asustados, temblando por su dinero y su pereza. Sonrió con ironía desdeñosa, y dijo:

–¿Qué tienen ustedes? El mundo durará todavía veinte años, y si ustedes viven se consolarán de los disgustos de la revolución asistiendo a cosas interesantes. A su hija es a quien debiera preocuparle el porvenir.

–Justamente –dijo la señora Mazelle en son de queja–. Luisa no se preocupa. ¡Oh!, absolutamente de nada. Tiene trece años apenas y encuentra muy gracioso lo que sucede,

oyéndonos hablar de ello, naturalmente, día y noche. Se ríe mientras nosotros rabiamos. Cuando le digo: «¡Pero, infeliz!, no tendrás un cuarto», me responde, saltando como una cabra: «¡Pues me tiene sin cuidado, para que veas!, así estaré más contenta». Así y todo es muy salada, aunque nos da pocas satisfacciones.

–Sí –dijo Gaume–; es una niña que anhela vivir por sí misma. Hay de eso.

Mazelle, perplejo, aún temía que se burlaban de ellos. La idea de que la fortuna hecha en diez años y la deliciosa holganza que soñada desde la juventud podían desaparecer, teniendo acaso que trabajar como todos, le angustiaba de modo que venía a ser un primer castigo.

–Pero la renta, señor Presidente, ¿qué será de ella, según usted, si todos estos anarquistas llegan a trastornar el mundo? Usted recordará a ese señor Lucas, que tan mal papel representa y nos daba broma con la supresión de la renta. ¡Para eso, que nos degüellen en medio de un monte!

–Duerman en paz –repitió Gaume, con tranquila ironía–; la sociedad nueva los alimentará si no quieren trabajar.

Los Mazelle se fueron a la iglesia, donde hacían arder varios cirios por la curación de la señora Mazelle, desde un día que el doctor Novarre había dicho sin rodeos que no estaba enferma. ¡Que no! y su enfermedad la cuidaba ella,

amorosa, hacía tantos años; y de ella vivía, pues era su ocupación, su recreo, su razón de ser. El médico la creía incurable, pues la abandonaba; y ella, aterrada, se volvía a la religión encontrando un gran consuelo.

Por el desierto boulevard de Magonolles paseaba también Marle, el cura, leyendo su breviario. Pero con frecuencia dejaba caer la mano que sostenía el libro, y seguía andando con lentitud, también perdido en el fondo de negros pensamientos. Todas aquellas novedades habían dejado todavía más sola su iglesia; quedaban las tres viejas del pueblo; estúpidas, testarudas, mezcladas con algunos burgueses que sostenían la religión como última muralla de la buena sociedad que se hundía. Desiertas las iglesias católicas, otra civilización comenzaría; por eso, tal público no consolaba a Marle, que sentía el vacío, más cada vez, en torno de su Dios. En vano Leonor, la alcaldesa, adornaba con su presencia las ceremonias del domingo y en vano abría la bolsa para los gastos del culto; conocía el cura su indignidad, su pecado crónico de adulterio que el pueblo entero aceptaba, y que él mismo había tenido que cubrir con el manto de su ministerio sagrado, pero que reprobaba, como una condenación de que sería responsable. Aún menos les bastaban los Mazelle, pueriles, de bajo egoísmo, que acudían a él pidiendo al cielo la dicha personal, colocando sus oraciones que habían colocado su dinero, para sacarle los réditos. Y todos así, en esta sociedad que llegaba a su fin sin la verdadera fe que en los primeros siglos había fundado

el poder de Cristo, sin la abnegación y la obediencia total, necesaria hoy, sobre todo, para la omnipotencia de la Iglesia. No trataba de engañarse a sí mismo, los días estaban contados, y si Dios no le llamaba a sí pronto tal vez asistiría a la terrible catástrofe: el campanario desplomándose, hundiéndose el techo de la nave, aplastando el altar.

Con tal pesadilla se paseaba horas y horas, pero lo ocultaba, fingía valor, altivo, desdeñando los sucesos de un día con el pretexto de que la Iglesia era dueña de la eternidad. Pero cuando se encontraba con el profesor Hermeline, airado siempre ante el buen éxito de los métodos de la Crèche, muy cerca de pasarse a la reacción en nombre de la salvación de la república; ya no discutía con la acritud de antes, y se encomendaba a Dios; pues Dios permitía de seguro, aquellas saturnales anárquicas para lanzar el rayo sobre los enemigos y hacer en seguida brillar su triunfo: el doctor Novarre decía en broma que el cura abandonaba a Sodoma en la víspera de la lluvia de fuego. Sodoma era Beauclair, burgués y egoísta, condenado a la destrucción para dejar el puesto a la ciudad de salud y de alegría, de paz y de justicia. Todo anunciaba el último estallido; el salario en la agonía, la burguesía loca se hacía revolucionaria, el sálvese quien pueda de los intereses llevaba a los vencedores las fuerzas vivas del país, y lo demás lo barrería el viento. Esta visión era la que llenaba de amargura al pobre Marle, cuando paseaba meditabundo bajo los árboles del boulevard de Magnolles.

A veces se encontraban Gaume y el cura. Primero no se veían; caminaban paralelos, baja la cabeza, abstraídos. Cada cual daba vueltas a su pena; la religión agotada no quería morir; la justicia se desesperaba por lo que tardaba en nacer. Pero al fin levantaban la cabeza, se reconocían y había que decir algo.

–Mal tiempo tenemos, señor Presidente, tendremos agua.

–Mucho lo temo, señor Cura. Este mes de junio es muy frío.

–¡Ah! qué quiere usted. Ahora todas las estaciones están trastornadas. En nada hay equilibrio.

–En verdad; y con todo, la vida continúa; el sol benéfico lo pondrá acaso todo en su sitio.

Después cada cual volvía a su paseo solitario, meditando, paseando así la eterna lucha del porvenir y del pasado.

Donde más efecto hizo la evolución de Beauclair fue en el Abismo. A cada nuevo éxito bueno de la Créchérie, Delaveau tenía que desplegar más actividad, inteligencia y valor: naturalmente, lo que hacía prosperar a la fábrica rival para él era un desastre. El descubrimiento de excelentes filones en la mina abandonada fue un golpe terrible por la baja del precio de la primera materia. Ya no podía luchar con el hierro y el acero del comercio, y hasta padecía la fabricación



de cañones y granadas. Habían bajado las salidas desde que el dinero de Francia se dirigía sobre todo a las construcciones de paz y solidaridad social, ferrocarriles, puentes, toda clase de edificios en que el hierro y el acero triunfaban. Lo peor era que los pedidos que se repartían entre algunas casas ya no bastaban para su ganancia, aunque habían realizado el proyecto de matar una de las fábricas para mejorar el mercado; y ahora, siendo el abismo la menos sólida, era la que sus rivales se decidían a rematar sin compasión. Las dificultades eran mayores porque los obreros ya no eran fieles. La puñalada de Ragú había hecho gran efecto. Después, Bourron convertido llevándose a Fauchard, había determinado un movimiento en favor de la Créchérie. La experiencia no dejaba lugar a dudas; en la Créchérie ganaban el doble los obreros trabajando ocho horas, sin contar las demás ventajas: las casitas agradables, las escuelas siempre alegres, la Casa Comunal siempre en fiestas, los Almacenes Generales reduciendo en una tercera parte los precios de consumo, en fin, tanta salud y tanto bienestar. Nada prevalece contra los números; los obreros del Abismo reclamaron aumento de tarifas, queriendo ganar tanto como los de la Créchérie. Como era imposible satisfacerlos, muchos se marcharon, y se fueron, naturalmente, a donde encontraron aquellas ventajas. Lo que paralizaba a Delaveau era la falta de un fondo de reserva; pues, no queriendo darse por vencido, pensaba que hubiera resistido largo tiempo y al fin triunfado, si hubiese tenido en caja algunos cientos de miles de francos para

atravesar la crisis que creía pasajera. ¿Cómo luchar sin dinero? La deuda creada era ya una carga terrible. Luchaba como un héroe poniendo toda la vida en el empeño de salvar el pasado, la autoridad, el salario, la sociedad burguesa y capitalista; y quería además sacar al capital puesto en sus manos las ganancias prometidas.

En el fondo, el no poder cumplir a Boisgelin esta promesa era su mayor pena; y su fracaso se materializaba cruelmente los días en que tenía que negarle dinero. Aunque el último inventario había sido desastroso, Boisgelin no quería disminuir en nada el tren de la Guerdache, excitado por la misma Fernanda que trataba a su marido como bestia de carga, a quien hay que sacar sangre para hacerla trabajar cuanto pueda. Desde el atentado afrentoso de Ragú, que Fernanda guardaba y escondía en lo más hondo de su carne, buscaba loca el placer, insaciable. Parecía más joven, más hermosa, con cierto desvarío en la mirada, por un deseo imposible nunca saciado. Alarmaba a los amigos de la casa: Chatelard decía al alcalde en confianza que aquella mujer iba a cometer alguna gran atrocidad que daría que sentir a todos. Hasta entonces se había contentado con hacer de su casa un infierno, echando a Boisgelin sobre su marido para pedirle sin cesar dinero, lo cual desesperaba a Delaveau. La malvada todavía le azuzaba revolviendo el hierro de la herida. Y él seguía adorándola, la creía inocente, sin mácula posible.

Llegó noviembre, adelantándose los grandes fríos. En este mes los vencimientos eran tales que Delaveau sintió temblar la tierra. No tenía en caja el dinero necesario. La víspera de los pagos, se encerró en su despacho para reflexionar y escribir cartas, mientras Fernanda se iba a comer a la Guerdache. Sin saberlo ella, había él tenido aquella mañana una conversación decisiva con Boisgelin; después de exponerle con brutal franqueza la terrible situación, le había decidido a reducir sus gastos.

Hasta le había aconsejado vender la Guerdache.

Y ahora, solo en su despacho, se paseaba lentamente activando, como por máquina, de vez en cuando, la gran hoguera de cok que ardía en una pequeña estufa de palastro colocada delante de la chimenea. No había más solución que obtener tiempo, escribir a los acreedores, que no podían querer que cerrase la fábrica. Pero no se apresuraba; escribía las cartas después de comer; y seguía meditando; yendo de una ventana a otra, volviendo siempre a pararse delante de aquélla por la cual veía los inmensos terrenos de la Créchérie, hasta el parque lejano, hasta el pabellón que Lucas habitaba. El sol poniente, en un cielo de una pureza de cristal, alumbraba a la ciudad naciente con una claridad de oro pálido sobre un fondo de púrpura, con delicadeza infinita. Jamás la había visto así, tan pura, tan vibrante, tan distinta; podía contar las ramas de los árboles, distinguía los menores detalles de las casas, los vivos colores de los

azulejos. Por un momento, a los rayos oblicuos del sol todas las ventanas se inflamaron semejando centenares de fuegos de artificio. Fue una apoteosis, la gloria. Y él lo miraba, separando las cortinas de cretona; pegado el rostro a la vidriera, presenciaba aquel triunfo.

Como Lucas, que muchas veces desde el otro lado miraba el progreso de su ciudad que amenazaba invadir el Abismo, Delaveau, de esta parte, solía también contemplarla en su amenaza de conquista. ¡Cuántas veces, ante aquella ventana, había visto la marea de casas subir hacia el Abismo! Venía de muy lejos, del fondo de los terrenos incultos y desiertos; primero una casa, luego otra; las olas se habían multiplicado sin fin y ya estaban a pocos pasos. Era la invasión terrible de la mañana, todo el pasado barrido, el Abismo, y hasta Beauclair, reemplazados por la nueva ciudad triunfante. Delaveau calculaba aquel progreso previendo el día del peligro mortal. Lo había creído conjurado en la época en que la Crécherie atravesaba una gran crisis. Pero de nuevo la ciudad se había puesto en marcha, con tal empuje, que hacía temblar las viejas paredes del Abismo. Pero él no quería ceder, luchaba con la evidencia, buscaba en toda su energía la muralla necesaria.

Pero aquella tarde temía, vacilaba. ¿No había hecho mal, antaño, dejando marcharse a Bonnaire? Recordaba sus palabras proféticas, cuando la gran huelga; y desde el día siguiente, Bonnaire había ayudado a fundar la Crécherie.

Después el Abismo no había hecho más que declinar, Ragú lo había manchado con un asesinato; Bourron, Fauchard y los demás lo dejaban ahora como lugar de ruina y de maldición. A lo lejos la ciudad nueva brillaba deslumbradora a los rayos del sol. Un arranque de cólera le devolvió su energía, las creencias de toda su vida. ¡No, no! había tenido razón, la verdad estaba en el pasado, no se sacaba nada de los hombres más que doblegándolos bajo la autoridad del dogma; el salario seguía siendo la ley del trabajo fuera de la cual sólo había la demencia y las catástrofes. Corrió las grandes cortinas de cretona; no quiso ver más, encendió la lámpara eléctrica y se volvió a meditar en su despacho bien cerrado que la hoguera de la chimenea tenía muy caliente.

Después de comer, Delaveau se puso a escribir las cartas de que esperaba la salvación. Era media noche y aún estaba terminando esta correspondencia tan pesada, tan molesta. Pero ya dudaba, temía otra vez: ¿se salvaría con aquello, aun admitiendo que le diesen prórroga? Muerto de fatiga, había dejado caer la frente entre las manos, sumido en su angustia inmensa. En aquel momento se oyó el ruido de un coche, luego voces; era Fernanda que volvía de la Guerdache y que mandaba a las criadas acostarse. Entró en el despacho con fiero ademán, la voz nerviosa de una mujer airada que contuvo y rumió su cólera muchas horas.

–¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí! ¿Se puede aguantar un fuego semejante?

Se dejó caer en una butaca y desabrochó y arrojó de sí el magnífico abrigo de pieles que le cubría los hombros. Apareció entonces adorable, de belleza maravillosa, toda de seda y encajes blancos, muy escotada, seno y brazos desnudos. Era un lujo que no asombraba al marido, que ni veía siquiera, pues sólo amaba de ella la deliciosa criatura ante la cual el temblor del deseo siempre le había dominado, obediente sin discernimiento ni fuerza. Jamás mayor embriaguez voluptuosa había emanado de ella.

Pero cuando, con zumbidos en la cabeza todavía, sentado a su bufete, la miró un momento, se alarmó.

–¿Qué tienes, querida mía?

Su exaltación era visible. Sus grandes ojos azules de morena que acariciaban casi siempre, brillaban ahora con ardor sombrío. La boca pequeña de falsas sonrisas amables, entreabierta, enseñaba los dientes sólidos de un brillo inalterable, dispuestos a morder. Todo su rostro, de óvalo delicioso, bajo la negra cabellera, se hinchaba anhelando violencia.

–¿Qué tengo yo? –dijo, por fin, temblando–. No tengo nada.

Volvió el silencio, y en la gran paz muerta del invierno, se oyó el fragor del Abismo en su faena que sacudía la casa con temblor continuo. Por lo común, ni siquiera lo notaban. Pero

aquella noche, aunque los pedidos habían disminuido mucho, se acababa de poner en actividad el martillo pilón de veinticinco toneladas, para forjar deprisa el tubo de un gran cañón; y el suelo temblaba, las vibraciones de cada golpe parecían retemblar en el despacho mismo, comunicándose por la galería de madera que lo unía a la fábrica.

–Vamos, tú tienes algo –añadió Delaveau–. ¿Por qué no me dices lo que tienes?

Dejó ella escapar un gesto de furiosa impaciencia y respondió:

–Subamos a acostarnos: será lo mejor.

Pero no se meneaba; sus manos retorcían febriles el abanico y una rápida respiración la movía el seno desnudo. Al fin dijo lo que la estaba sofocando.

–¿De modo que has ido a la Guerdache esta mañana?

–Sí, he ido.

–¿Y es verdad lo que Boisgelin acaba de contarme, que la fábrica está en peligro de quiebra, que estamos en vísperas de ruina, hasta el punto que va a haber que comer pan solo y llevar vestidos de lana?

–Sí, he tenido que decirle la verdad.

Temblaba ella, se contenía para no dejar estallar en seguida las quejas y las injurias. Era un hecho, sus goces estaban amenazados, perdidos. La Guerdache no daría más fiestas ni banquetes ni bailes ni cacerías. Se cerrarían las puertas. ¿No le había confesado Boisgelin que acaso tendría que vender? Y adiós también la vuelta a París con millones. Todo lo que había creído al fin suyo, la fortuna, el lujo, el placer saboreado, agotado en su continuo refinamiento de la sensación, se hundía. Sólo veía en torno ruinas; y aquel Boisgelin acababa de exasperarla por su blandura, doblando cobarde la cabeza ante el desastre.

–Nunca me dices nada de nuestros negocios –añadió con acritud–. Parezco una bestia; me ha caído esto encima de la cabeza como si se hundiera el techo... Y, entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer, dilo?

–Vamos a trabajar, no hay otra salvación posible.

Pero ella no le oía.

–¿Has podido creer un instante que voy a consentir en no tener nada que echarme encima, en llevar tacones torcidos y volver a la miseria cuyo recuerdo es una pesadilla? ¡Ah, no, yo no soy como vosotros, yo no quiero volver a ser pobre!

Y siguió; dejó salir todo lo que tenía dentro. La miserable juventud, cuando a los veinte años mantenida por su madre, la maestra de piano, arrastraba la quiebra de su belleza,



seducida, luego abandonada, toda aquella aventura odiosa sepultada en lo más secreto de ella misma. Su matrimonio de cálculo y de razón; Delaveau aceptado a pesar de su fealdad y condición ínfima, porque necesitaba un apoyo, un marido que utilizaría. La racha de fortuna del Abismo, el buen resultado de su cálculo, el marido convertido en ocasión y garantía de su victoria, Boisgelin conquistado, la Guerdache suya. Y durante doce años, todo lo que su perversa voluptuosidad, con un fondo de crueldad innata, había saboreado allí, raro, exquisito; saciando apetitos locos, aplacando el rencor amontonado desde la infancia, feliz con la mentira, el perjuicio, la traición, el desorden y la ruina que traía, feliz sobre todo por las lágrimas que hacía verter a Susana. ¡Y aquello no duraría siempre; volvería vencida a la antigua pobreza!

–¡Arreglaos! ¡Arreglaos! Yo no quiero andar desnuda. Yo no cambiaré absolutamente nada de mi modo de vivir.

Delaveau, ya impaciente, encogió los hombros fornidos. Había apoyado sobre los puños su cabeza maciza de perro dogo, de mandíbulas prominentes; y la miraba con aquellos ojos negros, tan grandes, congestionando el rostro por causa del mucho fuego, medio escondido en el collar de barba negra.

–Amiga mía, razón tenías antes; no hablemos de estas cosas, porque esta noche no estás muy razonable... Bien sabes que te quiero mucho; estoy dispuesto a cualquier

sacrificio porque tú no padezcas. Mas espero que te resignarás como yo, que voy a batirme hasta el último aliento. Si hace falta, me levantaré a las cinco, viviré con una corteza de pan y consagraré a nuestro negocio el día entero con rudo trabajo, y de noche me acostaré muy contento. ¡Qué importará, Dios mío, que lleves vestidos modestos y que te pasees a pie! La otra noche me decías que estabas cansada de estos placeres, siempre iguales.

Era verdad. Sus ojos azules, tan suaves, se turbaron, parecían casi negros. Hacía algún tiempo que sentía dentro de sí un estrago, destruída poco a poco por el deseo loco que no sabía cómo saciar. La espantosa voluptuosidad gozada con el brutal Ragú la asediaba con el aguijón de una curiosidad perversa, que pedía exasperadas sensaciones nuevas. Jamás había sentido espasmo tan agudo ni en brazos del trabajador Delaveau siempre con prisa, preocupado, ni en los del ocioso Boisgelin, tan correcto, casi indiferente. La inspiraban éstos un sordo rencor, por lo poco que la divertían, y pensaba furiosa que jamás gozaría ya con nadie. Por esto acababa de acoger con desprecio insultante las lamentaciones de Boisgelin cuando le había explicado la necesidad de reducir los gastos. Por eso volvía tan furiosa, con tanto odio, hinchada por el ansia de morder y destruir.

–Sí, sí –murmuró–; estos placeres siempre iguales. ¡Oh, no eres tú quien me ha de dar otros nuevos! Temblaba el suelo con los golpes del martillo pilón. ¡Cuánto tiempo le había

forjado sus delicias, haciendo sudar al acero la riqueza de que ella estaba ávida, mientras el oscuro rebaño de los obreros gastaba su vida para que ella viviese la suya en medio del placer! Y volvió a ver a Ragú medio desnudo, arrojándola sobre el montón de harapos inmundos, poseyéndola entre las llamaradas de los hornos. ¡Y nunca más! ¡y nunca más! Y sintió redoblar el odio salvaje a su marido.

–Culpa tuya es lo que sucede... Se lo he dicho a Boisgelin. Si hubieras comenzado por estrangular a ese miserable Lucas Froment, no estaríamos en vísperas de ruina; pero tú nunca has sabido dirigir tus negocios.

Delaveau se levantó de un salto conteniendo todavía el arrebató que le amenazaba.

–Vamos a acostarnos. Acabarías por hacerme decir lo que luego me pesaría.

No se movió ella; y continuó tan amarga, tan agresiva, acusándole de haber causado su desgracia, que acabó él por exclamar, brutal a su vez:

–Pero, hija; al fin y al cabo, cuando nos casamos no tenías un cuarto; tuve yo que comprarte camisas, ibas a verte totalmente en la calle, y a estas horas, ¿dónde estarías?

Insultante, haciendo avanzar el pecho, con ojos asesinos, respondió ella:

–Pero oye, di, ¿piensas que, hermosa como era, hija de un príncipe, hubiera aceptado a un hombre como tú, feo, vulgar, sin posición, si hubiera tenido pan siquiera? ¡Mírate, mírate, amigo mío! Te he querido porque te comprometiste a conquistar para mí la fortuna, una situación regia. Y si te digo esto es justamente porque no has cumplido ninguno de tus compromisos.

Se había plantado él delante de ella; la dejaba decir, apretando los puños, haciendo esfuerzos para conservar su sangre fría.

–¿Oyes? –repitió ella con una obstinación furiosa–; ninguno de tus compromisos, ninguno. Ni conmigo, ni con Boisgelin, pues tú eres quien ha arruinado a ese pobre hombre. Tú le has decidido a entregarte su dinero, le has prometido rentas fabulosas y ahora tampoco va a tener con qué comprarse unos zapatos. Amigo mío, cuando no se es capaz de dirigir un gran negocio, se sigue siendo un empleadillo, se vive en su agujero con una mujer bastante fea y bastante bestia para sacudir el polvo a los niños y reparar calcetines. Esto es la bancarrota y la culpa es tuya, sí, ya lo oyes, tuya, ¡sólo tuya!

No pudo él contenerse más. Lo que ella le decía tan bárbaramente le retorció el puñal en el corazón y en la

conciencia. ¡Él, que la había amado tanto, oírla hablar de su matrimonio como de un vil mercado, en que de parte de ella sólo había habido necesidad y cálculo! ¡Él, que pronto haría quince años que trabajaba leal, heroico, para cumplir la promesa hecha a su primo, ser acusado por ella de mal administrador! La cogió con ambas manos por los brazos desnudos y la sacudió diciendo en voz baja, como si temiese que el estrépito de sus palabras le enloqueciera a él mismo:

–¡Desgraciada! ¡Cállate! ¡No me vuelvas loco!

Pero ella se había levantado también, se había soltado, balbuciente de cólera y de dolor, sintiendo los tornillos con que la había oprimido, viendo sus brazos, tan delicados, tan blancos, con círculos rojos.

–¡Y ahora me pegas, granuja, bruto! ¡Ah, me pegas, me pegas!

Y adelantaba el rostro hermoso demudado por la rabia y escupía su desprecio, muy de cerca, en la cara de aquel hombre que hubiera querido desgarrar. Jamás le había aborrecido tanto ni le había irritado más su figura fornida de perro dogo. El rencor añejo le subía a la boca con el anhelo de algún insulto irreparable, para concluir. Y su crueldad buscaba la herida emponzoñada, la que más le hiciera gritar y padecer.

–¡No eres más que un animal, no eres capaz de dirigir un taller de diez hombres!

El singular insulto le produjo una risa convulsiva; tan estúpido y pueril era aquello. Esta risa acabó de arrojarla a una exasperación tal, que llegó a delirar. ¿Qué decirle para que el golpe fuese mortal y cesara de reír?

–Si soy yo quien te ha hecho; sin mí no hubieras sido ni un año director del Abismo.

Reía él con más fuerza.

–Estás loca, hija mía; dices tales disparates, que ya ni me hieren.

–¡Ah! ¿con que digo disparates? ¡Ah! ¿con que no has conservado tu plaza, gracias a mí?

La confesión le había subido a la garganta de pronto. ¡Decirle en la cara de perro, a gritos, que no le había querido jamás, que era querida de otro! Esta era la puñalada que le apagaría la risa. ¡Qué desahogo, qué consuelo, cómo iba a saborear terrible y feroz voluptuosidad en el desastre de su vida que crujía bajo ella! Una vez más pasó la visión de Ragú; lanzó un grito de gozo abominable y se arrojó ella misma al abismo.

–Para que veas que no disparato, has de saber que duermo con tu Boisgelin hace doce años.

Delaveau al principio no comprendió. De un voleo, le había azotado el rostro la injuria atroz que le aturdía.

–¿Qué es lo que dices?

–Digo, que duermo con tu Boisgelin hace doce años: y puesto que ya no hay nada, pues que todo se hunde, pues bien, ¡sí, señor, hemos concluido!

Apretados los dientes, balbuciente, delirando a su vez, se había lanzado sobre ella, la había vuelto a coger por los brazos, sacudiéndola, arrojándola sobre la butaca. La desnudez provocativa del seno y de los hombros que lucía entre encajes, hubiera querido él pulverizarla a puñetazos, aniquilarla, para que no le insultase ni le torturase más. Se desgarraba por fin el velo de tan larga credulidad; veía, adivinaba. Jamás le había amado, su existencia junto a él nunca había sido más que hipocresía, engaño, mentira y traición. De esta mujer tan hermosa, delicada, exquisita, que adoraba, que deseaba con corazón idólatra, salía de pronto la loba, con furor sombrío, con la brutalidad de los instintos. Veía nacer en ella lo que había ignorado tanto tiempo; la corruptora, la envenenadora que lentamente todo lo había corrompido en torno a él; carne de traición y de crueldad, cuyo placer se hacía de las lágrimas y la sangre de los demás.

En el estupor con que luchaba, aún fue ella quien le injurió.

–¿Con que a puñetazos? ¡bruto! ¡Bien, bien, a puñetazos como tus obreros cuando están borrachos!

Entonces, en medio de terrible silencio, Delaveau oyó los golpes acompasados del martillo pilón, aquel latido del trabajo que sin descanso mecía sus días y sus noches. Venía de muy lejos, como una voz conocida cuyo claro lenguaje acababa de contarle la espantosa aventura. Toda la riqueza que aquel martillo había forjado, ¿no era Fernanda quien la había devorado con sus dientes menudos de esmalte inalterable? Esta idea de fuego le dominaba, era ella la causa del desastre de los millones mal gastados, de la quiebra inevitable y próxima. Mientras él se sacrificaba, trabajando dieciocho horas al día para salvar el mundo viejo, ruinoso, ella roía el edificio. Y vivía allí, a su lado, tan tranquila, amable y sonriente, y era el veneno, la destrucción; se lo minaba todo paralizando su esfuerzo. Sí, allí estaba la ruina, siempre a su lado, en la mesa, en el lecho y él no la veía; ¡todo lo habían pulverizado aquellos dientes blancos! Recordó las noches en que volvía ella de la Guerdache, ebria de caricias del amante, de vino, de baile, de dinero arrojado a manos llenas, cuando fermentaba su embriaguez sobre la almohada conyugal, mientras él, inocente, imbécil, tendido junto a ella, los ojos abiertos en lo oscuro, se torturaba el cerebro para salvar el Abismo, sin rozarla con un beso por no turbar su sueño. Este horror supremo, el furor loco, le hizo gritar:



–¡Vas a morir!

Se irguió ella en la butaca apoyándose en los codos, desnudo el pecho, adelantado el divino rostro, bajo el casco negro de su admirable cabellera.

–¡Sí, eso! ¡Lo quiero, estoy harta de ti, de los demás, de mí misma y de la vida! Para vivir pobre, prefiero morir.

Él, cada vez más loco, repitió rugiendo.

–¡Vas a morir! ¡Vas a morir!

Buscaba; daba vueltas por el aposento; no tenía armas. Ni un cuchillo, no más las manos para estrangularla. Y luego él ¿qué haría? ¿Resignarse a vivir? Un cuchillo hubiera servido para los dos. Vio ella su vacilación de un segundo, y se creyó triunfante, pensando que no tendría valor para matarla. Se echó a reír a su vez, con risa de ironía insultante...

–¡Vamos, vamos! ¿Pero no me matas? Mátame, pues, mátame si te atreves.

De pronto se fijó en la chimenea de palastro en que ardía tal hoguera de cok, que ya la estancia parecía como incendiada. Una locura repentina se lo hizo olvidar todo, hasta su hija, su Nisa adorada, que dormía en paz arriba en su cuartito, en el segundo piso.

¡Oh, acabar él también, aniquilarse en el fondo de este horror, de este furor que le arrebató! ¡Oh, llevar a esta mujer execrable a la muerte y sucumbir con ella, no vivir más, ya que la vida para siempre estaba mancillada y perdida!

Seguía ella azotándole con su risa y su desprecio.

–¡Mátame, anda, mátame! ¡Eres muy cobarde para matarme!

¡Sí, sí, quemarlo todo, destruirlo todo, un incendio inmenso en que desaparecieran la casa y la fábrica; la ruina total, la que habían querido esta mujer y su amante imbécil! Gigantesca hoguera en que él mismo caería hecho ceniza con la perjura voraz y envenenadora, entre los escombros humeantes de la vieja sociedad muerta, que él, necio, había defendido.

Dio un terrible puntapié, volcó la estufa, la arrojó en medio de la estancia repitiendo:

–¡Vas a morir! ¡Vas a morir!

Las brasas se esparcieron por la alfombra en una capa roja. Algunas habían rodado hasta una ventana. Las cortinas de cretona ardieron primero, también la alfombra. Después los muebles, las paredes se inflamaron con la rapidez del rayo.

La casa, de construcción ligera, ardía chisporroteando y humeando como chamarasca.

Fue aquello entonces espantoso. Fernanda, horrorizada, se había levantado recogiendo las faldas de seda y encaje, buscando la salida por donde las llamas no la alcanzaran todavía. Se precipitó hacia la puerta que daba al vestíbulo, segura de que tendría tiempo de escapar llegando de un brinco al jardín. Pero ante la puerta encontró a Delaveau, cuyos puños le cerraban el paso. Le vio tan terrible que se lanzó hacia la otra puerta, la que daba a la galería de madera que conducía a la fábrica. Ya no era tiempo de huir por este lado; la galería ardía con un tiro de chimenea que amenazaba las oficinas. Volvió al medio de la estancia, ciega, sofocada, tropezando, loca de rabia al sentir que su vestido y el cabello suelto ardían ya sobre los hombros desnudos acribillados de quemaduras; y con aliento de agonía, con voz de espanto, gritaba:

–¡No quiero morir, no quiero morir! ¡Déjame pasar, asesino, asesino!

Otra vez se había lanzado hacia la puerta del vestíbulo, y quiso forzar el paso arrojándose sobre su marido, siempre allí en pie, inmóvil en su voluntad feroz. Ya no hablaba, sólo repitió sin violencia:

–¡Te digo que vas a morir!

Le clavaba ella las uñas y tuvo que cogerla llevándola otra vez al medio de la estancia convertida en hoguera. Hubo una lucha atroz, se defendía ella con una fuerza decuplicada por el miedo a la muerte; buscaba las puertas, las ventanas con ansia instintiva de animal herido; mientras él la mantenía entre las llamas en que quería morir con ella para que nada quedase de su abominable existencia. Apenas bastaban sus brazos sólidos; las paredes se abrían y por diez veces más la separó de las salidas. Por fin la sujetó, la aplastó en un último abrazo, él que la había adorado, que tantas veces la había cogido y poseído así. Juntos cayeron entre las brasas del suelo; las colgaduras acababan de consumirse como teas, de las maderas llovían tizones ardiendo. Aunque le mordió, no la soltó, la llevaba consigo a la nada abrasados uno y otro por el mismo fuego vengador. Y todo acabó; el techo se hundió sobre ellos al desplomarse las vigas encendidas.

En la Crèche, aquella noche, Nanet, que hacía su aprendizaje de ingeniero electricista, salía del cuarto de las máquinas cuando notó hacia el Abismo una gran claridad roja. Creyó primero que eran llamaradas de los hornos de cementar. Pero la claridad aumentaba; y de repente, comprendió: era la casa del director que ardía. En brusca sacudida le hirió la idea de Nisa; echó a correr como un loco; chocó con la pared que ambos en otro tiempo saltaban con tanto brío para encontrarse; y también ahora la saltó, sin saber cómo, ayudándose con pies y manos. Se encontró en

el jardín, solo todavía, pues no se había dado la voz de alarma. Sí, sí, era la casa que ardía, y lo espantoso era que iba el incendio desde el piso de abajo al tejado como enorme hoguera, sin que dentro se moviera nadie. Las ventanas seguían cerradas, no se abría la puerta que ya ardía sin permitir salir ni entrar. Nanet creyó oír sólo grandes gritos, una lucha de terrible agonía. Por fin las persianas de una de las ventanas del segundo piso se abrieron con violencia, y apareció Nisa entre el humo, blanca toda, sin más que la camisa y unas enaguas. Pedía socorro y se inclinaba hacia afuera aterrada.

–¡No tengas miedo! ¡No tengas miedo! –gritó Nanet como loco–. ¡Yo subo!

Había visto una gran escalera tendida a lo largo de un cobertizo. Pero, al cogerla, notó que la sujetaba una cadena. Fue un minuto de angustia, terrible. Cogió una piedra grande y, con todas sus fuerzas, golpeaba los eslabones para romperlos. Bramaba el fuego; todo el primer piso ardía, con tantas chispas y humo, que, a ratos, Nisa, desaparecía. Oía sus gritos, cada vez más locos, y él golpeaba, golpeaba, gritando también:

–¡Espera, espera; allá voy!

Se rompió la cadena, y pudo coger la escalera. Nunca pudo comprender, más tarde, cómo había logrado ponerla derecha. Fue un prodigio; la arrimó a la pared, bajo la

ventana. Vio entonces que era corta, y su desesperación fue tal, que él mismo, un instante, vaciló en su bravura de héroe de dieciséis años, resuelto a salvar a aquella niña de trece, su amiga. Perdía la cabeza; ya no sabía qué hacer.

–¡Espera, espera! No importa. ¡Allá voy!

En aquel momento una de las doncellas salía por la ventana de su buhardilla, que daba al tejado, y se agarraba al borde del canalón; y loca de espanto, creyendo que las llamas ya la cogían, se lanzó al aire y vino a aplastarse cerca de la escalinata, abierto el cráneo, muerta del golpe. Nanet, trastornado con los gritos de Nisa cada vez más terribles, creyó que iba a saltar también. La vio sangrienta a sus pies, y lanzó un grito formidable.

–¡No saltes, allá voy!

Y a pesar de todo, subió por la escalera, y al llegar al primer piso, envuelto en llamas, entró por una de las ventanas, cuyos vidrios habían estallado con la fuerza del calor. Ya llegaba socorro, mucha gente estaba ya en la carretera y en el jardín. Hubo entre la multitud algunos minutos de horrible ansiedad, esperando aquel salvamento de una niña por un niño tan locamente bravo. El fuego crecía, crujían las paredes, la misma escalera parecía arder, vacía, apoyada en la fachada, donde no reaparecían ni el muchacho ni la niña. Por fin, volvió él; la traía al hombro, como un cordero. Había podido, en aquel horrible horno, subir un piso, cogerla y

bajar, pero sus cabellos se arrugaban chamuscados, la ropa ardía, y cuando se dejó resbalar, más bien que descender, hasta el pie de la escala, con su carga, querida, ambos estaban cubiertos de quemaduras, desvanecidos el uno en brazos del otro, unidos con un abrazo tan estrecho, que hubo que llevarlos juntos a la Créchérie, donde Soeurette, avisada al punto, vino a servirles de enfermera.

Media hora más tarde, la casa se hundía, no quedaba piedra sobre piedra. Y era lo peor que el incendio, después de haberse comunicado por la galería a las oficinas de la administración, ya alcanzaba a los cobertizos próximos, y devoraba el gran taller de los hornos de pudelar y de los laminadores. La fábrica entera estaba amenazada, el fuego hacía estragos en aquellos edificios viejos, casi todos de madera, tan estropeados y calcinados. Se decía que la otra criada de los Delaveau, habiendo podido escapar por la cocina, había avisado a las cuadrillas de noche, que habían acudido desde el Abismo. Pero los obreros no tenían bombas. Y había habido que esperar a que los de la Créchérie, conducidos por Lucas mismo, viniesen fraternalmente en socorro de la fábrica rival, con la bomba y el servicio de bomberos, una de las creaciones de la Casa Comunal. Los bomberos de Beauclair, muy mal organizados, llegaron después. Era demasiado tarde; el Abismo ardía de un extremo a otro de sus construcciones sórdidas; en varias hectáreas era una hoguera inmensa que sólo dominaban las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Al amanecer, después de aquella noche desastrosa, había grupos todavía delante de los focos mal apagados, bajo el cielo lívido y helado de noviembre.

Las autoridades, Chatelard, Gourier, no se habían separado del lugar del siniestro. Y con ellos estaba Gaume, y su yerno el capitán Jovillet. Marle, el cura, avisado muy tarde, no vino hasta el ser de día, seguido pronto de una ola de curiosos, burgueses, tenderos, los Mazelles, los Laboque, los Caffiaux y el mismo Dacheux. Un viento de terror pasaba, todos charlaban en voz baja, había el ansia de saber de qué modo había podido producirse tal catástrofe. Sólo quedaba un testigo, la criada que había podido huir, y contaba que la señora había vuelto de la Guerdache un poco antes de la media noche: en seguida había habido mucho ruido de voces, después habían aparecido las llamas. Se escuchaba, se repetía la historia a media voz, y los íntimos adivinaban el espantoso drama. De seguro, como lo decía la criada, el señor y la señora habían muerto en aquel horno. Creció el horror al ver a Boisgelin, a quien hubo que ayudar a bajar del coche, desfallecido y pálido. Le dio un síncope; el doctor Novarre tuvo que cuidarle ante aquel campo lleno de ruina, donde humeaban los restos de su fortuna, y donde los huesos de Belaveau y Fernanda acababan de caer hechos ceniza.

Lucas, en tanto, dirigía las últimas maniobras de sus hombres, para apagar el taller del martillo pilón, que seguía



ardiendo. Jordan, envuelto en una manta, se obstinaba en seguir allí, a pesar del mucho frío. Bonnaire, que había acudido de los primeros, se había señalado por su valor, salvando lo que había podido de máquinas y útiles, dejando su parte al fuego. Bourron, Fauchard, todos los antiguos obreros del Abismo, pasados a la Créchérie, le ayudaron con abnegación en aquel terreno tan conocido de ellos, donde habían padecido tantos años. Pero era como un destino furioso que bramaba cual huracán; todo era arrastrado, barrido, aniquilado, a pesar de sus esfuerzos. El fuego vengador, purificador, había caído como el rayo, arrasaba el campo entero y lo limpiaba de escombros con que lo había obstruido la caída del mundo viejo. Ahora la labor estaba hecha, el horizonte libre, a lo infinito, y la ciudad naciente podía empujar la ola vencedora de sus casas hasta el extremo de las vastas llanuras.

En un grupo se oyó a Lange, el alfarero, el anarquista, que decía con voz ruda y alegre:

–No, no; no he tenido honor de ser yo quien prendió fuego; pero no importa, es una hermosa tarea. Y tiene gracia que los patronos nos ayuden, tostándose ellos mismos.

Hablaba de fuego, y el espanto del fuego era tan profundo, que nadie le hizo callar. La multitud se volvía a las fuerzas victoriosas; las autoridades de Beauclair felicitaban a Lucas por su abnegación; los comerciantes y la baja burguesía rodeaban a los obreros de la Créchérie y se ponían

abiertamente de su parte. Lange tenía razón; hay horas trágicas en que las sociedades caducas, enloquecidas, se arrojan a la hoguera. Y bajo el cielo gris, de aquella fábrica del Abismo, tan negra, tan triste, donde el salario había respirado agonizante, en las últimas horas del trabajo deshonorado y maldito, no quedaban más que algunas paredes ruinosas sosteniendo los esqueletos de los tejados, por encima de los cuales sólo se levantaban, inútiles y lamentables, las altas chimeneas y la torre de templar los cañones.

Aquella mañana, hacia las once, cuando el sol se había decidido a presentarse, límpido, pasó el señor Jerónimo en su cochecillo, que empujaba un criado. Daba su paseo habitual; acababa de seguir el camino de Combettes, a lo largo de la fábrica y del pueblo creciente de la Crécherie, tan animados, tan alegres, en aquel tiempo seco y de buen sol. Y ahora contemplaba el campo de la derrota, el Abismo asolado, destruido bajo la violencia justiciera de las llamas. Mucho tiempo estuvo mirando con sus ojos vacíos, claros, de una transparencia de agua de manantial. Ni una palabra, ni un gesto; miró simplemente y siguió, y nada decía si había visto y comprendido.

## **LIBRO TERCERO**

## CAPÍTULO XI

EN LA Guerdache el golpe fue terrible. De la noche a la mañana, aquella mansión de lujo y de placer que resonaba con fiestas continuas, cara en la ruina. Hubo que suspender una partida de caza, que renunciar a las grandes comidas de los martes. El numeroso personal iba a ser despedido en masa, se hablaba ya de la venta de los coches, de los caballos, de la jauría. En los jardines, en el parque había cesado la vida bulliciosa, la afluencia sin fin de visitantes. La vasta mansión misma, los salones, el comedor, el billar, el fumadero, no eran más que desiertos donde vibraba el viento del desastre. Morada en que había caído el rayo, que agonizaba en la súbita soledad de la desgracia.

Y a través de esta infinita tristeza, Boisgelin paseaba su sombra lastimosa. Perdido el juicio, descompuesto, aniquilado, pasaba días espantosos, no sabiendo qué hacer

de su cuerpo, vagando como alma en pena, entre las ruinas de sus placeres. No era en el fondo más que un pobre diablo, hombre de caballo y de círculo mediocre, amable, de hermosa estampa, correcta altanería, el monóculo en un ojo; pero todo ello tenía que venir a tierra al primer soplo trágico de la verdad y de la justicia. Hasta entonces sólidamente instalado en el placer, convencido de que se le debía, sin haber hecho jamás nada con sus diez dedos, y creyéndose un ser aparte, elegido, privilegiado, nacido para que el trabajo de los demás le sustentase y divirtiera, ¿cómo había de comprender la lógica catástrofe que le aplastaba? La religión de su egoísmo recibía un golpe demasiado fuerte, y estaba aturdido ante el porvenir, cuyas inquietudes ignoraba. En el fondo de su atolondramiento, lo principal era el terror del ocioso, del parásito, a quien trastorna la incapacidad de ganarse la vida. Pues Delaveau ya no existía, ¿de quién iba a exigir los beneficios prometidos el día que su primo le había decidido a colocar su capital en el buen negocio del Abismo? Había ardidado la fábrica, el capital se había hundido bajo los escombros, ¿dónde encontraría con qué vivir mañana? Y andaba como un loco, por los jardines desiertos, por la casa lúgubre, sin encontrar la respuesta.

Primero, a raíz del drama, lo que asediaba a Boisgelin era el pensamiento del horroroso fin de Delaveau y de Fernanda. Él no podía tener duda, pues se acordaba de lo furiosa que ella se había separado de él, amenazando a su marido. De seguro, después de alguna escena atroz,

Delaveau mismo había puesto fuego a la casa, para desaparecer con la culpable. Y en esto había para un hombre como Boigelin, siempre esclavo del placer, una ferocidad negra, una violencia de monstruosas pasiones, cuyo espanto persistía, le amargaba la vida. Después se acabó de angustiarle el comprender que él no tenía la cabeza firme y la energía necesarias para poner un poco de orden en un negocio tan complicado y tan comprometido. Día y noche daba vuelta a sus proyectos sin saber a qué atenerse. ¿Debía procurar volver a levantar la fábrica, buscar dinero, una sociedad, un ingeniero, con la esperanza de continuar la explotación? Parecía esto casi imposible de lograr, pues las pérdidas eran importantes. ¿Valdría más esperar un comprador que se contentara con los terrenos, con la maquinaria y el material salvados por su cuenta y riesgo? Pero dudaba que el tal comprador se presentara, sobre todo no creía obtener de él un precio suficiente para liquidar la situación. Y el problema de la existencia seguía siempre sin resolver, en este gran dominio de la Guerdache, gravado con enormes gastos, de sostenimiento tan costoso, y donde, desde fin de mes, acaso no habría pan que comer.

Una sola criatura tuvo entonces compasión de este hombre miserable, que no hacía más que temblar, abandonado, vagando por su morada vacía como un niño perdido; y fue Susana, su esposa, la mujer de heroica dulzura, a quien tanto había ultrajado. Al principio, cuando él la imponía sus relaciones con Fernanda, veinte veces se

había levantado ella por la mañana, resuelta a protestar para arrojar de la casa a la querida, a la intrusa; pero siempre había acabado por seguir en su ceguera voluntaria, segura de que, si echaba a Fernanda, su marido la seguiría, obcecado, obseso. Después, la situación anormal se había fijado, tenía ella su cuarto aparte, y sólo ante el mundo seguía siendo la mujer legítima, cubriendo así las apariencias, y consagrándose por completo a la educación de su hijo Pablo, que quería salvar del desastre. Sin este hermoso niño, rubio como ella, como ella amable, nunca se hubiera resignado. Era él la causa profunda de su renunciamiento, de su sacrificio. Se lo había quitado al padre indigno, como una inteligencia, un corazón para ella sola, donde cultivaría la razón y la bondad para su consuelo. Y los años habían corrido de esta suerte, en la austera alegría de verle crecer, más juicioso y amable cada día; y había asistido Susana, sin tomar parte en él, de lejos, por decirlo así, al drama que se desenvolvía en la lenta ruina del Abismo, enfrente de la prosperidad progresiva de la Crèche, al contagio de la vida de placeres, cuya locura, en torno de ella, arrastraba su gente a la sima. En fin, la última demencia acababa de aniquilarlo todo en una suprema llamarada de incendio; y también ella atribuía a Delaveau, advertido, la colosal hoguera en la que había querido arder con la culpable, la corruptora, la devoradora. También ella temblaba, preguntándose si no era en parte cómplice por su debilidad, por su resignación, que había tolerado tanto tiempo la traición, la vergüenza de su hogar. Si ella se

hubiera revelado desde el primer día, acaso el crimen no hubiera llegado hasta el fin. Y esta lucha de su conciencia acabó de alterarla haciéndola compadecer a aquel desgraciado, que desde la catástrofe veía pasear como loco en su terrible confusión, por el jardín desierto y la casa vacía.

Una mañana, al atravesar Susana el gran salón donde había dado él tantas fiestas, le vio desplomado sobre una butaca llorando como un niño, con grandes sollozos. Sintió ella infinita lástima. Y se acercó, después de tantos años de no dirigirse la palabra en cuanto quedaban solos.

–Si te desesperas –le dijo–, no encontrarás la fuerza que necesitas.

Inmutado al verla, al oír que le hablaba, la miraba entre lágrimas.

–Sí, en vano será ese andar errante todo el día; el valor debe estar en ti, no lo encontrarás en otra parte.

Con un ademán de angustia, respondió en voz muy baja:

–¡Estoy tan solo!

No era malo; era necio y débil; uno de esos corazones cobardes de que hace verdugos el placer egoísta. Y se había quejado de la soledad en que ella le dejaba, en su desgracia, con un aire tan abatido, que la hizo conmoverse.



–Querrás decir que has querido estar solo. ¿Por qué después de aquellas cosas terribles no has venido a mí?

–¡Dios mío! –murmuró él–, ¿es el perdón?

Y le cogió las manos que ella le abandonó; y confesó su culpa, anonadado, aturdido, lleno de arrepentimiento. Nada confesaba que no supiese ella; su prolongada traición, la querida metida en el hogar doméstico, la mujer que le había vuelto loco, hasta la ruina; pero tal arrebató de franqueza había en su acusación, que Susana, compadecida, vio en ella como una confesión nueva, cuya humillación hubiera podido evitarse. Acabó diciendo:

–Es verdad; te he ultrajado mucho tiempo; he sido abominable... ¿Por qué me habías abandonado, por qué no hiciste nada para volverme a ti? Tocaba al doloroso caso de conciencia, al sordo remordimiento que ella sentía por no haber cumplido bien, acaso, con todo su deber, no deteniéndose en su caída. Y la reconciliación, que la compasión había comenzado, la completó aquel sentimiento de fraternal indulgencia. Los más puros, los más heroicos; ¿no tienen muchas veces algo de culpa, cuando los malos y los débiles sucumben junto a ellos?

–Sí –dijo Susana–; hubiera debido luchar más; he atendido demasiado a mi orgullo, a mi tranquilidad. Los dos necesitamos olvido; todo ese pasado debe morir.

Pasaba Pablo por el jardín y le llamó. Era un mocetón de diez y ocho años, inteligente, fino, hecho por ella a su imagen, muy cariñoso, de mucho juicio, libre, sobre todo, de todos los prejuicios de casta, dispuesto a vivir con el trabajo de sus manos, si las circunstancias lo exigían. Su pasión era la tierra; pasaba días enteros en las granjas, atento a las cuestiones del cultivo, al germinar de los sembrados, al crecer de las mieses. Al llamarle su madre, justamente, iba a ver un modelo nuevo de arado en casa de Feuillat.

–Ven, hijo mío; tu padre tiene un disgusto y deseo que le abrace.

Hijo y padre habían roto sus relaciones, como el marido y la mujer. Todo él para su madre, el hijo se había criado con un frío respeto al hombre que comprendía que la atormentaba. Así que, Pablo, compadecido, con gran emoción, miró algunos segundos a sus padres, a quienes veía tan conmovidos también. Comprendió, abrazó muy afectuosamente a su padre, y se arrojó al cuello de su madre para abrazarla y besarla con toda el alma. La familia volvía a aparecer. Hubo un minuto feliz en que se pudo creer que la buena inteligencia sería en adelante perfecta.

Al abrazarle también Susana, Boisgelin tuvo que contener una buena crisis de lágrimas.

–¡Bien!, ¡bien! ya estamos unidos. Ah, hijos míos, esto me da valor. ¡Estamos en una situación tan terrible! Necesitaremos entendernos, tomar una resolución.

Siguieron hablando, necesitaba el padre comunicar con su mujer, con su hijo, decírselo todo, después de haber padecido solo tanto con la angustia de su debilidad. Recordó a Susana que habían comprado el Abismo en un millón y la Guerdache en quinientos mil francos, con los dos millones que les quedaban, el de la dote de ella y el salvado en la ruina de la fortuna de él. Los quinientos mil francos que quedaban de los dos millones, puestos en manos de Delaveau, habían servido para la circulación de fondos de la fábrica. Todo su dinero, pues, estaba, colocado allí; y lo peor era que, por los últimos apuros, había habido que tomar prestados seiscientos mil francos, deuda que era un gran peso para la explotación. Por muerta se podía dar la fábrica, que estaba quemada, y antes de poderla hacer renacer de sus cenizas, habría que pagar los seiscientos mil francos.

–¿Cuál va a ser tu resolución, entonces? –preguntó Susana.

Dudaba entre dos soluciones, ambas difíciles. O desembarazarse de todo, vender lo que quedaba del Abismo a cualquier precio, que de fijo apenas bastaría para pagar la deuda; o buscar nuevos fondos, continuar una sociedad a la que él llevaría los terrenos y el material salvado; combinación que, por lo demás, juzgaba quimérica.

Y la solución era cada día más urgente, pues la ruina se declaraba total y cierta.

Susana hizo una observación.

–Tenemos todavía la Guerdache; podemos venderla.

–¡Oh! ¡vender la Guerdache! –respondió él, como desolado–. ¡Vender la posesión que es nuestro recreo, a que estamos habituados! ¡Y para ir a escondernos en algún rincón miserable! ¡Sería caer tan bajo, otro dolor tan terrible!

Quedóse ella seria, otra vez, viendo que aquel hombre no se acostumbraba a la idea de una existencia mediocre y juiciosa.

–Amigo mío, siempre vendremos a dar en eso. No podremos conservar en casa un tren tan costoso.

–Claro, claro, se venderá la Guerdache, pero más tarde, cuando se presente una ocasión. Si la pusiéramos en venta ahora, no nos darían la mitad de lo que vale, pues sería la confesión de nuestra ruina y todo el país se pondría de acuerdo contra nosotros para gozarse y especular.

Después se valió de un argumento más directo.

–Además, querida, la Guerdache es tuya. Como se ha hecho constar, quinientos mil francos de la compra se han

tomado del millón de tu dote y los otros quinientos mil han entrado por la mitad en el millón que nos ha costado el Abismo. Si somos copropietarios de la fábrica, la Guerdache es sólo tuya, y mi deseo es simplemente conservártela mientras se pueda.

No queriendo insistir, Susana dio a entender con un ademán que hacía mucho tiempo que estaba resignada a todos los sacrificios. Su marido la miraba, y de pronto le hirió un recuerdo.

–¡Ah! dime, quería preguntarte... ¿has vuelto a ver a tu antiguo amigo Lucas Froment?

Un instante permaneció ella preocupada. Después de la fundación de la Crèche y de la acentuada rivalidad entre ambas fábricas, no había entrado por poco en sus penas la necesaria ruptura con Lucas. Perdía en él un corazón fraternal, cariñoso, que la hubiera consolado, auxiliado, sostenido. Pero había sabido resignarse una vez más, sólo de tarde en tarde, por casualidad, en sus raras salidas le había encontrado, sin dirigirle jamás la palabra. Imitaba él su discreción, su apartamiento; parecía que su dulce intimidad antigua había muerto para siempre. No impedía esto que la joven siguiese con gran interés, sin hablar de ello a nadie, la empresa de Lucas. En secreto, seguía con él, con su esfuerzo generoso para traer un poco de amor y justicia a la tierra. Con él había sufrido, con él triunfado, y cuando se le creyó muerto, se encerró durante dos días sin ver a

nadie. Y en el fondo de su dolor descubría una angustia intolerable, las relaciones con Josina, que fueron para ella cruel herida. ¿Había amado a Lucas sin saberlo? ¿Había soñado con la alegría, el orgullo de tener un esposo como él, que tan bien hubiera usado de la fortuna? ¡Cómo le hubiera ayudado; qué prodigios de paz y de bondad hubieran realizado juntos! Pero había soñado; era ahora el marido de Josina, y había ella otra vez sentido hundirse todo en su abnegación de esposa sacrificada, de madre que vivía sólo para su hijo. Lucas había dejado de existir para ella, y la pregunta que le hacían evocaba tales recuerdos, que no ocultó su gran sorpresa antes de responder.

–¿Cómo quieres que haya vuelto a ver al señor Froment? Bien sabes que hace cerca de diez años que hemos roto nuestras relaciones.

Boisgelin, tranquilamente, se encogió de hombros.

–¡Bah! Eso no quita que hubieras podido encontrarle y hablarle. Os entendíais tan bien antiguamente. ¿De modo que no has conservado ninguna relación con él?

–No –dijo ella, con claridad–. Si siguiera viéndole lo sabrías.

Crecía su asombro, y la hería aquella insistencia, algo ofendida por tales preguntas. ¿A dónde iría a parar? ¿a qué

venía aquel deseo de que hubiera conservado relaciones con Lucas? También ella sintió curiosidad.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Por nada; es una idea que acababa de ocurrírseme.

Y volvió a ella y acabó de declararse.

–Veras... te decía que teníamos dos caminos: o vender el Abismo o crear una sociedad y pertenecer yo a ella. ¡Pues bueno! Hay un tercer medio, la combinación de los otros dos, y sería hacer que nos comprara el Abismo la Crécherie, reservándonos la mejor parte de los beneficios. ¿Comprendes?

–No; no del todo.

–Pues es muy sencillo. Ese Lucas debe de tener mucha gana de adquirir nuestros terrenos. Pero nos ha hecho mucho daño, ¿no es eso? y es muy justo que le saquemos una crecida suma. Y nuestra salvación estaría seguramente en eso, sobre todo si teníamos, además, intereses en la casa, lo cual nos permitiría conservar la Guerdache, sin disminuir nuestros gastos.

Susana le oía con mucha tristeza. ¡Ay, sí! Era el mismo de siempre; la terrible lección no le había sobrecogido. Sólo soñaba con explotar a los demás, sacar provecho de la situación en que pudiera verse. Sobre todo, nunca tenía más

que un fin: no hacer nada, seguir siendo el ocioso, el parásito, el capitalista de siempre. En su lucha desesperada, después de la catástrofe, no había más que el terror, el odio al trabajo, la obsesión de preguntarse cómo podría seguir viviendo sin hacer nada. Ya no había lágrimas, y de repente volvía a aparecer el hombre que sólo sabía gozar.

Quiso ella saberlo todo.

–¿Pero qué tengo yo que ver con eso? ¿Por qué me preguntabas si había seguido tratando a Froment?

–¡Toma! Porque eso me hubiera facilitado las proposiciones que pienso hacerle. Ya comprendes que después de varios años de estar reñidos, no es fácil acercarse a un caballero para empezar a tratar una cuestión de intereses; y la cosa era mucho más sencilla, si hubiera seguido siendo tu amigo. Tú misma acaso, hubieras podido verle, hablarle.

Le detuvo ella con brusco ademán.

–Jamás hubiera hablado a Froment en tales condiciones. Olvidas que le quería como hermano.

¡Aquel desgraciado llegaba a la bajeza de especular con el cariño que Lucas podía haber conservado; y quería valerse de ella para atraerle, y vencerle mejor!



Debió de comprender que la hería el verla en seguida más pálida y más fría, como volviendo a separarse de él. Quiso borrar la mala impresión.

–Tienes razón; los negocios no son para las mujeres; tal comisión no es para ti, pero, así y todo, me gusta mi idea, y cuanto más la maduro, más veo en ella nuestra salvación. Voy a pensar mi plan de ataque; luego ya veré medio de relacionarme con el director de la Créchérie. Aunque tal vez sería más acertado dejarle a él dar el primer paso.

Se había reanimado con esta esperanza de engañar a otro y sacar de él sus goces, como siempre había hecho. La vida todavía era buena; si sabía pasarla con las manos blancas y ociosas. Se levantó, suspiró con desahogo, miró por una de las ventanas el gran Parque, que parecía más grande en aquel día claro de invierno, y en el cual esperaba reanudar sus fiestas llegada la primavera. Y exclamó:

–Tontos seríamos, desesperándonos. ¡La gente como nosotros, jamás llega a la miseria!

Susana, que seguía sentada, sintió crecer su horrible tristeza. Por un instante, había esperado, cándida, corregir a tal hombre, y ya advertía que todas las tempestades y revoluciones podían pasar sobre él, sin que se enmendara, sin que comprendiese siquiera los nuevos tiempos. Tenía en la sangre la antigua explotación del hombre por el hombre, no podía vivir y gozar más que a costa de los demás. Siempre

sería un niño grande y malo con que tendría que cargar más adelante. ¡Si llegaba a haber justicia! Ya no tuvo para él más que grande y amarga compasión.

Mientras hablaba, Pablo no se había movido, oyendo a sus padres con aire inteligente, suave y cariñoso. Por sus grandes ojos pensativos se veían pasar las mismas emociones de su madre. En constante comunicación con ella, también sufría, viendo al esposo y al padre indigno. Notando su turbación dolorosa, le preguntó ella:

–¿A dónde ibas, hijo mío?

–Iba a la granja. Feuillat debe de haber recibido el nuevo arado para las labores de invierno. Boisgelin se echó a reír.

–¿Y eso te interesa?

–Ya lo creo, padre... En Combettes tienen arados de vapor que hacen surcos de muchos kilómetros, en sus campos, puestos en común, convertidos en un campo inmenso. Y es una cosa soberbia ver la tierra levantada y fecundada hasta las entrañas.

Se entusiasmaba con ardor juvenil. Su madre sonreía conmovida.

–Anda, anda, hijo mío; ve a ver el arado nuevo, y trabaja; así estarás más sano.

Notó Susana, los días siguientes, que su marido no se apresuraba a poner en marcha su proyecto. Parecía bastarle haber encontrado la solución, que, según él, debía salvarlos a todos; y volvía a su indolencia, incapaz de voluntad. Tenía ella, además, en la Guerdache, otro niño grande, cuya conducta empezó a alarmarla. El señor Jerónimo, el abuelo, que acababa de llegar a la avanzada edad de ochenta y ocho años, a pesar de la parálisis, seguía viviendo aparte, mudo, sin más relaciones con el mundo que sus continuos paseos en el cochecillo. Sólo Susana entraba en su cuarto del piso bajo, que daba al parque. Treinta años hacía que le cuidaba. Tan bien conocía ya los ojos claros del viejo, sin fondo, como llenos de agua de manantial, que podía leer en ellos las menores sombras fugitivas. Y se habían turbado después de los últimos sucesos. Parecía que los había llenado de arena el viento. Muchos años monótonos se habían inclinado sobre ellos, sin ver allí nada; dudando que detrás hubiera un pensamiento. ¿Era que volvían las ideas? Si se turbaban, aquella fiebre que renacía, ¿indicaba un despertar posible de todo su ser? Acaso nunca le habían faltado la conciencia, el discurso; tal vez por un milagro, se desataba el duro lazo físico de la parálisis, librándole en parte, al llegar el último momento del silencio y de la inmovilidad. Seguía Susana con ansia y sorpresa aquel lento despertar.

Una tarde, el criado que conducía el coche del señor Jerónimo se atrevió a detener a Susana, cuando ésta salía de

la habitación del anciano, impresionada por la mirada viva con que la había acompañado hasta la puerta.

–Señora; me he prometido decir a usted... me parece que el señor no es el mismo. Hoy ha hablado.

–¿Cómo que ha hablado?

–Sí. Ayer mismo había creído oírle murmurar palabras a media voz, al detenernos un momento, frente al Abismo. Pero hoy, al pasar delante de la Crèche, ha hablado, estoy seguro.

–¿Y qué ha dicho?

–No lo he comprendido bien; creo que eran palabras sin enlace; no tenía sentido.

Aumentó desde entonces la vigilancia de Susana. El criado tenía orden de contar todo lo que hubiese observado durante el día. Así pudo ella seguir la fiebre creciente que parecía apoderarse del señor Jerónimo. Tenía afán de ver, de oír; exigía que se prolongasen los paseos, ávido de los espectáculos que se le iban presentando. Todos los días se hacía llevar ya al Abismo, ya a la Crèche, sin cansarse de mirar, durante horas enteras, las ruinas sombrías del uno, la alegre prosperidad de la otra. Ordenaba una marcha lenta, volvía muchas veces a los mismos sitios, y las palabras sueltas que murmuraba eran cada vez más distintas, aunque

sin sentido. Susana hizo volver al doctor Novarre. Después de explicarle el caso, le dijo:

–Me causa esto terror, como si asistiera a una resurrección. Veo en esto una señal prodigiosa que anuncia extraordinarios sucesos.

Novarre sonrió. Cosas de mujer nerviosa. Pero quiso enterarse por sí mismo. Mal enfermo hacía el señor Jerónimo; había cerrado la puerta a los médicos como a todo el mundo; y no reclamando su estado ningún tratamiento, el doctor no entraba a verle hacía años. Le esperó en el parque, le saludó y le siguió por la carretera. Hasta se acercó a él, vio que sus ojos se animaban y oyó el balbucir confuso de sus labios. También se impresionó.

–Tiene usted razón, señora –dijo a Susana–; el caso es muy singular. Es seguro que se trata de una crisis general que debe de venir de un profundo sacudimiento interior.

Ansiosa preguntó ella:

–¿Pero qué prevé usted, doctor, y qué podemos hacer?

–¡Oh! no podemos hacer nada, por desgracia. Y tampoco me atreveré a decir lo que tal estado puede traer detrás bien pronto. Sí diré que aunque tales cosas son raras, hay ejemplos. Me acuerdo de haber examinado en el asilo de Saint Cron un anciano encerrado allí hacía cuarenta años sin

que los guardianes se acordasen de haberle oído pronunciar nunca una palabra. De repente pareció despertar, habló confusamente primero, después muy claro, en un flujo interminable de horas enteras de charla no interrumpida. Pero lo extraordinario era que el anciano tenido por idiota lo había visto, oído y comprendido todo durante los cuarenta años de aparente sueño y lo que contaba de aquel modo en aquella ola de palabras era la narración sin fin de sus sensaciones, de sus recuerdos, almacenados desde su entrada en el Asilo.

Susana temblaba, procuraba ocultar la emoción terrible que le causaba el ejemplo.

–¿Y qué fue de ese desgraciado?

Novarre vaciló un momento.

–Murió a los tres días. Debo confesárselo a usted, señora; tales crisis son casi siempre síntomas de un fin próximo. La eterna imagen de la lámpara que arroja el último resplandor antes de apagarse.

Callaron largo rato. Se había puesto ella muy pálida; pasaba el frío de la muerte. Mas no se trataba del fin próximo del triste abuelo; había otro temor, otra pena. ¿Lo había visto, oído, comprendido todo el abuelo como el viejo de Saint Cron? Y se atrevió a hacer una pregunta.

–Doctor, ¿cree usted que nuestro inválido querido ha perdido la inteligencia? Según usted, ¿comprende, piensa?

Se vio en Novarre el gesto vago del sabio que fuera de la certeza experimental no cree poder asegurar nada.

–¡Ah, señora! Me pregunta usted mucho. Todo es posible en este misterio del cerebro donde todavía penetramos tan difícilmente. La inteligencia puede seguir intacta después de perderse la palabra, porque la causa de que no se piense no consiste en que no se hable... Sin embargo, hubiera diagnosticado que todas las facultades mentales del señor Jerónimo se habían debilitado. Lo he creído en una infancia senil.

–Pero dice usted que es posible que haya conservado sus facultades intactas.

–Muy posible; y aun comienzo a sospecharlo; la prueba es el despertar de todo su ser, la palabra que parece volver poco a poco.

Después de esta conversación quedó en Susana una suerte de doloroso horror. No podía permanecer junto a su abuelo en su cuarto, asistir a su resurrección, sin un secreto espanto. ¡Si lo había visto todo, comprendido todo, qué drama tan terrible en aquel silencio! Treinta años de ser como testigo impasible del decaimiento de su raza; sus ojos claros habían visto la derrota de los suyos, la caída que el

vértigo de la posesión acelerada. Dos generaciones habían pasado para abrasar en el fuego devorador del goce la fortuna fundada por su padre y por él que creía tan sólida. Había visto a su hijo Miguel arruinarse por las mujeres, matarse de un tiro, a Laura, su hija, loca de misticismo en un convento, y al otro hijo, Felipe, casado con una ramera, muerto en duelo. Había visto a su nieto Gustavo lanzar a su padre al suicidio, robándole una querida y el dinero de sus vencimientos, mientras Andrés, el hijo de Felipe, iba a dar entre los locos. Había visto a Boisgelin, el marido de su nieta Susana, confiar el Abismo a Delaveau que después de una breve prosperidad acababa de reducirlo a ceniza en aquella horrible tragedia de la traición de Fernanda. Había visto el Abismo, su creación amada, la humilde fábrica de su padre tan engrandecida por los suyos, y que esperaba que fuese todo un pueblo para su raza, el imperio del hierro y del acero, declinar tan rápidamente, que a la segunda generación no quedaba piedra sobre piedra. Había visto a su raza, en fin, en la que tan lentamente, en una larga ascendencia de miserables obreros se había acumulado a la fuerza creadora que había estallado en su padre y en él, estropeada enseguida, degenerada, destruida por el abuso de la riqueza. ¡Qué espantosa historia acumulada en el cráneo de aquel anciano de ochenta y ocho años, aquella serie de hechos terribles que resumían todo un siglo de esfuerzos iluminando el pasado, el presente, el porvenir de una familia! ¡Y qué terrible cosa que aquel cráneo en que parecía dormir tal historia, despertara lentamente y que la



ola de la verdad rebosara si los labios ya balbucientes empezaban a gritar palabras claras!

Este despertar terrible era lo que esperaba Susana con ansiedad creciente. Ella y su hijo eran los últimos de la raza. Pablo el único varón. La tía Laura acababa de morir en el convento de Carmelitas donde había vivido cuarenta años; el primo Andrés había muerto loco. Así, cuando Pablo acompañaba a su madre junto al señor Jerónimo, éste le miraba mucho, con largas miradas, con ojos que iluminaba la inteligencia. Allí estaba el último y débil ramo de la encina de tronco poderoso que él había en otro tiempo esperado ver crecer y bifurcarse en ramas poderosas. El árbol familiar ¿no traía la savia nueva, la salud y el vigor tomados a los rudos ascendientes trabajadores? ¿Su descendencia no iba a extenderse, dilatarse, conquistando todos los bienes y alegrías de la tierra? Y la savia ya estaba agotada en los nietos, la vida de riqueza, mal vivida, había consumido tanto vigor en menos de un siglo. Qué amargura la del pobre abuelo, testigo supremo de tantas ruinas al no ver ante sí más que a Pablo suave, delicado último regalo de la vida que parecía había querido dejar a los Qurignon este precioso retoño para volver a brotar y florecer en la nueva tierra. ¡Y qué penosa ironía que quedara él solo en la enorme Guerdache, mansión regia, comprada un día por el señor Jerónimo a tan alto precio con el anhelo y el orgullo de llegar a poblarla con sus numerosos descendientes! Veía los vastos departamentos ocupados por diez matrimonios, oía las risas

del tropel de niños y niñas que crecía sin cesar; era el dominio familiar feliz, lujoso, donde reinaría la dinastía cada vez más fecunda de los Qurignon. Después de aquí todo lo contrario, el palacio cada vez más vacío; la embriaguez, la locura, la muerte habían pasado y destruido. La última corruptora había consumado la ruina de la casa; después de la última catástrofe se cerraban las dos terceras partes de los departamentos; todo el segundo piso quedaba abandonado al polvo; hasta los salones de recibir se abrían sólo los sábados para el sol. La raza iba a acabar si Pablo no la levantaba. Pasó una semana, el criado ya pudo distinguir palabras en el confuso balbucear del señor Jerónimo. Después se formó una frase clara y vino a repetirla a la señora.

–¡Oh! trabajo me ha costado, señora, pero puedo asegurarle que el señor ha repetido esta mañana: «Hay que devolver, hay que devolver.»

Susana no lo creía. Aquello no significaba nada. ¿Hay que devolver qué?

–Escuche usted mejor, procure coger mejor las palabras.

Al día siguiente el criado dijo:

–Aseguro a la señora que el señor dice bien claro: «Hay que devolver, hay que devolver», y esto veinte, treinta

veces, en voz baja, continua, como si pusiera en ello toda la fuerza que le queda.

Susana resolvió velar ella misma al abuelo, para enterarse. Al día siguiente no pudo levantarse el anciano. Mientras el cerebro se despejaba, las piernas y poco después el tronco fueron invadidos como heridos ya de muerte. Asustada ella, hizo venir otra vez a Novarre, quien, impotente, la anunció con rodeos el fin próximo. Desde entonces ya no dejó Susana el cuarto. Era grande, con alfombra muy espesa y colgadura muy pesada. Rojo todo, de un lujo sólido y algo sombrío, con muebles de palisandro esculpido, un gran lecho de columnas, un espejo muy alto en que todo el parque se reflejaba. Cuando las ventanas estaban abiertas, se distinguía más allá de las praderas, entre las cimas de los árboles seculares, un inmenso horizonte, el montón de los tejados de Beauclair primero, más allá de los Montes Bleuses, la Crèche con su horno alto, y el Abismo cuyas gigantescas chimeneas seguían en pie.

Una mañana Susana se había sentado junto al lecho, después de haber levantado las cortinas para que el sol de invierno entrase, cuando tuvo la emoción de oír hablar al señor Jerónimo. Hacía un momento que vuelto el rostro hacia una ventana miraba al lejano horizonte con sus grandes ojos claros. No dijo primero más que esto:

–El señor Lucas.

Susana, que había oído distintamente, quedó un momento sorprendida. ¿Por qué el señor Lucas? Nunca el señor Jerónimo había tenido trato con él, hasta debía ignorar su existencia, a no ser que hubiera en efecto tenido conciencia de todo, y esto Susana hasta entonces no hacía más que sospecharlo y temerlo. Pero aquella frase era una prueba.

–¿Es el señor Lucas lo que usted dice, abuelo?

–Sí, sí, el señor Lucas...

Cada vez lo decía más claro, con más energía, fijos en ella los ardientes ojos.

–¿Y por qué me habla usted del señor Lucas? ¿Es que le conoce, tiene usted algo que decirme de él?

Entonces vaciló él, sin duda porque no encontraba las palabras; después volvió a repetir el nombre de Lucas con impaciencia infantil.

–En otro tiempo –prosiguió ella–, era muy amigo mío, pero hace muchos años que no viene. Movi6 él la cabeza vivamente y como si su lengua se soltara poco a poco encontró palabras. –Lo sé, lo sé. Quiero que venga.

–¿Quiere usted que el señor Lucas venga a verle; desea usted hablarle, abuelo?

–Sí, sí, eso es. que venga en seguida. Le hablaré.

Aumentaba la sorpresa y el temor de Susana. ¿Qué podía querer decir a Lucas? Tantas hipótesis penosas veía en aquello, que por un instante quiso eludir aquel deseo, viendo en él sólo una delirante fantasía. Pero estaba él en su cabal razón; la suplicaba con ansia fervorosa, irresistible, agotando las últimas fuerzas. Muy turbada, viendo allí un caso de conciencia, se preguntaba si no sería culpable negando a un moribundo una entrevista de que podían salir las cosas amenazadoras y oscuras que la hacían temblar.

–¿No puede usted hablarme a mí, abuelo?

–No, no, al señor Lucas, ¡quiero hablarle al momento, al momento!

–Está bien, abuelo; voy a escribirle y espero que vendrá.

Pero al escribir aquella carta a Lucas, su mano tembló. Sólo fueron dos líneas: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida.» Por dos veces tuvo que detenerse, le faltaba fuerza para llegar al fin de aquellas pocas palabras; de tal modo despertaban en ella recuerdos, toda su vida perdida, la felicidad a cuyo lado había pasado y que ya no conocería jamás. Eran apenas las diez de la mañana; un muchacho llevó la carta a la Crèche.

Estaba Lucas delante de la Casa Comunal, terminando su inspección de la mañana, cuando le entregaron la carta; y sin tardar siguió al criado. ¡Pero qué emoción la suya también, qué enternecimiento de todo su corazón ante aquellas simples palabras: «Amigo mío: Le necesito, venga en seguida»! Doce años hacía que los acontecimientos los habían separado, y le escribía ella como si se hubiesen visto la víspera, segura de verle responder a su llamada. Ni un instante había dudado de su amigo, y a él le arrancaba lágrimas verla siempre la misma, fraternal como antaño. Los más terribles dramas habían podido estallar en torno de ellos, todas las pasiones se habían desencadenado, barriendo hombres y cosas, y se volvían a encontrar naturalmente, la mano en la mano, después de tantos años de separación. Cuando con paso rápido se acercaba a la Guerdache, se preguntó por qué la llamaría.

No ignoraba el deseo de Boisgelin de vender el Abismo lo más caro posible; pero él estaba resuelto a no comprarlo, la única solución aceptable era que el Abismo se asociara a la Crécherie, como las demás fábricas de menor importancia habían hecho. Se le ocurrió un instante que Boisgelin debía de haber empujado a su mujer a dar aquel paso; pero la conocía, era incapaz de prestarse a tal papel. Y se la figuraba llena de zozobra, necesitándole en alguna circunstancia trágica. No buscó más, ella le diría lo que quería de él.

Susana esperaba a Lucas en un saloncillo, y cuando entró creyó desfallecer, tal era su turbación. También él estaba conmovido, saltándole el corazón. Al principio no pudieron decir una palabra. Se miraban en silencio.

–¡Oh! amigo, amigo mío –murmuró ella al fin.

Ponía en estas sencillas palabras la emoción de todo lo que había pasado en doce años: su separación y sus raros y mudos encuentros, la vida cruel en su hogar ultrajado y manchado, sobre todo la obra que él había cumplido durante este tiempo y que ella había seguido de lejos con alma entusiasmada. Era un héroe, le rendía culto; hubiera querido arrodillarse, curar sus heridas, ser la compañera que consuela y ayuda. Pero otra había venido; por Josina había sufrido tanto, que ya su corazón de amante estaba muerto, enterrado en este amor que ignoraban todos y que ella no había querido saber si había existido. Y el ver a su Dios ante ella removía todas estas cosas secretas y profundas, y loca de ternura lloraba y le temblaban las manos.

–¡Oh! ¡Amigo, amigo; ha venido usted, bastó que le llamara!

Lucas, temblando, con igual simpatía, recordaba también todo el pasado. Sabía con cuanta dignidad y heroísmo había luchado contra todos los ultrajes. Permaneciendo en su

hogar, defendiendo el honor del nombre, con la cabeza levantada, por su hijo, por ella misma.

Siempre, a pesar de la separación, la había tenido en el alma; había anhelado ir en su socorro. Deseaba probarle que era el de siempre, y por eso venía. Cuando la emoción le dejó, respondió por fin:

–Sí, su amigo, su amigo qué ha dejado de serlo, que esperaba ser llamado para acudir.

Seguían siendo hermanos; lo sintieron tan profundamente que se abrazaron. Se besaron en las mejillas y como compañeros, como amigos que nada temen de las locuras humanas, seguros de que jamás el uno padecería por causa del otro; de que sólo se infundirían calma y valor. Cuanto la amistad entre un hombre y una mujer puede tener de fuerte y cariñoso, florecía en su sonrisa.

–Si usted supiera, amiga mía, lo que sentí al comprender que por mi causa el Abismo iba a hundirse. ¡Qué fe habrá sido la mía, para no detenerme ante tal pensamiento! A veces me afligía la idea de que usted debía de maldecirme, de que no me perdonaría jamás ser la causa de sus penas.

–¡Maldecirlo yo, amigo mío! ¡Pues si era de los suyos; mis votos eran para usted; sus victorias han sido mi única alegría! ¡Era tan grato, en medio de esta gente que es la mía y que le denigraba, guardar mi afecto secreto, comprenderle



a usted y quererle en un santuario íntimo ignorado de los demás!

–De todos modos, por mí está usted arruinada. ¿Qué va a ser de usted, acostumbrada desde la infancia a esta vida de lujo?

–¡Oh!, arruinada; otros han sido los que me han arruinado, no usted. Y ya verá lo valiente que soy, aunque me crea tan delicada.

–Pero, ¿y Pablo, su hijo?

–¡Pablo! No podía sucederle cosa mejor. Trabajaré. Vea usted lo que el dinero ha hecho de los míos.

Explicó Susana a Lucas porqué le había llamado y le contó las novedades que había respecto al señor Jerónimo. Lucas, también asombrado por aquella resurrección, le dijo que haría cuanto ella quisiera.

–¿Sabe su marido de usted del deseo del señor Jerónimo, y de mi visita?

Le miró ella y se encogió de hombros.

–No, no he pensado en ello; es inútil. Hace mucho tiempo que creo que el abuelo no sabe ni que mi marido existe. No le habla, no le ve... Además, está de caza desde muy temprano y no ha vuelto todavía.

Después añadió:

–Si quiere usted seguirme.

Cuando entraron en la habitación del señor Jerónimo, éste, incorporado en el vasto lecho de palisandro, apoyada la cabeza en almohadas, aún tenía la cabeza vuelta hacia la ventana cuyas cortinas seguían descorridas. No debía de haber apartado los ojos del soberbio parque, del extenso horizonte, con el Abismo y la Crécherie en la falda de los Montes Bleuses, allá abajo, por encima de los tejados de Beauclair. Era tal espectáculo continua evocación del pasado, del presente y del porvenir durante los largos años que, mudo, tenía todo este horizonte ante sí.

–Abuelo –dijo Susana–, le traigo al señor Froment. Aquí está, nos ha hecho el honor de venir en seguida.

Lentamente, volvió el anciano la cabeza, fijó en Lucas sus grandes ojos que parecían más grandes todavía, de una claridad profunda, infinita. Y no dijo nada. Ni una palabra de gracias y de bienvenida. Duró el silencio algunos minutos sin que apartara la mirada de aquel desconocido, el fundador de la Crécherie, como si quisiera conocerle bien, meterle los ojos de moribundo en lo más hondo de alma.

Susana, algo cortada, añadió:

–Abuelo, ¿no conocía usted al señor Froment? ¿Acaso había reparado en él en sus paseos?

No daba señales de oír; tampoco respondió a su nieta. Pero después de un rato, volvió otra vez la cabeza, buscó con los ojos algo por el cuarto. Y no encontrándolo, acabó por pronunciar una sola palabra, un nombre:

–Boisgelin.

Nuevo asombro de Susana mezclado de inquietud y disgusto.

–¿Pregunta usted por mi marido, abuelo, desea que esté aquí?

–Sí, sí, Boisgelin.

–Pero es que no ha vuelto, creo. Pero en tanto debiera usted decir al señor Froment por qué ha querido verle.

–No, no. Boisgelin.

Era evidente que sólo podía hablar delante de Boisgelin. Fue Susana en busca de su marido. Quedó Lucas cara a cara con el señor Jerónimo, sintiendo sin cesar sobre sí sus miradas de claridad infinita. También él entonces le examinó; vio en él una belleza extraordinaria en la extrema vejez, en su rostro blanco, en sus facciones regulares a las cuales la muerte próxima, ennoblecida por un gran acto,

daba una majestad soberana. Mucho esperaron, pero no hubo entre ellos ni una palabra; los ojos sondaban los ojos. En torno, la estancia de espesas cogaduras, sólidos muebles, parecía dormir, sofocada por su pesado lujo. Ni un ruido ni un soplo, sólo el frío temblor que venía a través de las paredes de los grandes salones cerrados y vacíos, de los pisos enteros abandonados al polvo. Nada más trágico y solemne que aquella espera.

Volvió Susana al fin con Boisgelin que acababa de entrar. No se había quitado todavía guantes, ni polainas, ni la chaqueta de caza, pues no le había dejado ella tiempo de ponerse una americana de casa. Entró inquieto, anhelando saber, pasmado de verse en tal aventura. Su mujer se lo había contado todo y tan graves sucesos imprevistos le trastornaban, y se veía en una extrema turbación, sin haber podido reflexionar algunos minutos.

–Ea –dijo Susana–. Abuelo, aquí está mi marido. Hable usted si tiene algo que decirnos. Ya le escuchamos.

Pero otra vez volvió el anciano a buscar algo por el cuarto, y no encontrándolo, preguntó:

–Pablo, ¿dónde está Pablo?

–¿También quiere usted que Pablo esté aquí?

–¡Sí, sí, quiero!

–Es que Pablo debe estar en la Granja. Si se le llama tardará en venir más de un cuarto de hora.

–Es preciso: ¡lo quiero, lo quiero!

Se cedió, salió corriendo un criado. Y la espera fue ahora todavía más solemne y más trágica. Lucas y Boisgelin se habían saludado sin hablarse, después de tantos años. Nadie movió los labios; sólo se oía la respiración algo fuerte del señor Jerónimo. Miraba otra vez a la ventana, el horizonte que mostraba el pasado vencido, el porvenir naciendo. Pasaban los minutos lentos, regulares, con el ansia de lo que iba a venir, el acto de grandeza soberana que se sentía cercano.

Hubo un ruido ligero de pasos; Pablo entró, sano y sonrosado el rostro, azotado por el aire libre.

–Hijo mío –dijo Susana–, es tu abuelo que nos reúne y no quiere hablar sino delante de ti.

En los labios, tanto tiempo rígidos del señor Jerónimo, apareció una sonrisa de una infinita ternura. Llamó a Pablo por señas, le hizo sentarse lo más cerca posible, al borde del lecho. Para él sobre todo quería hablar, para el último de los Qurignon, cuya raza podía refloreecer y dar todavía frutos excelentes. Viéndole muy conmovido por aquel último adiós, quiso tranquilizarle con sus ojos de abuelo enternecido para quien la muerte era dulce, pues iba a legar

a su biznieto la herencia de su larga vida, un acto de bondad, de paz y de justicia.

Después, por fin, habló entre el silencio religioso de todos. Volviendo la cabeza hacia Boisgelin, repitió primero las únicas palabras que el criado le había oído claramente.

–Hay que devolver, hay que devolver... –y viendo que dudaban, sin comprender lo que quería decir, se volvió a Pablo y dijo con más fuerza:

–Hay que devolver, hijo mío, hay que devolver.

Susana, sobrecogida, había cambiado una mirada con Lucas, que también temblaba. Mientras Boisgelin, con angustia y miedo, fingía creer que se trataba de alguna divagación del anciano, Susana preguntó:

–¿Qué quiere usted decir, abuelo, y qué es lo que tenemos que devolver?

La voz del señor Jerónimo se hacía más clara y fácil.

–Todo, hija mía... Allá abajo hay que devolver el Abismo. Aquí hay que devolver la Guerdache. En la granja hay que devolver las tierras. Hay que devolverlo todo, porque nada debe ser nuestro, porque todo debe ser de todos.

–Pero, abuelo, explíquese usted, ¿a quién hay que devolver?

–Ya lo he dicho, hija mía. A todos. Nada de lo que hemos creído nuestro, lo es. Si estos bienes nos han envenenado, nos han destruido, es que eran de otros. Por nuestro bien, por el de todos, hay que devolver, hay que devolver.

Y hubo una escena de soberana belleza, de grandeza incomparable.

No siempre encontraba las palabras, pero el gesto acababa el pensamiento. Lentamente, en medio del silencio sagrado de todos, consiguió que le entendieran. Todo lo había visto, oído y comprendido; y como Susana había esperado con ansia temblorosa, todo el pasado volvía, toda la verdad del pasado terrible que salía en ola inmensa de aquel testigo tanto tiempo mudo, impasible, emparedado en su prisión de carne. Parecía no haber sobrevivido a tantos desastres y a tanta gente más que para sacar de todo un gran ejemplo. El día del despertar, antes de entrar en la muerte, desenvolvía su largo suplicio de hombre que después de haber creído en su raza, dueña del imperio fundado por él, había durado bastante para ver la raza y el imperio arrebatados por el viento del porvenir. Y decía el porqué: juzgaba y reparaba.

Fue primero el primer Qurignon, el obrero tirador que creó el Abismo con algunos camaradas, tan pobre como ellos, pero más diestro y económico sin duda. Luego él, el segundo Qurignon, que ganó la fortuna, los millones amontonados, en obstinada lucha, héroe de la voluntad, del constante

esfuerzo inteligente; pero si había hecho prodigios de actividad y de genio creador, si había ganado el dinero por comprender admirablemente las condiciones de la producción y de la venta, bien sabía que era porque había llegado a tiempo, a la hora de recoger el fruto preparado por largas generaciones de trabajadores que obraban dentro de él y en él mostraban su fuerza y su triunfo. ¡Cuántos aldeanos sudando sobre la gleba, cuántos obreros gastados por la herramienta habrían sido necesarios para llegar a estos dos primeros Qurignon conquistadores de la fortuna! En ellos se había juntado el rudo anhelo de luchar, de enriquecerse, de subir en la escala social, la emancipación lenta del miserable, encorvado por su faena, en la servidumbre. ¡Al fin llegaba un Qurignon bastante fuerte para vencer, para escapar del calabozo, adquirir la riqueza tan deseada y ser rico, un señor a su vez! ¡Y enseguida, en dos generaciones, la descendencia peligraba, volvía a caer en las luchas dolorosas, debilitada ya por los goces, devorada por ellos como por una llama!

–Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Venía luego la historia de su hijo Miguel, el manirroto suicida; detrás Felipe muerto en duelo, Laura la infecunda, la mística muerta en el convento. Detrás los dos nietos, Andrés raquítico, medio loco, muerto en un hospital; Gustavo aplastado en Italia, robando antes a su padre el suicida, la querida y el dinero. Y en fin, venía su nieta Susana,



la cariñosa, la juiciosa, tan querida, cuyo marido Boisgelin consumaba la ruina. Cenizas era el Abismo aún caliente, vengador de locuras y mancillas. La Guerdache, donde esperaba ver pulular a su raza, era un desierto en torno con sus salones vacíos, su triste parque a través del cual sólo pasaba el pálido fantasma de la envenenadora, de la corruptora, de Fernanda. Y en tanto que los suyos acababan así, había visto levantarse enfrente una obra nueva, la Crèche ahora tan floreciente, llena de vida por el porvenir que traía consigo. Sabía todo esto porque lo habían visto sus ojos claros, en sus continuos paseos, en horas de muda contemplación delante del abismo, al sentir los trabajadores, delante de la Crèche, cuyos antiguos obreros, desertores de su casa, le saludaban; delante del Abismo, otra vez, en la mañana en que de esta casa tan querida sólo quedaban humeantes escombros.

–Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver...

Esta exclamación, que sin cesar lanzaba en el flujo de lentas palabras, cada vez con más energía, era la consecuencia de los hechos desastrosos que tanto le habían hecho sufrir. Si todo se había hundido era porque la fortuna, hecha con el trabajo ajeno, se envenena a sí propia y a todos. El placer que procura es fermento destructor, envilece la raza, desorganiza la familia, trae dramas abominables. La culpa de los Qurignon trabajadores había estado en creer que podían, por su propio bien, apoderarse

de la riqueza creada por los brazos de los compañeros. La riqueza, al fin, era el castigo. Nada más inmoral que poner por ejemplo al obrero enriquecido convertido en patrono, dueño soberano de miles de hombres encorvados por el trabajo, sudando el dinero con que él triunfa. Cuando se dice: «con orden y con inteligencia ya veis que un simple herrero puede llegar a todo», no se hace más que empujar a la iniquidad, agravar el desequilibrio social. La dicha del elegido está hecha con la desdicha de los demás. Un camarada que sube y se hace amo, cierra el camino a millares de camaradas, vive en adelante de su miseria. Y muchas veces su misma fortuna desproporcionada, pues presurosa, le mata. La única verdad era volver al trabajo salvador, al trabajo de todos ganando cada cual la vida, no debiendo la alegría más que a su inteligencia y a sus brazos.

–Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Hay que devolver, porque se muere de robar. Hay que devolver porque es la única manera de sanar. Por justicia, por interés personal, porque el bien de cada cual está en el bien de todos. Hay que devolver para sentirse bien, para tener una vida sana y feliz en medio de la paz universal. Hay que devolver, pues, si todos los conquistadores injustos detentadores de la fortuna pública devolviesen mañana lo que derrochan para sus placeres egoístas, los grandes señoríos, las grandes explotaciones, las fábricas, los caminos, las ciudades, vendría la paz enseguida con el amor

y la abundancia, sin que quedara un solo miserable. Hay que devolver, hay que dar ejemplo para que aprendan los ricos. Hay que devolver cuando es tiempo todavía, cuando hay cierta grandeza en volver con los compañeros confesándose engañado, tornando a su puesto para el esfuerzo común, esperando la hora de la justicia. Hay que devolver, y así se muere con la conciencia limpia, alegre el corazón, dejando una enseñanza reparadora al último retoño de la raza para que vuelva a levantarla, la salve del error y la haga durar, en la fuerza, en la alegría, en la belleza.

–Hay que devolver, hay que devolver, hay que devolver.

Lloraba Susana viendo a su hijo exaltado con las palabras del abuelo, mientras Boisgelin mostraba sorda irritación con movimientos de impaciencia.

–Pero abuelo –preguntó la nieta–, ¿a quién y cómo quiere usted que se restituya?

El anciano volvió a Lucas sus ojos llenos de luz.

–Si he querido que el fundador de la Crèche estuviere aquí, fue para que me oyese y os ayudase hijos míos. Ya ha trabajado mucho en la obra de reparación, y sólo él puede intervenir en esto y devolver lo que queda de nuestra fortuna a los compañeros, a los hijos, a los nietos de los compañeros de antaño.

Lucas, también ahogado de la emoción, estaba sin embargo perplejo, comprendiendo la hostilidad de Boisgelin.

–Yo no puedo –dijo– hacer más que una cosa. Ésta, sencillamente: Si los propietarios del Abismo quieren, admitirlo en nuestra asociación de la Créchérie. Como han venido ya otras fábricas puede el Abismo aumentar nuestra familia de obreros dando de pronto importancia doble a nuestra naciente ciudad. Y si por devolver entiende usted esta vuelta a mayor justicia, camino de la justicia total, yo puedo ayudarle y lo haré con todo mi corazón.

–Lo sé –respondió lentamente el señor Jerónimo–, y no pido más.

Pero Boisgelin, no pudiendo contenerse más tiempo, protestó.

–¡Ah! no, no es eso lo que yo quiero. Aunque con gran pena, estoy dispuesto a ceder el Abismo a la Créchérie. Se discutirá el precio; aparte de la suma fijada pediré cierta participación en el negocio que se discutirá también... Necesito dinero, quiero vender.

Era el plan que maduraba hacía varios días creyendo que Lucas deseaba vivamente los terrenos del Abismo, y que sacaría de él una suma considerable inmediatamente a más de reservarse rentas para el porvenir. Pero el plan vino a

tierra, cuando Lucas declaró con voz clara que anunciaba una voluntad irrevocable:

–Nos es imposible comprar. Eso es contrario al espíritu que nos dirige. No somos más que una asociación, una familia abierta a todos los hermanos que quieran unírse nos.

El señor Jerónimo que miraba a Boisgelin con fijeza, dijo con tranquilidad soberana:

–Soy yo quien quiere y quien ordena. Mi nieta Susana, aquí presente, copropietaria del Abismo se negará formalmente a todo arreglo que contraríe mi voluntad. Y estoy seguro que sólo sentirá como yo, no poder devolverlo todo y seguir cobrando los intereses de su capital, de que dispondrá como decida su corazón.

Boisgelin callaba, se sometía por la debilidad que le causaba su ruina. El anciano continuó:

–No es eso todo; quedan la Guerdache y la Granja. Hay que devolver, hay que devolver.

Entonces, agotadas las fuerzas, con palabra ya difícil, acabó de decir su voluntad. Como el Abismo iba a fundirse con la Crèche, quería que la Granja entrase en la asociación de Combettes. De una vez aquel dominio iría a ensanchar los vastos campos comunes de Lenfant, de Ivonnot y los demás aldeanos reconciliados. Sólo habría una

tierra, una madre única, amada, cultivada por todos, sustentándolos a todos. La llanura entera de la Rumaña llegaría a ser el granero abundante de Beauclair regenerado. En cuanto a la Guerdache, pues era en su totalidad de Susana, se encargaría ésta de entregarla a los pobres, a los que padecían, para no conservar nada de los bienes emponzoñados que tenían a los Qurignon agonizando. Y volviéndose a Pablo que seguía sentado junto a él, mirándole con ojos que ya empezaban a apagarse, cogiéndole las manos, dijo aún con voz más baja:

–Hay que devolver, hay que devolver. No guardarás nada; darás este parque a los antiguos compañeros, para que sea su recreo en los días de fiesta, y para que sus mujeres y sus hijos se paseen, y gocen horas de alegría y de salud bajo los árboles hermosos. Darás también la casa, esta morada inmensa, que no hemos sabido llenar, a pesar de nuestro dinero, y quiero que sea para las mujeres, para los hijos de los obreros pobres. Se les acogerá, se les cuidará, cuando estén enfermos o simplemente cansados... No guardes nada, dalo todo, dalo todo, hijo mío, si te quieres librar del veneno. Y trabaja, vive sólo de tu trabajo, busca la hija de un antiguo compañero que trabaje todavía, hazla tu esposa, ten de ella hijos hermosos que trabajarán, que serán justos y felices, que tendrán otros hijos hermosos, para el eterno trabajo futuro. No guardes nada, hijo mío, devuélvelo todo, es la única salvación, la paz y la alegría.

Todos lloraban; jamás sobre almas humanas había pasado un soplo más bello, más grande, más heroico. Por él, la estancia tenía ahora algo de augusta. Y los ojos del anciano que la había llenado de claridad, seguían apagándose poco a poco, mientras también su voz se hacía más opaca, volvía al eterno silencio. Había cumplido su obra sublime de reparación, de verdad y de justicia, ayudando a la felicidad que es el derecho primordial de los hombres. Y murió por la tarde.

Cuando Susana acompañó a Lucas, al salir de la habitación del señor Jerónimo se encontraron solos un instante, en el saloncillo. Estaban tan fuera de sí, trastornados por la emoción, que toda el alma les salió a los labios.

–Cuenta usted conmigo –dijo él–, yo les juro que he de velar porque se cumpla la voluntad suprema de que es usted depositaria. Desde ahora mismo voy a ocuparme en ello.

Le había cogido ella las manos.

–¡Oh! amigo mío, en usted pongo mi fe. Sé qué milagros de bondad ha realizado usted ya, y espero el prodigio de que nos reconcilie a todos. No hay más que el amor. ¡Ah, si yo hubiera sido amada, como yo amaba!

La veía temblar, entregándole el secreto tanto tiempo ignorado de ella misma y que se le escapaba en aquel instante solemne.

–¡Amigo mío, amigo mío! qué fuerzas hubiera tenido para el bien, cuánto hubiera podido ayudar, yendo del brazo de un justo, de un héroe, del que hubiera hecho mi dios. Pero, irrevocablemente, es muy tarde, de todas suertes ¿quiere usted tenerme por amiga, por hermana, que podrá servirle de algo?

Comprendió él; era el caso tan dulce, tan triste de Soeurette, que se repetía. Le había amado, sin decirlo, hasta sin confesárselo a sí misma, cual mujer honrada ávida de ternura, poniendo en él su sueño de amor dichoso, el consuelo de las crueldades de su matrimonio. Él mismo, ¿no la había amado en los lejanos días en que la encontraba en casa de los pobres, donde se habían conocido? Era todo deliciosamente discreto, un amor de ensueño, con que hubiera temido ofenderla, y que guardaba en su corazón, como las flores de un recuerdo encontradas entre dos páginas. Y ahora que Josina era la elegida, ahora que estas cosas estaban muertas, sin resurrección posible, se daba ella como Soeurette, compañera fraternal, simple amiga abnegada, deseosa de participar de su misión, de su empresa.

–¡Sí, la necesito! –exclamó él con lágrimas–; ¡ah sí, nunca hay bastante cariño, bastante buena voluntad, tierna y activa! ¡La tarea es tan grande! En ella podrá usted gastar todo el corazón que quiera. Venga usted con nosotros,



amiga mía, ya nunca me dejará, será parte de mi pensamiento y de mi amor.

Arrebatada, loca, se arrojó ella en sus brazos, se besaron. Se ataba un lazo indisoluble, un matrimonio de sentimiento, de una pureza exquisita, en que sólo quedaba la común pasión por los hombres y afligidos, el deseo inextinguible de exterminar la miseria del mundo. Tenía una esposa adorada, fecunda, que le daba hijos de su carne, e iba a tener dos amigas, dos compañeras con delicadas manos de mujer que le ayudarían en las obras de su espíritu.

Pasaron meses, la liquidación de los asuntos embrollados del Abismo fue muy laboriosa. Había la deuda de seiscientos mil francos de que había que librarse ante todo. Hubo arreglos; los acreedores aceptaron ser reembolsados por anualidades con los beneficios que realizaran las acciones del Abismo, cuando entrase en la asociación de la Crèche. Hubo que evaluar la suma que representaba el material y la maquinaria salvada del incendio. Esto, con más, extensos terrenos, a lo largo del Mionna, hata el viejo Beauclair, fue lo que aportaron los Boisgelin; y se les aseguró una renta modesta que se sacaría de los beneficios antes de repartirlos entre los acreedores. El deseo de Jerónimo Qurignon sólo se cumplía así a medias, en este período de transición en que el capital aún contribuía con el mismo título que el trabajo y la inteligencia, hasta que desapareciese, ante la victoria del trabajo único y soberano. Pero, a lo menos, la Guerdache y

la Granja pudieron volver por completo a la comunidad, fueron devueltas totalmente a los herederos de los trabajadores que las habían pagado algún día con su sudor. Incorporadas las tierras de la Granja a la asociación de Combettes, realizando así la idea secreta de Feuillat, prosperaron, dieron grandes ganancias, y todo este dinero se empleó en hacer de la Guerdache una casa de convalecencia para los niños débiles y las recién paridas. Se fundaron camas, hubo pensiones gratuitas, y el parque siempre florido pertenecía ahora a los humildes de este mundo; jardín inmenso, paraíso, recreo de los niños, salud de las madres, palacio del placer del pueblo con que la Naturaleza convidaba a todos.

Pasaron años. Lucas había cedido a los Boisgelin una de las casitas de la Crèche a poca distancia del pabellón que él seguía ocupando. Los primeros tiempos de esta existencia mediocre fueron muy duros para Boisgelin que no se resignó sin violentas rebeldías. Un momento, quiso volverse a París, vivir allí a su antojo, al azar. Pero su ociosidad nativa, el no poder ganarse la vida, le hacían débil como un niño y le entregaba en manos de cualquiera. Después de los desastres, Susana, tan juiciosa, tan suave pero tan fuerte, tenía sobre él una autoridad absoluta. Llegó la pereza a pesarle de tal modo, en aquel mundo activo, que quiso una ocupación. Se cansaba de no hacer nada, aburrido, avergonzado, no pudiendo ya emplearse en malgastar una fortuna. Aun en invierno, cazaba; pero el buen tiempo, fuera

de algunos paseos a caballo, era el tedio abrumador. Aceptó, pues, una inspección en los Almacenes Generales que le ofreció Lucas, por indicación de Susana. Eran tres horas de ocupación al día. Recobró un tanto la salud perdida, pero seguía inquieto, aburrido, desorientado, como si hubiera caído en otro planeta.

Y pasaron más años. Susana ya era la amiga, la hermana de Josina y de Soerurette, compañera de sus faenas. Las tres rodeaban a Lucas, le sostenían, le completaban, eran como su bondad, su ternura, su amabilidad. Las llamaba, sonriendo, sus tres virtudes. Trabajaban junto a las cunas de los asilos, en las escuelas, en las enfermerías, en las casas de convalecencia; iban doquiera había que aliviar algún dolor o hacer alguna alegría. Soeurette y Susana, sobre todo, aceptaban, ambicionaban los más ingratos trabajos, los que exigen abnegación personal, completo renunciamiento; Josina era de sus hijos, de su hogar y algo menos de los otros. Mas era la enamorada, la flor de belleza y de deseo, mientras Soeurette y Susana no eran más que las amigas, el consuelo, el consejo. Grandes amarguras pasó Lucas todavía, a veces; y al dejar los brazos de la esposa, solía buscar a las amigas a quien oía, a quien encargaba de curar las heridas; pero la mujer y para la mujer, la nueva ciudad había de ser fundada.

Habían pasado ocho años ya, cuando Pablo Boisgelin, que cumplía veintisiete, se casó con la hija mayor del obrero

Bonnaire, la cual tenía veinticuatro. Pablo desde que se habían juntado las tierras de la Guerdache con las de Combettes, se había apasionado, no por la ganancia, sino por la fertilidad de los anchurosos campos. Había conocido a Antonieta en casa de Susana, su madre, vecina de los Bonnaire. Estrecha amistad enlazó a la humilde familia de obreros con la antigua heredera de los Qurignon; y aunque la señora Bonnarie, la terrible Pelos, seguía siendo poco tratable, bastó la sencilla nobleza del marido, el héroe del trabajo, para hacer relaciones íntimas. Antonieta, parecida a su padre, fuerte y gallarda, morena, con mucha gracia, había asistido a las escuelas de Soeurette y la ayudaba ahora en la gran lechería instalada al extremo del parque en la falda de los Montes Bleuses. Decía ella que no era más que una vaquera hábil para hacer quesos y manteca. Cuando la boda, hubo gran fiesta, se celebraron estas nupcias simbólicas, porque representaban la reconciliación del capital arrepentido y del trabajo triunfante.

Al año siguiente, cuando Antonieta dio a luz, los Boisgelin, acompañados de Lucas, estaban cierta tarde tibia de junio reunidos en la Guerdache. Cerca de diez años hacía que había muerto el señor Jerónimo, y que según su voluntad el dominio había vuelto al pueblo. Antonieta, cuyo parto había sido difícil, estaba hacía dos meses de pensionista en la casa de convalecencia instalada en el antiguo palacio de los Qurignon. Pudo pasear por las umbrías del parque, del brazo de su marido, mientras Susana, como buena abuela, llevaba

al recién nacido. Detrás, a algunos pasos, iban Lucas y Boisgelin. Y qué recuerdos brotaban de aquella regia mansión transformada en casa de fraternidad, de aquellos prados y arboledas donde ya no resonaban el ruido de las fiestas dispendiosas, el galope de los caballos, los ladridos de los perros, pero donde los humildes de este mundo gozaban al fin de la salud al aire libre de la apacible sombra de los grandes árboles. Todo el lujo era suyo; dentro de las claras alcobas, los salones agradables, las abundantes cocinas; fuera, las calles de árboles sombrías, las fuentes sombrías, las fuentes cristalinas, los encañados de flores embalsamadas y de césped. Y daba gloria ver a niños, jóvenes y madres llamados de pronto a esta alegría, a este lujo de ser dichosos, después de haber sufrido, siglos y siglos encerrados en cubiles sin sol, entre inmunda miseria, sin poder más que mirar de lejos toda aquella aventura. Al llegar a una charca, la pareja, seguida de los padres, al final de una gran fila de sauces, Lucas rió suavemente.

–¡Oh, amigos míos, si vierais qué recuerdo! ¿Lo dudáis? A orillas de estas aguas tan tranquilas se hicieron novios Pablo y Antonieta hace veinte años.

Recordó la escena deliciosa que allí había visto cuando su primera visita a la Guerdache: la invasión popular de los tres pobres pilluelos, Nanet guiando a Luciano y Antonieta Bonnaire, atravesando un seto, para jugar junto a la charca; la invención ingeniosa de Luciano, el barco que navegaba

solo; y la llegada de los tres niños burgueses, Pablo Boisgelin, Nisa Delaveau, Luisa Mazelle. Pronto habían fraternizado formando parejas, ya novios, Pablo y Antonieta, Nisa y Nanet, Luisa y Luciano, y la naturaleza cómplice.

–¿No os acordáis?

El matrimonio, que reía con él, confesó que el recuerdo era un poco lejano.

–Si yo tenía cuatro años –dijo Antonieta– mi memoria no debía de ser muy firme.

Pero Pablo hacía un esfuerzo, muy atento al pasado.

–Yo tenía siete... ¡Esperad! Me parece que vuelvo a ver sombras vagas, el barco que recogíamos con una vara larga; una niña que por poco cae al agua; y luego los pilletes que echan a correr al ver gente.

–¡Eso es! ¡Eso es! –exclamó Lucas–. ¡Sí, se acuerda usted! Y yo recuerdo que aquel día tuve el escalofrío de la esperanza en el porvenir, pues había allí algo de la reconciliación futura. La divina infancia ya trabajaba por la paz y la justicia. Y aquí tenéis; lo que vosotros vais a hacer por la nueva dicha, este caballero está encargado de ampliarlo todo.

Y señalaba al recién nacido, a Ludovico en brazos de Susana tan contenta con ser abuela, y dijo ésta:

–Por lo pronto ya es muy juicioso porque duerme. Más adelante, querido Lucas le casaremos con una nieta de usted, y así será la reconciliación completa; todos los combatientes de ayer unidos y aplacados en su descendencia; ¿quiere usted? Desde hoy quedan celebrados los esponsales.

–¡Vaya si quiero! Nuestros biznietos activarán nuestra obra, cogidos de la mano.

Pablo y Antonieta conmovidos se habían abrazado, mientras Boisgelin, que no atendía, contemplaba el parque, su antiguo señorío, con aire triste en que ni amargura había; tanto mundo nuevo le trastornaba, le hacía imbécil. Y continuó por las umbrías el plácido paseo.

Pero el porvenir se iba realizando un poco más cada día. Al volver a la Guerdache se detuvieron un momento, ante la fachada, a la izquierda de la escalinata bajo las ventanas de la estancia en que el señor Jerónimo había muerto. Desde allí, entre las copas de los grandes árboles se distinguían a lo lejos los tejados de Beauclair, después la Crécherie y el Abismo. En silencio, contemplaron el ancho horizonte. Se veía destacarse el Abismo reconstruido por el modelo de la Crécherie, formando con ella una misma Ciudad de trabajo reorganizado, ennoblecido, que era ya orgullo, salud, alegría. Cada mañana nacían más amor y justicia. Y la ola de las casitas risueñas entre el verdor, aquella ola que Delaveau alarmado había visto avanzar siempre, acababa de invadir

los antiguos terrenos negros, ensanchando sin parar la ciudad futura. Ahora llenaban todo el espacio desde la falda de los Montes Bleuses hasta el Mionna; pronto iban a saltar la estrecha corriente, para barrer el viejo Beauclair, el montón sórdido de casuchas de servidumbre y agonía. Y seguirían avanzando más y más, construyendo piedra a piedra, bajo el sol fraternal, hasta los campos fértiles de la Rumaña, la ciudad al fin libre, justa y feliz.



## CAPÍTULO XII

MIENTRAS la evolución llevaba a Beauclair a su nuevo destino, el amor intervenía con fuerza irresistible, joven, alegre, victorioso; por todas partes matrimonios que acercaban las clases y traían más pronto la armonía, la paz final. El amor destruía los obstáculos, apasionado de la vida, alegre a la luz del sol en la dicha de ser, de engendrar más cada día.

Lucas y Josina habían dado el ejemplo. En seis años, tres hijos y dos hijas. El mayor, Hilario, nacido antes de la ruina del Abismo, ya tenía once años. Cada dos, venían los demás: Carlos de nueve, Teresa de siete, Paulina de cinco, Julio de tres. Jugaban, reían y esperaban el porvenir en el antiguo pabellón que se había ensanchado. Como Lucas decía a

Josina, su cariño constante lo mantenía aquella fecundidad que era un triunfo: a cada hijo, era más suya. La antigua amante por quien había luchado, héroe conquistador, hacía lugar hoy a la madre, rodeada de sus hijos, en aquel hogar por que combatía ahora Lucas dominador pacífico. Pero aún así, el amor no envejeció, seguían siendo amantes, vivía la llama eterna alimento del mundo. Ningún hogar tan alegre, lleno de niños y flores. Si Josina recordaba el triste pasado, la caída que la amenazó, era para arrojarse al cuello de Lucas con gratitud inagotable, mientras él, conmovido, la quería más, por haberla salvado. Se amaban, pero también decían:

–Hay que amar a los demás como nos amamos, la misma llama junta a todos los seres; nuestra dicha de amantes y de esposos, no podría durar más que en la dicha de todos. ¡Divino amor, pues nada puede vivir sin ti, ayúdanos a acabar nuestra obra, inflama los corazones, haz que todas las parejas de la ciudad amen y engendren, en la universal dilección que debe unirnos a todos!

Ésta era la que llamaban, riendo, la oración de la nueva religión de la humanidad. En su hogar perfumado de cariño, la flor del amor ya había florecido, en los años que siguieron al incendio del Abismo. Nanet que se hacía hombre, vivía con ellos. De viva fuerza, emprendedor, tenía encantado a Lucas que hacía de él su discípulo predilecto. En tanto, en casa de los Jordan, que vivían cerca, crecía Nisa, amada por Soeurette que la había recogido después de la catástrofe,

contenta con aquella hija adoptiva. Viéndose los jóvenes todos los días, llegaron a vivir el uno por el otro. Sus esponsales, en rigor, se habían celebrado en la infancia, en los días lejanos en que el amor niño los hacía jugar juntos, desafiar castigos y saltar muros para verse. Eran entonces rubios, rizados como corderos, reían con la misma risa argentina y se abrazaban sin saber que mundos enteros los separaban, a ella la burguesa hija del patrono, a él, pilluelo de calle de hijo pobre del miserable trabajo manual. Vino después el incendio, que les fundió en una misma carne, salvada Nisa en brazos de Nanet, ambos cubiertos de quemaduras, en peligro de muerte. Y hoy todavía eran rubios, rizosos, reían como siempre, emparejados; mas ella era ya una mujer, él un hombre y se adoraban.

El idilio duró aún cerca de los siete años, mientras Lucas hacía de Nanet un hombre de provecho y Soeurette ayudaba a Nisa a hacerse más hermosa y más buena. Tenía ella trece años cuando ocurrió la espantosa tragedia de su padre y de su madre, cuyas cenizas no aparecieron ni bajo los escombros. Mucho tiempo duró en ella el terror de la desgracia. Todavía, se esperó para decidir el matrimonio a que tuviese veinte años y su elección fuera del todo libre. Además, tampoco Nanet le llevaba apenas tres años, y aún era aprendiz. Alegres, juguetones, no tenían prisa. Les bastaba esta alegría común. Se veían todas las tardes y se contaban su vida, sucesos ordinarios, pura nada, siempre lo mismo. Se cogían las manos, así estaban horas, éste era el

gran placer, y después un beso fuerte al separarse. No faltaban sus nubecillas; Nanet encontraba a veces a Nisa muy orgullosa y autoritaria; se hacía la princesa, como él decía. Era además muy coqueta, le gustaban los vestidos hermosos y las fiestas en que los lucía. Ser hermosa no estaba prohibido, al contrario, había que ser siempre lo más hermoso que se pudiera; lo malo era echar a perder la belleza despreciando a la gentecilla. Nisa, en quien revivía algo de su voluptuosa madre y del padre despótico, se enfadaba, primero, y creía probar que era la perfección misma. Pero luego se rendía, se humillaba por agradar a Nanet a quien adoraba. Y si no lo conseguía del todo, que solía suceder, decía riendo que su hija, si la tenía, sería mucho mejor, porque hay que dejar a la sangre de los príncipes de este mundo tiempo para hacerse democrática en su descendencia cada vez más fraternal.

Por fin, al llegar Nisa a los veinte años y Nanet a los veintitrés fue la boda, deseada, prevista, esperada. Y como este matrimonio, la hija de los Delaveau casándose con el hermano de Josina, ya mujer de Lucas, apagaba todos los odios, consumaba el pacto de alianza, se le quiso glorificar con una fiesta que fuese el perdón del pasado, la entrada radiante en el porvenir. Habría cánticos y bailes sobre el mismo terreno del antiguo Abismo, en uno de los talleres de la nueva fábrica reconstruida como prolongación de la Crécherie. La ciudad industrial, que ahora ocupaba hectáreas y más hectáreas y seguía creciendo.

Lucas y Soeurette lo dirigieron y organizaron todo y fueron testigos de la boda; él de Nanet, ella de Nisa. Querían un triunfo brillante, la victoria de la ciudad, de la paz y el trabajo. Conviene que los pueblos tengan sus grandes regocijos; la vida pública necesita muchos días de belleza, alegría y exaltación. Se escogió el taller inmenso de la gran fundición con sus martillos monstruosos, sus gigantescos puentes, sus grúas móviles. Las nuevas construcciones, ligeras, de acero y de ladrillos eran limpias y sanas, claras y alegres con sus grandes vidrieras que esparcían olas de aire y de luz. Todo se dejó en su sitio, pues no había decorado mejor para la fiesta del trabajo triunfante que estas máquinas gigantescas con su perfil de líneas poderosas, de una belleza soberana, toda lógica, seguridad y fuerza, pero se las adornó con follaje, se las coronó de flores, en homenaje, como los antiguos altares. Las paredes de ladrillo se adornaron con guirnaldas y se cubrió el suelo con rosas y retama deshojadas. Era el florecer del esfuerzo humano, el secular esfuerzo por la dicha, que al fin daba la flor y embalsamaba la faena del obrero antes injusta, dura, ya libre, atractiva.

Salieron ambos séquitos, uno de casa del novio, otro de casa de la novia. Lucas conducía al héroe, Nanet seguido de Josina y de sus hijos. Soeurette llevaba a Nisa, hija adoptiva suya y de su hermano. Jordan aquel día había dejado el laboratorio donde pasaba años como horas. Todo el pueblo de la nueva ciudad, que descansaba en señal de alegría,

esperaba en la carretera para aclamar a la pareja. Brillaba el sol, las casas alegres lucían vivos colores, árboles y prados estaban llenos de flores y de aves. Detrás de la comitiva seguía la multitud de los trabajadores, un pueblo contento que invadió poco a poco los vastos talleres anchos y altos como naves de antiguas catedrales. Llegaron al taller de la gran fundición y fue estrecho a pesar de ser inmenso. Aparte de Lucas, los suyos y los Jordan, estaban allí los Boisgelin, Pablo, primo segundo de la novia, que había de casarse con Antonieta cuatro años después. Estaban los Bonnaire, los Bourron, hasta los Fauchard, todos los obreros cuyos brazos habían ayudado a esta victoria del trabajo. Habían pululado estos hombres de fe y de buena voluntad, estos obreros del primer día: la muchedumbre de los camaradas presentes ¿no era su familia agrandada, hermanos que eran más cada día? Eran cinco mil; serían diez mil, cien mil, un millón, la humanidad entera. Y la ceremonia, en medio de las máquinas poderosas floridas y orladas de guirnaldas, fue de una sencillez conmovedora y soberana.

Sonrientes, Lucas y Susana pusieron la mano de Nanet en la de Nisa.

–Amaos con todo el corazón, con toda la carne, tened hijos hermosos que se amarán como vosotros os hayáis amado.

La multitud aclamó el amor, el amor rey, el que puede fecundar el trabajo haciendo la raza siempre más numerosa, inflamándola con el deseo, eterno foco de la vida.

Pero ya aquello era demasiado solemne para Nanet y para Nisa, que se habían querido jugando, desde la infancia. En vano habían crecido los dos corderillos rizados; seguían siendo los juguetes con sus vestidos de fiesta, ambos de blanco. No se contentaron con el ceremonioso apretón de manos que les hicieron darse. Se echaron uno al cuello del otro.

–¡Ay Nisa mía, qué dicha tenerte, después de esperarte años y años!

–¡Ay mi Nanet, qué feliz soy siendo tuya; pues la verdad pura es que bien me has ganado!

–Nisa, ¿te acuerdas cuando tirándote por los brazos te ayudaba a saltar las paredes y cuando te llevaba a cuestras, a horcajadas, haciendo el caballo que se encabrita?

–¿Y te acuerdas, Nanet, cuando jugábamos al escondite, que acababas por encontrarme entre los rosales tan bien escondida que era morir de risa?

–¡Ay, Nisa, Nisa! vamos a querernos como hemos jugado, mucho, mucho; con toda la fuerza de nuestra salud y de nuestra alegría.

Y se besaban y reían y jugaban en el colmo de la dicha. Entusiasmada por tal espectáculo, arrastrada por una ola de alegría sonora, la multitud batió palmas, aclamó el amor, el

amor todopoderoso que hace sin cesar más vida y más venturosa. El amor fundaba la ciudad y sembraba la mies de hombres mejores para las próximas recolecciones de paz y de justicia. De pronto empezaron los cánticos, coros en que unas voces respondían a otras; los ancianos cantaban su reposo bien ganado, los hombres que aún trabajaban, su esfuerzo vencedor; las mujeres el dulce amparo de su ternura, los niños la confiada alegría de su esperanza. Luego hubo bailes, todo un pueblo cantando, y al final, cogidos todos de la mano en rueda sin fin, dieron vueltas horas y horas al son de músicas alegres por los talleres de la inmensa fábrica. Pasaron por el taller de los hornos de pudelar y de los laminadores; por el de los hornos de crisol, atravesó la rueda el de los tornos, volvió por el taller del vaciado del acero, llenando con la turbulencia de su ritmo y la alegría de sus estribillos las altas naves, donde no resonaba de ordinario más que el aliento heroico del trabajo. En otro tiempo ¡se había sufrido tanto en el negro presidio sucio y malsano que se levantaba allí y que habían arrebatado a las llamas! Ahora el sol, el aire, la vida entraban libremente y la ronda de la boda iba y venía alrededor de las grandes máquinas, los formidables martillos pilones, las gigantescas garlopas que parecían sonreír bajo sus adornos de follaje y de flores, mientras los dos muchachos que se casaban, guiaban la danza como si fueran el alma de estas cosas, el mañana más fraternal y equitativo, asegurado por la victoria de sus largos amores.



Lucas preparaba una sorpresa a Jordan, queriendo festejarle también, pues sus trabajos de sabio iban a hacer más en bien de la ciudad que cien años de política. Cuando oscureció del todo, se iluminó toda la fábrica, millares de lámparas la inundaron con una alegre claridad de mediodía. Era que las investigaciones de Jordan habían dado su fruto; acababa de encontrar, después de muchos fracasos, el modo de transportar la fuerza eléctrica sin pérdida ninguna, gracias a nuevos aparatos ingeniosos. En adelante se economizaba el transporte del carbón, se le quemaba al salir del pozo y las máquinas que transformaban la energía calorífica en energía eléctrica, la enviaban en seguida a la Crécherie por cables especiales sin que se perdiera nada, con lo que de repente bajó en una mitad el precio de fábrica. Era, pues, una primera gran victoria; la Crécherie iluminada con profusión, la fuerza repartida en abundancia con las grandes y pequeñas máquinas, el bienestar aumentado, el trabajo facilitado, agrandada la fortuna. Era un paso más hacia la dicha.

Cuando Jordan, ante aquella iluminación, comprendió el cariñoso intento de Lucas, se echó a reír como un niño.

–Amigo mío, a mí también me da usted un ramillete; y en verdad un poco sí lo merezco; recuerde que hace diez años que vivo empeñado en la solución del problema. ¡Con cuántos obstáculos he chocado, qué de descabros cuando ya me creía vencedor! No importaba, sobre las ruinas de mis

fracasos volvía al día siguiente a la carga; siempre se llega cuando se trabaja.

Lucas reía también lleno de su valor y de su fe.

–Bien lo sé, usted es el vivo ejemplo, no conozco mejor maestro de energía que usted. Yo me crié en su escuela... He aquí la noche vencida, en fuga las tinieblas; ya podremos con esta ola de electricidad barata, encender por encima de la Crèche, al llegar el crepúsculo, su astro que reemplace al sol. Y ha ahorrado usted también gran parte del esfuerzo humano; basta ya un hombre donde se necesitaban dos, gracias a esta prodigalidad de la fuerza mecánica que suprimirá poco a poco el dolor. Le festejamos como al señor de la luz, del calor y de la fuerza.

Jordan, a quien Soeurette había envuelto en una manta, por miedo al fresco de la noche, seguía mirando a la fábrica inmensa que brillaba como un palacio encantado. Pequeño y débil, pálido, con su aspecto enfermizo de desahuciado, se paseaba por aquel esplendor de apoteosis. En diez años apenas había salido de su laboratorio, absorto en su trabajo. Sin saber casi nada de lo que pasaba fuera, confiando a su hermana y a su amigo la dirección de su vasto dominio, ahora se maravillaba de los resultados obtenidos; como si cayera de otro planeta, le asombraba el gran éxito de esta obra, de la cual era también autor, el más ignorado y más activo.

–Sí, sí –murmuró–, esto va bien, se ha ganado no poco terreno. Adelantamos, el porvenir soñado se acerca. Y le pido perdón, querido Lucas, por no haber creído en su misión. ¡Cuánto trabajo nos cuesta participar de la fe de los demás, cuando trabajan en otro terreno que nosotros! En fin, me ha convertido usted, pero aún le queda mucho que hacer, como a mí mismo, que, ¡ay!, no he hecho nada, comparado con lo que quisiera hacer todavía.

Se había quedado serio y pensativo.

–El precio de fábrica que hemos disminuido en la mitad casi, aún es muy elevado; y luego, esas instalaciones complicadas y costosas junto a la boca de los pozos, las máquinas de vapor, las calderas, sin contar los kilómetros de cables que sale tan caro conservar, todo eso es bárbaro y se traga tiempo y dinero. Hace falta otra cosa; algo más práctico, simple y directo. ¡Ah! yo bien sé en qué sentido debo buscar, pero tal investigación parece una locura, no me atrevo a decir a nadie la obra que he emprendido, pues ni yo mismo puedo explicarla con la debida claridad... Sí, habría que suprimir la máquina de vapor, la caldera que es el intermediario molesto entre la hulla extraída y la electricidad producida. Habría, en una palabra, que transformar directamente la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la energía mecánica. ¿Cómo? No lo sé todavía. Si lo supiera, el nuevo problema estaba resuelto. Pero en él trabajo y espero vencer. Entonces ya

vería usted, ya vería usted, la electricidad no costaría casi nada, podríamos darla a todos, esparcirla, hacer de ella el victorioso agente del bienestar universal –se entusiasmaba, se crecía, con ademanes apasionados, él tan mudo, tan reflexivo generalmente.

–Llegará el día en que la electricidad será de todo el mundo, como el agua del río, el viento del cielo. Habrá que darla, prodigarla. Circulará en los pueblos como sangre de la vida social. En cada casa bastará dar una vuelta a simples llaves para que haya con profusión fuerza, calor, luz, como ahora hay agua. Y de noche se encenderá otro sol que apague las estrellas. Suprimirá el invierno, hará nacer el eterno estío recalentando el viejo mundo, subiendo hasta las mismas nubes a derretir la nieve. Por eso no estoy muy orgulloso con lo hecho, que es muy poco comparado con lo que falta.

Y concluyó con aire de tranquilo desdén:

–Ni aún puedo poner por obra prácticamente mis hornos eléctricos para la fundición del hierro. Siguen siendo hornos de laboratorio, de experimento. La electricidad aún es muy cara para que pueda emplearse con provecho; no ha de costar más que el agua y el aire. Cuando pueda darla sin medida, mis hornos transformarán la metalurgia. Y bien conozco el único camino y he vuelto al trabajo.

La fiesta nocturna fue maravillosa. Volvieron los bailes y los cánticos, en los talleres iluminados donde todo el pueblo celebraba la boda. Lo que brillaba en la alegría de todos era el trabajo emancipado, honroso, sano, alegre; la miseria vencida, la fortuna pública que iba siendo de todos y la esperanza de un porvenir que realizará el sueño fraternal de una sociedad solidaria y libre. El amor haría el milagro; y al amor se aclamaba al conducir a Nanet y a Nisa a su casa nupcial.

Por este tiempo, el amor causó también una revolución en la burguesía de Beauclair; y sopló la tempestad en el hogar de los pacíficos Mazelle, los rentistas, los honrados perezosos. Su hija Luisa siempre los había sorprendido y trastornado con su carácter tan diferente al suyo, activa, emprendedora, siempre atareada. Sus padres, que ponían la felicidad en no hacer nada, no se explicaban aquella agitación inútil. Era su hija única, iba a tener una gran fortuna en sólidas rentas del Estado, ¿no era locura el no encerrarse en su rincón de paz al abrigo de los disgustos de la vida? Ellos se contentaban con su dicha egoísta, sin ventanas a la desgracia ajena, muy honrados, muy afectuosos, muy compasivos para consigo mismos sino para con los demás, adorándose, cuidándose, mimándose como tiernos y fieles esposos. ¿Por qué a su hija le interesaba el mendigo que pasaba, las ideas que cambiaban el mundo, los sucesos que turbaban la calle? Todo la importaba; apasionada, temblorosa, daba un poco de su existencia a

todos. Por el mismo contraste la adoraban más sus padres, estupefactos. Y acabó de trastornarlos con un arranque de pasión que ellos descuidados creyeron simples amoríos, pero que se agravó hasta el punto de hacerles temer el fin del mundo. Luisa Mazelle, que seguía siendo muy amiga de Nisa Delaveau, la veía a menudo en casa de los Boisgelin desde que éstos estaban instalados en la Créchérie. Allí había encontrado otra vez a Luciano Bonnaire, su antiguo camarada cuando ella se escapaba a jugar con los pilletes de la calle. Ambos eran de la partida cuando la famosa aventura del barco de Luciano, que navegaba solo, y también cuando se trataba de saltar las paredes. Pero ahora Luciano era un guapo mozo de veintitrés años y ella tenía veinte. Si él no hacía ya barquichuelos que navegaban solos, había llegado a ser, guiado por Lucas, un obrero mecánico muy inteligente, de mucha inventiva, destinado a prestar grandes servicios a la Créchérie, donde ya se ocupaba en montar máquinas. No era un señorito; tenía cierto orgullo en continuar siendo obrero, como su padre, a quien veneraba.

En la pasión que inspiraba a Lucas, entraba por algo el espíritu que la conducía a contrariar las ideas burguesas, a no hacer lo que solían los de su clase. La antigua amistad pronto fue pasión, irritada con los obstáculos. Él, impresionado por tal cariño, también la quería ya profundamente. Pero era más prudente, no quería chocar con nadie; y padecía pensando que era demasiado fina, demasiado rica para él. Sólo decía que, de perderla, jamás

se casaría. Pero ella enloquecía sin más que suponer que no les dejaban casarse, y hablaba de dejar fortuna y todo para irse con él.

Seis meses duró la lucha. En casa de Luciano, este matrimonio, que debía halagarles, se veía con sorda desconfianza. Bonnaire hubiera preferido para Luciano la hija de un compañero. Los tiempos habían cambiado, ya no era motivo de vanidad ver a su hijo ascender en la escala social, del brazo de una joven de la burguesía agonizante. Pronto el provecho sería para el burgués, si adquiriría sangre roja, salud y fuerza en alianzas con el pueblo. Había riñas en casa de Bonnaire, con este motivo, pues su mujer, la terrible Pelos, por orgullo hubiera consentido, pero a condición de hacerse ella también señora, con hermosos vestidos y alhajas. Nada de la evolución que se realizaba en torno de ella había podido cambiar su afán de dominar y aparentar; seguía con su carácter detestable, a pesar de la holgura asegurada con que ahora vivían, y culpaba a su marido porque no había hecho fortuna, como el señor Mazelle, por ejemplo, mozo listo que no trabajaba hacía mucho tiempo. Ella hubiera querido lucir sombreros, darse tono en el paseo, gozando de la riqueza. Al oír a Luciano declarar que, si se casaba con Luisa, no entraría en su casa ni un cuarto de los Mazelle, acabó de perder la cabeza y se declaró contra un enlace que no le daba provecho. ¿Para qué casarse con aquella joven tan menuda, nada bonita, tan particular, si no

era por su dinero? Sería el colmo de tantas cosas raras y molestas como estaba viendo hacía tanto tiempo.

Una tarde hubo una explicación borrascosa entre la Pelos, Bonnaire y su hijo Luciano, en presencia del tío Lunot, que aún vivía, con más de setenta años. Fue después de comer, en el reducido comedor, limpio y alegre, cuya ventana daba al verdor del jardín. Había flores en la mesa, siempre abundante. El tío Lunot, que ahora tenía tabaco a discreción, acababa de encender la pipa, cuando a los postres, torció el gesto la Pelos, se enfadó por cualquier cosa, por el gusto de reñir, según costumbre.

–¿De modo –dijo a Luciano–, que es cosa hecha; te has de casar con esa señorita? Hoy te he visto con ella, delante de casa de Boisgelin. Si me quisieras algo, ya la habrías dejado, pues sabes que ni a tu padre ni a mí nos gusta el tal matrimonio.

Luciano, buen hijo, evitaba las discusiones, que además, eran inútiles. Se volvió hacia Bonnaire.

–Pero –respondió sencillamente–, creo que mi padre está dispuesto a consentir.

Fue esto para la Pelos como un latigazo, que le hizo a descargar la furia sobre su marido.



–¿Cómo es eso? ¿Conque das tu consentimiento sin avisarme? No hace quince días que te parecía mal esa boda. ¿Das vueltas como una veleta?

Tranquilamente, le replicó Bonnaire:

–Hubiera preferido que el muchacho hubiese escogido otra. Pero tiene cerca de veinticuatro años, y no quiero en asuntos del corazón imponerle mi voluntad. Sabe como pienso; hará lo que mejor le esté.

–¡Muy bien! –gritó la Pelos–. Pronto te conformas; te crees libre y acabas siempre por decir amén a todo. Va a hacer veinte años que estás aquí con el señor Lucas, repites que no piensa como tú, que se hubiera debido empezar apoderándose de los instrumentos del trabajo, sin aceptar el dinero de los burgueses; pero esto no quita que sigas al señor Lucas, y a estas horas puede que te parezca bien lo que habéis hecho juntos.

Y continuó procurando herirle en lo vivo. Muchas veces le había irritado, tratando de ponerle en contradicción consigo mismo. Pero ahora se contentó con encogerse de hombros.

–Ciertamente; lo que hemos hecho juntos está muy bien. Puedo sentir todavía que no haya seguido mis ideas; pero tú eres la última que debes quejarte, pues no sabemos lo que es la miseria; somos dichosos; ningún hacendado de esos con que sueñas está como nosotros.

No cedió ella.

–Te agradecería que me explicaras todo lo que pasa aquí; nunca he comprendido palabra. Si tú eres feliz, mejor para ti; yo no lo soy. La felicidad consiste en tener mucho dinero, retirarse y no hacer nada. Con todos esos líos de reparto de beneficios, almacenes con rebaja, bonos y cajas, nunca tendré cien mil francos míos, en mi bolsillo, para gastar a mi antojo, en cosas que me agraden... ¡Soy desgraciada, muy desgraciada!

Exageraba, por molestarle, pero era cierto que no se había aclimatado a la Crèche; sufría con un atavismo de mujer coqueta y gastiza cuyos instintos contrariaba la solidaridad comunista. Buena ama de su casa, limpia y activa, tenía un carácter detestable, testaruda, limitada, y su casa seguía siendo un infierno.

Bonnaire, sin contenerse, dijo:

–¡Estás loca; te haces y nos haces desgraciados!

Sollozó ella; su hijo, a quien tanto disgustaban tales reyertas, tuvo que besarla, asegurándole que la quería, que la respetaba, pero ella, encarnizada, prosiguió, vuelta a su marido:

–¡Anda, pregunta a mi padre lo que piensa de vuestra fábrica por acciones y de esa famosa justicia y ventura que

van a salvar el mundo! Es un antiguo obrero, no le acusarás de decir tonterías como una mujer, tiene setenta años, debes creer en su buen juicio.

Y volviendo al tío Lunnot que chupaba el tubo de su pipa con beatitud infantil, dijo:

–¿No es verdad, padre, que son idiotas con todas sus artimañas para prescindir de los patronos, y que ellos son los que han de salir perdiendo?

El anciano, pasmado, la miró, antes de responder con voz opaca:

–Claro que sí. Los Ragú y los Qurignon, ¡ah, eran camaradas en otro tiempo! Hubo el señor Jerónimo, su padre. Pero antes de esos dos había habido un señor Blas, con el cual trabajaron mi padre Juan Ragú, y mi abuelo Pedro Ragú. Pedro Ragú y Blas Qurignon eran dos compañeros, dos obreros tiradores que golpeaban en el mismo yunque. Y ahí tenéis; los Qurignon son patronos archimillonarios y los Ragú siguen siendo unos pobres. Siempre se vuelve a lo mismo, las cosas no pueden cambiar, y hay que creer que están bien así.

Divagaba un poco en su somnolencia de res coja, muy vieja y olvidada, que escapó por milagro del matadero común. Muchas veces no se acordaba de los sucesos de la víspera.

–Pero, tío Lunot –dijo Bonnaire–, justamente las cosas están cambiando mucho... El señor Jerónimo ha muerto y ha devuelto todo lo que le quedaba de su fortuna.

–¿Cómo que ha devuelto?

–Sí, ha devuelto a los compañeros la riqueza que debía a su esfuerzo, a su largo sufrimiento. Acuérdesse usted, ya hace mucho tiempo.

El anciano escarbaba en su memoria oscura.

–¡Ah, bueno, bueno, ya me acuerdo; aquella historia tan extraña! ¡Pues bueno! ¡si ha devuelto es un imbécil!

Dijo esto con claro desprecio, pues nunca había soñado más que con hacer fortuna, como los Qurignon, y ser amo, señor ocioso y divertirse. No había pasado de ahí, como toda la generación de viejos esclavos explotados y desesperados que se resignaban con sus cadenas, que sólo sentían no haber nacido explotadores.

La Pelos soltó una carcajada insultante.

–¡Ya lo ves, mi padre no es tan bestia como vosotros, no pides peras al olmo! ¡El dinero es el dinero, y cuando se tiene dinero, se es el amo, y no hay más!

Bonnaire volvió a encogerse de hombros, mientras Luciano, silencioso, miraba por la ventana los rosales

floridos del jardín. ¿Para qué discutir? Era ella el pasado testarudo. Moriría en el paraíso comunista, en el seno de la ventura fraternal, negándolo, echando de menos el tiempo de negra miseria en que esperaba a economizar diez cuartos para correr a comprarse una cinta.

Babette Bourron entró en aquel instante alegre como siempre, encantada sin cesar en la nueva situación. Gracias a su optimismo sonriente había ayudado a salvar a su marido. Bourron el simple, de la sima en que había caído Ragú. Siempre había confiado en el porvenir segura de que todo se arreglaría; si faltaba pan, se lo figuraba caído del cielo. Aquella Crèche era un paraíso que se realizaba. Su cara de muñeca, fresca aún, bajo un trapo atado como quiera, brillaba con la alegría de haber curado a su marido de la bebida, y de tener dos hijos hermosos que pronto casaría, en una casa propia, hermosa y alegre como las de los ricos.

–¿Conque está decidido; se casa Luciano con Luisa Mazelle?

–¿Quién le ha dicho a usted eso? –preguntó la Pelos de mal talante.

–Pues Josina. La señora Froment, a quien encontré esta mañana.

La Pelos se puso blanca de cólera contenida. En su irritación contra la Crécherie, lo principal era su odio a Josina: nunca había perdonado a «aquella perdida» su unión con Lucas, la suerte de ser la mujer del héroe. ¡Y el decir que algún día aquella miserable criatura se moría de hambre arrojada a la calle por Ragú, por su hermano! Ahora se creía humillada por ella, cuando la encontraba con sombrero, como una señora. Y esta dicha ajena era lo que ella nunca aceptaría.

–Josina –dijo en tono brutal–, en vez de ocuparse en matrimonios que no la importan, haría mejor en procurar que se olvidara el suyo, que se celebró la semana de los tres jueves. Y además, ya me fastidian todos, conque dejadme en paz.

Salió dando un gran portazo, dejándolos en un silencio embarazoso. Babette se echó a reír acostumbrada a los modales de su amiga, a quien disculpaba. A Luciano se le saltaron las lágrimas, pues era su vida lo que se discutía entre tanto mal humor. Pero su padre le apretó la mano como prometiéndole arreglar las cosas. Mas a él también le entristecía ver que la felicidad, aun entre la paz y la justicia, estaba a merced de las querellas del hogar.

Si Luciano esperaba que al fin sus padres consentirían, Luisa encontraba en los suyos mayor resistencia. Por lo mismo que la adoraban no cedían, luchando sin ásperas disputas, con la inercia bonachona, a ver si la cansaban. En

vano ella hacía en casa mucho ruido y mil extravagancias. Ellos, sonrientes, fingían no comprender y la hartaban de golosinas y regalos. Amenazó con ponerse mala. Vino Novarre, dijo que de tales enfermedades no entendía él, que allí no había más medicina que casar a la chica. Los Mazelle resolvieron consultar con sus amigos. Les parecía lo que Luisa quería hacer una abdicación de la clase, y era natural que intervinieran los personajes, las autoridades. Una tarde invitaron a Chatelard, a Gourier, a Gaume y a Marle a que vinieran a tomar una taza de té en su jardín, templo de la pereza, entre rosas.

–Haremos lo que nos digan –dijo Mazelle–. Saben más que nosotros y nadie podrá criticarnos. Yo ya estoy como tonto.

–Y yo –dijo su señora–. Esto no es vivir; y figúrate para mi enfermedad.

Llegaron primero a la cita el subprefecto y el alcalde. Seguían siendo inseparables; parecía haberlos unido más la muerte de la hermosa Leonor. Durante cinco años la habían cuidado inválida, clavada en una butaca por una parálisis de las piernas; el amigo fiel, cuando el esposo faltaba, le suplía velándola, leyendo lo que ella quería. Leonor murió en brazos de Chatelard de repente, una tarde que la ayudaba a tomar una taza de tila mientras Gourier fumaba fuera. Cuando éste entró lloraron juntos. Ahora apenas se separaban, en los ocios que la administración de la ciudad les dejaba. Gourier había seguido el ejemplo de Chatelard;

sólo administraba teóricamente. La evolución nadie la detendría. El alcalde, sin embargo, admitía con trabajo tan amable filosofía. Se había reconciliado con su hijo Aquiles, que había tenido de Azulina una niña deliciosa, Leonia, de ojos azules como su madre, ojos de infinito cielo azul; y ahora, casadera ya, cerca de los veinte años, había seducido al abuelo que se había resignado a abrir la puerta al matrimonio irregular. Era duro, decía, para un alcalde, magistrado civil del matrimonio, aceptar en su casa a la pareja revolucionaria casada a la luz de las estrellas, una noche caliente en que olía bien la tierra. Gourier, influido por Chatelard y reconciliado con los suyos, ya no miraba con tan malos ojos a la Créchérie. El magistrado y el cura se hicieron esperar, y los Mazelle impacientes empezaron a explicarse con los otros; ¿debían resignarse ante el capricho irracional de su hija?

–Ya comprende usted, señor subprefecto –dijo Mazelle inquieto, pero dándose tono–, aparte de nuestro disgusto personal, hay que contar con el deplorable efecto social, con la responsabilidad... Vamos al abismo.

Estaban a la sombra, templada, perfumada, por rosas trepadoras ante una mesa con alegre mantel de colores, cargada de pastelillos; y Chatelard, siempre correcto y de buen aspecto a pesar de la edad, sonrió con ironía discreta.

–En el abismo ya estamos, señor Mazelle. No se inquiete usted por el Gobierno, ni por la Administración, ni por la



buena sociedad; todo eso sólo existe ya en apariencia. Gourier sigue siendo alcalde, yo subprefecto; pero como detrás no hay verdadero Estado, somos fantasmas. Este paso llevan los ricos y poderosos, pues la nueva organización del trabajo les va quitando poder y fortuna. No hay a quien defender; ellos mismos por un vértigo ayudan a la revolución. No resista usted; entréguese.

Le gustaban estas bromas que aterraban a los últimos burgueses en Beauclair. Pero decía la verdad, burla burlando. En París se realizaban muy graves acontecimientos; el viejo edificio caía piedra a piedra, y dejaba el sitio a una constitución transitoria que anunciaba la ciudad futura de justicia y de paz. Contento, viéndose olvidado en un rincón de provincia, allí pensaba morir tranquilo con su régimen, con aire sonriente de filósofo y hombre de mundo.

Los Mazelle palidecieron. Ella, arrellanada en su butaca, miraba a los pasteles; el marido exclamó:

–¿Cree usted verdaderamente que tan amenazados estamos?.. Sé que se habla de reducir la renta.

–La renta se suprimirá antes de veinte años o se irá reduciendo progresivamente hasta desposeer a los rentistas. El proyecto está en estudio.

La señora Mazelle suspiró, como si entregara el alma.

–¡Oh! nosotros ya habremos muerto, no veremos esas infamias. Pero cogerán a nuestra pobre hija, razón de más para obligarla a casarse bien.

Chatelard, implacable, añadió:

–Pero si ya no habrá matrimonios ventajosos, pues que la herencia va a desaparecer. Es cosa resuelta casi. Cada familia en adelante tendrá que labrarse su propia dicha. Que se case Luisa con un burgués o con un obrero, su capital será el mismo: el amor, si tienen la suerte de amarse; la actividad en el trabajo, si saben no ser perezosos.

Callaron; se oyó el ruido de las alas de una curruca que revoloteaba entre los rosales.

–Entonces –preguntó Mazelle anonadado–, ¿es ése el consejo que usted nos da? ¿Según usted, podemos aceptar por yerno a ese Luciano Bonnaire?

–Dios mío, ya lo creo. La tierra no dejará de seguir dando vueltas en paz, por eso. Y si los chicos se adoran, están ustedes seguros de hacer a dos seres felices a lo menos.

Gourier nada había dicho todavía. No estaba a gusto zanjando tal cuestión que le recordaba lo que había pasado en su casa. Pero se le escapó decir:

–Es verdad, más vale casarlos. Cuando los padres no los casan, se escapan y se casan solos. ¡Oh! ¡en qué tiempo vivimos!

Alzaba los brazos al cielo; sólo el ascendiente de Chatelard le impedía caer en negra melancolía. Su antigua afición a las obreras jovencitas le producía ahora una vejez atontada; se dormía a cada instante. En todas partes, en la mesa, en medio de una conversación, en paseo. Y concluyó con aire resignado de antiguo patrono terrible, vencido por los hechos.

–En fin, ¿qué quieren ustedes? Después de nosotros el diluvio, como dicen muchos de los nuestros. Ya no somos nadie.

Llegó en esto Gaume, muy retrasado. Se le habían hinchado las piernas; andaba con trabajo, con ayuda de un bastón. Iba a cumplir setenta años, y esperaba su retiro con la repugnancia secreta de aquella justicia humana que había aplicado durante tantos años ateniéndose a la letra de la ley estricta, como un sacerdote que ya no cree, pero se atiene al texto. Pero en su hogar, el drama de amor y traición se había continuado terco, implacable. Después de la muerte de su mujer que se había suicidado a su vista confesando su culpa, había consumado el desastre su hija Lucila, casada con el capitán Jollivet, a quien hizo que matara un amante antes de huir con él. Era una aventura terrible; la hija coqueta y sensual reproduciendo la traición de la madre,

acorrallando a su marido en un duelo especie de asesinato. El capitán, llamado por una carta anónima, había sorprendido en flagrante delito a su mujer medio desnuda en brazos de un mocetón, que le había arrojado un cuchillo para reñir sobre el terreno. Según otros, el capitán había buscado la muerte, no se había defendido, por horror a la vida llena para él de amarguras y vergüenzas. Hacía tiempo que se le veía como aniquilado. Ya no discutía, no luchaba, dejaba triunfar a la paz y al trabajo, comprendiendo sin duda que ya no servía la espada. Gaume se encontró sólo en esta terrible tormenta; su hija había huido; sólo le quedaba su nieto Andrés, de diecisiete años, delicado y afectuoso, triste herencia de la trágica pareja, que el pobre abuelo cuidaba con inquieta ternura. Ya bastaba; el destino vengador que castigaba algún antiguo crimen ignorado, no debía encarnizarse más. Y se preguntaba a qué porvenir de verdadera justicia y de amor fiel consagraría a aquel joven para que su raza renovada fuese dichosa al fin.

Enterado de la consulta, exclamó en seguida:

–Cásenlos ustedes, cásenlos ustedes; si tanto se quieren, que se atreven a luchar con sus familias y a saltar sobre todos los obstáculos. Sólo el amor decide de la dicha.

Sintió aquella confesión que le arrancara la amargura de su vida entera, pues ya se estaba muriendo, y mentían su rígida actitud, su rostro austero. Añadió:

–No esperen ustedes al señor cura; acabo de encontrarle y me ha dicho que le disculpara. Corría a la iglesia a buscar los santos óleos para poner la extremaunción a la señora Jollivet, una anciana, tía de mi yerno, la cual acaba de entrar en la agonía. El pobre Marle pierde con ella una de sus últimas penitentes, y se le caían las lágrimas.

–¡Bah! lo único de bueno que hay en todo esto es el barrer a los curas –dijo Gourier, que seguía siendo clerófobo–. La república sería todavía nuestra si ellos no nos la hubiesen querido quitar. Empujaron al pueblo a derribarlo todo y hacerse el amo.

–Pobre cura –repitió con lástima Chatelard–; me da pena en su iglesia vacía; y hace usted bien, señora, en mandarle ramos de flores para la Virgen.

Callaron otra vez; pasó la sombra trágica del sacerdote entre el olor de rosas y el claro sol. Con Leonor había perdido la feligresa más fiel, más querida. La señora Mazelle no creía; en el fondo, pedía a la religión un certificado de buenas ideas burguesas. Sabía el cura su destino, le encontrarían muerto ante el altar, bajo los escombros de la bóveda de su iglesia, que amenazaba ruina y que no podía reparar por falta de dinero. Ni en la alcaldía, ni en la subprefectura había fondos para tal cosa. De los fieles había obtenido con trabajo una suma irrisoria. Ahora, resignado, esperaba la caída, celebrando el culto como si no pensara en la amenaza que tenía sobre la cabeza. Su iglesia se

quedaba sola, su Dios parecía morir un poco cada día, y moriría con él cuando la vieja casa divina se abriera por todas partes y le pulverizara bajo el peso del gran crucifijo pegado a la pared. Tendría la misma tumba en la tierra, donde vuelve todo.

La señora Mazelle estaba muy trastornada por sus disgustos personales, para pensar en lo que sería del cura. Si no se resolvía aquello temía caer mala de veras, ella que había gozado con delicia de su enfermedad sin nombre que embellecía su existencia. Se levantó para servir el té que humeaba en la clara porcelana, mientras un rayo de sol doraba los pastelillos sobre los platos de cristal. Y movía ella la cabeza, como convencida.

–Digan lo que quieran ustedes, amigos míos, ese matrimonio es el fin del mundo y no puedo decidirme.

–Esperaremos más –dijo Mazelle–, agotaremos la paciencia de Luisa.

Marido y mujer quedaron pasmados al ver a Luisa en pie delante de ellos a la entrada del cenador, entre las rosas llenas de sol. La creían en su cuarto, en su silla larga padeciendo del mal sin nombre que sólo el marido amado podía curar, según Novarre. Debió de creer que se estaba decidiendo su suerte, y poniéndose un peninador de florecillas rojas, atándose el pelo como quiera, se presentó. Estaba encantadora, vibrante de pasión, con su cara

menuda en que brillaban los ojos un poco oblicuos, llenos de alegre luz, aun con la pena. Había oído las últimas palabras de sus padres.

–¡Pero mamá! ¡pero papá! ¿Qué estáis diciendo? ¿Creéis que se trata de un capricho de chiquilla?.. Ya os lo he dicho, quiero que Luciano sea mi marido y lo será.

Mazelle medio vencido por la brusca aparición, luchó todavía.

–Pero hija desgraciada piénsalo bien, nuestra fortuna que tú debías heredar ya está comprometida, y un día te verás sin dinero.

–Comprende la situación –insistió la madre–. Con nuestro dinero, aún comprometido, podrás hacer todavía un matrimonio razonable.

Luisa entonces con vehemencia alegre y soberbia gritó:

–¡Vuestro dinero me importa un pito! Podéis guardároslo. Si me lo dierais, Luciano ya no me querría. Dinero, ¿pero para qué? ¿para qué sirve el dinero? ¿Para quererse? No. ¿Para ser feliz? Luciano me ganará el pan; y yo misma si me hace falta. Será un gusto.

Hablaba con tal fuerza de juventud y de esperanza, que los Mazelle temiendo por su razón, quisieron calmarla cediendo. Además, no podían resistir más; querían sobre

todo estar tranquilos. Los convidados, bebiendo el té, sonreían comprendiendo que el libre amor de aquella rapazuela los barría como briznas de paja. Había que otorgar lo que no se podía impedir.

Y concluyó Chatelard amable y apenas burlón.

–Gourier tiene razón; nosotros hemos acabado; los hijos dan la ley.

El matrimonio de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle se efectuó un mes más tarde. Chatelard para divertirse él, decidió a Gourier a dar un baile en la alcaldía en honor de los Mazelle. Le pareció divertido hacer bailar a la burguesía de Beauclair en esta boda que era un símbolo del advenimiento del pueblo. Se bailarían sobre las ruinas de la autoridad, pues ya el alcalde no era más que un lazo paternal entre los diversos grupos sociales en la casa de todos. Hubo lujos al adornar la sala, músicas y cánticos, como en la boda de Nanet y Nisa. Y hubo también aclamaciones al presentarse los novios, Luciano, tan sólido y fuerte, con sus camaradas de la Créchérie; Luisa tan apasionada y distinguida seguida de toda la buena sociedad, cuya presencia habían deseado los padres como protesta suprema. Pero el gran mundo fue sumergido por la ola popular, conquistado poco a poco por la alegría que rebosaba, y también de allí resultaron muchos matrimonios entre las dos clases diferentes. De nuevo triunfaba el amor,



el amor omnipotente que inflama al universo vivo y le lleva a su destino feliz.

Y florecía doquiera la juventud, más y más alianzas, parejas que parecían separadas por mundos, marchaban hacia la ciudad futura unidas por el eterno deseo. A su vez, el antiguo comercio de Beauclair, próximo a desaparecer, dio sus hijos y sus hijas a los obreros de la Créchérie y a los aldeanos de Combettes. Augusto Laboque se casó con Marta Bourron y Eulalia Laboque con Arsenio Lenfant. Hacía algunos años que los Laboque ya no luchaban. Consintieron, primero, que su tienda fuese simple depósito de la Créchérie. Y después la cerraron, y Lucas les aseguró una especie de retiro con un empleo de vigilancia. Viejos ya, vivían aislados, amargados, mirando con miedo aquel mundo, que no tenía su pasión de lucro, sino otras alegrías. Sus hijos se casaron a su gusto, sin más que el escondido disgusto de sus padres. Las bodas fueron el mismo día, en Combettes que era ya un gran arrabal de Beauclair, alegre y rico. La ceremonia se celebró cuando la recolección, el último día, cuando los haces enormes se levantaban en la inmensa llanura dorada.

Ya Feuillat había casado a su hijo León con Eugenia, hija de Yvonnot. Ahora, muy anciano, era como el patriarca de esta sociedad agrícola que él había soñado. Este simple colono primero, duro y rapaz como todos los de su clase, llegó a amar de veras la tierra donde habían sido explotados sus

ascendientes. Y vio al fin realizada su ambición, las tierras reunidas, fecundadas, abundantes, camino de la conquista total de la llanura inmensa de la Rumaña. Con Lenfant e Ivonnot formaba una especie de consejo de los ancianos, consultado para todo.

También para celebrar estas bodas hubo una gran fiesta, la fiesta de Combettes pacífico, rico, triunfante. Se iba a beber por la fraternidad del aldeano y del obrero industrial, antes puestos uno frente a otro. Se brindaría también por la desaparición del bárbaro comercio; y qué mejor ocasión que la del día en que las castas enemigas se unían en felices matrimonios. Fue al aire libre, cerca del lugar, en un ancho campo donde se extendían en columnas simétricas, como de un templo gigantesco, los altos haces, color de oro bajo el claro sol. Al infinito, hasta el lejano horizonte, se prolongaba la columnata de haces y más haces mostrando la fecundidad inagotable de la tierra. Allí se cantó, se bailó, entre el buen olor del trigo maduro, en medio de la inmensa llanura fértil que ya daba pan para todos, reconciliados.

Los Laboque trajeron a todo el antiguo comercio de Beauclair, los Bourron, a toda la Crécherie. Los Lenfant, estaban en su casa. Si los Laboque no estaban contentos los demás sí, y la gran alegría la trajo Babette Bourron que triunfaba con su eterno buen humor, anunciando la dicha.

Al aparecer los novios, hubo también aclamaciones; todo el pueblo se alegraba porque representaban aquella

hermandad, aquella abundancia en cuyo seno iba a pulular un pueblo libre, unido, sin odio y sin hambre.

Aquel día se arreglaron otros matrimonios, como en las bodas de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle. La señora Mitaine, guapa todavía con sus sesenta y cinco, besó a Olimpia Lenfant diciendo que deseaba llamarla su hija, pues su Evaristo le había confesado que la adoraba. Diez años hacía que se le había muerto su marido y había dejado la panadería, fundida con la Créchérie como casi todo el comercio al por menor. Vivía con su Evaristo, muy orgullosa de que Lucas les hubiese confiado la dirección de las bregaderas eléctricas, de donde salía ahora en abundancia un pan ligero y blanco para todo el pueblo. Mientras Evaristo besaba también a Olimpia, roja de placer, por vía de esponsales, la Mitaine reconoció en una viejecita flaca y negra sentada junto a un haz, a su antigua vecina la señora Dacheux la carnicera. Se sentó junto a ella.

–¿No es así? –le dijo alegre–, todo esto debe acabar en boda pues toda esta gente menuda, en otro tiempo jugaban juntos.

Pero la Dacheux seguía muda y sombría. Ella también había perdido a su marido, muerto a consecuencia de un golpe de la cuchilla que le había cortado la mano derecha. Según ciertas gentes no había sido torpeza, sino que el carnicero se había cortado la mano a propósito en un acceso de furiosa cólera antes de firmar la cesión de su tienda a la

Crécherie. Los últimos sucesos, la idea de la santa carne, la carne de los ricos, iba a ponerse al alcance de todos, en la mesa de los más pobres, fueron parte sin duda a trastornar el concepto del orden social del hombrachón tiránico, violento y reaccionario, hasta el punto de volverse loco. Y había muerto de una gangrena mal cuidada, dejando a su viuda aterrada, con los últimos juramentos con que la abrumó en la agonía.

–¿Y su Juliana de usted? –preguntó la Mitaine–. La he encontrado el otro día; está magnífica.

Tuvo la otra que responder.

–Allí está bailando, la vigilo.

Juliana en efecto bailaba en brazos de un buen mozo, guapo, Luis Fauchard, hijo del obrero arrancador. Fuerte, blanca, radiante de salud, se esponjaba feliz en el abrazo apasionado del mocetón vigoroso, de rostro suave, uno de los mejores herreros de la Crécherie.

–¿Conque otro matrimonio?

–¡Oh, no, no! –exclamó la Dacheux temblando–, ¿cómo dice usted eso? Bien conocía usted las ideas de mi marido; saldría de la sepultura si yo casara a su hija con ese obrero, hijo de pobres diablos, de esa Melania que se pasaba la vida

pidiendo al fiado carne para un puchero, y a quien él arrojó tantas veces de la tienda porque no pagaba.

Siguió contando sus tormentos en voz baja y temblorosa. Su marido se le aparecía de noche; hasta muerto la imponía su autoridad despótica, la reñía y zarandeaba con diabólicas amenazas. Ni viuda encontraba un poco de paz, la pasmada viejecita.

–Si casara a Juliana contra su gusto, vendría todas las noches a injuriarme y a pegarme.

Lloraba, y la Mitaine le dio ánimos, asegurándole que para curarse de las pesadillas, lo mejor era hacer feliz a la gente. Por azar, Melania la quejumbrosa se había acercado con paso indeciso. Ya no padecía la atroz miseria de antaño; ocupaba una de las casitas claras de la Crèche con Fauchard que acababa de dejar todo trabajo, inválido, atontado. Vivía con ellos su hermano Fortunato de cuarenta y cinco años apenas y cuyo trabajo de bruto, maquinal, uniforme, desde los quince años, en el Abismo, había hecho de él un viejo antes de tiempo, medio ciego y sordo. Por todo lo cual, a pesar del bienestar presente, seguía ella quejándose por causa de aquellos dos desgraciados, ejemplo y lección de las vergüenzas y dolores del salario, legado a las generaciones nuevas.

–¿No ha visto usted a mi gente? –preguntó a la Mitaine–. Los he perdido entre el barullo... ¡Ah! aquí están.

Se vio pasar cogidos del brazo, con paso tembloroso, a los dos cuñados, Fauchard hecho una ruina, como un aparecido del trabajo deshonorado y doloroso, Fortunato aniquilado también, imbécil. Y pasaban entre la multitud vigorosa, que rebosaba vida nueva, esperanza; por medio de los haces bien olientes en que se amontonaba el trigo de todo un pueblo; iban en paz paseando su decrepitud, sin comprender, sin responder a los saludos.

–Déjelos tomar el sol, eso les conviene –añadió la Mitaine–. ¿Y su hijo de usted? ¿Es fuerte, alegre?

–¡Oh! ya lo creo; Luis está muy sano. Ahora los hijos no se parecen a los padres. ¡Mire usted como baila! Nunca conocerá el frío y el hambre.

La panadera, alma buena, procuró y consiguió arreglar allí mismo aquel otro matrimonio, haciendo entenderse a las dos madres. La pobre señora Dacheux dijo al fin:

–¡Dios mío! bueno, consiento; a condición de que no me dejen sola. Yo nunca he dicho no, a nadie; todo era él. Pero si todos andan en ello, prometan defenderme y hagan lo que quiera.

Al saber aquello Luis y Juliana, abrazaron a las buenas mujeres entre risas y lágrimas. Y entre tanta alegría, fue una alegría nueva. La Mitaine recordó los tiempos en que Evaristo ofrecía tortas en la panadería a Olimpia Lenfant.

Recordó también a Luis Fauchard jugando con Juliana cuando niños. Y habló de los Laboque, los Bourron, los Lenfant, los Yvonnot que ahora se casaban, y ya jugaban juntos de pequeñuelos mientras los padres se desgarraban luchando.

Se habló de más bodas, de que eran ya prometidos Sebastián Bourron y Agata Fauchard, Nicolás Yvonnot y Zoa Bonnaire.

El amor soberano extendía sin cesar la reconciliación, acababa de fundir todas las clases. Él había fecundado la llanura, él hacía estallar los árboles con los frutos, había cubierto los surcos con tal abundancia de trigo que los haces extendían hasta el horizonte el templo de la paz. Iban sus alas en el potente olor de esta fertilidad, presidía a las nupcias felices que harían pulular generaciones más libres y más justas. Y hasta la noche, a la luz de las estrellas, duró la fiesta, triunfando el amor; juntando los corazones, entre los bailes y los cánticos de aquel pueblo gozoso que iba a la unidad y a la armonía futuras.

Pero en esta fraternidad invasora, había un hombre, un ascendiente, el maestro fundidor Morfain que quedaba en pie, aparte, mudo y salvaje, sin poder, sin querer comprender. Seguía siendo como uno de los Vulcanos prehistóricos, en su agujero de rocas, junto al horno alto que tenía que vigilar; y ahora vivía solo como solitario, deseoso de separarse del tiempo, rota toda relación con las

generaciones nacientes. Ya cuando su hija Azulina había partido para ir a vivir el sueño de amor con Aquiles Gourier, el príncipe encantado de sus noches azules, había él sentido que los tiempos nuevos le quitaban lo mejor de sí mismo. Después, otra aventura sentimental le había llevado a su hijo el mocetón, el buen gigante vigoroso, Petit-Da que, de repente se había enamorado de la hija de Caffiaux el tabernero, Honorina, una morenilla bizca y lista. Primero se había negado con violencia a consentir en tal matrimonio, porque despreciaba a aquella gente de conducta sospechosa, familia de envenenadores, los cuales le devolvieron su desdén mostrando vanidosa repugnancia de casar a su hija con un obrero. Pero Caffiaux cedió primero, hábil y flexible como siempre. Tenía un buen empleo como jefe de vigilancia en los Almacenes Generales de la Crécherie, dejaba ya la taberna, y se olvidaba lo pasado y fingía gran devoción a las ideas nuevas. Temía perjudicarse negándose testarudo al matrimonio. Entonces Petit-Da, apasionado, había prescindido de su padre. Una terrible reyerta había seguido a la completa ruptura entre ambos. Y desde entonces el maestro fundidor emparedado en su roca, sólo vivía, sólo hablaba para dirigir su horno alto, como fiero espectro inmóvil de las edades muertas.

Años y años pasaron sin que el viejo Morfain pareciese siquiera envejecer. Era siempre el vencedor del fuego, el coloso de la enorme cabeza tostada, de nariz aguileña, ojos con llamas, entre mejillas que parecían arrasadas por la lava;



la boca en tortura, que ya no se abría, conservaba el rojo leonado de quemaduras. Nada de lo humano parecía que había de impresionarle ya, en el fondo de la soledad implacable en que se había encerrado, cuando llegó a saber que su hija y su hijo pactaban con los otros, los de mañana. Azulina había tenido de Aquiles una niña deliciosa, Leonia, que crecía graciosa y amable. Petit-Da había llegado a tener con Honorina un muchacho fuerte y encantador, Raimundo, inteligente hombrecillo que pronto podría casarse también; pero el abuelo no se dejaba ablandar, rechazaba a los niños. Eran cosas, para él, que pasaban en otro mundo; no le conmovían. En cambio, hundidas sus afecciones humanas, la especie de pasión paternal que siempre había sentido por el horno alto, parecía crecer.

Veía en él un hijo gigante, el monstruo rugiente de un perpetuo incendio cuyas digestiones de llamas cuidaba él noche y día, hora por hora. Los menores desarreglos, cuando las sangrías brillaban menos, le llenaban de angustia; pasaba noches en claro vigilando las toberas; se sacrificaba como un enamorado en medio de las brasas que su piel ya no temía. Lucas pensó en darle el retiro por su mucha edad, pero no se atrevió, al verle rebelarse temblando; y el héroe del trabajo penoso que tenía el orgullo de haber gastado y quemado los músculos en su faena obscura de conquistador del fuego, no sufrió entonces aquel dolor sin consuelo. Pero la hora del retiro iba a sonar

por sí misma, por la inevitable evolución del progreso; y Lucas compasivo, por bondad, esperó.

Ya Morfain se había visto amenazado, sabía que Jordan buscaba inventos para reemplazar el horno alto, tan lento y pesado, con baterías ligeras y rápidas de hornos eléctricos. Le trastornaba la idea de que podían apagar y derribar el coloso que ardía durante setenta y ocho años. Tuvo noticia, alarmado, del primer progreso de Jordan al quemar el carbón al salir de la mina, y supo también que llevaba la electricidad a la Créchérie por cables sin perder nada. Pero como el precio de fábrica seguía siendo muy alto, no temió esta inútil victoria. Durante otros diez años los nuevos fracasos de Jordan le habían alegrado, con oculta ironía, convencido de que el fuego se defendería, no se dejaría jamás vencer por aquella potencia, trueno misterioso cuyo relámpago no veía siquiera. Deseaba la derrota del amo y de sus aparatos; más, de repente, la amenaza se hace grave, se dice que Jordan ha encontrado el medio de transformar la energía calorífica del carbón en energía eléctrica sin pasar por la mecánica, es decir suprimiendo la máquina de vapor, cara y molesta. El problema estaba resuelto, el precio de fábrica de la electricidad iba a bajar a la mitad, y se podría emplear útilmente en la fundición del mineral de hierro. Ya funcionaban aparatos de producción, se instalaba la primera batería de hornos eléctricos; y Morfain desesperado rondaba alrededor de su horno alto, con aire fiero y obstinado, como si quisiera defenderlo.

Sin embargo, Lucas no dio inmediatamente orden de apagar el horno alto, queriendo hacer antes experimentos concluyentes con la batería. Por seis meses ambas fundiciones funcionaron a la par; días muy malos para Morfain que ya veía condenado al querido monstruo que guardaba. Todos le abandonaban, ya nadie subía a verlo; toda la curiosidad era para los hornos eléctricos que ocupaban tan poco sitio y que trabajaban tan bien, se decía, y tan pronto. Él, lleno de ira, no había querido bajar a ver a aquellos intentos, que llamaba, con desdén, juguetes buenos para niños. ¿Cabía destronar el antiguo método, el fuego libre y claro que había dado al hombre el imperio del mundo? A él se volvería, a los hornos gigantes cuya hoguera había ardido durante siglos, sin apagarse jamás. Y desde su soledad, con los pocos hombres de su cuadrilla, silenciosos como él, se contentaba con mirar desde lo alto el cobertizo bajo el cual funcionaban los hornos eléctricos, feliz todavía cuando de noche incendiaba el horizonte con sus grandes coladas brillantes.

Pero llegó el día que Lucas condenó el horno alto, ya oneroso. Se resolvió dejarle apagarse para derribarlo después de la última sangría. Prevenido Morfain, no respondió nada, impasible, con su faz de bronce que nada decía de las borrascas de su alma. Se temió aquella hermosa calma; Azulina subió a ver a su padre con su hija Leonia, y Petit-Da con Raimundo. Un instante, como antaño, la familia se vio reunida en su cueva de rocas; el padre gigante

entre la hija toda azul, por los azules ojos, y el hijo, el buen coloso, ya ganado por los alientos del mañana; y ahora había además la nieta de suave hermosura, el nieto de inteligencia viva en quien se encarnaba la generación nueva, obrera activa de ventura. El abuelo se dejó besar, acariciar; no rechazó a los niños como solía. Aunque se había jurado no verlos nunca, se dejó ahora vencer, acariciar. Pero no devolvía las caricias, con aire de estar ya fuera del tiempo, cual héroe de las épocas desaparecidas en el cual toda humanidad estaba muerta. Era en un día de otoño oscuro y frío, en el breve crepúsculo cuyo velo de crespón caía del cielo descolorido envolviendo la negra tierra. Se levantó; no rompió su eterno silencio más que para decir:

–¡Vamos! Me esperan; todavía hay una sangría.

Era la última, todos le siguieron al horno alto. Los hombres de la cuadrilla allí estaban sumidos en la sombra, esperando; y vino la faena habitual; el espetón hundido en el tapón de tierra refractaria; la piquera ensanchada, luego la ola tumultuosa del metal en fusión, arroyo de fuego corriendo a lo largo de las regueras llenando los moldes de charcas encendidas. Otra vez todavía, de aquel surco, de aquel campo de fuego brotaron chispas como mieses, chispas azules de ligereza delicada, cohetes de oro de graciosa sutileza, todo un florecer de azulejos entre espigas de oro. Una claridad deslumbradora, en el triste crepúsculo, vistió de sol el horno alto, las construcciones cercanas, los tejados

de Beauclair a lo lejos, el horizonte inmenso. Después todo se apagó, reinó la noche profunda; era el fin; el horno alto había muerto.

Morfain, que había estado mirando sin una palabra, no se movió; quedó en la sombra como una de aquellas rocas que otra vez envolvía la noche.

–Padre –dijo cariñosa Azulina–, ahora que aquí no hay que hacer, hay que bajar con nosotros. Hace mucho tiempo tu cuarto está dispuesto.

Y Petit–Da, dijo a su vez:

–Padre ahora te toca descansar, y también en mi casa tienes tu habitación. Te repartirás, te darás un poco a cada uno de tus hijos.

Pero el maestro fundidor no respondía. Un suspiro, al final, le levantó el pecho con un ruido doloroso, y dijo:

–Está bien; yo bajaré, iré a ver, marchaos.

Pasaron quince días, y no se pudo conseguir que Morfain dejara el horno alto. Se iba enfriando lentamente, y asistía él a su agonía. Quedó allí el último. Palpaba el horno todas las noches, por si no estaba muerto del todo. Mientras sintió un poco de calor, le veló obstinado como a un amigo, cuyos restos sólo abandonaban a la nada. Pero llegaron los que iban a demolerlo. Y una mañana se vio a Morfain, en

suprema separación desgarradora, dejar su agujero de rocas y bajar a la Crécherie, para ir directamente con paso de gran anciano vencido, al vasto cobertizo de vidrieras bajo el cual funcionaba la batería de los hornos eléctricos.

All  estaban Jordan y Lucas con Petit-Da, encargado por ellos de dirigir la fundición, con ayuda de su hijo Raimundo Da, buen obrero electricista.

Jordan siempre estaba presente para dirigir la marcha, deseando perfeccionar el nuevo método que tantos años le había costado.

– Ah! mi querido Morfain –exclamó contento–. Al fin es usted razonable.

Impasible, la cara de color de fundición vieja, el héroe se contentó con decir:

–S , señor Jordan; he querido ver su máquina.

Lucas, algo alarmado, le observó, pues había hecho que le vigilaran, porque supo que se le había sorprendido inclinado sobre el tragante del horno alto, aun lleno de brasas, como dispuesto a arrojarse a aquel horrible infierno. Un obrero de su cuadrilla le había salvado de esta muerte, último don de su carne vieja al monstruo; todo lo que quedaba de su esqueleto cocido y recocado cien veces, como si su gloria

hubiera sido acabar por el fuego, tan amado y servido fielmente durante medio siglo.

–Bien parece, bravo Morfain el ser curioso a su edad –dijo Lucas sin quitarle los ojos–. Mire usted esos juguetes.

La batería de los diez hornos estaba en fila; diez cubos de ladrillo rojo, de dos metros de altura por un metro cincuenta de ancho. Y sólo se veía por encima la armadura de los potentes electrodos de espesos cilindros de carbón, a la cual venían a juntarse los cables conductores de la electricidad. La operación era muy sencilla. Un tornillo sin fin que obedecía a un botón hacía el servicio de los diez hornos, conducía el mineral y lo echaba en cada uno de ellos. Un segundo botón establecía la corriente, el arco, cuya extraordinaria temperatura de dos mil grados podía fundir doscientos kilogramos de metal en cinco minutos; y bastaba dar vuelta a un tercer botón, para que la puerta de platino que cerraba cada horno se levantase y para que una especie de andén o plaza móvil, cubierto de fina arena, se pusieran en marcha, recibiendo los diez lingotes de doscientos kilogramos que sacaba en seguida al aire para enfriarlos.

–¿Qué tal, bravo Morfain? –preguntó Jordan alegre como un niño–; ¿qué dice usted de esto?

Y le explicó el trabajo producido. Aquellos juguetes, a doscientos kilos de fundición cada uno cada cinco minutos, llegaban todos juntos a un total de doscientas cuarenta

toneladas por día, haciéndolos trabajar sólo diez horas. Era un rendimiento prodigioso, sobre todo si se pensaba que el antiguo horno alto, ardiendo día y noche, no llegaba a la tercera parte. Así que los hornos eléctricos funcionaban rara vez más de tres o cuatro horas, y en eso estaba la comodidad, en poder apagarlos y encenderlos según se necesitase, para obtener al instante la cantidad deseada de materia prima. ¡Y qué facilidad, qué limpieza, qué sencillez! Casi no había polvo; los electrodos daban ellos mismos el carbono necesario para la carburación del mineral. Sólo se escapaban gases, y las escorias eran tan poco abundantes, que desaparecían sin trabajo limpiando todos los días. No más coloso bárbaro cuya buena digestión causaba tantas inquietudes; no más órganos múltiples, molestos de que había habido que rodearlo, máquina sopladora, continua corriente de aire y tantas otras cosas. Ya no había vientre amenazado de atascarse o de enfriarse. Ya no se hablaba de demolerlo todo por una tobera que funcionase mal. Y luego, todo un ejército en pequeño. Los cargadores atentos junto al tragante, los fundidores golpeando el tapón quemado por las llamas de las sangrías; ya no estaban todos ellos siempre alerta, sucediendo el relevo de día al relevo de noche. En quince metros de largo por cinco de ancho, la batería de los hornos eléctricos con su acera móvil, cabía holgadamente en el gran cobertizo, alegre y brillante. Y tres niños hubieran bastado para ponerlo todo en marcha; uno en el botón del tornillo sin fin, otro en el botón de los electrodos, otro en el de la plaza o acera móvil.



–¿Qué dice usted de esto, querido Morfain? ¿Qué dice usted de esto? –repetía Jordan triunfante. El anciano, sin una palabra, inmóvil, seguía mirando. Caía la noche, la oscuridad invadía el cobertizo y la batería funcionaba con regularidad mecánica y suave. Fríos, oscuros, los diez hornos parecían dormir mientras las carretillas de mineral, movidas por el tornillo sin fin, se desocupaban una a una. Cada cinco minutos las puertas de platino se abrían, el blanco brillo de las diez coladas iluminaba el espacio, las diez barras de fundición en que florecían los azulejos, entre espigas de oro, caminaban llevadas por la especie de acero móvil, con lenta marcha continua. A la larga resultaba extraordinario el espectáculo de estas iluminaciones repentinas, como rítmicas, regulares.

Petit–Da, callado hasta entonces, quiso dar algunas explicaciones. Señaló el cable grueso que bajando de las armaduras, traía la corriente.

–Mira, padre; la electricidad llega por ahí, y tiene tal fuerza, que si se rompieran los hilos todo saltaría como si cayera un rayo.

Lucas, que ya no temía, viendo a Morfain tan tranquilo, se echó a reír.

–No diga usted eso, va usted a asustar a la gente. No saltaría nada; el peligro sería sólo para el imprudente que tocara los hilos. Y además, el cable es sólido.

–¡Ah! eso sí –añadió Petit–Da–; buenos puños harían falta para romperlo.

Morfain, que seguía impasible, se había acercado; no tenía más que levantar las manos para alcanzar el cable. Allí estuvo inmóvil algunos segundos todavía, enjuto el rostro en que nada se leía. Pero súbitamente, brillaron sus ojos de tal manera, que Lucas volvió a alarmarse, temiendo una catástrofe.

–¿Eso crees? ¿Buenos puños? –dijo Morfain, hablando sin fin–. ¡Vamos a verlo, hijo mío!

Y antes que hubiera tiempo para impedírselo, cogió el cable entre sus manos endurecidas por el fuego, semejante a tenazas de hierro. Y lo retorció, lo rompió con un esfuerzo sobrehumano, como un gigante irritado rompería el bramante de un juguete. Y vino el rayo, los hilos se habían tocado, una chispa formidable había saltado deslumbradora. Todo el cobertizo quedó en tinieblas, sólo se oyó en la oscuridad la caída de un cuerpo grande; el corpulento anciano se desplomaba de un golpe, como una encina derribada; hubo que correr a buscar linternas. Jordan y Lucas, trastornados, sólo pudieron comprobar la muerte, mientras Petit–Da gritaba y lloraba. Tendido de espaldas, el viejo maestro fundidor no parecía haber sufrido, coloso intacto de la antigua fundición a quien ya no mortificaría más el fuego. Ardía la ropa y hubo que apagarla. No había

querido sobrevivir al monstruo amado, aquel horno alto antiguo del que ya era el último devoto.

Con él, acababa la lucha primera, el hombre domador del fuego, conquistando los metales, encorvado bajo la voluntad de la penosa faena, haciendo orgulloso una nobleza del largo trabajo abrumador de la humanidad en marcha para la felicidad futura. No había querido saber nada siquiera del bien que traían los nuevos tiempos. Caía como héroe fiero y tenaz de la antigua servidumbre. Vulcano encadenado en su fragua, enemigo ciego de todo lo que le libertaba, poniendo su gloria en su sujeción; creyendo que era degeneración disminuir algún día el sufrimiento y el esfuerzo. La fuerza de la edad nueva, el rayo que él había venido a negar, a consultar, le había aniquilado; y dormía.

Algunos años después, hubo aún tres matrimonios, para acabar de mezclar las clases, de estrechar los lazos en aquel reducido pueblo fraternal y pacífico. El hijo mayor de Lucas y Josina, Hilario Froment, un robusto mozo de veintiséis años ya, se casó con Colette, graciosa, rubia, menuda, de dieciocho, hija de Nanet y de Nisa. La sangre de los Delaveau quedó como aplacada en la sangre de los Froment y de la pobre Josina, un día recogida en el umbral del Abismo, muerta de hambre. Después Teresa Froment, tercer vástago, alta, hermosa, alegre, a los diecisiete años se casó con Raimundo, que le llevaba dos años; el hijo de Petit-Da y de Honorina. La sangre de Froment se unía a la de Morfain, los

obreros épicos a la del vencido Caffiaux. Y Leonia, hija de Aquiles Gourier y de Azulina, de veinte años, se casó con un hijo de Bonnaire, Severino, de su edad, el hermano menor de Luciano. La agonizante burguesía se unía al pueblo, a los rudos trabajadores resignados de las edades muertas, y también a los obreros revolucionarios; camino de emanciparse.

También hubo grandes fiestas. La descendencia feliz de Lucas y de Josina iba a fructificar, pulular, ayudando a poblar la ciudad nueva.

Vencía el amor; alegre, joven, conducía a todos, parejas, familias, pueblo entero, a la final armonía. Cada nuevo matrimonio era una casita nueva entre árboles y praderas; la ola de casas que acababa de invadir y borrar el viejo Beauclair. El antiguo barrio leproso, de casuchas inmundas, quedaba arrasado: en su lugar anchas vías con árboles y fachadas risueñas. Estaba amenazado hasta el barrio burgués; se abrían calles nuevas, se ensanchaban de destino los antiguos edificios, la Subprefectura, la Audiencia, la Cárcel. Sólo la vetustísima iglesia agrietada, cuarteada, seguía en medio de una plazoleta desierta, que parecía campo de zarzas y ortigas. Los antiguos caserones solariegos, las casas pegadas unas a otras, dejaban el puesto a viviendas de más hermandad, más sanas; esparcidas por el inmenso jardín que venía a ser todo el pueblo. Aguas corrientes y viva luz daban alegría a todas ellas.

La ciudad estaba fundada; grande y muy gloriosa ciudad, cuyas avenidas llenas de sol, seguían prolongándose y ya rebosaban sobre los campos vecinos de la fértil Rumaña.

## CAPÍTULO XIII

PASARON diez años más, y el amor que había unido a las parejas, el amor vencedor y fecundo, hizo nacer y crecer en cada hogar nuevos hijos, que traían el porvenir. Con cada generación nueva se difundiría y reinaría en el mundo un poco más de verdad, de justicia y de paz.

Lucas, de sesenta y cinco años ya, a medida que se hacía viejo, sentíase dominado por la pasión creciente de los niños. Ahora que el edificador de ciudades, el creador de un pueblo que en él había, veía construirse la ciudad soñada, sobre todo con las generaciones en germen, iba hacia los niños, les dedicaba sus horas todas, pensando que eran el porvenir. Eran ellos, eran los hijos de sus hijos, y eran, mejor aún, los hijos de éstos, los que debían ser un día pueblo inteligente y sabio, en el cual se realizaría toda la equidad y bondad que él había querido. No es posible rehacer los

hombres maduros, cuando han vivido con las creencias y los hábitos con que el atavismo los encadena. Pero puede obrarse sobre los niños, librándolos de las falsas ideas, ayudándoles a creer y a progresar, según la evolución natural que en sí propios llevan. Y él lo veía claro, cada generación debe ser así, un paso adelante, cada una de ellas crea más certidumbre, más paz y mayor felicidad. Solía decir, sonriendo, que los niños eran los conquistadores más fuertes y los más victoriosos de su pueblo en marcha.

En las largas visitas matutinas que Lucas continuaba haciendo a su obra, dos veces por semana, consagraba lo mejor de su alma y de su tiempo a las escuelas, y también a los asilos maternales, en donde estaban recogidos los más pequeños. Ordinariamente comenzaba por ellos antes de ir a los talleres y a los almacenes, gozando al contemplar toda aquella infancia riente y sana, desde que el sol salía. Como cada semana cambiaba los días de su inspección animadora, no se le esperaba, presentábase de improviso entre aquella gentecilla bulliciosa, donde todos le adoraban como a un abuelo muy alegre y muy bueno.

Un martes, Lucas, resuelto a visitar a sus queridos hijos, como él los llamaba a todos, se dirigía hacia las escuelas a las ocho de una mañana deliciosa de primavera. El sol caía como lluvia de oro por entre los nuevos verdores, y él caminaba a paso breve por una de las avenidas, cuando de

pronto se detuvo al oír una voz querida que le llamaba en el instante de pasar por delante de la casa de los Boisgelin.

Susana, que le había visto cruzar, se adelantaba hasta la puerta del jardín.

–¡Oh!, amigo mío, hágame usted el favor de entrar un momento. Este pobre hombre ha tenido un nuevo acceso, y estoy muy inquieta.

Se refería a Boisgelin, su marido. Durante algún tiempo había intentado trabajar, nada a gusto con su ociosidad, en medio de aquella colmena activa y ruidosa con el trabajo de todos. La pereza acababa por serle demasiado pesada; la caza y el caballo no eran suficientes para llenar sus días. Así Lucas, a ruegos de Susana, a fin de contribuir a la transformación esperada, le había confiado una especie de inspección, una tarea de vigilancia en los Almacenes Generales. Pero el hombre que jamás había hecho nada con sus manos, el ocioso de nacimiento, no disponía de su voluntad, no podía acomodarse a una regla, a un método. Pronto Boisgelin pudo advertir que era incapaz de tener una ocupación seguida. Su cerebro huía, sus miembros no obedecían, la somnolencia y el abatimiento le dominaban. Sufría con exceso a causa de esta horrible impotencia, y poco a poco recaía en el vacío de su existencia antigua, con sus días ociosos pasados todos en la misma inutilidad. Pero como no tenía ya el aturdimiento del placer y del lujo, sintióse invadido por un aburrimiento sombrío, inmenso, sin



cesar creciente, del cual nada podía sacarle. Y al fin acababa por envejecer así en el estupor, en el aturdimiento de las cosas imprevistas, extraordinarias que a su alrededor pasaban, como si hubiera caído en otro planeta.

–¿Tiene acaso crisis violentas? –preguntó Lucas a Susana.

–¡Oh! no –respondió ésta–. Está, sencillamente, muy sombrío, muy preocupado, y estoy inquieta porque la locura vuelve a apoderarse de él.

En efecto; la razón de Boisgelin parecía haberse oscurecido a consecuencia de la vida que llevaba a través de esta ciudad activa y trabajadora. De la mañana a la noche se le tropezaba, cual si fuera el fantasma de la pereza, pálido, despavorido, errante por las calles animadas, por las escuelas con sus murmullos, por los talleres ruidosos, obligado a apartarse a cada paso, con la amenaza de verse sumergido y arrastrado. Sólo él no hacía nada, mientras todos los demás se ocupaban en algo, presurosos, rebozando gozo y salud. No se había aclimatado, se había como deshecho en medio de aquel mundo nuevo; y su locura le llevó poco a poco, viéndose él mismo que no trabajaba, a creer que era el amo, el rey, y que aquel pueblo era un pueblo de esclavos, ocupados sólo en trabajar según él quería, y en amontonar incalculables riquezas, de las que disponía a voluntad para su propio placer. Al derrumbarse la antigua sociedad, la idea del capital, en él, había resistido firme a pesar de todo, y él seguía siendo el capitalista loco,

el capitalista dios, que, poseedor de todos los capitales de la tierra, había reducido a todos los hombres a ser sus esclavos sólo, los miserables obreros de su felicidad egoísta.

Lucas encontró a Boisgelin en el umbral de la casa, vestido ya con la corrección de siempre. A pesar de sus sesenta, seguía siendo el hombre de aire vanidoso, el rostro afeitado, y con su monóculo. Únicamente su mirada vacilante, sus labios flojos, lacios, revelaban su decaimiento interior. Bastón en mano, y un sombrero luciente inclinado ligeramente sobre la oreja, se disponía a salir.

–¡Cómo! ¡En pie ya, y de paseo! –exclamó Lucas, afectando el mejor humor.

–Es indispensable, amigo mío –respondió Boisgelin después de un rato, examinándole con desconfianza–. Todos me engañan; ¿cómo quiere usted que duerma tranquilo con los millones que a diario me produce mi dinero, y que me gana ese, mundo de obreros? No tengo más remedio que enterarme, que ver cómo marchan las cosas, a fin de evitar la filtración de miles de francos por hora.

Susana hizo a Lucas una seña de desesperación. Luego intervino:

–Yo le aconsejaba que no saliese hoy. ¿A qué tantas molestias?

Pero su marido le impuso silencio.

–No me preocupa tan sólo el dinero de hoy, sino también todo ese dinero amontonado, esos miles de millones que los millones cotidianos aumentan todas las noches. Acabo por no darme cuenta de mí mismo, por no saber cómo vivir en medio de esta fortuna colosal. Es necesario que yo la coloque, ¿no es verdad? que la dirija, que la vigile, para impedir que se me robe demasiado. ¡Oh! es éste un trabajo del que no tenéis la menor idea, y que me hace desgraciado; ¡sí! desgraciado, más desgraciado que los pobres sin hogar y sin pan.

Su voz comenzó a temblar de dolor, un dolor indecible: gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Inspiraba lástima, y Lucas que sufría a causa de él, por considerarle una anomalía en la ciudad trabajadora, sentíase, sin embargo, conmovido hasta el fondo del corazón.

–¡Vamos! Bien puede usted descansar un día –reposo–. Opino como su mujer, en lugar de usted yo no saldría, me entretendría en mirar cómo florecen las rosas de mi jardín.

Boisgelin le examinó de nuevo con desconfianza. Luego, como si cediese a la necesidad de hacer una confidencia, a un íntimo al cual se atrevía a confiarse:

–No, no, es indispensable que yo salga... Lo que me molesta más aún que la inspección de mis obreros y la

buena administración de mi fortuna, es no saber donde colocar mi fortuna. ¡Imaginaos, miles y miles de millones! Acaban por estorbar, no hay salas para ellos bastante grandes. Por eso se me ha ocurrido la idea de ir a ver si encuentro un agujero bastante profundo. Pero no digáis nada a nadie, nadie debe sospecharlo.

Y mientras, Lucas, frío, aterrado, miraba a Susana completamente pálida, que contenía las lágrimas, Boisgelin, aprovechándose de su inmovilidad, pudo pasar entre ellos y huir. Con paso rápido, alcanzó la avenida llena de sol, y desapareció. Lucas quería correr tras él, y traerlo a la fuerza.

–Le aseguro a usted, amiga mía, que hace mal en dejarle correr así, a su antojo, libre. No puedo tropezarle en todas partes, rodando de un lado para otro, alrededor de las escuelas, por los talleres y los almacenes, sin temor de que ocurra alguna desgracia, alguna dolorosa catástrofe.

Tiempo hacía que tenía esta preocupación, pero sólo la ocasión le había dado el valor necesario para declarárselo a Susana. Nada le producía mayor pena que el espectáculo de aquel anciano loco, vuelto a la infancia, que paseaba su locura de pereza y de lujo, por entre su pequeño pueblo en marcha. Cuando lo tropezaba, cómo una última protesta del pasado, le seguía con la vista y experimentaba cierta inquietud, por causa de aquel desequilibrado, fantasma errante de la sociedad muerta.

Pero Susana se esforzaba por tranquilizarle.

–Es inofensivo, se lo juro. Yo tiemblo por él porque hay momentos en que le veo tan sombrío, tan miserable, con todo ese dinero que le abruma, que temiendo estoy que sienta la necesidad de acabar. Pero ¿cómo tener valor para encerrarle? Sólo es feliz fuera: sería una crueldad inútil toda vez que jamás dirige la palabra a nadie. Salvaje y tímido, como un niño que no quiere ir a la escuela y hace novillos.

Las lágrimas que a duras penas contenía, comenzaron a correr.

–¡Ah!, desgraciado, he sufrido mucho por su causa, pero jamás me había producido el dolor que ahora.

Luego, al saber que Lucas se dirigía hacia las escuelas, quiso acompañarle. También los años habían pasado para ella; ¡tenía sesenta y ocho!, pero se conservaba sana, ágil, sintiendo siempre la necesidad de interesarse por los demás, y de dedicarse a las buenas obras. Desde que vivía en el asilo, desde que su hijo Pablo, casado ya, padre de varios hijos, no la necesitaba, se había creado una familia amplificada, haciéndose institutriz, maestra de solfeo y de canto en la clase primera, la de los pequeñuelos. Ayudábale esto a vivir feliz; y era su encanto despertar la música en aquellas almas puras, en que cantaba la infancia. Era una buena música, y por otra parte, no ambicionaba enseñarles demasiado; sólo quería inspirarles el canto como algo

natural, como en los pájaros de los bosques, como en las criaturas todas que viven libres y alegres. Y había obtenido resultados maravillosos; en su clase reinaba la alegría sonora de la pajarera; y la juventud que brotaba de sus manos nos llenaba todas las otras clases, los talleres, la ciudad entera, de un júbilo constante y de gorgoros.

–Pero hoy no le toca a usted su curso –le hizo notar Lucas.

–Lo sé: sólo quiero aprovechar el recreo para hacer que mis angelitos repitan un coro. Después tenemos que tomar algunas resoluciones, con Soeurette y Josina.

Las tres se habían hecho grandes amigas, inseparables. Soeurette conservaba la dirección del Asilo central, en el cual cuidaba de toda aquella gente menuda, los niños de pecho y los que apenas comenzaban a andar. En cuanto a Josina, dirigía el taller de costura y de economía doméstica, haciendo de todas las niñas que pasaban por las Escuelas, buenas esposas, buenas madres, capaces de dirigir una casa. Además, entre las tres, formaban una especie de consejo, encargado de discutir las cuestiones graves relativas a la mujer, en la ciudad nueva.

Lucas y Susana habían seguido la avenida, y entraron en la amplia plaza, donde estaba la Casa Comunal rodeada de praderas, muy verdes, adornadas con arbustos y macizos llenos de flores. Ya no era aquél el modestísimo edificio de los primeros años; se había construido un verdadero

palacio, con amplia fachada polícroma, cuyos lienzos decorados y azulejos de colores, se armonizaban con el hierro visible, para el recreo de la vista. Grandes salas de reunión, de juegos y de espectáculos permitían al pueblo estar allí como en su propia casa, fraternizando en frecuentes fiestas con los placeres de las que interrumpían los días de trabajo. Convenía que, fuera de la vida de familia, llevada por cada cual a su manera, se acentuase, lo más posible, la existencia pública común, en la que todos vivían la vida de todos, realizando así poco a poco la armonía soñada. Y he ahí por qué, si las casitas eran modestas, la Casa Comunal brillaba por su lujo, con toda la amplitud y toda la belleza de la morada soberana del pueblo rey. Tendía a convertirse en una ciudad dentro de la ciudad, de tal manera aumentada, según las necesidades crecientes. Detrás, añadíanse edificios de Bibliotecas, Laboratorios, salas de cursos y de conferencias, que procuraban a todos la instrucción libre, las investigaciones, los experimentos, la difusión de las verdades conquistadas. Había también patios y cobertizos para los ejercicios físicos, sin contar una admirable instalación de baños gratuitos, pilas, piscinas, llenas de agua fresca y pura, del agua corriente tomada en las vertientes de los Montes Bleuses, agua que por su abundancia inagotable, mantenía la limpieza, la salud y la continua alegría de la gran ciudad naciente. Las escuelas, sobre todo, se habían convertido en un mundo especial, que entonces ocupaba varias construcciones esparcidas al lado de la Casa Comunal, a causa de los millares de niños que

seguían sus cursos. Para evitar el hacinamiento perjudicial siempre, se habían creado numerosas divisiones, cada una de las cuales tenía su pabellón, cuyos lados miraban a los jardines. Era aquello como una ciudad de la infancia y de la juventud, desde los pequeñuelos en sus cunas, hasta los mozalbetes, y las muchachas que seguían el aprendizaje, después de haber pasado por las cinco clases en las cuales se les daba siempre una instrucción y una educación integrales.

–¡Oh! –dijo Lucas sonriendo–, yo comienzo por el principio, entro siempre, en primer lugar, por entre mis amigos que aún maman.

–Está bien –respondió Susana, alegrándose a su vez–. Entraré con usted.

En aquel pabellón, el primero a la derecha, en medio de las rosas del jardín, Soeurette se destacaba entre un centenar de cunas y entre otras tantas pequeñas sillas de ruedas. Vigilaba además los pabellones próximos, pero siempre volvía a éste, en el cual estaban las tres nietas y un nieto de Lucas, a quien adoraba. Convencidos Lucas y Josina de cuán beneficiosa era esta educación en común para la ciudad, daban el ejemplo, haciendo que los hijos de sus hijos fuesen educados desde sus primeros pasos, con los hijos de los demás.



Precisamente Josina estaba allí, cerca de Soeurette. Ni una ni otra eran ya jóvenes, la primera tenía cincuenta y ocho años, la segunda sesenta y cinco. Pero Josina conservaba su gracia dulce, su finura, realzada por sus cabellos admirables, cuyo tinte dorado fino, sólo había palidecido: mientras Soeurette, como ocurre a las jóvenes poco agraciadas, flacas, morenas, no parecía envejecer, con la edad adquirió un encanto de juventud persistente, de bondad activa. Susana era siempre la mayor de todas, con sus sesenta y ocho años, hermoseedada también por la edad, sin más belleza que su dulzura afectuosa, su severa razón suavizada por la indulgencia. Las tres rodearon a Lucas como tres almas fieles, una de ellas la esposa amante, las otras dos, las amigas devotas y apasionadas.

Cuando entró Lucas en compañía de Susana, Josina sostenía sobre sus rodillas un pequeñuelo de dos años apenas, al que Soeurette examinaba la mano derecha.

–¿Qué tiene mi Oliverio? –preguntó con inquietud–. ¿Se ha lastimado?

Oliverio Froment era su último nieto, hijo de su hijo mayor Hilario Froment y de Colette hija de Nanet y de Nisa. Todos los matrimonios que se habían celebrado, daban entonces sus frutos, inundando los asilos maternales y las escuelas con una ola sin cesar creciente de cabezas rubias y morenas, que formaba la gente pequeña en disposición de ir siempre hacia adelante.

–¡Eh! –dijo Soeurette–, un simple rasguño producido sin duda por una tabla de la silla... Vamos, ¡ya está curado!

El niño había dado un ligero grito y después se había echado a reír. Entonces una niña de cuatro años, a quien habían dejado más allá libre, se acercó con los brazos abiertos como para cogerlo y llevárselo.

–¡Quieres estarte quieta, Marieta! –gritó Josina con temor–. ¡No se hace una muñeca de su hermanito!

Marieta protestaba diciendo que ella era formal. Y Josina, como buena abuela, tranquilizada, miraba a Lucas, y los dos sonrieron felices al ver a su genticilla tan feliz, merced a su cariño. Susana, luego, les acercaba otras dos rubias, Elena y Berta, dos gemelas de cuatro años, nietas suyas también. Eran de su segunda hija Paulina.

–¡Cómo! –dijo, deteniéndose ante una cuna–, ¿hay ahí dos gemelos? ¡Qué niños más hermosos, y qué parecidos en su belleza tan atractiva!

–¡No señor, no! –exclamaba Soeurette–. El uno es una niña a quien el pequeñuelo de la cuna vecina, ha venido a visitar. En cuanto pueden juntarse, encontramos a veces tres o cuatro unos en brazos de otros.

Y todos se alegraban ante aquella hermosa cosecha de afecto y de amor en germen. Susana, que en un principio

había revelado los más serios temores, hasta la repugnancia más viva, hacia la educación y la instrucción en común de los dos sexos, sentíase ahora maravillada por los admirables resultados obtenidos. Aquellos, niños y aquellas niñas a quienes antes se consentía estar juntos hasta la edad siete u ocho años, pero a quienes más tarde se separaba y aislaba, levantando entre ellos un muro infranqueable, crecían luego ignorándose los unos a los otros, y llegaban, a ser extraños, enemigos brutales cuando, venía la noche de bodas, cuando la mujer se echaba en brazos del hombre. Los cerebros dejaban de ser de la misma raza, el misterio exasperaba el deseo sexual, el macho hacía la rueda, ante la hipócrita reserva de la hembra, dándose así la batalla de dos criaturas hostiles, de ideas diferentes, de intereses opuestos. Y, ahora, allí en las parejas jóvenes, Susana podía comprobar la paz feliz conquistada, una fusión más íntima de inteligencia y de sentimiento, la razón, el buen acuerdo, la fraternidad en el amor. Pero lo que sobre todo le sorprendía en las escuelas mismas, eran los buenos efectos de la mezcla de sexos, que despertaba una especie de emulación nueva, suscitando en los muchachos la dulzura, en las niñas la decisión, preparándolos por una penetración más íntima, por un conocimiento libre y pleno, para una fusión completa, hasta no ser más que un sólo espíritu, un ser sólo en el hogar doméstico. La experiencia estaba hecha, no se registraba ni un caso de la excitación sexual tan temida; en cambio, el nivel moral se levantaba, siendo maravilloso ver aquellos muchachos y aquellas niñas, inclinarse por sí solos hacia los

estudios que debían serles más útiles, gracias a la gran libertad que a cada escolar se concedía para trabajar a su gusto en vista de las necesidades del porvenir.

Susana decía graciosamente:

–Los desposorios se hacen desde la cuna, y así se suprime el divorcio, porque se conocen unos a otros demasiado para proceder de ligero... Vamos, amigo Lucas, comienza el recreo y quiero que usted oiga cantar a mis discípulos.

Soeurette se quedaba con su gentecita, porque ya era la hora del baño, mientras que Josina tenía que volverse hacia su taller de costura, casado con Andrés Jollivet a quien el abuelo, el presidente Gaume, había recogido, después de la desaparición de Lucila y de la trágica muerte del capitán. Lucas y Josina, habían casado tres de sus cinco hijos: Hilario, Teresa y Paulina; los otros dos, Carlos y Julio aún no se habían casado.

–Y estos pimpollos: ¿no se acuerda usted de ellos? –dijo alegremente Susana.

Las dos gemelas, Helena y Berta, se habían lanzado al cuello de Lucas, a quien adoraban; Marieta también se lanzaba hacia él trepando por las piernas, mientras que el mismo Oliverio, el chiquitín, extendía sus manecitas curadas, gritando frenético porque el abuelito le pusiera

sobre las espaldas. Lucas, sofocado por las caricias, bromeaba.

–Está bien, amiga mía, no faltaba más que usted fuese a buscar a Mauricio, su ruiseñor, como usted dice. Así serían cinco a comerme ¡Dios mío! ¡qué va a ser de mí cuando sean docenas!

Y, colocando en tierra a la gemela y a Marieta, la niña de carnes de rosas, de ojos puros, cogió un instante a Oliverio y lo tiró a lo alto, lo que hizo a éste lanzar gritos de júbilo. Después, colocándole de nuevo en su silla, dijo:

–Vamos, es preciso ser formales, no es posible estar siempre jugando, es necesario que piense en otros.

Guiado por Soeurette, seguido de Josina y de Susana, dio una vuelta por las salas. Era un encanto exquisito ver toda aquella casa de la primera infancia, con sus paredes blancas, sus cunas blancas, su gentecilla de blanco; toda esta blancura tan alegre en pleno sol, cuyos rayos penetraban por las altas ventanas. También allí corría el agua, sentíase la frescura cristalina, se oía su murmullo, como si arroyos claros conservasen por todas partes la limpieza exagerada que se advertía en los más modestos utensilios. Sentaba esto y muy bien con el candor y la salud. Si a veces salían de la cuna gritos, la mayoría de ellas, sólo se oía la cháchara agradable, las risas argentinas de los niños que corrían, llenando las salas con sus continuos revoloteos. Los

juguetes, otro mundo pequeño, mudo, vivían en todas partes su vida natural y cómica; había muñecos, muñecas, caballos de madera, coches. Eran propiedad de todos, de los niños como de las niñas, unas y otros vivían confundidos en una sola familia, pensando juntos desde que empezaban a hablar, como hermanas y hermanos, como maridos y mujeres, que debían tener hasta la muerte una existencia común.

A menudo, Lucas se detenía y exclamaba:

–¡Oh! ¡qué hermosa niña! ¡qué niño más precioso!

Y se equivocaba y se reía al ver que el muchachito era una niña, o bien, al contrario.

Sólo Lucas seguía a Susana a lo largo de la galería abierta, con la cual comunicaban las cinco clases.

Aquellas clases habían llegado a ser como un mundo aparte. Fue necesario subdividirlas, construir locales más amplios, aumentar además las dependencias, los gimnasios, los talleres de aprendizaje, los jardines, a los cuales los niños salían libremente cada dos horas. Después de algunos tanteos, se había logrado fijar el procedimiento de educación y de instrucción, y aquella enseñanza libre, que hacía atractivo el estudio, respetando la personalidad del discípulo, pidiéndole sólo el esfuerzo de que es capaz para las lecciones preferidas, elegidas sin presión coactiva, daba

resultados excelentes, aumentaba de año en año la ciudad con una generación nueva, cada vez mejor dispuesta para la verdad y para la justicia. Tal era el único modo bueno de acelerar el porvenir, de hacer brotar los hombres encargados de realizar el mañana, libres de los dogmas engañosos, formados en las realidades necesarias, conquistados por los hechos científicos demostrados, el conjunto de los cuales constituye la certidumbre inquebrantable. Ahora, nada parecía menos lógico ni menos provechoso, que someter toda una clase a la férula de un maestro, esforzándose por imponer su fe personal a unos cincuenta escolares, con cerebros y sensibilidades diferentes. Parecía perfectamente natural limitarse a despertar en esos escolares el deseo de aprender, y luego dirigirlos en sus investigaciones y favorecer las facultades individuales que en cada cual se manifiestan. Las cinco clases se habían así convertido en terreno de experimentación, en donde los niños, de una manera graduada, recorrían el campo de los conocimientos humanos, no para tragárselos con gula sin digerir nada, sino para despertar en cada uno, al contacto con los mismos, su propia energía intelectual, sobre todo para decidir la especialidad más determinada, hacia la cual se sentía atraído. Jamás la frase de que allí se estaba para aprender, había sido tan exacta. Era algo así como desenredar cerebros tiernos, la elección de cada niño en la inmensidad del saber, la manera más lógica de utilizar más tarde todo su esfuerzo, toda la inteligencia y energía. Y ello gracias al

atractivo del estudio, a la libertad sana, fecunda, a las continuas distracciones recreativas de goce y de fuerza con que se interrumpían las horas de trabajo.

Todavía tuvieron, Lucas y Susana, que esperar un instante a que las clases terminasen. Desde la galería cubierta, que recorrían lentamente, podían dirigir una ojeada a los salones, en los cuales cada niño tenía su mesita y su silla. Se habían suprimido las mesas y los bancos seguidos, dándoles así la impresión de ser cada uno dueño de los suyos. ¡Y qué espectáculo más agradable el de aquellas niñas y aquellos muchachos, mezclados sin orden en sus puestos! ¡Qué atención más apasionada prestaban a la palabra del profesor, en pie entre ellos, pasando de un lado a otro, conversando acerca de su lección, suscitando a veces contradicciones! Como no había ni castigos ni premios, todos daban por satisfecha su necesidad naciente de gloria, en aquella lucha sobre quién demostraría haber comprendido mejor. El profesor cedía con frecuencia la palabra a aquellos que parecían más enterados del asunto, y de esta manera los cursos revestían un interés que la discusión constantemente renovaba. Con el auxilio de los medios más diversos, el fin único que se perseguía era el de hacer los estudios animados, arrancándoles de la letra muerta de los libros para darles la vida de las cosas, la pasión de las ideas. Y nacía el placer, el placer de aprender, de saber, y las cinco clases desarrollaban el conjunto de los conocimientos humanos, como el drama movido y real del



vasto mundo, que todos debemos conocer, si queremos obrar en él y ser en él felices.

Un alegre clamoreo se produjo; el recreo al fin llegaba. Cada dos horas, veíanse los jardines invadidos; y era de ver el animado tumulto de la salida de las clases, aquella ola de muchachos y de niñas que entre sí fraternizaban como buenos amigos. Por todas partes se les veía formando grupos, los juegos se organizaban sin distinción de sexo, algunos preferían conversar alegremente, otros se trasladaban a los gimnasios o a los talleres de aprendizaje. Oíanse risas muy francas, muy puras. Sólo un juego había caído en desuso, no se jugaba ya al marido y mujer, porque todos ellos eran simplemente compañeros. Había tiempo para eso en la vida, ya que no se separaban en adelante y seguían juntos para conocerse mejor y quererse más.

Un muchacho de nueve años, muy hermoso, muy fuerte, se acercó a Lucas, y se arrojó en sus brazos, gritando:

–¡Buenos días, abuelo!

Era Mauricio, el hijo de Teresa Froment, que se había casado con un Morfain, Raimundo, hijo de Petit Da, el gigante, y de Honorina Caffiaux.

–¡Ah! –dijo Susana con júbilo–, este es mi ruiseñor... ¡vaya! ¿Estáis dispuestos? Hijos míos, vamos a repetir nuestro coro

tan bonito, aquí sobre el césped, entre esos grandes castaños.

Toda una banda la rodeaba. Con otros veinte, estaban allí dos muchachos y una niña a quien Lucas besó. Luis Boisgelin, de once años, era hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, el matrimonio de amor triunfante, primer anuncio de la próxima fusión de las clases. Feliciano Bonnaire, de catorce años, era hijo de Severino Bonnaire y de Leonia, la hija de Aquiles Gourier, y de Azulina, la pareja cariñosa y libre que había florecido entre las rocas salvajes y balsámicas, de los Montes Bleuses. Germana Yvonnot, de dieciséis años, era la nieta de Augusto Laboque y de Marta Bourron, la hija de su hijo Adolfo y Zoa Bonnaire, hermosa niña morena y sonriente, en la cual se juntaban y armonizaban la sangre fraternal, tanto tiempo en lucha, del obrero, del aldeano y del comerciante en pequeño. Lucas divertíase en desenredar la complicada madeja de estas alianzas, de estos cruzamientos continuos, y reconocía con facilidad en medio de aquellas cabezas infantiles, sintiéndose como transportado, en aquella vegetación sin límites, fecunda en matrimonios que poblaban su ciudad.

–Va usted a oírlos –dijo Susana–. Es un himno al sol naciente, un saludo de la infancia al astro que va a madurar las mieses.

Sobre el césped, en medio de los grandes castaños, se habían reunido unos cincuenta niños. Y el tanto se elevaba,

muy fresco, muy puro y muy alegre. Todo se reducía, sin gran ciencia musical, a una simple serie de cantos alternados, ejecutados por una niña y por un niño, a los que el coro acompañaba. Pero era tan viva la alegría, tan lleno el sentimiento de una fe sencilla en el astro de bondad y de luz, que sus voces delgaditas, un poco agrias, llegaban a tener encanto y ternura. El niño Mauricio Morfain, que contestaba a la niña Germana Yvonnot, tenía, en efecto, como Susana decía, una voz de ángel, de un timbre cristalino, que se elevaba al tono agudo, con sonidos deliciosos de flauta. Después venía el revoloteo del coro, como el rumor de pájaros ocultos y piando entre las ramas. Nada más divertido que oírles.

Lucas, reía, como abuelo contento y bondadoso, y Mauricio, radiante, corría a echarse en sus brazos.

–Y es verdad, muchacho, ¡cantas como un ruiseñor de los bosques! Y he aquí una cosa excelente, porque ya verás, en tu vida, podrás cantar en las horas de descanso y esto te servirá para animarte. No se ha de llorar nunca, es preciso cantar siempre.

–¡He aquí lo que constantemente les digo! –exclamó Susana con su intrepidez afectuosa–. Es necesario que todos canten; yo les enseño a cantar para que canten aquí, en la escuela, y más adelante en los talleres, y luego toda su vida. Un pueblo que canta es un pueblo sano y contento.

Ella le animaba; no ponía aspereza alguna ni vanidad de ningún género en su enseñanza, dando de aquella manera sus lecciones en los jardines, con la ambición única de provocar en aquellas tiernas almas el buen humor del canto fraternal y abrirlas a la belleza, sin nubes, de la armonía. Según decía ella, la ciudad feliz, el día de la justicia y de la paz, cantará toda bajo el sol.

–Vamos, queridos míos, otra vez, y con cuidado, no os apresuréis, tenemos tiempo.

Y el canto se elevó de nuevo. Pero hacia el final del trozo se produjo una interrupción. Detrás de los castaños, en un macizo de arbustos, apareció un hombre que volvía la espalda y quería ocultarse. Pero Lucas le había reconocido: era Boisgelin, y experimentó gran sorpresa cuando le vio inclinarse, escrutar con sus ojos por entre las yerbas, como si buscase algún escondrijo, un agujero ignorado.

–Luego creyó comprender: el pobre hombre debía, en su locura, de andar en busca del rincón oculto, donde poder amontonar sus riquezas incalculables, para que no se las robasen. Con frecuencia se le encontraba así, temblando de miedo, sin saber en el fondo de qué abismo enterrar la fortuna excesiva, el peso de la cual le aplastaba. Lucas sintió entonces un estremecimiento de lástima, sobre todo cuando vio a los niños temerosos, ante la poco tranquilizadora aparición, como un bando de alegres

pinzones a quienes el vuelo agitado de un ave nocturna dispersa.

Susana, un tanto pálida, repitió en alta voz:

–¡Con cuidado! ¡con cuidado! ¡queridos míos! ¡entonad la frase final con todo vuestro corazón!

Boisgelin, desconfiado, huraño, había desaparecido como una sombra negra entre los arbustos floridos. Después que los niños, tranquilos, saludaron al sol soberano con un último grito de alegría, Lucas y Susana les felicitaron, les hicieron volver a sus juegos. Una vez solos, los dos se dirigieron hacia los talleres de aprendizaje, al otro lado del jardín.

–¿Le ha visto usted? –dijo ella muy bajo, después de un rato–. ¡Ah! ¡desgraciado! ¡qué inquieta me tiene!

Y como Lucas manifestase su pesar por no haber alcanzado a Boisgelin para conducirlo a su casa, exclamó ella de nuevo:

–No hubiera ido con usted. Habría sido preciso luchar, un escándalo. Le repito, que mi único temor es que lo encontremos cualquier día destrozado en el fondo de algún hoyo.

Volvieron a guardar silencio y llegaron a los talleres de aprendizaje. Muchos alumnos venían allí a pasar una parte

del tiempo de recreo, cepillando madera, limando hierro, cosiendo o bordando, mientras otros, dueños de un terreno próximo, se ocupaban en cavar, en sembrar o escardar. Encontraron a Josina en un salón, en el cual funcionaban unas al lado de otras las máquinas de coser, los telares de hacer punto y tejidos, dirigidos por niños y niñas: porque también al dejar la Escuela, los sexos seguían juntos, la vida común continuaba, participando de iguales trabajos y los placeres, deberes y derechos, igual que habían participado de iguales estudios. Oíanse allí cánticos, una emulación alegre animaba aquel taller de aprendizaje.

–¿Oye usted?, cantan –dijo Susana dominada de nuevo por la alegría–. Y cantarán siempre, son pájaros canoros.

Josina enseñaba a una muchacha alta de dieciséis años, Clementina Bourron, cómo era preciso manejar una máquina de coser para conseguir un punto de bordado. Y otra muchacha más pequeña, de nueve años, Alina Boisgelin, esperaba que la enseñase de qué manera se asentaba a mano una costura. Clementina, que era la hija de Sebastián Bourron y de Agueda Fauchard, tenía por abuelo materno a Fauchard el secador y por abuelo paterno a Bourron el pudelador. Alina, la hermana menor de Luis, hija de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire, se rió cariñosa, cuando vio a su abuela Susana, que la adoraba.

–¡Ah! sabes, abuelita, todavía no soy capaz de asentar estas costuras, pero ya las hago muy derechas... ¿No es verdad, amiga Josina?

Susana la besó, después miró cómo Josina asentaba un remate de costura a guisa de modelo. El propio Lucas se interesaba con aquellos trabajos menudos, convencido de que nada hay que sea indiferente, que la vida feliz es obra del empleo feliz de las horas, del ser utilizado por entero, mediante el empleo de todas sus energías físicas e intelectuales, en vivir lógica y normalmente toda la vida. Y habiéndose unido a ellos Soeurette cuando dejaba a Josina y a Susana para dirigirse a la fábrica, encontróse un instante en el jardín florido con las tres mujeres, las tres almas apasionadas y devotas que tan poderosamente le ayudaban a realizar su sueño de bondad y de justicia.

Conversaron aún, a la sombra, distribuyéndose la tarea, examinando las situaciones que debían tomarse. Si su pequeño mundo avanzaba con tanta gallardía, sin demasiados tropiezos, dando una cosecha tan hermosa de buenos resultados, era gracias al principio de los educadores, de los maestros, según el cual no hay pasiones malas en el ser humano. Sólo hay energías, porque las pasiones son todas fuerzas admirables, y únicamente se trataba de utilizarlas para la felicidad de los individuos y de la comunidad. Es que el deseo, condenado por las religiones, el deseo que reglas de ascetismo se han esforzado por

destruir como una mala bestia, el deseo batido, aplastado, en el hombre y en la mujer, victorioso a pesar de todo, es la llama viva del mundo, la palanca que impulsa los astros, la vida en marcha cuya desaparición extinguiría el sol, invadiendo de nuevo la tierra con las heladas tinieblas de la nada. No hay concupiscentes, no hay sino corazones de fuego que sueñan con lo infinito, en el placer del amor. No hay hombre colérico, hombre avaro, hombre mentiroso, glotón, perezoso, envidioso, orgulloso; sólo hay hombres en quienes no se han sabido dirigir las fuerzas interiores, las energías desarregladas, las necesidades de acción, de lucha, de victoria. Con un avaro, se hace un ser prudente, económico. Con un exaltado, un envidioso, un orgulloso, se hace un héroe, que se dará todo él por un poco de gloria. Mutilar en el hombre una pasión es como si se le cortase un miembro; no está ya completo, se ha hecho de él un enfermo, se le ha quitado algo de su sangre, de su potencia. Maravilla es que la humanidad haya podido vivir bajo esas religiones mortíferas que hace tanto tiempo se empeñan en matar al hombre en el hombre, queriendo llevarlo hacia un dios de la crueldad y de la mentira, cuyo reino no se asentará sino sobre polvo humano.

En la escuela, en los talleres de aprendizaje, y desde los primeros pasos ya, desde los pueriles juegos de los Asilos maternos, se utilizan las pasiones nacientes de la niñez, en vez de suprimirlas. Si los perezosos eran cuidados como enfermos en quienes se trataba de despertar la emulación y



la voluntad, haciéndoles dedicarse a los estudios por ellos libremente elegidos, comprendidos y queridos, se empleaba la fuerza de los violentos, en los trabajos más duros; se obtenía de los avaros el provecho de la lógica y del método, y de los envidiosos, de los orgullosos, beneficios admirables de vasta inteligencia, triunfantes en las tareas menos cómodas. Lo que una moral de restricción hipócrita ha llamado los más bajos instintos del hombre, convertíase así en el foco ardiente de donde la vida tomaba su llama inextinguible. Todas las fuerzas vivas en sus puestos, toda la creación se regulaba según su orden soberano, y llevaba, rebosando, la corriente de los seres, y conducía a la humanidad hacia la ciudad feliz. En lugar de la imbécil representación del pecado original, del hombre malo a quien un Dios ilógico castiga y debe salvar a cada paso, entre la amenaza de un infierno infantil, y la promesa de un paraíso engañoso, sólo habrá la evolución natural de una especie de seres superiores, sencillamente en lucha contra las fuerzas de la naturaleza, a las que vencerán, a las que someterán para su felicidad, el día en que habiendo dado fin a su guerra fratricida, vivan como hermanos omnipotentes, después de haber conquistado la verdad, la justicia y la paz.

–Está muy bien –dijo Lucas, luego que hubo repartido el trabajo del día con Josina, Soeurette y Susana–. Vayánse, amigas mías, que su buena voluntad haga el resto.

Las tres le rodeaban, como la emanación misma de la afectuosa solidaridad de amor universal que el genio difundió entre los hombres. Se habían cogido de las manos y sonreían, ellas, viejas ya, con sus cabellos blancos, muy amables, muy bellas aún, con una belleza extraordinaria de infinita bondad. Y cuando él las dejaba, para dirigirse a la fábrica, ellas le siguieron largo tiempo con ojos cariñosos.

En la fábrica, los talleres se habían ampliado más, en medio de la sana alegría del sol, del aire libre que los inundaba. Por todas partes, las aguas frescas, corrientes, lavaban las losas de cemento, arrastrando hasta el polvo; de suerte que la casa del trabajo, antes tan negra, tan fangosa, tan mal oliente, relucía ahora limpia por todas partes. Bajo los enormes techos de cristales, cabía creerse dentro de una ciudad de orden, de placer y de riqueza. Las máquinas venían a hacer ya casi toda la labor. Movidas por la electricidad, soberbias, alineadas, como un ejército de obreros dóciles, infatigables, estaban sin cesar dispuestas a realizar su esfuerzo. Si al fin sus brazos de metal acababan por gastarse, se les reemplazaba sencillamente; e ignoraban el dolor, que en parte además habían suprimido en el hombre. Era, en suma, aquella la máquina amiga, no la de los comienzos, competencia que agravaba el hambre del obrero haciendo bajar el salario, sino la máquina libertadora convertida en el útil universal, que trabaja por el hombre, mientras éste descansa. No había allí, alrededor de aquellas sólidas trabajadoras, más que conductores, vigilantes, cuya

única tarea consistía en manejar la palanca con que se la pone en marcha, y en cuidar de que funcionaran bien los mecanismos. La jornada no pasaba de cuatro horas, y jamás ningún obrero ejecutaba una tarea durante más de dos, pues le sustituía un compañero, y él pasaba a otro trabajo, arte industrial, cultura o función pública. Como el empleo general de la fuerza eléctrica suprime casi el antiguo estrépito que llenaba los talleres, se animaban éstos con el cántico de los trabajadores, el canto alegre que traían de las escuelas, como una florecencia armoniosa que embellecía su vida entera. Y aquellos hombres que cantaban alrededor de aquellas máquinas tan suaves y tan fuertes en su silencio, en el brillo de sus aceros y de sus cobres, expresaban el placer del trabajo justo, glorioso y salvador.

Lucas, al pasar por el taller de los hornos de pudelar, se detuvo un momento para hablar con un robusto joven de unos veinte años, que tenía a su exclusivo cargo la dirección de uno de los hornos.

–Muy bien Adolfo, esto marcha; ¿está usted satisfecho?

–Sin duda, señor Lucas. Termino mi tarea de dos horas, y la bolsa está en sazón para ser retirada del horno.

Adolfo era hijo de Augusto Laboque y de Marta Bourron. Pero no tenía como en otro tiempo su abuelo materno, el pudelador Bourron, hoy retirado, que hacer la terrible operación del braceaje, con la bola de metal en fusión,

hechas ascuas, auxiliado por el espetón ante las llamas. Tal operación se hacía mecánicamente, y hasta por un sistema ingenioso salía la bola brillante, se cargaba en el carrillo que la conducía bajo el martillo cinglador, sin necesidad de la intervención del obrero.

Adolfo añadió con satisfacción:

–Va usted a ver; la Calidad es superior, y este trabajo ¡es tan sencillo!

Había bajado una palanca, se desenganchó algo, se abrió una puerta que dejó deslizarse hasta el carrillo la bola, semejante a un astro que alumbrara el horizonte con un reguero luminoso. Y él siempre sonriente, la frente fresca, sin una gota de sudor, los músculos flexibles y finos, como hombre a quien la fatiga excesiva no ha deformado. El carrillo había ido ya a descargar su peso bajo el martillo cinglador de modelo reciente, movido por la electricidad, y que también ejecutaba toda la tarea sin que el herrero encargado de conducirla tuviera que romperse los brazos volviendo el mazo en todos sentidos. El movimiento era tan fácil, tan sencillo, que venía a ser como una música que acompañaba el buen humor de los obreros.

–Me marcho –añadió Adolfo, después de haberse lavado las manos–. Necesito terminar, un modelo de mesa que me interesa mucho, y me voy dos horas a los talleres de carpintería.

En efecto, era carpintero a la vez que pudelador, pues había aprendido varios oficios, como todos los jóvenes de su edad, a fin de no embrutecerse en una especialidad exclusiva. El trabajo, con la variedad y la renovación constante, se convertía en una distracción, en un placer.

–¡Que usted se divierta! –le dijo sencillamente Lucas, alegre con su gozo.

Pero donde Lucas pasaba varios minutos felices en las mañanas de visita, era en el departamento de hornos de crisoles. ¡Cuán lejos se encontraba el antiguo infierno, de los hornos de crisoles del Abismo, con sus pozos ardientes gruñendo como volcanes, de donde los miserables obreros, en medio de una reverberación como de incendio, debían retirar con sus brazos cien libras de metal en fusión! En lugar de la sala negra, llena de polvo, inmunda, extendíase amplia galería por cuyas grandes vidrieras penetraba el sol, pavimentada en anchas losas, entre las cuales se abrieron las baterías de hornos simétricos. El empleo de la electricidad los mantenía fríos, silenciosos, claros, limpios. Y allí también las máquinas hacían toda la tarea, bajaban los crisoles, los elevaban en brasas, los voleaban en dos moldes, bajo la simple vigilancia de los obreros conductores. También mujeres estaban allí dedicadas a la distribución de la fuerza eléctrica, porque se había advertido en ellas mayor cuidado y exactitud, para el manejo de los aparatos de precisión.

Lucas se aproximó a una hermosa joven, alta de veinte años, Laura Fauchard, hija de Luis Fauchard y de Juliana Dacheux, en pie cerca de un aparato, muy atenta, daba la corriente a un horno, según indicaciones de un joven obrero, dispuesto a inspeccionar la fusión.

–¿Qué tal, Laura? –preguntó Lucas–, ¿no está usted cansada?

–¡Oh, no, señor Lucas, esto me divierte! ¿Cómo quiere que me canse por dar vueltas a este volante tan pequeño?

El obrero, Hipólito Mitaine, de veintitrés años no cumplidos, se había aproximado. Era hijo de Evaristo Mitaine y de Olimpia Lenfant, y se decía que era novio de Laura Fauchard.

–Señor Lucas –dijo–, si usted quiere ver fundir lingotes, estamos preparados...

Puesta en marcha, la máquina, con su facilidad tranquila, sacaba los crisoles incandescentes y los vertía en las lingoteras, que un mecanismo acercaba por turno. En cinco minutos, mientras los obreros miraban, la operación quedaba perfectamente despachada, y el horno en disposición de recibir una nueva carga.

–¡Y eso es todo! –decía Laura riendo con su graciosa risa–. Cuando pienso en las terribles historias con que mi pobre

abuelo Fauchard ha mecido mi infancia. Jamás tenía la cabeza firme, y contaba cosas que hacían temblar, acerca de su antiguo oficio de arrancador, no parecía más que había pasado toda su vida en el fuego, con el vientre y los miembros comidos por las llamas. Todos los viejos nos consideran ahora muy felices.

Lucas se había puesto serio, mientras brotaban las lágrimas de sus ojos, con la emoción.

–Es cierto, los abuelos han sufrido mucho. Y a eso se debe que los nietos tengan una vida mejor. Es preciso que trabajéis y os améis unos a otros; la vida aún será mejor para vuestros hijos y vuestras hijas.

Y Lucas continuó su visita, y a donde quiera que se dirigía, en los diferentes talleres, en el del modelado de acero, en el de la gran forja, en el de los grandes y pequeños hornos, encontraba la misma limpieza saludable, la misma alegría encantadora, el mismo trabajo fácil y divertido, gracias a la diversidad de las tareas y al auxilio soberano de las máquinas. El obrero, que ya no era la bestia de carga aplastada, despreciada, se convertía en reflexivo e inteligente, para siempre libre y glorioso. Cuando Lucas terminó su paseo matutino, por el taller de los laminadores, al lado de los hornos de pudelar, detúvose de nuevo para hablar amigablemente con un muchacho de unos veintiséis años, Alejandro Feuillat, que a la sazón llegaba.

–Sí, señor Lucas, vengo de Combettes, donde ayudo a mi padre. Teníamos que acabar de sembrar una tierra y he estado allí dos horas. Ahora voy a trabajar aquí otras dos horas, porque hay un pedido de raíles urgente.

Era hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Muchacho de imaginación viva, se entretenía, después de sus horas reglamentarias de trabajo, en hacer dibujos de adorno para los talleres del alfarero Lange.

Se había puesto ya a la obra, vigilando un gran juego de laminadores que construía los raíles. Lucas, benévolo, feliz, miraba. Desde que se empleaba la fuerza eléctrica, el estrépito terrible de los laminadores había desaparecido, funcionaban con una suavidad pastosa, produciendo tan sólo el ruido argentino del raíl que saltaba, al juntarse a los otros raíles que se estaban enfriando. Era quello la hermosa producción incesante de las épocas de paz, raíles y más raíles, para que todas las fronteras se franqueasen, y para que los pueblos, cada vez más juntos formaran un solo pueblo, sobre la tierra cruzada de caminos; grandes navíos de acero, no los abominables buques de guerra, que llevan la devastación y la muerte, sino los buques de la solidaridad, de la fraternidad, cambiando los productos de los continentes, multiplicando la riqueza de la familia humana, para conseguir la abundancia. Los puentes que facilitan también las comunicaciones, las vigas y las armaduras metálicas para los innumerables monumentos que los



ciudadanos reconciliados necesitaban para la vida pública, las Casas Comunes, las Bibliotecas, los Museos, los Asilos de protección y de refugio, los Almacenes Generales inmensos, los Depósitos y los Graneros capaces de contener la vida y el alimento de las naciones federadas. Y por fin, las innumerables máquinas que en todas partes y para toda clase de trabajos reemplazaban a los brazos del hombre, las que trabajan en los talleres, las que sin cesar rodaban por las calles, por las olas y por los aires. Y Lucas sentíase satisfecho, alegre, ante todo aquel hierro, hecho pacífico, aquel metal de conquista, del cual la humanidad durante tanto tiempo no había sacado más que espadas para sus luchas sangrientas, con el cual más tarde había hecho cañones y granadas, en las épocas de sus últimas carnicerías, y con el que construía su casa de fraternidad, de justicia, de felicidad, ahora, después de que la paz había sido conquistada.

Antes de volverse, Lucas quiso dar una última ojeada a la batería de los hornos eléctricos, que había sustituido al horno de Morfain. La batería funcionaba bajo el techo de vidrio, inundada por los rayos del sol. Cada cinco minutos, el mecanismo cargaba los hornos, después que la acera móvil se llavara los diez lingotes, cuyas llamas palidecían bajo la clara luz del astro. Había allí también dos muchachas vigilando los aparatos eléctricos, de veinte años cada una. Una de ellas, rubia, de un rubio delicioso, era Claudina, hija de Luciano Bonnaire y de Luisa Mazelle, y la otra, de

hermosos cabellos negros, era Celina, hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque. Atentas a establecer e interrumpir la corriente, sólo pudieron sonreír a Lucas. Pero vino un descanso y se adelantaron, al ver todo un grupo de niños que se detenía con manifiesta curiosidad a la entrada del cobertizo.

–¡Buenos días, Mauricio! ¡Buenos días, Luisito! ¡Buenos días, querida Alina! ¿Han terminado ya las clases, que venís a vernos?

Consentían, en efecto, a los escolares, a manera de recreo, recorrer libremente la fábrica, con la idea de que se familiarizasen con el trabajo, y de paso adquiriesen las primeras nociones de las cosas.

Lucas, a quien alegró ver a su nieto Mauricio, hizo que todo el grupo entrase. Y respondió a todas las preguntas; explicó el mecanismo de los hornos, y hasta hizo que funcionaran los aparatos para que vieran los niños cómo bastaba que Claudina o Celina movieran una palanca, para fundir el metal y hacerlo salir en chorro deslumbrador.

–¡Oh! yo ya sabía eso, ya lo había visto –dijo Mauricio, dándose aire de hombrecillo, a quien nueve años habían enseñado muchas cosas–. Mi abuelo Morfain, una vez, me lo enseñó todo... Pero, abuelo Froment, dime, ¿es verdad que antes había hornos altos como montañas, y que era

preciso estar quemándose el cuerpo día y noche para sacar de ellos algo?

Todos se echaron a reír, y Claudina respondió:

–Es muy cierto. El abuelo Bonnaire me lo ha contado muchas veces, y tú, mi querido Mauricio, deberías conocer la historia, pues tu bisabuelo, el gran Morfain, como todavía se le llama, ha sido el último héroe que ha luchado con el fuego. Vivía allá arriba, en un agujero entre las rocas, jamás bajaba al pueblo; tenía que cuidar todo el año de su horno gigante, el monstruo, las ruinas del cual se ven aún, en la ladera de la montaña, como una torre que recuerda tiempos antiguos.

Mauricio, con los ojos abiertos, admirando, escuchaba con el interés apasionado de un niño a quien se le relata algún prodigioso cuento de hadas.

–¡Oh! Lo sé, lo sé. Mi abuelo Morfain nos ha dicho todo eso de su padre y del horno alto como una montaña. Pero, yo creía que inventaba todo eso para entretenernos, porque inventa otras cosas, cuando quiere hacernos reír. ¿Es que son verdad?

–Claro, son verdad –continuó Catalina–. Había en lo alto obreros, que cargaban el horno, vertiendo en él carretadas de mineral y de carbón, y abajo, otros obreros que cuidaban

constantemente de que el monstruo no tuviera una indigestión, lo cual impediría que la operación saliese bien.

–Y –añadió a su vez Celina, la otra joven– eso duraba siete u ocho años. Durante esos siete u ocho años el monstruo ardía, entre llamas, siempre como un cráter, sin que se pudiera dejarle enfriar ni un momento, pues sería esto una pérdida muy grave; sería preciso abrirle el vientre, limpiarlo, reconstruirlo casi de nuevo.

–Ahora –añadió todavía Celina–; querido Mauricio, ya comprenderás por qué que el gran Morfain, tu bisabuelo, tenía necesidad de no dejar ese fuego de siete o de ocho años; era su tarea, esto sin contar con que, cada cinco horas, era preciso abrir a golpes con el espetón la piqueta para vaciar el crisol de metal fundido, un verdadero arroyo de llamas, el calor del cual os tostaba como un pato en el asador.

De pronto, los tres niños, estupefactos hasta entonces, se echaron a reír a carcajadas. ¡Oh! el pato asado; ¡el gran Morfain, que se tostaba como un pato!

–¡Pues, menuda broma sería en aquel tiempo! ¡Y cuántas fatigas costaría! –dijo Ludovico Boisgelin.

–No cabe duda –contestó su hermana Alina–; yo prefiero haber nacido más tarde; ¡es tan divertido trabajar hoy!

Pero Mauricio se había vuelto a poner serio, y con aire reflexivo, rumiaba en sus adentros aquellas cosas increíbles que le contaban. Por fin, dijo:

–De todos modos, bien fuerte debía de haber sido el padre del abuelo; y si hoy anda mejor la cosa, consiste, tal vez, en los muchos trabajos que habrán pasado en otros tiempos.

A Lucas, que hasta aquel instante se había contentado con escuchar y sonreírse, le encantó tan buen pensamiento, y cogiendo a Mauricio lo levantó en alto, y besándole en ambos carrillos, dijo:

–¡Tienes razón, pillastre! Es lo mismo que si tú ahora trabajas con toda tu alma, tus tataranietos serán todavía más felices por ti... Y lo estás viendo; ya no nos asamos como si fuéramos patos.

Dio una orden, y la batería de los hornos eléctricos funcionó de nuevo. Claudina y Celina, con un simple ademán, producían e interrumpían la corriente. Los hornos quedaban cargados, la fusión se verificaba, y la plaza móvil recibía e iba llevándose las diez barras de candente metal. Los niños quisieron, ellos solos, poner la maquinaria en movimiento, y ¡qué alegría! aquel trabajo tan fácil, después del cuento, legendario ya, de los trabajos de Morfain, que parecían ser los de algún dolorido gigante penando en un mundo desaparecido.

Pero surgió una aparición, y los escolares que estaban de paseo huyeron asustados. Lucas vio otra vez a Boisgelin en pie, junto a una puerta del cobertizo, fiscalizando y vigilando el trabajo con la mirada suspicaz y airada del amo, siempre intranquilo y temeroso de que sus hombres le roben. En esta misma forma se le solía encontrar a menudo en cualquier parte de la fábrica, desesperado por no poder inspeccionar a un tiempo toda aquella inmensidad; cada vez más loco con la idea de los millones que perdía diariamente, y sin conseguir jamás aquilatar por sí mismo la tarea de aquel pueblo, que le ganaba miles de millones.

Aquello era demasiada gente; él no podía verlos a todos, y sentía que sucumbía en esta buena administración de su desmedida fortuna, cuyo peso le agobiaba como si el cielo se le desplomase sobre la cabeza. Tan descompuesto estaba, tan exhausto por haber recorrido inútilmente los talleres de los trabajadores, él, que jamás había hecho cosa alguna con sus manos, que Lucas, movido por gran compasión, quiso esta vez alcanzarle para procurar sosegarle y llevarle tranquilamente a casa. Pero Boisgelin estaba sobre aviso; dio un salto atrás, y a la carrera desapareció en dirección a los grandes almacenes.

Lucas, terminado el paseo de la mañana, volvió a su casa. Desde que su ciudad se iba ensanchando sin término, no podía visitarla toda, y paseaba por sus numerosos barrios tan sólo a manera de creador en reposo y feliz al ver a su

creación multiplicarse por sí sola, e invadir paso a paso toda aquella llanura. Por la tarde, y no sin haber vuelto a echar un vistazo a los Almacenes Generales, entró al oscurecer, en casa de los Jordan a pasar una hora. En el salón pequeño, con salida al parque, encontró a Soeurette con Hermeline y Marle, en tanto que Jordan tendido sobre un canapé y envuelto en una manta, soñaba, según costumbre, contemplando en el horizonte la puesta de sol. Hacía poco que el amable doctor Novarre había sido arrebatado en horas por la muerte, en medio de las rosas de su jardín y con el solo sentimiento de no vivir lo bastante para presenciar la realización de tantas cosas hermosas, de las que en un principio no estaba del todo convencido. Soeurette, por lo tanto, no recibía más que al maestro y al cura, y eso de tarde en tarde, cuando ambos, arrastrados por antiquísima costumbre, venían a reunirse en su casa. Hermeline, con sus setenta años y jubilado, concluía la vida en estado de horrible amargura y creciente encono contra todo lo que a su vista ocurría. Hasta había llegado a encontrar tibio en sus ideas al cura, que le llevaba cinco años y que se encerraba en una tristeza digna y en un silencio cada vez más altivo, mientras más veía que se vaciaba su iglesia y que se moría su Dios.

Precisamente, al sentarse Lucas junto a la amable, callada y paciente Soeurette, el maestro acababa de volver a sus antiguas acusaciones de republicano sectario y autoritario, y la tomaba con el sacerdote.

–¡Ea, ea! cura, ya que digo lo mismo que usted, ayúdeme. Ha llegado el fin del mundo, con esos niños en que se cultivan las pasiones que nosotros, los educadores, teníamos por misión aplastar, en otros tiempos. ¿Cómo quieren que el Estado tenga ciudadanos disciplinados, educados, para servirle, cuando en ellos se da rienda suelta a la individualidad anárquica? Si nosotros, que somos hombres de método y razón, no salvamos a la República, se perdió para siempre.

Empeñado en salvar a la República de los que él llamaba socialistas y anarquistas, se había pasado al campo reaccionario, y unido con el sacerdote, en su odio hacia lo que se emancipaba sin su ayuda y fuera de su estrecha fórmula de testarudo jacobino.

Y prosiguió con mayor vehemencia.

–Ya se lo digo, cura; van a arrasar la iglesia, si ustedes no la defienden... Es cierto que su religión jamás ha sido la mía, pero he reconocido siempre que una religión era necesaria para el pueblo, y que el catolicismo era una admirable máquina de gobernar. Obrad, pues: henos aquí con vosotros, y después ya nos entenderemos, cuando juntos hayamos vuelto a conquistar las almas y los cuerpos.

El abate Marle, al principio, no hizo más que mover la cabeza: ya ni contestaba ni se incomodaba; y por último, dijo con su lenta voz:



–Yo cumplo todo mi deber; cada mañana estoy al pie del altar, aunque vea vacía mi iglesia, e imploro un milagro de la bondad de Dios. Él lo hará, seguramente, si es que lo juzga necesario.

Esto acabó de exasperar al maestro:

–Déjese de cuentos: tienen ustedes que ayudar a vuestro Dios, y el no obrar es una cobardía.

Soeurette, sonriente y llena de indulgencia para con éstos, que serían los vencidos de mañana, creyó que debía intervenir.

–Si todavía estuviese con nosotros el buen doctor, os suplicaría que hiciéseis por que vuestro acuerdo no llegase hasta tal punto, ya que, entendiéndose, se empeoran vuestras disensiones. Me afligen ustedes, amigos míos, y hubiese sido muy feliz si hubiese podido, ya que no convertiros a nuestras ideas, oiros al menos reconocer ante la experiencia, algo del inmenso bien que han producido en este país.

Los dos habían conservado gran deferencia para con esa mujer, tan dulce, tan santa, y su presencia en aquel pequeño salón, en el propio foco de la nueva ciudad, evidenciaba el amistoso ascendiente que Soeurette ejercía sobre ellos. Habían llegado a tolerar en aquel sitio la proximidad de Lucas, el adversario victorioso que, por otra parte y con toda

discreción, evitaba mostrarse triunfante ante aquella violenta y dolorosa agonía del viejo mundo. Tampoco intervino esta vez, al oír a Hermeline negar con furor todo lo que él había creado, porque todo le había salido bien. Aquello era la postrer sublevación del principio de autoridad contra la liberación natural y social del hombre; era la tiranía bajo su otra forma, el Estado omnipotente junto a la Omnipotente Iglesia, que ambos se habían disputado los pueblos, reservándose, por supuesto, coaligarse y unirse para volverlos a conquistar el día en que los viesan a punto de eximirse de la servitud, tanto civil como religiosa.

–¡Ah! –clamó de nuevo Hermeline–; si usted se da por vencido, es que ya llegó el fin, y como usted, no tendré más que callar y morir en mi rincón.

Otra vez el sacerdote movió la cabeza, sin salir de su doloroso silencio. Sin embargo, una última vez, declaró:

–Dios no puede ser vencido, y Dios es quien debe obrar.

Lentamente la noche se extendía sobre el parque; el pequeño salón iba quedando sumido en creciente sombra; nadie habló más, y en aquella habitación se sintió como un gran escalofrío, salido, sin duda, del melancólico pasado. El preceptor se levantó para despedirse... y como también se levantaba el sacerdote, Soeurette quiso ponerles directamente en la mano la cantidad que a cada uno de sus visitantes daba para los pobres. Pero él rechazó esta

limosna, que venía aceptando desde hacía más de cuarenta años, y con su voz lenta y baja, dijo:

–No, gracias, señorita; guarde ese dinero, yo no sabría qué hacer de él, pues ya no hay pobres.

¡Ah! Qué dicha para Lucas. ¡Ya no hay pobres! Ya no más pobres, ya no más hambrientos en ese Beauclair, que él había conocido tan oscuro, tan miserable, con su maldecida población de trabajadores, que se morían de necesidad. ¿Iban, pues, a sanarse todas aquellas horribles llagas, hijas del salario; iban, al fin, a desaparecer con la miseria, el crimen y la ignominia? ¡Había bastado con que el trabajo fuese reorganizado según los principios de la justicia, para que ya se notase más acertada repartición de la riqueza; y cuando el trabajo fuese honra, salud y alegría, una nueva humanidad hecha de paz y fraternidad al fin, poblaría la ciudad dichosa!

Jordan, sobre el canapé, envuelto en su manta, no había hecho un movimiento, y seguía errando por espacios infinitos en que vagaba, y se perdían sus miradas. Cuando Marle y Hermeline hubieron marchado, se despertó al fin. Y sin perder con la vista la puesta del astro, cuya paulatina desaparición parecía observar con apasionado interés, dijo como en un sueño:

–Cada vez que veo ponerse el sol, me siento sobrecogido por infinita tristeza y cruel inquietud. ¡Si acaso ya no vuelve,

si de nuevo no amanece para la negra y helada tierra, qué terrible muerte para todo lo que es la vida! Él es el padre, él es el fecundante, el engendrador, sin el cual se secarían o se pudrirían los gérmenes. En él también debemos colocar nuestra esperanza de alivio y venidera dicha; pues si él no nos ayuda, la vida concluiría por agotarse.

Lucas se sonreía, y sabía que Jordan, a pesar de su edad avanzada, de unos setenta y cinco, que pronto cumpliría, se dedicaba desde hacía varios años a estudiar el arduo problema de apresar el calor solar y almacenarlo en amplios depósitos, desde los cuales iría distribuyendo luego como la única, la grande, la eterna y viviente fuerza. El tiempo había de llegar en que faltaría el carbón en el fondo de las minas; y entonces, ¿de dónde se sacaría la energía necesaria, el torrente de electricidad imprescindible, ya para la existencia? Debido a sus primeros descubrimientos, había conseguido dar la fuerza eléctrica casi de balde.

Pero, ¡qué triunfo, si lograba convertir el sol en motor universal; si sacaba de él directamente aquella potencia calorífica, que yace latente y dormida en el carbón, y si llegaba a emplear el astro como único fecundador, como padre mismo de la inmortal vida! Ya no le quedaba más que este último descubrimiento por realizar, y después su obra habría terminado, y él ya podría morir.

–No se apure usted –dijo Lucas alegremente–; el sol saldrá mañana, y acabará usted de arrebatarse el fuego sagrado, la divina llama trabajadora, incansable y eterna creadora.

Soeurette, intranquila por causa del vientecillo de la tarde, cuyo fresco entraba por la ventana, preguntó a su hermano:

–¿No sientes frío? ¿Quieres que cierre?

Pero él dijo que no con el gesto, y sólo dejó que se le levantara la manta hasta la barba. Parecía no vivir más que de milagro, únicamente porque quería vivir y había aplazado la muerte para la noche en su último día de trabajo, noche triunfal, en que concluida la labor y en pie la obra, podría dormir, al fin, con el buen sueño del obrero leal y satisfecho. Su hermana redoblaba con él las precauciones; prolongando con cuidados exquisitos aquella existencia, y proporcionándole todavía diariamente las dos horas de energía física e intelectual, de las que él, a fuerza de método, utilizaba más cada minuto de una manera maravillosa. Y aquel ser enclenque, muy viejo, y medio muerto, a quien la menor corriente de aire podía destruir, terminaba su tarea de conquistar y gobernar el mundo, simplemente, como un obrero testarudo que no se aviene con soltar el trabajo.

–Vivirá usted cien años –dijo Lucas, con afectuosa risa.

A su vez, Jordan se alegró.

–No cabe duda, si es que cien años me son necesarios.

De nuevo reinó un profundo silencio en aquel pequeño salón, tan tiernamente íntimo. Ese lento y templado crepúsculo que se iba extendiendo por el parque, cuyos caminos desaparecían envueltos en creciente sombra, todo aquello era delicioso. Todavía, como en un sueño, se percibía alguna claridad que tenuemente rasaba los macizos y los cuadros de hierba, en tanto que en azulada lontananza, los grandes árboles se desvanecían cual visiones temblorosas y ligeras.

Era la hora de los enamorados, y el parque de la Crèche les ofrecía entrada franca; así es que, tan pronto como caía la tarde, acudían ellos después del trabajo y de los cotidianos quehaceres. Nadie se preocupaba de las errantes parejas, de las sombras entrelazadas, que poco a poco se fundían y desaparecían por el denso follaje. Quedaban entregados a la guardia y amistosa vigilancia de los viejos robles, con la seguridad de que el libre amor les haría ser buenos y castos, como futuros esposos que eran, cuyas caricias habían de ser indisolubles si es que mutuamente habían sido deseados y queridos. Para siempre amar, no hay cosa mejor que conocer cómo y por qué se ama. Los que se han escogido a sabiendas y con consentimiento ya no se separan. Y en tanto, por la sombría hierba y las oscuras avenidas, las parejas vagaban, y cual lentas apariciones, poblaban el creciente misterio de las tinieblas y se extendían

sobre la tierra maternal, y como palpitante en medio de los frescos aromas de la primavera.

Llegaron más parejas. Lucas reconoció a algunas muchachas y muchachos que había visto por la mañana en los talleres. ¿No eran Adolfo Laboque y Germana Ivonnot, aquellas dos sombras errantes, tan estrechamente unidas, que iban como en un vuelo sobre las puntas de las hierbas? Aquellos otros dos, que apoyaban la cabeza en la cabeza, mezclando las cabelleras, ¿no eran Hipólito Mitaine y Laura Fauchard? Y estos otros, ¿no eran Alejandro Feuillat y Clementina Bourron, cogidos por el talle como en eterno lazo? Y Lucas sintió una emoción más dulce cuando creyó reconocer a dos de los suyos, a su Carlos, que estrechaba contra su pecho a la morena Celina Lenfant, y a su hijo Julio, cuyo cuello enlazaba la rubia Claudina Bonnaire. Eran los mensajeros de la nueva primavera. Las últimas parejas nacidas al amor, la antorcha de la vida que las generaciones se pasaban de mano en mano. Estaban todavía en el casto temblor de las primeras palabras, que balbuceaban entre caricias inocentes. Sus corazones, ignorantes, se buscaban acercándose; un beso furtivo era dulzura que bastaba para abrirles el cielo Pero pronto la llama soberana, la necesidad del hijo los uniría, los confundiría, para que otros obreros de amor naciesen de ellos. Y seguían llegando parejas y parejas; el parque se poblaba de todos los enamorados de la ciudad feliz; era la deliciosa velada de un buen día de trabajo; sobre

el césped, por la espesura, como soñados, llenos de misterio y perfume, sólo se oía el leve ruido de las risas y los besos.

En aquel momento, delante del salón se detuvo una sombra. Era Susana, alarmada, que buscaba a Lucas para decirle sus temores, Boisgelin no había vuelto, y esta tardanza le atormentaba. Nunca había tardado tanto; ya era noche cerrada.

–Tenía usted razón; hice mal en abandonarle a su locura... ¡Desgraciado, viejo infantil!

Lucas, temiendo también, la hizo volver a casa.

–Puede volver de un momento a otro, y lo mejor es que esté usted allí. Yo voy a hacer registrar los alrededores, y ya le llevaré noticias.

En seguida atravesó el parque con otros dos hombres, para empezar a buscar por la parte de los talleres. Pero apenas había dado trescientos pasos, se encontró junto al pequeño lago, bajo los sauces, en un rincón de paraíso, cuando un ligero grito de terror que salió de próximo follaje, le detuvo bruscamente. Y vio salir de la espesura una pareja asustada de enamorados, en la que creyó reconocer a su hijo Julio y a la rubia Claudina Bonnaire.

–¿Qué pasa? ¿Qué tenéis? –les gritó.



No respondieron, huían ligeros como llevados por un viento de terror, cual aves en celo cuyas caricias turba algún mal encuentro. Después para ver qué pasaba penetró Lucas en el soto por el estrecho sendero que lo atravesaba, y él también lanzó un grito pero de espanto. Había chocado casi contra un cuerpo, colgado de una rama que interceptaba el sendero con su negra masa. A la mortecina claridad del cielo, donde ya aparecían estrellas, había reconocido a Boisgelin.

–¡Ah! ¡desgraciado! pobre viejo chocho –murmuró como Susana conmovido, desesperado ante aquel drama atroz, que tanta pena iba a causar a su amiga.

Al punto, ayudado por sus dos hombres, descolgó al ahorcado y lo tendió en el suelo. Pero el cuerpo ya estaba frío.

El suicidio debía haber ocurrido en las primeras horas de la tarde, muy poco después de la carrera loca del desgraciado a través de la fábrica. Notó al pie del árbol un gran agujero y comprendió que Boisgelin había debido empeñarse primero en cavar con las manos, con las uñas, para ocultar y enterrar allí la prodigiosa fortuna que le ganaba su pueblo de trabajadores, toda la ciudad afanada, y, que no podía administrar por sí mismo, ni aún colocar en ningún sitio. En seguida, sin duda, sin esperanza de hacer el agujero bastante grande, temiendo no poder ocultar el colosal montón de su tesoro, había resuelto morir allí, bajo

el monstruoso conflicto de un capital tan grande que su masa le aplastaba. Su locura llegaba a esta muerte trágica, no pudiendo vivir en la ciudad nueva de justo trabajo. En la tibia noche nupcial el parque se llenaba de un ligero contacto de caricias, del cuchicheo de voces amorosas.

Para no espantar a las parejas, cuyas sombras ligeras se deslizaban entre los árboles en torno de él, Lucas envió a sus dos hombres a buscar unas parihuelas a la Crèche, encargándoles no decir nada a nadie. Cuando volvieron, y fue acostado el cuerpo bajo las cortinillas de tela gris, el triste séquito se puso en marcha, por los senderos más oscuros para no ser vistos. La horrible muerte pasó muda, sumida en tinieblas, a través del delicioso despertar primaveral que temblaba con la nueva vida. Doquiera parecían nacer enamorados, surgían a la vuelta de cada calle de árboles, en cada mata, en el pulular de los gérmenes que levantaban la tierra en un espasmo. Un perfume de flor embalsamaba el aire, las manos se buscaban, los labios se unían con el imperceptible ruido del botón que se abre. Y era el torrente de los seres ensanchados con una ola nueva, la muerte vencida sin cesar, el mañana brotando siempre, para más verdad, más justicia, más ventura. Susana esperaba delante de la puerta de la casa, llena de angustia, queriendo atravesar con los ojos las tinieblas. Al ver la parihuela comprendió y dejó escapar un sordo quejido. Lucas la enteró en pocas palabras de todo. Y ella, al evocar aquella existencia del hombre inútil, vacía, envenenada y

enve nenadora, que tanto la había hecho sufrir, repitió una vez más:

–¡Ah, desgraciado, pobre viejo infantil!

Hubo otras catástrofes en la ruina fatal de la vieja sociedad podrida, condenada a desaparecer, pero la de más resonancia fue, al mes siguiente, el hundimiento de la techumbre de la antigua iglesia de San Vicente, en una clara mañana de sol, cuando el cura Marle estaba en el altar diciendo misa para los gorriones, que revoloteaban a través de la nave desierta.

Mucho tiempo hacía que el cura no ignoraba que el día menos pensado la iglesia se le vendría encima. Era del siglo dieciséis, muy estropeada, sutil, elegante, agrietada por todas partes. El campanario se había reparado cuarenta años antes. Pero los tejados, armaduras medio comidas ya, cedían; ya nada se había hecho por falta de fondos. El Estado, agobiado por la deuda, abandonaba esta iglesia de un rincón olvidado. Beauclair se negaba a contribuir, pues el alcalde no quería nada con los curas. De modo que Marle, reducido a sus propios recursos, se puso en campaña personalmente. Pero fue en vano, los fieles ya eran muy pocos, el celo religioso se enfriaba. Mientras vivió Leonor menos mal, pero la señora Mazalle, último recurso, era poco generosa y su fervor declinaba. Perdió más tarde esta última feligresa, y sólo que daban algunas mujeres del pueblo, muy pobres cuya miseria se empeñaba en esperar una vida

mejor. Y cuando ya no hubo pobres no quedó nadie en la iglesia, y el cura vivía en la soledad, en el abandono definitivo en que los hombres dejaban a su Dios de error y de miseria.

Marle sintió entonces que un mundo moría en torno de él. Sus complacencias no habían podido salvar a la falaz burguesía, roída por la iniquidad. Se refugió entonces en la letra estricta del dogma, para no conceder nada a las verdades de la ciencia, que iban al supremo asalto vencedor del secular edificio católico. La ciencia había abierto brecha, desaparecía el dogma, el reino de Dios volvía a la tierra en nombre de la justicia triunfante. Una religión nueva, la del hombre consciente al fin, libre y dueño de su destino, barría las antiguas mitologías, los simbolismos en que se habían extraviado las ansiedades de su larga lucha contra la naturaleza. Después de los templos de las antiguas idolatrías, la iglesia católica desaparecería a su vez, hoy que un pueblo de hermanos ponía su dicha cierta en la única fuerza viva, su solidaridad, sin necesitar de todo un sistema político de penas y recompensas. El confesionario y la santa mesa estaban desiertos, la nave sin fieles, y el sacerdote, al decir la misa de cada día, veía crecer las grietas de las paredes y oía más estallidos en la techumbre. El templo se desmigajaba sin cesar en un trabajo oculto de destrucción, de ruina próxima, y Marle notaba los menores ruidos precursores. Ya que no había podido traer albañiles, ni para las reparaciones urgentes, dejaba al trabajo de la muerte

seguir su curso, llegar al fin natural de todo y seguía diciendo su misa, esperando, héroe de la fe, solo, con su Dios abandonado, bajo el techo que crujía sobre el altar.

Una mañana notó una inmensa grieta nueva, producida aquella noche en la bóveda de la nave. Y seguro del hundimiento esperado hacía meses, vino sin embargo a celebrar la última misa con sus más ricas vestiduras sacerdotales. Muy alto, muy fuerte con su nariz aguileña aún se mantenía tieso y firme a pesar de sus muchos años. Nadie le ayudaba a misa. Iba, venía, decía las palabras sacramentales, hacía los ademanes consagrados, como si una apretada multitud le viese dócil a su voz. Sobre las losas yacían las sillas rotas, solitarias, semejantes esas sillas de jardín negras de moho, olvidadas por el invierno bajo la lluvia. Buscaban hierbas al pie de las columnas que se cubrían de musgo. Todos los vientos soplaban por los vidrios rotos, mientras la puerta principal medio desquiciada también, dejaba libre la entrada a los animales de la vecindad. Pero quien entraba triunfante aquel día era el sol, era la vida, que tomaba posesión de esas ruinas trágicas donde revoloteaban los pájaros, y las balluecas germinaban hasta en los mantos de las antiguas imágenes. Dominando el altar, un gran Cristo de madera pintada y dorada reinaba todavía, estiraba el cuerpo débil y dolorido de ajusticiado, salpicado de sangre negra cuyas gotas resbalaban como lágrimas.

Durante el Evangelio oyó un estallido más fuerte, polvo y pedazos de yeso cayeron sobre el altar. Después al ofertorio, el ruido volvióse desgarrador, siniestramente seco, pareció que el edificio oscilaba algunos segundos antes de aplastarse. Entonces el sacerdote reuniendo las últimas fuerzas de su fe, al alzar, puso toda el alma en suplicar a Dios que hiciera un milagro, cuyo resplandor glorioso y salvador él esperaba hacía tanto tiempo. Si Dios quería, el templo iba a volver a su juventud vigorosa, los fuertes pilares sostendrían la nave indestructible. Los albañiles no hacían falta, bastaba la Omnipotencia divina, renacería un magnífico santuario, con capillas de oro, vidrieras de púrpura, maderas maravillosas, mármoles brillantes, mientras un pueblo de fieles arrodillados cantarían el cántico de la resurrección, entre millares de cirios, al resonar de las campanas echadas al vuelo. ¡Oh Dios de soberanía y de eternidad, reconstituid con un ademán vuestra casa augusta, sólo vos podéis volver a levantarla, llenarla de vuestros adoradores reconquistados, si no queréis ser aniquilado Vos mismo bajo sus escombros! Y en el momento en que el sacerdote levantaba el cáliz, no fue el milagro pedido lo que se produjo; fue el aniquilamiento. En pie estaba, ambos brazos levantados en soberbio ademán de creencia heroica, provocando a su soberano Señor a morir con él; se había llegado al fin del culto. Se abrió la bóveda como al golpe del rayo, se hundió el techado en un torbellino de cascote, con el rugido espantoso de un trueno. Sacudido, osciló el campanario, se desmoronó a su vez,

acabando de aplastar la nave y arrastrando el resto de las paredes. Y no quedó nada bajo el claro sol más que un montón enorme de escombros en el cual no se encontró siquiera el cuerpo de Marle, como si el polvo del altar aplastado se hubiera comido su carne y bebido su sangre. Y tampoco se encontró nada del gran Cristo de madera pintado y dorado, hecho polvo también. Una religión más, había muerto; el último sacerdote diciendo la última misa en la última iglesia.

Durante algunos días se vio al viejo Hermeline, el antiguo profesor que vagaba alrededor de los escombros, hablando en voz alta como hacen los muy viejos cuando una idea fija los acosa. No se distinguían bien sus palabras; parecía seguir discutiendo, echando en cara al pobre cura el no haber obtenido de su Dios el milagro necesario. Después, una mañana, se le encontró muerto en un lecho.

Más tarde, limpio aquello de escombros, se formó allí un jardín de hermosos árboles, calles sombrías a través de embalsamadas paredes. También allí vinieron armadores como iban en las noches placenteras al parque de la Créchérie. La Ciudad feliz seguía ensanchándose, los niños crecían, formaban nuevas parejas de amantes, cuyos besos en la sombra sembraban otros niños para las continuas cosechas futuras. Después del día alegre de trabajo, de cada mata subían rosas abiertas, y en este jardín religioso, donde dormía el polvo de una religión de miseria y de muerte,

crecía ahora la alegría humana, la vida floreciente rebotando.



## CAPÍTULO XIV

DIEZ años todavía necesitó la ciudad para quedar fundada y organizarse dentro de la justicia y la paz. Y al fin de esos años, un 20 de junio, víspera de una de las fiestas mayores del Trabajo que se celebraban cada trimestre, en las cuatro estaciones, Bonnaire tuvo un encuentro.

Próximo a los ochenta y cinco años, Bonnaire era el patriarca, el héroe del trabajo. Conservábase erguido, alto y fuerte, y con su cabeza firme de espesos cabellos blancos, muy despierto, sano y alegre. El revolucionario de otros tiempos, el colectivista teórico a quien había aplacado la dicha cumplida de sus camaradas, vivía ahora en la recompensa de su gran esfuerzo, la conquista de la armonía solidaria, en medio de la cual, veía crecer felizmente a sus

nietos y biznietos. Representaba uno de los últimos obreros sobrevivientes de la gran lucha, uno de los combatientes de aquella reorganización del trabajo, que había traído consigo un justo reparto de la riqueza, al propio tiempo que devolvía al trabajador su nobleza, su personalidad libre de hombre y de ciudadano. Y cubierto de años y de gloria, mostrábase orgulloso de haber ayudado, merced a su numerosa descendencia, a la fusión de las clases enemigas: de ser todavía útil, por su belleza y su bondad de jefe de familia, en el crepúsculo de su existencia.

La citada tarde, al declinar el día, Bonnaire paseábase en la entrada de las gargantas de Brias. Sin más apoyo que un bastón, acostumbraba a dar largos paseos a pie, por el gusto de contemplar nuevamente el paisaje, evocando antiguos recuerdos. Había llegado precisamente al punto del camino en que, antes, se hallaba a la puerta del Abismo, desaparecida tiempo ha. También existía entonces, sobre el Mionna, un puente de madera, del cual no quedaba ni rastro, por haber sido cubierto el torrente en una extensión de cien metros, para que pasase un amplio boulevard. ¡Cuántos cambios habían ocurrido! ¿Quién sería capaz de reconocer la antigua entrada fangosa y negra de la fábrica maldita, en aquel sitio, en el recodo de aquella avenida tan tranquila y serena, flanqueada de alegres casas? Y a punto que se detenía un momento, luciendo su gran estatura, su gran belleza de anciano dichoso, tuvo la viva sorpresa de ver, caído sobre un banco, a otro viejo que parecía minado por

la miseria, con el vestido andrajoso, ajada la cara, el pelo en desorden, flaco el cuerpo y estremecido por todas las fiebres devoradoras.

–¡Un pobre! –exclamó en voz alta lleno de asombro.

Era en efecto un pobre, y hacía ya muchos años que Bonnaire no encontraba ninguno. Aquel, a la verdad, no era del país a todas luces. Con los zapatos y los vestidos blancos de polvo, debió haber caído allí, agotado por la fatiga, a la entrada de la ciudad, después de caminar días y días. A sus pies veíanse el palo y el zurrón vacío, que sus manos cansadas no habían podido sostener por más tiempo. Con aire fatigado, y la vista errante, miraba a su alrededor como hombre perdido que no sabe donde se halla.

Profundamente apiadado, Bonnaire dio un paso adelante.

–Buen amigo, ¿puedo servirle en algo?.. Está usted sin fuerzas y al parecer en un gran apuro. Y como el pobre no respondiese, la mirada espantada, errante de un lado al otro del horizonte: –¿Tiene usted hambre? ¿Necesita una buena cama? Le guiaré a usted y aquí encontrará ayuda y socorro.

Por fin, el anciano miserable, destrozado, se decidió, balbuceando en voz baja, como quien habla consigo mismo:

–Beauclair, Beauclair, ¿es esto Beauclair efectivamente?

–Sin duda, Beauclair; está usted en Beauclair, de fijo  
–declaró sonriendo el antiguo maestro pudelador.

Mas al ver que el pobre daba señales, cada vez mayores, de una inquieta sorpresa, llena de dudas, comprendió al fin lo que ocurría.

–Conocía usted el Beauclair de otros tiempos y quizá hace mucho que no viene usted por aquí.

–Sí, más de cincuenta años –respondió el desconocido con voz sorda.

Bonnaire lanzó una carcajada.

–Entonces, no me maravilla que le cueste a usted reconocer el sitio. Ha cambiado algo... Mire usted. De aquí mismo ha desaparecido la fábrica del Abismo, y allá abajo, todo el Beauclair viejo, el caserío miserable, se ha derribado; y ya ve usted ha nacido una ciudad nueva, continuando el parque de la Crécherie que ha invadido con sus verdes la villa antigua, convirtiéndose en un jardín inmenso en que las casitas blancas sonrían entre los árboles. Naturalmente, hace falta reflexionar un poco antes de orientarse.

El pobre había seguido estas explicaciones volviendo los ojos a los sitios que el anciano, movido de dulce alegría, le designaba con la mano. Pero nuevamente movió la cabeza, resistiéndose a creer en la verdad de lo que se decía.

–No, no me convenzo, esto no es Beauclair. Ahí están, efectivamente los dos promontorios de los montes Bleuses, entre los cuales se abre la garganta de Brias, y también veo, a lo lejos, el llano de la Rumaña. Pero no queda más. Estos jardines y estas casas son de otro país, de un país rico y encantador, que me es desconocido. Habré de reanudar la marcha, pues seguramente he equivocado el camino.

Hizo un esfuerzo para levantarse del banco, recogiendo el palo y el zurrón, y al propio tiempo, sus miradas se fijaron por primera vez en el amable y afectuoso anciano. Hasta entonces había permanecido como replegado, mirando vagamente, hablándose a media voz. Y de pronto, la primera ojeada que echó sobre Bonnaire, enmudeció, pareció estremecerse, con gran prisa para alejarse. ¿Tal vez había reconocido la persona, ya que no reconocía el lugar? Y Bonnaire se sintió tan impresionado con la llamarada súbita que vino a iluminar aquella cara desfigurada, cubierta de pelo, que la examinó con mayor atención. ¿Dónde había visto él aquellos ojos claros, incendiados por salvaje violencia en ciertos momentos? Bruscamente el recuerdo se le despertó y tembló a su vez, mientras que el pasado entero revivía en el grito que salió de sus labios:

–¡Ragú!

Creíasele muerto cincuenta años ha. ¿No fue acaso el suyo aquel cuerpo tan mutilado, hecho añicos que se halló en el fondo del abismo de los montes Bleuses al día siguiente de

su fuga, después de cometido el crimen? ¡Y vivía, vivía aún, Dios Santo! ¡Reaparecía, y esta resurrección extraordinaria, este muerto que surgía del sepulcro después de tantas cosas como habían ocurrido, traía consigo la sorda angustia de lo que sucediera en otro tiempo y de lo que sucedería en el porvenir!

–¡Ragú, Ragú! ¿eres tú en efecto?

Otra vez tenía el bastón en la mano, el zurrón a la espalda; pero ya que lo habían reconocido ¿a qué conducía el seguir adelante? No cabía que hubiese equivocado el camino.

–Soy yo sin duda, amigo Bonnaire; y puesto que todavía vives, aunque me llevas diez años, también puedo vivir yo, verdad es que muy estropeado, casi incompleto.

Y luego, con su tono burlón de siempre:

–Pero, ¿me das tu palabra de que esto es efectivamente Beauclair, todo ese jardín magnífico, con sus preciosas casas? He llegado pues al término de mi viaje y no me queda más que buscar una posada en que me dejen dormir en un rincón de la cuadra.

¿Por qué volvería? ¿Qué proyectos se agitaban bajo aquel cráneo, tras aquella cara torturada por muchos años de vida vagabunda y relajada? Cada vez más inquieto, invadido por el temor, Bonnaire se lo figuraba ya turbando la fiesta del

día siguiente con algún escándalo. No se atrevió a preguntarle, por de pronto. Pero quiso tenerlo bajo su mira, lleno también de piedad, tocado en el corazón al verlo en tal miseria.

–Aquí no hay posadas... pero vendrás a mi casa. Comerás a tu gusto y dormirás en una cama limpia. Luego, hablaremos, me dirás lo que desees y, si es posible, te ayudaré para que quedes satisfecho.

Ragú siguió bromeando.

–¡Lo que yo deseo! Nada, no es cosa que importe la voluntad de un viejo mendigo, medio veletudinario. Quiero volveros a ver, echar de paso una ojeada al lugar donde nací. Me atormentaba esa idea y no hubiese muerto tranquilo de no volver a pasearme un poco por estos sitios. ¿No te parece? Eso, a todo el mundo le está permitido. ¿No siguen siendo libres los caminos?

–Sin duda.

–Me puse pues en marcha. ¡Oh, hace un puñado de años! Cuando no se tienen buenas piernas y se carece de dinero, se viaja despacio. Pero, así y todo, se llega, puesto que estoy aquí. Y no hay más; vamos a tu casa, puesto que me ofreces hospitalidad como buen compañero.

Caía la noche, y los dos ancianos pudieron atravesar lentamente el nuevo Beauclair sin que nadie los viese. Ragú seguía asombrado, lanzando miradas a derecha e izquierda, desconociendo todos los sitios por donde pasaban. En fin, cuando Bonnaire se detuvo ante una de las casas más bonitas, bajo un bosque de hermosos árboles, exhaló un grito, en que reapareció toda su alma de antes:

–¡Has hecho fortuna, te has convertido en burgués!

El antiguo maestro pudelador se echó a reír.

–Nada de eso; ni he sido ni soy más que un obrero. Lo que hay de cierto es que todos hemos hecho fortuna, que todos somos burgueses.

Ragú sonrió irónicamente, como si se tranquilizara su temor lleno de envidia.

–Un obrero no puede ser burgués, y mientras uno trabaja es que no ha hecho fortuna.

–Bueno, bueno. ya hablaremos y te explicaré eso. Ahora, entra.

A la sazón, Bonnaire estaba solo en aquella casa, que era la de su nieta Claudina, casada con Carlos Froment. Mucho tiempo antes había muerto el viejo Lunot, y su hija, la hermana de Ragú, la terrible Pelos, había fallecido también el año anterior, tras una riña terrible en que, como ella



decía, se le había revuelto la sangre. Cuando Ragú supo esta doble pérdida, que en su casa faltaban para siempre su hermana y su padre, tan sólo hizo un gesto, dando a entender que lo esperaba así, a causa de la avanzada edad de aquellos. Tras medio siglo de ausencia, no hay motivo para asombrarse de no encontrar a la gente.

–Aquí estamos en casa de mi nieta Claudia, hija de mi primogénito Luciano que se casó con Luisa Mazelle, la hija de los rentistas de quienes debes acordarte. A su vez, Claudia se ha casado con Carlos Froment, hijo del dueño de la Créchérie. Precisamente acaban de marchar para dejar en Pormeries, en casa de una tía, a su chiquilla Alicia, una rapaza de ocho años, y no estarán de regreso hasta mañana por la noche.

Luego, alegremente, concluyó así:

–Hace pocos meses que los chicos me han tomado a su cargo, para mimarme... La casa es nuestra; come y bebe, y después te conduciré a tu alcoba. Mañana, cuando sea de día, ya veremos.

Ragú le había escuchado todo aturdido. Aquellos nombres, aquellos matrimonios, las tres generaciones desfilando rápidamente, le llenaban de confusión. No había manera de comprender, de orientarse en medio de aquellos sucesos desconocidos, de aquellos matrimonios y nacimientos. Sin hablar palabra, comió ávidamente carne,

fiambre y frutas, sentado a la abundante mesa, en la sala luminosa que una lámpara eléctrica inundaba con viva claridad. La sensación de bienestar, de comodidad de que se sentía rodeado, debía pesar gravemente sobre sus espaldas de viejo vagabundo, pues parecía más aviejado, más acabado aún, mientras que, la cara pegada casi al plato, devoraba mirando de través toda aquella dicha que no le pertenecía. Los profundos odios acumulados, la fiebre de venganza impotente, el sueño, ya irrealizable, de triunfar al fin sobre el deseado desastre de los demás, exhalábase de su mismo silencio, del aplanamiento que le producían las entrevistas riquezas. Y mientras comía de aquel modo, Bonnaire, nuevamente inquieto de verlo tan sombrío, tan sospechoso, se preguntaba merced a qué desconocidas aventuras había podido ir rodando durante medio siglo, asombrado también de que hubiese podido sobrevivir a tanta miseria.

–¿De dónde vienes ahora? –acabó por preguntarle.

–¡Oh! de todas partes –respondió Ragú con un gesto que abrazaba todo el horizonte.

–¿Habrás visto, pues, muchos países, gente y cosas?

–¡Oh, sí! En Francia, Alemania, Inglaterra y América, he paseado mi cuerpo de un extremo a otro.

Y antes de irse a dormir, encendida la pipa, contó a grandes rasgos su existencia de obrero nómada, sublevado contra el trabajo, perezoso y viciado. Continuaba siendo el fruto dañado del salariado, el jornalero que sueña con la destrucción del patrono tan sólo por ocupar el sitio de éste y aplastar, a su vez, a los camaradas. No veía más felicidad que la de obtener una gran fortuna y comérsela con la alegría de haber sabido explotar la miseria de los pobres. Y violento en las palabras, aunque cobarde siempre ante el amo, trabajador inmoral, borracho incapaz de un trabajo seguido, había ido rodando de taller en taller, de comarca en comarca, expulsado de todas partes, marchándose él mismo cuando le daba la ventolera imbécil. Nunca había podido ahorrar un céntimo; en todas partes fue su huésped la miseria: cada año que pasaba le traía un desengaño más. Y cuando llegó la vejez, fue milagroso, efectivamente, que no muriese de hambre y de abandono, al pie de un hito. Hasta cerca de los sesenta años trabajó, obteniendo menudas labores. Luego se refugió, cayó en un hospital, de donde tuvo al fin que salir, para dar en otro. Hacía quince años que se empeñaba en vivir así, sin saber bien cómo, a merced de las circunstancias. Ahora, mendigaba, hallando por los caminos el pedazo de pan y el montón de paja que le eran necesarios. Nada había cambiado en él, ni la rabia sorda, ni el feroz apetito de convertirse en patrono y de gozar.

–Pero –replicó Bonnaire conteniendo el cúmulo de preguntas que pugnaba por salirse a los labios–, todos esos

países que has atravesado deben estar en plena revolución. Ya sé yo que aquí hemos ido de prisa, que les hemos tomado la delantera; pero por todas partes se progresa, ¿no es verdad?

–Sí, sí –respondió Ragú con su tono burlón–, se lucha, se procura rehacer la sociedad, lo cual no me ha impedido morirme de hambre.

En Alemania, en Inglaterra, en América sobre todo, había presenciado huelgas y sublevaciones terribles. En todos los países que había recorrido a la ventura de sus odios y de su pereza, vio desarrollarse sucesos trágicos. Derrumbábase los últimos imperios ocupando su lugar repúblicas, y las federaciones de los pueblos vecinos empezaban a borrar las fronteras. Era como un deshielo de primavera, cuando las nieves se funden y desaparecen, poniendo al descubierto la tierra fecundada en que brotan las semillas y florecen en poco tiempo, al amor del sol triunfante. La humanidad entera, hallábase, en efecto, en plena evolución, ocupada, al fin, en fundar la ciudad dichosa. Pero él, mal obrero, vicioso, eterno descontento, tan sólo había recogido sufrimientos de tales catástrofes, en las que se quejaba de recibir golpes sin haber logrado ocasión de saquear siquiera las bodegas de un rico, para beber una vez en su vida todo cuanto le viniera en gana. Ahora, viejo vagabundo, viejo mendigo, se le importaba un ardite la ciudad de justicia y de paz, que no le devolvería su juventud, ni le daría un palacio

con esclavos en que pudiera acabar su vida entre placeres, como los monarcas de que hablan las historias. Y burlábase amargamente del estúpido género humano que se tomaba tales fatigas para preparar, a los biznietos del siglo venidero, una casa algo más limpia que los hombres de hoy sólo en sueño disfrutaban.

–Durante mucho tiempo ha bastado ese sueño para ser felices –dijo Bonnaire tranquilamente–. Pero lo que tú dices no es cierto; la casa está ya casi reconstruida, hermosa, sana, alegre. Mañana te la enseñaré y verás si no causa ya gozo el habitarla.

Le indicó entonces que, al día siguiente, podría asistir a una de las cuatro fiestas del Trabajo, que hacían desbordar la alegría en Beauclair a la entrada de cada estación. Cada una de ellas distinguíase por festejos particulares, basados en las condiciones de la estación misma. La del día siguiente, fiesta del verano, adornábase con todas las flores y frutos de la tierra, desbordando en una prodigiosa abundancia de riquezas ganadas, en un esplendor soberano de horizontes y de cielo en que llameaba el poderoso sol de junio.

Ragú había vuelto a caer en su sombría inquietud, en el sordo temor de hallar al fin realizado en Beauclair, el antiguo sueño de la felicidad social. ¿Sería realmente cierto que, tras haber viajado por tantos países que, en medio de luchas dolorosas preparábase a dar a luz la sociedad futura, iba a encontrarla, casi establecida ya en aquel pueblo, el suyo, del

que tuvo que huir una noche de locura homicida? Aquella dicha tan furiosamente buscada en todas partes, se había creado allí durante su ausencia; y su regreso servíale tan sólo para comprobar la felicidad de los demás, en el mismo momento en que él ya no podía contar con goce alguno. Y cuando Bonnaire se levantó para conducirlo a la alcoba, una alcoba blanca, con gran lecho blanco que olía bien, le siguió con paso tardo, sufriendo con aquella hospitalidad tan amplia, tan fraternal, en medio de su feliz desahogo.

–Que duermas bien...; hasta mañana.

–Sí, hasta mañana, si durante la noche no se nos cae encima todo ese maldito mundo.

Sin embargo, a Bonnaire, que se acostó igualmente, le costó algo dormirse. También él atormentábase queriendo averiguar cuáles podrían ser las intenciones de Ragú. Varias veces había resistido al deseo de preguntarle francamente, por temor de provocar una explicación peligrosa. ¿No era preferible reservarse y proceder luego según aconsejaran las circunstancias? Temía una escena atroz, que aquel miserable vagabundo, loco por la miseria y el desastre, venido expresamente para armar escándalo, insultase a Lucas, insultase a Josina, repitiendo quizá su crimen. Así que prometía no abandonarlo ni un solo instante al día siguiente, paseándolo por doquiera para estar seguro de que no iba sólo a parte alguna. Por otra parte, en esa idea de enseñarle todas las cosas iba envuelta una discreta táctica, la

esperanza de sobrecogerlo con el espectáculo de tanta riqueza, de tanto poder adquirido, hasta hacerle sentir la inutilidad de la rabia y de la sublevación de uno sólo. Así que conociera bien lo existente, no se atrevería, y su derrota sería definitiva. Y al cabo, Bonnaire se durmió, resuelto a entablar aquella última lucha, por la armonía, la paz y el amor de todos.

A las seis de la mañana siguiente, sonó ya el pasacalle de la banda de trompetas, anunciador de la fiesta del Trabajo de Beauclair. El sol estaba ya alto, astro de alegría y de fuerza en un cielo de junio admirable, de un azul intenso. Comenzaron a abrirse las ventanas, a cruzarse saludos entre los árboles, de una casa a otra; y sentíase como el alma popular de la ciudad nueva se llenaba de alegría, mientras la diana de las trompetas seguía sonando, haciendo que surgiesen, de jardín en jardín, los gritos de los niños y las risas de las parejas de enamorados.

Bonnaire, que se vistió de prisa, halló ya a Ragú en pie, bien lavado en el baño próximo y vestido con un traje limpio que la noche anterior había quedado a su alcance sobre una silla. Una vez reposado, Ragú había vuelto a ser sarcástico, resueltamente decidido a burlarse de todo, a no conceder ni el más mínimo progreso. Al ver entrar a su huésped, soltó una risita maligna, su risa insultante, y despreciativa.

—¡Di tú que arman poco estruendo esos brutos con sus trompetas! ¡Bien fastidiarán a los vecinos que no gusten

despertar sobresaltados! ¿Acaso tenéis todos los días esta música en vuestro cuartel?

El viejo maestro pudelador prefería serlo así, y sonrió dulcemente.

No, no. Es tan sólo la diana alegre de los días de fiesta. Los demás días se puede dormir la mañanada en un delicioso silencio. Pero cuando la vida es buena, todo el mundo se levanta temprano, y sólo los enfermos sufren el disgusto de permanecer en la cama.

Luego, con bondadosa solicitud:

–¿Has dormido bien? ¿Has encontrado todo lo que te hacía falta?

Todavía trató Ragú de molestar.

–¡Oh! yo duermo bien en cualquier parte. Hace años que me vengo acostando en los pajares, me valen tanto como la mejor cama del mundo. Es como todos esos inventos, esas pilas de baños, esos grifos de agua fría y caliente, esos calentadores eléctricos que funcionan con sólo oprimir un botón, cosas todas de gran servicio sin duda, cuando hay prisa; pero en otro caso, preferible es lavarse en el río y calentarse en una buena estufa de las antiguas.

Y viendo que su huésped no contestaba concluyó:



Tenéis demasiada agua en las casas; deben ser húmedas.

¡Qué blasfemia! ¡Decir aquello de las aguas corrientes, bienhechoras, tan puras, tan frescas, que constituían la salud, la fuerza, la alegría de Beauclair, cuyas calles y jardines bañaban con una eterna juventud!

–El agua es nuestra amiga, el hada buena de nuestro destino feliz –dijo simplemente Bonnaire–. La verás brotar de todas partes y fecundar la ciudad... Vaya, vamos ante todo a desayunarnos, luego saldremos por ahí.

Aquel primer desayuno fue delicioso, en el comedor inundado de luz, invadido por el sol de Levante. Sobre el mantel blanquísimo, había leche, huevos, frutas, con un pan hermoso, tan dorado, tan bien oliente, que se adivinaba haber sido amasado y cocido por máquinas perfectas, por un público feliz. Y el anciano huésped prodigaba a su miserable convidado las atenciones más delicadas, una especie de tierna hospitalidad, heroica y simple, que parecía esparcir en el aire tranquilo una dulzura, una bondad infinitas.

Mientras comían, siguieron hablando. Como el día anterior, Bonnaire no creyó prudente hacer preguntas directas. Sin embargo, dábase cuenta exacta de que Ragú, como todos los criminales, volvía al sitio donde había cometido el crimen, devorado por la invencible necesidad de ver, de saber. ¿Vivía aún Josina? ¿Qué hacía? ¿Y Lucas,

salvado de la muerte, la había recogido a su lado? ¿Qué había sido, en fin, de uno y otro? Seguramente, todas estas curiosidades ardorosas brillaban en el llamear de los ojos del viejo vagabundo. Pero como no hacía alusión a ellas, guardando su secreto, Bonnaire hubo de contentarse con poner en ejecución el plan convenido la víspera, la exaltación de la ciudad nueva, la glorificación de su prosperidad y de su poder. Y sin nombrar siquiera a Lucas, se puso a explicar la grandeza de su obra.

–Para que te hagas cargo amigo mío es preciso que te diga donde nos hallamos, antes que te pases por Beauclair. Ahora tocamos el triunfo, la eflorescencia completa del movimiento que apenas si se iniciaba cuando marchaste.

Y tomó la evolución en su comienzo, la fábrica de la Créchérie fundada sobre la asociación del capital, el trabajo y la inteligencia, dividida en acciones, con reparto de beneficios. Descubrió su lucha contra la otra fábrica, el Abismo, la forma bárbara del salariado, a la cual venció al fin, reemplazándola, conquistando poco a poco el viejo Beauclair miserable con la oleada victoriosa de las casitas blancas, tan alegres y dichosas. Luego contó cómo, por imitación, por necesidad, las demás fábricas de las cercanías habían venido a fundirse en la asociación primera; cómo se habían creado fatalmente otros grupos, el grupo del vestido, el de las habitaciones, sindicándose poco a poco todos los oficios del mismo género, acercándose unas a otras todas

las especies, todas las familias, uniéndose indefinidamente. Entonces, la doble cooperación de la producción y del consumo había decidido la victoria, y al reorganizarse el trabajo con este plan vastísimo, esta aplicación práctica de la solidaridad humana, había hecho surgir la sociedad nueva. Trabajábase sólo cuatro horas, en trabajos libremente escogidos, que podían variar siempre para que no perdiesen su atractivo, pues cada obrero poseía varios oficios, que le permitían pasar de un grupo a otro. Estos oficios estaban lógicamente encadenados, como la estructura misma del nuevo orden social, el trabajo regulador, única ley de la vida. Las máquinas, antes enemigas, habíanse convertido en dóciles esclavas, encargadas de los grandes esfuerzos. A los cuarenta años se consideraba que el individuo había pagado su deuda de trabajo a la ciudad, y trabajaba en adelante por puro placer. Y mientras que la cooperativa de producción hacía nacer de esta suerte la sociedad de justicia y de paz, basada en el trabajo consentido por todos, la cooperativa de consumo había hecho desaparecer el comercio, rueda inútil, consumidora de energía y de alegría. El labrador daba al obrero su trigo, y recibía el hierro y las herramientas. Varios Almacenes Generales centralizaban los productos y los distribuían directamente, según las necesidades. Ahorrándose de este modo millones y millones, puesto que ni el agio ni el robo distraían nada en el cambio. Simplicábase la existencia toda, tendíase a la completa desaparición del numerario, al cierre de los Tribunales y de

las Prisiones, puesto que, por el interés privado, no se originaban ya cuestiones lanzando a unos hombres contra otros con la locura del fraude, del robo y de la muerte violenta. ¿Qué razón de ser había de tener ya el crimen, dado que no existían pobres, ni desheredados, y la paz fraternal afirmábase cada día más entre los ciudadanos, convencidos al fin de que la felicidad de cada cual se componía de la felicidad de todos? Inmensa paz reinaba; la contribución de sangre había desaparecido como todas las contribuciones. No más consumos, no más tributos de ningún género, no más prohibiciones: libertad completa de la producción y de los cambios. Y sobre todo, después que quedaron suprimidos los parásitos, los empleados innumerables, funcionarios, magistrados, gentes de cuartel o de iglesia, que antes chupaban la vida del cuerpo social, habíase producido una enorme riqueza, un amontonamiento tan prodigioso de bienes que, de año en año, los graneros, ya insuficientes, crujían bajo el peso siempre mayor de la fortuna pública.

–Está muy bien todo eso –interrumpió Ragú–. Pero no importa. El verdadero placer está en no hacer nada, y si seguís trabajando, no sois señores. No hay quien me saque de aquí... Además, de un modo o de otro, siempre resulta que os pagan; es siempre el asalariado; y hete aquí convertido, tú que pedías la entera desaparición del capital.

Bonnaire soltó su risa francamente alegre.

–Verdad es, han acabado por convertirme. Creía en la necesidad de una revolución brusca, de un golpe de mano que nos hubiese hecho dueños del poder; con la posesión del suelo y de todos los instrumentos de trabajo. Pero no hay manera de resistir a la fuerza de la experiencia. Hace ya muchos años que veo aquí la conquista segura de esa justicia social, de esta dicha fraternal cuyo sueño me atormentaba. Ahora, he adquirido paciencia; he tenido la debilidad de contenerme con las conquistas de hoy, en la certeza que tengo de la victoria definitiva de mañana. Te concedo sí, que aún queda mucho por hacer, que nuestra libertad y nuestra justicia no son totales; que el capital y el salariado deben desaparecer por completo; que el pacto social se libraré de toda forma de autoridad y el individuo será libre en la humanidad libre. Nosotros obramos sencillamente de manera que los hijos de nuestros nietos realicen esa ciudad de la justicia y la libertad plenas.

Terminó, entones, explicando los métodos de instrucción y educación, las casas cunas, las escuelas, los talleres de aprendizaje, el despertar del hombre en el niños, aceptando y cultivando todas las energías pasionales, desarrollándose juntos los niños y las niñas, anudando más estrechamente el lazo de la pareja amorosa, de que debería depender la fuerza de la ciudad. En eso estaba el porvenir cada vez más libertador, en esas parejas del mañana, que crecían para él, con la voluntad y la inteligencia de las faenas decisivas. Cada

generación, más libre, más capaz de equidad y de bondad traía su piedra a la obra final.

Y mientras tanto, la riqueza incalculable de la ciudad iría aumentando sin cesar, ya que la supresión de la herencia, conseguida casi por completo, no permitía que se formasen grandes fortunas individuales, escandalosas y desmoralizadoras, logrando así, poco a poco, que el prodigioso fruto del trabajo de todos, perteneciese desde luego a todos. Las rentas, los grandes libros caíanse también a pedazos; y los rentistas, los ociosos que vivían del trabajo ajeno o del propio reunido, atesorado egoístamente, formaban una especie próxima a desaparecer. Todos los ciudadanos eran igualmente ricos, puesto que la ciudad repleta de trabajo común, libre de trabas, preservada del derroche y el robo, amontonaba riqueza sin cuento, cuya producción seguramente habría que moderar al fin. Los goces que en otro tiempo estaban reservados a una minoría privilegiada, los manjares exquisitos, las flores, los atavíos brillantes y encantadores que embellecen la vida, eran lujos asequibles a todos. Si en el hogar doméstico reinaba una gran sencillez, contentándose cada cual con la dicha de su casa, los edificios públicos desbordaban de suntuosidad extraordinaria, capaces para albergar muchedumbres numerosas, tan cómodos y atractivos que eran en verdad como lo palacios del pueblo, los lugares de delectación en que apetecía vivir. Eran Museos, Bibliotecas, Teatros, Baños, Juegos, diversiones, simples pórticos que daban acceso a

salas de reunión, de enseñanza mutua, de conferencias, que la ciudad entera frecuentaba en las horas de descanso. Y los establecimientos benéficos abundaban también: los Hospitales aislados para cada enfermedad; Hospicios en que los impedidos y los ancianos entraban libremente; refugios especialmente para las madres y los niños donde ingresaban las mujeres encinta desde los meses mayores del embarazo y permanecían después de dar a luz, ellas y los recién nacidos hasta su completo restablecimiento. Así se repetía y afirmaba en la ciudad nueva el culto del niño y de la madre: la madre, fuente de la eterna vida; el niño, mensajero victorioso del porvenir.

–Ahora –terminó gozosamente Bonnaire–, puesto que has concluido de almorzar, vamos a ver las cosas bonitas, nuestro Beauclair reedificado y glorificado, en todo el esplendor de la fiesta. No te perdonaré ni uno solo de los sitios interesantes.

Ragú, decidido a no dejarse vencer, encogíase de antemano de hombros, repitiendo las palabras que creía decisivas.

–Como quieras; pero conste que no sois señores, que seguís siendo unos pobres diablos si continuáis trabajando. El trabajo es vuestro amo y no habéis pasado de la categoría de un pueblo de esclavos.

A la puerta esperaba un pequeño carruaje eléctrico de dos asientos. Los había semejantes a aquel, a la disposición de todo el mundo. El antiguo maestro pudelador que, no obstante su avanzada edad, había conservado la vista firme y el pulso seguro, hizo subir a su compañero y se instaló él para guiar.

–¿No irás a estropear me más de lo que estoy, con esta máquina, eh?

–No, no tengas miedo. La electricidad me conoce. Hace años que nos llevamos en buena compañía.

Decía esto con tono devoto y enternecido, como si hablase de una divinidad nueva, de un poder bienhechor, de quien la ciudad derivase lo mejor de su prosperidad y de su alegría.

–La encontrarás en todas partes, grande y soberana energía, sin la que no hubieran podido cumplirse muchos progresos rápidos. Es ya la única fuerza que alimenta nuestras máquinas; y no sólo funciona en los talleres comunes, sino que va a domicilio y mueve los artefactos privados; es la trabajadora domesticada de que todo el mundo usa para las más ínfimas labores, con solo dar vueltas u oprimir un botón. Se da vuelta a una llave, y nos ilumina; se da a otra, y nos calienta. En todas partes, en el campo, en la ciudad, tanto en las calles como en el fondo de las habitaciones más modestas, está presente, trabaja en silencio en vez nuestra, es la naturaleza domada, el rayo



hecho siervo, del que depende nuestra felicidad. Ha sido preciso fabricarla en cantidades incalculables, disponer de ellas como del aire, gratuitamente, por el placer de respirarlo, sin temor al derroche, sea cual fuere el gasto loco que de él hagamos. Y a lo que parece, todavía no hay bastante; el antiguo dueño de la Crèche dice que todavía trata de darnos más, a fin de que podamos, encender durante la noche, sobre Beauclair, un astro que reemplace el sol y haga brillar entre nosotros los resplandores de un día eterno.

Reíase de todo corazón, con la esperanza de barrer para siempre las tinieblas, mientras el carruajito se deslizaba por las amplias avenidas en marcha rápida y dulce. Su proyecto era de ir hasta las Combettes antes de recorrer la ciudad, mostrando en primer término a su camarada la magnífica posesión que había cambiado la Rumaña en un paraíso de fertilidad y de delicias. Aquella mañana de fiesta lo animaba todo; los caminos tenían una bulliciosa alegría bajo el sol hermoso y triunfador. Otros carruajitos, en infinito número, los recorrían y de ellos salían cantos y risas. También pasaban muchas gentes a pie, de las aldeas próximas, la mayor parte en grupos, chicos y chicas endomingados que, al pasar, saludaban gozosamente al anciano, al ascendiente cabeza de familia. ¡Y qué cultivos tan admirables se extendían a ambos lados del camino, extensos campos de trigo cuyo término no se veía, mares de trigo de un verde intenso, poderosos! En vez de las antiguas partijas de tierra,

divididas avariciosamente en trozos pequeños, de una mezquindad ética de suelo mal nutrido y mal cultivado, el llano entero formaba un solo e inmenso campo, abonado, labrado, sembrado por manos asociadas y ricas y en el que la solidaridad de los hombres, ya reconciliados, había provocado una fecundidad formidable, cosechas gigantescas para un pueblo equitativo y fraternal. Cuando la tierra no era buena, se la rehacía, dándole, por procedimientos químicos, las cualidades que le faltaban. La calentaban, la abrigaban y mediante cultivos intensos, recogíanse dos cosechas, legumbres y frutas en todas las estaciones. Gracias a las máquinas, ahorrábase el esfuerzo humano y leguas de terreno laborable llenábanse como por encanto de mieses. Pensábase incluso, en mandar a las nubes, dirigirlas a voluntad, merced a extensas corrientes eléctricas, de manera que, desde luego, se obtuviesen los días de lluvia o de sol conforme a las necesidades de la agricultura. Después de haber conquistado la tierra, el hombre iba a conquistar el cielo, sometiendo a los astros. En los días de fiesta solemne, limpiaría el cielo azul, dándole un azul más amplio e intenso y brillaría el sol, como una lámpara suspendida en el techo de un salón inmenso. Y desde luego, ya aquel día, para aquella fiesta del Trabajo, a la entrada del estío, el sol llameaba con esplendidez deslumbrante a lo largo de los caminos cuya alegre blancura serpenteaba entre las sábanas ondulantes de los altos trigos verdes que se perdían en el horizonte.

–Ya ves, amigo mío –añadió Bonnaire, con un gesto que abrazaba todo el ámbito de la llanura–, si tenemos pan. Es el pan de todos, el pan a que se adquiere derecho con sólo nacer.

–¿Dais también de comer a los que no trabajan?  
–preguntó Ragú.

–Claro que sí... Pero sólo los enfermos y los impedidos no trabajan... Teniendo salud, se aburre uno de estar parado.

Atravesaba entonces el carrujito por entre los huertos, y era una delicia contemplar aquellas filas interminables de cerezos, llenos de frutos rojos. Hubiérase dicho que eran árboles encantados, cuyos racimos jugaban y reían al sol. Los albaricoques aún no estaban maduros; los manzanos y los perales se doblaban bajo el peso de su carga, verde aún. Era una prodigalidad extraordinaria, con la que había que dar postre a todo un pueblo, hasta la próxima primavera.

–El pan para todos, no es mucha comida –dijo Ragú irónicamente.

–¡Oh! –replicó Bonnaire, bromeando igualmente–, añadimos algo de postres. Ya ves, no será por falta de fruta.

Llegaron a las Combettes. La aldea miserable había desaparecido y entre la vegetación elevábanse blancas casitas, a lo largo del Grand-Jean, el arroyuelo infecto de

antes, ahora canalizado, portador de agua pura, una de las causas de la fertilidad que por todas partes rodeaba. Ya no era aquello el antiguo campo abandonado, sucio y miserable, en que los aldeanos vegetaban siglos ha, con la terca limitación de la rutina y el odio. El espíritu de verdad y de libertad había pasado por allí, habíase cumplido una evolución hacia la ciencia y la armonía, iluminando las inteligencias. Desde que todos habían convenido en asociarse, habíase fundado la dicha de cada cual. Y nunca se había cumplido más victoriosamente una experiencia más decisiva; la lección de las cosas reía en Cobettes, con sus casas aisladas, de las que salía un perfume de familias felices, de risas y de canciones.

–¿Te acuerdas de la antigua Combettes? –preguntó de nuevo Bonnaire–, las casuchas ruinosas entre el fango y el estiércol, los labradores de mirada fiera, que se quejaban de morirse de hambre. Mira lo que han conseguido.

Pero en su envidia salvaje, Ragú no quería dejarse convencer, esperando descubrir, a pesar de todo, en alguna parte, la desgracia, aquella maldición del trabajo que, por largo atavismo de esclavo, perduraba en su sangre de perezoso, de asalariado remachado en su cadena.

–Si trabajan, no pueden ser felices –repitió obstinadamente–. Su felicidad es engañosa; el bien supremo consiste en no hacer nada.

Y él, que hablaba mal de los curas antaño, añadió:

–¿No dice el catecismo que el trabajo es un castigo, la degradación del hombre? Los que van al paraíso, dejan de trabajar.

A la vuelta, pasaron por delante de la Guerdache, uno de los jardines públicos de la ciudad nueva, llena siempre de madres jóvenes y de una nube de chiquillos juguetones. El amplio edificio, aun mayor que antes, seguía sirviendo de lugar de descanso a las recién paridas, que allí aguardaban a su restablecimiento completo, entre las flores y los grandes árboles. Era una posesión magnífica, uno de aquellos antiguos palacios que el pueblo había heredado legítimamente, donde al fin se encontraba como en su casa propia, en natural soberanía. Animábanse las praderas con macizos llenos de perfumes, y las alamedas profundas perdíanse bajo la elevada bóveda de ramas, deliciosamente sombrías y deliciosas. Y en aquellas majestuosas calles de árboles, por donde en otro tiempo corrían las partidas de caza, las madres, vestidas con trajes claros, hacían rodar suavemente cochecitos de niño, o reían con los recién nacidos.

–¿Qué me importa –dijo todavía Ragú–, un lujo y un placer del que se aprovecha todo el mundo? Desde el momento que no es para mí solo, ya no me parece tan bueno.

Pero el carruajillo seguía marchando, y volvieron a entrar en el nuevo Beauclair. El aspecto general de la ciudad reconstruida era propiamente el de un inmenso jardín, en que las casas se habían esparcido naturalmente entre la vegetación, como necesitadas de aire y vida libres. En vez de estrecharse unas con otras, como en las épocas de tiranía y de terror, las casas parecían haberse dispersado buscando mayor paz, más salud venturosa. Los solares, puestos en común, nada costaban, extendiéndose de un promontorio al otro de los Montes Bleuses. ¿A qué conducía el amontonarse, si el llano daba mucho de sí? ¿Acaso es mucho para una familia disfrutar unos miles de metros cuando hay tantos territorios deshabitados en el mundo? Cada uno había escogido un lote, y luego edificado a su gusto. Nada de alineación; amplias avenidas que cortaban los jardines para facilitar las comunicaciones, y en medio de los árboles, las casas, a capricho de toda la familia. Únicamente advertíase en todas, por muy diferentes que fuesen su orientación y su distribución, cierta fisonomía común, un aire acentuado de limpieza y de alegría. Especialmente, adornábanse todas con cuarzos y azulejos de colores vivos, tejas esmaltadas, caballetes, marcos, entropaños, frisos, cornisas, en que el azul de la correhuela, el amarillo de los dientes de león, el rojo de las amapolas, semejaban grandes ramilletes floridos entre los macizos verdes de los árboles. Nada más alegremente encantador; sentíase allí la renaciente florescencia de la estética popular, algo de esa belleza a que el pueblo tiene derecho y que su

genio iría desarrollando, en cosecha de obras maestras. Luego, en sus plazas, en las encrucijadas, elevábanse los monumentos públicos, inmensas construcciones en que el hierro y el acero triunfaban en armaduras atrevidas. La magnificencia componíase de sencillez, de lógica adaptación a los usos de las cosas, de inteligente grandeza en la elección de los materiales y de la decoración. El pueblo entero debía encontrarse allí como en su casa propia; los Museos, las bibliotecas, los teatros, los baños, los laboratorios, las salas de reunión y de diversiones, no eran más que casas comunales, abiertas a todos los ciudadanos y en las que se vivía libre, fraternalmente, la vida social. Comenzaban, en bosquejo, ensayos de pórticos, trozos de avenida cubiertos de cristales que se pensaba calentar en invierno, para hacer posible la circulación cómoda en los días de grandes lluvias o fríos.

Ahora Ragú daba ya, a pesar suyo, muestras de sorpresa: y Bonnaire, viéndole absolutamente desorientado, se echó a reír.

–¡Ah! No es cosa fácil reconocer los antiguos sitios... Nos hallamos en la antigua plaza de la Alcaldía, ya te acordarás, aquella plaza cuadrada de la que partían las cuatro grandes calles de Brias, de Formeries, de Saint Cron y de Magnolles. Sólo que como el edificio de la alcaldía se venía abajo de puro viejo, lo hemos demolido, así como la Escuela primitiva en que tantos chiquillos se embrutecieron bajo el poder de

la palmeta. Y aquí tienes, en vez de aquello, una serie de grandes pabellones, los laboratorios de física y de química, en que tienen entrada libre todos los sabios para estudiar, para hacer experimentos cuando creen haber inventado algo útil a la comunidad. Las cuatro calles se han transformado, demoliendo casuchas, plantando árboles; y sólo han quedado las antiguas casas burguesas en que los enlaces de familia han venido a instalar nuestros descendientes, a los hijos de aquellos pobres de antes.

Con esto, Ragú acabó por orientarse en aquel viejo y hermoso barrio de Beauclair, el menos transformado, naturalmente. Fue preciso, sin embargo, que Bonnaire siguiese enseñándole al pasar las transformaciones decisivas, debidas a la victoria de la sociedad nueva. Habíase conservado la subprefectura, añadiéndole dos alas para instalar una biblioteca. Igualmente, el juzgado se había convertido en museo, la cárcel nueva, con sus celdas, se pudo convertir, sin grandes gastos, en un casa de baños, en que abundaba agua que surgía de las fuentes. El jardín, plantado en los terrenos de la iglesia que se derrumbó, tenía ya hermosos sitios sombríos alrededor del pequeño lago abierto en el sitio mismo de la antigua cripta subterránea. A medida que tendían a desaparecer las diversas autoridades, administrativas y represivas, los edificios volvían al pueblo, quien disponía de ellos para su bienestar y alegría.



Pero al desandar lo andado el cochecillo, subiendo una avenida, amplia y hermosa, Ragú se desorientó nuevamente.

–¿Dónde estamos ahora?

–En la antigua calle de Brias –respondió Bonnaire–. Su aspecto ha cambiado mucho, en efecto. Como el comercio al por menor ha desaparecido completamente, las tiendas se han cerrado una por una y las casas viejas han acabado por ser demolidas, dejando su sitio a las construcciones nuevas, tan risueñas entre las espineras y las lilas. Y allí, a la derecha, hemos tapado el Clouque, alcantarilla venenosa sobre la que ahora pasa la alameda de esta avenida.

Siguió evocando a la estrecha y negra calle de Brias, con su piso siempre enfangando, su continuo pataleo de rebaño. Arrastraba allí su fatiga el trabajo lívido y malhumorado; allí vagaban por la noche el hambre y la prostitución; las amas de casa pobres recorrían allí tienda por tienda, afanadas, en demanda de mezquinas ventas al fiado. Allí reinaban los Laboque, cobrando su diezmo de los compradores; allí Caffiaux envenenaba a los obreros con su alcohol industrial, y el carnicero Dacheux vigilaba su carne, la carne sagrada, alimento de ricos, mientras que la hermosa panadera, la buena señora Mitaine, era la única que cerraba los ojos si desaparecían de su escaparate un pan o dos los días en que a los pilluelos de la calle les apretaba el hambre. Pero ahora el suelo estaba limpio de tanta suciedad y tanto sufrimiento;

un soplo libertador había arrebatado las tiendas, en que la pobreza de todos se agravaba con las ganancias del comercio, rueda inútil, devorador de riqueza y de fuerza. Desfilaba ante ellos la avenida, ensanchada, saneada, inundada por el sol, sólo con casas de trabajadores felices, mientras que la muchedumbre reía y cantaba en aquella esplendente mañana de fiesta triunfal.

–Pero entonces –exclamó Ragú–, si por aquí discurre el Cloque, bajo esos taludes de yerba, el antiguo Beauclair estaría allá abajo, en el sitio de ese parque nuevo, en que se ven medio ocultas por la arboleda blancas fachadas.

Estaba al fin sorprendido. Era, en efecto, el antiguo Beauclair, el montón sórdido de casuchas levantadas en medio de un pantano nauseabundo, con las calles sin sol, sin ventilación, apestadas por el arroyo central. En aquellos nidos de miseria y de enfermedades amontonábase el desdichado pueblo trabajador, agonizando desde muchos siglos atrás, bajo la terrible iniquidad social. Acordábase especialmente de la calle de las Tres Lunas, la más oscura, la más estrecha, la más inmunda de todas. Y he aquí que una bocanada de justicia y de venganza había purificado aquella cloaca, arrastrando consigo aquellos abominables escombros, sembrando en su lugar árboles, arbustos; habitaciones en que la salud y la alegría habían germinado. Nada quedaba de la antigua ignominia, de aquel presidio que destilaba su veneno a cielo abierto, como una úlcera

que traía aparejada la muerte de la humanidad. Con la justicia, había vuelto la vida; y también eran risas y cantos lo que salía de las casas, llenando las amplias vías nuevas, henchidas de una juventud bulliciosa.

Divertíase Bonnaire con el asombro de Ragú, paseándolo lentamente por las calles nuevas de aquella dichosa ciudad del trabajo, todavía más bella en aquel día de descanso y de fiesta en que todas las casas hallábanse empavesadas, haciendo restallar a impulsos del ligero viento matutino banderolas de vivos colores, a la vez que adornaban las puertas y las ventanas telas llamativas. Los umbrales estaban cubiertos de rosas, que también inundaban las calles: un desbordamiento tal de rosas, nacidas en los extensos campos próximos, que la ciudad entera se podía adornar con ellas como una mujer el día de su boda. Por todas partes resonaban músicas; coros de muchachas y muchachos que se esparcían en grandes ondas sonoras; voces puras de niños subían muy alto, perdiéndose en el sol. Y el límpido, el alegre sol también se unía a la fiesta, tendiendo inmensas bandas de oro de amplitud infinita bajo la bóveda suntuosa del cielo trasparente, de una apariencia sedosa hermosamente azul. La población entera comenzaba a echarse a la calle, vestida de colores claros, adornada con telas preciosas, que antes eran de puro lujo y ahora estaba a disposición de todos. Modas nuevas, muy sencillas y magníficas a la vez, prestaban singular encanto a las mujeres. Desde que la moneda había ido desapareciendo

lentamente, reservábase oro para las alhajas; y todas las niñas recibían al nacer collares, brazaletes y sortijas, como los chiquillos de antaño recibían juguetes. Ya no tenían valor esas joyas, convertido el oro sencillamente en belleza; de igual modo que, bien pronto, los hornos eléctricos producirían diamantes y piedras preciosas en cantidad incalculable: sacos de rubíes, de esmeraldas, de zafiros, con los que habría bastante para cubrir a todas las mujeres. Las novias que pasaban cogidas del brazo por sus novios mostraban el cabello cuajado de estrellas vivientes. Y sin cesar pasaban parejas, prometidos del amor libre, esposos de veinte años que se habían escogido mutuamente y que jamás se separarían, matrimonios envejecidos en el afecto, con las manos más estrechamente enlazadas a medida que transcurrían los años.

–¿Dónde van ahora todos esos? –preguntó Ragú.

–Se visitan mutuamente –respondió Bonnaire–, invitándose para la gran comida de esta noche, a la cual asistirán. Muchos, no van a ningún lado, salen a tomar el sol, viven al aire libre los días de descanso, porque están alegres y se encuentran como en su propia casa en las fraternales calles hermosas. Además, hoy, hay por doquiera diversiones y juegos, naturalmente gratuitos, porque la entrada en todos los establecimientos públicos es libre. Esas turbas de niños que ves van a los circos, mientras que otros grupos de gente acude a las reuniones, los espectáculos teatrales o a

los conciertos... Los teatros se destinan a formar parte de la instrucción y la educación sociales.

Pero bruscamente, a tiempo que pasaba ante una casa cuyos habitantes iban a salir, detuvo el cochecillo.

—¿Quieres ver una de nuestras casas nuevas? Precisamente estamos en la de mi nieto Feliciano, y puesto que aún está ahí él, nos recibirá.

Feliciano era hijo de Severiano Bonnaire, casado con Luisa, hija de Azulina y de Aquiles Gourier. A su vez, Feliciano habíase casado quince días antes con Elena Jollivet, hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment. Pero cuando Bonnaire quiso explicar a Ragú esta genealogía, hizo éste un gesto como de quien pierde la cabeza con una complicación tal de enlaces. El nuevo matrimonio era encantador, ella muy joven, de una adorable belleza rubia; él, igualmente rubio, alto y fuerte. Su casa, en que no podía todavía haber niños, respiraba amor, con sus habitaciones claras, alegres, su mueblaje nuevo de una elegancia sencilla. Aquel día, además, hallábase cubierta, como las calles, de rosas; porque parecía que sobre Beauclair habían llovido rosas, que se veían por todas partes, hasta en los tejados. Visitaron la casa entera alegremente y volvieron a la habitación que servía de taller, una gran sala cuadrada en que había un motor eléctrico. Feliciano, que era por vocación tornero de metales, aparte de los tres o cuatro oficios más que ejercía a la vez, prefería trabajar en su casa; y lo mismo les ocurría

a muchos camaradas de su edad, señalándose en aquella generación nueva un movimiento en el sentido del trabajo a domicilio, libre, amo de la fabricación, con independencia de los grandes talleres sociales, bases necesarias, hasta entonces, de la ciudad. Para esos obreros individuales, la fuerza eléctrica servía a maravilla. La tenían en su casa como el agua de las fuentes. Significaba esto el trabajo cómodo, que se puede realizar en el hogar propio, con limpieza y sin fatiga; y cada casa trocábase en un taller de familia, en un lazo más que agrupaba las energías en el hogar: el trabajador enteramente libre en la ciudad libre.

–Hasta la noche, hijos míos –dijo Bonnaire despidiéndose–. ¿Venís a comer con nosotros?

–No, abuelo, imposible por hoy. Vamos a casa de la abuela Morfain. Pero a los postres asomaremos por allí.

Ragú subió de nuevo al carrujito sin desplegar los labios. Había visitado la casa sin hablar nada, deteniéndose un instante frente al motor eléctrico. Y todavía logró sobreponerse a la emoción que acababa de sobrecogerle, ante el espectáculo de tanta comodidad y tanta dicha manifiesta.

–Convengamos en que esas casas donde en la mejor habitación hay una máquina, no son casas de burgueses ricos y felices... Concedo que vuestros obreros están mejor alojados, tienen más agradable vida desde que ha

desaparecido la miseria. Pero no dejan de ser obreros mercenarios condenados al trabajo. En otros tiempos, había, a lo menos, algunas gentes felices, los privilegiados que holgaban siempre, y todo vuestro progreso consiste en que el pueblo entero se embrutezca en la esclavitud común.

Bonnaire se encogió de hombros ante aquel grito desolado de un devoto de la pereza, cuyo culto se derrumbaba.

–Entendámonos, amigo, ¿qué es lo que tú llamas esclavitud? Si respirar, comer, dormir, vivir, en fin, es esclavitud, la hay en el trabajo. Puesto que vives, preciso es que trabajes, porque no podrías vivir una hora sin trabajar. Pero ya hablaremos de eso. Ahora volvamos a casa para almorzar, y luego entretendremos la tarde visitando los talleres y los almacenes.

Terminado el almuerzo, continuaron en efecto su excursión, a pie, como quien da un paseo. Atravesaron la fábrica entera, con sus talleres bañados por el sol, en los que el acero y los cobres de las nuevas máquinas relucían como joyas. Y aquel día habían venido los trabajadores, en bandos de chicos y muchachas, a adornar las máquinas con guirnaldas de ramaje y rosas. ¿No eran también ellas de la fiesta? Puesto que ésta se celebraba con honor del trabajo, había que festejar también a aquellas poderosas obreras, tan suaves, tan dóciles, que aliviaban la tarea de los hombres y de los animales. Aquellas rocas con que

adornaban las prensas, los martillos enormes, las garlopas gigantescas, los grandes tornos, los grandes laminadores, decían cuán activo se había hecho el trabajo, cómo había llegado a convertirse en bienestar del cuerpo y goce del espíritu. Sonaban canciones, se formaban rondas y en medio de risas se organizaba una danza que poco a poco se corría de taller en taller y acababa por transformar toda la fábrica en un inmenso lugar de regocijo.

Impasible todavía, Ragú se paseaba levantando la vista hacia las altas vidrieras inundadas de sol; contemplaba el pavimento y las paredes, de claridad brillante, y se interesaba por las máquinas, muchas de las cuales le eran desconocidas, colosos formados por complicados sistemas de ruedas, capaces de desempeñar las antiguas faenas humanas, las más rudas como las más delicadas. Las había dotadas de piernas, brazos, pies y manos, para andar, para abrazar, para estrechar y manosear el metal, con dedos flexibles, ágiles y fuertes. Le llamaron, sobre todo, la atención los nuevos hornos de pudelar, aquellos hornos donde el braceo se hacía mecánicamente. ¿Era posible que saliera así «la bola», completamente preparada para ir al martillo cinglador? ¡Y la electricidad, que hacía rodar los puentes, que sacudía los monstruosos pilones, que movía los laminadores capaces de cubrir de raíles toda la tierra! En todas partes se notaba la presencia de aquella electricidad soberana; había acabado por ser la misma sangre de la fábrica, circulando de un extremo a otro de los talleres,



dando vida a todas las cosas, convertida en la única fuente de movimiento, de calor y de luz.

–Sin duda –debió conceder Ragú–, esto está muy bien; es muy limpio y muy grande; vale mucho más que nuestros sucios agujeros de otros tiempos, en los cuales estábamos como cerdos en dornajo. Cierto que se han realizado progresos; la lástima es que no se haya podido encontrar todavía la manera de dar cien mil francos de renta a cada ciudadano.

–Los tenemos, tenemos esos cien mil francos de renta –contestó alegremente Bonnaire–. Ven a verlo.

Y lo llevó a los Almacenes Generales. Eran inmensas granjas, inmensos graneros, inmensas salas de reserva, donde se aglomeraba toda la producción, toda la riqueza de la ciudad. De año en año había habido necesidad de agrandarlos: ya no se sabía dónde colocar las cosechas; hasta se había aminorado la producción de objetos fabricados para que no se produjera una aglomeración excesiva. En ninguna otra parte se comprendía mejor la incalculable fortuna de que era capaz un pueblo cuando desaparecían los intermediarios, los ladrones y los ociosos. La nación entera trabajando, con su jornada de cuatro horas diarias, amontonaba una riqueza tan prodigiosa que a todos los habitantes les sobraban toda clase de bienes, satisfacían todos los deseos y desconocían desde entonces la envidia, el odio y el crimen.

–He aquí nuestras rentas –repitió Bonnaire–. Cada uno de nosotros puede sacar de aquí sin llevar cuenta. ¿Crees que esto no representa para cada uno cien mil francos de vida feliz? Ciertamente que todos somos igualmente ricos, y eso, tú lo has dicho, a ti te aminoraría el placer, porque no aprecias la fortuna más que cuando la sazona la miseria de los demás. Pero nuestro sistema ofrece, en cambio, una ventaja, y es que no se corre el riesgo de que lo roben a uno o le asesinen cualquier noche en la esquina de una calle.

Indicó también que empezaba a notarse un movimiento fuera de los Almacenes Generales: el cambio directo de productor a productor, que venía sobre todo de los pequeños talleres de familia, de las máquinas a domicilio. Los grandes talleres, los grandes almacenes sociales, acabarían quizá por desaparecer un día y su desaparición constituiría un nuevo paso hacia la libertad, hacia el individuo soberanamente libre en la humanidad libre.

Bonnaire conservaba robusto su cuerpo de chaparro macizo bajo aquella cabeza cuadrada y rústica, envuelta por enmarañados cabellos y barba, hoy de un blanco relieve. Pero de sus ojos vivos salía ahora en claras sonrisas la infinita bondad, oculta bajo la ruda corteza. Una bandada de niños juguetones le rodeaba, compuesta de chicos y niñas que se empujaban unos a otros con las manos tendidas hacia adelante, mientras que él procedía a una distribución de menudos regalos, según acostumbraba a hacerlo todos los

días de fiesta. Les repartía así, a manera de juguetes, muñecos de arcilla, modelados con sólo unos cuantos movimientos del dedo pulgar, pintados y cocidos de cualquier manera, pero de una gracia deliciosa y algunos cómicamente encantadores. Representaban los asuntos más sencillos del mundo, las ocupaciones de todos los días, los actos menudos y los goces fugitivos de cada hora; niños llorando o riendo, niñas arreglando la casa, obreros trabajando; la vida, en fin, en continua y maravillosa floración.

–Vamos, vamos, hijos míos, no os precipitéis, habrá para todos... Toma, rubita mía, para ti esta nena que se está poniendo las medias. Toma tú, grandullón, para ti este galopín que vuelve de la escuela. Toma, tú, morenillo, para ti este herrero con su martillo.

Y gritaba y reía contentísimo en medio de los niños felices que se disputaban sus hombrecillos y mujercitas, como llamaba a sus excelentes figuras.

–¡Ah, tened cuidado! No hay que romperlos. Colocadlos en vuestro cuarto; así tendréis delante de los ojos líneas agradables y lindos colores. Luego, cuando seáis grandes, os gustará lo bello y lo bueno y vosotros mismos seréis muy hermosos y muy buenos.

Era su teoría. El pueblo necesitaba belleza para ser sano y fraternal. Un pueblo satisfecho no podía ser más que un

pueblo inteligente y armonioso. Todo en él y en su derredor debía recordarle la belleza, sobre todo los objetos de uso corriente, los utensilios, los muebles, la casa entera. Y la creencia en la superioridad del arte aristocrático era una imbecilidad; el arte más vasto, más conmovedor, ¿no estaba en la vida misma? Cuando la obra fuere ejecutada por todos se impregnaría de una emoción, de una grandeza incomparables, de la inmensidad de los seres y de las cosas. Por otra parte, aún ahora venía de todos, salía de las entrañas de la humanidad, pues la obra inmortal, la que desafiaba a los siglos, nacía de la multitud y resumía una época y una civilización. Y siempre el arte florecía en el pueblo, para embellecerlo, darle el perfume y el brillo tan necesarios a su existencia, como el pan de cada día.

–Aún quedan este labrador recogiendo su cosecha, esta mujer lavando la ropa. ¡Toma! Para ti, grandullona. ¡Ten!, para ti, chiquitín. Y se acabó: ahora sed buenos, besos en mi nombre a vuestras mamás y Ragú le escuchaba trastornado poco a poco por aquella felicidad conquistada, que hubiera querido negar todavía. Y no sabiendo cómo ocultar el trastorno de su inteligencia, exclamó:

–¡De modo que tú a estas horas eres anarquista!

Esta vez Bonnaire demostró ruidosamente su alegría.

–¡Oh, mi buen amigo! Era colectivista y me has reprochado el que no lo fuera ya. Ahora me haces anarquista. La verdad

es que ya no somos nada desde el día en que se ha realizado el ensueño común de felicidad, de verdad y de justicia. Y ahora que me acuerdo, ven a ver algo más para acabar nuestra visita.

Le llevó tras los Almacenes Generales, justamente al pie de la rampa de los Montes Bleuses, al sitio donde Lange había instalado antaño sus hornos rudimentarios de alfarero, en un cercado de piedras secas, una especie de barraca de artesano libertario que vivía fuera de las costumbres y de las leyes. Hoy se elevaba allí todo un vasto edificio, una fábrica considerable de cerámica, de la cual salían los ladrillos y las tejas esmaltadas, las mil decoraciones de colores vivos que adornaban la ciudad entera. Lange se había decidido a formar discípulos, cediendo a las instancias amistosas de Lucas, tan pronto como vio renacer un poco de equidad y de consuelo para la atroz miseria. Al fin, puesto que en el pueblo florecía nuevamente la alegría, también iba él a poder realizar el sueño, dejar brotar de sus manos las terracottas brillantes, las espigas de oro, los azulejos, y las amapolas con que hacía tanto tiempo trataba de alegrar las fachadas entre la verdura de los jardines. Parecía como si le edificasen ex profeso una ciudad, la ciudad feliz de los trabajadores libertados y ennoblecidos. Y de sus gruesos dedos de obrero genial había salido dilatándose la belleza un arte admirable que venía del pueblo y volvía al pueblo, toda la fuerza y toda la gracia primitivas. No había renunciado a los objetos más humildes,

la simple arcilla, la vajilla de cocina y de mesa, las marmitas, las tarteras, los cántaros, los platos, de forma y de colores excelentes, mezclando a las necesidades ínfimas de la vulgar vida cotidiana el encanto glorioso del arte. Pero de año en año había ido ampliando su producción, dotando de frisos soberbios a los edificios públicos, poblando de estatuas preciosas los paseos, levantando en las plazas fuertes como grandes ramos de flores de donde fluía el agua de los manantiales con frescura de eterna juventud. Y las pléyades de artistas que había hecho a su imagen entre las nuevas generaciones producían ahora con extraordinaria abundancia, ponían arte y belleza hasta en los vasos de que las amas de casa se servían para guardar el dulce y las conservas.

Precisamente Lange estaba allí, en el umbral de la fábrica, en lo más alto de la escalinata. Aunque tenía cerca de sesenta y cinco años. ¡Andad, andad, corderitos míos; la vida es bella, la vida es buena!

Ragú, inmóvil, había escuchado en silencio, cada vez más sorprendido. Acabó por dar rienda suelta a su terrible mofa.

–Hola, anarquista, ¿ya no hablas de hacer saltar toda la tienda?

Lange se movió con un movimiento brusco y le miró sin reconocerlo. No se enfadó, se echó a reír de nuevo.

–¡Ah! me conoces, tú, cuyo nombre no recuerdo ya... Es cierto, he querido hacer saltar la tienda. Lo gritaba así por todas partes, a todos los vientos, lanzando la maldición a la ciudad maldita, anunciándole la destrucción próxima por el hierro y el fuego. Hasta había resuelto ser yo mismo el justiciero quemando a Beauclair como con un rayo. Pero, ¿qué quieres? Las cosas han ido por otro camino. Se ha hecho ya bastante justicia para desarmarme. La ciudad se ha purificado, se ha reedificado y no puedo destruirla ahora que se realiza en ella todo lo que he querido, todo lo que he soñado. ¿No es cierto, Bonnaire? La paz está hecha.

Y el anarquista de otros tiempos tendió la mano al antiguo colectivista, con el cual había tenido tan furiosas cuestiones.

–Nos hubiéramos comido, ¿no es cierto, Bonnaire? Estábamos de acuerdo acerca de la ciudad de libertad, de equidad y de concordia a donde deseábamos llegar. Sólo que diferíamos en cuanto al camino que debíamos seguir, y los que creían que debían tirar por la derecha hubieran destrozado a los que pretendían pasar por la izquierda. Ahora que hemos llegado, seríamos demasiado brutos si disputáramos todavía, ¿no es cierto, Bonnaire? La paz está hecha.

Bonnaire, que había retenido entre las suyas la mano del alfarero, la estrechaba, la sacudía afectuosamente.

–Sí, sí, Lange, hacíamos mal en no entendernos; probablemente eso era lo que nos impedía avanzar. O más bien, todos teníamos razón, puesto que ahora estamos estrechándonos las manos, reconociendo que en el fondo todos queríamos lo mismo.

–Y –replicó Lange–, si las cosas no marchan todavía como lo exigiría la justicia absoluta; si aún tienen que venir la plenitud de la libertad y la plenitud del amor, hay que confiar en estos galopines y en estas chiquillas para continuar la obra y terminarla algún día. Ya lo oís, mis pollitos y mis corderitos, amaos mucho los unos a los otros.

Se reproducían los gritos y las risas cuando brutalmente intervino de nuevo Ragú.

–Y tu Descalza, di, anarquista frustrado, ¿la has hecho tu mujer?

Se llenaron de súbitas lágrimas los ojos de Lange. Hacía cerca de veinte años que la buena moza, recogida por bondad en un camino, y que le adoraba como una esclava, había muerto en sus brazos, víctima de un espantoso accidente, que había quedado muy oscuro. Él lo atribuía a la explosión de sus hornos; hablaba de la puerta de hierro lanzada con violencia y que había abierto a la Descalza un agujero en mitad del pecho. Pero la verdad era ciertamente otra. Ella le ayudaba en sus experimentos de explosivos y debía de haber sido herida y muerta instantáneamente,



durante los ensayos hechos para cargar las famosas marmitas, de que él hablaba tan complacientemente y que debía depositar en la Alcaldía, en la Subprefectura, en el Tribunal, donde quiera que había una autoridad que destruir. Durante meses enteros, durante años, su corazón había sangrado por esta pérdida trágica, y todavía hoy, en medio de tanta dicha lograda, lloraba a aquella amante tan apasionada y tan cariñosa, que por la limosna de un pedazo de pan le había hecho para siempre el regio presente de su belleza.

Lange avanzó rudamente hacía Ragú.

–Eres un malvado. ¿Por qué me revuelves el corazón?.. ¿Quién eres? ¿De dónde vuelves? ¿No sabes que mi mujer ha muerto y que todas las noches todavía le pido perdón acusándome de haberla matado? Si no me he convertido en un mal hombre lo debo a su tierno recuerdo, pues siempre la tengo presente y es mi buena consejera. Pero tú eres un malvado; no quiero reconocerte, no quiero saber tu nombre. ¡Vete, vete de entre nosotros!

Estaba soberbio de violencia dolorosa. Bajo la corteza mal desbastada, el poeta que en otros tiempos estallaba en fantasías vengadoras de negra grandeza se había enternecido, con el corazón lleno de una bondad temblorosa, inmensa ahora.

–¿De modo que le has reconocido? –preguntó Bonnaire, inquieto–. ¿Quién es? dímelo.

–No quiero reconocerlo –repitió Lange con más fuerza–. ¡No diré nada, que se vaya, que se vaya en seguida! No sirve para vivir con nosotros.

Y Bonnaire, persuadido de que el alfarero había reconocido a su hombre, se lo llevó suavemente, deseando evitar una explicación penosa. Ragú, sin insistir en la disputa, le seguía en silencio. Todo lo que veía, lo que oía, le hería en el corazón, le llenaba de un pesar amargo, de una envidia infinita. Y comenzaba a titubear, ante aquella felicidad conquistada, de la cual no participaba ni participaría jamás.

Pero lo que acabó de trastornarle fue el espectáculo de Beauclair, de fiesta, por la noche. En aquel primer día del verano había prevalecido el uso de poner cada familia su mesa delante de la casa, comiendo fuera, en la calle, a la vista de los transeúntes. Era como una comunión fraternal de la ciudad entera; se cortaba el pan y se bebía vino públicamente; las mesas acababan por aproximarse, no hacían más que una mesa sola y convertían a la ciudad en una inmensa sala de festín, donde el pueblo venía a ser una sola y misma familia.

Desde las siete, cuando aún resplandecía el sol, se dispusieron las mesas, adornadas de rosas, de la lluvia de

rosas que embalsamaban a Beauclair desde por la mañana. Los manteles blancos, las vajillas pintadas, la cristalería y la plata se encendía con la púrpura de poniente. Tendiendo a desaparecer la plata acuñada, cada cual tenía su vaso de plata, como antes se tenía un vaso de estaño. Y Bonnaire quiso, absolutamente, que Ragú se sentara a su mesa, a la mesa de su nieta Claudina, que se había casado con un hijo de Lucas, Carlos Froment.

–Os traigo un convidado –dijo sencillamente sin nombrarlo–. Es un forastero, un amigo.

Y todos contestaron:

–Sea bienvenido.

Bonnaire colocó a Ragú a su lado. Pero la mesa era larga; cuatro generaciones se codeaban alrededor de ella. El abuelo, Bonnaire, veía allí a su hijo Luciano y su nuera Luisa Mazelle, ambos con más de cincuenta años; veía a su nieta Claudina y a su marido Carlos Froment en la madurez, y veía a su nieta Alicia, una chiquilla deliciosa de ocho años. Seguía toda una parentela complicada. Y advirtió que se hubiera necesitado una mesa gigantesca si los tres hijos restantes, Antonieta, Zoa y Severino, no hubieran ido a comer a otras mesas vecinas, en casa de sus hijos respectivos. Bromeaba acerca de este tema; decía que a los postres se acercarían de modo que todos estuvieran juntos.

Ragú miraba sobre todo a Luisa Mazelle, linda y viva todavía, con su fina cabeza de cabra caprichosa. Debía sorprenderle la actitud de esta hija de burgueses siempre tan cariñosa con su marido Luciano, hijo de obreros. Se inclinó hacia Bonnaire y le preguntó en voz baja:

–¿De modo que los Mazelle han muerto?

–Sí, de espanto al perder sus rentas. La enorme baja de los valores, las conversiones, que trastornaron el Gran Libro de la Deuda, anunciando su próxima destrucción, cayeron sobre ellos como otros tantos rayos. El marido se fue el primero, muerto, en su amor a la divina pereza, por la idea de que tendría que volver a trabajar. La mujer se ha arrastrado algún tiempo, no curando siquiera su enfermedad imaginaria, no atreviéndose ya a salir de casa, en la obstinada certidumbre de que se asesinaba a la gente a la vuelta de cada esquina desde el día que habían tocado a la renta. Y por más que su hija hizo para llevársela consigo, nunca quiso ser alimentada por otro y se la encontró por fin un día, con la cara negra, herida por la apoplejía, con la nariz metida en un paquete de valores ya inútiles... ¡Pobres gentes! Se han ido sin comprender, asustados, anonadados, acusando al mundo de haberse vuelto al revés.

Ragú movió la cabeza. No sentía compasión por aquellos burgueses, pero le parecía también a él que un mundo del cual se había desterrado la pereza dejaba de ser habitable. Y de nuevo se puso a mirar, entristecido por la alegría

creciente de los comensales, por la abundancia y el lujo de la mesa, que parecían cosa natural y no ostentación de la vanidad. Todas las mujeres llevaban los mismos vestidos de día de fiesta, las mismas sedas claras y encantadoras y en todas las cabelleras lucían las mismas piedras preciosas, los rubíes, los zafiros, las esmeraldas. Las flores, las rosas soberbias eran aún más estimadas, más preciosas, más vivas. Desde la mitad de la comida, compuesta de manjares muy sencillos, muy delicados, sobre todo, legumbres y frutas, servidos en vajillas de plata, resonaban ya canciones alegres, saludando la puesta del sol, despidiéndolo hasta la vista, en la certidumbre de la feliz aurora próxima. Y entonces se produjo un incidente delicioso. Todos los pájaros de la vecindad, currucas, verderones, pinzones, simple gorriones, bajaron a la mesa antes de ir a acostarse entre la verdura sombría. Llegaban de todas partes, volando atrevidamente, posándose en los hombros de los comensales, bajándose a picotear las migajas del mantel, aceptando golosinas de manos de los niños y de las mujeres. Desde que Beauclair se había convertido en una ciudad de concordia y de paz –no lo ignoraban ellos–, no tenían ya nada que temer de los buenos habitantes; ni lazos, ni tiros; y se habían familiarizado, formando ahora parte de las familias. Así cada jardín tenía sus huéspedes que a la hora de la comida venían a tomar su parte del alimento común.

–¡Ah! ¡He aquí a nuestros amiguitos! –exclamó Bonnaire–. ¡Cómo picotean! ¡Bien conocen que es día de fiesta!.. Alicia, mígales pan.

Y Ragú, con la frente sombría, los ojos tristes, continuaba mirando a los pájaros que bajaban de todas partes, formando un torbellino de plumas ligeras, doradas por los últimos rayos de sol. Bajaban sin cesar de las ramas de los árboles; algunos se marchaban volando y volvían. Los postres se vieron animados por el sinnúmero de patitas que saltaban ágilmente entre las cerezas y entre las rosas. Nada todavía desde por la mañana, en medio de la felicidad y de los esplendores visitados, le había dicho a Ragú, de manera tan encantadora y tan clara, cuán sosegado y dichoso era aquel pueblo naciente.

Se levantó de pronto dirigiéndose a Bonnaire.

–Me ahogo –dijo–, necesito moverme. Y, además, quiero ver aún, quiero verlo todo, todas las mesas, todos los comensales.

Bonnaire comprendió perfectamente. ¿No eran Lucas y Josina los que quería ver, hacia quien le llevaba su ardiente curiosidad desde su regreso? E insistiendo en evitar una explicación decisiva, respondió sencillamente:

–Eso es; voy a enseñártelo todo, vamos a dar una vuelta a las mesas.

La primera mesa que encontraron, ante la casa vecina, era la de los Morfain. La presidía Petit-Da con su mujer Honorina Caffiaux, los dos con el pelo blanco; y allí estaban su hijo Raimundo, su mujer Teresa Froment, así como su hijo menor, Mauricio Morfain, un gran muchachote de diez y nueve años ya. Después, enfrente, se hallaba la descendencia de Azulina, viuda de Aquiles Gourier y cuyos grandes ojos de cielo conservaban su azul infinito ya cerca de los setenta años. Pronto iba a ser ya bisabuela, por su hija Leonia, casada con Severino Bonnaire, y por su nieto Feliciano, nacido de este matrimonio, que acababa de casarse con Helena, hija de Paulina Froment y de Andrés Jollivet. Todas están presentes, incluso estos dos últimos que habían venido con su hija. Se daba broma a Berta, de diez y ocho años no cumplidos, se reía ya con las ternezas que le decía Raimundo, su primo, prometiendo así esta pareja otro matrimonio de amor para más tarde.

La llegada de Bonnaire, que encontraba allí a su primogénito Severino, fue saludada con aclamaciones ruidosas. Y Ragú, perdiéndose cada vez más en el laberinto de aquellas alianzas enmarañadas, se hizo presentar particularmente a las dos Froment, sentadas a esta mesa, Teresa y Paulina, en camino ya de los cuarenta, siempre adorables, de alegre y sana hermosura. Después, Azulina le recordó al antiguo alcalde Gourier, al antiguo subprefecto Chatelard: y quiso saber qué había sido de ellos. Habían acabado por extinguirse con pocos días de diferencia, en la

intimidad que la pérdida común de la bella Leonor había venido a estrechar aún más. Gourier, que murió antes, se acomodaba mal al nuevo estado de cosas; elevaba algunas veces los brazos al cielo como patrono asombrado de no serlo ya, hablando del pasado con melancolía de hombre antiguo, hasta el punto de echar de menos las ceremonias del culto católico, la primera comunión y las procesiones, el incienso y las campanas, él que tanta carne de sacerdote había comido en otros tiempos. Chatelard, al contrario, se había dormido galanamente en la piel del anarquista, que había brotado poco a poco bajo su diplomática reserva, realizando su destino tal como lo había deseado, feliz, olvidado en medio de aquel Beauclair reconstruido y triunfal, desapareciendo en silencio con el régimen cuyo luto llevaba con tal placidez, como sepultado él también en la caída del último ministerio. Pero más noble y más bella había sido la muerte del presidente Gaume, cuyo recuerdo evocaba la presencia de su nieto Andrés y de sus biznietas, Helena y Berta. Había vivido hasta los noventa y dos años sólo con su nieto, en la desolación de su vida frustrada, llena de torturas. El día que se cerraron el Tribunal y la Cárcel se había sentido libre del peso de toda su existencia de juez. Un hombre que juzga a los hombres, que se tiene por la verdad infalible, por la justicia absoluta a pesar de las posibles enfermedades de la inteligencia y del corazón era cosa que le hacía temblar, le producía escrúpulos excesivos, remordimientos espantosos, y le asaltaba el temor de haber sido mal juez. En fin, la justicia que esperaba, la que temía



no ver, había venido; no la justicia de un orden social inicuo, que reina por la espada con que defiende a unos cuantos espoliadores y hiere a la multitud inmensa de los miserables esclavos, sino la justicia de hombre libre a hombre libre, que da a cada cual su lote de felicidad legítima, aportando la verdad, la fraternidad y la paz. La mañana de su muerte hizo llamar a un antiguo cazador furtivo, condenado por él hacía tiempo a una dura pena por haber matado a un gendarme que le había pegado un sablazo; y se arrepintió públicamente, confesó en voz alta las dudas que habían emponzoñado su carrera, dijo a gritos lo que hasta entonces había ocultado, los crímenes del Código, los errores y mentiras de la ley, todas esas armas de opresión y de odio sociales, todos esos terrenos corrompidos donde renacían las epidemias de robos y asesinatos.

–De modo –replicó Ragú–, que ese matrimonio que se halla sentado a esta mesa, ese Feliciano y esa Helena, en cuya casa nos hemos detenido un instante esta mañana, son a la vez nietos de los Froment, de los Morfain, de los Jollivet y de los Gaume... Y todas esas sangres enemigas ¿no se envenenan unas a otras en las venas por donde corren ahora?

–No, señor –respondió tranquilamente Bonnaire–. Se han reconciliado, y la raza ha adquirido mayor belleza y más fuerza.

Una nueva amargura le aguardaba a Ragú en la mesa siguiente. Era la de Bourron, su antiguo compañero de holgazanería y de borrachera, a quien dominaba y pervertía tan fácilmente. ¡Bourron feliz, Bourron salvado, mientras él permanecía solo en su infierno! Y Bourron, a pesar de su avanzada edad, triunfaba, en efecto, al lado de su mujer, Babette, la eterna mujer risueña, cuya hermosa esperanza inalterable, cuyo cielo obstinadamente azul, se habían convertido en realidad, sin que ella se dignara siquiera extrañarlo. ¿Acaso no era natural? Eran felices porque se acaba siempre por ser feliz. Y a su alrededor la vida prolífica no tenía ya límites. Primero, Marta, su primogénita, se había casado con Augusto Laboque, de quien había tenido a Adolfo, el cual se había casado con Germana, hija de Zoa Bonnaire y de Nicolás Yvonnot. En seguida, Sebastián, su hijo mayor, se había casado con Agata Fauchard, y de este matrimonio había nacido Clementina, casada a su vez con Alejandro Feuillat, hijo de León Feuillat y de Eugenia Yvonnot. Ya dos niñas nacidas de estas dos ramas representaban la cuarta generación: Simona Laboque y Amelia Feuillat, una y otra de cinco años. Y también estaba allí, gracias a las alianzas, Luis Fauchard, casado con Olimpia Lenfant, de quien había tenido a Hipólito, y, en fin, Hipólito Mitaine, casado con Laura Fauchard, de quien había tenido a Francisco, un galopín que pronto haría ocho años, la cuarta generación también por este lado, dispuesta a crecer gallardamente. En el Beuaclair gozoso no se hubiera encontrado mesa más grande que ésta, alrededor de la cual

se hallaban todas las descendencias mezcladas de los Bourron, los Laboque, los Bonnaire, los Yvonnot, los Fauchard, los Feuillat, los Dacheux, los Lenfant y los Mitaine.

Bonnaire, que aún allí encontraba a una de las suyas, Zoa, daba detalles a Ragú sobre los que la muerte había arrebatado. Fauchard y su mujer Natalia, él embotado, ella siempre enferma, habían desaparecido de este mundo sin comprender, ocultando el pan que tenían a discreción por temor a que se lo robaran. Feuillat, antes de morir, había tenido la satisfacción de presenciar el triunfo del vasto dominio de Combettes, su obra. Lenfant e Yvonnot acababan de seguirle a esa tierra de hoy, más amada inteligentemente, virilmente fecundada. Después, los Dacheux, los Caffiaux y los Laboque, todo el antiguo comercio ahora suprimido. La bella panadera, la buena señora Mitaine, había acabado también por sucumbir, cargada de años, de bondad y de belleza.

Ragú ya no escuchaba, no podía apartar la vista de los Bourron.

–¡Cuidado que se mantiene joven! –murmuró–, ¡y su Babette no abandona un momento su placentera risa!

Se acordaba de sus antiguas aventuras, cuando el compinche se eternizaba con él en casa de los Caffiaux, declarando contra los patronos y volviendo a casa borracho perdido. Recordaba su propia larga vida de miseria, los

cincuenta años perdidos rodando de taller en taller por el vasto mundo. Hoy la experiencia estaba hecha, el trabajo reorganizado, regenerado, había salvado a su colega, medio perdido ya, mientras que él volvía exterminado por el antiguo trabajo de miseria y de sufrimiento, el salario inicuo, envenenador y destructor. Y en aquel momento contempló un espectáculo encantador que acabó de llenarle de angustia. Simona Laboque, hija de Adolfo y de Germana, chiquilla rubia de cinco años, biznieta de Bourron, cogió de la mesa con sus manecitas rosas deshojadas y las hizo llover sobre la blanca cabeza del bisabuelo, que sonreía de contento.

–¡Toma, abuelo Bourron, ahí te van, ahí te van más! Es para coronarte... ¡Toma! ¡Toma! Las tienes en el pelo, en las orejas, en la nariz, por todas partes. ¡Felicidades, felicidades, abuelo Bourron!

Toda la mesa reía, aplaudía, aclamaba al antepasado. Ragú huyó, arrastrando a Bonnaire. Temblaba, desfallecía. Después, cuando se hubieron separado un poco, exclamó bruscamente con voz sorda:

–Escucha, ¿a qué callarlo más tiempo? No he venido más que para verlos. ¿Dónde están? ¡Enseñámelos!

Hablaba de Lucas y de Josina. Pero como Bonnaire, que había comprendido, tardase en contestar, continuó:

–Desde esta mañana me paseo, aparento interesarme por todo, y, sin embargo, no pienso más que en ellos; ellos sólo me preocupan, pues sólo ellos me han traído otra vez aquí, a través de tantas fatigas y tantos sufrimientos... He sabido allá lejos que no le había matado. Viven los dos, ¿no es eso? Tienen muchos hijos, son felices, se hallan en pleno triunfo, ¿no es eso?

Bonnaire reflexionaba. Temiendo un escándalo, había retrasado hasta entonces el inevitable encuentro. ¿No le había resultado su táctica? ¿No había llegado a infundir a Ragú una especie de terror sagrado ante la grandeza de la obra realizada? Le veía ahora pasmado, tembloroso, con las manos demasiado blandas para un nuevo crimen. Y, con aire de serena honradez, respondió al fin:

–Puesto que quieres verlo, amigo mío, te los voy a enseñar. Y, la verdad, verás gente feliz.

La mesa de Lucas se encontraba al lado de la de los Bourron. Ocupaba él el centro, teniendo a su derecha a Josina y a su izquierda a Soeurette y Jordan. Allí estaba también Susana, enfrente de Lucas. Nanet y Nisa, que bien pronto iban a ser abuelos, se habían sentado cerca de ella, con los ojos sonrientes bajo sus mechones rubios algo pálidos, como en los días ya lejanos en que no eran más que juguetes, corderitos rizados. Después estaba toda la descendencia rodeando la mesa. Hilario, el primogénito de los Froment, se había casado con Colette, la hija de Nanet y

de Nisa, de la cual había tenido a Marieta, de cerca de quince años; mientras que de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire nacía Ludovico y Marieta; comían al lado uno del otro, cuchicheando, divirtiéndose tiernamente con sus secretillos. En seguida venía Julio, el último de los Froment, que se había casado con Celina, la hija de Arsenio Lenfant y de Eulalia Laboque, y el matrimonio tenía un pillastre de seis años, Ricardo, hermoso como un arcángel, que era la pasión de su abuelo Lucas. Y toda la parentela seguía, mesa adelante: era la mesa donde se fundían más estrechamente las sangres enemigas, los Froment, los Boisgelin, los Delaveau, mezclados a la sangre de los Bonnaire, los Laboque y los Lenfant, el trabajo manual, el comercio y la tierra, donde la comunión social de donde había salido la ciudad nueva, el Beauclair de justicia y de paz.

En el momento en que Ragú se aproximaba, el último rayo del sol poniente iluminaba gloriosamente la mesa, y los ramos de rosas, las sedas ligeras y las cabelleras llenas de diamantes de las mujeres brillaban en medio de aquel esplendor. Pero lo que sobre todo hacía adorable esta despedida del astro era el apresuramiento de los pájaros de las cercanías en bajar otra vez entre los convidados antes de irse a dormir a las ramas. Hubo tal revoloteo, con tal batir de alas que la mesa se cubrió de avecillas, nube gigantesca de plumas pequeñas, tibias. Manos amigas las cogían, las acariciaban y las volvían a soltar. Y esta confianza de los pardillos y de los pinzones era cosa infinitamente tierna,

celebrada en el aire tranquilo de la tarde de la alianza desde entonces pactada entre todos los seres, la paz universal que reinaba entre los hombres, los animales y las cosas.

–¡Oh! abuelo Lucas –exclamó Ricardo–, mira, abuela Josina tiene una curruca bebiendo en su vaso.

Era cierto, y Lucas, el fundador de la ciudad, se divirtió y emocionó con ello. El agua era de aquella tan fresca y tan pura que él había recogido entre las rocas de los Montes Bleuses y merced a la cual parecía haber nacido la ciudad entera, con los jardines, las avenidas y los surtidores de las fuentes. Cogió el vaso, lo elevó hacia el sol de púrpura, diciendo:

–Josina, hay que beber, hay que beber a la salud de nuestra feliz ciudad.

Y cuando Josina, que continuaba siendo enamorada y tierna bajo sus cabellos blancos, mojó riendo los labios, bebió él también, añadiendo:

–¡A la salud de nuestra ciudad, cuya fiesta celebramos hoy!.. ¡Y que se ensanche siempre, que crezca en libertad, en prosperidad y en belleza, y que conquiste toda la tierra a la obra de universal armonía!

A la luz del sol que le ceñía como de un nimbo de gloria estaba soberbio de juventud, de fe, de gozo triunfal. Sin

orgullo ni énfasis proclamaba sencillamente su felicidad al ver al fin su obra viva y sólida. Era el Fundador, el Creador, el Padre, y todo aquel pueblo lleno de alegría, todos aquellos convidados a todas las mesas, donde se festejaba, con el trabajo las fecundidades del verano, eran su pueblo, sus amigos, sus parientes, su familia, prolongada sin cesar y cada vez más fraternal y más próspera. Y una aclamación acogió el voto de ardiente ternura que elevaba a su ciudad, ascendió en el aire de la tarde, rodó de mesa en mesa, hasta las lejanas avenidas. Todos se habían puesto en pie y levantando a su vez el vaso bebían a la salud de Lucas y Josina, la pareja de héroes, los patriarcas del trabajo, ella rescatada, purificada como esposa; él, redentor, que para salvarla había salvado de la equidad y del sufrimiento al miserable mundo de los asalariados. Fue aquél un minuto de exaltación y de magnificencia en que brillaron la gratitud apasionada de la inmensa multitud, la recompensa de tanta fe activa, el ingreso definitivo en la gloria y el amor.

Entonces Ragú sintió temblar todos sus miembros, anonadado y lívido bajo el viento de apoteosis que pasaba. No pudo soportar el brillo de belleza y de bondad que irradiaba de Lucas y Josina. Retrocedió, y vacilaba hasta el punto de disponerse a huir de Lucas, que se había fijado en él, se volvió hacia Bonnaire.

—¡Ah! amigo mío, falta usted a mi alegría, pues ha sido usted otro yo, el más valiente, el más fuerte obrero de la



obra, y no deben festejarme sin festejarle a usted también. y dígame, ¿quién es ese anciano que está con usted?

–Es un extranjero.

–¡Un extranjero! ¡Que se acerque, que coma con nosotros el pan de nuestra cosecha y que beba el agua de nuestras fuentes! Nuestra ciudad es una población de cordial acogida y de paz para todos los hombres. Josina, haz sitio, y usted, amigo nuestro a quien no conocemos, acérquese, siéntese entre mi mujer y yo, pues queremos honrar en usted a todos nuestros hermanos desconocidos de las otras ciudades del mundo.

Ragú, como sobrecogido por un espanto sagrado, retrocedió otra vez.

–¡No! ¡No! ¡No puedo!

–¿Por qué? –preguntó Lucas con dulzura–. Si viene usted de lejos, si está usted cansado, encontrará aquí manos consoladoras y dispuestas para el socorro. No preguntamos su nombre ni su pasado. Entre nosotros todo está perdonado; sólo reina la fraternidad para la dicha de cada uno puesta en la dicha de todos. Y dile tú también, querida mujer, estas cosas, que serán más suaves, más convincentes en tus labios, puesto que yo no consigo al parecer más que asustarlo.

Entonces habló Josina.

–¡Ea, amigo mío! He aquí nuestro vaso; ¿por qué no ha de beber usted a nuestra salud y a la suya? Viene de lejos y es usted nuestro hermano; nos complacerá ensanchar aún nuestra familia. Es costumbre ahora en Beauclair los días de fiesta darse el ósculo de paz que lo borra todo. Tome usted y beba, ¡por el amor de todos!

Pero Ragú retrocedió de nuevo, más pálido y más tembloroso, herido por el terror del sacrilegio.

–¡No! ¡No! ¡No puedo!

En aquel momento Lucas y Josina ¿sospecharon la verdad, reconocieron el miserable que volvía para sufrir aún después de haber arrastrado tanto tiempo su destino de pereza y de corrupción? Le miraron con ojos de febril bondad, por los cuales pasaba una gran tristeza compasiva. Y Lucas concluyó sencillamente:

–Váyase usted, pues, como quiera, puesto que no puede ser de nuestra familia a la hora en que se acortan las distancias y se estrechan todas las manos. Vea usted, vea usted cómo se confunden todos; las mesas van a unirse a las mesas y antes de muchos minutos no habrá más que una sola para toda una ciudad de hermanos.

Era cierto. Los convidados comenzaban a aproximarse; cada mesa parecía ponerse en marcha hacia la mesa próxima; poco a poco se soldaban unas a otras, como sucedía siempre al terminar la comida común, celebrando la fiesta del Verano en una bella tarde de junio. ¡Se había hecho esto tan natural! Los niños servían primero de mensajeros, yendo de postre en postre; después los miembros de una misma familia dispersos al azar de las alianzas, tendían a reunirse, a encontrarse cerca unos de otros. ¿Cómo impedir que Severino Bonnaire, en la mesa de los Morfain, Zoa Bonnaire, en la de los Bourron, y Antonieta Bonnaire, en la de Lucas, se sintieron arrastrados hacia la mesa paterna donde se hallaba su hermano mayor, Luciano? Y los Froment, diseminados como el trigo en los surcos, Carlos en casa de los Bonnaire, Teresa y Paulina en casa de los Morfain, ¿cómo no habían de ponerse en movimiento, llevando consigo a los otros en el deseo de estar con el padre, el fundador y el creador? Entonces se vio un prodigioso espectáculo; las mesas andando, reuniéndose, soldándose, acabando por no formar más que una misma mesa a través de la ciudad regocijada. A lo largo de las avenidas, ante las puertas de las casas llenas de alegría, la comida común no sufría ya interrupción, la Pascua de aquel pueblo fraternal iba a terminar bajo las estrellas, en una inmensa comunión, tocándose codo con codo sobre el mismo mantel, entre las mismas rosas deshojadas. Toda la ciudad se convertía en un banquete gigante, las familias se mezclaban, se confundían en una familia única, y el mismo

soplo animaba todos los pechos y el mismo amor hacía latir todos los corazones. Del gran cielo puro descendía una paz deliciosa, soberana, la armonía de los mundos y de los hombres.

Bonnaire no había intervenido para no perder de vista a Ragú, viendo realizarse en él la transformación que esperaba después de aquel día cuyas sorpresas le habían estremecido, una a una, hasta este resplandeciente final que le aterrizzaba y le arrebatava. Y lo sintió tan conmovido, tan vacillante, que le dio la mano.

–Ven, andemos un poco, es tan suave el aire de la tarde... Dime: ¿crees ahora en nuestra felicidad? Ya lo ves; se puede trabajar y ser feliz, pues la alegría, la salud, la vida perfecta están en el trabajo. Trabajar es vivir, sencillamente. Se ha necesitado toda una religión de sufrimientos y de muerte para hacer del trabajo una maldición y para colocar la felicidad de un paraíso en la eterna pereza. El trabajo no es nuestro amo; es el soplo de nuestro pecho, la sangre de nuestras venas, nuestra única razón de amar, de procrear, de ser humanidad inmortal.

Pero Ragú, derrotado, ya no discutía; se hallaba como deshecho por la fatiga, cansado hasta la muerte.

–¡Oh! ¡Déjame, déjame! No soy más que un cobarde; un niño hubiera tenido más valor. Me desprecio a mí mismo.

Y después, en voz baja:

–Había venido para matarlos a los dos... ¡Ah! ¡Qué interminable viaje! Caminos y más caminos, años enteros de caminata sin dirección fija, a través de países desconocidos, con esta rabia única en el corazón, con este único deseo: volver a Beauclair, encontrar a ese hombre y a esa mujer para hundirles el cuchillo de que tan mal me había servido. Y tú me has distraído, tan grandes, tan radiantes.

Bonnaire había temblado ante esta confesión. La víspera dudaba del crimen, sintiendo el sombrío temblor que pasaba; ahora, ante el desconcierto del miserable, se apoderaba de él la piedad.

–Ven, ven, pobre ser, ven a mi casa a dormir esta noche. Mañana veremos.

–¡Dormir aún en tu casa! ¡Oh, no, no! Me voy, me voy en seguida.

–No puedes marcharte a estas horas; estás demasiado cansado, demasiado débil. ¿Por qué no te quedas con nosotros? Tú te sosegarás, conocerás nuestra dicha.

–¡Oh! ¡No, no! Necesito marcharme en seguida, en seguida. El alfarero lo ha dicho muy bien: no estoy hecho para vivir con vosotros.

Y el acento de un condenado puesto en tortura, con rabia sorda, exclamó:

–Vuestra dicha. No puedo verla; sufriría demasiado.

Desde ese momento no insistió ya Bonnaire, que comenzaba a sentir una incomodidad, un horror secreto. Se llevó en silencio a su casa a Ragú, quien cogió de nuevo su zurrón y su palo, sin querer esperar al fin de la comida. No se cambió ni una sola palabra, ni un ademán para el último adiós. Y Bonnaire miró a aquel hombre, al viejo miserable y aniquilado que se marchaba con paso vacilante, y que desapareció a lo lejos en la oscuridad de la noche que poco a poco había ido cayendo.

Pero Ragú no pudo abandonar tan deprisa a Beauclair en fiesta. Subió lentamente por la garganta de Brias, ascendió paso a paso, trabajosamente, entre las rocas de los Montes Bleuses. Ahora dominaba la ciudad, y al volverse, la vio toda entera de una sola mirada. En el cielo, de azul sombrío, de inmensa pureza, centelleaban las estrellas. Y bajo aquella suavidad de la hermosa noche de junio, la ciudad se extendía, semejante a otro cielo, hormigueando también en ella innumerables astros pequeños. Eran los millares y millares de lámparas eléctricas que acababan de encenderse a lo largo de las mesas del festín, en medio del verde de los árboles. Volvía a ver aquellas mesas, volvía a encontrarlas, como dibujadas en trazos de fuego, victoriosos de las tinieblas. Se prolongaban; acababan por llenar el

horizonte. Y oía subir las risas y los cánticos; continuaba asistiendo a la fiesta gigantesca de todo un pueblo sentado a la mesa, en una sola y fraternal familia.

Ante este espectáculo quiso huir más lejos; subió más arriba y volvió a ver la ciudad que resplandecía más aún cuando se volvió de nuevo. Subió más arriba, subió sin cesar. Pero a medida que subía y se volvía, la ciudad parecía agrandarse tomando toda la llanura, confundiéndose con el mismo cielo. Cada vez oía más distintamente las risas y los cánticos. La gran familia humana celebraba la alegría del trabajo, en la tierra fecunda. Y por última vez se puso en marcha y anduvo mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que se perdió en las tinieblas.

## CAPÍTULO XV

PASARON más años todavía; y la muerte necesaria, la buena obrera de la eterna lívida, hizo su trabajo, se llevó uno a uno a los hombres que habían cumplido su tarea. Partió Bourron primero, después su mujer Babette, de buen humor hasta el último aliento. Detrás, Petit-Da, Azulina, de ojos azules de infinito, de eterno cielo azul. Murió Lange concluyendo con el dedo pulgar el último monigote, una joven graciosa de pies desnudos, a semejanza de la Descalza. Nanet y Nisa murieron jóvenes, dándose un beso. En fin, sucumbió Bonnaire, a lo héroe, en pie, como enterrado en el trajín del trabajo, un día que había ido a los talleres a ver funcionar un martillo gigante, cada golpe del cual forjaba una pieza.

Y de toda su generación, de todos los fundadores y creadores en el Beauclair triunfal, sólo quedaban Lucas y



Jordan, amados, rodeados del cuidado afectuoso de Josina, de Soeurette y de Susana, las tres de una salud y un ánimo milagroso para su mucha edad; parecía que vivían sólo para ayudarlos a ellos, sostenerlos hora por hora. Susana, desde que Lucas andaba difícilmente, inutilizadas las piernas poco a poco, casi clavado en su butaca, vivía con él, partiendo con Josina la dulce gloria de servirle. Lucas tenía ochenta años cumplidos, una alegría inalterable, inteligencia siempre firme; si no fuera por las malditas piernas que iban siendo de plomo, parecería un joven, como él decía en broma. Tampoco Soeurette dejaba a su hermano Jordan, siempre clavado en su laboratorio donde ahora dormía, de donde no salía ya. Llevaba a Lucas diez años; sus noventa habían conservado la actividad lenta y metódica a que debía su obra inmensa; sin cesar se veía a punto de morir y no moría, y era de tal lógica, de tal voluntad razonada en el trabajo, que trabajaba todavía, cuando hacía ya mucho tiempo que los obreros de su generación dormían bajo tierra.

Con frecuencia había repetido su débil vocecilla:

–Los que mueren es porque quieren; no se muere uno mientras tiene algo que hacer. Yo siempre estoy muy mal, pero así y todo, llegaré a ser muy viejo y no dormiré hasta el día que mi obra esté concluida... ¡Ya veréis, ya veréis! Veré venir la hora y os lo advertiré, queridos míos, diciendo: Buenas noches, acabé mi jornada, voy a dormir.

Trabajaba, pues, Jordan, siempre, porque según él no había acabado su obra. Vivía envuelto en mantas, todo lo bebía templado para no constiparse, descansaba mucho, medio acostado en una silla larga, entre las escasas horas que podía dedicar a sus investigaciones. Pero dos o tres horas conquistadas así le bastaban para una gran tarea, gracias al método. Soeurette, muy cuidadosa, intervenía con abnegación absoluta, como un otro yo; a la vez enfermera, secretaria, ayudante de laboratorio, sin permitir a nadie acercarse a su hermano. Los días que él tenía las manos demasiado débiles, impotentes para la acción, ella ejecutaba su pensamiento, y acababa por ser la prolongación de su vida.

En la idea de Jordan, su obra sólo estaría terminada el día en que pudiera dar a la ciudad nueva la electricidad bienhechora, sin medirla, a discreción, como el agua del río, como el aire libre. En sesenta años había hecho mucho para llegar a esta solución. Primero había suprimido los gastos de acarreo por medio de cables. Después había inventado el aparato que transformaba la energía calorífica del carbón en energía eléctrica, y una vez cargadas las dinamos directamente, había hecho funcionar sus hornos eléctricos, transformando la metalurgia y dando a la ciudad en abundancia electricidad para todos los usos sociales y domésticos. Pero aún costaba cara y la quería de balde. Temía después, como posible, como cierto, que se agotaran las minas de carbón. Acaso antes de un siglo el carbón

faltaría, y esto sería la muerte del mundo actual, de nuestra industria, de nuestros medios de locomoción; sería la humanidad como un gran cuerpo cuya sangre ya no circulara. Veía inquieto cada tonelada que ardía. Y débil, febril, tosiendo, con un pie en la sepultura, le torturaba la catástrofe que amenazaba a las generaciones futuras. Se juraba no morir sin regalarles la oleada de fuerza, la vida prodigada sin fin, que sería su civilización y su felicidad. Y se había puesto otra vez al trabajo, diez años hacía.

Naturalmente, pensó primero en los saltos de agua. Era la fuerza necesaria primitiva, se empleaba con buen éxito en los países montañosos. Por desgracia, los escasos arroyos de los Montes Bleuses no tenían la energía necesaria. Además, no era aquella fuerza regular, constante, ni de la abundancia que él necesitaba. También se acordó de las mareas y de que otros sabios se habían ocupado en esto. Aprovechó sus estudios y hasta imaginó aparatos. Lo lejos que estaba Beauclair del amor, no era hoy un obstáculo, pues la energía eléctrica se transmitía ya, sin pérdidas, a grandes distancias. Pero otra idea le acosaba, se apoderaba de él poco a poco, le lanzaba a un ensueño prodigioso, pensando hacer feliz al mundo si la realizaba.

Siempre Jordan, tan flaco y friolento, había tenido la pasión del sol. Le seguía en su curso, le miraba ponerse, con el miedo, con el temblor de las tinieblas invasoras. Y por la

mañana se levantaba, a veces, temprano, por el gusto de verle renacer.

Si se hubiera sumido en el mar sin aparecer jamás, ¡qué noche sin fin, helada y mortal para la mísera humanidad! Tenía el culto del divino sol, padre de nuestro mundo, creador y regulador que después de haber sacado los seres del limo les ha dado calor, les ha hecho desarrollarse y extenderse, los ha alimentado con los frutos de la tierra en una serie incalculable de siglos. Era la eterna fuente de vida, porque lo era de luz, de calor y movimiento. Reinaba glorioso, bueno y justo, poderoso rey, dios necesario, sin el cual todo moriría. ¿Por qué no había de aumentar ese sol sus beneficios? Durante miles de años había acumulado su calor benéfico en los vegetales de que venía la hulla. Oculta mucho tiempo en el seno de la tierra, había guardado para nosotros ese calor acumulado. Al sol había que recurrir de nuevo. Si todas las tardes desaparecía, si había el triste invierno, había que pedirle una gran parte de su fuego para poder esperar su vuelta de cada mañana y pasar sin sufrir las estaciones frías. Así, el problema era sencillo y formidable. Había que dirigirse al sol, tomarle el calor y transformarle con aparatos especiales convertido en electricidad, de la que habría que conservar provisiones enormes en depósitos impermeables. Durante el estío, la recolección de los rayos de sol en trojes, en graneros de abundancia sin fin. En las noches largas, en el invierno

oscuro y helado, allí habría luz, calor y movimiento para bien de la humanidad.

El sueño de Jordan había ocupado otros cerebros; se había transformado el calor solar en electricidad, pero en cantidades ínfimas. Jordan quería todo aquello en grande, útil, práctico. Durante años se le vio hacer construir, en el antiguo parque de la Crécherie, aparatos extraños a manera de torres, cuyo uso no se podía adivinar.  l nada decía, a nadie confesaba su secreto. Si hacía buen tiempo, en los ratos en que se sentía fuerte, llegaba con su pasito de anciano débil y se encerraba con hombres en la nueva fábrica, y tenaz a pesar de los fracasos, luchaba, acababa por conquistar el astro soberano, él, hormiga laboriosa a quien un rayo de sol un poco fuerte hubiera matado. Nunca hubo mayor hero ismo, mayor victoria sobre las fuerzas naturales, ayer mortíferos rayos, hoy simples energías conquistada al servicio del hombre. Y resolvió el problema, el sol se dejó coger un poco de fuego. Se construyó una fábrica definitiva que daba a Beauclair electricidad para todo un año, a discreción de los habitantes, como las fuentes daban agua. Pero había un defecto: los inmensos depósitos pedían mucha fuerza. Y había que conservar para el invierno bastantes rayos de sol almacenados para encender sobre el pueblo otro sol durante las largas noches de diciembre. De nuevo Jordan volvió al trabajo. Buscaba, luchaba, resuelto a vivir hasta vencer. Sus fuerzas declinaban, ya no podía salir y tenía que mandar las órdenes a la fábrica. Así pasaron

meses. Encerrado en su laboratorio, allí acababa su labor, allí quería extinguirse el día en que esta labor estuviese terminada. Y ese día llegó; había encontrado el medio de evitar toda pérdida, de hacer los depósitos impermeables capaces de conservar mucho tiempo las provisiones de fuerza eléctrica. Y ya no tuvo más que un deseo: decir adiós a su obra, abrazar a los suyos y luego volver a entrar en la vida universal.

Era octubre; el sol doraba todavía las hojas con un oro templado, claro, suave. Jordan consiguió de Soeurette que se le llevaría por última vez en una butaca a la fábrica donde se acababan de instalar los nuevos depósitos. Deseaba comprobar su victoria, aquel sol acumulado y conservado para que Beauclair pudiera esperar la primavera próxima. Y en las primeras horas de una tarde deliciosa le llevaron allá y pasó dos horas visitándolo todo y regulando la marcha de los aparatos. Estaba la fábrica en la falda de los Montes Bleuses, en la parte del antiguo parque expuesta al mediodía y que ya antes era, gracias al sol, un paraíso de frutas y flores. Algunas torres dominaban los amplios edificios, techumbres inmensas de acero y de vidrio los unían, y nada más se veía por fuera, pues los cables pasaban bajo tierra. Jordan acabó su visita haciéndose parar un instante todavía en el patio central, desde el cual paseó una suprema y larga mirada en torno suyo sobre aquel mundo nuevo, eterna fuente de vida, creación suya, pasión de su existencia entera. Se volvió hacia Soeurette, que había

seguido paso a paso detrás de la butaca en que le conducían dos hombres.

–Ea –dijo sonriendo–, esto se ha acabado; y está muy bien, ahora ya puedo irme... Volvamos a casa, hermana mía.

Estaba muy contento, radiante por haber visto su obra completa y en pie, cual buen trabajador que al fin va a poder descansar. Pero su hermana, para pasearle un poco, había hecho de una calle de árboles, delante del pabellón de Lucas, inmovilizado también, no pudiendo ya salir por causa de las piernas. Hacía algunos meses que no habían podido verse los dos amigos. Sabían uno de otro por sus queridas guardianas, que iban y venían como ángeles mensajeros. Todavía un deseo, el último de su corazón, animó al moribundo entre el suave sueño que empezaba a invadirle.

–¡Oh, te lo ruego, hermana mía, deténme aquí abajo este árbol, junto a esta hierba alta! tú sube en seguida, avisa a Lucas, dile que paso y que estoy ante su puerta esperándole.

Soeurette, sorprendida y algo temerosa de la fuerte emoción de tal entrevista, vaciló un instante.

–Pero, amigo mío, Lucas está como tú, no se menea, ¿cómo ha de bajar?

Jordan sonrió alegre como solía, reanimados los ojos.

–Le bajarán, hermana mía; pues yo voy hacia él en mi butaca, bien puede él venir hacia mí en la suya.

Y añadió enternecido:

–Se está aquí tan bien: conversaremos por última vez, nos diremos adiós... ¿Cómo habíamos de separarnos para siempre sin habernos abrazado?

Soeurette ya no pudo negarse; subió a casa de Lucas. Tranquilo, acariciado por el sol poniente, Jordan esperó. Pronto volvió su hermana, anunciándole la llegada de su amigo. Profunda emoción se produjo cuando Lucas apareció a su vez conducido también por dos hombres en su butaca. Avanzó lentamente entre el verdor, seguido de Josina y de Susana que nunca le dejaban. Le colocaron cerca de Jordan, las butacas se tocaban y los dos amigos pudieron cogerse y apretarse las manos.

–¡Ah, mi buen Jordan, cuánto se lo agradezco; cuán de usted es esta idea de volver a vernos todavía y decirnos adiós!

–Usted hubiera ido a mi casa, mi querido Lucas. Pues yo era quien pasaba, y estaba usted ahí, era tan sencillo reunirnos por última vez sobre esta hierba, bajo uno de estos árboles queridos cuyas sombras tanto hemos amado.



El árbol era un gran tilo plateado, un gigante soberbio ya medio despojado de sus hojas. Pero el sol le doraba todavía y un polvo de astro caía de sus ramas en una lluvia templada. La tarde era deliciosa, de una paz inmensa, de un encanto infinitamente suave. Un gran rayo de sol bañaba a los dos ancianos, mientras las tres mujeres, en pie detrás de ellos, parecían cobijarlos con su solicitud.

–¡Fíjese usted, amigo mío –añadió Jordan–; hace tantos años que mezclamos nuestras vidas en faenas paralelas! Hemos acabado por estar hechos el uno del otro. Me hubiera marchado con un remordimiento si no hubiera vuelto a disculparme por haber creído tan poco en su obra de usted, al principio, cuando usted vino a mí pidiéndome ayuda para construir la futura ciudad de justicia. Estaba convencido de que sería un fracaso.

Lucas se echó a reír.

–Tenía usted razón, amigo mío, y me lo ha probado magníficamente. Su lucha aquí ha adelantado, ha creado todo un mundo, tal vez le ha ganado usted cien años a la miseria, al dolor humano; y esta nueva ciudad, este Beauclair regenerado donde florecen más justicia y más ventura, cuenta las excelencias de su misión, la gloria benéfica de su obra. Ya lo ve usted, con toda mi razón y todo el corazón estoy con usted, y no hubiera querido que nos separásemos sin repetirle que me ha ganado para su causa y con qué cariño creciente le he seguido en todo lo que

acaba de realizar, tan humano, tan grande. Muchas veces ha sido usted mi ejemplo.

Pero entonces fue Lucas quien exclamó:

–¡Oh, amigo mío, no hablemos de ejemplo! Usted es quien me lo ha dado continuamente, el más alto, el más magnífico. Acuérdesse de mi cansancio, a veces, de mis desfallecimientos; y a usted siempre le he encontrado en pie, con más valor, con más fe en sus obras los días en que todo lo creía perdido. Su fuerza invencible ha sido no creer más que en el trabajo, ver en él la salud, la única razón de obrar y de vivir. Y así su obra ha llegado a ser su corazón y su cerebro, la sangre de sus venas, el pensamiento siempre en vela. ¡Qué monumento imperecedero, qué don de esplendor y de dicha va a dejar a los hombres! La obra mía, el constructor de la ciudad, el pastor de pueblos, sin la suya no hubiera podido realizarse y no sería nada todavía.

Callaron; pasó un pájaro volando; el sol de otoño caía como una lluvia de las ramas desnudas, con mayor suavidad según iba muriendo la tarde. Naturalmente, Soeurette, inquieta, cubrió bien con la manta las rodillas de Jordan, mientras Josina y Susana se inclinaban sobre Lucas temiendo que se fatigara. Pero Lucas prosiguió:

–La ciencia sigue siendo la gran revolucionaria: usted me lo decía al principio, y cada paso adelante de nuestra existencia ha venido a probarme que tenía usted razón. Este

Beauclair feliz no hubiera sido posible sin la energía eléctrica de que usted le dotó. Sólo la ciencia, la verdad, emancipará al hombre más cada día, le hará dueño de su destino, soberano del mundo, vencedor de las fuerzas naturales.

–Sí –respondió Jordan–, la ciencia libertará al hombre; pues la verdad es en el fondo fraternidad y justicia... y yo me voy contento; acabo de visitar por última vez nuestra fábrica; ahora funciona como yo quería, para descanso y bien de todos.

Continuó, dio explicaciones, instrucciones respecto de los nuevos aparatos y su empleo futuro, como si dictara a su amigo la última voluntad. Aquel era su testamento. La electricidad ya era como él la hubiera querido.

En todas partes se distribuía, sin medirlos, la luz, el calor, el movimiento. Con dar vuelta a unos botones se iluminaba la casa, se calentaba, cocinaba, y las varias máquinas del oficio o del uso doméstico se ponían en marcha. Mecanismos ingeniosos sin fin aparecían todos los días para alivio del trabajo manual. La inteligencia se emancipaba, subía el nivel moral e intelectual; en vez de la ociosa pereza, el trabajo consciente y libre, el hombre su rey dedicado a sus tareas favoritas después de algunas horas de faena común dedicadas a la comunidad social. Y hasta las pobres bestias de carga se veían libres de carros y pesos abrumadores, volviendo a sus prados y a sus bosques.

Las aplicaciones eran innumerables. Jordan había inventado lámparas de tal fuerza que dos o tres bastaban para iluminar una avenida. El sueño de encender de noche otro sol en Beauclair, iba a realizarse de seguro. Se habían encontrado también admirables estufas, inmensas, donde gracias a un sistema perfeccionado de calefacción crecían en todo tiempo flores, legumbres, frutas. La ciudad estaba ahíta de ellas, se distribuían a manos llenas; ya no había invierno ni noche. Los transportes, la locomoción, la simple circulación por las calles concurridas eran mucho más fáciles gracias a esta fuerza gratuita aplicada a una infinidad de vehículos, bicicletas, cochecillos, carretas, trenes de varios vagones.

–Me voy contento –repitió Jordan con serena alegría–. He acabado mi tarea y veo la labor bastante avanzada para dormirme en paz. Mañana se descubrirá la navegación aérea, el hombre habrá conquistado el espacio como había conquistado los océanos. Mañana podrá comunicar de un extremo a otro de la tierra sin hilos ni cables. La palabra humana, cualquier movimiento humano, darán la vuelta al mundo con la rapidez del rel ámpago. Siempre será la ciencia, amigo mío, la revolución invencible que emancipe a los pueblos con más paz y más verdad. Hace ya tiempo que habéis borrado las fronteras con vuestros ferrocarriles que se prolongaban sin cesar, cruzan los ríos, horadan las montañas, juntando todas las naciones en las mallas cada vez más espesas y fraternales de esta inmensa red. ¿Qué

será cuando se hable de capital a capital, cuando el mismo pensamiento, en el mismo minuto, ocupe en los mismos intereses a los distintos continentes, cuando las barquillas de los globos viajen por el libre espacio, patria común, sin tropezar con aduanas? El aire que respiramos todos, el espacio que es de todos, será el campo de armonía ilimitada, donde la humanidad de mañana se reconcilie... Por eso me ha visto usted siempre tranquilo, seguro de la emancipación final. En vano los hombres se devoraban estúpidamente, en sus luchas ciegas, y las religiones se obstinaban en acumular errores, para seguir dominando; la ciencia seguía avanzando. Traía más luz, más fraternidad, más ventura cada día. Y por la fuerza irresistible de la verdad barrerá el pasado de tinieblas y de odios, acabará por libertar las inteligencias, por juntar los corazones bajo el gran sol benéfico, padre de todos.

Se fatigaba, su voz iba siendo muy débil. Pero aún concluyó, animándose:

–Ya lo ve usted, amigo mío, era yo tan revolucionario como usted.

–Lo sé, querido amigo –respondió Lucas conmovido–. Ha sido usted mi maestro en todo; nunca le agradeceré bastante sus admirables lecciones de energía, de magnífica fe en el trabajo y en el propósito.

Bajaba el sol; como un ligero escalofrío acababa de pasar entre las ramas del gran tilo, del cual caía más pálido el polvo de oro del astro. La noche se acercaba, un suave reposo invadía lentamente la hierba, alta. Y las tres mujeres, en pie, mudas y atentas, ya se inquietaban, aunque les inspiraba respeto aquella suprema entrevista que las tenía inmóviles por la emoción. Intervinieron, suaves, cariñosas, con ademanes maternales, no con palabras. Josina y Soeurette taparon también a Lucas, que dijo:

–No tengo frío, ¡está tan hermosa la tarde!

Soeurette se había vuelto para mirar al sol que se ponía; Jordan siguió su mirada.

–Sí, la noche llega –añadió–, el sol puede ponerse; nos deja en nuestros depósitos su fuerza bienhechora. Y esta vez, si se pone, quiere decir que he andado toda mi jornada. Voy a dormir. Adiós, mi amigo mío.

–Adiós, amigo mío –repitió Lucas–. Pronto dormiré yo también.

Era el último adiós, de conmovedora ternura, de grandeza sencilla, extraordinaria. Uno y otro sabían que no se verían más; la última mirada, las últimas palabras. Y después de sesenta años de vivir la misma obra común, se separaban para no reunirse más que en la corriente de las

generaciones, los hombres de mañana cuya felicidad habían adelantado.

–Adiós, amigo mío –dijo otra vez Jordan–. Nada de tristeza; la muerte es buena y necesaria. Se revive en los demás, de ese modo se es inmortal. A ellos nos habíamos consagrado ya, para ellos hemos trabajado sólo, y en ellos renaceremos gozando así de nuestra obra. Adiós, amigo mío.

Y Lucas, una vez más, repitió:

–Adiós, amigo mío, todo lo que quede de nosotros dirá cuánto hemos amado y cuánto hemos esperado. Cada cual nace para su tarea, la vida no tiene otra razón, la Naturaleza echa al mundo un ser más cada vez que necesita un obrero más. Y cuando ha cumplido su trabajo puede el obrero descansar. La tierra le recoge para emplearla en otras cosas. Adiós, amigo mío.

Se inclinó, queriendo abrazarle. Pero no pudo; las tres cariñosas mujeres tuvieron que ayudarlos, sostenerlos para que se estrecharan por última vez. Les hizo esto reír como niños; admiraba su alegría, su serenidad, en esta hora de la separación; ni recuerdos de días mejores, ni remordimientos; habían cumplido su deber, toda su labor humana. Aun menos temían; miraban sin terror más allá de la muerte, seguros de la gran calma en que los buenos obreros se quedan dormidos. Fue el abrazo cariñoso, muy

lógico; cuanto aliento les quedaba lo pusieron en aquel beso.

–Adiós, mi buen Jordan.

–Adiós, mi buen Lucas.

Después, no hablaron más. El silencio se hizo profundo y sagrado. El sol desapareció del cielo inmenso, detrás de la línea lejana e indecisa del horizonte. Sobre el gran tilo, un pájaro calló; las ramas se sumergieron en una sombra sutil mientras la hierba, y sobre todo el parque con sus altos troncos, sus calles, sus praderas estaban en la paz deliciosa de la noche.

Entonces, a una seña de Soeurette, los dos hombres levantaron la butaca de Jordan, le llevaron con marcha suave y lenta. Lucas, inmóvil, había pedido con un ademán que se le dejara un instante más bajo el árbol. Y miraba a su amigo que se alejaba, allá abajo, por el fondo de la gran calle de árboles, recta. Era larga, y la butaca poco a poco iba disminuyendo. Hubo un gran momento en que volviéndose Jordan cambiaron la última mirada, una sonrisa medio borrada por la distancia. Aquello había acabado; Lucas vio la butaca perderse, desaparecer, mientras el parque entero se dormía en las tinieblas. Al volver a su laboratorio, Jordan se acostó, tan débil, tan menudo en su edad avanzada que parecía reducido a la estatura de un niño; y tal como había dicho, acabada su obra, se entregó por fin a la muerte.



Murió al día siguiente con mucha paz, sonriendo, entre los brazos de Soeurette.

Lucas vivió cinco años más, siempre en su butaca, junto a la ventana de su cuarto, desde donde veía el progreso de su ciudad. Una semana después de la muerte de Jordan, Soeurette se vino con ellos, y ya fueron tres a cuidar de Lucas. Entonces recogió la soberbia cosecha de amor, que había sembrado en torno suyo a manos llenas.

En largas horas de feliz contemplación ante su próspera ciudad, Lucas veía el pasado redivivo. Veía el punto de partida, la lejana lectura de un menudo libro, resumen de la doctrina de Fourier. Recordaba la noche de insomnio, de duda y de fiebre. Los arranques geniales de Fourier le habían inspirado: las pasiones humanas rehabilitadas, como fuerza de la vida; el trabajo sacado de presidio, ennoblecido, agradable; nuevo código social; la libertad y la justicia conquistadas por la paz, juntando el capital, el trabajo, la inteligencia. A Fourier debía su ensayo de la Créchérie, la salud y la alegría de su nuevo pueblo. La religión de la humanidad, como el catolicismo, acaso tardaría siglos en consolidarse; ¡pero qué evolución después empujada por el amor! Fourier práctico, evolucionista, llegaba al colectivismo, y hasta al sueño libertario de los anarquistas. En la asociación, el capital paso a paso dejaba el puesto al trabajo y a la inteligencia. Desaparecía el comercio; poco a poco el dinero. Avanzando así, a partir de Fourier, la ciudad

nueva conquistaba a los grupos colectivistas y hasta anarquistas, para unirlos a todos en un pueblo hermano, trayendo el reino del cielo a la tierra.

Era admirable ese espectáculo que Lucas tenía siempre ante los ojos; la ciudad feliz cuyos tejados de colores vivos, entre los árboles, se dilataban ante su ventana. Después del primer paso doloroso de la generación primaria, imbuida por los antiguos errores, las generaciones nuevas, educadas por escuelas y talleres, seguían la marcha de modo fácil, gracioso, alcanzando los horizontes que se tuvieron por quiméricos. Gracias al continuo mudar, los hijos y los hijos de los hijos parecían tener otro corazón, otro cerebro; era fácil la fraternidad, porque el bien práctico de cada cual estaba en el de todos. No había comercio, que era robo; dinero criminal, avaricia; no había herencia, nadie nacía con el privilegio del ocio; no había degollinas en torno a los testamentos. ¿Para qué aborrecerse, envidiarse, codiciar lo ajeno con fuerza o dolor, si la fortuna pública era de todos, y cada cual nacía, vivía y moría tan rico como el vecino? El crimen ya no tenía razón de ser, era estúpido, todo el salvaje aparato de presión y castigo se habían hundido por inútil; gendarmes, tribunales, cárceles. Había que vivir en medio de este pueblo, que ignoraba la guerra y amaba el trabajo solidario, para ver que las pretendidas utopías de dicha universal se hacían posibles. Las pasiones no sofocadas, cultivadas, se hacían virtudes, energías. La dicha legítima estaba en el desenvolvimiento de los cinco sentidos, y del

sentido del amor, pues el hombre debía gozar, satisfacer sus deseos sin hipocresía, a la luz del sol. Todo esto era la religión de la vida, libre de dogmas.

Asistía Lucas, sobre todo, al triunfo del trabajador salvador, creador y regulador del mundo. Desde el primer día había querido la muerte del salario único, de un nuevo reparto más justo. Pero, ¡qué de etapas antes de llegar al sueño realizado! También, en esto, se partía de Fourier: la unión, el trabajo variado, corto, agradable, las series de grupos. La comunidad libertaria estaba en germen en Fourier, pues si la había rechazado la revolución brutal, su esperanza era destruir la sociedad presente. En la Crèche, el salario, por grados, había ido agonizando; había llegado a satisfacer a los colectivistas con la circulación reglamentada de los bonos de trabajo. Sin embargo, el salario seguía siendo, atenuado, disfrazado, negándose a morir. Sólo la comunidad libertaria lo había destruido en la última etapa, con la antigua quimera de libertad y justicia totales, de unidad y armonía, ya vivientes. No había autoridad; el nuevo pacto social se fundaba en el trabajo necesario, la ley y el culto. Nadie impedía la expansión de cada cual; el ciudadano progresaba a su modo en su deber de trabajador: formaba parte de los grupos que quería, pasaba del campo a la fábrica, según sus facultades y su deseo. No había lucha de clases, pues sólo había una; todos eran igualmente ricos, con la misma instrucción y educación, sin diferencia alguna en traje, habitación y costumbres. Era el trabajo rey, el solo

dios, de una nobleza soberana, que había rescatado a la humanidad, y él daba el vigor, el amor y la belleza.

Sonreía gozoso Lucas, cuando un soplo de la brisa matinal le traía las carcajadas y los cánticos, cuya sonora alegría le mandaba la ciudad a todas horas. Era el trabajo fácil, delicioso. Pocas horas al día; casi todo era vigilar, porque las máquinas nuevas habían llegado a tener pies y manos, como los esclavos antiguos. Levantaban montañas, cogían los objetos más delicados y los modelaban con esmero infinito. Andaban, obedecían, como animales sin dolor, gastándose sin fatiga. Por ellas, el hombre acababa por conquistar la naturaleza.

Era un lujo, abundancia prodigiosa de manufacturas de las flores y frutos de la tierra. Cada ciudadano vivía como un príncipe, con algunas horas de trabajo. ¡Ya no había la servidumbre de las diez horas! Esta reducción del trabajo material había hecho florecer a los estudios de los sabios, las obras de los artistas, abriendo el campo de la inteligencia a todos. En los laboratorios, descubrimientos maravillosos cada semana. El pensamiento humano se hacía superior, porque el pueblo entero estudiaba la verdad por métodos experimentales; las grandes inteligencias ya no eran excepciones; el genio era legión.

Ya la química transformaba la alimentación; aunque la tierra no hubiera producido más trigo, ni olivos, ni viñas, de los laboratorios habría salido bastante pan, aceite y vino

para abastecer la ciudad entera. En física, en materia de electricidad sobre todo, los inventos seguían ensanchando los límites de lo posible; daban a los hombres la omnipotencia de los dioses, sabiéndolo, viéndolo, pudiéndolo todo. Después venía el vuelo de los artistas, la belleza más amplia, floración inmensa, universal, con que todos podían perfumarse y adornarse. No había artefacto, por humilde que fuera, en que no interviniese el arte en la forma, en el color, en la expresión. Lange, con sus ladrillos esmaltados, su alfarería policroma, había sido el primero en embellecer la vida cotidiana del pueblo; y ahora venían legiones de artistas; lo era cada obrero; iba aneja a cada oficio la belleza innata, grande, simple de la obra vivida, buscada, adaptada a su servicio propio. Todas las artes florecían con la inspiración popular en las almas; por las pasiones libres, por el amor compartido. En esta dirección universal, la música era la voz del pueblo feliz; y músicos, hijos suyos, encontraban para él cantos sublimes, cuya continua armonía era como un baño ideal en teatros, talleres, casas y calles. Edificaban arquitectos, para el pueblo, palacios inmensos y soberbios, con la amplitud y la majestad una y variada de la muchedumbre; con la adorable variedad fantástica de miles de individualidades que allí se resumían. Los escultores poblaban de bronces, de mármoles vivientes, los jardines y los museos; los pintores adornaban las escenas de la vida ordinaria, los edificios públicos, las estaciones, los talleres, las bibliotecas, las salas de espectáculos, de estudio y de recreo; y sobre todo, había

escritores que daban a este pueblo innumerable, que los leía, obras robustas poderosas, de aliento, nacidas del mismo pueblo y escritas para él. El genio, en que se acumulaba la energía intelectual de las generaciones se agrandaba en aquella humanidad más instruida y libre. Jamás había tenido tal esplendor. No era la flor de estufa de una literatura limitada, aristocrática; brillaba en plena humanidad, con poemas en que rebosaba la vida de todos, que todos habían ayudado a hacer con su sangre, y que volvían al corazón de todos.

Y Lucas, lleno de serenidad, sin temor por el porvenir, veía su ciudad seguir creciendo como persona fuerte y hermosa, de juventud eterna.

Había bajado de las gargantas de Brias, entre los dos promontorios de los Montes Bleuses, y ahora invadía las praderías de la Rumaña. Las fachadas, blancas, en el buen tiempo, reían entre árboles y prados, sin que el humo manchase la pureza del aire; no había chimeneas, la electricidad reemplazaba la madera y el carbón. El gran cielo azul tendía su tapiz de seda ligera inmaculada. Por doquiera surgían casas, calles, fuentes innumerables, el rumor de muchas aguas; perpetua alegría. Un pueblo libre y feliz y fraternal es foco de atracción. Los pueblecillos de los alrededores, Saint Cron, Forneries, Magnolles, habían seguido el ejemplo de Beauclair. Era el contagio irresistible de la dicha; y no habría obstáculo para la fuerza de la

felicidad realizada cuando los hombres tuvieran la visión neta y decisiva de ella. Nunca ha habido más que una lucha humana, la lucha por la felicidad, y está en el fondo de toda religión y de todo gobierno. El egoísmo es el esfuerzo individual buscando para sí la dicha posible; ¿y por qué cada ciudadano no ha de poner su egoísmo en tratar a los demás como hermanos, el día que se convenza de que la felicidad de cada cual está en la de todos? Si los intereses luchaba, era porque el pacto antiguo los oponía unos a otros. Pero si se prueba que el interés está en la unidad, en la armonía, la paz está hecha. Si el hombre hubiera puesto en conquistar el mundo, las fuerzas naturales, todo su afán de siglos y siglos, gastado en sangre y lágrimas, sería el rey de lo creado. No es cierto que un pueblo que no lucha, degenera. A cada necesidad satisfecha sucederá otra, despertando héroes de la ciencia y de la belleza. Como el sueño, el deseo es infinito. Como se combatió por robar la dicha ajena, se luchará por aumentar la de todos. Y no habrá más que héroes; y todo niño, al nacer, recibirá un regalo de bienvenida: la tierra entera, el cielo sin límites, el sol paternal fuente de la inmortal vida.

Lucas, contento frente a su ciudad triunfante, atribuía al amor todos aquellos prodigios. El amor que había sembrado y que ahora recogía en frutos inagotables de bondad, de fraternidad. La mujer salvada, Josina, devuelta a su puesto, lo había hecho todo. También la instrucción, la educación, nuevas, juntando los dos sexos y dándoles los mismos

conocimientos, los había llevado a entenderse con un fin ya único, amar mucho para ser muy amado. Lo que juntaba la escuela y se afirmaba en el taller, con el amor florecía. Los amigos de la niñez amantes en la juventud, formaban las parejas siempre fieles, y juntos se llegaba a la vejez. Sin embargo, la libertad subsistía; era lícito separarse, si no sabían entenderse, y los hijos quedaban con uno o con otro, según su gusto; o bien los acogía la comunidad si surgían dificultades. El duelo aquél entre el hombre y la mujer tanto tiempo origen de amarguras, se resolvía dejando a la mujer libre, igual del hombre, su compañera por la ley del albedrío. Podía no casarse, vivir como un hombre, ¿pero a qué mutilarse, negar el deseo, aislarse? Hace falta toda la vida. El orden natural se restablecía pronto; la paz reconciliaba los sexos. Cuando dos enamorados, la carne en flor, se prometían en un beso, en la templada noche, seguros estaban de ceder sólo a la pasión. Nadie podía venderse por la dote y no cabían maquinaciones de las familias para echar una hembra a la parada, pensando en la ganancia.

Era el pleno amor depurado, saneado, hecho perfume, llama, el foco de la vida. Extendido, general, universal, naciendo de la pareja para pasar a la madre, al padre, a los hijos, a los parientes, a los vecinos, a los conciudadanos, a la humanidad entera, en ondas cada vez más grandes en un mar de amor, acababa por bañar el mundo. La dilección era como el aire puro que alimentaba todos los pechos. La humanidad equilibrada al fin como los astros, por la



atracción, la ley de justicia, de solidaridad y de amor viajaría en adelante dichosa a través del eterno infinito.

–Mirad, mirad –decía Lucas a veces, contento, cuando por la mañana Josina, Susana y Soeurette rodeaban su butaca ante la ventana abierta de par en par–. ¡Mirad!, desde anoche, más árboles han florecido: besos y más besos parece que echan a volar desde los aleros como pájaros cantores... Allá abajo, a derecha e izquierda, el amor bate las alas, al sol naciente.

Las tres reían también y bromeaban, amables, por complacerle.

–Sí, sí –decía Josina–, por este lado, encima de aquella casa de tejas azules sembradas de estrellas blancas, parece que tiembla el sol anunciando mucha alegría dentro. Dos enamorados deben de haber celebrado esta noche sus bodas.

–Y mirad enfrente –decía Soeurette–, en la fachada brillante de esa otra casa, de azul ej os adornados con rosas, cómo echan lumbre los cristales como un astro que amanece. De seguro, allí acaba de nacer un niño.

–Y doquiera, sobre todas las moradas, sobre el pueblo entero –decía Susana–, llueven rayos de sol, como espigas de oro se levantan en un campo fraternal de fertilidad

prodigiosa. ¿No es la paz de todos, el amor de todos que cada día brota y se recoge?

Lucas las oía encantado. Adorable recompensa le daba el amor, rodeándole en su ancianidad extrema de aquel florecimiento del cariño sublime, de aquellas tres mujeres cuya presencia embalsamaba y hacía resplandecer sus últimos días. El mayor fruto del amor, el más exquisito, era para él. Tres mujeres le adoraban, le envolvían sin cesar en un culto de afección devota, de solicitud y pequeños cuidados. Eran infinitamente buenas, cariñosas, de ojos serenos, que inspiraban en él el continuo apego a la vida. Sus manos suaves le sostenían hasta el borde de la tumba. Y eran muy viejas, blancas del todo, ligeras como almas, ya augustas, como puras llamas, activas y alegres, ardiendo con la eterna y juvenil pasión por el gran anciano. Seguía él viviendo y ellas también; eran su fuerza, su acción, su inteligencia, siempre allí; sanas y firmes, a pesar de todo; yendo y viniendo, cuando él ya no se movía; guardianas y amas de su casa, compañeras que habían alargado la existencia del anciano más allá de los regulares límites.

Josina, a los setenta y ocho años, era la enamorada, la Eva salvada un día de la culpa y el dolor. Muy menuda, como flor seca y pálida, pero aún con perfume, conservaba su gracia sutil, su delicado encanto. Al sol claro, sus cabellos blancos, aún tenían reflejos de oro, el oro soberano de la juventud. Y como siempre, Lucas la adoraba, como en el día lejano en

que la había socorrido armando en ella al pueblo del dolor, a la mujer atormentada, habiéndola escogido por más miserable, por más dolorida, para salvar con ella, si la salvaba, a todos los desherados de este mundo, sofocados por la vergüenza y el hambre. Hoy todavía besaba con devoción su mano mutilada, la herida del inicuo trabajo. Por ella había emancipado a los trabajadores; y con su amor fecundado había eternizado su obra. Y ella también le adoraba como siempre, como el primer día; con ardor de cariñosa gratitud, delicioso don de todo su ser, pasión y deseo de lo infinito en el amor cuya llama inextinguible la edad no había debilitado.

Soeurette, de la edad de Lucas, próxima a los ochenta y cinco, era la más activa, siempre de pie, ocupada el día entero. Hacía mucho tiempo que parecía no envejecer; menudísima, disminuyendo todavía, pero embellecida por la amable vejez. Antes de color tan oscuro, tan delgada, nada agraciada, ahora era una graviosa viejecilla, un ratón blanco con ojos de luz. Antaño, en la terrible crisis de su amor por Lucas, su hermano Jordan la había dicho que se resignaría, que sacrificaría su pasión al bien ajeno. Y se había resignado, más cada día, su renunciamiento había llegado a ser una pura alegría, una fuerza de divino contento. Seguía amando a Lucas, le amaba en sus hijos y en sus nietos, ayudando a Josina a cuidarlos. Le amaba con amor cada vez más profundo, libre de todo egoísmo, casta llama de fraternidad y de afecto maternal. Como había cuidado a su

hermano, con igual delicadeza cuidaba ahora a Lucas. Y en esto estaba ahora su dicha, y en sentir cuánto la amaba él también y cumplir un siglo en esta amistad apasionada, tan dulce como el amor.

Susana, de ochenta y ocho años, era la mayor, la seria y la venerable. Pequeña, derecha todavía, con aquel rostro amable cuyo encanto había sido en otro tiempo la bondad, la razón firme e indulgente. Pero ya no andaba apenas; sólo sus ojos piadosos hablaban de un anhelo de afanarse siempre por los demás. Por lo común, ahora permanecía sentada junto a Lucas, acompañándole, mientras las otras dos, activas, corrían de un lado a otro sin ruido. ¡Ella también le había amado tanto en las horas tristes de su juventud, un amor que la consolaba, largo tiempo ignorado por ella misma! Sin saberlo, a él se había entregado entera, soñando con el héroe a quien hubiera querido alentar, ayudar con su cariño; y el día en que su corazón había hablado, estaba ya en brazos de otra mujer amante; en su hogar sólo había ya sitio para una amiga. Y era ella, largos años, con dulzura infinita, serenidad absoluta, en paz perfecta, en la comunión de cariño y de pensamiento en que vivía con el hombre que era ya su hermano. Y esta amistad, sin duda como la de Soeurette, era tan deliciosa porque había nacido del amor, del fuego eterno.

Lucas, de tal suerte, muy viejo, muy grande, de suprema belleza, acababa la vida en el amor de tres mujeres, muy

viejas, tan grandes, de suprema belleza. Él, con su gran estatura, sin que sus ochenta y cinco le hubieran encorvado, continuaba sano, fuerte, firme como un roble. Sólo las piernas se le habían entorpecido como para clavarle allí, delante de su ventana, feliz espectador, ahora que su ciudad estaba fundada. Sobre su frente, de forma de torre, sus espesos cabellos, de los cuales no faltaba uno se habían vuelto blancos, y eran una melena abundante, melena blanca de un león viejo descansando. Alumbraba, perfumaba sus últimos días esta adoración de que le rodeaban Josina, Soeurette y Susana. Amándolas a todas con el río inmenso de su amor en que todos los corazones podían beber, a unas y otras, amante y amigas, las estrechaba en el mismo abrazo para crear más vida, más felicidad.

Mas aparecieron señales. Como Jordan, sin duda, cumplida su obra, Lucas iba a morir. Le invadía cierto sueño, un reposo bien ganado, cuya llegada esperaba con plácida serenidad. Vio venir la muerte contento; sabía que era necesaria y suave, sin necesitar la mentida promesa del cielo para aceptarla con valeroso corazón. El cielo, en adelante, estaba en la tierra donde toda la verdad y la justicia posibles realizaban el ideal, toda la dicha humana.

Cada ser era inmortal en las generaciones de él nacidas, el torrente de amores aumentaba con todo amor y rodaba por lo infinito asegurando la eternidad a todos los que habían

vivido, amado, procreado. Y Lucas sabía que podía morir, pero que renacería continuamente en los hombres cuya existencia mejor y más dichosa había deseado. Esta era la única certeza del más allá: le daba una paz admirable; tanto había amado a los otros, tanto había hecho por aliviar sus penas, que era recompensa beatífica adormecerse en ellos, aprovecharse él mismo de su obra en el seno de las generaciones cada vez más felices.

Josina, Soeurette y Susana, alarmadas, viéndole aletargarse, no quisieron, sin embargo, estar tristes. Todas las mañanas siguieron abriendo las ventanas para que el sol bondadoso entrase libremente; adornaban y perfumaban el cuarto con flores, con grandes ramilletes de un brillo y de un aroma que parecían la infancia. Y como la infancia la quería tanto Lucas, le rodeaban a cada momento de alegres bandadas de chiquillos y chiquillas de cabeza rubia o morena, que eran como otros ramilletes, mañana en flor, la fuerza y la belleza de los años futuros. Y cuando estaba allí toda aquella gente menuda, jugando entre carcajadas alrededor de su butaca, Lucas les sonreía con ternura, seguía sus juegos muy entretenido; encantado de alejarse así, en medio de una alegría tan pura y de tan viva esperanza.

De modo que, el día en que debía venir la muerte, muy justa, muy buena, al caer el crepúsculo, las tres mujeres que la veían acercarse en los ojos de claridad profunda del anciano, invitaron a venir a los biznietos, los más pequeños,

aquellos cuya vista traería en el último instante la mayor juventud, el mayor porvenir. Y estos trajeron consigo a otros camaradas mayores, los descendientes de los trabajadores cuyo esfuerzo solidario había fundado un día la Crèche. Fue admirable espectáculo aquella estancia llena de sol, de niños y de rosas, mientras el héroe, el viejo león de la melena blanca, todavía atendía a sus juegos con tierna alegría. Bien le reconocían todos, le llamaban por su nombre, le preguntaban cosas. Un garrido mancebo de dieciocho años, Francisco, hijo de Hipólito Mitaine y de Laura Fauchard, le miraba a través de dos lágrimas que procuraba contener. Lucas le llamó:

–Anda, ven a darme la mano, buen mozo, mi querido Francisco. Nada de tristeza; ya ves como nosotros estamos contentos... Has de ser un valiente; y has crecido más; serás un soberbio gran enamorado.

Después se acercaron dos muchachas de quince años, Amelia, hija de Alejandro Feuillat y de Clementina Bourron; y Simona, hija de Adolfo Laboque y de Germana Yvonnot.

–¡Ah! vosotras estáis alegres, hermosas mías, y tenéis mucha razón. Venid, dejadme besar vuestras mejillas de primavera y tened siempre alegría y hermosura, esa es la dicha.

Luego ya no reconoció más que a los suyos, cuyo número se multiplicaba sin cesar. Estaban allí dos de sus nietos, una

nieta de dieciocho años, Alicia, hija de Carlos Froment y de Claudina Bonnaire y un nieto de dieciséis años, Ricardo, de Julio Froment y de Celina Lenfant. Sólo habían traído a los solteros, pues los nietos casados, con sus mujeres y toda la familia, hubieran hundido la habitación. Sonreía Lucas con más ternura, llamando junto a sí a Ricardo y Alicia.

–Alicia, mi rubia, eres ya una moza casadera; escoge un muchacho alegre y sano como tú. ¡Ah! ¿ya está hecho? quereos mucho, tened hijos sanos y alegres como vosotros. Y tú, mi arrogante Ricardo; sé que vas a entrar de aprendiz en un taller de calzado, y que además tu pasión es la música. Trabaja y canta. Ten genio.

Pero en este momento la oleada de los más pequeñuelos se echó sobre él. Eran cuatro, tres niños, todos biznietos que querían subírsele a las rodillas. Empezó cogiendo al mayor, de siete años, hijo de Mauricio Morfain y de Berta Jollivet; primo y prima, él hijo de Raimundo Morfain y de Teresa Froment, y ella hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

–¡Ah! ¡mi chiquitín, mi Jorge, el nieto querido de mis dos hijas, de Teresa, mi morena, y de mi rubia, Paulina! ¡Tus ojos eran los de mi Paulina, y ahora van siendo los de mi Teresa! Y tu boca tan fresca y sonriente, ¿es de mi Teresa o es de mi Paulina? Bésame con mucha fuerza, mi chiquitín, mi Jorge, para acordarte de mí mucho tiempo.



Le tocó el turno a Gregorio Bonnaire; más pequeño, de cinco años apenas. Era hijo de Feliciano Bonnaire y de Elena Jollivet, el primero hijo de Severino Bonnaire y de Leonia Gourier, la segunda de Andrés Jollivet y de Paulina Froment.

–¡Un hombrecillo más de mi Paulina! ¿Es verdad, Gregorio mío, que abuelita Paulina es muy buena y siempre tiene entre las manos cosas ricas? Y a mí, el abuelo viejo, ¿me quieres? ¿Has de ser siempre un buen niño y tan guapo, verdad, cuando te acuerdes de mí? Bésame, bésame con mucha fuerza.

Y para acabar cogió a los dos últimos, Clemente y Luz, hermano y hermana, a él sobre la rodilla derecha, a ella sobre la izquierda. Clemente tenía cinco años, Luz dos. Eran hijos de Ludovico Boisgelin y de Marieta Froment. Pero aquí los recuerdos se levantaban en tropel pensando en Ludovico, hijo de Pablo Boisgelin y de Antonieta Bonnaire; y en Marieta, hija de Hilario Froment y de Colette la deliciosa, hija mayor de Nanet y de Nisa. Los Delaveau, los Boisgelin, los Bonnaire, mezclados con los Froment, renacían bajo aquellas fuentes puras de ligeros cabellos en bucles.

–Venid, venid, Clementino, Lucina, amores míos. Si supierais todo lo que vuelvo a encontrar, todo lo que leo en el fondo de vuestros ojos claros. Clementín, tú eres ya muy bueno y muy fuerte, ¡oh!, ya lo sé, me lo ha dicho el abuelito Hilario, que está muy contento oyéndote siempre reír. Y tú, Lucina, tan pequeña que apenas hablas, ya sé que eres así y

todo, una mujercita valiente, porque nunca lloras y tiendes alegre tus manitas al sol... Tenéis que besarme también los dos adorados y hermosos hijos, lo mejor que voy a dejar de mí, ¡toda mi fuerza y toda mi esperanza!

Se habían acercado los demás; hubiera querido tener brazos bastante largos para cogerlos y abrazarlos a todos contra su corazón. A ellos el porvenir, a ellos legaba su obra, como a fuerzas nuevas que la vivirían otra vez extendiéndola sin fin. Siempre había pensado en los niños, en las generaciones futuras para terminar la empresa de la dicha. Y a aquellos niños queridos, nacidos de él que le rodeaban amorosos en la paz serena de su última hora, ¡qué testamento de justicia, de verdad y de bondad les dejaba; con qué pasión hacía de ellos los ejecutores de su sueño, la humanidad cada día más libre y más feliz!

–¡Andad, andad, mis queridos hijos! ¡Sed muy listos y muy buenos! ¡Acordaos de haberme besado hoy todos, y amadme siempre mucho, y amaos siempre mucho los unos a los otros! Un día sabréis lo que hicimos, y haréis lo que hemos hecho, y vuestros hijos a su vez deberán hacer lo que hagáis, ¡mucho trabajo, mucha vida, mucho amor! ¡Y en tanto mis queridos hijos, andad, andad a jugar, tened mucha salud y mucha alegría!

Josina, Soeurette y Susana quisieron entonces despedir a la bandada bulliciosa por temor al estrépito, viendo a Lucas debilitarse poco a poco. Pero él no lo consintió, deseaba

tenerlos cerca de sí, para alejarse suavemente entre el ruido alegre de sus carcajadas. Y se resolvió que los niños bajaran a jugar al jardín bajo su ventana. Los oía, los veía; estaba contento.

Ya el sol bajaba al horizonte, el gran sol de estío con que resplandecía la ciudad entera. Llenaba de oro toda la estancia como de una gloria, y Lucas en este esplendor, en su butaca, calló mucho tiempo mirando el inmenso horizonte.

Una paz profunda llegaba; Josina y Soeurette, calladas como él, había venido a apoyarse a su derecha y a su izquierda, mientras Susana, sentada, parecía seguir el mismo sueño; y habló por fin Lucas con voz pausada que parecía hacerse poco a poco lejana.

–Sí; allí está nuestra ciudad, Beauclair regenerado, resplandece en el aire puro, y sé que los pueblos vecinos, Brias, Magnolles, Formeries, Saint Cron han tenido que seguirnos atraídos por el ejemplo. Pero más allá de ese ancho horizonte, del otro lado de los Montes Bleuses, y allá abajo detrás de la Rumaña, ¿qué se hace el ancho mundo, y dónde han llegado las provincias y las naciones, en la larga lucha, en la ardua y sangrienta marcha hacia la ciudad feliz?

De nuevo calló lleno de mil ideas. No ignoraba que la evolución se cumplía, doquiera propagándose a todas las horas con velocidad acelerada. El movimiento desde los

pueblos había ido conquistando las provincias, después de la nación entera, después las naciones vecinas; y ya no había fronteras ni montañas ni océanos que no se pudieran salvar; la emancipación volaba de un continente a otro, barriendo los gobiernos y las religiones, uniendo las razas. Pero en esta reconstrucción de la humanidad los procedimientos variaban mucho. Mientras Beauclair cambiaba por evolución, gracias al experimento de la asociación, en otras partes la revolución estallaba, la sangre corría entre incendios y matanzas. No había dos Estados vecinos que hubiesen seguido el mismo camino; y por los más diferentes y aun contrarios, iban todos los pueblos a encontrarse en la misma fraternal ciudad, la metrópoli conquistada al fin de la federación humana. Y Lucas añadió como soñando, con voz más débil.

–¡Ah! ¡Sí! Quisiera saber antes de abandonar mi obra, hasta dónde ha llegado ya la gran tarea... Dormiría mejor, llevaría aún más certidumbre y esperanza.

Nuevo silencio. Como él, Josina, Soeurette y Susana, muy viejas, muy buenas, de gran hermosura, seguían soñando, mirando a lo lejos.

Josina comenzó:

–He sabido muchas cosas, un viajero me las ha contado... En una gran república, los colectivistas se hicieron dueños del poder. Durante años, dieron batallas políticas

encarnizadas para apoderarse de las cámaras y del gobierno. No consiguiéndolo legalmente, dieron un golpe de Estado, cuando tuvieron fuerza, seguros del apoyo del pueblo. Desde el día siguiente aplicaron todo su programa a fuerza de leyes y decretos. Comenzó la expropiación en masa; toda la riqueza privada fue de la nación, todos los instrumentos de trabajo volvieron a los trabajadores. No hubo propietarios ni capitalistas ni patronos; sólo reinaba el Estado, señor de todo, a la vez propietario, capitalista y patrono, distribuyendo y regulando la vida social. Pero esta sacudida inmensa, estas modificaciones bruscas y radicales, naturalmente, no pudieron producirse sin terribles perturbaciones. Las clases no se dejan desposeer así ni aún de los bienes robados; espantosos motines estallaron por todas partes. Hubo propietarios que prefirieron hacerse matar en el umbral de su dominio. Otros destruyeron sus bienes, inundaron las minas, destrozaron los ferrocarriles, destruyeron las fábricas y las manufacturas y entretanto, los capitalistas quemaban sus valores y arrojaban el oro al mar. Hubo que sitiar ciertas casas; ciudades enteras tuvieron que ser tomadas por asalto. Durante años reinó la horrible guerra civil; se ensangrentaron las calles, arrastraban cadáveres los ríos. Además, el Estado soberano, encontraba toda suerte de dificultades para que el orden nuevo marchase sin tropiezo. La hora de trabajo era la unidad de valor, y los cambios se hacían por medio de bonos. Primero se había creado una comisión de estadística que inspeccionaba la producción y repartía los productos, a

prorrata, del trabajo de cada cual. Luego, se había hecho sentir la necesidad de otras oficinas de intervención, y una organización complicada parecía renacer poco a poco, empezando la marcha administrativa de la sociedad naciente. Se volvía a regimentarlo todo como en los cuarteles. Nunca en más rígido encasillado se había encerrado a los hombres. Sin embargo, la evolución se cumplía, aún aquello era un paso hacia la justicia; se honraba el trabajo, se repartía la riqueza cada día con más equidad. Al final estaba, fatalmente, la desaparición del salario y del capital, la supresión del comercio y del dinero. Y me contaba que hoy ese Estado colectivista trastornado con tantas catástrofes, regado con tanta sangre, entra en la paz y llega a la fraternal solidaridad de los pueblos libres y trabajadores.

Calló Josina y volvió a contemplar el horizonte. Lucas dijo:

–Sí, ese es uno de los caminos sangrientos, uno de los que yo no he querido. Pero, ahora ya, qué importa, si conducía a la misma unidad, a la misma armonía.

Entonces fue Soeurette quien habló con los ojos muy abiertos, como mirando al ancho mundo a través de los promontorios de los Montes Bleuses.

–Yo también he sabido una historia. Testigos me han contado cosas espantosas. En un vasto imperio vecino, los anarquistas acabaron por hacer saltar la vieja armazón

social a fuerza de bombas y de metralla. El pueblo había sufrido tanto que se puso de su parte y acabó la destrucción, barriendo hasta las últimas migajas del mundo podrido; ardieron los pueblos en la noche largo tiempo como teas, en medio de los rugidos de los antiguos verdugos degollados, que no querían morir. Era el diluvio de sange cuya necesidad fecunda habían anunciado los profetas de la anarquía. Después comenzaron los tiempos nuevos. Ya no se decía: «A cada uno según sus obras», sino «a cada uno según sus necesidades.» El hombre tenía derecho a la vida, a la habitación, al vestido, al pan cotidiano. Se habían amontonado, pues, todas las riquezas, se habían repartido, y no se puso a nadie a ración hasta el día en que ya no hubo lo mismo para todos. La humanidad entera trabajando, la naturaleza explotada con ciencia y método, habían de dar productos incalculables, una fortuna inmensa bastante para colmar los apetitos de los pueblos decuplados.

Desaparecida la sociedad ladrona y parasitaria y con ella el dinero, fuente de todos los crímenes, y las leyes salvajes de restricción y represión, fuentes de todas las iniquidades, la paz reinaría por la comunidad libertaria donde la dicha de cada cual consistiría en la dicha de todos. Y no más autoridad de ninguna clase, ni leyes, ni gobierno. Si los anarquistas habían aceptado luchar a sangre y fuego, la sangrienta necesidad del primer exterminio, era porque estaban seguros de no poder destruir de raíz a los antiguos atavismos monárquicos y religiosos, aplastar para siempre a

la autoridad en sus últimos gérmenes, sino con el brutal cauterio de la llaga secular. Había que cortar de un golpe todo lo que ataba con fuerza al pasado de error y despotismo. Toda política era mala, un veneno, mercado, trampa, engaño para los desheredados. Después había surgido al ensayo del ideal, el hombre libre en la sociedad libre, y la anarquía se había fundido en la evolución comunista, pues sólo era una negación política y el método de derribar para reconstruir. Aceptaba la asociación, los grupos libres que vivían del cambio, siempre en circulación, como la sangre; y en fin, el gran imperio en que la anarquía había triunfado, se juntó a los demás pueblos en la federación universal.

Dejó de hablar Soeurette, inmóvil, ensimismada, apoyando el codo en el respaldo de la butaca. Y Lucas dijo con lentitud, con lengua torpe:

–Sí, el último día, en el umbral de la tierra prometida, los anarquistas, después de los colectivistas, tenían que juntarse con los discípulos de Fourier. Si los caminos eran diferentes, el fin seguía siendo uno.

Se quedó pensativo y después dijo todavía: ¡Cuántas lágrimas, cuánta sangre, qué de guerras abominables para conquistar la paz fraternal que querían todos! ¡Tantos siglos de degüello fraticida, cuando sólo se trataba de saber si debía irse por la derecha o por la izquierda para llegar primero!



Silenciosa hasta entonces, Susana, sentada, mirando también más allá del horizonte, habló por fin con un frío temblor de compasión.

–¡Ah!, la última guerra, la última batalla fueron tan terribles que los hombres para siempre rompieron sus espadas y sus cañones... Era el principio de las grandes crisis sociales que acaban de renovar el mundo; y me han contado cosas espantosas, hombres que por poco se vuelven locos en medio de aquel choque supremo entre las naciones. En la crisis furiosa de los pueblos, preñada de la sociedad futura, media Europa se había arrojado sobre la otra media, y todos los continentes habían ido detrás; chocaban las escuadras en los océanos para dominar el agua y la tierra. Ni una nación quedaba fuera de la lucha; unas a otras se habían arrastrado, ejércitos inmensos entraban en línea de batalla ardiendo de furor hereditario, resueltos a aplastarse como si por los campos vacíos y estériles, hubiese, por cada dos hombres, uno de sobra. Los dos ejércitos inmensos de hermanos enemigos se encontraron en el centro de Europa, sobre vastas llanuras, donde millones de seres podían degollarse. Ocupando leguas y leguas, desplegaron las tropas seguidas de otras de refuerzo, en tal torrente de hombres, que la batalla duró un mes. Cada nuevo día había más carne humana para el fuego de cañones y fusiles. No se levantaba a los muertos, los montones formaban murallas detrás de las cuales los nuevos regimientos, inagotables, venían a hacerse matar. La noche no suspendía el combate;

se mataba en la sombra. El sol a cada aurora alumbraba grandes charcas de sangre. Un campo de matanza cuyas mieses horribles, los cadáveres, se amontonaban en haces cada vez más altos. Por todas partes el rayo que de un golpe hacía desaparecer cuerpos de ejército enteros. Los combatientes no necesitaban siquiera acercarse ni verse; los cañones lanzaban a muchos kilómetros granadas cuya explosión arrasaba hectáreas de terreno y asfixiaba, envenenaba. Desde el cielo mismo, los globos lanzaban bombas e incendiaban los pueblos al pasar. La ciencia había inventado explosivos, máquinas de muerte capaces de llevarla a distancias prodigiosas, de tragar bruscamente todo un pueblo, como en un temblor de tierra... Y qué monstruosa carnicería en la última tarde de esta batalla gigantesca. Jamás todavía tamaño sacrificio humano había humeado bajo el cielo. Más de un millón de hombres yacían allí, por los anchos campos devastados, a lo largo de los ríos, a través de las praderas. Se caminaba horas y horas y siempre se encontraban más y más cadáveres, con los ojos abiertos, vociferando la locura humana, con las negras bocas también alertas. Y fue la última batalla, porque el espanto heló los corazones al despertar de esta embriaguez horrible, y fue universal la certidumbre de que la guerra ya no era posible con la ciencia omnipotente, soberana creadora de vida, y no de muerte.

Volvió a callar; Susana, temblorosa, los claros ojos radiantes, iluminados por la paz futura. Y Lucas concluyó con voz que ya no era más que un soplo débil:

–Sí, la guerra ha terminado; es la etapa suprema, el beso entre hermanos al término del largo viaje, tan arduo, tan doloroso. He llegado al final de mi jornada; ya puedo dormir.

No habló más, el último momento fue suave, augusto. Josina, Soeurette y Susana no se movían; esperaban sin tristeza, con cierto fervor, en la estancia tan tranquila y alegre llena de flores y de sol. Bajo la ventana, la alegre bandada de niños seguía jugando y se oían los gritos de los pequeños y las risas de los mayores, el regocijo del porvenir que avanza, buscando más y más alegrías. En el inmenso cielo azul, el sol amigo brillaba en el horizonte, fecundador y padre cuya fuerza creadora el hombre dominaba; y bajo el resplandor de sus rayos de gloria, Beauclair triunfante se afanaba en su colmena, donde el trabajo regenerado ya, era dicha de todos por el justo reparto de los bienes de este mundo. Y más allá de la Rumaña, al otro lado de los Montes Bleuses, la federación próxima de los pueblos, el pueblo único fraternal, la humanidad cumpliendo al fin su destino de verdad, de paz y de justicia.

Lucas, con la última mirada, abarcó la ciudad, el horizonte, la tierra entera, donde la evolución, comenzada por él, se propagaba y concluía.

La obra estaba hecha, la Ciudad estaba fundada. Y Lucas expiró, entró en el torrente de universal amor, de eterna vida.



## ACERCA DEL AUTOR

ÉMILE ZOLA (París, 1840 - 1902) Novelista francés, teórico y máximo representante del naturalismo. Émile Zola fue el impulsor de la «novela experimental», es decir, de una narrativa planteada como un experimento sociológico destinado no a reflejar la realidad contemporánea (como la novela realista), sino a explicar las causas de los males sociales desde postulados positivistas (la herencia, el medio) con el fin de contribuir a su reforma y progreso. De ahí que la novela naturalista se centrara a menudo en el examen de

las lacras sociales (alcoholismo, prostitución, delincuencia) sin rehuir la sordidez, con el consiguiente escándalo para la sociedad biempensante. La influencia de sus ideas y de su praxis narrativa marcó la literatura europea durante al menos las dos décadas de auge del naturalismo (1880-1900).

Hijo de Francesco Zola, ingeniero emigrante italiano, y de Émilie Aubert, proveniente de la pequeña burguesía francesa, pasó su infancia en Aix-en-Provence y estudió en el colegio Bourbon. Fue compañero de Paul Cézanne, con quien mantuvo una sólida amistad, y tomó contacto con la literatura romántica, especialmente con la narrativa de Victor Hugo y la poesía de Alfred de Musset, su favorito.

Al morir su padre en 1847, se trasladó a París junto a su madre y continuó sus estudios en el instituto Saint-Louis. Tras fracasar en su examen de graduación, en 1859 consiguió un empleo administrativo en una oficina de Aduanas y en 1862 empezó a trabajar para el departamento de publicidad de la editorial Hachette. Se interesó por la poesía y el teatro, y colaboró para periódicos como *Le Figaro*, *Le Petit Journal* y *Le Salut Public*.

Sus primeros libros publicados fueron un conjunto de relatos titulados *Cuentos a Ninon* (1864), y una novela autobiográfica con influencia del romanticismo, *La confesión de Claude* (1865). Escribió dos obras de teatro que no fueron representadas, *La fea* (1865) y *Magdalena* (1865),

y en 1866 fue despedido de Hachette. Comenzó a trabajar como cronista literario y artístico en el periódico *L'Événement*, y publicó los trabajos de crítica pictórica *Mis odios* (1866) y *Mi salón* (1866), donde hizo una enérgica defensa de Manet, cuestionado en esa época por los sectores académicos.

A partir de ese momento se dedicó por completo a escribir, se alejó paulatinamente del romanticismo y sintió afinidad con el movimiento realista y el positivismo. Aplicó su experiencia periodística en *Los misterios de Marsella* (1867), una novela folletinesca, y publicó su primera obra importante, *Teresa Raquin* (1867), con la que ganó cierto prestigio en el ambiente literario.

Con la novela *Madeleine Féral* (1868) fue consolidando su estilo, y la lectura de *Introducción a la medicina experimental*, de Claude Bernard, lo inspiró para concebir un conjunto de novelas escritas "con rigor científico", donde quería relatar la historia natural de varias generaciones de una familia bajo el Segundo Imperio.

Así nació la monumental serie *Los Rougon-Macquart*, integrada por *La fortuna de los Rougon* (1871), *La ralea* (1871), *El vientre de París* (1873), *La conquista de Plassans* (1874), *La caída del Abate Mouret* (1875), *Su excelencia Eugène Rougon* (1876), *La taberna* (1877), *Una página de amor* (1878), *Naná* (1879), *Lo que se gasta* (1882), *El paraíso de las damas* (1883), *La alegría de vivir* (1884), *Germinal*

(1885), *La obra* (1886), *La tierra* (1887), *El sueño* (1888), *La bestia humana* (1890), *El dinero* (1891), *La derrota* (1892), y *El Doctor Pascal* (1893).

En los treinta y un volúmenes que comprenden las veinte novelas trazó la genealogía de más de doscientos personajes; el carácter de los distintos miembros de la familia deriva de las tendencias hereditarias y de los condicionantes del medio social en que viven. Sus textos fueron tan elogiados como criticados; recibió duros cuestionamientos por parte de escritores católicos como Maurice Barrès, Léon Bloy y Jules Barbey d'Aurevilly, que veían en el carácter positivista de su obra signos de decadencia, dogmatismo y una "absoluta carencia de espiritualidad".

Su obra ensayística comprende volúmenes teóricos sobre el naturalismo, como *La novela experimental* (1880), *El naturalismo en el teatro* (1881), *Nuestros autores dramáticos* (1881), *Los novelistas naturalistas* (1881), *Documentos literarios* (1881), y *Una campaña* (1882); así como textos de crítica y polémica, entre los que destacan *Viaje de vuelta* (1892), *Nueva campaña* (1897), y fundamentalmente *¡Yo acuso!* (1898), un extenso artículo dirigido al Jefe de Estado francés y publicado originalmente en el periódico *L'Aurore*, donde defendió la inocencia del capitán de origen judío Alfred Dreyfus, acusado de alta traición a la patria por los militares antisemitas.



El efecto causado por su participación en el Caso Dreyfus lo posicionó como líder de las fuerzas progresistas (republicanos y socialistas) que reclamaron al gobierno derechista la defensa de los derechos humanos en la República. El gobierno, apoyado por los partidos conservadores, el ejército nacionalista y la Iglesia Católica, lo acusó por injurias y lo persiguió, por lo que se exilió en Inglaterra hasta que se demostró la inocencia definitiva de Dreyfus y el complot militar.

En 1899 volvió a París y pudo ver indultado a Dreyfus, y el 29 de septiembre de 1902 murió asfixiado por la defectuosa combustión de una chimenea, hecho que suscitó muchas sospechas dadas las reiteradas amenazas de muerte que había recibido.

Su influencia sobre las generaciones posteriores de escritores no fue sólo literaria, ya que su actitud de involucrarse tanto en la literatura como en la realidad social se transformó en un paradigma del escritor comprometido y dominó la escena cultural de occidente hasta la década de los 70. También es autor de las series *Las tres ciudades*, compuesta por *Lourdes* (1894), *Roma* (1896) y *París* (1898), y *Los cuatro evangelios*, integrada por *Fecundidad* (1899), *Trabajo* (1901), *Verdad* (póstuma, 1903) y *Justicia* (inacabada).

Elena Tamaro y Tomás Fernández